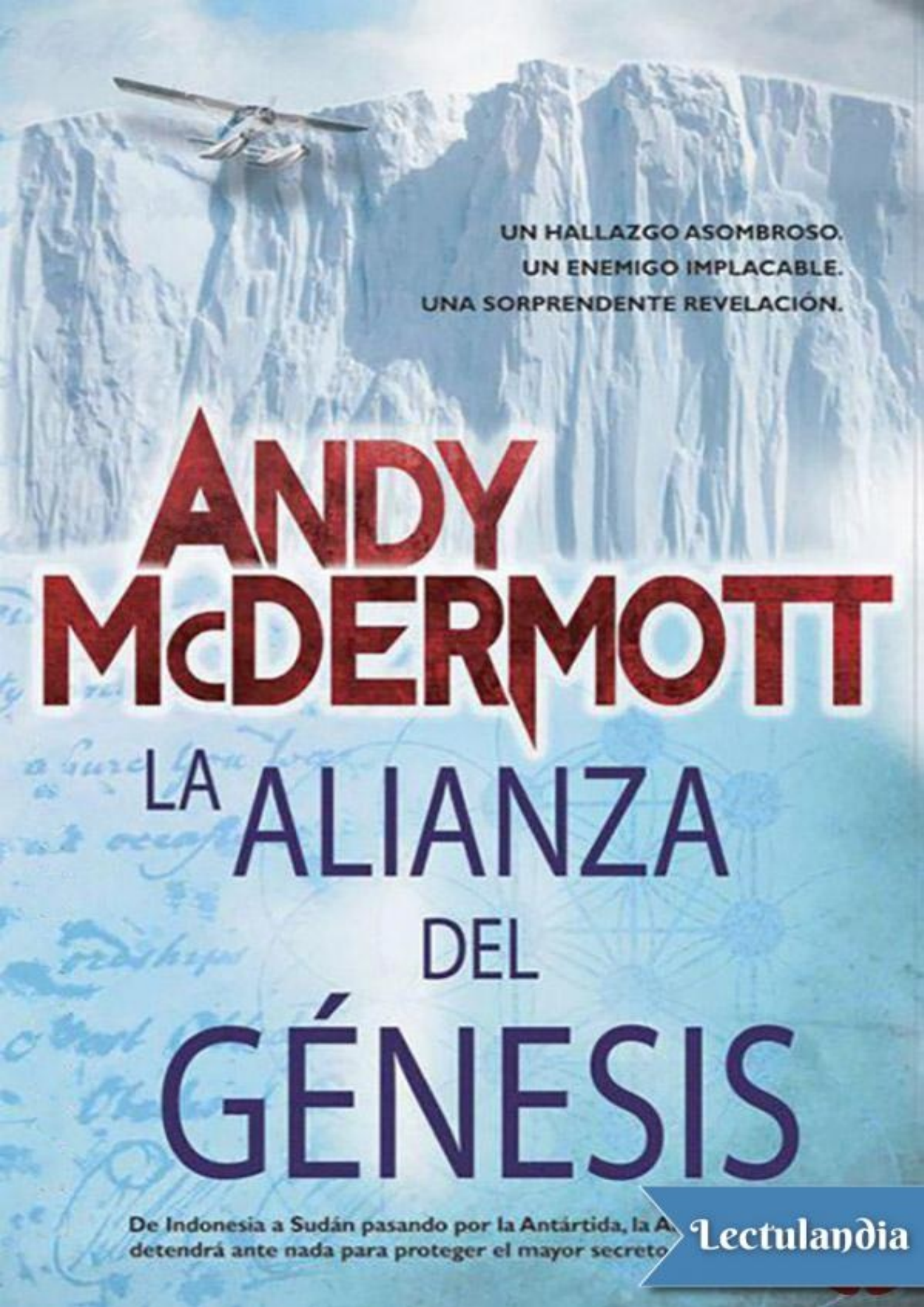

UN HALLAZGO ASOMBROSO.
UN ENEMIGO IMPLACABLE.
UNA SORPRENDENTE REVELACIÓN.
ANDY
McDERMOTT
LA ALIANZA DEL GÉNESIS
De Indonesia a Sudán pasando por la Antártida, la A
detendrá ante nada para proteger el mayor secreto
Lectulandia

La arqueóloga Nina Wilde ha descubierto un hallazgo insólito: un asentamiento submarino que existió más de cien mil años antes que cualquier otra cultura conocida. Pero antes de poder sacar conclusiones, su barco es atacado, y sus pruebas robadas.

Decididos a resolver el misterio, Nina y su prometido, Eddie Chase, inician un viaje en busca de respuestas. Todos sus pasos son vigilados, sin embargo, por una organización religiosa clandestina, la Alianza del Génesis.

La Alianza, que representa a tres de las religiones más poderosas del mundo, no se detendrá ante nada para mantener el descubrimiento de Nina en secreto ya que, además de que este contradice la mitología de la creación que todos ellos comparten, tal vez quieran reclamar para sí mismos el hallazgo arqueológico más valioso de todos los tiempos.

Lectulandia

Andy McDermott

La Alianza del Génesis

Aventuras de Nina Wilde y Eddie Chase - 4

ePub r1.0
Karras 16-04-2019

Título original: *The Covenant of Genesis*
Andy McDermott, 2009
Traducción: Álvaro Sánchez-Elvira Carrillo

Editor digital: Karras
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo
Sobre el autor

A mi familia y amigos.

Prólogo

Omán

El desierto árabe suele considerarse por lo general un páramo desprovisto de toda vida, pero a Mark Hyung le parecía que había incluso demasiada. Una nube de moscas lo estaba aguardando a medio vuelo cuando salió de su tienda justo después del amanecer, y ahora, tres horas después, al parecer habían llamado a todos los insectos en un radio de quince kilómetros para que se reunieran con ellas.

Murmuró una obscenidad y se detuvo. Se quitó las Oakleys y golpeó el aire con las manos. Las moscas se retiraron momentáneamente, pero muy pronto reanudarían sus ataques suicidas. Por enésima vez, se maldijo a sí mismo por haberse prestado voluntario para venir a este lugar.

—¿Algún problema, señor Hyung? —dijo Muldoon con desprecio apenas camuflado, deteniéndose a mitad de su ascenso de la colina. Oriundo de Nevada, y grande como un oso, acumulaba treinta años de experiencia en la prospección petrolífera. Era de piel bronceada y curtida, y de natural fanfarrón. Mark sabía que Muldoon lo consideraba poco más que un muchacho coreano de California, delgaducho y recién salido de la universidad, y que le inspiraba tanta admiración como las moscas del desierto.

—Ninguno en absoluto, señor Muldoon —respondió Mark. Se puso las gafas de sol de nuevo y sacó una botella de agua. Dio varios sorbos, se echó un poco en la mano e inclinó la cabeza hacia delante para humedecerse la nuca.

Algo en el suelo atrajo su atención, y se agachó para mirarlo mejor. Era un objeto familiar, pero tan fuera de lugar que le llevó un buen rato identificarlo: una concha marina, una espiral fractal agrietada y arañada por el desierto y el tiempo.

—¿Ha visto esto?

—Sí —respondió Muldoon sin demasiado interés—. Están por todas partes. Esto era una playa antes. El nivel del mar estaba más alto que ahora.

—¿Ah sí? —Mark estaba familiarizado con el concepto de los cambios en el nivel del mar debido al cambio climático, pero hasta ahora solo lo había conocido a nivel abstracto—. ¿Hace cuánto?

—No sé, cien mil, ciento cincuenta mil años, algo así. —Muldoon señaló hacia una cima baja más adelante, su destino—. Deberían poner un hotel aquí. Rollo cavernícola, con tías vestidas con pieles. —Soltó una risilla lasciva.

Mark contuvo un suspiro. Hasta ahí llegaría la charla con este petrolero de la vieja guardia. Prefirió centrarse en guardar de nuevo la botella en su mochila.

—¿Vamos?

Sudando bajo el calor asfixiante, siguieron caminando entre las dunas otro kilómetro y se detuvieron por fin al pie de la colina. Muldoon usó un GPS portátil para comprobar su posición y después se pasó todo un minuto comparando el resultado con un mapa y una brújula mientras Mark lo miraba impaciente.

—Los satélites tienen un margen de error de apenas treinta metros —dijo por fin.

—Me fío más de mis ojos y un mapa que de cualquier ordenador —gruñó Muldoon.

—Para eso hemos venido hasta aquí, ¿no? Para demostrar que los ordenadores pueden ser más eficaces que el ojo humano.

—Y una mierda, más eficaces —murmuró Muldoon, lo bastante alto para que Mark pudiera oírle. Plegó el mapa—. Es aquí. Estamos a doscientos metros del campamento, como usted quería.

Mark miró atrás. Apenas visibles a través de la neblina asfixiante se encontraban las tiendas y las antenas de transmisión del campamento. Otros dos equipos habían salido al mismo tiempo, también en camino a puntos situados a dos kilómetros de distancia, con objeto de formar un triángulo equilátero con el campamento en el centro.

—En ese caso —dijo, saboreando este breve instante de autoridad—, será mejor que empiece enseguida, ¿no cree?

Muldoon tardó una hora en preparar la carga explosiva.

—Es imposible que baste con esto —dijo mientras bajaba el cilindro metálico que contenía siete kilos de dinamita al agujero que acababa de cavar

—. Harán falta al menos cien kilos. Tendremos suerte si las demás estaciones oyen la explosión siquiera.

—Ese es precisamente el propósito del experimento —le recordó Mark. Había dispuesto su propio equipo a una distancia segura: un transmisor/emisor de radio con batería portátil, conectado a un tubo metálico que contenía un micrófono—. Demostrar que no es necesario usar una tonelada de explosivos ni una plataforma de perforación, ni cien geófonos. Todas las simulaciones que hicimos indican que esto bastará para conseguir un mapa de contorno detallado.

—¿Simulaciones? —Muldoon casi siseó la palabra—. No pueden compararse con la experiencia. Y le aseguro que los resultados que obtenga serán solo aproximados.

Mark dio un golpecito a su portátil.

—Normalmente sí, pero no con mi *software*. Con él, cuatro geófonos bastarán para mapear toda la zona. Después ampliaremos los resultados, y Braxoil será capaz de cubrir la Península Arábiga entera con apenas dos docenas de hombres en menos de un año.

Estaba exagerando, y los dos lo sabían, pero el gesto disgustado de Muldoon era por sí solo lo suficientemente elocuente. Las prospecciones petrolíferas tradicionales eran operaciones enormes en las que participaban cientos e incluso miles de personas, que atravesaban laboriosamente territorios gigantescos para establecer hileras e hileras de micrófonos capaces de detectar los tenues ecos de las sondas de sonar de ondas sonoras explosivas, que rebotaban en los perfiles geológicos de las profundidades de la tierra. El *software* de Mark, por el contrario, dejaba que el ordenador hiciera todo el trabajo: con solo cuatro geófonos, tres en las puntas del triángulo y el cuarto en el centro, era capaz de analizar los resultados para producir un mapa subterráneo tridimensional en unos minutos. A eso precisamente se debía el descontento de Muldoon: las prospecciones habituales, largas, laboriosas, y muy bien pagadas, serían pronto sustituidas por operaciones mucho más pequeñas, rápidas y baratas. No eran buenas noticias para todos los que tendrían que buscarse una nueva línea de trabajo, pero eran espléndidas para el balance financiero de Braxoil.

Si funcionaba, claro. Como Muldoon había dicho, todo se basaba en simulaciones. Esta sería la primera prueba sobre el terreno. Había cientos de variables que podían echarlo todo a perder…

Muldoon introdujo con cuidado el detonador en el cilindro y después se apartó.

—Listo.

—¿A qué distancia tenemos que ponernos? —preguntó Mark—. ¿Detrás de la radio?

Muldoon soltó una risilla burlona.

—Póngase donde quiera, señor Hyung, no pienso detenerle. Eso sí, yo voy a ponerme allí. —Señaló hacia la cima de la colina.

Mark rio a su vez, aunque la suya fue una risa nerviosa.

—Creo que… me fiaré de su experiencia.

Los dos ascendieron hasta la cuesta de la duna. No era demasiado alta, pero en la interminable llanura del desierto llamado Rub' al Khali, o el Barrio Desolado, como lo llamaban los extranjeros, destacaba como un faro en la costa. Mientras ascendían, el *walkie-talkie* de Muldoon graznó dos mensajes. Los otros dos equipos habían alcanzado también sus destinos, y colocado sus explosivos.

Todo estaba listo.

Tras coronar la cima, Mark bebió más agua y después abrió su portátil. El ordenador estaba conectado inalámbricamente a la unidad al pie de la duna, que a su vez estaba comunicada con el campamento base y con los otros dos equipos. El experimento dependía de que las tres cargas explosivas detonaran en el mismo instante: cualquier falta de sincronización supondría una demora de la llegada de las ondas de sonar reflejadas a los cuatro geófonos, lo que distorsionaría los datos geológicos, o, lo que sería aún peor, haría que fueran demasiado imprecisos para que el ordenador los analizara.

—Bien —dijo, con la boca más seca que nunca—. Estamos listos. La cuenta atrás de diez segundos empieza… ahora.

Pulsó una tecla. La cifra en la pantalla comenzó a contar hacia atrás.

Muldoon comunicó por radio que todo había comenzado y después se acurrucó en el suelo.

—Señor Hyung —dijo—, creo que debería dejar el ordenador en el suelo.

—¿Por qué?

—¡Porque no va a poder taparse los oídos con una sola mano! —Se tapó los oídos con las manos. Mark no se quedó atrás; se arrodilló a toda prisa, dejó el portátil en el suelo y se metió los dedos en los oídos.

La carga explotó, un ruido ensordecedor incluso con las orejas protegidas, un solitario redoble en las profundidades de su esternón. El suelo tembló bajo sus pies. Había cerrado involuntariamente los ojos; cuando los abrió de nuevo, vio una nube de humo elevándose de la base de la duna. A los lejos,

otras dos erupciones se levantaron entre las olas visibles de calor, y se escucharon los estallidos correspondientes.

Una delgada lluvia de polvo y piedrecitas cayó alrededor de ambos. Mark cogió el portátil de nuevo y le quitó el polvo de la pantalla. Empezaban a llegar los primeros resultados: los geófonos confirmaban que estaban recibiendo los reflejos del sonar. Llevaría unos minutos recopilar todos los datos, y unos cuantos más para que el ordenador los procesara, pero la situación parecía prometedora.

Muldoon miró colina abajo.

—Demasiado cerca de la superficie —murmuró mientras se apartaba arena del rostro.

Mark estaba a su lado, inspeccionando los datos que seguían llegando.

—Ha ido bien. —Se estremeció al sentir un nuevo temblor de tierra bajo sus pies—. ¿Qué ha sido eso?

—No pueden ser las otras cargas, no eran lo bastante potentes… — Muldoon no terminó la frase; parecía inquieto. Mark alzó la vista, preocupado. El temblor estaba empeorando…

El suelo se derrumbó bajo sus pies.

Mark no tuvo tiempo siquiera de gritar antes de perder el aliento al caer por la ladera en una cascada de piedras y arena. Lo único que pudo hacer fue protegerse el rostro mientras caía a las rocas hasta entonces ocultas, llevándose golpes desde todos lados…

Algo le golpeó duramente en la cabeza.

Curiosamente, el olfato fue el primer sentido que recobró. Un sabor seco y salado llenaba su boca, empapando su lengua.

Mark tosió y después escupió arena. Le dolía la cabeza, justo donde había sufrido el impacto de la piedra. Trató de incorporarse, pero decidió que más le valdría quedarse inmóvil.

Un sonido amortiguado se convirtió lentamente en palabras, una voz que lo llamaba por su nombre.

—¿Señor Hyung? ¿Dónde está? ¿Puede oírme?

Muldoon. Parecía genuinamente preocupado, aunque Mark había recuperado el suficiente dominio de sí mismo para darse cuenta de que se trataba de una inquietud más profesional que personal. Muldoon estaba a cargo del especialista; una lesión bajo su vigilancia lo perjudicaría profesionalmente.

—Aquí —trató de decir, pero solo emitió un graznido apagado. Escupió otro montón de arena y volvió a intentarlo—: Estoy aquí.

—Gracias a Dios. —Muldoon apartó unas cuantas piedras sueltas para acercarse a él—. ¿Está herido?

Mark consiguió limpiarse los ojos. El movimiento le hizo estremecerse: mañana iba a dolerle todo el cuerpo.

—Creo que no. —Giró la cabeza y contempló la ladera por la que había caído—. Vaya. Eso es nuevo.

Muldoon alzó la vista, y miró con sorpresa el paisaje que los rodeaba. El desprendimiento había expuesto una gran abertura en la ladera de la duna, una profunda cueva.

—Ha tenido suerte de no caer directamente. Se habría matado. —Le ofreció una botella de agua—. Tenga. ¿Puede moverse?

Mark aceptó la botella aliviado, y bebió con ganas. Después movió las piernas tímidamente.

—Creo que estoy bien. ¿Y el ordenador?

Muldoon levantó la pantalla, que además de estar agrietada estaba separada del resto del ordenador.

—No creo que esto lo cubra la garantía.

—Mierda —suspiró Mark.

Muldoon le ayudó a ponerse en pie.

—¿Seguro que está bien?

—Me duele la rodilla, pero por lo demás estoy bien.

—No sé. —Muldoon inspeccionó la cabeza del otro—. Tiene un corte bastante grande aquí, y si ha perdido el conocimiento puede que tenga una conmoción. Podríamos pedir un helicóptero para que le lleve al hospital de Salalah.

—Estoy bien —insistió Mark, y mientras pronunciaba esas palabras se preguntaba por qué no aceptaba la oferta de Muldoon para salir de una vez de aquel desierto—. ¿Ve el resto del portátil? Quizá pueda recuperar los datos del disco duro.

Muldoon resopló, pero se giró para buscarlo. Mark miró en dirección opuesta, hacia la entrada de la cueva. Resultaba difícil creer que una carga explosiva tan pequeña pudiera abrir una cueva tan grande.

A menos que siempre hubiera estado allí…

Ahuyentó ese pensamiento cuando vio el resto del portátil, en la entrada de la cueva.

—Ahí —le dijo a Muldoon, y cojeó hacia él. Estaba en un estado lamentable, pero a menos que el disco duro se hubiera partido en dos quizá pudiera salvar algo.

Se adentró en las sombras de la cueva y recogió el ordenador. Cuando sus ojos se adaptaron a la tenue luz, inspeccionó la carcasa. Estaba prácticamente intacta, golpeada pero no rota. Puede que el experimento no fuera un completo fracaso después de todo.

Algo más animado, Mark miró al interior de la cueva…

Y lo que vio le sorprendió tanto que dejó caer de nuevo el portátil.

Muldoon le dio una palmadita a Mark en la espalda.

—Bien hecho. Tenía mis dudas respecto a usted, pero va a conseguir hacernos ricos a todos.

—No de la manera que había planeado —dijo Mark.

—Qué más da cómo nos hagamos ricos… ¡Mientras ocurra!

Muldoon lo había seguido hacia el interior de la cueva, y había quedado tan sorprendido como su compañero por lo que yacía allí, aunque se recuperó de su asombro algo más rápidamente, y pidió por radio a los otros dos equipos que se reunieran con ellos enseguida. Uno de los otros tenía una cámara digital; cuando también ellos se hubieron repuesto de la sorpresa y obtuvieron pruebas fotográficas de su hallazgo, regresaron al campamento para enviar las imágenes a Houston vía satélite.

Mark no pudo evitar pensar que las cosas estaban yendo demasiado rápido para su gusto.

—Sigo pensando que deberíamos informar a los omaníes.

—Será una broma —dijo Muldoon—. La primera regla para trabajar aquí es: nunca le cuentes nada a los árabes hasta que los jefes te den permiso para hacerlo. Por eso la compañía tiene en nómina a tantos abogados, para asegurarse de que todo está bien atado. Eso en cuanto al petróleo. Para esto… joder, no sé ni por dónde empezar. ¡Vamos a ser famosos! —Soltó una carcajada, y a continuación entró agachándose en la tienda que albergaba los equipos de comunicación.

—Puede ser. —Mark bebió más agua; no quería hacerse demasiadas ilusiones. Para empezar, estaba seguro de que Braxoil se adueñaría de este descubrimiento. Y el gobierno omaní, sin duda, trataría de reclamar también cualquier cosa encontrada dentro de sus fronteras.

Aun así, no pudo evitar fantasear pensando en la fama y la fortuna…

Se terminó el agua y después acompañó a Muldoon al interior de la tienda. Los otros seis miembros del equipo estaban ya dentro, inspeccionando las fotografías digitales en otro portátil. Continuaban los debates respecto a qué habían encontrado exactamente, pero existía un cierto consenso general que coincidía con el dictamen de Muldoon: iba a hacerlos ricos a todos.

—Dado que la cámara es mía —dijo uno de ellos, un neozelandés llamado Lewis—, eso quiere decir que los derechos sobre las imágenes me pertenecen.

—Estamos de servicio para la compañía, así que las fotos son de la compañía, muchachos —dijo Muldoon.

—Sí, pero es mi cámara personal —insistió Lewis.

—Me temo que tendremos que dejar que lo decidan los abogados.

—Si es que alguien se molesta en responder —dijo un galés lacónico, Spence—. Hace tres horas que mandamos las fotografías.

—¿Qué hora es en Houston? —preguntó Mark.

Muldoon miró su reloj.

—Mmm. Las diez de la mañana pasadas. ¿Siguen sin responder?

Lewis consultó el correo en el portátil.

—Nada.

—Comprueba el enlace ascendente del satélite —sugirió Mark—. Puede que haya un fallo de conexión.

Lewis consultó otro programa.

—Eso lo explica todo. No hay conexión.

Mark arqueó una ceja.

—¿Que no hay conexión? ¿No te habrás desconectado?

—¿Me tomas el pelo? Quiero leer la respuesta, si es que nos responden.

—Qué raro. Mientras sigamos conectados a la red de Braxoil, deberíamos recibir algo. A ver, déjame…

Lewis cedió su asiento al informático. Un minuto después, Mark se recostó en el respaldo, más confuso que nunca.

—Todo está en orden por lo que a nosotros respecta; seguimos transmitiendo. Pero no recibimos nada. O se ha caído el satélite, lo que no es muy probable, o alguien en el destino nos ha bloqueado.

Muldoon frunció el ceño.

—¿Bloqueado? ¿Qué quiere decir eso?

—Que han cancelado nuestro acceso. Nada de lo que enviamos está llegando a su destino, y nadie puede enviarnos nada a nosotros.

—Y una mierda. —Muldoon cogió el terminal del teléfono del satélite. Tecleó un número, escuchó durante unos segundos, y después golpeó las

teclas con furia—. Nada de nada.

—Pruebe con la radio —sugirió un americano, Brightstone—. Llame a Salalah. Desde allí podrán conectarnos con Houston.

Muldoon asintió y fue hacia la radio. Se puso unos auriculares y encendió el terminal. Y se arrancó los auriculares de repente, sobresaltado y sobresaltando a los demás.

—¡Joder!

—¿Qué? —preguntó Mark, preocupado.

—Ni idea. Escuchen. —Muldoon desconectó los auriculares. Un graznido electrónico provenía del altavoz de la radio, un sonido fantasmal que puso la piel de gallina a Mark.

—Mierda —dijo Spence en voz baja. Todos se giraron hacia él.

—¿Sabes qué es? —preguntó Mark.

—Estuve en los Royal Signals. Es un perturbador.

Muldoon abrió mucho los ojos.

—¿Un qué?

—Armamento electrónico. Alguien nos está bloqueando.

La noticia causó un pequeño revuelo, hasta que Muldoon los hizo callar a todos.

—¿Está seguro de eso, Spence?

El galés asintió.

—Está en vuelo. La frecuencia cambia demasiado rápido para que esté en tierra.

Los ocho hombres se apresuraron a salir al exterior e inspeccionar el cielo despejado.

—¡Veo algo! —gritó Brightstone, señalando hacia el norte. Mark vio un diminuto punto gris a lo lejos.

—¿Eso es lo que nos está bloqueando?

—¿Dónde están los prismáticos? —preguntó Muldoon—. Que alguien…

Un inesperado rugido ensordecedor los golpeó. Mark tuvo apenas tiempo de ver un par de formas de color marrón arena aproximándose a toda prisa hacia él antes de que las dos aeronaves abrieran fuego apenas a treinta metros de altura sobre sus cabezas; la arena se arremolinaba alrededor de ellos en su estela apenas subsónica. En lo que pareció un abrir y cerrar de ojos, los dos aviones se convirtieron en pequeños puntos, alejándose en distintas direcciones.

—¿Qué cojones ha sido eso? —gritó Muldoon.

Spence contempló las aeronaves lejanas.

—¡Tornados! ¡Eran Tornados saudíes!

—¡Pero estamos a sesenta y pico kilómetros de la frontera!

—¡Te repito que eran saudíes! —Contemplaron a los dos cazas en su movimiento. Uno de ellos parecía estar dando la vuelta hacia el campamento. El otro…

Mark comprendió adónde se dirigía.

—¡La cueva! —gritó, señalando hacia la lejana duna—. ¡Va hacia la cueva!

Mientras hablaba, algo se separó del caza: dos objetos oscuros que caían. Después otro, y después, otro, cayendo hacia la duna…

La colina misma fue borrada del mapa. Las explosiones se siguieron sin pausa, de modo que la aniquilación pareció más bien causada por una única y gigantesca bomba.

—¡Cielo santo! —gritó alguien detrás de Mark mientras una nube negra se elevaba como un tumor de la duna. El sonido de las explosiones les llegó entonces, e hizo tambalearse el suelo en un radio de más de un kilómetro de distancia.

El Tornado viró bruscamente hacia el norte, con las toberas escupiendo fuego para devolverlo al espacio aéreo saudí a Mach 2.

El segundo Tornado…

Mark giró sobre sí mismo para encontrarlo.

No tuvo que buscar muy lejos. Se acercaba directamente hacia él, y las bombas caían de sus alas…

El campamento fue borrado de la faz de la tierra en una tormenta de fuego y metralla.

A la mañana siguiente aún salía humo de la cima de la duna.

Las bombas de casi dos mil kilos que el Tornado ADV saudí había dejado caer habían provocado que buena parte de la colina se derrumbase sobre la cueva que quedaba justo debajo. La abertura, sin embargo, permanecía, un oscuro orificio que resultaba todavía más siniestro a causa del hollín que manchaba las rocas circundantes.

Había hombres a su alrededor.

Aunque iban armados y vestían uniformes de fuerzas militares del desierto, ninguno de ellos lucía insignia alguna de fuerzas armadas. De hecho, no lucían ninguna insignia en absoluto. A pesar de los uniformes idénticos, sin embargo, existían ciertas diferencias entre ellos. Ya fuera por rango o

instinto, los soldados se dividían en tres grupos separados, que limitaban unos con otros en sus fronteras pero nunca llegaban a mezclarse: agua y aceite bajo el sol del desierto. El punto de intersección de los tres grupos lo señalaba un trío que contemplaba el cielo en dirección sur. A pesar de la ausencia de insignias de rango, era evidente que eran los líderes, y en cada rasgo de sus rostros se apreciaba su experiencia. Uno era un árabe con una boina negra de corte militar y un espeso bigote oscuro sobre los labios. Los otros dos eran caucásicos, pero a pesar de todo, las diferencias entre sus orígenes eran evidentes a simple vista. El más joven, un hombre bronceado de pelo oscuro y un puro alojado en la comisura de los labios, era judío; el otro, el mayor de los tres, tenía el pelo rubio, ya escaso, y ojos de un azul tan intenso como el cielo.

El rubio alzó unos prismáticos.

—Aquí viene —dijo en inglés.

El árabe frunció el ceño.

—Ya era hora. Pero sigo sin entender para qué lo necesitamos. Nuestro ataque aéreo ha arrasado el lugar. Lo enterramos y listo.

—El Triunvirato votó, dos a uno. Gana la mayoría. Ya lo sabes.

El expresivo rostro del árabe reveló su desagrado por la decisión, pero asintió. El rubio se giró en dirección al helicóptero que se aproximaba.

Tomó tierra junto a los helicópteros que habían trasladado a los soldados hasta allí. En la cabina se veía a dos personas: un hombre de cuarenta y pocos con un impoluto traje blanco y una mujer joven con gafas de sol.

—¿A qué viene esto? —gruñó el árabe al ver a la mujer—. ¡Se suponía que iba a venir solo!

El rostro del rubio reveló por un instante una cierta exasperación ante la falta de discreción del recién llegado.

—Yo me ocupo —dijo.

Aguardaron mientras el del traje blanco se apeaba del helicóptero y caminaba hacia ellos. Al menos su acompañante permaneció en la cabina.

No tendrían que matarla.

Cuando estuvo lo bastante lejos de las hélices, el piloto se puso un sombrero panamá blanco y se acercó al trío, sonriente.

—¡Jonas! —le dijo al rubio—. Jonas di Bonaventura, en carne y hueso. Cómo me alegro de verte. —Aunque su acento pareció en un primer momento un preciso británico de clase alta, había un cierto matiz gutural que revelaba sus orígenes rodesianos.

—Gabriel —replicó Di Bonaventura cuando le estrechó la mano—. ¿Has volado hasta aquí tú mismo?

—Como ya sabes, me gusta tenerlo todo bajo control.

Compartieron una breve carcajada, y después Di Bonaventura miró hacia el helicóptero.

—Veo que vienes acompañado. Debo decir que no lo esperábamos.

—La vida sin sorpresas sería terriblemente aburrida. —Sonrió; la mujer le devolvió la sonrisa—. Es una antigua alumna mía. Su padre me ha contratado para que lo lleve a visitar varios emplazamientos antropológicos en África. Estábamos en Sudán cuando recibí vuestra llamada de ayuda.

—No deberías haberla traído aquí —dijo el árabe, molesto.

Una sonrisa amplia, como la del gato de Cheshire, se expandió en el rostro del recién llegado.

—Oh, no podía dejarla atrás. No es dinero lo único que recibo de ella. —El árabe tardó unos instantes en comprender a qué se refería; cuando lo hizo, pareció disgustado—. Bien, Jonas, ¿vas a presentarme a tus compatriotas?

—Gabriel —dijo Di Bonaventura, gesticulando en dirección al árabe—, este es Husam al Din Zamal, antiguo integrante del servicio de Inteligencia saudí. —Asintió en dirección al hombre del puro—. Y Uziel Hammerstein, antiguo integrante del Mosad.

El del traje blanco arqueó una ceja en un gesto casi burlón.

—¿Un espía saudí trabajando con un espía judío? Por no hablar de tus antecedentes, Jonas. Está claro que la Alianza del Génesis hace extraños compañeros de cama.

Di Bonaventura pasó por alto el comentario.

—Husam, Uziel —prosiguió—, este el profesor Gabriel Ribbsley, de la Universidad de Cambridge, en Inglaterra.

Los tres hombres intercambiaron saludos.

—Y no te olvides —añadió Ribbsley, henchido de orgullo—, la mayor autoridad mundial en lenguajes antiguos. Y me da igual lo que piense Philby, ese *amateur* neoyorquino. Y en cuanto a Tsen-Hu de Pekín… ¡ja! —Miró más allá de Zamal y Hammerstein hacia la entrada de la cueva, y su voz se tornó más profesional—. Y por eso me necesitan aquí, supongo. Bueno, ¿qué han encontrado?

Hammerstein habló primero, en voz baja, como si quisiera que el viento no se llevara sus palabras.

—Nuestros amigos de la NSA norteamericana nos informaron de una imagen interceptada a un equipo de prospección petrolífera de una empresa

privada. Sus ordenadores habían realizado un análisis rutinario de las imágenes, e identificado el lenguaje de los Antiguos.

—Por favor —dijo Ribbsley con sorna—. ¿Todavía los llaman así? Es de un insoportable prosaísmo. Por mi parte, prefiero «veteres». Seguro que Jonas aprecia el latinajo.

Hammerstein dio una impaciente calada a su puro.

—Cuando comprendimos qué habían encontrado, preparamos un virus informático para introducirlo a través de la NSA en los servidores de la compañía y borrar las fotos, y después bloqueamos la conexión por satélite del equipo de prospección para aislarlos. Y luego…

—Los aniquilamos a ellos y borramos su campamento del mapa —lo interrumpió Zamal bruscamente.

Ribbsley miró la abertura en penumbra.

—Así que han decidido bombardearlo todo. Ya veo. —Una pausa, y después giró sobre su talón y habló con voz rebosante de sarcasmo—: Y díganme, ¿qué esperaban exactamente que pudiera decirles a partir de un cráter humeante?

—Aún tenemos copias de las fotografías —dijo Di Bonaventura. Hizo un gesto a un muchacho joven, otro europeo rubio, para que se acercara. El soldado recién llegado alzó un sobre manila.

Ribbsley lo apartó con un gesto.

—Unas cuantas fotografías turísticas tomadas por rufianes grasientos no van a servir de nada. —Se llevó la mano bajo el ala del sombrero para tocarse la frente con los dedos—. ¿Saben por qué traducir este idioma ha sido tan difícil? ¿Por qué tardé ocho años tan solo en sentar las bases? —Bajó la mano y miró a Zamal—. ¡Porque cada vez que la Alianza encuentra algo, cualquier cosa que suponga el menor descubrimiento, lo hacen saltar en pedazos y matan a todos los que están cerca!

—Ese es el propósito de la Alianza —dijo enojado Zamal.

—Sí, siempre que adopte uno la interpretación más literal y cuadriculada posible. —Ribbsley suspiró exageradamente—. Moscas, miel, hiel… ¿alguien sabría ordenar estas palabras en un conocido refrán?

—¿Se atraen más moscas con miel que con hiel? —sugirió el soldado que había traído el sobre, en un inglés tambaleante y con un cierto acento germánico.

Ribbsley aplaudió.

—¡Sobresaliente! Jonas, ¿quién es este prodigio?

—Killian Vogler —dijo Di Bonaventura—. Mi protegido. —Había un matiz desafiante en sus palabras, como si estuviera retando a Ribbsley a que se siguiera burlando de él—. Dentro de poco dejaré la Alianza para ocupar un nuevo cargo en Roma. Killian tomará mi puesto en el Triunvirato.

Ribbsley reculó ligeramente.

—¿Un nuevo cargo? Todavía *in pectore*, espero… Bueno, en ese caso, espero que este joven tenga el refrán que acaba de recitar en mente cuando ocupe tu puesto. —Vogler lo miró con gesto sardónico—. La próxima vez que haga un descubrimiento como este, señor Vogler, quizá tenga a bien permitirme examinar el lugar antes de hacerlo volar por los aires. Si puedo descifrar algo más del lenguaje, quizá pueda localizar otros lugares como este, antes de que se tropiecen con ellos transeúntes a los que luego tengan que asesinar.

—Lo tendré en cuenta, señor Ribbsley —dijo Vogler con una sonrisa desprovista de buen humor.

—Profesor Ribbsley, muchas gracias —replicó este. Le arrebató el sobre a Vogler y hojeó los contenidos—. Bueno, parece similar a lo encontrado en los otros lugares… en lo que queda de ellos, quiero decir. Y los caracteres en la tablilla de esta fotografía coinciden con el alfabeto de los veteres. Pero no hay nada que no haya visto antes ya. —Miró de nuevo hacia la cueva—. ¿Qué más hay ahí dentro?

Di Bonaventura asintió en dirección a Vogler.

—Killian te lo mostrará. De hecho, deberíais ir conociéndoos… estoy seguro de que volveréis a trabajar juntos en el futuro…

Ribbsley salió de la cueva diez minutos después, decepcionado y enojado.

—Nada —dijo, mirando con gesto acusador a Zamal—. No ha quedado absolutamente nada que merezca la pena en pie. Solo basura. —En una mano tenía un cilindro de barro de unos cinco centímetros de diámetro decorado en toda su longitud con delicadas muescas, justo hasta el lugar en que terminaba abruptamente, donde había sido partido en dos. Lo dejó caer a sus pies, y estalló en pedazos—. Una completa pérdida de tiempo.

—Tiempo por el que se te paga muy generosamente —le recordó Di Bonaventura—. Y quedan las fotografías del lugar.

—Ya te he dicho que no hay nada nuevo en ellas. Podré traducir el texto cuando consulte mis apuntes, pero pude leer lo bastante para saber que no hay nada de interés. —Miró hacia su helicóptero. La joven seguía sentada en la

cabina, manifiestamente aburrida—. Bien, dado que no queda aquí nada medianamente interesante, me marcho. Odio el desierto. —Se apartó con gesto irritado restos de arena de la manga de su chaqueta.

—Te acompañaré al helicóptero, Gabriel —dijo Di Bonaventura. Ribbsley se encaminó hacia el aparato sin mirar siquiera a los otros; Di Bonaventura lo acompañó—. ¿En qué estabas pensando? —dijo el soldado en un rugido quedo cuando estuvieron lo bastante lejos de los otros.

—¿A qué te refieres?

—A traer a tu… novia contigo. ¿Estás loco? Zamal le habría pegado un tiro sin pensárselo dos veces solo por estar aquí, y Hammerstein no hubiera movido un dedo para detenerlo.

Ribbsley sonrió.

—Sí, pero sabía que tú estarías al mando, Jonas.

—No por mucho tiempo. Cuando llegue a Roma, lo único que podré hacer será asesorar. Killian tomará las decisiones en el Triunvirato. Y a pesar de mis enseñanzas, aún es demasiado joven para tener claras ciertas cosas. Como que cualquiera capaz de revelar el secreto de los veteres al mundo es una amenaza que debe ser eliminada.

—Ni se te ocurra hacerle daño —dijo Ribbsley, con una repentina rigidez en su voz.

Di Bonaventura lo miró con cierta sorpresa.

—¿Tanto te importa esa mujer? Interesante.

—¿Qué se supone que significa eso?

—No te lo tomes a mal, Gabriel —dijo Di Bonaventura con una sonrisa apaciguadora—. Pero no esperaba que fuera tan joven. —La miró más de cerca cuando se aproximaron al helicóptero—. ¿Cuántos años tiene? ¿Veintiuno?

—Veintidós.

—¿Y tú cuántos…?

—Su edad no importa —replicó Ribbsley, a la defensiva, reacción que obligó a Di Bonaventura a contener una sonrisa—. Lo importante es su personalidad.

Di Bonaventura estaba ya lo bastante cerca para comprobar que la acompañante de Ribbsley era sin duda una mujer muy hermosa, con una figura capaz de avergonzar a más de una modelo de pasarela.

—Oh, naturalmente.

—Es una mujer increíble, te lo aseguro —prosiguió Ribbsley, y su tono se suavizó cuando la miró—. Refinada, y muy culta. Y como bien sabes, soy un

hombre de gustos refinados.

Di Bonaventura podía oler ya la colonia Bulgari generosamente aplicada.

—Y caros —dijo.

—Y por eso tolero que me hagas venir desde otro continente con tan poco tiempo. ¡La Alianza es mucho más generosa que Cambridge! —Los dos rieron, y se estrecharon la mano cuando estuvieron ya junto al helicóptero—. Buena suerte con tu nuevo puesto, Jonas. Puede que me pase a verte la próxima vez que visite la Ciudad Eterna.

—Eso espero. —Di Bonaventura dio un paso atrás cuando Ribbsley subió a la cabina. En pocos segundos realizó la secuencia prevuelo, con la naturalidad de alguien acostumbrado a volar. Los rotores cobraron vida de mala gana al principio, pero enseguida ganaron velocidad. El soldado se alejó del torbellino de arena.

—¡Hasta otra, cardenal! —gritó Ribbsley, con un gallardo ademán. El helicóptero se elevó, giró sobre su eje y se dirigió hacia el sur.

Di Bonaventura lo vio marchar y después regresó a la cueva. Miró hacia los cráteres ennegrecidos que marcaban la ubicación de lo que fue en otro tiempo un campamento de prospección petrolífera. Aún quedaba mucho por limpiar y recoger: los cadáveres de los miembros del equipo de prospección, o lo que quedara de ellos. Tendrían que encontrarlos y enterrarlos, y destruir todas las pruebas de que llegó a existir un campamento. Cualquier cosa que apuntara a la existencia de la Alianza debía desaparecer.

Sin rastro.

Sin excepción.

—¿Por qué lo has llamado cardenal? —preguntó la joven.

—Es una broma privada —le dijo Ribbsley.

—¿Y quiénes eran?

Ribbsley tardó unos segundos en responder.

—Son… arqueólogos. Más o menos. Suelo ayudarlos a traducir textos antiguos.

—No sabía que los profesores universitarios de Cambridge hacían visitas a domicilio para cubrir emergencias de traducción.

—Son muy competitivos en su trabajo. Despiadados, incluso.

—¿De verdad? —La mujer levantó una ceja y sonrió maliciosamente—. Estoy intrigada.

Ribbsley resopló.

—No creo que sean tu tipo… *Lady* Blackwood.

Sophia Blackwood sonrió.

—Supongo que no. ¿Te imaginas lo que diría mi padre si supiera que voy por ahí con gente tan ruda? Ya tiene bastantes recelos respecto a ti.

—¿Y qué motivo podría tener su señoría para desconfiar de un profesor de Cambridge?

Sophia se inclinó hacia él, y su cabello largo y oscuro rozó el hombro de Ribbsley cuando le acarició con la mano el interior del muslo.

—No lo sé. ¿Quizá porque te estás tirando en secreto a su hija? —Rodeó con los dedos la entrepierna de Ribbsley y apretó suavemente.

Ribbsley soltó un leve gemido proveniente directamente de la garganta.

—Podría ser, sí —dijo.

Ella soltó una risilla, y apretó de nuevo.

—¿No vas a contarme más cosas de esos hombres?

—Me temo que no —dijo Ribbsley, con una sonrisa.

Ella apretó un poco más.

—¿En serio?

La sonrisa se desvaneció.

—¡Ngh! No. Sophia, hazme caso, este es uno de los pocos casos en que realmente vale la pena vivir en la ignorancia. Es más seguro.

Ella retiró la mano y se apartó en fingida ofensa.

—Entendido, profesor.

—No te pongas así, querida —dijo Ribbsley, siguiéndole el juego—. Seguro que puedo compensártelo de alguna manera. —Pensó unos segundos —. Creo recordar que tenías un cierto talento para los idiomas…

—No merezco tantos halagos, Gabriel —dijo ella sarcásticamente.

—Quiero decir en comparación conmigo. Podrías echarme una mano con la traducción. Me ahorrarías mucho tiempo si te encargases del trabajo menos agradecido.

—Apasionante.

—Te resultará muy interesante, créeme. Es un lenguaje… —Sonrió—. Singular. Y luego, quizá, dado que estamos en Omán, ¿una reunión con el sultán? Me ha recibido antes. Seguro que puedo arreglarlo.

La sonrisa perfecta de ella regresó.

—Eso no estaría mal.

—Lo suponía.

Su mano bajó a la entrepierna una vez más.

—Aunque… sigue doliéndome que no quieras decirme quiénes eran esos hombres.

Ribbsley se envaró unos segundos, antes de que ella le dejara claro con sus caricias que estaba bromeando.

—Hay cosas en la vida que deben seguir siendo un misterio, Sophia.

Con su atención dividida entre pilotar el helicóptero y el movimiento de la mano de Sophia, Ribbsley no llegó a oír sus palabras susurradas por encima del clamor de la cabina:

—No para mí, Gabriel. Siempre consigo lo que quiero. Antes o después.

1

Indonesia: ocho años después

—¡Tiburón!

A casi treinta metros bajo el mar de Java, la luz del sol se diluía hasta convertirse en una sombra turquesa, pero había bastante como para que Nina Wilde acertara a ver al depredador que se acercaba hacia ella.

—¡Tiburón! —repitió, en tono ya más urgente—. ¡Eddie, haz algo!

Eddie Chase nadó junto a ella y usó los propulsores de su traje de buceo para situarse entre su prometida y el tiburón al mismo tiempo que sacaba su arpón. Apuntó el cartucho Magnum de 357 mm que componía la cabeza explosiva del proyectil hacia la criatura que se aproximaba… y después bajó el arma.

—¿Qué haces? —preguntó Nina, con ojos atemorizados—. ¡Viene directo hacia nosotros!

—Solo es un tiburón zorro. No te preocupes, no te hará nada.

—¡Pero mide cinco metros de largo!

—No mide ni dos. El casco magnifica la imagen, no es para tanto.

El tiburón se aproximó, con las fauces abiertas, mostrando filas de afilados dientes triangulares… y después giró su cabeza casi con desprecio y se perdió en la penumbra.

—¿Ves? —dijo Chase—. Nada de qué preocuparse. Si hubiera sido un tiburón tigre o algo así, te habrías dado cuenta.

—¿Cómo?

—Porque estaría gritando «Joder, un tiburón tigre, ¡mierda!», y disparando proyectiles sin parar. —El inglés alopécico y de nariz rota se giró de modo que las luces de su traje de policarbonato iluminaron el rostro blanco de la pelirroja a través de su casco burbuja transparente—. ¿Estás bien?

—Sí, no pasa nada —respondió Nina con una sonrisa algo avergonzada. Había pasado el pertinente entrenamiento de buceo en la costa de Long Island, cerca de su Nueva York natal, y aún estaba intentando acostumbrarse a la infinitamente más variada fauna marina de Indonesia—. Es que, para mí, «tiburón» es lo mismo que decir «cabeza cortada flotando junto a una barca».

Chase soltó una carcajada, y enseguida un matiz de preocupación se asomó a su voz, incluso a través de la distorsión del comunicador submarino.

—¿Qué tal la pierna?

—Bien… —Técnicamente no era una mentira, ya que la herida de bala que había sufrido en su muslo derecho cuatro meses atrás había sanado casi por completo, y no le dolía ya, pero también era cierto que la había notado un tanto rígida durante la inmersión.

—Ya. —No la creía—. Oye, si quieres volver al barco…

—Estoy bien, Eddie —insistió Nina—. Venga, sigamos con la investigación.

—Como quieras… —Chase hizo un ademán bastante parecido a encogerse de hombros, teniendo en cuenta lo pesado del armazón del traje de buceo.

Ella aferró el mando flexible de control situado en el torso de su traje y utilizó los propulsores para elevarse del lecho marino. Con las aletas de los pies, se puso en posición horizontal antes de impulsarse hacia delante. Chase la siguió.

Su investigación los llevó en una ruta circular que tardaron veinte minutos en completar. Nina se sentía defraudada por no haber encontrado nada nuevo, pero esa sensación se desvaneció cuando regresaron al centro del círculo.

Casi un año antes, un barco pesquero había sacado a la luz, por accidente, un puñado de objetos de madera y piedra ocultos bajo el lecho marino. Las autoridades indonesias comprendieron enseguida que eran objetos muy antiguos y posiblemente valiosos; los afortunados pescadores recibieron un generoso pago por olvidar el punto exacto donde habían realizado el hallazgo, de modo que el lugar pudiera ser inspeccionado antes de que oportunistas cazatesoros lo saquearan.

Los trabajos de exploración fueron encargados a la Agencia de Patrimonio Internacional de las Naciones Unidas. Nina, en aquel tiempo directora de Operaciones de la agencia, había participado ya en un proyecto dedicado a delimitar con detalle la expansión de la humanidad a lo largo del globo en la

prehistoria; el hallazgo indonesio tenía el potencial de señalar una fecha con gran exactitud. Habían tardado meses en prepararlo todo, pero aquí estaban.

Y habían descubierto algo.

—¡Nina, mira esto! —gritó Marco Gozzi por la radio. Él y otro científico, Gregor Bobak, estaban usando una bomba de vacío para apartar las capas de sedimento y vegetación que se habían estado acumulando durante milenios.

—¿Qué es? —preguntó Nina. Apagó los propulsores y nadó los últimos metros para reunirse con ellos: perturbar el lecho perjudicaría a la visibilidad y les costaría un tiempo precioso. Estos trajes de buceo podían funcionar bajo el agua durante más tiempo que los trajes de buceo tradicionales, pero seguían teniendo límites, y, en una operación como esta, el tiempo era dinero. Su embarcación, anclada a unos pocos centenares de metros de distancia, la *Pianosa*, pertenecía a fondos privados, y había otros clientes esperando para usarla después de la API.

Gozzi apuntó con una linterna a lo que habían descubierto.

—¡Es una red! —dijo en italiano.

—Es verdad —dijo Nina, atónita—. ¡Es increíble!

Chase, algo más atrás, no parecía tan impresionado como ella.

—Oooh, una red. Igual que la que usamos para encontrar todo esto.

—Eddie —lo riñó Nina—, no estamos hablando de una red de nailon precisamente. —Estiró una mano enguantada y con delicadeza apartó la arena de las hebras toscamente entrelazadas—. Parece que la tejieron a partir de plantas de los bosques tropicales locales. ¿Hojas de palmera?

—O de vid —dijo Bobak con un fuerte acento polaco—. O quizá enredaderas. Hay muchas en estas islas.

Gozzi hundió un dedo en el sedimento gris.

—El barro debe haberla enterrado y ha evitado que se pudriera. Debió ser a causa de un tsunami, o una erupción volcánica.

—Marcad la posición —les dijo Nina—. Si es una red de pesca, estaría cerca de la orilla. —Comprobó en la pequeña pantalla de su casco la profundidad exacta—. Treinta metros. Si meto eso en GLUG, podré averiguar cuándo fue la última vez que este lugar estuvo sobre la superficie del mar. —Vio una bolsa de rejilla amarilla en el suelo—. ¿Qué más habéis encontrado?

—Herramientas de piedra, creemos —le dijo Gozzi. Señaló un punto situado detrás de Chase—. Las encontramos allí.

Chase giró sobre sus pies. Una varilla pintada de naranja marcaba el lugar en el que habían estado trabajando los demás buceadores. Cerca de ella, un montoncillo de piedras de bordes redondeados sobresalía del lecho marino.

Chase miró de nuevo a Nina, que estaba usando una versión más pequeña de la bomba de vacío para eliminar el cieno de la red. Pronto se cansó de mirarla trabajar, de modo que nadó hacia las rocas; la flotabilidad del traje le permitió elevarse sobre ellas.

—¿Hay algo aquí debajo?

—No lo sé, aún no hemos mirado.

—¿Os importa que lo haga yo?

—Espera un momento, ¿quieres hacer arqueología de verdad? —preguntó Nina, divertida—. Parece que pasar tanto tiempo conmigo está empezando a afectarte.

—Para nada. Pero si vas a seguir mirando con ojos como platos restos de una red rota, prefiero entretenerme con otra cosa. Acaba siendo aburrido vigilar por si vienen tiburones.

Bobak dio un respingo.

—¿Tiburones? ¿Dónde hay tiburones?

—No hay ningún tiburón, Gregor —dijo Nina mientras Gozzi contenía la risa. Aun así, Bobak inspeccionó los alrededores con aprensión antes de concentrar de nuevo toda su atención en el hallazgo.

—Ya lo hemos catalogado —dijo Gozzi—. Adelante.

—Si encuentras algo, avisa —añadió Nina.

—Si es solo un cuchillo de piedra, vale, te lo diré —dijo Chase—. Pero si es un cofre pirata, me lo quedo para mí. —Inspeccionó rápidamente los alrededores en busca de tiburones o cualquier otra vida marina que pudiera suponer un peligro; a pesar de sus bromas, su trabajo era, a fin de cuentas, cuidar del resto del equipo, una responsabilidad que se tomaba muy a pecho, especialmente en lo que se refería a Nina. Toqueteó la roca más próxima con su arpón. Cuando quedó convencido de que no iba a saltar de repente una morena u otra sorpresa desagradable, apartó la roca del sedimento.

Aunque la parte expuesta había quedado redondeada, el resto de la roca era angulosa y plana, y le recordó a un gran ladrillo. La hizo a un lado y apuntó con la linterna al agujero recién creado. Carecía, tristemente, de tesoros piratas e incluso cuchillos de piedra: no había nada más que el espeso sedimento y las esquinas agrietadas de más piedras.

Extrajo otro ladrillo, que se desprendió de su hogar de siglos como un diente podrido de una encía. Un par de coloridos pececitos acudieron a investigar el orificio resultante, pero al igual que Chase, quedaron decepcionados al no encontrar nada más que más ladrillos.

—¿No hay cofres del tesoro? —preguntó Nina cuando se reunió con él.

—¡Arr, ninguno, damisela! Aquí solo hay viejos ladrillos.

Nina intercambió miradas atónitas con los otros dos arqueólogos, y después se giró de nuevo lentamente hacia Chase.

—¿Que has encontrado qué?

El ladrillo reposaba sobre una mesa en el laboratorio de Nina a bordo de la *Pianosa*. Tenía alrededor de treinta centímetros de largo y unos diez centímetros de ancho, estaba ligeramente curvado y no parecía haber nada especialmente memorable en él.

A excepción, claro, de su mera existencia.

—Es un ladrillo —dijo Chase, no por primera vez desde que Nina, Gozzi y Bobak nadaron hacia el montón de rocas—. ¿A qué viene tanto revuelo?

—Te lo diré —dijo Nina, girando el portátil Apple en el que había estado trabajando sin cesar para enseñárselo. En la pantalla había un mapa de parte de Indonesia y el mar de Java, Sumatra y las islas circundantes a la izquierda —. Este es el nivel del mar hoy en día, ¿vale?

—Vale. ¿Y?

Nina amplió la zona.

—Aquí estamos nosotros. La profundidad de este lugar es de treinta metros por debajo del nivel del mar. Pero si doy marcha atrás para mostrar la última vez que este lugar estuvo por encima del nivel del mar…

El programa que Nina estaba usando se llamaba GLUG, las siglas en inglés correspondientes a Niveles Globales de Geología Submarina. Los desarrolladores hicieron todo lo posible por adaptar los términos al ingenioso acrónimo. Usando los radares y mapas de sonar más avanzados del momento, el programa permitía que los miembros de la API y sus agencias asociadas pudieran contemplar la topografía de todo el planeta, con una exactitud hasta entonces solo al alcance de los militares. GLUG, sin embargo, era capaz de hacer algo más que tan solo mostrar las cosas tal y como estaban actualmente: usando datos recopilados de estudios geológicos del núcleo de hielo, podía además elevar o bajar el nivel del mar en un mapa para coincidir con cualquier punto del pasado… o, mediante una sencilla inversión del algoritmo, enumerar todos los momentos en que el mar estuvo en un determinado nivel.

Eso era precisamente lo que Nina había hecho.

—Así era Indonesia cuando el nivel del mar era treinta metros menor — dijo. Mientras Chase miraba la pantalla, el mapa cambió, y nuevas islas

aparecieron alrededor de la costa. Señaló un marcador amarillo en el borde de uno de los terrenos emergidos—. ¿Ves? Estamos ahí, en la costa, hace sesenta mil años.

Chase se rascó el escaso cabello.

—¿Y? Pensaba que eso era justamente lo que estabas intentando demostrar, que los primeros humanos se diseminaron por las costas en esos tiempos. Todo ese rollo de la hipótesis de la migración del Paleolítico.

Nina lo miró con una sonrisa de sorpresa.

—¿Has estado leyendo mi trabajo?

—¿Qué te has pensado? No me paso todo el día viendo películas de acción. Así que, hace sesenta mil años, Ig y Ook vivían en este lugar, pescando y haciendo ladrillos. ¿No es eso lo que esperabas encontrar?

—Más o menos, exceptuando esto. —Levantó el ladrillo—. ¿Sabes de cuándo datan los primeros ladrillos?

—¿Un par de semanas?

Nina sonrió.

—Me temo que no. Los primeros ladrillos refractarios fueron encontrados en Egipto, y databan de alrededor del 3000 a. C. E incluso los primeros ladrillos de barro datan solo de alrededor del 800 a. C. Hay un buen salto de cualquiera de esas fechas al 58.000 a. C.

—¿Y si es más reciente? Quizá se cayó de un barco.

—Ya viste lo redondeados que estaban los bordes expuestos de los otros ladrillos. Eso no lo hacen siglos de erosión, sino milenios. —Giró el objeto anacrónico en sus manos. Aunque la superficie estaba gastada, conservaba vestigios de barniz, lo que parecía apuntar a un artesano experimentado y con ciertas preocupaciones estéticas. Ninguno de esos conceptos casa con un origen paleolítico.

Dejó el ladrillo en la mesa.

—Creo que tenemos que ampliar los parámetros de la investigación.

Chase arqueó las cejas.

—¿Tú crees?

—Oye, soy la directora de la API. Es mi trabajo decidir ese tipo de cosas.

—Directora interina —le recordó Chase. Nina había asumido el cargo cuatro meses antes, tras la muerte de su predecesor, Hector Amoros, y la decisión de las Naciones Unidas respecto a su nombramiento seguía siendo provisional. Pero era mejor que nada, y desde luego todo un logro para alguien que cumplió los treinta el año anterior.

—Qué más da. Sigo pensando que deberíamos hacerlo. Demostrar una teoría es una cosa, pero hacer un descubrimiento que podría cambiar todo lo que sabemos de los primeros hombres…

Chase se colocó tras ella y rodeó su cintura con sus brazos poderosos.

—Tú lo que quieres es volver a salir en la portada de *Time*, ¿no?

—No. Sí —concedió Nina—. Pero ¡imagínate lo que significaría! La teoría actual considera que el *Homo Sapiens* no desarrolló herramientas salvo las más elementales hasta el periodo del Paleolítico superior hace cincuenta mil años, pero si tenían hornos capaces de hornear ladrillos… —No terminó la frase; las manos de Chase ascendieron a sus pechos—. Eddie, ¿qué estás haciendo?

—Te excitas tanto cuando hablas de arqueología… —dijo él, con una sonrisa lasciva en su rostro de mandíbula cuadrada—. Es como tu versión del porno. Los pezones se te ponen como uvas.

—Mis pezones no son como uvas —le dijo Nina en tono falsamente gélido.

—Son pequeños y sabrosos como las uvas… Podríamos… hmm… ir a nuestro camarote…

—Ahora no, Eddie —dijo Nina, apartando sus manos—. Venga, tengo que hablar con el capitán Branch para hacer una exploración de sonar.

Chase entornó los ojos cuando Nina salió de la estancia.

—Cómo no. No hay nada más sexi que una exploración de sonar.

Nina se apoyó en la barandilla de la cubierta de la *Pianosa*, contemplando el hidroavión de Havilland Otter rojo y blanco que se aproximaba al muelle flotante en forma de ele que se extendía a estribor del barco. Chase la saludó con un ademán desde el asiento del copiloto.

Nina le devolvió el saludo, y después se encaminó a su laboratorio. No había sido sencillo convencer al capitán Branch, un hombre riguroso en exceso, obsesionado con seguir escrupulosamente la letra pequeña de cada contrato, para que les permitiera usar el hidroavión para algo que no fuera su explícito propósito: el de traer víveres de Yakarta durante los diez días que duraría la expedición. Nina, finalmente, se salió con la suya, con la promesa de un dinero extra que se reorientaría del presupuesto discrecional al bolsillo del capitán.

El hidroavión había sido equipado con un pequeño sonar sumergible, y habían pasado las horas siguientes realizando cortos vuelos en espiral desde la

embarcación. Cada vez que aterrizaba, Chase sumergía el sonar para explorar el lecho marino circundante. En teoría, si alguno de los resultados coincidía con las lecturas del punto de inmersión, había muchas posibilidades de que encontraran más de esos misteriosos ladrillos, quizá incluso su origen.

En teoría. Existían las mismas posibilidades de que con la búsqueda no descubrieran absolutamente nada.

Chase entró con el sonar tubular en las manos. Tras él, sosteniendo la grabadora de datos del sonar, estaba Bejo, uno de los miembros indonesios del equipo. Aún adolescente, había crecido en una de las muchas islas del archipiélago, lo que significaba que había pasado la misma proporción de tiempo de su vida en barcos que en tierra.

—¿Qué tal el vuelo? —preguntó Nina cuando Chase guardó el sonar en su gran caja metálica.

—Bastante bien. Hervé incluso me dejó tomar los mandos. Durante todo un minuto.

—Ya me pareció oír gritos de terror —bromeó Nina mientras Bejo dejaba la grabadora sobre una mesa—. Gracias, Bejo.

—De nada, señora Nina —dijo este, bienhumorado.

—Por favor, Bejo —dijo Nina mientras conectaba la grabadora a uno de los ordenadores del laboratorio—, ya te lo he dicho, nada de «señora». No soy la señora de nadie. Hasta el próximo mayo, al menos.

—¡Ah! Entonces será usted la señora de Eddie.

—No, no, no. —Nina agitó un dedo—. Él será el señor de Nina.

Bejo soltó una risotada.

—¡Señor Nina! —dijo, señalando a Chase—. Me gusta, es divertido.

—Divertidísimo —murmuró Chase, y se unió a Nina junto al ordenador —. Hasta luego, Bejo.

—Lo mismo digo… ¡señor Nina! —Bejo salió del laboratorio, y sus risas resonaron por todo el pasillo.

—Muchas gracias por eso —dijo Chase, golpeando levemente a Nina en la coronilla—. Ahora voy a ser el señor Nina para lo que queda de expedición.

—Bah, en realidad no te importa. Porque estás loco por mí. —Nina le dio un golpecillo juguetón con la cadera.

—Ya, la verdad es que debería consultar a un psiquiatra. Bueno, ¿qué tenemos?

Nina ya estaba manos a la obra.

—Vamos a verlo. Vale, este es el yacimiento. —Una imagen apareció en la pantalla, manchas en sombras de gris sobre un fondo negro—. Es una composición de cuatro lecturas. Solo los objetos que permanecen estacionarios en las cuatro aparecen, así que no tenemos que preocuparnos por los peces. —Amplió la imagen y señaló un grupo concreto de objetos—. Estos son los ladrillos que encontraste.

—No desenterramos tantos —apuntó Chase—. ¿Hasta qué profundidad puede leer el sonar?

—Hasta sesenta centímetros. Depende de cómo sea el lecho marino. Si es solo sedimento y hay más ladrillos, deberían aparecer claramente. A ver qué has encontrado.

Apareció la primera imagen compuesta. Nina la inspeccionó, ampliando cualquier cosa que generara la suficiente respuesta del sonar, pero no encontró nada que se pareciera a las formas regulares de los ladrillos. Para cuando terminó, más imágenes habían sido procesadas, listas para la inspección. Las abrió una a una.

—¡Uy! —dijo Nina entusiasmada cuando apareció la octava lectura—. Esto parece prometedor. —Un enjambre de reflejos de sonar apareció claramente, como un puñado de pequeños diamantes lanzados sobre terciopelo negro—. Se parece a las lecturas que recibimos de la Atlántida, ¿te acuerdas? Como edificios enterrados bajo el cieno. —Amplió la imagen. Aunque los objetos estaban desperdigados, muchos de ellos tenían formas regulares, claramente artificiales—. El lugar parece arrasado. Haría falta un terremoto gigantesco o un tsunami para destrozarlo todo de esa manera.

—O gente. —Se miraron—. ¿A qué profundidad está?

—A… vaya, a cuarenta y cinco metros. Entonces no es de la misma época que el yacimiento original. —Nina abrió el programa GLUG y tecleó algunos datos. El mapa cambió, y el nivel se redujo aún más—. Definitivamente no es el mismo periodo. Si las lecturas son correctas… es de alrededor de hace ciento treinta y cinco mil años. —Se giró hacia Chase con los ojos como platos—. Cielo santo, eso reescribiría todo lo que creemos saber sobre la prehistoria. Según nuestras teorías actuales, los humanos ni siquiera salieron de África hasta hace setenta mil años como mucho.

—Puede que no sean humanos —dijo Chase con una sonrisa—. Puede que lo construyeran extraterrestres.

Nina frunció el ceño.

—No son extraterrestres, Eddie.

—Eso lo dices ahora, pero cuando encontremos una calavera de cristal…

—¿Podemos hablar en serio? —Nina amplió la grabación del sonar aún más. La imagen se *pixeló*, pero aún se distinguían objetos individuales, desperdigados por el lecho marino—. Tenemos que echar un vistazo. Lo antes posible.

—Está a unos ocho kilómetros de distancia —dijo Chase, comparando las coordenadas GPS de la imagen con un gráfico—. No será fácil llevar las barcas hasta allí y de vuelta.

—Llevaremos el barco entero.

—No creo que a Branch le apasione esa idea. Ya te costó bastante convencerlo para que nos dejara usar el hidroavión.

Nina esbozó una sonrisa determinada.

—No sé, hoy me siento muy persuasiva.

Con escasa elegancia, incluso tras la promesa de un nuevo pago que cubriera el uso no planificado de combustible, el capitán Branch terminó finalmente por consentir que la *Pianosa* se desplazara a la nueva ubicación. Tardaron un par de horas en subir a bordo de nuevo los pontones y ponerse en marcha, pero el trayecto en sí no les llevó demasiado tiempo. Con el ancla echada ya, la tripulación volvió a ensamblar el muelle flotante mientras los integrantes de la API se preparaban para zambullirse. Nina había empleado el tiempo del viaje en explicar el motivo por el que había cambiado la misión de manera tan drástica; tanto Gozzi como Bobak quedaron atónitos ante lo que Nina creía haber descubierto, pero pronto compartieron su entusiasmo.

Chase era más pragmático.

—No podremos quedarnos mucho tiempo ahí abajo —dijo mientras los demás se sometían al complejo proceso de ponerse los trajes de buceo—. Solo quedan un par de horas hasta la puesta de sol. Habrá poca luz a esa profundidad, pero más vale algo de luz que nada.

—Será solo una inmersión preliminar —le dijo Nina—. Solo quiero asegurarme de que realmente hay algo ahí abajo. Si lo hay, bajaremos de nuevo mañana por la mañana, y si no… volveremos al yacimiento original.

—Me apuesto lo que quieras a que no vuelves a encontrar un pedazo de red vieja como la de antes. Venga, brazos arriba.

Nina levantó los brazos. Como el resto de buceadores, llevaba un traje seco modificado, con aros metálicos a modo de sellos alrededor de sus hombros y sus muslos. Los de sus muslos estaban ya conectados a la parte inferior del traje de buceo. Nina se movió nerviosamente mientras Chase

entrelazaba los aros herméticos de sus brazos con los puntos correspondientes de las aberturas de los hombros. Después, cerró la sección delantera de policarbonato alrededor de Nina y abrochó los pasadores uno a uno.

—Odio esta parte —murmuró Nina mientras Chase cogía el casco.

—Alégrate de no haber tenido que usar el modelo antiguo —dijo Chase —. El casco era incluso más pequeño. —Chase había utilizado la primera versión del traje de buceo hace tres años; fue diseñado con la idea de que los buceadores alcanzaran profundidades que imposibilitaban el uso de trajes de buceo tradicionales y al mismo tiempo reducía fuertemente el riesgo de aeroembolismo. El traje les permitía respirar aire a una presión de superficie normal, y dejaba sus miembros relativamente libres para moverse. Este diseño actualizado permitía además que el sujeto se girara e inclinara, aunque solo levemente, a la altura de la cintura, una evidente mejora respecto al diseño anterior, más rígido, pero seguía siendo francamente aparatoso, especialmente fuera del agua.

—No dejo de pensar en que podría entrarme algo en el ojo mientras estoy bajo el agua —dijo Nina, mientras se aseguraba de mantener su coleta apartada del cuello del traje—. O que me dan ganas de estornudar. Sería asqueroso.

—O podrías tirarte un pedo dentro del traje.

—Yo no me tiro pedos, Eddie —apuntó Nina mientras Chase colocaba el casco sobre su cabeza y lo encajaba en su lugar.

—Sí que se tira, solo que nunca lo reconoce —dijo Chase en un susurro dirigido a Bejo, que se rio.

—¿Qué has dicho? —preguntó Nina con recelo, la voz amortiguada y hueca bajo el casco.

—Nada, cielo. A ver, comprueba tus sistemas. —Chase inspeccionó los medidores colocados en la bulbosa espalda del traje, donde se encontraban los tanques de aire y los sistemas de reciclaje, mientras Nina contemplaba el visor del repetidor dentro del casco—. Está bien sellado, la presión es correcta, la mezcla es normal, la batería a tope. Estás lista.

Nina caminó hacia la escalerilla en el borde del muelle. Gozzi se colocó justo detrás, mientras realizaba las últimas comprobaciones en los sistemas de su traje; Bobak, por su parte, flotaba ya sobre las olas. Saludó a Nina con la mano, invitándola a acompañarlo. Por unos instantes Nina consideró la posibilidad de saltar, pero prefirió tomar la opción más prudente de bajar por la escalerilla; las aletas de su traje golpearon cada uno de los peldaños.

Chase se puso su propio traje de buceo con ayuda de Bejo y después se abrochó el cinto que albergaba su cuchillo y el resto de sus pertrechos.

—Todo listo, señor Nina —dijo el indonesio. Chase lo miró.

—Señor Eddie —lo corrigió enseguida.

Gozzi ya se había sumergido. Chase se zambulló junto a él.

—Presumido —dijo Nina mientras Bejo le lanzaba el arpón.

Chase recogió el arma y miró a los otros.

—¿Todos preparados?

—Preparadísimos —respondió Nina—. A ver qué encontramos ahí abajo.

2

Aunque estaba a una profundidad tan solo unos diez metros mayor que el yacimiento original, la nueva localización era mucho más oscura, sumida como estaba en una penumbra perpetua. Los cuatro buceadores tenían las luces de sus trajes a pleno rendimiento, pero ni siquiera así lograban penetrar las sombras de las profundidades.

Nina sostuvo una lámina ante sus luces, la impresión de la imagen de sonar de la zona.

—Es aquí. ¿Alguien ha visto algo?

Gozzi golpeó con su aleta una piedra redondeada.

—Puede que esto sea otro de esos ladrillos.

—Eddie, ayúdalo.

Chase se reunió con el italiano, y entre los dos la levantaron. Bajo el sedimento, protegido de la erosión, había efectivamente otro de esos ladrillos ligeramente curvados y de bordes afilados.

—Parece que es el lugar adecuado.

—Haremos una medición —decidió Nina—. Cada uno elegiremos un cuadrante, empezando aquí, y hasta… cincuenta metros. Si alguien encuentra algo interesante, que tome nota y compararemos los resultados de todos cuando volvamos a reunirnos.

—No os perdáis de vista los unos a los otros —añadió Chase.

Se separaron. Nina prefirió nadar en lugar de usar los propulsores, e inspeccionó el lecho marino mientras flotaba lentamente sobre él. Una roca medio enterrada resultó ser otro ladrillo, mayor que cualquiera que hubiera visto antes. Tomó nota de la posición del ladrillo y reflexionó acerca de la naturaleza de aquellos objetos mientras seguía avanzando. El simple hecho de que estuvieran curvados limitaría en gran medida su utilidad; el ejemplo más temprano de ese tipo de concepción arquitectónica, que ella supiera, venía de

los atlantes, cuyo imperio se había erigido, y se había derrumbado, unos once mil años atrás.

Demasiada diferencia entre esos once mil y ciento treinta y cinco mil. ¿Es posible que existiera una civilización incluso más antigua que la de los atlantes?

Un cambio en el terreno: más adelante el lecho se inclinaba en una pronunciada cuesta abajo. Apenas pudo distinguir el punto, en la oscuridad, en que se elevaba de nuevo. Si el resto de la zona fue en otro tiempo tierra de colinas costeras, quizá esto fuera un pequeño barranco que marcaba el lugar en que un arroyo o riachuelo alcanzaba el mar.

Eso lo convertiría en un buen lugar para buscar rastros de aquellos misteriosos arquitectos. Para cualquier sociedad primitiva, una fuente de agua dulce era fundamental para ubicar un asentamiento.

Nadó hacia el barranco. Chase seguramente le echaría la bronca por alejarse tanto de él, pero sobreviviría a la regañina. Sacó su linterna e iluminó con el potente haz el lecho marino.

Había algo allí, una fila de tallos rocosos que se elevaban del cieno y sobre los cuales crecían plantas. Una fila regular, demasiado para ser natural. Contempló de nuevo la lámina. Aparecía en ella una fila de cinco manchas de tamaño similar, coincidentes con los cinco objetos reales que estaba mirando…

Y más reflejos de sonar, y más fuertes, a escasa distancia, en el extremo opuesto del barranco. Había encontrado algo; estaba segura. Algo intacto… ¿un edificio que no había quedado completamente destruido, quizá?

Nadó hacia esa zona, apuntando hacia el frente con la linterna. Había algo allí, sin duda. Cuando se acercó, vio que, aunque no estaba intacto, y el muro curvado había quedado fragmentado en pedazos semejantes a los dientes de un tiburón, tampoco había quedado reducido a ruinas. De algún modo había logrado resistir a lo que fuera que arrasó el asentamiento, y a los corrimientos cuando se elevó el nivel del mar; a los estragos del tiempo, en suma.

—Chicos —dijo, entusiasmada—, creo que he encontrado algo. Parecen los restos de un edificio.

—¿Dónde estás? —preguntó Chase—. No veo tus luces.

—Estoy en una pequeña pendiente.

—En una pendiente —replicó él—. ¡Te dije que no te alejaras!

—Ya, ya. —Casi en el muro ya, Nina avanzó más despacio, y siguió el contorno de la edificación con el haz de la linterna. Fuera lo que fuera aquello, se trataba sin duda de una estructura circular.

Cuanto más miraba, más extraño le resultaba aquello. Aunque el punto más alto que quedaba en pie se encontraba apenas a unos centímetros del sedimento, resultaba obvio que se inclinaba hacia dentro a medida que ascendía. Y no era a causa de ningún accidente: los ladrillos habían sido diseñados y colocados de manera totalmente deliberada para producir justamente esa forma. Ampliar el arco daría como resultado…

Una cúpula.

Trató de imaginársela. Un iglú de ladrillos, de algo más de cuatro metros de alto, puede que cinco. Las cúpulas no eran desconocidas para las civilizaciones antiguas… ¿pero para civilizaciones tan antiguas como esta?

Nadó hacia la parte superior del muro y miró hacia abajo. En un punto ligeramente apartado del centro del círculo había un montón de escombros, cubiertos de algas que crecían a su alrededor lánguidamente. Un pequeño banco de peces reflejó la luz de su linterna, acercándose a las plantas antes de huir como uno solo.

Los ladrillos caídos probablemente formaban parte del techo derrumbado. En ese caso, puede que lo que hubiera albergado aquel edificio siguiera bajo ellos. Nina descendió al lecho marino y se arrodilló tanto como pudo en el pesado traje de buceo para investigar.

—Definitivamente vamos a necesitar la bomba —dijo, mientras retiraba algas—. Si apartamos el sedimento, quizá encontremos…

Algo emergió de un hueco entre los ladrillos.

Nina chilló y se apartó instintivamente. Perdió el equilibrio y cayó de culo. Un rostro espantoso saltó hacia ella, una enorme morena con sus fauces llenas de dientes afilados abiertas de par en par.

Su largo cuerpo se retorció, y los colmillos mordieron la mano extendida de Nina…

Algo pasó junto a Nina en un rastro de burbujas. Se oyó claramente un disparo. Lo siguiente que vio fue un remolino de espuma rosada y carne despedazada desmenuzándose en el agua. La mitad delantera de la morena, con las fauces aún abiertas en lo que ahora parecía un gesto de sorpresa congelado, golpeó sin vida el costado de Nina antes de caer al lecho marino.

—¿Qué te había dicho? —dijo la voz de Chase, estrepitosa en los oídos de Nina—. ¡Que no te alejaras!

—¡Joder, Eddie! —dijo Nina, entre asustada, aliviada y enfadada—. ¿Estás intentando matarme? ¡Casi me rompes los tímpanos!

—¿Preferirías que esa cosa que hubiera abierto un agujero en el traje? —Chase nadó junto a ella, con el arma en la mano—. Era enorme. Por lo menos

debía tener cuatro metros de largo. Aunque quizá una cabeza explosiva ha sido excesiva. —Cargó otro arpón de punta explosiva y después retiró la mitad trasera de la morena del agujero.

Nina respiró profundamente en un intento por tranquilizarse.

—¿Qué estás haciendo?

—Librarme de esta cosa. No es buena idea trabajar con cebo para tiburones flotando por ahí. —Abrochó el arma al cinto de su traje y después recogió la otra mitad de la morena—. ¿Has visto esto? —preguntó, agitando la cabeza en las narices de Nina—. Tiene dos filas de dientes, una dentro de la otra. Como Alien.

—¡Deshazte de ella! —dijo Nina, asqueada.

—Menuda sed de conocimiento —dijo Chase, girando la cabeza de la morena hacia sí y moviendo sus fauces como si fuera un ventrílocuo y el animal su horrible marioneta—. ¡Y se llama a sí misma científica! —Con las dos mitades de la morena entre las manos, nadó hacia la penumbra.

—¿Estás bien, Nina? —preguntó Gozzi cuando llegó; Bobak estaba tras él.

—Estupendamente —gruñó.

—Al menos no era un tiburón. ¿No? —dijo esperanzado Bobak.

—Sí, gracias a Dios. Aunque tengo la horrible sensación de que voy a tener que aguantar un montón de chistes sobre morenas cuando volvamos al barco.

—Nunca haría algo así —dijo Chase desde algún punto de las profundidades—. Además, esta noche me apetece ver una peli. Una de Bob Hope, por ejemplo.

—¿Cuál? —suspiró Nina, preparándose para el chiste.

—¡Morena y peligrosa!

Si Nina pudiera haberse llevado las manos a la cabeza, lo habría hecho. En lugar de eso, gruñó, recuperó la compostura y se centró de nuevo en su trabajo.

Después de fotografiar las ruinas, levantaron con cuidado los ladrillos caídos. Fue un lento proceso, acompañado en todo momento por las advertencias de Chase respecto a la cada vez mayor ausencia de luz diurna.

Sin embargo, mereció la pena.

—¡Mira eso! —exclamó Nina. Tras retirar el techo derrumbado y eliminar los restos de sedimento con la pequeña bomba de vacío, nuevos hallazgos se revelaron—. Parece que hemos encontrado oro.

—No es oro —dijo Chase—. A mí me parece cobre.

—No quería decir oro literalmente. —Nina levantó el primer objeto. Era una lámina de cobre de alrededor de veinticinco centímetros de largo, con la misma longitud de un costado pero mucho más estrecho en el otro. Obviamente, había sido aplastado cuando cayó el techo, pero Nina supuso que fue originalmente de forma cónica. Lo giró—. Parece un embudo.

—¿Utensilios de cocina? Vaya, eso es mucho más emocionante que una red —dijo Chase.

Nina resopló y se lo entregó para que lo guardara en una bolsa de muestras. Después, miró el objeto que Bobak sostenía.

—¿Qué es eso?

—No lo sé. —Era un cilindro de barro, o más bien parte de él, puesto que uno de los extremos había sido arrancado. El otro tenía un orificio de aproximadamente la longitud del meñique de Nina en su centro. El cilindro estaba marcado con surcos estrechos y muy juntos que recorrían toda su longitud—. ¿Para sostener una vela?

Gozzi guio la boquilla de la bomba a lo largo de lo que parecía ser un poste firme de madera.

—¡Mirad esto! —gritó. Mientras se movía, el poste parecía crecer en longitud a medida que era desenterrado: dos metros, tres, cuatro…—. ¡Creo que es un mástil!

—No puede ser —dijo Bobak—. Este lugar es demasiado antiguo. Puede que el barco se hundiera más recientemente.

—¿Y cómo terminó dentro de un edificio que lleva más cien mil años bajo el agua? —preguntó Nina. No hubo ninguna sugerencia para explicarlo. Nina recorrió con los dedos el sedimento y encontró la superficie plana de un tablón. Terminó por encontrar el borde, y lo siguió, tratando de averiguar la longitud de la embarcación hundida.

Algo se movió cuando lo tocó.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Chase—. ¿No será otra morena, no?

—No creo. —Nina arrancó su nuevo hallazgo del fango. Era una tablilla de barro, aproximadamente del tamaño de una novela de bolsillo no muy gruesa. Una esquina había sido arrancada, pero dejando a un lado algunas grietas y manchas de crecimiento microbiano, el resto estaba intacto. Había varias líneas de texto inscritas en la superficie, pero los elegantes símbolos le resultaban completamente desconocidos—. Gregor, Marco, mirad esto. ¿Reconocéis alguno el lenguaje? —Ninguno de ellos lo había visto antes.

—Tic, toc —dijo Chase, señalando hacia la superficie. El nivel de iluminación había caído de manera patente—. Tenemos que subir.

De mala gana, Nina guardó la tablilla en la bolsa de muestras.

—Marca el lugar —le dijo a Gozzi—. Mañana mismo volvemos.

Chase entró en el laboratorio.

—¿Vienes a cenar? ¡Son más de las ocho, y tengo hambre!

—Shhh —dijo Nina, gesticulando con la mano—. Estoy hablando por teléfono.

—¿Es Eddie? —preguntó una voz australiana desde el altavoz del escritorio de Nina—. ¿Qué tal, tío?

—Ey, Matt —respondió Chase al reconocer a su amigo y colega Matt Trulli—. Todo bien. ¿Qué tal tú? Pensaba que te ibas al Polo Sur o algo así.

—Sí, dentro de una semana. He tenido que hacerle un par de reparaciones de última hora al nuevo submarino. Estoy esperando a que lleguen los recambios. Menos mal que descubrí el fallo a tiempo, ¡sería un coñazo tener que arreglarlo en el Antártico!

—Había pensado en aprovecharme de nuestro experto en náutica —le explicó Nina a Chase—. Estaba preguntándole por el barco que encontramos.

—Bien, he visto la foto que me has enviado, y sin duda es una vela latina —dijo Trulli—. Una vela triangular, inventada por los árabes. Alrededor del siglo sexto.

—¿Antes o después de Cristo? —preguntó Nina.

—Después. ¿Por qué, qué antigüedad tiene el lugar donde lo habéis encontrado?

—Es más viejo.

Trulli emitió un sonido apreciativo.

—¿Otro descubrimiento que cambiará la faz del mundo de nuestra querida Nina Wilde?

—Puede —dijo Nina, sonriente—. Gracias por tu ayuda, Matt.

—De nada. Iré a veros a Nueva York cuando vuelva. Ah, y aprovecho para confirmaros que asistiré a la boda, ¿vale?

—Entendido.

—Hasta otra —dijo Chase cuando Trulli se desconectó—. Bueno, ¿cenamos?

—Enseguida —dijo Nina, volviendo al trabajo. Sostuvo la tablilla de barro bajo una lente amplificadora con iluminación y usó una herramienta metálica para retirar las algas que no había conseguido despegar un baño en agua destilada. Un pedazo especialmente recalcitrante se resistía incluso a esa

exploración: Nina utilizó un espray de aire comprimido para cubrirlo de un polvo astringente antes de volver a la carga con la herramienta de metal. Esta vez, el pedazo cayó—. ¿Qué hay de cena?

—Anguilas. —Nina lo miró con el ceño fruncido—. ¿Qué tal vas?

—Bastante bien. Ya lo he limpiado casi todo. —Señaló la costosa cámara réflex que estaba junto a la carcasa sumergible que había usado durante la inmersión, conectada por cable a su portátil—. Ya he enviado algunas fotos a Nueva York por satélite, pero pensé que sería más sencillo que alguien pudiera identificar el lenguaje si la tablilla no está cubierta de mierda.

—¿Entonces, no sabes cuál es? Quizá deberías retirar tu solicitud para dirigir a tiempo completo la API.

—Todo sería más fácil, eso seguro.

—¿Hablas en serio? —Chase le puso una mano en el hombro—. Era broma. Pensé que querías el puesto.

—Y lo quiero. Pero ha habido tanta mierda burocrática y política alrededor, sobre todo en los últimos meses… Es como si todo el mundo se hubiera puesto de acuerdo para ir en mi contra. Imbéciles. —Suspiró.

—Sé lo que quieres decir. Cada vez que paso por el control de aduanas en Estados Unidos, los de inmigración me hacen el tercer grado. Da igual que tenga permiso de residencia o un permiso de trabajo de la ONU, ¡me tratan como si fuera un puto terrorista!

—Ya, la verdad es que podrían mostrarse más agradecidos, teniendo en cuenta que salvamos el mundo. —Nina tomó varias fotografías de la tablilla —. Quizá debería recordárselo a todo el mundo, y aceptar esa oferta para escribir mi autobiografía.

—Tienes que pedir más dinero —le dijo Chase—. Diles que quieres billones. —Se llevó el meñique a la comisura del labio.

—Es tentador. —Se giró hacia Chase y después se estremeció al apoyar el peso en su pierna derecha—. ¡Ay!

—Te he dicho mil veces que no la fuerces. Pero ni caso.

—Estoy bien, de verdad… no, no lo estoy, joder, ¡cómo duele!

Nina se tambaleó hasta una silla cercana mientras se frotaba el muslo.

—Vaya, hombre, me ha dado un calambre. Debo haber estado demasiado tiempo apoyándome en ella.

—Eso, y lo de nadar durante horas —dijo Chase, con menos simpatía de la que Nina había esperado—. ¿Y si esto te hubiera pasado a treinta metros de profundidad? Está decidido. No pienso dejar que te sumerjas mañana.

—Podría usar los propulsores del traje —sugirió lastimeramente Nina, pero le quedó claro por la expresión en el rostro de Chase que no pensaba ceder en lo que a eso respectaba—. Mierda. Odio la transmisión remota. Nadie apunta nunca la cámara hacia lo que yo quiero ver.

—Antes o después lo hacemos. Cuando llevas cinco minutos quejándote. —Extendió una mano. Nina la tomó y se puso en pie lentamente, tratando de enderezar la pierna derecha—. ¿Sigue doliendo?

—No —mintió ella con un gemido.

—Venga, apóyate en mí. Te llevaré al comedor.

—Solo un segundo. Espera a que envíe esas fotos a la API. —Fue hacia la mesa y tecleó en su portátil—. Vale, ya está.

—Tienes que frenar un poco —dijo Chase, rodeando su cintura con el brazo para ayudarla a mantener el equilibrio—. Sé que es tu trabajo y que es muy importante para ti, pero si no tienes cuidado podrías hacerte daño. Como con esa morena. ¿Cuántos riesgos estás dispuesta a tomar por esto?

—Los que sean necesarios. —Nina le sonrió—. Venga, vamos a comer.

A medio mundo de distancia, paneles de superordenadores analizaban las fotografías que Nina acababa de enviar por *email*, inspeccionando las imágenes digitales en busca de pautas coincidentes con una amplia serie de criterios en apenas una fracción de segundo.

Ningún ser humano intervino en el proceso: las máquinas de la Agencia de Seguridad Nacional en Maryland inspeccionaban rutinariamente cada una de las comunicaciones electrónicas que atravesaban las redes estadounidenses, buscando cualquier cosa que pudiera guardar relación alguna con actividades criminales, de espionaje o de terrorismo. Todo, salvo una diminuta fracción del incesante flujo de datos, se consideraba inofensivo. El resto se transfería a analistas humanos de la NSA para que realizaran la valoración pertinente.

Pero había algunos criterios de búsqueda que permanecían en secreto incluso para la misma NSA, criterios que solo un puñado de personas en todo el país, en todo el mundo, de hecho, conocía.

Las fotografías de Nina coincidían con esos criterios.

Los superordenadores procesaron las imágenes, recogieron los extraños caracteres, los compararon con una base de datos y dispararon la alarma. En pocos minutos, tres personas de distintos países habían sido informadas ya del hallazgo.

La Alianza del Génesis tenía una nueva misión.
Un nuevo objetivo.

3

—¡Buenos días, capitán Branch! —dijo Nina con entusiasmo mientras cojeaba sobre el puente de mando de la *Pianosa*.

Branch, un estadounidense de rostro anguloso y en tensión permanente, la recibió con un asentimiento huraño.

—¿Sabe que las corrientes son más fuertes aquí que en el yacimiento original? —comenzó; no parecía dispuesto a perder un tiempo valioso para quejarse en saludos amables—. Tendré que encender los propulsores para mantener la posición. Eso significa que tendré que usar más combustible del esperado.

Nina esbozó una sonrisa amable.

—La API lo cubrirá todo, capitán.

—Más le vale. Y me gustaría tener eso por escrito hoy mismo, doctora Wilde.

—Me pondré a ello de inmediato, capitán —dijo Nina, e hizo una mueca burlona cuando el capitán le dio la espalda. El otro tripulante presente en la sala sonrió—. ¿Qué me dice usted, señor Lincoln? ¿Qué tiempo vamos a tener hoy?

—Bueno —dijo el tal Lincoln, un apuesto joven de color oriundo de California—, va a ser una bonita mañana, con viento del este de cinco nudos y treinta por ciento de probabilidades de lluvia por la tarde. Aunque preveo una posibilidad del cien por cien de que nuestros invitados de la API se mojen. —Gesticuló hacia el pontón, donde los preparativos para la inmersión estaban en curso.

—Yo no, al menos hoy —dijo Nina—. Me quedo en el banquillo.

—Qué lástima. Aun así, si se aburre la invito a que haga uso de las muchas opciones de ocio que ofrece la *Pianosa*. Concretamente, una baraja de

cartas con los ases marcados, un dominó y la Playstation en mi camarote. ¡Tengo el *Madden*!

—Basta de payasadas, señor Lincoln —replicó Branch—. Haga algo útil, compruebe las existencias de la cocina. Seguro que alguien ha estado comiendo fruta enlatada a escondidas.

—Sí, señor —dijo Lincoln, con un saludo exageradamente tajante al capitán y guiñándole un ojo a Nina mientras salía. Ella le devolvió la sonrisa, y después miró por la ventana. El barco estaba a unos diez kilómetros de la isla más cercana, una silueta baja y lejana que coronaba un archipiélago de islas. El mar estaba en calma, y la única embarcación a la vista era un punto blanco que estaba rodeando la isla. Alejados como estaban de los cursos de navegación habituales, la única compañía de la *Pianosa* hasta el momento había sido un yate ocasional que pasaba por allí, o un barco pesquero.

Aunque implicara vérselas con numerosos peldaños de escaleras y escalerillas, Nina decidió bajar a cubierta; cualquier cosa era mejor que pasar el rato con Branch. Comparada con otras embarcaciones científicas en las que había viajado en el pasado, la *Pianosa* era relativamente pequeña, un pedazo de acero oxidado de cincuenta metros de largo diez años mayor que ella misma. Sin embargo, aunque Branch distaba mucho de ser el capitán más encantador que le había tocado en suerte, hacía bien su trabajo, y su embarcación cumplía con eficacia todas las tareas que la API le requería, aunque careciera de otras comodidades.

—¿Qué tal la pierna? —preguntó Chase, ya embutido en su traje de buceo, cuando Nina llegó al pie de la inclinada pasarela que recorría el costado de la embarcación hacia la cubierta. Solo uno de los botes de la *Pianosa* había sido bajado hoy; el otro colgaba de su grúa en la cubierta superior.

—Bien. De hecho, creo que me iría bien bucear un poco…

Chase miró el pie derecho de ella, sobre el que evitaba apoyar peso de una manera algo sospechosa.

—Ya, seguro.

—Vale, sigue doliendo un montón. Odio que tengas razón.

—¡Pero si siempre tengo razón! —dijo Chase con engreimiento—. Tu vida debe ser horrible.

Ella sonrió con cierta malicia.

—¿Realmente quieres que te hable de eso?

—Supongo que no. ¿Ya tienes la previsión?

—Sí. Parece que hará buen tiempo. Algo de lluvia por la tarde, quizá, pero nada serio.

—Me parece estupendo. Allá vamos. —Bobak y Bejo descendieron la pasarela, cargando entre los dos con una caja de plástico. La dejaron en el suelo y la abrieron, descubriendo un receptáculo de color amarillo brillante y del tamaño de una calabaza grande, con un foco y una lente bulbosa a modo de tapa inclinada. Bobak le conectó el extremo de un largo cable—. Al menos podrás verlo todo.

—Si es que apuntáis esa cosa hacia algo que merezca la pena ser visto. —La unidad de cámara remota no tenía capacidad de maniobra por sí misma, y dependía de que los buceadores la movieran de un lado a otro—. Deberíamos haberle pedido a Matt que construyera uno de esos pequeños submarinos robóticos. Al menos eso podría haberlo manejado yo.

—Claro, porque tener un robot zumbando a mi alrededor no sería nada molesto.

Gozzi descendió la pasarela con la más grande de las dos bombas de vacío entre los brazos.

—Estoy listo —dijo—. ¿Lo tenemos todo?

Chase asintió en dirección a todo el equipo alineado en cubierta.

—Sí. Todos los trajes están cargados y en marcha.

—Vale —dijo Nina—. Volveré al laboratorio y activaré el control remoto. ¿Os acordaréis de llevároslo con vosotros, no?

—Venga, en marcha. Arriba —dijo Chase, apartando a Nina con un ademán. Nina sonrió, y después ascendió a la pasarela mientras Bejo y otros dos miembros de la tripulación ayudaban a los miembros de la API a meterse en sus trajes.

Se detuvo en la cubierta principal y contempló el océano. Tal como había pronosticado Lincoln, prometía ser un día precioso. El sol se elevaba ya en un cielo azulísimo, y los únicos rastros de nubes eran pequeñas volutas sobre el archipiélago. La embarcación blanca en la que había reparado antes navegaba ya en mar abierto, y parecía dirigirse hacia ellos, pero por lo demás todo estaba en calma. Un día perfecto para una investigación arqueológica que echaría por tierra las teorías dominantes… aunque ella tendría que experimentarlo todo indirectamente.

Con un último vistazo al reluciente mar, entró en la embarcación.

—¿Qué ves? —preguntó Chase unos minutos después.

—Veo… a un inglés muy feo —respondió Nina a su micrófono. En el monitor del laboratorio, Chase aparecía sosteniendo el control remoto con la cámara apuntándole; la lente circular hinchaba todos sus rasgos como si fuera un globo.

—Entonces no puedo ser yo. Yo soy guapo a rabiar.

—Mira, en lo de rabiar te doy la razón.

Chase soltó una risilla contenida, y después dejó el control remoto en cubierta, señalando al mar. El horizonte se inclinó en un pronunciado ángulo.

Había dos puntos visibles en el mar azul, pequeñas embarcaciones que se acercaban juntas a la *Pianosa*. Nina, ocupada preparando el resto del equipo, no reparó en ellas.

En el puente de mando, Branch sí había reparado en las dos barcas, y en una tercera. Las dos que quedaban a estribor las vio a través de sus prismáticos. Cada una transportaba a cinco o seis personas, pero estaban demasiado lejos para distinguir nada más.

La otra embarcación, más grande, era un caro yate motorizado blanco y azul. Ya la había visto antes, pero hasta ahora no le había prestado demasiada atención. Había alguien de pie en la cubierta delantera, apoyándose contra algo cubierto con un tejido colorido que ondeaba al viento, y pudo distinguir a otros que se movían en el puente de mando elevado.

Solo le llevó un instante comprender que las tres embarcaciones seguían un curso de aproximación. Miró más atrás, hacia las estelas que dejaban en su trayecto. Habían estado viajando en sutiles eses, tratando de ocultar sus rumbos, pero sin duda las tres convergían hacia la *Pianosa*.

Lo primero que se le ocurrió fue: ¡piratas! Pero eso no tenía sentido. Incluso antes que el indonesio, los gobiernos de Malasia y Singapur habían logrado poner freno a esa amenaza, y la mayor parte de los ataques habían ocurrido en el estrecho de Malacca, entre las tres naciones y a cientos de kilómetros de allí. Además, un barco viejo, de más de cuarenta años, como era la *Pianosa*, no parecía un botín muy apetecible.

Contempló la radio, y por un instante consideró la posibilidad de alertar a la guardia costera, pero decidió que era una medida un tanto exagerada. Aún se encontraban a casi un kilómetro de distancia, y su aparición al mismo tiempo podía ser una mera coincidencia.

Pero no les quitó ojo, por si acaso.

Chase se mecía con dificultad, tratando de cambiar el peso de su traje de un lado a otro. Fuera del agua, la estructura entera reposaba casi por completo sobre sus hombros. No era un peso insoportable, ni siquiera para alguien de complexión ligera como Nina, pero sí lo bastante como para resultar un fastidio.

Bobak se sumergió. Gozzi estaba teniendo dificultades con su casco, de modo que Bejo había ido a ayudarle a ponérselo, y Chase tuvo que arreglárselas él solo con el suyo. Miró al mar, más allá del hidroavión anclado, que el piloto, Hervé Ranauld, estaba llenando de combustible, y vio dos barcas dirigiéndose hacia ellos. Una era una lancha motora, y la otra una lancha rígida inflable algo más grande, uno de los medios de transporte que más había utilizado en sus tiempos en el SAS británico.

—¡Por fin! —dijo Bejo tras colocar al fin el casco de Gozzi en su lugar—. Ya puedo ayudarlo, señor Eddie. —Caminó hacia Chase y cogió su casco.

—Genial. Se me estaban empezando a quemar las orejas. —Chase se fijó en que las embarcaciones habían cambiado de rumbo, y se dirigían ahora sin duda hacia la *Pianosa*—. ¿Quiénes son esos?

Branch vio cómo el yate se aproximaba a la *Pianosa* a través de sus prismáticos. Un hombre salió a la cubierta de proa; llevaba en las manos algo parecido a una bolsa de golf.

Centró su atención en las dos motoras, tratando de echar un vistazo a sus ocupantes. No había redes ni mástiles, de modo que no estaban de pesca…

Contuvo el aliento. Un hombre había alzado un arma, la silueta inconfundible de una AK-47 dibujada contra el mar azul.

Sus compañeros lo imitaron.

Branch giró sobre sí mismo y miró al yate. Uno de los hombres en la cubierta de proa retiró una colorida lona para descubrir una ametralladora sobre un trípode. El otro había sacado un objeto tubular de la bolsa y lo equilibraba sobre su hombro mientras se arrodillaba, apuntando directamente al capitán.

Un lanzacohetes.

El cañón escupió fuego y humo blanco.

Branch pulsó el botón para dar la alarma, y después tomó el auricular…

Demasiado tarde.

El misil, una copia iraní del misil antitanques guiado Dragon M47 americano, impactó en la *Pianosa*. Su cabeza explosiva, de más de cinco

kilos, arrasó el puente de mando, al capitán Branch… y también los postes de radio de la embarcación, que se vinieron abajo como árboles talados y cayeron al mar.

El temblor recorrió toda la embarcación, e hizo caer a Nina de su silla en el laboratorio.

—¡Cielos! —jadeó mientras se incorporaba. Saltó una estridente alarma. ¿Qué había provocado la explosión? ¿Había resultado alguien herido?

Miró el monitor. La cámara remota mostraba aún la imagen desde cubierta. Bobak seguía sumergido, rodeado de una lluvia de escombros en llamas. Más allá, dos embarcaciones se aproximaban a ellos.

Amplió el *zoom* con los controles de la cámara. Los hombres de las embarcaciones iban armados, y apuntaban con sus armas a cubierta…

Impedido por el voluminoso traje de buceo, lo único que Chase pudo hacer fue tirarse a cubierta detrás de una pila de cajas cuando los piratas abrieron fuego con sus AK-47. Algunos de sus disparos se quedaron cortos, y golpearon las olas.

Otras acertaron a su objetivo.

El interior del casco burbuja de Gozzi se cubrió repentinamente de rojo cuando una bala atravesó el policarbonato transparente. Pedazos sólidos y oscuros de hueso y masa cerebral se derramaron por su interior, y a continuación el italiano cayó muerto al océano.

Bejo se tiró junto a Chase, chillando atemorizado mientras las balas golpeaban las cajas que los protegían. Chase miró a lo largo de la cubierta. Ranauld tiró la manga de gasolina y saltó a la cabina del Otter. Un grito, más cercano: uno de los tripulantes había resultado herido. A través de un hueco entre las cajas, Chase vio a Bobak en el agua, agitando una mano hacia algo que parecía en llamas en su traje.

Sumérgete, idiota, bajo el agua…

Una hilera de proyectiles se aproximó al polaco. Y terminó por encontrarlo. Fragmentos despedazados de la carcasa de su traje de buceo estallaron en el aire. Bobak se envaró y luego se hundió lentamente en una mancha de sangre.

Los disparos continuaron mientras las embarcaciones se acercaban. Chase comprendió que los piratas ni siquiera se estaban molestando en apuntar; se

limitaban a disparar ráfagas de fuego automático de un lado para otro, confiando en que semejante poder de artillería bastara para acabar con sus objetivos. No eran soldados profesionales, sino aficionados ebrios por la poco frecuente oportunidad de disparar sin freno armas automáticas. En cierto modo, eran buenas noticias, puesto que carecían de entrenamiento, y quizá eso le proporcionara una oportunidad de contraatacar.

Dejando eso aparte, eran muy malas noticias… porque significaba que habían venido a matar a todo el que encontraran en la *Pianosa*.

La emisión de vídeo remota parpadeó, y después se fue a negro. Le habían dado a la cámara.

—¡Doctora Wilde! —Nina miró a su alrededor cuando Lincoln abrió la puerta del laboratorio—. ¿Está bien?

—¡Sí, pero están disparando a la gente de cubierta! ¡Tenemos que ayudarlos!

—No tenemos armas a bordo —respondió Lincoln apesadumbrado—. Venga, tengo que sacarla de aquí.

—¿Adónde?

Lincoln no tenía respuesta, pero la llevó igualmente hacia la puerta.

El motor del Otter chisporroteó, y el propulsor comenzó a moverse de manera intermitente. Chase vio a Ranauld asomándose por la puerta de la cabina, tratando desesperadamente de desatar la cuerda de amarre. Bejo se incorporó hasta quedar arrodillado, listo para correr hacia el avión.

Un silbante rugido desde una de las embarcaciones, un sonido terriblemente familiar para Chase…

Agachó a Bejo de nuevo a la fuerza.

—¡Abajo!

El ala izquierda del Otter explotó, golpeado por una granada propulsada por un misil. La metralla atravesó la piel de aluminio del hidroavión. Las pocas ventanillas que quedaron intactas se mancharon de la sangre de Ranauld.

Chase abrió los ojos. El motor del Otter seguía en marcha, pero el costado de babor estaba en llamas.

Otro motor se encendió, una lancha fueraborda. El otro tripulante sobre el pontón había saltado a la barca de la *Pianosa*. Encendió el motor y giró tanto

como pudo para alejarse del avión en llamas.

Apenas se movió seis metros. Otra granada acertó a su embarcación en el costado, haciéndola volcar y reduciendo al tripulante a una neblina rojiza entre astillas de madera.

Más balas golpearon las cajas. Chase trató de desabrochar los cierres de su traje de buceo.

—¡Sácame de esta cosa!

El yate se acercó, y una nueva motora se hizo al mar desde su popa. Se alejó de su embarcación madre en dirección a la popa de la embarcación de los científicos.

El pirata que manejaba la pesada ametralladora en la proa del yate apuntó hacia la *Pianosa* y apretó el gatillo.

Lincoln guio a Nina por un corredor; delante de ellos vieron a otro tripulante que sostenía un extintor de fuego, rodeado de humo negro.

—¡Mierda! —dijo Lincoln—. Tendremos que dar la vuelta…

El torso del tripulante estalló, atravesado por una ráfaga de fuego del calibre .50.

Una serie de estallidos resonaron por todo el corredor, dibujando en el casco y las paredes internas agujeros de bala del tamaño de un pulgar, recorriendo de un extremo a otro el pasillo.

Los agujeros se aproximaban a ellos, a una velocidad demencial…

Nina se tiró a cubierta. Trató de arrastrar a Lincoln junto con ella, pero era demasiado tarde. Una bala le acertó en el brazo por debajo del hombro, y se lo arrancó de cuajo.

Chase y Bejo habían logrado desabrochar los cierres del traje de buceo y parte de los agarres de un costado cuando les llegó el estruendo de la ametralladora. Chase reconoció el sonido de inmediato: una Browning M2, un arma utilizada en todo el mundo, prácticamente inalterada desde hace ochenta años… debido a su patente éxito en despedazar cualquier cosa lo suficientemente desafortunada para aparecer delante de su mirilla.

—¡Mierda! —jadeó Chase mientras las balas despedazaban la superestructura de la *Pianosa*. Echó las manos a los cierres que seguían

echados en su traje, y después miró hacia atrás al oír un sonido a su espalda.

Otra motora, que rodeaba la popa del barco. Y más piratas a bordo.

Lo habían visto.

Nina gritó bajo una lluvia de astillas metálicas y pintura arrancada. Las balas seguían golpeando el casco sobre su cabeza… y de repente se detuvieron. Los disparos cesaron y se reanudaron de nuevo, dirigidos hacia otra parte del barco.

Se incorporó hasta quedar sentada, horrorizada por lo que estaba viendo ante sí. El cuerpo del muerto al otro lado del pasillo había quedado afortunadamente oscurecido por el humo, pero Lincoln estaba desplomado contra el muro a sus pies. El muro blanco que quedaba por encima de él estaba salpicado de sangre, y había un orificio asimétrico en su centro, donde la bala había golpeado tras seccionar el brazo de Lincoln. No le quedaba nada de codo para abajo, salvo un horroroso muñón de carne arrancada, con hileras de sangre oscura cayendo sobre la cubierta.

—Cielo santo… —Sin prestar atención al dolor de su pierna, se arrodilló junto a él y le comprobó el pulso. Era débil e irregular—. ¿Puedes oírme?

Los ojos de Lincoln se abrieron de mala gana, tratando de enfocar.

—¿Qué ha pasado? —murmuró, tratando de incorporarse.

Nina lo empujó suavemente para que se tendiera de nuevo.

—No te muevas. Te han disparado. No te muevas.

—Me duele el brazo…

Nina contuvo un sollozo. Lincoln no sabía aún hasta qué punto lo habían herido.

—Dios mío —susurró, sin saber qué hacer. Había un maletín de primeros auxilios en el laboratorio, pero no sabía si serviría de algo con una herida de esta magnitud.

Pero sería su única oportunidad de sobrevivir.

—No te muevas —le repitió—. Vuelvo enseguida.

—¡Muévete! —gritó Chase—. ¡Sal de aquí!

Bejo no necesitaba que se lo repitieran dos veces. Con los brazos extendidos, se zambulló en el mar.

El piloto viró la motora hasta quedar de costado con respecto a Chase, de modo que sus cuatro pasajeros pudieran apuntarle con sus AK-47. Aún

atrapado en su aparatoso traje de buceo, era un blanco fácil, indefenso en un extremo del muelle, y no tenía adónde ir…

Salvo hacia abajo.

Con un grito, rodó y cayó al mar.

Golpeó la superficie del agua de costado, y se orientó hacia el pontón. Los tanques de aire del traje quizá le sirvieran de protección, a menos que apuntaran a su cabeza.

El agua entró por el cuello abierto, inundando la carcasa. Comenzó a hundirse.

Pero no lo bastante rápido.

Las AK estallaron. Las balas rebotaron contra la cubierta por encima de su cabeza y terminaron en el mar. Estos piratas tenían tan poca puntería como sus compañeros del resto de las embarcaciones, pero solo era necesario que una de las balas acertase.

Tomó aire justo antes de que su cabeza se hundiera. El traje era cada vez más pesado, y lo arrastraba hacia abajo…

Una bala golpeó la parte trasera del traje, y el impacto impulsó a Chase contra la parte inflable del pontón. El tanque de aire se rompió, y sus contenidos presurizados fueron expulsados en un silbido. Más balas golpearon el mar a su alrededor.

Se apartó del puente flotante. El aire expulsado lo propulsaba hacia abajo, y cientos de burbujas escaparon del cuello junto a su rostro mientras se colocaba en una posición más erguida.

Los piratas seguían disparando, pero ahora se limitaban a gastar munición.

Incluso a escasa profundidad, el mar bastaba para detener una bala. Ráfagas y ráfagas de balas desperdiciadas caían al fondo en espiral a su alrededor.

Echó las manos a los últimos cierres de su traje. Cuando liberó al fin su torso, se centró en abrir los aros de sellado alrededor de sus miembros. Luego podría nadar bajo cubierta, recuperar el aliento y tratar de pensar en qué hacer a continuación.

El primer cierre se abrió con un clic. Quedaba uno. Trató de encajar su dedo enguantado bajo él.

No pudo.

Chase lo intentó de nuevo, aferrando con fuerza el cierre. Parecía estar doblado. Pero podía arrancarlo con su cuchillo…

El cuchillo no estaba.

Todo su equipo seguía en la superficie.

Trató de no ceder al pánico, y presionó con más fuerza el cierre con la punta del dedo. El condenado broche, sin embargo, no se movió, y poco a poco Eddie fue hundiéndose en las profundidades.

4

Una nueva ráfaga de disparos cayó sobre la embarcación mientras Nina cojeaba hacia el laboratorio. Chilló y cayó de bruces junto a la puerta de un almacén cuando el muro se llenó de nuevo de orificios de bala. Destellos eléctricos crepitaban furiosamente de un cable seccionado sobre su cabeza.

Los disparos cesaron. Nina contuvo el aliento, a la espera de que comenzaran de nuevo, pero nada ocurrió. El artillero había arrasado todas y cada una de las cubiertas de la *Pianosa*. Quizá creía haber matado ya a todos los que estaban a bordo, o quizá…

Quizá la siguiente fase del ataque estaba a punto de comenzar.

Chase seguía siendo incapaz de mover ni un milímetro el cierre dañado. Se había visto obligado a sumergirse de improviso, sin tiempo para llenar sus pulmones, y la limitada cantidad de aire de que disponía estaba comenzando a agotarse.

El tanque perforado se vació finalmente. Movió las piernas, tratando de frenar su descenso, pero sin aire en su interior el traje de buceo no era nada más que peso muerto.

Tenía calambres en los músculos de las piernas, y el ácido láctico se acumulaba a medida que el oxígeno en su sangre mermaba. Sufrió un espasmo, un movimiento involuntario que vació aún más de oxígeno sus pulmones.

Estaba a punto de ahogarse…

Algo lo golpeó. Miró a su alrededor y vio a Bejo. Su mano escarbaba el costado del traje de buceo, y hundía las uñas bajo el metal dañado.

El cierre se abrió.

La mitad frontal del traje de buceo se soltó, y las últimas bolsas de aire que quedaban en su interior escaparon hacia la superficie. Chase tiró de inmediato del broche de su hombro izquierdo mientras Bejo hacía lo mismo con el derecho. Soltó los brazos por fin con una desesperada sacudida mientras el joven indonesio tiraba de los sellos alrededor de los muslos para soltarlos. El traje de buceo seguía arrastrando a Chase hacia abajo como un ancla.

Soltó una pierna.

Los pulmones le ardían, y la cabeza le daba vueltas…

Lograron abrir el último sello. Bejo lo sostuvo y aleteó hacia la superficie cuando el traje se soltó, llevándose consigo una de las aletas de Chase.

Por fin era libre, pero aún tenía que llegar a la superficie.

Donde aguardaban los piratas.

Las paredes del laboratorio estaban repletas de agujeros de bala, y el revestimiento metálico de las paredes había sido arrancado como la piel de una naranja a medio comer. Parte del equipo de Nina había resultado destruido, incluida la lente amplificadora, que yacía rota sobre la tablilla de barro. Ni le prestó atención: buscaba el maletín de primeros auxilios, la única posibilidad que le quedaba a Lincoln de salvar la vida.

Encontró la caja verde en un armarito. No tenía tiempo de comprobar si contenía algo de utilidad, y tampoco tenía mucho sentido hacerlo. Si no era así, el tripulante moriría sin duda. Cogió la caja y regresó corriendo al pasillo.

Oyó gritos.

Dentro del barco.

Chase sentía pulsaciones en la cabeza tan violentas como puñetazos en la sien, y una negrura amenazaba en los extremos de su visión mientras las relucientes olas de la superficie se acercaban más y más, seductoramente…

Alcanzó la superficie, respirando aire fresco y limpio en pesados jadeos. Bejo emergió junto a él. La visión de Chase se aclaró un tanto, y pudo ver la lancha motora ondeando en la superficie apenas a seis metros de distancia. Los hombres que aguardaban en su cubierta vieron a los recién llegados, y sus expresiones de sorpresa se convirtieron enseguida en furia.

—¡Otra vez no! —gimió Chase mientras arrastraba a Bejo de nuevo bajo el agua y las balas los rodeaban.

—¡Señor Lincoln! —gritó Nina. El humo en el pasillo se había espesado, y tosió—. ¿Puede oírme?

Un débil gemido llegó hasta ella. Cojeó hasta el lugar en el que lo había dejado. El charco de sangre se había extendido, dividiéndose aquí y allá en finas hileras que cubrían la cubierta.

Dejó el maletín de primeros auxilios en el suelo y lo abrió. Había varios rollos de vendas y un paquete que contenía gasa esterilizada: al menos podría detener la hemorragia. Sin embargo, no parecía haber sedantes.

—Voy a ponerle una venda —le dijo a Lincoln mientras abría el paquete —. Tendré cuidado, pero quizá duela un poco.

—No puede… ser peor… —dijo él en un susurro esforzado, con los ojos cerrados.

Lentamente, Nina colocó el trozo de gasa sobre la herida. Una protuberancia ósea y sangrante era visible entre los músculos desgarrados. Nina ahuyentó su miedo y su repulsión y presionó la gasa contra el brazo. Lincoln emitió un aullido ahogado.

—Lo siento, lo siento —jadeó Nina. La gasa estaba ya empapada, y podía notar la sangre en la palma de su mano. Mantuvo la gasa en el sitio y buscó con la otra mano uno de los rollos de vendas—. Voy a…

Alguien gritó a través del humo, un lamento aterrorizado que fue interrumpido por una ráfaga de disparos. Nina se estremeció. Los disparos sonaban muy próximos.

Lincoln abrió los ojos trabajosamente.

—Vete.

—Pero no puedo dejarte aquí…

—¡Vete! —La empujó suavemente. La gasa empapada en sangre cayó a un charco escarlata.

Nina lo miró, impotente, y después se puso en pie. Llegaban más voces a través del humo. Se acercaban.

Lo miró por última vez, con ojos atemorizados, y después dio media vuelta y echó a correr.

Los disparos habían cesado, pero Chase y Bejo permanecieron sumergidos, nadando a unos tres metros por debajo de la superficie.

Pasaron junto al pontón. Podrían haber emergido entre las partes flotantes, para coger aire ocultos bajo la cubierta, pero eso era justamente lo que los

piratas esperarían que hicieran, y estarían alerta. En lugar de eso, siguieron nadando a lo largo de toda la longitud del barco científico. Sobre ellos flotaban escombros, restos destrozados de…

El bote de la *Pianosa*.

La embarcación arrasada había volcado, y salía humo de los rebordes del orificio creado por el lanzagranadas. Su casco de madera y fibra de vidrio, sin embargo, seguía a flote, con la quilla curva por encima del agua.

Chase emergió junto a la embarcación volteada. Bejo apareció a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó Chase. El joven asintió, jadeando pesadamente —. Gracias. —Apretó el hombro de Bejo a modo de agradecimiento.

Ruido de motor. Miró a través del orificio y vio que la primera motora se había detenido ya junto al costado del barco, al lado de la pasarela que llevaba a la cubierta principal. Justo detrás, la lancha rígida inflable estaba deteniéndose.

Sus ocupantes saltaron al muelle flotante. Chase les echó un rápido vistazo: sucios, desaliñados, enjutos y panzudos, como corresponde a hombres acostumbrados a descargas repentinas de adrenalina y esfuerzo físico seguidas por sonados excesos en las celebraciones.

Pero había uno entre ellos que destacaba: era más alto, su rostro más severo, y no lucía las cadenas de oro barato que los otros ostentaban. No todos los piratas eran aficionados. Resultaba obvio, por la manera en que aquel en particular sostenía su AK-47, de costado, colgado de una correa que cruzaba su estómago, con el cañón hacia abajo, en reposo, que había recibido entrenamiento militar en el pasado. Ese debía de ser el líder del grupo, pensó Chase.

Ladró una orden y ascendió rápidamente la pasarela, seguido de su séquito.

Nina miró al otro lado del recodo y después atrás, a Lincoln. No podía abandonarle sin más. Puede que sus atacantes comprendieran que no suponía una amenaza y lo dejaran en paz, y en ese caso podría regresar para ayudarlo…

Se quedó inmóvil cuando vio a un hombre salir del humo, con un pañuelo rojo que le cubría la nariz y la boca. Tenía un rifle en las manos, y apuntaba con él a Lincoln. Avanzó lentamente, se detuvo a unos metros del tripulante herido y gritó a su espalda.

Nina permanecía inmóvil, aterrorizada de que pudiera verla pero incapaz de apartar la mirada. El pirata gritó de nuevo. Más hombres aparecieron entre el humo. Uno de ellos, claramente el líder, le dio una patada a la pierna de Lincoln, gritando algo en indonesio. El herido alzó la vista trabajosamente hacia el recién llegado, que gritó de nuevo.

Lincoln habló por fin.

—Que… te jodan.

Una breve mueca de furia se asomó al rostro del pirata antes de dispararle a Lincoln en la frente con su AK-47. La parte posterior del cráneo del joven se abrió en dos, salpicando el muro de sangre oscura.

Nina se llevó una mano a la boca para evitar gritar. *Muévete*, se dijo a sí misma. ¡Corre! Pero sus piernas no le obedecían, clavadas al sitio por el miedo.

El pirata estaba a punto de pasar por encima del cadáver cuando algo atrajo su atención. Se arrodilló y cogió algo del suelo ensangrentado.

El trozo de gasa.

Lo contempló por unos instantes y después alzó la vista, y por su mirada resultaba evidente que había comprendido que alguien seguía con vida en el barco.

Ahora Nina sí echó a correr.

El pasillo arrasado se convirtió en un borrón y corrió en busca de un escondite. Llegó al almacén, en cuyo muro exterior seguían crepitando los cables dañados, y pasó de largo. No sabía qué había allí, pero sí sabía que en su laboratorio había un lugar donde podría esconderse.

Otra cosa muy distinta era que fuera a estar a salvo.

Cuando recuperó el aliento, Chase miró de nuevo por el orificio. El único pirata que podía ver estaba de pie junto al amarre de la lancha rígida inflable, detrás de la motora vacía y con su AK-47 echada sobre el hombro. Se oía el rumor del motor de la otra lancha en el costado opuesto del barco; seguía buscándolos, a él y a Bejo, pero en el lugar equivocado, en el extremo contrario de la larga cubierta.

—Espera aquí —dijo, y se sumergió bajo la parte trasera de la embarcación volcada. Emergió de nuevo lentamente, sacando a la superficie solo los ojos y la nariz mientras inspeccionaba el resto de la cubierta. El cadáver de uno de los tripulantes indonesios estaba tendido en mitad de ella, pero no había más piratas a la vista. Miró al hidroavión. El fuego se había

consumido ya casi por completo, y solo unos pocos restos de combustible seguían incendiados en el mar junto al ala destrozada. El motor seguía en marcha.

Regresó al interior de la embarcación.

—Voy a subir al avión —le dijo a Bejo—, para ver si la radio sigue funcionando. Si puedo ponerme en contacto con la guardia costera, enviarán a alguien para que nos ayude.

—Tardarían horas en llegar, señor Eddie —le advirtió Bejo.

—No pienso quedarme aquí parado hasta que esos capullos se marchen. No mientras Nina siga en el barco. —Se preparó para la inmersión—. Pero tú quédate aquí. No tiene sentido que los dos arriesguemos nuestras vidas.

Bejo lo miró nerviosamente.

—Buena suerte, señor Eddie. Intente no morir, ¿vale?

—Eso forma parte de mi plan. La verdad es que es todo el plan. —Chase se sumergió una vez más.

Nadó la corta distancia que lo separaba del costado de cubierta. Emergió entre dos de las secciones del pontón, y miró a sus enemigos. El conductor de la lancha rígida inflable le daba ahora la espalda, y parecía estar mirando a la *Pianosa*. Los tripulantes de la motora, por su parte, se habían marchado a inspeccionar la popa de la embarcación.

Ahora o nunca.

Chase salió del agua y se echó bocabajo en la cubierta junto al tripulante muerto. Lo rodeaban los restos de su equipo de buceo. Se arrastró por el suelo. Las cajas lo mantendrían oculto de los hombres de la motora al menos durante buena parte del trayecto, lo que significaba que solo tenía que preocuparse del piloto de la lancha. Le daba aún la espalda, y balanceaba ahora su AK con desgana de su correa. *Aficionado*, pensó Chase con desprecio, pero así y todo bastaría con un grito suyo para alertar a los demás…

Pasó junto a la cola del avión. Ya no tenía cobertura, pero apenas le quedaban tres metros para llegar a la cabina. Miró desde su escondite tras la última caja a la motora. Se alejaba lentamente de él, ocupada por un par de hombres que inspeccionaban de pie el mar a ambos lados, con las armas listas.

Un último vistazo al piloto…

Estaba mirando directamente a Chase. La expresión de su rostro era de perplejidad, como si se estuviera preguntando por qué ahora había dos

cuerpos tendidos en cubierta cuando antes solo había uno… hasta que comprendió por fin que uno de ellos acababa de moverse.

Echó las manos a la AK-47.

Cogido de improviso, Chase estaba a punto de sumergirse de nuevo cuando vio algo al alcance de su mano.

El arpón.

Lo cogió justo al mismo tiempo que el pirata alzaba su arma…

Chase disparó primero. El proyectil recorrió la casi entera totalidad de la cubierta y acertó al pirata en el pecho. La cabeza explosiva Magnum abrió un hueco del tamaño de un puño en su torso.

El pirata se derrumbó de espaldas. Los de la motora, sin embargo, lo habían oído todo.

Chase soltó el arpón ya descargado y se sumergió de nuevo cuando empezaron a disparar.

El líder de los piratas abrió de una patada la puerta del laboratorio, y apuntó con su arma de lado a lado antes de entrar.

Nina lo veía a través de la delgada rendija de su escondite. Más hombres entraron tras el primero. Por un instante, el líder pareció estar mirándola directamente. Después se perdió de su vista, mientras susurraba algo en su idioma nativo.

El único motivo por el que tendría que susurrar era porque pensaba que alguien podía oírle. Sabía que Nina estaba ahí. Se quedó inmóvil, sin atreverse a respirar siquiera.

El líder rodeó lentamente la mesa, y sus botas pisaron cristales rotos mientras se dirigía hacia el armario que había en un rincón. Con el dedo en el gatillo de su AK-47, extendió el brazo, aferró el tirador de la puerta del armario… y la abrió de golpe, apuntando con su arma hacia el interior.

Un montón de objetos cayó al suelo a sus pies. El armario no contenía nada más que material arqueológico, herramientas usadas para inspeccionar y limpiar artefactos sacados del mar. Uno de los piratas soltó una risilla.

El líder lo miró y lo hizo callar de inmediato. Después dio una orden. Todos salvo dos de sus hombres salieron para continuar con la búsqueda.

El líder, sin embargo, regresó a la mesa. Ya había encontrado lo que estaba buscando.

El portátil de Nina, las cámaras de la expedición… y la tablilla de barro.

Apartó con las manos los fragmentos de la lente amplificadora que habían caído sobre la tablilla y la cogió. La contempló brevemente antes de guardarla en una amplia bolsa. Después, centró su atención en el ordenador, desplegó un trozo de papel y leyó las instrucciones que había escritas en él.

Agachada de manera muy poco natural dentro de la carcasa del sonar, con el dispositivo mismo apoyado en un costado, Nina trató de ver qué estaba haciendo el pirata. Parecía estar buscando algo en concreto. Tecleó algo, realizando una búsqueda, y sonrió cuando vio los resultados. Cerró la tapa del portátil y lo cogió. Después señaló la cámara réflex. El pirata del pañuelo rojo la cogió. El tercero hizo una pregunta, gesticulando esperanzado hacia algo que Nina no podía ver, pero el líder se limitó a hacer una bola con el papel que sostenía y dar una nueva orden. Sus hombres se giraron y salieron. Tras un último vistazo al laboratorio, el líder los siguió, con el portátil de Nina bajo el brazo.

Nina esperó varios segundos antes de abrir la tapa apenas unos milímetros. Las pisadas de los piratas se habían perdido ya, pero prefirió esperar un poco más antes de salir de la carcasa. Miró a la mesa.

¿Para eso habían venido, para eso habían matado a todo el mundo? ¿Para robar la tablilla?

Estaba a punto de ir hacia la puerta cuando un sonido del exterior la sobresaltó.

Uno de los piratas estaba regresando.

Chase oyó a la lancha acercarse; el rugido su motor era semejante al de un animal amenazante que lo perseguía para darle caza.

Los piratas habían dejado de disparar, tras comprender que sus balas no podrían atravesar el agua. Sin embargo, seguían persiguiéndolo, sin perder de vista su silueta entre las relucientes olas.

La quilla del bote de la *Pianosa* estaba justo delante, una masa oscura, plagada de percebes. Si se sumergía debajo, podría respirar, y si los piratas seguían rodeando la embarcación, podría dar media vuelta y, quizá, alcanzar la cubierta antes de que se dieran cuenta.

Se sumergió más profundamente bajo la embarcación.

Nina no tuvo tiempo de volver a su escondite. Lo único que pudo hacer fue encerrarse en el armario, agacharse y cerrar la puerta casi del todo.

El pirata entró en el laboratorio. Era el tercer hombre, el que había sido objeto del desplante de su jefe. Nina lo vio por la rendija del armario mientras el pirata rebuscaba furtivamente hasta dar con la cámara sumergible.

—Hijo de puta —susurró Nina. Esperó a que saliera. Sin embargo, ahora que se había hecho con el valioso objeto, se le ocurrió que quizá hubiera más. Con la mirada inspeccionó toda la estancia, en busca de nuevos tesoros.

Miró hacia el armario. Frunció el ceño. Nina sabía por qué.

Cuando se marchó antes, esa puerta había quedado abierta.

Nina acercó el brazo al suelo, en busca de cualquier cosa entre los contenidos del armario que pudiera servirle de arma.

El pirata se aproximó a su escondrijo. Tomó el tirador y…

Nina le roció los ojos con un espray de polvo astringente.

El pirata chilló y retrocedió, aferrándose el rostro con su mano libre. En la otra sostenía el AK. Nina salió del armario de un salto y apartó la ametralladora de un golpe. El arma cayó de la mano del pirata, pero la correa seguía rodeando su brazo. No podía arrebatársela.

En lugar de eso, corrió hacia la puerta. Tras ella, el pirata gritó mientras trataba de levantar el arma.

Pasillo abajo, a la altura del almacén, seguían saltando chispas del cable dañado.

Pasillo arriba, pisadas. Otro pirata estaba regresando.

Nina abrió de un empujón la puerta del almacén. Era una estancia angosta, repleta de cajas de madera, equipos de mantenimiento y grandes latas de pintura. Había una claraboya en el muro más alejado, flanqueada por dos orificios de bala del calibre 50.

Era demasiado pequeña para que Nina entrara por ella.

Estaba atrapada.

Cerró la puerta tras ella y colocó una caja de madera delante de la puerta, bloqueándola.

Eso no los detendría mucho tiempo.

Contempló los artefactos que contenía el almacén. Los depósitos de doble cilindro de antorchas de oxiacetileno reposaban en un bastidor, pero no sabía utilizarlas, ni siquiera cómo encenderlas.

Vamos, piensa algo, se dijo.

Una caja metálica de alrededor del mismo tamaño que la carcasa del sonar contenía algo que no pudo identificar de inmediato, una especie de amoladora o trituradora gigantesca. Pero esconderse en la caja no la salvaría…

La puerta golpeó la caja que la bloqueaba. Los piratas estaban fuera.

Chase emergió junto al costado de babor de la *Pianosa*. No lejos de allí había otra embarcación, un elegante yate a motor. La ametralladora que había oído antes descansaba sobre un trípode en su proa, y otro pirata la manejaba.

Un repentino ruido a su derecha. La motora rodeó la proa de la *Pianosa* mientras sus ocupantes gritaban advertencias a los que estaban en el yate a motor. El artillero inmediatamente giró su arma en círculo.

Buscando a Chase.

Este no esperó a que lo descubrieran; se sumergió de nuevo, rozando los percebes de la quilla.

Oyó los disparos del calibre .50…

Las enormes balas eran incluso menos eficaces que la munición de 7,62 mm de las AK-47 en lo que se refería a perforar el agua, y su trayectoria se desviaba en cuanto golpeaban la superficie. Los impactos por sí solos, sin embargo, bastaron para ensordecer a Chase como si fueran explosiones de granadas en miniatura. Incapaz de soportar la tensión en sus tímpanos, se sumergió nuevamente bajo la embarcación.

Los dos piratas no se arriesgaron a disparar a la puerta metálica por miedo a posibles rebotes. En lugar de eso, le dieron patadas hasta que la caja de madera terminó por romperse.

Lo primero en lo que repararon al entrar fue en un extraño olor. Lo segundo, un silbido agudo. Ambas cosas provenían de la misma fuente: un par de cilindros metálicos apoyados contra una amoladora de ángulo.

Las válvulas de ambos depósitos estaban completamente abiertas, y las mangas rojas y verdes se sacudían de un lado a otro como serpientes furiosas mientras los gases escapaban, llenando la estancia, alcanzando incluso el pasillo de fuera…

Los cables eléctricos chisporroteaban.

Y el gas acetileno, mezclado con oxígeno puro para lograr la máxima combustibilidad, entró en ignición.

La bola de fuego llenó por completo el angosto almacén, engullendo de inmediato a los dos hombres en llamas mientras los contenedores de gas serpenteaban por toda la estancia en un chorro de fuego azul. Uno de los piratas fue aplastado contra el quicio de la puerta con una violenta sacudida. Su compañero golpeó el muro al otro lado del pasillo, y los extremos romos

de los cilindros aplastaron su esternón antes de empezar a girar sobre sí mismos como una terrible noria.

La bola de fuego se dispersó. Nina abrió la caja y salió de un salto, cubriéndose el rostro con una mano para protegerlo de las llamas mientras corría sobre los piratas caídos. Miró a su derecha y vio los cilindros de gas aún serpenteando en cubierta.

No podía salir por ahí. Fue a la izquierda, pasó junto al cadáver de Lincoln, y atravesó el humo hasta dar con una salida.

La cabeza le daba vueltas. Chase emergió de nuevo. Había regresado junto al muelle flotante. La motora estaba aún en el otro costado de la embarcación, pero no tardaría mucho en cambiar de rumbo.

Se puso en pie y se dispuso a echar a correr hacia la pasarela cercana, cuando de repente comprendió que había hombres que se disponían a descenderla justo en ese preciso instante. Los piratas estaban abandonando el barco.

Lo único que pudo hacer fue sumergirse de nuevo en el mar y esperar que no le hubieran visto.

Esa esperanza apenas duró unos segundos. Las balas de las AK-47 golpearon la superficie del mar, sobre su cabeza. Se sumergió más profundamente; ya podía oír la motora acercándose.

5

Los ojos de Nina lloraban a causa del humo, pero por fin empezó a divisar la luz del día.

También podía oír disparos, y gritos. Contuvo la tos mientras miraba afuera con cautela.

Había varios hombres en el costado de estribor; algunos descendían a toda prisa la pasarela que conducía a cubierta, mientras que otros disparaban al mar. El líder de los piratas gritó una orden. Sus hombres dejaron de disparar y corrieron tras sus compañeros. El líder fue el último en marchar, y contempló con gesto de satisfacción la humeante superestructura antes de seguir a sus hombres a cubierta.

Nina salió a la luz del día y se dirigió en cuclillas hacia el elevador mecánico que sostenía el bote vacío de babor. Cuando estuvo segura de que los piratas se habían marchado, se puso en pie.

Grave error.

Llegó un grito de su izquierda. Giró sobre sus pies y vio un yate a motor a babor. Un hombre de pie sobre él la señalaba, y un segundo pirata giraba sobre su eje una enorme ametralladora.

—¡Mierda! —Se tiró a cubierta, arrastrándose al costado de estribor justo cuando la ametralladora abría fuego…

Los estallidos de los disparos, que asolaron el costado del casco hasta llegar a la cubierta, eran casi ensordecedores. Escombros cayeron sobre ella, restos de maquinaria y accesorios de cubierta que habían quedado arrasados. Un orificio del tamaño de su puño apareció en el suelo pintado apenas a treinta centímetros de su cabeza, y otra bala acertó a una viga metálica transversal situada bajo cubierta con un estrépito lacerante. Nina gritó y corrió hacia el elevador de estribor, cuyo bote se sacudía sin cesar bajo las ráfagas de fuego de artillería.

Los disparos cesaron. Puede que el artillero la creyera muerta, o que se hubiera quedado sin munición. A Nina no le importaba; le bastó el alivio que sintió al alcanzar el costado de estribor de cubierta.

No duró mucho. Desde allí, tenía una visión elevada de toda la cubierta. El hidroavión del extremo opuesto había perdido la mayor parte de un ala; el bote de la *Pianosa* había volcado, y estaba rodeado de escombros. Dos cuerpos yacían en cubierta: uno era un miembro de la tripulación del barco, pero el otro no le resultaba familiar. Era uno de los piratas, con un proyectil clavado en un costado del torso.

Eddie, pensó. Era el único miembro de la expedición que podía haber disparado ese proyectil. ¿Seguía con vida? Y si así era, ¿dónde estaba?

Los demás piratas le proporcionaron la respuesta. Algunos de los hombres en cubierta comenzaron a disparar al mar, y pronto les imitaron otros sobre una motora. Docenas de pequeños surtidores saltaron por los aires allí donde acertaron las balas. El líder gritó de nuevo; parecía enojado. Los piratas dejaron de disparar, pero no había ni rastro de nadie bajo las olas.

El líder de los piratas ascendió a la mayor de las dos motoras fondeadas, y los demás se dividieron para repartirse entre ambas. Los motores se encendieron. Se marchaban.

Desde su posición, Nina ya sabía que no iban a retirarse sin más. La lancha rígida inflable disponía de lanzacohetes a bordo; las cabezas explosivas de color verde oscuro estaban ya cargadas.

No habían venido tan solo a saquear el barco. Iban a hundirlo, a eliminar todo rastro de la expedición.

Uno de los hombres que estaban en la motora más pequeña, casi justo por debajo de ella, alzó la vista… y la vio. Gritó algo, alzó su arma…

Nina retrocedió bruscamente. Los controles del elevador estaban apenas a unos metros de distancia. Sobre su cabeza, la barca cubierta de agujeros de bala se mecía por encima del costado del barco.

Aguardó a que la barca alcanzara el punto más alejado de su balanceo y golpeó la palanca de abertura de emergencia.

La barca cayó pesadamente con un estruendo de cadenas. Los piratas apenas tuvieron tiempo de gritar antes de que media tonelada de acero, madera y fibra de vidrio cayera sobre ellos, aplastándolos dentro de su propia embarcación. Su sangre se derramó por la cubierta.

Los hombres que quedaban en las dos embarcaciones restantes contemplaron la escena, boquiabiertos. Solo su líder, a los mandos de la

lancha inflable, fue capaz de sobreponerse al *shock* de inmediato y maniobró con la motora para alejarla de la *Pianosa*.

Chase emergió bajo la sección más larga de cubierta cuando vio que la lancha inflable se alejaba. Comprobó, atónito, que la otra embarcación pirata fondeada se había convertido en la rebanada inferior de un sándwich de barcas, y sus ocupantes habían quedado reducidos a una mermelada rojiza.

—Precioso —murmuró, y alzó la vista en busca del responsable. Su rostro se llenó de aliviada alegría cuando vio una cara muy familiar mirándolo desde cubierta.

Su sonrisa se desvaneció cuando la lancha inflable reapareció, y dos hombres en su interior levantaron sendos lanzacohetes RPG-7 rusos, apuntándolos hacia la *Pianosa*.

El primer proyectil atravesó las olas y golpeó uno de los tanques de combustible situados bajo la pasarela. La explosión consumió de inmediato los demás, y una gigantesca bola de fuego y sucio humo negro se alzó al cielo. La pesada pasarela se soltó, y se incendió sobre la cubierta en llamas, destruyendo varias secciones del pontón.

Y los piratas aún no habían terminado.

El segundo misil golpeó la embarcación en la cota del agua, dibujando un orificio de treinta centímetros en el casco de acero. El mar ocupó el orificio de inmediato, llenando avariciosamente cada centímetro del espacio recién creado. Una tercera detonación, desde el otro costado de la *Pianosa*: el yate había disparado también.

Con dos orificios abiertos, y sin tripulación capaz de contener la inundación, la embarcación estaba condenada.

Y Nina seguía a bordo.

El líder de los piratas señaló al noroeste, lejos del barco que se hundía. La motora superviviente viró y se dirigió hacia allí. La lancha inflable la siguió. El rugido más grave del motor del yate se elevó cuando se unió al resto de embarcaciones menores en su huida.

Chase subió a lo que quedaba de cubierta. Estaba separada del resto de la embarcación, y flotaba a la deriva.

—¡Nina! —gritó hacia la *Pianosa*—. ¿Estás bien?

Nina caminó a gatas sobre la cubierta, con el pelo enmarañado ondeando al viento, y miró a Chase.

—¡Eddie! Dios mío, ¿estás bien?

—Más o menos. ¿Queda alguien vivo por ahí?

—No lo creo —replicó Nina apesadumbrada. De todas las entradas de la superestructura salía un tóxico humo negro.

Chase contempló la superficie del mar. El orificio que había creado el lanzacohetes estaba sumergido casi por entero, y se hundía con cada vez mayor velocidad a medida que la proa se llenaba de agua.

—El barco se está hundiendo. Tienes que salir de ahí.

—¿Cómo? ¡La pasarela ha desaparecido!

—¡Busca un chaleco salvavidas, y salta!

Nina pareció consternada.

—¿Saltar?

—¡Más te vale! —Chase centró su atención en la barca volcada—. ¡Bejo!

Bejo emergió junto a la barca volcada.

—¡Señor Eddie! ¿Está bien?

—Sí —le dijo Chase, señalando a Nina—. Prepárate para ayudarla cuando salte. Luego tráela aquí.

—¡No quiero saltar! —protestó Nina, mientras se ponía un chaleco salvavidas—. ¡Está demasiado alto!

—Si lo prefieres puedes esperar un par de minutos, estarás al nivel del mar y podrás bajarte sin saltar, pero no creo que esperar sea una buena idea. —Señaló las llamas que escapaban del interior del barco.

Nina trepó de mala gana sobre la barandilla.

—¡Mierdaaa…! —gritó, al mismo tiempo que cerraba los ojos y saltaba al mar. Bejo llegó hasta ella de inmediato y la sostuvo por los hombros mientras Nina jadeaba y agitaba la cabeza. La llevó a la cubierta.

Chase sacó a su empapada prometida del agua y después ayudó a salir a Bejo antes de dirigirse al extremo opuesto de la cubierta.

—¿Adónde vas? —preguntó Nina.

—Si la radio del hidroavión sigue funcionando, podemos enviar una llamada de auxilio. —Corrió hacia la Otter dañada. Hubo un momento francamente desagradable, cuando tuvo que empujar el cadáver hinchado de metralla de Ranauld a un lado para alcanzar el panel de instrumentos, pero las luces de la carcasa le indicaron que la radio seguía funcionando.

Cogió el micrófono portátil situado bajo el panel y buscó en la radio el canal 16 de VHF, la frecuencia de auxilio internacional.

—*Mayday*, *mayday*, *mayday*. Llamando desde la embarcación científica *Pianosa*…

El líder de los piratas bajó la mirada bruscamente hacia la radio cuando empezó a crepitar. Estaba sintonizada para recibir el canal 16 y de ese modo interceptar cualquier llamada de auxilio procedente de la embarcación científica. Ninguna había llegado; el primer disparo, el que arrasó el puente de mando del barco y los postes de radio, se había asegurado de que así fuera.

Ahora, sin embargo, un superviviente estaba haciendo una llamada, y, peor aún, alguien estaba respondiendo. Alguien a bordo de una embarcación de la guardia costera indonesia respondía en un inglés vacilante, solicitando la posición del barco.

El avión, comprendió. Solo había resultado dañado, no destruido por completo. Su radio seguía intacta.

No podía quedar ningún testigo con vida. Su patrón lo había dejado muy claro.

La lancha motora era la embarcación más veloz de las tres que quedaban. Cedió los controles de la lancha inflable a uno de sus hombres y ordenó con un gesto que la motora se acercara.

—¡Queda gente con vida! —gritó a sus tres ocupantes—. ¡Volved y matadlos!

El que manejaba los controles de la fueraborda se bajó el pañuelo rojo que le ocultaba a medias el rostro y esbozó una sonrisa malévola. Después, viró la lancha.

—Mierda —murmuró Chase cuando dio por finalizada la llamada de auxilio y vio que una de las lanchas viraba bruscamente.

Habían oído el mensaje.

Encallados en lo que quedaba de la cubierta del pontón, Nina, Bejo y él mismo no tenían adónde ir. Aunque se sumergieran, los piratas podían limitarse a esperar a que emergieran y disparar cuando lo hicieran. Y no tenían armas.

A excepción de…

—¿Qué estás haciendo? —gritó Nina mientras Chase se metía en la cabina.

—Voy a reunirme con ellos.

—¿Que qué?

Chase no respondió; en lugar de eso, apartó el cadáver de Ranauld y lo tiró al mar.

—Perdona, Hervé —dijo mientras el difunto caía al agua. Se deslizó al asiento del piloto e inspeccionó el panel de instrumentos. La mayor parte de los diales y medidores eran un completo misterio, pero poco importaba. Con media ala destrozada, el Otter no iba a volar a ningún sitio. Los únicos controles que necesitaba eran los pedales del timón y el acelerador.

Este último era una gran palanca situada en la consola central; había visto a Ranauld operarla el día anterior. La empujó a modo de prueba, alejándola de la posición marcada como «ralentí». El rumor del motor se intensificó ostensiblemente, y el fuselaje vibró a medida que el acelerador incrementaba la velocidad. Buen comienzo. Estiró el cuerpo hacia atrás y desató la cuerda de amarre. Después, empujó la palanca aún más.

Un viento cortante silbó por el parabrisas roto, y el rugido de la hélice llegó a ser ensordecedor. Chase trató de no prestar atención al estrépito y pisó uno de los pedales para alejar el Otter de cubierta. El hidroavión comenzó a ganar velocidad, y dio tumbos al chocar con las olas, magnificadas por la inercia de la aeronave.

Aceleró aún más. Se afianzaba el control del timón a medida que el Otter aumentaba su velocidad, pero la aeronave seguía siendo francamente inestable. El ala arrasada de babor hacía que el avión entero virara a la derecha, puesto que el peso de la otra ala hacía que ese costado se venciese. Sin embargo, si aplicaba un exceso de timón a la izquierda para compensar, el avión volcaría.

Con ambos pies en los pedales, tratando de mantener un precario equilibrio, miró adelante. A través de la nube de aire turbio creada por la hélice, vio el yate y la lancha inflable retrocediendo a lo lejos, mientras que la motora se acercaba a él.

Más velocidad. No podía permitir que los piratas se acercasen a la cubierta. El Otter se abalanzó sobre las olas. El agua entró por el orificio del fuselaje, empapándolo. Iba a treinta nudos, y subiendo.

La motora se aproximaba rápidamente. Uno de los piratas se puso en pie, con el arma en alto. El piloto cambió el rumbo, virando para pasar junto al costado de babor del hidroavión.

El hecho de que por ese lado faltara un ala les permitía acercarse mucho más. Y sin duda también apuntar mejor.

Chase se giró para encararlos. El hidroavión comenzaba a inclinarse, y Chase experimentó una sensación mareante de cámara lenta, a medida que la aeronave se aproximaba al punto de no retorno… pero enseguida se equilibró, ayudada por el impacto de una ola. La motora viró de nuevo, más

bruscamente, al comprender el piloto lo que Chase trataba de hacer, tratando de evitar la colisión…

Chase se agachó cuando el artillero abrió fuego. Los disparos golpearon el morro del Otter y atravesaron la cabina. Uno de los pedazos del parabrisas que quedaban en pie se despedazó, y una ráfaga de viento arrastró los fragmentos de cristal hacia Chase.

Entonces la motora pasó de largo.

Chase pisó con todas sus fuerzas el pedal del timón.

El avión se inclinó, pero esta vez eso era justamente lo que él pretendía. La punta del ala de estribor se sumergió en el agua. La repentina ausencia de inercia hizo virar la aeronave entera mucho más rápidamente de lo que hubiera sido posible tan solo con el timón. Luego, la fuerza centrífuga del brusco viraje enderezó el Otter de nuevo… y Chase se envaró, apuntando el morro directamente hacia la motora mientras apretaba al máximo el acelerador.

El ruido del motor se convirtió en un aullido; la sacudida de la hélice casi lo cegó. Sin embargo, aún podía ver lo bastante para distinguir a la motora casi emparejada costado con costado con el avión, mientras el piloto trataba desesperadamente de cambiar de rumbo, pero demasiado tarde…

El torso del artillero desapareció en un surtidor de sangre cuando la hélice lo alcanzó, y sus piernas y abdomen permanecieron unos segundos de pie antes de que los flotadores del hidroavión golpearan el costado de la motora y lanzaran al mar lo que quedaba del fallecido. Otro de los piratas fue golpeado de refilón por las puntas de las hélices y fue impulsado diez metros en el aire. Un arco de sangre dibujó su vuelo en el cielo hasta que cayó al mar a lo lejos.

El piloto logró por muy poco agacharse antes del impacto. La hélice pasó justo sobre él, sin rozarle por centímetros, pero la fuerza del golpe hizo que su cabeza chocara contra un asiento.

Aunque estaba preparado para el impacto, Chase recibió un fuerte golpe que lo empujó contra los mandos de control. Llevándose las manos al torso herido, tiró de la palanca del acelerador, y el ruido del motor se atenuó hasta convertirse en un leve rumor.

Se incorporó y miró afuera. La motora había quedado empalada en los flotadores del Otter. Salió de la cabina; encontró un lugar donde colocar el pie en el flotador de ese lado y se dirigió hacia el morro del avión. La hélice seguía girando, de modo que saltó a la proa de la motora y se agachó para pasar bajo ella. El piloto estaba tendido en popa, y comenzaba a recuperarse.

—Vamos, número siete —dijo Chase, al tiempo que lo cogía de la cabeza y se la estampaba de nuevo contra el asiento—. ¡Se acabó el tiempo!

El pirata golpeó con la mano el rostro de Chase, que respondió con un potente cabezazo que rompió la nariz del indonesio. El piloto gimió, escupiendo sangre.

Chase aferró el pañuelo que rodeaba el cuello del pirata.

—¿Hablas inglés? —preguntó. El gruñido que obtuvo en respuesta no le pareció especialmente obsequioso—. Vamos a probar otra vez —dijo, al tiempo que lo alzaba y le daba la vuelta de modo que su cabeza quedó a apenas centímetros de las afiladas hélices—. ¿Hablas inglés, capullo?

—¡Sí! —gritó el pirata, con ojos aterrorizados. Trató de liberarse, pero Chase lo acercó aún más a la hélice.

—¿Por qué nos habéis atacado?

—¡No lo sé! ¡Era un trabajo!

—¿Quién os contrató?

A pesar de su temor, el pirata guardó silencio. Chase frunció el ceño y lo empujó un poco más. La mayor parte de la oreja derecha del pirata desapareció en una mancha escarlata cuando la hélice le golpeó. El indonesio chilló mientras Chase lo apartaba.

—¿Quién os contrató? —repitió Chase, a gritos—. Solo te queda una oreja, y después pasaremos a otras partes más blandas. —Miró hacia la entrepierna del pirata para ilustrar su comentario.

—¡No lo sé! —gimió el pirata—. ¡Solo Latan lo sabe!

—¿Quién es Latan?

—¡El jefe, nuestro jefe!

Chase recordó al que vio liderando a los piratas, aquel que parecía un exmilitar. Miró hacia la lancha flotante que se alejaba a toda velocidad.

—¿Adónde va?

El pirata se sacudió en un intento por liberarse. Chase le propinó un puñetazo en el estómago y después lo sostuvo de nuevo con ambas manos.

—¿Todavía puedes oírme? —dijo Chase mientras su prisionero, con las dos sienes ya cubiertas de sangre, chillaba de nuevo—. ¿Dónde está vuestra base? ¿Adónde va Latan?

—¡La isla Mankun! ¡Mankun!

El nombre no le decía nada a Chase, pero resultaba evidente por la desesperación del pirata que estaba diciendo la verdad. Lo apartó lejos de la hélice y lo lanzó hacia popa.

—Vale, Van Gogh —gruñó—, quédate ahí bien calladito. —Se sentó, con un pie sobre el pecho del pirata, mientras trataba de reflexionar acerca de todo lo que había ocurrido. Fuera quien fuera el que había contratado a ese tal Latan para atacar la expedición, buscaba algo muy concreto, algo tan valioso, o tan peligroso, que todos los que estaban a bordo de la *Pianosa* debían morir para silenciarlo.

Debía de tratarse de alguno de los objetos que Nina había encontrado, pero ¿cómo podía merecer tanta sangre una vieja reliquia?

Vio la cámara del laboratorio de Nina bajo el asiento trasero. Fuera lo que fuera lo que buscaban, puede que aún quedara una fotografía en la tarjeta de memoria…

Un movimiento llamó su atención, y giró la cabeza de inmediato; vio la aleta amenazante de un tiburón salir brevemente a la superficie antes de sumergirse de nuevo entre las olas. La sangre en el mar debía de haberlo atraído…

El pirata giró sobre su costado bajo el pie de Chase, tratando de aferrar algo a su espalda, aprovechándose de la momentánea distracción de Chase. Se incorporó sosteniendo una pistola que llevaba oculta en su pretina.

Chase giró hacia atrás, y le propinó una tremenda patada al pirata en la mandíbula; el indonesio salió despedido hacia atrás por la fuerza del golpe y disparó al aire mientras caía de la embarcación al mar.

El corazón le latía a toda velocidad; Chase se puso en pie rápidamente y vio al pirata emerger. Con el rostro empapado en sangre, alzó el arma de nuevo…

Y fue arrastrado el fondo tan rápidamente que el arma estuvo sumergida de nuevo antes de que pudiera apretar el gatillo. Un penacho de espuma sangrienta se elevó a la superficie cuando el tiburón tigre que acababa de envolver en sus fauces el torso del pirata se sumergió hacia las profundidades con su almuerzo entre los dientes.

Chase soltó una risilla de sorpresa cuando vio a depredador y presa desaparecer. Recuperó el aliento y tarareó unas cuantas notas de la banda sonora de *Tiburón*, mientras miraba hacia la *Pianosa*, que yacía medio hundida en el mar, y se preguntó cuánto tiempo tardaría en llegar hasta Nina con una motora destrozada pegada al morro del hidroavión.

Después de todo, nadar no parecía la mejor opción.

6

—Atacada por piratas por la mañana —dijo Nina— y un vuelo de veintiocho horas por la tarde. No sé qué es peor.

Era una broma forzada; seguía conmocionada por lo ocurrido. Sin embargo, tratando primero con la guardia costera y después con funcionarios del Gobierno indonesio tras ser transportados a Yakarta por aire, había logrado ocultar sus verdaderos sentimientos bajo una máscara de burocracia. Seguía siendo la líder de la expedición, y tenía la responsabilidad de facilitar a las autoridades un relato de los sucesos tan objetivo como fuera posible.

Y ahora, también las Naciones Unidas querían conocer ese relato. En persona. Se había preparado un vuelo apresuradamente para llevarla de vuelta a Nueva York. Y, por extenuante que fuera a ser un vuelo tan largo, Nina estaba segura de que el interrogatorio que tendría que soportar en la ONU sería mucho peor.

—Ya —dijo Chase—. ¿Un vuelo privado sin otros pasajeros? Horrible. Pero así al menos no tendrás que preocuparte de que te toque un bebé llorón al lado.

—No, solo de que tú no saquees el minibar. —La expresión de Chase adquirió repentinamente un cariz evasivo—. ¿Qué?

—Verás, la cosa es que… —comenzó él, sin mirarla a los ojos—, eh, no voy a ir contigo.

—¿Qué?

—Volveré a Nueva York en cuanto pueda, ¡te lo prometo! Pero hay algo que debo hacer aquí antes. —Bajó la voz. Se encontraban en la sede de las Naciones Unidas en Yakarta, y estaban rodeados no solo funcionarios de la ONU, sino también de miembros del Gobierno indonesio y de sus cuerpos de policía—. Hay algo que no le conté a la policía. Sé adónde van los piratas: a un sitio llamado isla Mankun. Así que voy a ir allí a saldar cuentas con ellos.

—¿Por qué no se lo contaste? —dijo Nina—. Si saben dónde están los piratas, ¡podrán detenerlos!

—No, no lo harán. Tardarían demasiado. Aunque decidan ir a por ellos mañana mismo, será demasiado tarde. Ya se habrán marchado, y nunca averiguaremos quién les contrató. Pero Bejo sabe dónde está esa isla, y conoce a gente en la zona. Volaremos hasta allí, conseguiremos un barco y exploraremos la zona esta misma noche. Antes de que esos cabrones tengan oportunidad de desaparecer con su dinero.

—O puede que acabes muerto. Y Bejo también.

—Quiere hacerlo —dijo Chase—. Los que murieron en el barco eran amigos suyos.

Nina negó con la cabeza.

—Eddie, es una idea horrible. Si algo sale mal…

—Saldrá bien —replicó Chase.

—Supongo que no va a servir de nada que te diga que me haces mucha falta en Nueva York, ni que te ordene acompañarme, como jefa tuya que soy, ¿verdad? —Solo con mirarle a la cara, Nina supo la respuesta—. Ya, ya lo suponía.

—Estaré bien —prometió Chase—. Y evitaré que Bejo se meta en líos. Ya ha muerto bastante gente hoy. Buena gente —añadió con desalentador énfasis.

Resignada, Nina reposó su cabeza sobre el hombro de él.

—No hagas ninguna estupidez, ¿vale?

—Ya me conoces, cielo.

—Por eso lo digo. —Lo besó en la mejilla, y después se puso en pie—. Será mejor que vaya al aeropuerto. Mejor no hacer esperar a la ONU, ¿no?

—Quién sabe, quizá para cuando llegues a Nueva York ya haya averiguado de qué va todo esto.

—Quizá —repitió ella lúgubremente. Se miraron por unos segundos en silencio, y después se abrazaron y besaron.

—Te veo en unas horas —dijo Chase mientras se separaban de mala gana.

—Más te vale.

—Nos acercamos —advirtió Bejo.

Era ya de noche, y la humedad pegajosa y empalagosa hacía que a Chase se le pegara la camisa oscura a la piel. Prefirió no prestarle atención; en lugar de eso, apagó el motor de la pequeña fueraborda.

—¿Estás seguro de que es aquí? —preguntó. A lo lejos se veía un puñado de luces.

—Nadie vive en Mankun, al menos no todo el tiempo —le dijo Bejo—. Los piratas usan la isla a veces. Pero no mucho; está demasiado lejos de las rutas de navegación.

—Pues viajaron mucho para dar con nosotros. —Se encontraban a unos ciento treinta kilómetros del lugar en el que la *Pianosa* fue atacada: un largo trayecto de regreso a su base. Claro que eso significaba que había menos posibilidades de que alguien viniera a buscarlos aquí.

Cogió unos maltrechos prismáticos para echar un vistazo más de cerca. Las luces se convirtieron en bombillas colgadas de un puñado de destartaladas chozas de madera en la costa, en una pequeña ensenada. Más allá se erigía la húmeda y oscura jungla. La mayor de las estructuras llegaba hasta el agua; era, en apariencia, un muelle cubierto. Había una embarcación grande en su interior. ¿El yate? Parecía un vehículo caro; quizá los piratas planeaban venderlo.

—Señor Eddie —dijo Bejo, con voz tensa—. Mire a la izquierda.

Chase miró hacia donde señalaba el joven indonesio. Casi invisible en el mar oscuro había una embarcación, con una muy tenue luz en su proa. El débil fulgor amarillento iluminaba a un hombre sentado con algo reluciente y metálico en su mano. Un rifle.

—Fingen estar pescando —dijo Bejo—. Pero son centinelas. Advierten a los otros piratas si viene la policía o la guardia costera. A cualquier otro lo matan.

Mirando de izquierda a derecha, Chase vio a otros dos supuestos pescadores a lo lejos. Nadie podía acercarse a menos de un kilómetro de la ensenada sin ser visto.

Al menos, nadie que fuera en barca.

Le dio los prismáticos a Bejo.

—Vale —dijo, cogiendo un cuchillo envainado—, espera aquí. Te haré una señal cuando esté despejado para que te acerques.

—Buena suerte, señor Eddie —susurró Bejo mientras Chase se sumergía sin apenas salpicar.

El pirata que vigilaba desde su puesto en el pequeño bote no solo estaba aburrido, sino también frustrado. De cuando en cuando oía ruidos procedentes de la orilla, silbidos y hurras mientras sus camaradas celebraban el éxito de la

misión. Cierto, no todos habían vuelto sanos y salvos, pero no eran precisamente amigos íntimos. No conocía los nombres de la mayor parte de sus compañeros, y la operación misma se había organizado prácticamente de un día para otro, tras reclutar a sus miembros apresuradamente en los rincones más empobrecidos de las islas de Sumatra. Le fastidiaba enormemente estar ahí de guardia mientras los otros bebían, gritaban y apostaban. Latan incluso había conseguido traer algunas prostitutas. Y ahí estaba él, meciéndose a medio kilómetro de distancia con la única compañía de una AK y una lámpara.

Un leve ruido lo despertó de su ensimismamiento. Parecían burbujas saliendo a la superficie. ¿Un pez?

No vio rastro alguno de embarcaciones que se acercaran, de modo que se asomó para ubicar el origen del ruido. Un par de burbujas estallaron a un palmo del costado del bote. El pirata miró más de cerca y vio una silueta pálida bajo la superficie. Un pez muy grande. No le hacía falta ninguna red; podía simplemente meter la mano y cogerlo…

Extendió la mano.

Y la de Chase rodeó el cuello del pirata y arrastró su rostro hacia la superficie para silenciarlo mientras con la otra mano le apuñalaba la garganta con un sonido seco. Siguió sosteniéndolo mientras el pirata se sacudía desesperadamente… hasta que quedó inmóvil. La AK-47 cayó al agua, y lo golpeó mientras se hundía. Esperó unos segundos hasta estar seguro de que el pirata estaba muerto, y después emergió y subió al bote.

—No te muevas —le dijo al cadáver. Miró mar adentro y colocó la mano delante de la lámpara para hacerle una señal a Bejo.

Diez minutos después, estaban en la orilla.

Tras remar hasta reunirse con Chase, Bejo había guiado en silencio el pequeño bote hasta la costa, a una corta distancia de las chozas. Aguardaron en el agua hasta que estuvieron seguros de que no había patrullas en la costa. No las había. El hecho de que los piratas solo tuvieran a tres hombres vigilando desde los botes indicaba que no esperaban problemas.

Se equivocaban.

Bejo empujó el bote hacia la orilla mientras Chase exprimía la mayor cantidad posible de agua de su ropa.

—¿Cuál es el plan, señor Eddie?

—El plan es que te quedes aquí y me esperes —le dijo Chase. Incluso en la penumbra pudo ver la decepción en el rostro del joven indonesio.

—Pero quiero ir. —Se dispuso a encaminarse hacia los chamizos.

Chase le detuvo. Cuando he dicho «quédate aquí y espérame», estaba siendo amable. Lo que realmente quería decir era «quédate aquí para que no te vuelen la puta cabeza». Espera aquí.

—Pero…

—¡Quédate aquí!

—¡No soy un perro, señor Eddie! —protestó Bejo en un susurro irritado mientras Chase rodeaba con cautela la orilla.

Llegó al primer edificio, el muelle cubierto. Como había supuesto, el yate estaba allí, y la ametralladora del calibre .50 seguía montada en la proa. Ni siquiera habían retirado la munición, que colgaba de un costado. Chase negó con la cabeza. Aficionados.

Siguió adelante. Las demás chozas estaban iluminadas, por dentro y por fuera, por bombillas que oscilaban colgadas de las vigas del techo; un generador zumbaba en algún sitio. Caminó hasta la más cercana y miró adentro a través de un hueco entre los tablones de la madera. Le llegó un fuerte aroma a grasa caliente y carne asada, algo que chisporroteaba en un gran *wok* sobre un hornillo de gas. El cadáver despellejado de una cabra colgaba del techo; varios pedazos habían sido arrancados para cocinarlos. Un hombre ebrio se afanaba en cortar más trozos con un cuchillo de cocina.

No era Latan. Chase siguió adelante, y descendió de la choza a la orilla. Una raquítica pasarela conectaba las chozas entre sí y a un malecón. La lancha inflable estaba amarrada a este último, junto con un par de botes más pequeños.

Se le ocurrió que la lancha inflable era la única que permitiría una huida rápida; el yate sería más lento, puesto que antes habría que deshacer el amarre, encender el motor y sacarlo marcha atrás del muelle. Cuando empezaran los problemas (y lo harían), la motora inflable sería el primer lugar al que correría el líder de los piratas.

Tenía que asegurarse de que Latan no escapara. ¿Sabotear el motor, quizá? O puede que…

Un ruido a su espalda, un crujido de madera podrida. Chase se dio media vuelta, con los puños listos para noquear al pirata…

—¡Señor Eddie! —gritó Bejo, sobresaltado, con las manos en alto ante su rostro; Chase detuvo su puño apenas a unos centímetros de él.

Ocultó a Bejo entre las sombras tras las dos chozas.

—¡Te dije que te quedaras allí! —siseó.

—¡Mataron a mis amigos! —insistió el adolescente—. Quiero ayudar, y puedo ayudar. Acabo de oír a dos piratas hablar sobre Latan. Dicen que está esperando a que llegue un hombre aquí con dinero.

—¿Aún no les han pagado? —Eso explicaba por qué seguían aquí, al menos. Y si podía identificar al patrón de Latan…—. Vale —dijo de mala gana—, quédate conmigo. Pero haz exactamente lo que yo te diga, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, señor Eddie —respondió Bejo, sonriente—. ¿Qué hacemos?

Había restos de basura desperdigados alrededor del tronco de un árbol entre las chozas. Chase cogió un pedazo curvado de cable de acero oxidado.

—Vigila aquí, y avísame si viene alguien. —Echó a caminar con cautela hacia el malecón.

—¿Adónde va?

Ahora era el turno de Chase de sonreír.

—A asegurarme de que esa barca está bien atada.

Tardó un par de minutos en terminar. Cuando lo hizo, regresó tierra adentro y continuó la búsqueda del líder de los piratas acompañado de Bejo. La choza más grande y ruidosa contenía alrededor de una docena de hombres, la mayor parte de ellos absortos en un juego de dados que se desarrollaba entre agresivos gritos mientras los demás miraban y bebían.

Pero ni rastro de Latan. Pasaron a través de las sombras hasta llegar a una pequeña choza. Llegaban sonidos del interior, pero evidentemente nadie apostaba nada ahí dentro, aunque puede que alguien se arriesgase a contraer una enfermedad de transmisión sexual.

Chase se sintió incómodo, casi un mirón; observó a través de un orificio y vio a una mujer de aspecto aburrido tendida en un colchón andrajoso mientras un tipo borracho y sudoroso se afanaba encima de ella. El Casanova barbudo no era Latan, sin embargo, de modo que Chase se retiró. Estaba a punto de pasar al siguiente chamizo cuando reparó en que Bejo no lo estaba siguiendo. Miró hacia atrás y vio al joven indonesio contemplando la escena que se desarrollaba en el interior de la choza, fascinado. Entre impacientado y divertido, Chase regresó para sacarlo de su ensimismamiento.

Un tipo enorme con una cicatriz retorcida que le bajaba de la sien a la mejilla abrió de golpe la puerta de la choza que hacía las veces de casino y se encaminó hacia la caseta más pequeña, gritando enojado. Chase hizo agacharse a Bejo, y se quedó inmóvil. Estaba entre las sombras, y sus ropas

eran oscuras, pero el pirata estaba apenas a unos metros de distancia mientras tocaba a la puerta. Si miraba a un lado, siquiera por un segundo, sus ojos se ajustarían lo bastante a la oscuridad como para distinguir las siluetas que allí se ocultaban.

Pero no lo hizo; en lugar de eso, siguió golpeando la puerta. El hombre que estaba dentro dijo algo que debía de ser algo así como el equivalente a «¡Dame un minuto!». Esto no pareció satisfacer al de la cicatriz, que abrió la puerta de una patada y entró. Se oyó un grito, algunos golpes, y a continuación el amante interrumpido salió despedido de la choza, con los pantalones a la altura de los tobillos. La puerta se cerró de un golpe. El barbudo profirió un insulto sin demasiado espíritu hacia la choza, y después recuperó su dignidad y se subió los pantalones antes de ir a reunirse con los demás en la choza de las apuestas.

Chase y Bejo permanecieron inmóviles hasta que hubo entrado, y después rodearon en silencio la choza del amor. La siguiente contenía tan solo un hombre tendido en un catre, roncando y babeando, con una botella volcada de *whisky* a su lado. No era Latan. A continuación, un chamizo oscuro y vacío, con el techo medio derrumbado. Se les acababan los lugares dónde buscar…

Un nuevo sonido. Esta vez no provenía de los piratas, sino del cielo. Un helicóptero.

Chase y Bejo se echaron al suelo junto a unos barriles de combustible oxidados al mismo tiempo que varios hombres salían de la choza más grande. Un feroz viento rugió por todo el campamento cuando el helicóptero apareció encima de los árboles. Los hombres estaban armados, pero no en estado de alerta. Obviamente, esperaban a los recién llegados.

Chase vio por fin a Latan, que salió de un pequeño chamizo en un extremo del decrépito campamento. Llevaba una bolsa de tela en una mano, y se estaba poniendo una camiseta con la otra. Se reunió con sus hombres, y se dirigieron a una zona abierta cerca de la jungla. El helicóptero encendió sus focos y descendió.

—Espera aquí —le dijo Chase a Bejo—. En serio, no te muevas. —Se aseguró de que nadie más salía de los edificios, y se arrastró rápidamente sobre el estómago hacia otro montón de basura abandonada cerca del punto de aterrizaje. Quería echarle un buen vistazo al amigo de Latan.

El helicóptero descendió por fin. Dos hombres con uniformes oscuros de camuflaje y con rifles de asalto SIG saltaron de ambos lados; era obvio que no parecían demasiado impresionados por los piratas que los recibieron. Mientras las aspas del helicóptero se frenaban, un tercer hombre se apeó e

inspeccionó la escena antes de dirigirse hacia Latan. Parecía de la edad de Chase, de unos treinta y muchos; era alto, rubio, de mirada imperativa. Un soldado profesional.

—¿Es usted… el señor Vogler? —gritó Latan por encima del rugido del motor.

El otro se detuvo a unos metros de él.

—Lo soy.

—¿Dónde está nuestro dinero?

—¿Dónde están los restos arqueológicos? —replicó Vogler. Su inglés era tajante y preciso. Chase conocía el acento: suizo.

Latan abrió la bolsa y le mostró el portátil de Nina y la tablilla de barro.

—Aquí. Pero… —Su rostro momentáneamente vacilante parecía sugerir que sabía que estaba a punto de forzar su suerte, pero era lo bastante avaricioso como para intentarlo al menos—. Queremos más dinero. Se suponía que ninguno de mis hombres debía morir.

—Qué curioso —dijo Vogler, impertérrito—. Yo estaba pensando en bajaros el sueldo. He oído un rumor procedente de Yakarta. Al parecer hubo supervivientes. Nuestro trato era que todos los que estuvieran a bordo debían morir.

—Los matamos a todos —insistió Latan.

—En ese caso, cumplisteis el trato acordado, y aceptaréis el pago acordado. —Vogler lo contempló con mirada gélida—. Estoy seguro que su amigo de Singapur se lo explicó perfectamente. Intentar engañar a la Alianza del Génesis podría resultar muy peligroso. —Chase tomó nota mental del curioso nombre de los patrones de los piratas—. Normalmente nos habríamos encargado nosotros mismos, pero teníamos cierta prisa. Así que más os vale estar agradecidos por el trabajo, y por el dinero.

Gesticuló hacia uno de sus hombres. El soldado cogió un maletín del helicóptero y se lo entregó.

—Su pago —dijo Vogler, mientras abría el maletín y le mostraba su contenido a Latan. Chase no pudo ver cuánto había dentro, pero el rostro iluminado de Latan sugería que debía de ser mucho—. Ahora, deme lo que le pedí.

Latan dejó caer la bolsa de tela a sus pies. Vogler se arrodilló e inspeccionó el interior. Después, alzó la vista rápidamente.

—¿Y las cámaras?

—No vimos ninguna cámara —dijo Latan—. Debieron de hundirse con el barco.

Vogler lo miró sin parpadear.

—¿Está seguro?

—No vimos ninguna cámara —repitió Latan. Vogler no parecía muy convencido, pero tras un momento de duda cerró la cremallera de la bolsa de tela y le entregó el maletín.

—En ese caso, nuestra transacción ha terminado —dijo, mientras alzaba la bolsa y se encaminaba al helicóptero. Se detuvo y miró atrás—. Espero no tener motivo para verlo de nuevo, señor Latan. Si hay algo que quiera decir, este es el momento.

Latan ya había abierto el maletín y parecía estar contando los billetes, pero las palabras de Vogler borraron la sonrisa avariciosa de su rostro.

—No, nada —logró decir.

—Bien. —Vogler y los dos soldados subieron a bordo del helicóptero. Los rotores comenzaron de nuevo a girar furiosamente. El vehículo despegó en un torbellino de hojas de árbol, y desapareció a continuación sobre la jungla.

Chase no apartó la vista de Latan. Algunos de los otros piratas trataron de coger por sí mismos su parte del botín, pero Latan cerró el maletín. Decepcionados, regresaron a la choza más grande, mientras su líder regresaba al edificio pequeño del que había salido. Chase esperó a que todos se hubieran marchado y se reunió con Bejo.

—Vale, voy a tener una pequeña charla con Latan. Tú quédate aquí escondido hasta que vuelva. A menos que todo se vaya a la mierda… ¡en ese caso, corre como alma que lleva el diablo!

—¿El diablo? —preguntó Bejo, confuso.

—Ya sabes. No tomes riesgos, solo corre. Bueno, ahora te veo. —Chase dejó a Bejo oculto entre los barriles y se dirigió hacia la choza de Latan.

—Ya te tengo, cabronazo —murmuró mientras contemplaba bajo una persiana a medio cerrar los rasgos ásperos del rostro de Latan en la penumbra de la cabaña. El líder de los piratas se había reservado la mejor choza, o la menos mala, para su uso privado, y había hecho lo mismo con su otra ocupante. Estaba sentado en una cama, con el torso desnudo; una mujer joven y atractiva en un diminuto y ceñido vestido rojo le masajeaba la espalda mientras le susurraba al oído. Un iPod conectado a un par de pequeños altavoces emitía música relajante.

Chase vio también el maletín, y una AK-47 apoyada en un rincón. Estaba muy cerca de la cama, pero mientras Latan estuviera ocupado con la mujer…

Fue hacia la puerta y miró a través de una rendija. La mujer se bajó la cremallera del vestido y se lo quitó encogiendo los hombros, mientras las manos de Latan acariciaban sus pechos desnudos. Por fortuna había obligado a Bejo a quedarse atrás; el ruido de su mandíbula golpeando el suelo habría alertado al campamento entero.

El pirata tenía aún la ametralladora al alcance de su brazo. Chase frunció el ceño. *Vamos, cerdo salido, aléjate*…

La pareja cambió por fin de posición; la mujer se tendió boca arriba en la cama, y Latan se puso encima de ella. La mujer soltó un leve gruñido de incomodidad cuando el pirata la penetró.

Chase abrió la puerta y avanzó con cuidado por el suelo de madera con el cuchillo en una mano. La pareja le daba la espalda, y la AK-47 estaba ya fuera del alcance de Latan. Lo único que tenía que hacer Chase era coger el arma antes de que el pirata se diese cuenta de que estaba allí…

El suelo crujió bajo sus pies.

Latan ni se inmutó, pero la mujer giró la cabeza… y chilló al ver el cuchillo.

Latan saltó hacia el rifle con la agilidad que da la experiencia.

Si disparaba una sola vez, los demás piratas acudirían a ayudarlo…

Estaba demasiado lejos del rifle para tratar de cogerlo, de modo que optó por coger otra cosa.

Latan jadeó como un gato atragantado cuando la mano libre de Chase se cerró alrededor de sus genitales. Los dedos extendidos del pirata se detuvieron a centímetros del rifle. Chase apretó. Los dedos se retiraron prontamente.

—Normalmente no me van estas cosas, por cierto —dijo Chase—. Para que lo sepas. —Asintió mirando a la mujer, que yacía bajo Latan y contemplaba la escena atemorizada—. Perdón por la interrupción, señorita. Olvidaos de que estoy aquí.

—¡Te mataré! —dijo el pirata.

—Hay que tener un par de huevos para hacer amenazas en tu posición —le dijo Chase bienhumorado—. Y tú no los tienes. —Apretó con más fuerza, y Latan soltó un gemido ahogado—. Vale, el tío que os contrató, Vogler, ¿quién es y dónde puedo encontrarlo?

—¡Que te jodan… ungghh!

—No podrás volver a echar un polvo a menos que me lo digas —dijo Chase, rozando con el filo de su cuchillo los testículos del pirata y derramando sangre—. Última oportunidad. O haré que te los comas.

—¡No lo había visto hasta esta noche! —gimió Latan—. Ayer hablé con él a través de un intermediario en Singapur. —Miró el maletín—. Nos contrató para conseguir el ordenador y la baldosa, y después hundir el barco.

—¿Por qué os contrató? ¿Por qué es tan importante esa tablilla?

—¡No lo sé, no me lo dijo!

Chase frunció el ceño. Probablemente decía la verdad.

—¿Qué me dices de esa… Alianza del Génesis? —preguntó—. ¿Qué es?

Notó cómo Latan se envaraba.

—¡No… no puedo decírtelo!

—Claro que puedes —dijo Chase—. Levántate. —La mujer se apartó, con los brazos en gesto protector cubriendo sus pechos, mientras el pirata se incorporaba. Chase abrió los ojos como platos cuando vio que la compañera de Latan era mucho más de lo que parecía a simple vista—. ¡Ostia! —dijo, divertido—. ¡No eres una señorita, sino un señorito! —Apartó el cuchillo para que el pirata pudiera sentarse—. ¿Así que te van los travestis, eh? Y yo que creía que los piratas preferíais a los grumetes.

La «señorita» cobró vida de improviso, y pateó con los dos pies el torso de Latan con sorprendente fuerza para librarse de él. Este salió despedido hacia Chase, que suavizó su presión sobre los testículos del pirata momentáneamente por la sorpresa. Con un rugido, el hombre desnudo se giró para enfrentarse a su agresor.

Chase alzó el cuchillo para defenderse, pero cambió de idea inmediatamente cuando vio al transexual coger el rifle.

El cuchillo atravesó limpiamente la empuñadura de madera del rifle, y con ella la mano del travesti, que gritó de dolor, al tiempo que su dedo apretaba convulsamente el gatillo. La AK-47 roció el techo de una ráfaga de disparos. Afuera se oyeron los gritos de los demás piratas, alertados por el ruido.

Chase le dio un puñetazo a Latan en el rostro que lo noqueó, y después echó a correr.

7

Chase corrió a toda prisa por el pequeño campamento. Pasó junto a los barriles de combustible oxidados, pero Bejo había desaparecido. Por fortuna, el muchacho había sido inteligente y se había esfumado: ahora era su turno.

Gritos procedentes de la choza más grande. Recogió un remo roto y lo estampó en el rostro del primer pirata que salió de ella. Después, corrió hacia un costado del chamizo mientras más piratas saltaban sobre el herido y corrían tras Chase. Vio el mar más adelante, el malecón perdiéndose en la oscuridad. Quizá sabotear la lancha inflable no había sido buena idea… podría haberla usado para escapar.

Un hombre apareció corriendo en la pasarela justo delante de él. Vio a Chase y alzó su arma.

Chase saltó por una ventana abierta al interior de una choza cercana: la cocina improvisada de los piratas. Aterrizó en una mesa, que se derrumbó en una lluvia de arroz y boles metálicos. Se incorporó; estaba junto al *wok* humeante. El pirata apareció en el marco de la ventana y alzó su AK-47.

Chase levantó el *wok* por los aires, de modo que sus contenidos salieron volando, desparramándose por los muros y por el rostro del pirata, que aulló de dolor cuando su piel se quemó.

Una puerta al otro lado de la estancia se abrió de golpe. Sin soltar el *wok*, Chase se dio media vuelta y vio a otros dos hombres entrando. Ninguno de ellos iba armado, pero uno vio el cuchillo de carne en una banqueta junto al cadáver de la cabra y se apresuró a cogerlo.

El otro, un tipo de grueso cuello, con todo el cuerpo tatuado y vestido con una camiseta de malla, saltó hacia Chase, con las manos extendidas…

Chase dejó que se acercara, y en el último momento le estampó el *wok* en la sien. La sartén metálica resonó como un gong, pero eso no fue nada

comparado con el chisporroteante silbido del metal quemando la mejilla del pirata como un hierro de marcar. El tipo cayó al suelo, chillando de dolor.

El segundo hombre se aproximó con mayor cautela, con el cuchillo en la mano. Chase oyó gritos fuera; los demás no tardarían mucho en averiguar dónde estaba… y en rodearle.

Una sartén contra sus AK. No era muy alentador. Tenía que salir de allí.

El pirata no parecía dispuesto a permitírselo. Se acercó, balanceando el cuchillo. Chase saltó hacia atrás, alzando el *wok* a modo de escudo. El cuchillo buscó la mano de Chase. Metal y metal chocaron, y el *wok* se partió por el asa y cayó al suelo con un golpe hueco.

Chase retrocedió mientras lanzaba el mango al rostro del pirata, que lo esquivó. Después, sostuvo el cuchillo con ambas manos, mientras trazaban círculos el uno alrededor del otro. Chase chocó con una bancada, y golpeó una botella abierta de aceite de cocina. El líquido viscoso se derramó por el suelo.

El pirata atacó.

Chase saltó hacia atrás, y la punta del cuchillo rasgó su camisa justo sobre el músculo pectoral izquierdo antes de golpear en un poste metálico que sostenía el techo y rebanarlo en dos limpiamente. La mitad superior del poste cayó al suelo, y el techo se derrumbó.

Por la puerta abierta entraron más piratas…

Chase dio un golpecito a la botella derramada de aceite para orientarla hacia la llama desnuda del hornillo de gas.

El aceite se incendió, y la botella se abrió en dos, derramando líquido ígneo por toda la cocina. Los piratas que acababan de entrar fueron engullidos por las llamas, y la estancia se llenó de gritos horrorizados mientras se tambaleaban ciegamente en un desesperado intento por huir del fuego.

El repentino infierno, sin embargo, alcanzó también a Chase cuando se extendió por todo el suelo. Sus vaqueros oscuros seguían húmedos, pero el fuego alcanzó los restos de aceite salpicados en su ropa.

—¡Mierda! —jadeó, dando un salto y golpeando con las manos las llamas de su pierna. Chocó con el cadáver colgante de la cabra, haciéndolo mecerse.

El pirata que tenía el cuchillo atacó de nuevo, obligándolo a retroceder hacia las llamas. Chase estaba ahora muy lejos de la puerta, y su oponente se interponía entre él y la ventana más próxima. El cadáver de la cabra se incendió. Chase se apartó cuando el cadáver se acercó a él en su oscilar, y buscó algo, una apertura, un arma. Nada. El pirata avanzó, y las llamas se reflejaron en el filo del cuchillo cuando lo preparó para atacar de nuevo…

Chase metió la mano en el cadáver de la cabra y lo giró, a modo de escudo hecho de carne y hueso. El cuchillo se hundió profundamente en el animal muerto con un crujido de costillas rotas. Chase sintió un intenso calor en la nuca ya que su cabello comenzó a incendiarse, pero se mantuvo firme mientras golpeaba con el cadáver el rostro del pirata, que cayó hacia atrás. Al hacerlo, soltó además el cuchillo.

Un crujido. La viga del techo de la que colgaba el cuerpo de la cabra se rompió. Chase saltó hacia un lado para evitarla, y aterrizó peligrosamente cerca del fuego, que se extendía a toda velocidad.

Se incorporó rápidamente. El pirata se recobró también, aunque parecía mucho menos confiado sin su arma. Chase vio su oportunidad y saltó hacia él.

El otro aferró el poste metálico partido en dos y lo agitó como si fuera un bate de béisbol. Chase alzó un brazo justo a tiempo de proteger su cabeza del impacto, pero así y todo se llevó un buen golpe en el codo.

El pirata atacó de nuevo. El poste metálico golpeó la rodilla de Chase, que se tambaleó y cayó. Antes de que pudiera recuperarse, recibió un segundo golpe en la espalda. Unas manos poderosas lo cogieron del cuello.

Los dedos se hundieron en su garganta, asfixiándolo. El pirata lo giró para mirarlo a los ojos, su rostro rebosante de victoria mientras trataba de aplastar la tráquea de Chase…

Chase golpeó con las dos manos las orejas del pirata, rompiéndole los tímpanos. La presión sobre su garganta desapareció cuando el pirata chilló de dolor, pero Chase no lo soltó, sino que sostuvo su cabeza entre ambas manos y tiró de él bruscamente hacia abajo.

Hacia el extremo seccionado del poste metálico.

La afilada punta del poste atravesó el ojo del pirata y penetró en su cráneo.

—Te hará falta algo más que un parche para cubrir eso —le dijo Chase al difunto mientras se ponía en pie. El fuego se había extendido a los muros y al techo, y la choza comenzaba a incendiarse por completo.

La única salida era por una de las ventanas. Saltó a través de ella, y cayó en la pasarela junto a la orilla.

En el malecón había dos hombres. Lo habían visto. Y abrieron fuego.

Chase corrió junto a la choza en llamas, tratando de esquivar las balas, que dibujaban pequeñas lluvias de astillas tras él. Más adelante estaba el muelle cubierto en el extremo del campamento. Si corría hacia la jungla, un entorno en el que tenía amplia experiencia tanto de combate como de

supervivencia, lograría escapar de los piratas, pero le daría una oportunidad a Latan de escapar y advertir a su patrón…

Esa opción se desvaneció cuando alguien le disparó desde los árboles. Los piratas supervivientes habían formado un perímetro, y lo habían atrapado en su interior. Cosa de Latan, sin duda. Buena táctica. El líder de los piratas no planeaba huir, sino que había organizado a sus hombres con la misión de atrapar al hombre que lo había atacado y humillado.

Más disparos, más gritos. Se acercaban, como sabuesos a una liebre.

Liebres, más bien. Bejo corría hacia él, con los ojos como platos.

—¡Señor Eddie!

—¡Cuando te dije que echaras a correr, quería decir lejos de aquí!

—¡Han encontrado el bote! —jadeó Bejo. Más balas silbaron a su alrededor. El único lugar al que podían ir era el muelle. Chase abrió de un empujón las puertas dobles, y las cerró tras ellos. Las planchas de madera no los protegerían de los disparos, pero al menos perderían de vista a los piratas por unos segundos.

Bejo caminó en círculos, nervioso.

—¡Malo, malo, malo! ¿Qué hacemos?

El yate estaba amarrado enfrente de ellos. Chase miró a su proa.

La ametralladora…

Aferró la barandilla y saltó a bordo. La cinta de munición seguía colgando de un lateral del arma, pero quedaba muy poca, quizá unas veinte balas.

Oyó movimiento fuera; Latan daba instrucciones mientras los piratas corrían hacia las puertas.

Chase miró frenéticamente a su alrededor. Había una caja de herramientas en cubierta, y en su interior, entre otras cosas, un rollo de cable. Lo cogió y ató un extremo al gatillo. Después, rodeó varias veces la empuñadura, y corrió hacia el costado del barco.

—¡Bejo! ¡Al agua!

Se oyó una salpicadura… y después las puertas se abrieron de par en par. Piratas armados con AK-47 entraron, listos para disparar… al mismo tiempo que Chase se sumergía, tirando del cable.

La Browning giró hacia la puerta y rugió; en apenas cuatro segundos agotó todas las balas disponibles.

Fue más que suficiente. La lluvia de plomo asoló el muelle con la fuerza prácticamente explosiva de balas del calibre .50 a quemarropa. Los piratas quedaron prácticamente vaporizados; sus miembros salían despedidos, sus cabezas estallaban como sandías rellenas de dinamita.

La ametralladora agotó su munición, y los últimos cartuchos tintinearon sobre el muelle. El ruido que hicieron los piratas, o lo que quedaba de ellos, al caer al muelle, fue mucho más orgánico.

Chase emergió y miró hacia ahí; ante él, un cadáver sin cabeza cayó de rodillas al suelo. Bejo emergió también, jadeando. Le sorprendió que el peligro hubiera cesado tan repentinamente.

—¿Qué les ha pasado a los piratas, señor Eddie?

—Han ido a enterrar el tesoro. —Bejo estaba a punto de subir al muelle cuando Chase le detuvo—. Será mejor que no veas eso. —Señaló al extremo abierto del muelle—. Nada hacia allí y espérame.

Chase trepó al muelle y contempló los restos mutilados de los piratas; no sentía ni una pizca de remordimiento o lástima, no después de lo que estos mismos piratas le habían hecho a la tripulación de la *Pianosa*.

—Aficionados —dijo.

Sin embargo, alguien seguía con vida. Se oyó una voz trémula. Latan. Ya no parecía arrogante, ni furioso, sino solo conmocionado. Cuando Chase recogió una AK-47 caída, el líder de los piratas se dio media vuelta y echó a correr.

Chase fue tras él. Latan se dirigía hacia la lancha inflable. Chase rodeó la choza en llamas de camino a la pasarela, esperando atraparlo en el malecón…

Un poderoso brazo lo interceptó tras un recodo y lo derribó. El tipo grandote de la cicatriz en el rostro lo miró con el ceño fruncido.

Chase alzó la AK-47, pero el pirata se la arrebató de una patada, y después lo golpeó con el tacón en el estómago. Chase gimió. El otro levantó el pie, a punto de aplastarle la cabeza, pero Chase lo aferró y se lo retorció para hacerle perder el equilibrio. El pirata se tambaleó hacia el hueco entre las chozas, y estuvo a punto de caer de bruces sobre el tronco de un árbol.

Chase oyó el rugido de un motor encendiéndose. Latan había alcanzado la lancha inflable. Con las manos en el estómago dolorido, se puso en pie y miró hacia el cable de acero que había atado anteriormente alrededor del tronco del árbol.

El de la cicatriz lo vio también, y enseguida comprendió lo que había hecho Chase. Gritó una advertencia, pero el ruido del motor la silenció. El cable seguía flácido: trató de tirar del extremo atado al tronco de árbol.

—¡Ni se te ocurra! —jadeó Chase, mientras cargaba con el hombro. El pirata cayó sobre el tronco a causa del golpe, y aterrizó en el montón de basura que había tras él. Chase se dispuso a darle una patada en la cabeza…

Pero el otro le golpeó la pierna con un pedazo afilado de metal oxidado. El filo rasgó el pantalón de Chase, que se apartó cuando el pirata atacó de nuevo, evitando por milímetros que el filo atravesara su muslo… pero se le enganchó el pie en una raíz, y cayó de espaldas.

Sin soltar el cuchillo improvisado, el pirata se puso en pie de un salto. La lancha flotante comenzaba a alejarse lentamente del malecón. El cable ondeaba de adelante atrás en el suelo, junto a Chase, con chasquidos metálicos.

El pirata cargó hacia Chase, apuntando con el filo metálico a su corazón. Chase alzó ambas manos y detuvo la muñeca del otro justo antes de que el arma le atravesara el pecho. Con el rostro contorsionado, enseñando dientes amarillentos, el pirata empujó con más fuerza, apoyando todo su peso en el filo oscilante, más y más cerca…

Rozando la piel, penetrándola…

Un golpe.

—¡Apártate de él! —gritó Bejo, mientras golpeaba al pirata en la espalda con un pedazo de madera podrida y se lo quitaba de encima a Chase. La plancha de madera se partió en dos; el golpe no llegó a herir al pirata, solo lo distrajo, pero fue más que suficiente.

Chase cogió el cable y rodeó con él el cuello del pirata.

Demasiado tarde, el de la cicatriz comprendió lo que estaba a punto de suceder…

El otro extremo del cable estaba fuertemente sujeto a la lancha inflable. Cuando la embarcación llegó al límite de la longitud del cable, se detuvo con una violenta sacudida al tiempo que el cable se tensaba. El nudo que rodeaba el cuello del pirata se quedó en nada en un instante, rebanándole limpiamente la cabeza, que cayó junto al tronco del árbol; era una máscara de puro terror. El rostro de Bejo mostraba una expresión casi idéntica.

—¿Estás bien? —preguntó Chase mientras apartaba el cuerpo decapitado de una patada y se ponía en pie. Bejo asintió en silencio, con la boca abierta de par en par. Chase recogió la AK-47 y miró hacia el mar. El motor de la lancha inflable seguía en marcha, pero la embarcación flotaba a la deriva a un extremo del cable, con el eje de la hélice partido por la mitad. A la luz de la choza incendiada, pudo ver que la brusca detención había provocado que Latan se golpeara de cara contra el volante de la embarcación. Aunque rebotó luego por el impacto y cayó de nuevo al asiento, se dejó media cara en el volante, así que ya no iba a advertir a nadie de nada.

—Señor Eddie —dijo Bejo con voz tensa. Chase se giró y se encontró un arma apuntándole al pecho. La prostituta transexual estaba de pie delante de él, sosteniendo un revólver con su mano buena. A juzgar por la expresión de rabia angustiada de su rostro, su relación con Latan había sido algo más que la que une a meretriz y cliente.

—Mierda —murmuró Chase. Nunca se había imaginado que pudiera terminar siendo abatido por un transexual armado con un revólver—. Mira, siento lo de tu novio —dijo, vacilante—, pero no era un buen tipo. Una chica tan guapa como tú se merece algo mejor…

Ella escupió algo en malayo, y acercó el cañón del arma al rostro de Chase.

—Esta chica tan guapa está muy enfadada contigo —dijo Bejo, levantando las manos.

—Sí, hasta ahí llego. —La prostituta quitó el seguro—. Vale, entiendo que estés enfadada —continuó Chase, cada vez más inquieto—, pero dispararme no hará que te sientas mejor. Créeme, he disparado a mucha gente, y… —Sus ojos se centraron por un segundo en algo que había tras ella, y arqueó las cejas sorprendido—. ¡Joder, es Latan! ¡Latan está vivo!

Era una triquiñuela muy pobre, que nunca habría funcionado con alguien bien entrenado, pero el joven transexual se dio la vuelta, con ojos esperanzados. Chase podría haber alzado su AK-47 y haberle disparado sin más, pero en lugar de eso optó por la opción menos letal de propinarle una patada en la entrepierna. Su oponente se derrumbó en el suelo y se encogió en posición fetal, gimiendo. Bejo hizo una mueca de dolor.

—Está muy feo hacer eso, incluso a señorita enfadada.

Chase le arrebató el revólver de la mano y lo tiró al mar.

—Si realmente fuera una señorita, no le habría dolido tanto.

Mientras Bejo trataba de averiguar a qué se refería y contemplaba con sorpresa la figura caída, Chase miró hacia el poblado. Las llamas se habían extendido a las demás chozas, incluida la de Latan, lo que significaba que no solo el dinero era ya pasto del fuego, sino también cualquier pista que pudiera haber entre las pertenencias de los piratas. No había nada que pudieran encontrar ya en ese lugar.

Se aseguró de que quedara un bote en el que pudieran escapar de la isla las dos prostitutas, y después Bejo y él regresaron a su embarcación. Como esperaba, los dos vigías restantes habían decidido que no investigar los disparos y la causa del incendio en la orilla sería su mejor opción para vivir una larga y saludable vida, y habían despejado la zona.

Mientras Bejo conducía el bote mar adentro, Chase se preguntó una vez más por qué había causado tantas muertes la tablilla que encontró Nina. Con Latan muerto, había perdido una de sus pistas, pero al menos ahora conocía la identidad del patrón, Vogler, y la existencia de la organización para la que trabajaba.

Pero ¿qué era la Alianza del Génesis?

8

Nueva York

A pesar de que había dormido tanto como pudo durante el vuelo, el reloj interno de Nina seguía estando doce horas retrasado cuando el avión de la ONU tomó tierra en Nueva York; su cuerpo le decía que era de noche, en tanto que su ciudad nativa amanecía solo entonces.

Y prometía ser un día muy largo.

La recogió un chófer. De camino a la sede de la ONU, se preguntó qué le aguardaba. La expedición al mar de Java había recibido el respaldo absoluto de la API, y por tanto de la misma ONU, y no existía modo de haber previsto el ataque de los piratas… pero era un hecho incontestable que había estado al mando de una operación en la que mucha gente había muerto. Alguien tendría que asumir responsabilidades, y probablemente ese alguien sería la misma Nina.

¿Qué iba a ocurrir a continuación? No estaba segura. A pesar de que formaba parte de la API desde su fundación hace casi tres años, esta sería su primera vez ante los focos de una investigación. Ya se había enfrentado a los peces gordos antes, pero había sido en sesiones informativas tras operaciones que terminaron con éxito: entre ellas, aquella en la que salvó Nueva York, y la misma ONU, de un apocalipsis nuclear.

Esta vez, sin embargo, la operación había concluido de manera diametralmente opuesta.

Tomó un ascensor que se elevó a través del edificio de cristal y acero y la llevó a la sede de la API. A medida que ascendía piso tras piso, sentía cómo su pesadumbre aumentaba. Para cuando salió del ascensor, tenía ya claro que era una sensación completamente justificada.

—¿Qué está pasando? —preguntó mientras corría hacia el mostrador de recepción; a su alrededor, los empleados se paseaban de un lado a otro entre

enojados y confusos.

—¡Doctora Wilde! —dijo Lola Gianetti, abandonando el mostrador de recepción para recibirla—. Gracias a Dios que ha vuelto. Me he enterado de lo que ocurrió… y todos los demás también. ¡Es terrible!

—Lo sé, lo sé. Pero ¿de qué va todo esto? —La gente se congregaba ante la sala del servidor, mientras un hombre golpeaba repetidamente la puerta.

—El servidor se ha caído —le dijo Lola—. La gente lo ha perdido todo.

—¿Y por qué no han usado las copias de seguridad?

—No, quiero decir que lo han perdido todo —clarificó Lola con tristeza, y guio a Nina a través de la multitud—. Jerry y Al están ahí dentro intentando arreglarlo.

—Espera, ¿están los dos dentro? —Eso significaba sin lugar a dudas que algo terrible había sucedido; los dos técnicos solían trabajar en turnos distintos.

—Sí, Al lleva ahí dentro toda la noche, y llamó a Jerry sobre las cinco de la mañana. ¡Venga, apartaos, apartaos!

La multitud acribilló a Nina a preguntas mientras trataba de alcanzar la puerta.

—¡Vale, vale, esperad un poco! —dijo, levantando las manos—. Acabo de llegar, y seguramente sé mucho menos de todo esto que vosotros. Volved a vuestros despachos, tomaros un café o algo, y en cuanto sepa lo que está pasando os lo contaré. Sea lo que sea, no vamos a solucionarlo escenificando en recepción la toma de la Bastilla.

—¡Nina, he perdido la base de datos egipcia entera! —protestó el que golpeaba la puerta sin cesar, un historiador llamado Logan Berkeley—. ¡Es más de un terabyte de material, y dicen que se ha perdido todo!

—No se ha perdido todo —insistió Nina—. Aunque perdamos los servidores, y aunque perdamos los servidores de apoyo, seguimos teniendo las copias de seguridad externas.

—Sí, pero aun así he perdido…

—Un día de trabajo, como mucho. Es un fastidio, lo sé, pero no es el fin del mundo, ¿vale? —Pasó su tarjeta identificativa sobre el cerrojo electrónico de la puerta.

Berkeley trató de seguirla adentro.

—Tengo que preguntarles cuánto tiempo…

Nina se detuvo en el umbral.

—¡Oye! —dijo—. Esta es una zona restringida. Solo personal autorizado. Venga, afuera. Vamos. —Berkeley obedeció de mala gana.

Nina cerró la puerta y se apoyó en ella mientras respiraba profundamente.

—Bueno, muchachos, ¿qué está pasando?

La sala del servidor era una estancia sin ventanas repleta de ordenadores y discos duros montados en bastidores que formaban un laberinto en miniatura alrededor de los puestos principales. Jerry Wojciechowski, un hombre de mediana edad, entrado en carnes y barbudo, parecido a un Papá Noel friki, y Al Little, algo más joven, tan delgado que parecía casi desnutrido y que se alimentaba casi exclusivamente a base de bebidas energéticas, trabajaban furiosamente en sus ordenadores. Al, con bolsas bajo sus ojos más pronunciadas de lo habitual, alzó la vista de su teclado y miró a Nina.

—Nos han *hackeado*, Nina. Algún cabrón nos ha metido un virus.

El simple hecho de que soltara tacos delante de Nina indicaba que la situación era preocupante; normalmente, solo se le escapaba la primera sílaba, pero se detenía a tiempo y le pedía perdón.

—¿Qué hemos perdido?

—Todo —dijo Jerry—. Literalmente. El virus lo ha limpiado todo, desde los discos duros hasta los servidores.

—Y también se ha cargado los sistemas RAID de soporte —añadió Al—. Y algunos de los PC de la oficina.

—¿Cómo ha podido hacerlo? —preguntó Nina—. ¡Pensaba que era imposible *hackearnos*!

—Nosotros también —dijo Jerry apesadumbrado—. Actualizamos todo después del ataque de hace dos años a un grado equivalente al de los militares. Tenemos el mismo sistema operativo que la NSA. Es totalmente seguro. En teoría.

—Solo que —dijo Al—, este cabronazo ha entrado sin disparar ni una sola alarma. La única manera de hacer algo así es que el que lo enviara tuviera códigos de acceso para todo el sistema. —Resopló enojado—. Lo hemos perdido absolutamente todo desde la última copia de seguridad en cinta para almacenamiento externo. Y eso fue hace dos días.

—Cuando dices todo… ¿eso incluye los *emails* y los archivos cargados al servidor compartido?

Jerry asintió, y Nina comprendió con horror lo que aquello implicaba. La existencia misma de la API se basaba en secretos: su descubrimiento de la Atlántida hace tres años, muy a su pesar, había dado a un demente la oportunidad de crear una plaga diseñada genéticamente… que había estado a punto de liberar sobre el mundo. Hasta cierto punto, el cometido de la API de encontrar y proteger otras maravillas del mundo antiguo ocultaba una misión

mucho más siniestra: asegurarse de que no fueran a parar a las manos equivocadas.

Sin embargo, como habían demostrado los sucesos que condujeron a la muerte de Hector Amoros, las manos equivocadas podían a primera vista parecer ser las correctas. La búsqueda de la API de Excálibur, la espada del Rey Arturo, se había acometido supuestamente para que Jack Mitchell, un agente de la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzados de Defensa, o la DARPA, del gobierno estadounidense, lograra evitar que las propiedades únicas de la espada se utilizaran para crear una nueva arma que extrajera su poder de la misma tierra. Mitchell, sin embargo, había cambiado de bando, y tratado de adueñarse de ese poder. Había estado a cargo de un proyecto tan secreto que ni la DARPA ni el Pentágono conocían su existencia, ni siquiera cuando amenazó con sumir al mundo en una guerra global.

Pero si quienquiera que había enviado el virus para borrar las fotografías del misterioso objeto que Nina había descubierto —y no tenía ninguna duda de que ese era el verdadero objetivo, y todo lo demás había sido borrado únicamente para ocultar ese hecho—, si esa persona era capaz de sortear la seguridad de la API… eso significaba que conocía el verdadero propósito de la API. Y ese era un conocimiento supuestamente restringido a los mayores poderes.

Fuera lo que fuera lo que estaba ocurriendo, era mayor de lo que podía imaginar. Mayor de lo que podía temer.

Corrió hacia recepción…

Y se encontró cara a cara con una vieja enemiga.

Nunca había tratado de acabar con su vida, cierto. Pero Nina sintió de nuevo un escalofrío, efímero e involuntario, al encontrarse una vez más ante una vieja adversaria olvidada durante largo tiempo pero cuya aparición provoca un desprecio casi inédito.

—Profesora Rothschild —comenzó, antes de recordar que más allá de las puertas de la universidad aquella mujer de edad avanzada y rostro severo no tenía ningún poder sobre ella—. Maureen —dijo a continuación, tratando de denegarle su estatus a base de informalidad—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Nina —dijo Rothschild con indiferencia, contraatacando con sus mismas armas. La aversión era mutua—. ¿Puedo hablar contigo?

Nina vio a Lola revoloteando tras Rothschild, formulando palabras con la boca sin emitir sonido alguno, preocupada, pero Nina no fue capaz de comprender lo que le quería decir.

—Ahora estoy un poco ocupada, Maureen —dijo; quería librarse de ella lo antes posible, y con el mayor desdén del que fuera capaz—. Sea lo que sea, tendrá que esperar. Lola te dará cita, pero no creo que pueda ser antes de la semana que viene. Tengo un montón de asuntos de la API pendientes en mi mesa. —Se dio media vuelta y echó a andar hacia su despacho.

—Los asuntos de la API ya no son cosa tuya, Nina —dijo Rothschild.

Había un tono casi de regodeo en su voz; Nina se detuvo.

—¿Perdón?

—Ah, doctora Wilde —dijo Lola a modo de disculpa, mientras rodeaba a Rothschild y le entregaba un papel a Nina—. Quise decírselo cuando llegó usted, pero había tanto jaleo… Perdone.

Nina leyó rápidamente el texto, una declaración oficial de la ONU.

—¿Qué? —escupió. Lola, que se veía venir una explosión, se retiró tras el mostrador.

—Como puedes ver —dijo Rothschild, y esta vez el regodeo en su voz era casi insoportable—, la ONU acaba de confirmar mi nombramiento como nueva directora de la API. No ocuparé el cargo oficialmente hasta pasado mañana, pero quería ver cómo iban las cosas. Y lo que he visto es algo que no le hace ningún bien a la agencia. Hasta ahora no ha tenido una visión claramente definida, ni un liderazgo capaz. No desde la muerte del almirante Amoros. Estoy aquí para recuperar el rumbo correcto.

—¿Ah sí? —dijo Nina, mientras hacía una bola con el papel, furiosa—. Estoy segura de que todos los años que has pasado atacando cualquier teoría que se salga siquiera ligeramente de la ortodoxia histórica te convierte en la elección perfecta para dirigir la API.

Rothschild contempló la entrada de una de las salas de conferencias.

—Quizá deberíamos continuar esta conversación en privado —sugirió en tono condescendiente.

—Estoy muy bien aquí —replicó Nina—. ¿Y cómo conseguiste que te adjudicaran el puesto? No estabas en la lista de seleccionados. Y si lo hubieras estado, ¡yo misma hubiera tachado tu nombre!

—Tomar decisiones en base a mezquinas *vendettas* personales es precisamente la clase de negatividad de la que la API puede prescindir entre sus altos cargos —replicó Rothschild—. Y dado que lo preguntas, me sorprendió que me contactaran. Pero si el Senado te recomienda a la ONU, sería una necedad no aprovechar la oportunidad.

—¿El Senado? —dijo Nina, atónita—. ¡Pero eso es una locura! ¿Por qué iban a hacerlo?

Rothschild tensó los labios.

—Quizá porque estaban tan cansados como todos los demás de que el proceso de nombramiento se alargara deliberadamente para que la directora provisional pudiera embarcarse en sus proyectos personales sin un mínimo de supervisión. —Nina estaba tan furiosa por la acusación que ni siquiera pudo formular una respuesta antes de que su oponente siguiera hablando—. Una de mis primeras prioridades será una revisión completa de todos los proyectos de la API que no estén directamente relacionados con el cometido global de seguridad de la agencia. Todas las iniciativas que no logren adecuarse a estrictos criterios de rentabilidad, o que se basen en lamentables teorías mitológicas, serán finalizadas de inmediato.

—¿Lamentables teorías mitológicas como la de la Atlántida, quieres decir?

—Mi otra prioridad inmediata —dijo Rothschild en tono gélido— será iniciar una investigación a fondo sobre el completo desastre que ha resultado ser tu expedición indonesia. La pérdida de vidas humanas es sin duda una tragedia, pero hay que tener en cuenta además tu abandono arbitrario de la excavación original, las irregularidades financieras…

—¿Qué irregularidades financieras? —preguntó Nina, furiosa.

—Me refiero al dinero que le prometiste al capitán del barco por lo que llamaste «gastos adicionales». Solo porque parte del presupuesto se haya considerado ilimitado no significa que sea tu cuenta bancaria personal.

—Eso no fue lo que ocurrió en absoluto…

—Podrás presentar tu versión de los hechos en la vista —dijo Rothschild —. Esta catástrofe da muy mala imagen tanto a la API como a la ONU. Es necesario determinar los hechos, depurar responsabilidades…

—¿Y echar las culpas?

Una leve sonrisa torció los labios delgados de Rothschild.

—Naturalmente. Si yo fuera tú, me pondría a trabajar de inmediato en un informe exhaustivo de todo lo que pasó en Indonesia. Y te recomiendo que tu… amigo Chase haga lo mismo. ¿Dónde está, por cierto?

—Sigue allí —dijo Nina; se había propuesto ser deliberadamente imprecisa para no darle más munición a Rothschild.

—Ya veo. Después de que la ONU organizara un vuelo privado con el único propósito de traeros de vuelta a Nueva York, espero que no vayas a añadir el coste de su billete de avión al presupuesto.

—Nunca se me ocurriría —gruñó Nina—. Pero, si me disculpas, Maureen, tengo trabajo. —Alzó el papel arrugado en una bola—. Aquí dice

que no serás oficialmente la directora de la API hasta dentro de dos días, lo que quiere decir que sigo al mando. Y ya has malgastado bastante de mi tiempo. Lola, estaré en mi despacho. No me pases llamadas a menos que sean urgentes. O de Eddie. —Le dio la espalda a Rothschild y entró en su despacho, dando un portazo tras de sí.

9

Nina llegó al edificio de las Naciones Unidas tras haber pasado toda la noche pensando en Chase. Tras su confrontación con Rothschild del día anterior, había comprobado su correo de voz; Chase le había dejado un mensaje. El alivio que sintió al escuchar su áspero acento de Yorkshire quedó atenuado por el laconismo de sus palabras: se limitaba a decirle que estaba de camino a Nueva York, y que estaba hecho polvo. Nina supo enseguida que había pasado por malos momentos, pero no conocer los detalles le preocupaba y frustraba a partes iguales.

Y desde entonces, nada.

Lo primero que hizo al llegar a la API fue comprobar si Chase le había dejado algún mensaje. No había ninguno. Contempló con la mirada perdida Manhattan desde la ventana de su despacho antes de darse media vuelta de repente. Sabía que debería seguir trabajando en su informe, prepararse para la investigación, pero no dejaba de pensar en Chase. Necesitaba distraerse con algo.

Como por ejemplo las fotografías de la tarjeta de memoria recuperadas de su cámara robada.

Copió los archivos a su nuevo portátil, y guardó la tarjeta de memoria en el bolsillo de su chaqueta antes de abrir las imágenes de alta resolución. Una en particular atrajo su atención, un plano corto de la tablilla de barro que mostraba las inscripciones con gran detalle. Acarició con los dedos sus labios mientras trataba de descifrarlas.

Nada. Había unos pocos caracteres; un triángulo con lo que parecía un árbol o una flor por encima; tres líneas horizontales una sobre la otra, de las cuales la que estaba encima del resto se curvaba sobre sí misma. Aquellas tres marcas parecían más simbólicas que las otras, y le recordaban a los estilizados pictogramas que formaban la base de los sistemas de escritura chino y

japonés, pero lo que representaban seguía siendo un misterio. Otras marcas resaltaban entre los elegantes caracteres curvados que formaban la mayor parte de la inscripción debido a su naturaleza austera y angulosa, una serie de formas en V que apuntaban en distintas direcciones, con pequeños puntos entre las líneas, seguidos de bloques de pequeñas marcas muy juntas.

¿Qué significaban? ¿Qué secreto ocultaban, que había gente dispuesta a matar para protegerlo?

No tenía ni la menor idea.

Con la imagen abierta de fondo, Nina se centró de nuevo en el informe, de mala gana, y se obligó a sí misma a recordar los desagradables incidentes que ocurrieron a bordo de la *Pianosa*. Sin embargo, la imagen abierta en la pantalla siguió distrayéndola durante el resto de la mañana. Estuvo a punto de cerrarla para eliminar la distracción, aunque había algo en ella que parecía extrañamente familiar.

Pero ¿qué? El texto no se parecía a ningún alfabeto que conociera.

Si no era el alfabeto, entonces…

Nina se envaró de repente. El significado de un tipo particular de símbolo pareció repentinamente iluminado como con luces de neón.

—¿Cómo no lo vi antes? —dijo—. ¡Idiota!

Los bloques de marcas muy juntas entre sí no eran letras. Eran números. Números de la Atlántida. No eran exactamente los mismos que había visto en distintos artefactos de la vieja ciudad, pero se parecían lo bastante para resultar reconocibles como pertenecientes a la misma familia: teniendo en cuenta la antigüedad aparente de la tablilla, debía de tratarse de una versión anterior.

Cogió un bolígrafo y un papel y anotó los números, convirtiéndolos a las equivalencias que le resultaban más familiares. Después, realizó mentalmente los complejos cálculos aritméticos para transformar el sistema numérico en un sistema de base diez. Cada bloque resultó ser francamente voluminoso, y más aún al estar colocados tras las formas en uve a las que parecían estar vinculados. Era un registro de algo, por tanto, un recuento. Pero ¿de qué? Podía ser cualquier cosa: cantidades de personas, distancias, puede que incluso los peces pescados por la embarcación en la que se encontró la tablilla.

Pero al menos había descubierto algo. El hecho de que pareciera emplear una forma del sistema numérico de la Atlántida significaba que quienquiera que tallara la tablilla tenía algún tipo de relación con los atlantes, por mucha

distancia geográfica o temporal que los separara. Y si el lenguaje de la Atlántida había podido ser descifrado, también este.

Quizá ya había sido descifrado. Aunque Nina estaba familiarizada con los idiomas antiguos, no eran su especialidad; era arqueóloga, no lingüista. Había numerosos expertos cuyos conocimientos eclipsaban los de Nina. Su antiguo mentor, el profesor Jonathan Philby, había sido uno de ellos, pero no vivía ya.

Tenía colegas, sin embargo, aunque Nina los recordaba más como rivales. Incluso en las más altas esferas académicas, el individualismo era un factor a tener muy en cuenta. Los nombres se le escapaban, pero tras varios minutos buscando en internet los trabajos de Philby, consiguió desenterrar uno: el profesor Gabriel Ribbsley de Cambridge. Recordaba vagamente a Philby nombrarlo en una ocasión como uno de los mayores paleontólogos del mundo… después de sí mismo, naturalmente. A juzgar por la extensa lista de trabajos publicados por Ribbsley, parecía que esa afirmación seguía siendo veraz.

Le pidió a Lola que consiguiera sus datos de contacto, y le envió un breve *email* presentándose. Incluyó en el mensaje sus motivos para contactarlo, aunque omitió referencia alguna a la tablilla de barro y las fotografías recuperadas; parecía prudente guardarse todo aquello para sí misma de momento, teniendo en cuenta lo que había ocurrido recientemente. Cuando lo envió, se obligó a sí misma a seguir trabajando en su informe. Su experiencia con profesores universitarios le había enseñado que respondían a las consultas externas cuando les apetecía, y que cuanto más prestigiosa la universidad, más tiempo transcurriría, hasta alcanzar, en los casos más graves, la muerte calorífica de todo el universo.

Le sorprendió, por tanto, recibir una llamada telefónica de Ribbsley apenas veinte minutos después.

—Es… un verdadero honor, profesor —dijo Nina una vez realizadas las presentaciones.

—Oh, el honor es todo mío, doctora Wilde —replicó Ribbsley. Nina no terminaba de ubicar su acento: había algo en su tono que le hizo pensar que sus maneras de inglés de clase alta eran una afectación adquirida. ¿Sudafricano, quizás?—. Después de todo, no todos los días recibe uno una petición de asistencia de la descubridora de la Atlántida, y tantos otros tesoros. Visité la tumba de Arturo en Glastonbury hace alrededor de un mes, de hecho. Necesitaban ayuda con las inscripciones en latín… le hace a uno preguntarse qué diablos enseñan en las universidades hoy en día, si algo tan

sencillo supone un problema. Pero la tumba era francamente impresionante, así que la felicito: buen trabajo.

—Gracias —dijo Nina; reparó en otro matiz en la voz de Ribbsley, algo menos sutil, esta vez indudablemente condescendiente—. Pero sí, esperaba que pudiera ayudarme. Si no está ocupado.

—Eso depende de qué se trate. ¡Espero por su bien que no sea latín! —Soltó una risilla ante su propio chiste.

—No, no es eso —dijo Nina, sin sentirse obligada a imitarlo—. Tiene que ver con un texto atlante que he descubierto recientemente. Veo por su lista de trabajos que tiene una amplia experiencia en ese tema.

—Bueno, ¡tendría que tener la cara muy dura para llamarme el mayor paleontólogo del mundo si no la tuviera! —Rio de nuevo para celebrar su propio ingenio—. La verdad es que les llevo bastante ventaja a Frome, Tsen-Hu y ese idiota de Lopez. Hector Amoros me pidió que hiciera algunos trabajos preliminares antes de que el descubrimiento de la Atlántida fuera oficialmente anunciado, de hecho. Las ventajas de tener amigos en las altas esferas.

—¿Conoció a Hector?

—Un poco, pobre tipo. Solo era un aficionado, naturalmente, pero uno bastante dotado.

Nina se guardó para sí el hecho de que Amoros tenía un máster en paleontología.

—Este texto… hemos encontrado algunos caracteres atlantes, pero hay otros que no hemos sido capaces de identificar. Esperaba que pudiera usted echarles un vistazo.

—Me encantaría. Envíeme por correo electrónico lo que tenga, y le echaré un ojo lo antes posible… ¡o quizá los dos!

—Sería de gran ayuda, profesor. Gracias.

—No hay de qué, doctora Wilde. Como le he dicho, es un honor. No todos los días tiene uno la oportunidad de contemplar un pedazo de historia, después de todo.

¿Se ocultaba una cierta envidia bajo su afabilidad? A pesar de todo, había logrado su ayuda. Alguien con la experiencia de Ribbsley sería capaz de detectar inmediatamente cosas que a ella se le escaparían.

Desde luego, no pensaba enviarle todo lo que tenía, ni las fotografías; con la imagen de la tablilla abierta, copió con cuidado una parte del texto, incluyendo una de las formas en uve y los numerales atlantes en una hoja de papel, que escaneó y después le envió al profesor.

Pensando que le llevaría algún tiempo trabajar con el texto, se concentró de nuevo en su informe. De nuevo, le sorprendió recibir una llamada poco después.

El profesor sonaba menos vivaz, más centrado.

—Doctora Wilde. Este texto que me ha enviado no parece ser una transcripción precisa. No veo caracteres atlantes.

Nina sonrió; era su turno para enorgullecerse de sí misma.

—¿De veras, profesor? Solo tardé unos minutos en encontrarlos, y ni siquiera sabía que estaban allí. —Exageraba, pero quería bajarle los humos un poco—. Podría enviarle otra imagen escaneada, y señalarlos de algún modo…

Ribbsley no parecía verle la gracia.

—O podría enseñármelo. Supongo que tiene webcam.

—Eh… sí. —Tardó un par de minutos, pero pronto Nina pudo verlo en la pantalla de su ordenador. La exagerada seguridad en sí mismo que se reflejaba en su voz era aparente también en su rostro; miraba a Nina por encima de sus narices, y no parecía deberse exclusivamente a la posición de la cámara. Una perpetua sonrisa se dibujaba en su rostro, no alegre sino arrogante, y su pelo, aunque gris y escaso, había sido cuidadosamente peinado para enmascarar ambas cosas. Al fondo, Nina vio varias fotografías enmarcadas del profesor, siempre vestido con traje blanco, estrechando la mano de dignatarios internacionales.

—Ya la veo, doctora Wilde —dijo Ribbsley—. Bien, ¿le importaría mostrarme lo que al parecer no he sabido ver por mí mismo?

—Por supuesto, profesor. —Nina sostuvo la hoja ante la cámara—. Estos caracteres de aquí, los que están dispuestos en bloques.

—¿Qué pasa con ellos?

—Son números. Las formas son algo distintas, pero está claro que guardan relación con el sistema numérico atlante.

Fuera la que fuera la reacción que había esperado Nina de Ribbsley, desde luego no era la mirada atónita, falta de toda confianza, que mostró su rostro, aunque tan solo por unos instantes.

—¿Números? —dijo, antes de repetir la palabra en voz más alta—. ¡Números! ¡Naturalmente! —Inspeccionó su pantalla de cerca.

—¿Lo ve? Los símbolos corresponden claramente a cada potencia del sistema de base ocho de los atlantes. Están dispuestos de manera diferente, pero los símbolos en sí se parecen bastante…

—Se parecen, se parecen mucho —la interrumpió Ribbsley—. ¡Números! Debería haberlo visto enseguida… —Pareció reflexionar por unos instantes

antes de mirar de nuevo a cámara—. Por desgracia, doctora Wilde, aparte de los números, sabe usted exactamente lo mismo que yo sobre este texto. Los demás caracteres me son totalmente desconocidos. —Miró con mayor intensidad—. ¿Dónde ha dicho que lo encontró?

—No se lo he dicho —dijo Nina enfáticamente—. Me temo que es información clasificada.

Ribbsley no pareció muy contento, pero ocultó ese hecho de inmediato.

—Entiendo. Pero sin tener alguna pista respecto a su lugar de origen, me temo que no hay nada más que pueda hacer para ayudarla. Me encantaría tener tiempo para estudiar todos los registros de lenguas muertas que tengo en mi biblioteca en busca de similitudes, pero me temo que…

—Lo entiendo, profesor —dijo Nina, y deseó poder atravesar la pantalla para quitarle la petulancia de una bofetada—. De todos modos, gracias por su ayuda.

—No hay de qué. De nuevo, es un honor charlar con usted. Deberíamos vernos en persona algún día. Estoy seguro de que tendríamos mucho de lo que hablar. Buenas tardes.

—Buenas… —dijo Nina, pero Ribbsley ya se había desconectado—. Hasta nunca, profesor —añadió en voz baja.

Miró el reloj de su portátil. La hora de comer. Había estado tan ocupada en su trabajo que ni se había dado cuenta de que tenía hambre, pero no podía seguir negándolo. Era el momento de llevarse algo a la boca.

Antes, llamó al móvil de Chase una vez más. Nada. Seguía sin dar señal.

¿Dónde diablos estaba?

Chase cruzó adormilado la puerta de embarque. No había sido capaz de conseguir un billete directo a Nueva York con tan poco tiempo, de modo que se vio obligado a trazar un heterodoxo itinerario, de Yakarta a Singapur, de allí a Delhi, y de allí, tras una larga espera hasta conseguir un vuelo que lo llevara a su ubicación actual, a Dubái. Le quedaba otra larga espera antes de poder volar a París, pero al menos cuando llegara le quedaría solo un trayecto más de allí a Nueva York.

Miró su reloj. Medianoche en Dubái, las cuatro de la tarde en Nueva York. Tenía que hablar con Nina; le había dejado un breve mensaje en el contestador de su despacho antes de salir de Singapur para que supiera que estaba bien, pero le apetecía tener una conversación en condiciones con ella. Aunque lo primero era lo primero. Llegar a la terminal de salidas, facturar, y

después encontrar una manera de pasar el rato hasta embarcar en dirección a París…

Si es que llegaba al vuelo. Su cansancio se desvaneció de golpe, sustituido por inquietud, cuando comprendió que lo estaban vigilando. Un árabe con el uniforme de la policía del aeropuerto estaba muy cerca de él, acompañado de tres tipos enormes con trajes oscuros y gafas de sol… y todos mirando en su dirección. Uno de los tres alzó un folio, como si estuviera comparando la imagen del papel con el rostro de Chase. Después, asintió.

No tenía buena pinta.

Se acercaron a él; el oficial alzó una mano.

—Señor… ¿Chase?

—El mismo. —Los tres se adelantaron, rodeándolo.

—Estos señores quisieran hablar con usted.

Chase los miró y se vio reflejado y multiplicado por seis en las lentes.

—¿No van a hacerme perder el vuelo, verdad? Me ha costado un ojo de la cara.

—Va a tomar un vuelo distinto, señor Chase —dijo uno de los hombres. Su acento era americano.

—¿Ah sí? ¿Adónde?

Los labios del que habló estaban tensos, casi inmóviles.

—Guantánamo.

—¿Alguna noticia de Eddie?

Nina alzó la vista de sus papeles y vio a Lola en la puerta del despacho con una taza de café en la mano.

—No, aún no —dijo con tono apesadumbrado. Miró a las ventanas y comprobó con sorpresa que era de noche—. ¡Vaya! ¿Cuándo se ha hecho de noche?

Lola sonrió y se acercó a su mesa.

—Has perdido la noción del tiempo. Ojalá yo pudiera hacerlo, debe ser estupendo poder concentrarse tanto en una sola cosa. Supongo que eso explica por qué solo soy recepcionista, y tú la jefa.

—Hasta mañana.

Lola le entregó la taza de café. Nina asintió a modo de agradecimiento.

—Por eso me he quedado hasta tan tarde. La profesora Rothschild me ha enviado una lista enorme de tareas administrativas que quiere para mañana,

así que he estado ocupándome de eso. ¿Tengo que llamarla profesora aunque ya no dé clases, por cierto?

—Me temo que insistirá en que lo hagas —dijo Nina, mientras daba un sorbo a su café.

—Sí, eso me parecía. Para ser sincera… —Bajó la voz—. No tengo ninguna gana de trabajar con ella.

Nina soltó una carcajada sarcástica.

—Qué me vas a contar.

—Ya. Pero me da igual lo que diga, lo has hecho tan bien al frente de la API como el almirante Amoros.

Esas palabras lograron mejorar un tanto el ánimo de Nina.

—Gracias —dijo, con una sonrisa.

—Bueno, me pareció que te hacía falta. Y es mi trabajo que tengas todo lo que te hace falta, después de todo. —Compartieron un momento de agradable silencio. Después, Lola contempló los documentos que había sobre la mesa de Nina—. ¿Sabes cuánto trabajo te queda?

—Me queda un buen rato. Vete a casa, yo cierro. ¿O sigue Al aquí?

—No, se fue a casa. Lo obligué a irse a casa, más bien. Estuvo aquí toda la noche arreglando los servidores. Y habría dormido en la sala de ordenadores si no me hubiera plantado delante de la puerta para impedirle entrar.

—Típico de Al —dijo Nina—. Pero no me esperes, en serio.

—Vale. —Lola fue hacia la puerta, y miró a Nina de nuevo—. Nina… no te preocupes por lo de mañana. Seguro que todo sale bien. Y seguro que Eddie está bien.

—Eso espero. Gracias, Lola.

—No hay de qué. —Se marchó, de camino a la recepción.

Nina dio otro sorbo a su café, y después encendió la lámpara de su escritorio. Lola tenía razón: había perdido la noción del tiempo, obsesionada con la tarea que la ocupaba. Probablemente, pensó con remordimiento, para no tener que pensar en las dos cosas que le preocupaban: su futuro una vez que Rothschild se hiciera cargo de la API, y, sobre todo, qué le había ocurrido a Chase.

Necesitaba tomarse un descanso. Claro que su concepto de un descanso no era como el de los demás. Nada de ir a dar un paseo o a por algo de comer; ponerse a trabajar en algo distinto era casi lo mismo que tomarse un descanso.

Abrió de nuevo la imagen de la tablilla en el ordenador, mientras jugueteaba con el colgante que rodeaba su cuello, un pedazo de un viejo

artefacto atlante convertido en amuleto de la buena suerte. Inspeccionó diferentes secciones del texto durante varios minutos antes de recostarse en el respaldo de la silla. Quizá estaba enfrentándose a esto de la manera equivocada. En lugar de intentar traducir el texto, puede que le fuera mejor averiguar cuál era el propósito de la tablilla.

Cerró los ojos y comenzó a plantearse preguntas a sí misma. ¿Para qué había sido manufacturada? Para plasmar información, obviamente. ¿Qué tipo de información? Algo lo bastante complejo para requerir un registro permanente por escrito. ¿Dónde fue encontrada? En un barco.

Vale, ¿qué clase de información compleja por escrito suele encontrarse en un barco?

Nina aferró de repente su colgante, y abrió los ojos. Por fin conocía el propósito de la tablilla.

Cogió un bolígrafo y dibujó cada una de las formas en uve de la fotografía. Aunque apuntaban en direcciones distintas, cada una formaba un ángulo de cuarenta y cinco grados.

Como las formas delimitadas por los ocho puntos principales de una brújula. Los símbolos eran direcciones. Su colgante había sido la pista definitiva, aunque a nivel subconsciente, puesto que el fragmento de oricalco formó parte en el pasado de un antiguo instrumento de navegación atlante: un sextante. Y las tenues marcas que había sobre él eran subdivisiones, mediciones más precisas.

Como los puntos dentro de las formas en uve. Las líneas proporcionaban el encabezado genérico, y los puntos orientaciones más exactas. La tablilla era una carta de navegación: un mapa que guiaría a aquellos misteriosos marineros de hace más de cien milenios…

—Joder —susurró Nina. Si el punto de origen era el yacimiento del mar de Java, quizá el punto de destino fuera otro yacimiento. Si pudiera localizarlo…

Su entusiasmo se desvaneció de inmediato. Para empezar, no tenía ni la menor idea de qué decía el resto del texto. Además, era poco probable que la API estuviera dispuesta a dejar que se embarcase en una nueva expedición, y mucho menos con Rothschild al mando.

Pero al menos había descubierto algo…

Un tenue sonido fuera del despacho llamó su atención. Miró hacia la puerta.

—¿Lola? —No hubo respuesta, aunque oyó una puerta cerrándose. Lola debía de haberse marchado. Se encogió de hombros y se concentró de nuevo

en la imagen del monitor.

Si era una carta de navegación, los símbolos quizá representaran lugares de interés. Zarpa en la dirección indicada hasta que llegues a un punto concreto en la carta, y después cambia de rumbo y dirígete al siguiente. Suponiendo que el yacimiento fuera el origen, un viajero que siguiera la carta iría en primer lugar hacia el suroeste, aproximadamente, de nuevo hacia el suroeste con un rumbo ligeramente distinto hacia el triángulo, árbol, o lo que quiera que fuese el símbolo, otro corto trayecto en una dirección similar, después un cambio abrupto para dirigirse hacia el sureste durante un largo trayecto. Necesitaba un mapa…

Hubo un movimiento en la puerta. Alzó la vista, esperando ver a Lola.

En lugar de eso, vio a un hombre con un cuchillo.

Un cuchillo ensangrentado.

Nina se incorporó de un salto y se apresuró a coger el teléfono para llamar a seguridad. El intruso, de piel morena y cabello oscuro, fue sin embargo más rápido, y llegó al escritorio antes de que Nina pudiera marcar el primer dígito. Su reluciente filo cortó en dos el cable. El teléfono quedó inservible.

Nina le tiró el auricular. El intruso lo paró con facilidad de un golpe y rodeó el escritorio para encararla. Nina corrió en el sentido contrario, hacia la puerta, pero el otro fue más rápido, y la atrapó antes de que pudiera llegar al umbral.

—¡Ayuda! —gritó Nina, hacia el pasillo. La única respuesta que obtuvo fue un completo silencio—. ¡Ayuda!

El intruso la tiró al suelo de boca. Aturdida, con la nariz sangrando, Nina fue incapaz de oponer resistencia mientras el hombre la cogía de la coleta y la erguía a la fuerza. La sostuvo con fuerza por la cintura desde atrás; un instante después, el filo del cuchillo rozaba su garganta.

La arrastró de vuelta hacia el interior del despacho. Nina trató de apartar el cuchillo, golpeándole las espinillas con los tacones. El otro evitó los golpes y estampó su cabeza y hombro contra la ventana. El cristal se agrietó. Mientras Nina chillaba, el intruso apartó la silla de una patada y la empujó contra el escritorio.

—El ordenador —siseó. Nina no fue capaz de ubicar su acento—. Borra el disco duro. Usa un borrado seguro. Vacíalo.

—¿Quién eres? —susurró Nina.

En respuesta, el filo del cuchillo aumentó la presión sobre su cuello.

—¡Borra el disco! ¡Vacíalo todo!

Aterrorizada, obedeció, y situó el cursor sobre la opción «Vaciar en modo seguro». Vaciló; el hombre inclinó el cuchillo a un lado. Un hilillo de sangre se deslizó por el cuello de Nina.

—¡Hazlo!

Lo hizo. Apareció un mensaje de advertencia: ¿estaba segura? El cuchillo se afianzó en el cuello, un letal recordatorio. Con una mano temblorosa, pulsó la tecla Intro. Una barra de progreso ocupó lentamente la pantalla mientras los archivos se sobrescribían. Perdidos para siempre.

La presión en su cuello no se suavizó.

—Las fotografías no estaban en los servidores de la API —dijo su atacante—. ¿Cómo las metiste en tu ordenador?

Nina no respondió de inmediato, tanto por miedo como por reticencia. El hombre la golpeó contra la mesa, haciendo que la lámpara temblara.

—La tarjeta de memoria —dijo Nina.

—¿Dónde está?

—En mi chaqueta. —Hizo un gesto hacia la silla. La chaqueta colgaba del respaldo.

El hombre se giró para mirarla, y separó ligeramente el cuchillo de su cuello…

Nina aferró la lámpara y le estampó la bombilla en el rostro.

El hombre dio un paso atrás; con un codo le dio a la ventana, aumentando la grieta en el cristal. Nina dio media vuelta y lo golpeó de nuevo, tratando de acertarle con la base de la lámpara en el cráneo, pero el otro brazo del intruso se alzó para evitar el golpe. Nina saltó hacia atrás cuando el cuchillo trató de alcanzarla; en lugar de eso, el filo rebanó limpiamente el cable de alimentación, y el extremo cortado cayó al suelo echando chispas. El oscuro cuchillo era de fibra de carbono, no conductor. Invisible para los detectores de metales de la ONU.

Nina soltó la lámpara y saltó sobre la mesa. Bajo ella, los papeles se desparramaron, y el portátil crujió bajo su peso. El filo del cuchillo llegó a rasgarle la manga de la camisa, y se cobró sangre: abrió una herida superficial en su bíceps antes de atravesar la superficie de madera del escritorio.

Nina dio una patada que acertó al asaltante en el pecho y lo hizo retroceder. Rodó sobre el escritorio y corrió hacia la puerta.

—¡Ayuda! ¡Por favor!

No había nadie en el pasillo. Echó a correr hacia la recepción. Sin embargo, las puertas de seguridad, colocadas entre la recepción y los ascensores con objeto de garantizar la confidencialidad de los materiales

clasificados de la API, estaban cerradas. Un LED rojo confirmaba que Nina estaba atrapada.

Y sus llaves estaban en la chaqueta.

Nina cambió de rumbo, hacia el mostrador de recepción. Podía llamar a seguridad, dar la alarma…

Reculó cuando vio a Lola desplomada tras el mostrador, con los brazos en el estómago.

Bajo su cuerpo había un charco de sangre.

Nina contuvo las náuseas y cogió el auricular del teléfono, solo para descubrir que el cable había sido cortado, y sobre la superficie de plástico había huellas de dedos ensangrentados. Lola debió de tratar de llamar para pedir ayuda… y pagó el precio.

El hombre echó a correr hacia la zona de recepción, pasillo abajo.

No tenía escapatoria, salvo…

Sostuvo su tarjeta de identificación y corrió hacia la sala de servidores. Pasó la tarjeta junto al lector mientras aferraba el tirador de la puerta, que se sacudió en el marco.

Demasiado rápido. El cerrojo no había tenido tiempo de desacoplarse antes de que tratara de abrir la puerta. El asesino corría directamente hacia ella. Pasó la tarjeta de nuevo. Vamos…

Un clic. El tirador se movió. Nina abrió la puerta y saltó adentro, girando de inmediato sobre sus pies para cerrarla. Sin tarjeta de identificación, el asesino no podría entrar, si es que lograba cerrar la puerta a tiempo…

La puerta rebotó contra el marco.

Nina la empujó de nuevo. Se flexionó, pero seguía sin cerrarse.

—¡Mierda! —Miró hacia abajo. La punta de una bota de combate estaba encajada en el hueco.

Se lanzó contra la puerta, tratando de cerrarla a base de fuerza. Pero sabía que era inútil. El asesino era mucho más grande que ella; en términos de peso y fuerza bruta, no había color.

Un golpe sordo: el asesino cargó contra la puerta; Nina cayó hacia atrás por el impacto. Trató de impulsarse de nuevo para contrarrestar la presión, pero el bastidor más cercano estaba demasiado lejos para que sus pies lo alcanzaran. Otro golpe. Las suelas de Nina crujieron sobre el suelo de linóleo mientras trataba de mantener el equilibrio, pero no fue capaz de mantener la posición. Un golpe más, y todo habría terminado…

Se apartó de un salto en el mismo instante en que llegaba una nueva sacudida. La puerta se abrió de golpe, y el intruso se tambaleó al entrar en la

estancia; pero Nina también tropezó, y la puerta, en su giro, la golpeó, mandándola hacia los bastidores metálicos. Trató de ponerse en pie; con los dedos, buscó asidero en los estantes de los bastidores que sostenían los servidores sobre su cabeza.

El hombre tardó menos que ella en recuperarse. Vio a Nina en el suelo y trató de atravesarle el pecho con el cuchillo…

Nina tiró del servidor para sacarlo del bastidor. Hubo un crujido metálico cuando el cuchillo de fibra de carbono atravesó la placa de circuitos justo por encima de la cabeza de Nina. El hombre trató de sacar el filo, pero estaba atascado en el servidor.

Nina le dio una patada en la rodilla, rodó en el suelo para ponerse en pie y echó a correr hacia la puerta. Era la única salida, la misma por la que había entrado. Aunque rodeara la isla central de puestos de trabajo, su atacante alcanzaría la puerta antes que ella.

A menos que no pudiera verla.

Había una caja roja de alarma de incendios en la pared trasera. Aferró el asa de plástico y respiró profundamente. Sonó una estridente bocina, que traería ayuda… pero era el propio sistema antiincendios el que quizá le diera una oportunidad de escapar.

En una estancia cerrada y sin ventanas, dentro de un rascacielos, llena de bancadas de ordenadores que contenían datos clasificados altamente secretos, el agua no era una opción como extintor, puesto que causaría más daños incluso que el mismo fuego. En lugar de eso, válvulas giratorias en el techo escupieron poderosos chorros de gas halotrón. Una nube de humo blanco llenó en pocos segundos la habitación.

Y ocultó a Nina.

Tapándose con una mano la nariz y la boca, y con los ojos entrecerrados en la densa niebla que la envolvía, Nina se agachó y rodeó tan rápidamente como pudo los puestos de trabajo del centro de la estancia. El hombre tosió violentamente, cogido de improviso por los vapores fríos y asfixiantes. Seguía junto a los bastidores, tratando de sacar su cuchillo del servidor en el que había quedado atascado. Si Nina llegaba a la puerta con la rapidez suficiente, podría salir antes de que el otro se recuperase.

Si es que podía encontrar la puerta, claro. La niebla era ya tan espesa que apenas veía más allá de sus narices; la iluminación del techo proyectaba un brillo tenue, difuso, y el signo iluminado en rojo de salida de emergencia que había encima de la puerta había quedado oculto por completo. Avanzó a

ciegas a través de la niebla. No era una habitación grande; sin duda no le quedaba mucho…

Tropezó con una silla, que golpeó a su vez una de las mesas. Algo cayó el suelo, algo de plástico.

Las toses se detuvieron. Sabía dónde estaba.

Nina se enderezó; ya no le preocupaba el sigilo. Echó a correr. Una de sus espinillas golpeó un reborde afilado; pasó por alto el dolor, y siguió avanzando hasta que su mano se cerró alrededor de la esquina de un escritorio. La puerta debía de estar ya apenas a unos metros. Alzó la vista y vio un débil fulgor rojizo. El signo de salida. Corrió hacia él, extendiendo los brazos para dar con la puerta.

¿Dónde diablos estaba el picaporte?

¡Ahí!

Emergió de repente a una parcela de aire limpio. Las puertas de seguridad seguían selladas; los bomberos no habían tenido tiempo de responder a la llamada. Cerró la puerta tras de sí, acallando los silbidos de gas, y corrió hacia su despacho. Con un poco de suerte, su atacante perdería unos preciosos segundos tratando de buscar la salida. Si lograba encontrar sus llaves y regresar a las puertas de seguridad antes de que saliera, podría llegar a las escaleras, donde probablemente se cruzaría con los bomberos…

Cuando llegó a su despacho, podía oír el silbido del gas mezclado con el sonido de la alarma de incendios; el hombre había logrado abrir la puerta, y ahora iría en su busca.

¿Podría parapetarse en el aseo privado del despacho? Puede, pero la puerta contaba con un único cerrojo muy sencillo. Un par de buenas patadas bastarían para echar la puerta abajo, y entonces estaría encerrada en un espacio aún más confinado.

El teléfono…

No el teléfono de su despacho, sino su móvil. Estaba sobre la mesa antes de la pelea… ¿dónde estaba ahora? Lo buscó entre los papeles desperdigados. Ahí estaba, bajo las ventanas. Si lograba resistir en el aseo lo suficiente, quizá al saber que había llamado pidiendo ayuda el atacante se vería obligado a retirarse antes de que las salidas del edificio quedaran aseguradas…

Cogió el móvil y se encaminó hacia el baño…

El otro estaba en el despacho.

Era imposible que Nina llegase hasta el aseo. Retrocedió a medida que el otro avanzaba. Ya no tenía el cuchillo, pero sí los puños en alto, listo para golpearla, atraparla, ahogarla…

Nina tiró de la silla y la colocó entre ambos en un último y desesperado intento por detenerlo. El otro le dio una patada y la impulsó de nuevo hacia ella. Nina se golpeó con la mesa, y el hombre la cogió del cuello, apretando fuertemente la tráquea de Nina con sus dedos mientras la forzaba a tenderse en el suelo.

Nina trató de arañar sus ojos, pero los brazos de él eran más largos que los de ella. La presa sobre su cuello se intensificó. Nina arañó sus brazos, su torso, pero era inútil. El dolor comenzaba a ser intolerable; trataba de respirar, sus brazos se sacudían sobre la moqueta, entre los papeles desperdigados…

El cable eléctrico.

Con un último esfuerzo, Nina le insertó el cable de alimentación cortado en el ojo.

Hubo una potente descarga eléctrica en el interior de la cavidad, y el hombre se enderezó de repente, retrocediendo hacia la ventana. El cristal agrietado se rompió, y el viento atravesó el cristal. Se llevó las manos al rostro; tras ellas salía humo.

Nina sintió parte de la descarga eléctrica, pero tan solo una fracción de lo que el asesino había experimentado. Aún tratando de respirar, se incorporó, apoyándose en el escritorio y miró a su alrededor. El hombre la observó a su vez, con un único ojo; el otro era un agujero quemado. Su agonía quedó eclipsada por la furia cuando la vio…

Con un aullido igualmente furioso, Nina cogió su portátil y lo golpeó con él en la cabeza.

Las teclas saltaron por los aires cuando el ordenador se partió en su rostro, haciéndolo retroceder hacia la ventana…

Que cedió.

El asesino tropezó en el alféizar y se desplomó más de veinte pisos, rodeado de una lluvia de fragmentos de cristal. Cayó sobre un mástil de bandera que había en la plaza; el asta de madera pulida le atravesó el torso, y se cuerpo se deslizó suavemente poste abajo dejando un rastro de sangre.

Aturdida y herida, Nina se tambaleó hasta llegar a recepción, donde sostuvo entre sus brazos a Lola hasta que llegaron los bomberos.

10

Cuba

La base naval norteamericana de la bahía de Guantánamo era un fenómeno único en el mundo de la diplomacia internacional. Los terrenos en los que se levantaba habían sido cedidos de manera perpetua a los Estados Unidos en un tratado que se concertó en 1903 con la entonces amistosa república de Cuba, y la base se convirtió en un enorme grano en el culo para el régimen de Castro, que subió al poder tras la revolución de 1959. Cuba, sin embargo, carecía del poderío militar para recuperarla por la fuerza o la autoridad legal para desalojar a sus ocupantes según las leyes internacionales, de modo que tuvo que contentarse con rodear la base de cactus y minas terrestres y tratar de pasar por alto su misma existencia. Aquello le pareció estupendo a los Estados Unidos, de modo que durante décadas el nombre «Bahía de Guantánamo» fue poco más que un curioso pie de página en los libros de historia política y militar.

Hasta 2002, cuando fue tristemente conocida en el mundo entero.

Chase ya había estado en Cuba antes, aunque de incógnito, durante el tiempo que estuvo en el ejército, e incluso había visitado brevemente la base naval norteamericana. Sin embargo, tras el tedioso vuelo desde Dubái, los hombres ceñudos y taciturnos que lo habían abordado no lo llevaron a la base propiamente dicha.

Lo llevaron a la infame prisión militar.

Una escolta de marines armados fue al encuentro de su avión cuando aterrizó. Chase y los otros tres hombres fueron conducidos a un autobús que rodeó la bahía de riscos y peñascos, mientras atravesaban una serie interminable de vallas de seguridad y puestos de vigilancia hasta llegar a un grupo aislado de edificios cerca de la costa sur de la isla.

Era la parte más secreta y temida de toda la prisión, y permanecía activa incluso cuando el resto del centro de detención había echado el cierre. Su único nombre oficial era insulso y poco descriptivo, y sin embargo producía escalofríos: «Campamento 7».

El autobús se detuvo ante una estructura de un solo piso sin ventanas. Allí los aguardaban más marines, y Chase y el trío pronto se vieron rodeados de nuevo por hombres armados antes de que los condujeran al interior del edificio. Parecía tratarse del centro administrativo del campamento. La pequeña zona de recepción estaba dominada por carteles de advertencia y cámaras se seguridad. Había un soldado sentado en una caseta tras un cristal reforzado, con una puerta metálica tras él. Uno de los hombres que acompañaban a Chase alzó una placa identificativa; el soldado asintió y pulsó un botón. La puerta se abrió.

Chase y los demás la atravesaron y recorrieron un pasillo que terminaba en otra puerta.

—¿Es la habitación 101? —preguntó. Ninguno de los gorilas con gafas de sol entendió la referencia—. Bueno, ¿queréis que entre?

Asumió por la ausencia de cualquier tipo de respuesta que eso era justamente lo que querían; sin saber qué esperar, giró el pomo de la puerta y entró.

La estancia que había al otro lado era un pequeño despacho, tan gris e insulso como el resto de las instalaciones. Había otra puerta en la pared de enfrente, pero por ahora a Chase solo le interesaba el hombre sentado tras el escritorio. Era de color, de unos cincuenta y pocos, con el pelo rapado y algo gris sobre las sienes. Al igual que los marines, lucía un uniforme con una pauta de camuflaje digital, pero la insignia en su pecho indicaba que se trataba de un oficial: un coronel. En la placa que ostentaba en el torso podía leerse «Morris».

El coronel no se molestó en apartar la vista del documento que estaba leyendo cuando Chase entró, lo que molestó bastante a su huésped.

—Oiga —dijo Chase en voz alta—. Bueno, estoy aquí. ¿Tendría la amabilidad de decirme por qué?

Morris lo miró por fin.

—¿Señor Chase?

—¿Sí?

—¿Señor Edward Chase?

Chase esbozó una amplia sonrisa.

—Le dejaría en ridículo si dijera que me llamo Edgar Chase, ¿no?

—¿Es usted Edward J. Chase? —insistió con cierta impaciencia Morris.

—El mismo. ¿Y ahora qué? ¿Me dan un chándal naranja de esos?

—Me temo que tengo malas noticias, señor Chase. —Eddie sintió una punzada de temor y aprensión. ¿Le habría pasado algo a Nina? Pero eso no tenía sentido. ¿Por qué iban a traerlo a Cuba?

Pero conocía a alguien en Cuba… y más concretamente, en la bahía de Guantánamo.

Morris se puso en pie.

—Es sobre su exesposa —dijo Morris, confirmando sus sospechas.

—¿Sophia?

—Sí. Lamento comunicarle que Sophia Blackwood ha muerto.

Chase tardó unos segundos en reaccionar; trataba de aclarar sus emociones.

—No puedo decir que me dé pena —dijo, tratando de que el sarcasmo eclipsara las demás emociones—. Intentó matarme. Y hacer volar Nueva York por los aires.

—Y por eso estaba aquí. Como la mayor sospechosa de terrorismo del país desde el 11-S, no podía permanecer en el sistema carcelario corriente. Los demás reclusos la habrían asesinado antes del juicio.

—¿Y qué ocurrió?

—Véalo usted mismo. —Morris fue hacia la puerta trasera. Chase lo siguió, y pronto se encontró en una pequeña morgue de baldosas blancas con apliques de acero inoxidable que relucían bajo la potente iluminación.

En una mesa yacía un cuerpo, cubierto por una sábana.

—Intentó arrebatarle el arma a uno de los guardias —dijo Morris, colocándose tras la cabeza de la figura que yacía en posición supina—. Se vio obligado a abatirla para protegerse a sí mismo y a otros. La bala le impactó en el rostro a quemarropa. —Sostuvo uno de los extremos de la sábana—. Debo advertirle que los daños son considerables.

—Ya he visto heridas parecidas antes —dijo Chase. Pero así y todo contuvo el aliento cuando Morris retiró la tela del rostro; no tanto por el destrozo, sino por el hecho de que le hubiera ocurrido a alguien a quien en el pasado apreció. A alguien a quien quiso.

Con la mandíbula tensa, se acercó un poco más. El orificio de entrada estaba un par de centímetros bajo la esquina exterior de su ojo derecho; la piel alrededor del hueco ensangrentado había quedado descolorida y quemada por el calor del cañón a una distancia tan corta. El ojo derecho había desaparecido, y el párpado había quedado hundido en el interior de la

cavidad. El ojo mismo probablemente quedó desintegrado por las astillas del pómulo destrozado.

En cuanto al otro lado de su rostro… la mayor parte había desaparecido.

Había visto heridas tan espantosas como aquella antes. La bala probablemente se acható y dobló tras el impacto inicial, y luego se rompió al atravesar el pómulo y explotó hacia fuera por el otro lado de su cráneo. La mitad de la mandíbula superior había desaparecido, y lo que quedaba del labio superior colgaba flácido sobre el orificio oscuro que había justo debajo. La cavidad del ojo izquierdo había quedado irreconocible.

Supo también, a juzgar por el camino descrito por la bala, atravesando su rostro y no su cerebro, que probablemente permaneció con vida bastantes minutos tras el impacto.

—Cúbrala —dijo, con voz impertérrita. Morris bajó la sábana, que ocultó de nuevo el rostro de la figura de pelo negro. Chase contempló la figura delgada durante un instante, y después se giró hacia el oficial—. ¿Por qué me han traído hasta aquí para ver esto? De hecho, ¿por qué me han traído aquí? Me divorcié hace cinco años. No soy su familiar más cercano.

—La verdad es que sí lo es. —Ante la mirada confusa de Chase, Morris lo guio de vuelta al despacho—. Dado que no tenía familia cercana, puso su nombre como único beneficiario.

—Un momento, ¿me nombró en su testamento? —dijo Chase, atónito—. ¿Por qué diablos iba a hacer eso?

—No tengo ni idea. Lo único que sé es que lo hizo, y por eso lo hemos traído aquí: para tomar posesión de sus pertenencias y los documentos pertinentes. —Le entregó a Chase una carpeta.

La abrió. Lo primero que encontró fue, efectivamente, un testamento. Reconoció la firma de Sophia inmediatamente. Y lo nombraba como albacea y único beneficiario.

—Espere un segundo —dijo, confuso, mientras hojeaba el resto de documentos—, ¿quiere esto decir que ahora soy billonario? Porque Sophia estuvo casada con dos tíos muy ricos, y cuando murieron… es decir, cuando ella los mató, heredó todo su dinero…

Morris reveló un breve indicio de emoción, una leve sonrisa.

—Por desgracia, no. Como sospechosa de terrorismo, todas sus posesiones financieras quedaron congeladas cuando se la condenó. Lo que ocurra con ellas está en manos del Tribunal Supremo. Pero yo no albergaría demasiadas esperanzas.

—Ya, me lo imaginaba. —La mayor parte de los documentos daban detalles de las distintas cuentas bancarias congeladas a lo largo de todo el globo—. Liechtenstein, las islas Caimán, Hong Kong… es como una gira mundial de paraísos fiscales. —Reparó en una dirección de un banco en Zúrich en una hoja, junto al número de una caja fuerte—. No sabía que los suizos facilitaban los datos bancarios de la gente. Creía que su mayor ventaja era su confidencialidad.

—Lo hacen cuando hay terroristas implicados. Como su exesposa.

Chase cerró la carpeta.

—Sabe, podían haberme contado esto en Dubái, en lugar de traerme aquí con tanto misterio.

—No fue decisión mía —dijo Morris—. Querían que viera usted el cadáver y que recogiera sus posesiones personalmente. Y también esto. —Le dio otro documento a Chase.

—¿Qué es?

—Un certificado de defunción. Le hará falta si quiere reclamar los activos congelados.

Chase miró el certificado, y después lo guardó en la carpeta.

—La verdad, no creo que merezca la pena. —Miró hacia la morgue—. ¿Qué van a hacer con…? —Casi dijo «el cuerpo», pero prefirió decir—: ¿Con ella?

—Eso depende de usted.

—Incinérenla —decidió Chase.

Morris asintió.

—¿Y los restos?

—No voy a llevármelos. ¿Qué iba a hacer con ellos, meterlos en una urna y ponerla sobre la chimenea? —Negó con la cabeza, un tanto avergonzado por el comentario fuera de lugar—. Échenlos al mar.

—¿Y el funeral?

—No era una mujer religiosa. Solo digan que… —Vaciló, tratando de dar con las palabras adecuadas—. Que fuera lo que fuera lo que salió mal, ya ha terminado. Y que la recordaré como la persona que fue cuando nos conocimos, no en la que se convirtió luego.

—Me aseguraré de ello —dijo Morris.

—Vale, ¿y ahora qué? —preguntó Chase tras firmar un formulario de salida—. ¿Cómo vuelvo a Nueva York?

—Imagino que el avión que le ha traído hasta aquí lo llevará.

—Eso espero, joder —gruñó—. No pienso pagar otro pasaje…

11

Nueva York

Nina respiró profundamente al tiempo que se detenía ante el umbral. Tal como Rothschild había prometido, o más bien amenazado, uno de los primeros puntos en su agenda como nueva directora de la API fue celebrar una investigación formal en relación a los sucesos acaecidos en Indonesia. Dicha investigación se había ampliado además para incluir los sucesos de la noche anterior en la sede de las Naciones Unidas. Y Nina sospechaba que, dijera lo que dijera, Rothschild encontraría la manera de dejarla en mal lugar.

Al menos había recibido noticias de Chase, por breves que fueran. Pero no comprendía qué le había ocurrido; lo único que le había dicho es que volaba hacia Nueva York desde Cuba. ¿Cuba? Pero lo importante es que volvía a casa.

No a tiempo de asistir a la investigación, sin embargo. Otra falta grave apuntada junto a su nombre en el cuaderno de Rothschild.

Respiró profundamente de nuevo, se ajustó la chaqueta y entró en la sala.

Los miembros de la comisión de investigación estaban ya presentes: tres altos cargos de la ONU, un representante del Departamento de Estado norteamericano, y Rothschild. Cuando el procedimiento propiamente dicho se puso en marcha, Nina empezó a sentirse como si la estuvieran juzgando… con Rothschild actuando en calidad tanto de fiscal como de juez.

—¿De modo que asegura no tener ni idea de cuál era la identidad del hombre que la atacó anoche? —preguntó la profesora, entrecerrando los ojos.

Nina contuvo su exasperación. Ya le había entregado una declaración al FBI, que en casos de crímenes graves tenía jurisdicción en el territorio de las Naciones Unidas, y Nina sabía perfectamente que Rothschild tenía una copia en su poder.

—Como estoy segura que ya ha leído en mi declaración —respondió—, no, no conocía su identidad. Igual que no conocía la identidad de los piratas que atacaron la *Pianosa*, ni del que los contrató. Solo sé por qué atacaron: para robar el objeto que descubrió la expedición.

—Pero ¿por qué iban a hacer eso? —preguntó uno de los cargos de la ONU—. ¿Qué tenía de especial?

—No lo sé. Lo único que sé es que tenía un texto escrito en un lenguaje desconocido. Desconocido para mí, quiero decir. Obviamente, alguien lo reconoció.

El representante del Departamento de Estado hojeó entre sus papeles.

—Doctora Wilde, ¿cómo pudieron esos conspiradores ver el objeto? Dice usted que solo unos pocos miembros de la expedición lo vieron después de que lo subieran a bordo.

—Subí fotografías digitales del objeto a la API vía satélite. Para cuando llegué a Nueva York, todos los datos del servidor habían sido borrados por un virus, incluyendo las fotos. No creo ni por un momento que fuera una coincidencia. Alguien sabía que las imágenes estaban allí, y colocó el virus para destruirlas. Y utilizó códigos de acceso de primer nivel para hacerlo.

Los labios delgados de Rothschild se tensaron todavía más.

—¿Está acusando a alguien dentro de la API de colocar el virus?

—No, porque no puedo acusar a nadie en concreto. Pero la única manera de que alguien a bordo de la *Pianosa* pudiera conocer la existencia del objeto es que viera las fotografías subidas al servidor. Cuando comprendieron lo que habíamos encontrado, contrataron a los piratas para que robaran el objeto, y al mismo tiempo borraron los servidores de la API con el virus. Si Eddie y yo no hubiéramos sobrevivido, nadie en la API habría llegado a saber que el objeto existía, porque todas las pruebas de su descubrimiento habrían sido destruidas. Pero cuando se enteraron de que yo tenía otra copia de las fotos, los conspiradores —dijo, con un asentimiento casi burlón dirigido al tipo del Departamento de Estado— enviaron a un hombre para matarme y borrar las copias. El mismo que acabó puesto de bandera en la plaza de las Naciones Unidas.

—Esas copias —dijo el otro alto cargo—, ¿de dónde las sacó? Creía que los piratas habían destruido todos los registros de la expedición.

—Eddie, el señor Chase, recuperó una tarjeta de memoria de una cámara que robaron los piratas. La traje a la ONU para poder seguir analizando el objeto.

Rothschild se inclinó hacia delante con el ademán indiferente de alguien que parecía haber arrinconado a un animal hasta meterlo en una trampa.

—Y como resultado, un hombre murió aquí en la torre de la Secretaría y una empleada de las Naciones Unidas ha resultado gravemente herida.

—¡Y yo fui atacada en mi propio despacho! —le recordó Nina con furia, señalando los cortes y moratones de su rostro—. No nos olvidemos de eso. ¿Hay alguna noticia sobre el estado de Lola, por cierto?

—La señora Gianetti está en estado crítico, pero estable —dijo Rothschild.

Nina suspiró, aliviada.

—Gracias a Dios. Pensé que no sobreviviría.

—Parece que eso le ocurre a mucha gente a su alrededor, ¿no cree? —Rothschild endureció el tono—. He estado revisando los informes oficiales de sus operaciones para la API. La expedición de la *Pianosa*, el equipo de excavación de Bill Haynes en la Atlántida, el doctor Lamb en Inglaterra, el mismo Hector Amoros… todos muertos. Por no hablar del sorprendente número de gente que parece haber fallecido como —su boca se torció en un gesto de disgusto— daños colaterales.

—Jack Mitchell era un criminal y un traidor.

—¿Y eso le da derecho a nombrarse a sí misma juez, jurado y verdugo?

—¡Estaba intentando matarnos! Exactamente igual que el tipo de anoche. Si no lo hubiera detenido, Lola estaría muerta, y yo también. —Miró a Rothschild con furia en los ojos—. Lo que le habría puesto las cosas mucho más fáciles, ¿verdad?

—No me gusta su tono, señora Wilde —dijo Rothschild.

—Me da exactamente igual, señora Rothschild —replicó Nina, devolviéndole el sutil insulto—. Si yo muriera, su trabajo aquí sería mucho más sencillo, porque no tendría que hacer la pregunta obvia sobre lo que ocurrió aquí anoche.

—¿Y cuál es esa pregunta? —indagó el primer alto cargo.

—La pregunta es cómo sabía el hombre que me atacó que tenía las fotografías. Solo Eddie y yo conocíamos la existencia de la tarjeta de memoria. Y no subí las fotos al servidor, las copié directamente a mi portátil, de modo que nadie podía saber de su existencia. Solo otra persona en todo el mundo sabía que existían… Gabriel Ribbsley.

Rothschild se envaró en su asiento.

—Doctora Wilde —dijo, con voz tensa—, ¿está acusando al profesor Gabriel Ribbsley de estar implicado en esta conspiración?

—Supongo que sí —replicó Nina—. Es amigo suyo, ¿no?

—De hecho, lo es. Pero eso no tiene importancia. —Golpeó la mesa con la mano—. ¡No puede quedarse ahí sentada y acusar a uno de los mejores académicos del mundo de ser cómplice en un intento de asesinato! La mera idea… ¡es simplemente escandalosa!

—Bueno, ¿por qué no lo llamamos para comprobar si tiene una buena explicación para el hecho de que intentaran matarme justo después de hablar con él?

—De ninguna manera. —Golpeó de nuevo la mesa—. Doctora Wilde, esto no es una investigación criminal. Si tiene alguna acusación que hacer, debería comunicársela al FBI.

—Ya lo he hecho, no se preocupe —dijo Nina fríamente.

—Esta investigación tiene como objeto investigar la catástrofe de la expedición indonesia, y, en mi opinión, la totalidad de su carrera en la API. Independientemente de los resultados finales, sus anteriores operaciones establecen una pauta clara de comportamiento, de imprudente irresponsabilidad, de una despiadada desconsideración por las vidas de otros y una actitud completamente despreocupada con respecto a la exploración de yacimientos históricos de incalculable valor.

Nina estaba furiosa.

—¿Qué? Espere un minuto…

—No, espere usted, doctora Wilde —dijo Rothschild, subiendo la voz mientras levantaba un montón de papeles—. En estos documentos relata usted sus expediciones anteriores. Su lectura es francamente alarmante. Dice usted ser una mujer de ciencia, pero aquí hay muy poca investigación científica. Solo fuerza bruta y destrucción. Su arqueología se practica con excavadoras… peor, con explosivos. Por cada cosa que ha descubierto, mucho más se ha perdido para siempre a causa de la violencia que parece usted atraer.

—Bueno —dijo Nina, entre dientes—, ¡puede que la próxima vez que alguien me dispare, debería dejar que me mate para que las balas no destrocen nada!

—De eso se trata precisamente. No debería haber gente disparándole. Usted no es una arqueóloga, doctora Wilde. Es una cazatesoros, una exhumadora de tumbas que se aprovecha de su posición en la API para embarcarse en cruzadas personales, sin importarle las consecuencias. Donde quiera que vaya, estalla el caos… y gente muere. Bien, pues se acabó. Eso es algo que la API ya no está dispuesta a tolerar.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que, hasta que pueda determinarse su grado de culpabilidad en las muertes de los miembros de la expedición, como directora de la Agencia de Patrimonio Internacional, la suspendo de su puesto, sin sueldo, con efecto inmediato. Lo mismo se aplica al señor Chase.

Nina la contempló en silencio por unos segundos antes de que la furia la impulsara a hablar de nuevo.

—¡Esto es un escándalo! —gritó—. ¡No tiene autoridad! No sin el consentimiento de la ONU… —Comprendió que los dos altos cargos parecían incómodos de repente—. Hija de puta —murmuró entre dientes, antes de levantar la voz de nuevo—, ¡ya habías decidido cómo iba a terminar esto antes de que entrara en esta sala!

—Los perjuicios a la API, y a las Naciones Unidas, deben afrontarse lo antes posible —dijo uno de los cargos tímidamente.

Nina lo miró.

—¿Así que van a sacrificarme en el altar de las relaciones públicas, no?

El otro alto cargo intercedió.

—Cuando la investigación la exonere de toda culpa, recuperará su puesto, naturalmente.

—Si la exonera —dijo Rothschild.

—Estoy segura de que será totalmente imparcial y objetiva —dijo Nina amargamente. Se puso en pie—. Bien, si me han suspendido, no hay razón para que siga aquí.

—Una cosa más, doctora Wilde —dijo Rothschild—. La tarjeta de memoria, la que contenía las fotografías del objeto… ¿qué le ha pasado?

—Se borró —respondió Nina.

—¿Así que no hay más fotografías?

—No.

—Entiendo. —Rothschild frunció los labios—. Esperemos que eso ponga fin a la violencia, Nina.

—Sí —dijo ella—. Esperemos.

Se dio media vuelta y salió, cerrando la puerta tras de sí… y después metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y acarició la tarjeta de memoria.

Aún furiosa, Nina recogió sus posesiones del despacho. Libros, recortes, recuerdos: todo lo guardó en una caja de cartón.

Se detuvo al coger un suvenir concreto, una fotografía enmarcada de sí misma en la Casa Blanca, recibiendo la Medalla Presidencial de la Libertad de manos del presidente Victor Dalton por sus esfuerzos para salvar a Nueva York de un desastre nuclear.

Dalton…

Después de que el FBI inspeccionara el despacho, habían instalado un teléfono nuevo, además de reponer el cristal de la ventana. Nina vaciló.

—Qué diablos —dijo a continuación. Llamó a la sustituta de Lola y le pidió que llamara al presidente.

—¿De los Estados Unidos? —fue la sorprendida respuesta que recibió.

—El mismo.

Era una apuesta arriesgada; Nina ni siquiera sabía si Dalton estaba en Washington, y estaba segura de que tenía muchas otras preocupaciones, pero a fin de cuentas le debía un favor. Como poco, debería devolverle la llamada.

La respuesta no fue inmediata; le permitió recoger el resto de sus cosas. Finalmente, sin embargo, el teléfono sonó.

—¿Hola?

—¿Doctora Wilde? —dijo una mujer—. Le paso con el presidente.

Otra pausa, y la conectaron.

—Doctora Wilde —dijo una voz inmediatamente reconocible.

—Señor presidente —respondió ella—. Gracias por responder a mi llamada.

—No hay problema. No podía hacer esperar a una heroína americana, ¿no cree? —Soltó una risilla—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Nina se preguntó cuál sería la mejor manera de abordar la cuestión; finalmente decidió ir al grano.

—Señor presidente, es sobre el nombramiento de Maureen Rothschild como nueva directora de la Agencia de Patrimonio Internacional. No creo que sea la persona adecuada para el puesto, y considero que tanto mi suspensión como la de Eddie Chase están absolutamente injustificadas.

—Su suspensión. —Por algún motivo, Dalton no pareció sorprendido en absoluto al oír la noticia. Pero no podía saberlo de antemano, ¿verdad?

—Sí, señor. En mi opinión, tomó la decisión basándose únicamente en su aversión personal hacia mí, sin ninguna consideración respecto a las consecuencias negativas para las operaciones de la API y su mandato de seguridad global. —Nina tenía en mente una versión mucho más contundente, y mucho menos educada, de sus razones, pero le pareció que lo mejor sería ceñirse a un tono diplomático.

O puede que no.

—Doctora Wilde —dijo Dalton, con un evidente matiz de reprobación en su voz—, ¿sabe que la profesora Rothschild fue nombrada Directora de la API con mi recomendación personal a la comisión del Senado y a la ONU?

—Eh… no, señor, no lo sabía —respondió Nina, sorprendida.

—Tiene toda mi confianza y mi apoyo, y también el apoyo de las Naciones Unidas. ¿Me está diciendo que esa confianza es inmerecida?

—Yo… la verdad es que sí, señor presidente —dijo Nina, y sintió un escalofrío al comprender que estaba desafiando al hombre más poderoso del planeta.

—En ese caso —dijo Dalton, en tono todavía más severo—, me temo que no estamos de acuerdo, doctora Wilde. La profesora Rothschild tiene todo mi apoyo. Si su decisión la incomoda…

—¿Incomoda?

—… lo lamento mucho. Pero, como directora, tiene completa autoridad. Si tiene usted un problema con eso, debería comunicarlo a través de los canales adecuados de la ONU, en lugar de intentar aprovecharse de los servicios que prestó a este país para su beneficio personal.

—Eso no es… yo no he… —comenzó Nina, pero Dalton la interrumpió:

—Los dos sabemos que me ha llamado justamente para eso, doctora Wilde. Bien, agradezco mucho todo lo que ha hecho en el pasado por los Estados Unidos. En caso contrario, no le habría entregado la Medalla de la Libertad. Pero eso no le da derecho a llamar al Despacho Oval cada vez que necesite un favor personal. ¿Me he explicado con claridad? —Nina fue incapaz de responder inmediatamente, y el presidente añadió severamente—: ¿Doctora Wilde? ¿Me he explicado con claridad?

—Sí, señor presidente —murmuró Nina, escarmentada.

—Bien. Ahora debo dejarla. Tengo trabajo. Adiós, doctora Wilde.

La conversación finalizó, dejando a Nina temblando de furia y humillación; se sentía como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago.

Dalton colgó el teléfono y después giró su silla hacia las ventanas que dominaban los rosales de la Casa Blanca, con una sutil pero satisfecha sonrisa en su rostro.

Nina Wilde y su prometido se habían convertido en enemigos hace cuatro meses, incluso sin saberlo, cuando destruyeron un arma secreta controlada por su agente de operaciones encubiertas Jack Mitchell. Eran pequeñas piedras en

el camino, sin verdadero poder para perjudicarlo en modo alguno, pero así y todo Dalton había disfrutado enormemente atacándolos con toda la maquinaria del poder para convertir sus vidas en un infierno. Las investigaciones fiscales y controles aduaneros de un excesivo entusiasmo, sin embargo, habían sido apenas un aperitivo comparado con el hecho de arrebatarles sus puestos de trabajo. En cuanto se enteró de la enemistad entre Nina y Rothschild, vio la oportunidad de hacerles daño de verdad.

Ahora que estaba hecho, podía concentrarse en asuntos más apremiantes, en los que, cómo no, Nina Wilde y Eddie Chase también habían metido las narices. Con esos dos fuera de la circulación, solo le quedaba la Alianza del Génesis.

Su sonrisa se desvaneció de inmediato. Aquel sí que era un enemigo peligroso, uno al que ni siquiera con todos los recursos que tenía a su alcance podía enfrentarse aún, no sin ser destruido él mismo. No tenía ni idea de cómo habían logrado amasar tanta información políticamente, y personalmente, dañina para él, pero el hecho es que, tal como le había explicado con toda serenidad su representante, un israelí, usarían ese poder sin vacilar si no accedía a su… petición.

Y menuda petición. Si el pueblo norteamericano llegaba a saber lo que había hecho para apaciguar a la Alianza, eso pondría fin a su carrera con mucha mayor rapidez que cualquier otra información que la Alianza pudiera filtrar sobre sus tejemanejes.

Por fortuna, al menos había sido capaz de convencer a la Alianza para que permitiera que uno de sus operativos se uniera a ellos. Uno de sus mejores operativos. Un hombre que encontraría la manera, por compleja que fuese, de eliminar las amenazas hacia su persona… e incluso, de ser posible, de hacer oscilar la balanza del poder hacia el lado adecuado.

A su favor.

Se giró y cogió un teléfono en concreto.

—Ponme con Michael Callum.

El hombre alto, de rostro impertérrito y cabello de un resplandeciente color blanco, pulsó un botón en su móvil protegido para finalizar la llamada.

—Era el presidente —le dijo Callum al otro ocupante de la lujosa *suite* de hotel en Washington, D. C.

—Ya me lo suponía —dijo Uziel Hammerstein, indiferente, mientras encendía un puro. Callum miró fijamente el cartel de «No fumar» junto a la

puerta. El israelí soltó lo que pareció una risilla burlona—. ¿Qué, vas a hacer que me manden a Guantánamo por fumar?

—¿Y qué tenía que decirte tu estimado líder? —dijo una voz con acento inglés procedente del teléfono colocado en la mesilla de cristal que había entre los dos hombres.

Callum frunció el ceño ante el patente sarcasmo de la voz.

—Te agradará saber, profesor Ribbsley, que Nina Wilde ya no supone un problema. La han despedido, y las imágenes digitales de la tablilla han sido borradas.

—Bien —dijo Ribbsley—. Dudo que hubiera sido capaz de traducir el texto, ni siquiera parte de él, pero cuando comprendí que lo que estaba mirando era una carta de navegación, no habría tardado en averiguar adónde llevaba. Ella podría haber llegado a la misma conclusión. Naturalmente —continuó, y recuperó su tono cortante habitual—, si el matón de Hammerstein hubiera hecho su trabajo en lugar de dejar que lo tirara por la ventana…

El aludido mostró los dientes, que sostenían con firmeza el puro.

—Cuidado, profesor. Solo porque hayamos accedido a tus exigencias no quiere decir que tenga que tolerar tus gilipolleces. Goldman no era solo un colega, era un amigo.

—Mis condolencias por tu pérdida —dijo Ribbsley, con deliberada indiferencia.

Callum contempló al israelí con gesto severo.

—Tu hombre ni siquiera debería haber estado trabajando en nuestro territorio.

Hammerstein se recostó en el sillón de cuero y exhaló un anillo de humo sobre la mesa.

—La Alianza trabaja donde debe hacerlo, Callum. Nuestra misión es más importante que vuestra política. —El hombre de barba blanca entrecerró los ojos.

—Hablando de vuestra misión —dijo Ribbsley—, ¿han comenzado ya los preparativos?

—Vogler ya está en Australia —dijo Hammerstein—. Zamal está de camino. Tu vuelo está siendo organizado en este preciso instante.

—Primera clase, por supuesto. —No era una pregunta, sino una expectativa.

—Sí, primera clase —dijo Hammerstein, al tiempo que intercambiaba una mirada de desprecio con Callum.

—Espléndido. En ese caso, será mejor que termine de hacer la maleta. Nos vemos en Australia, caballeros.

—No deberías haber accedido a sus peticiones —dijo Callum en cuanto finalizó la llamada.

—No teníamos elección. Lo necesitábamos para traducir la tablilla que Vogler recuperó en Indonesia. Y lo necesitaremos para traducir lo que encontremos a partir de ahora.

—Aun así, si solo hubiera querido dinero, no hubiera sido un problema. Ni siquiera Ribbsley es tan avaricioso. Pero esto…

—Ribbsley es un hombre de gustos muy particulares. Por desgracia. Y por eso te estamos permitiendo que actúes como… árbitro. —Una leve sonrisa—. Supongo que Dalton ya te ha autorizado para ejercer tus funciones cuando la misión haya finalizado. —El líder de la Alianza se puso en pie—. Tengo que irme. Hay mucho trabajo que hacer, y nos espera un largo vuelo hasta Australia. —Se marchó de la *suite* sin despedida ni saludo alguno.

Callum contempló la puerta por la que se había marchado. Dalton, efectivamente, le había concedido su autorización para ocuparse del problema de las exigencias de Ribbsley… y no solo eso. La Alianza había ido demasiado lejos. Era una amenaza directa a la autoridad del presidente de los Estados Unidos, y había que encargarse de ellos.

Pero con sutileza. La Alianza tenía un gran poder respaldándola. Debía esperar la oportunidad adecuada, elegir bien el momento, o de lo contrario las consecuencias serían desastrosas.

Cuando llegara el momento, sin embargo… estaría preparado.

12

Chase entró en el apartamento y se tiró en el sofá.

—Hola, cielo, ya estoy en casa. ¿No me vas a dar un beso de bienvenida?

—Gracias a Dios —dijo Nina, mientras corría para recibirlo desde la cocina y lo besaba—. Tenemos mucho de qué hablar.

—Está claro —dijo Chase, contemplando los cortes y moratones del rostro de Nina con gesto de preocupación—. ¿Empiezas tú?

—No, tú —dijo Nina, sentándose junto a él—. ¿Para qué narices fuiste a Cuba?

—No te preocupes, no fui a comprarme otra de esas. —Asintió en dirección a una figurita de Fidel Castro que descansaba en un estante, una cigarrera que usaban para guardar monedas sueltas—. No, tuve una pequeña charla con esos piratas… Bejo está bien, por cierto… y vi a un tipo entregándoles un maletín con dinero.

—¿Y la tablilla?

—Se la llevó. Y tu portátil.

—Mierda. Y ese tío, ¿era cubano? ¿Lo seguiste hasta allí?

—No, me llevaron a la fuerza. Tu gente.

—¿Mi gente?

—Yanquis. Tres matones vestidos como el agente Smith. Me metieron en un avión con destino a la bahía de Guantánamo.

—¿Qué? —dijo Nina, sorprendida—. ¿Para qué iban a llevarte allí?

—Porque conozco a alguien allí. Y tú también. Sophia. Ha… ha muerto.

—Oh. —Esa fue la única respuesta de Nina, al menos de primeras. No le tenía ningún cariño a la exesposa de Chase, pero comprendió que, a pesar del aparente estoicismo de Chase de puertas para fuera, estaba profundamente afectado—. ¿Qué pasó?

—Intentó escapar y la abatieron. Querían que reconociera el cadáver. Estaba hecho un desastre.

Nina lo rodeó con el brazo.

—Oh, Eddie, lo siento… ¿Estás bien?

No respondió inmediatamente.

—Yo… no lo sé —admitió, negando con la cabeza—. Es raro. No pude dejar de pensar en ella en todo el vuelo de vuelta.

El rostro de Nina se torció en un gesto desaprobatorio, pero logró ocultárselo a Chase, por poco.

—¿En qué sentido?

—Voy a echarla de menos, de una manera extraña. No pensé que fuera a hacerlo, después de lo que hizo, pero… —Suspiró, y para su sorpresa notó un peso en su corazón que crecía en intensidad a medida que hablaba—. No solía ser así. No cuando la conocí. Joder, si no, no me hubiera casado con ella. Y sé que me culpaba por cómo salieron las cosas.

—Eso es ridículo —le dijo Nina con firmeza—. No crees eso, ¿verdad?

—No, pero… —Otro suspiro, y miró al suelo—. Estoy bastante seguro de que ella sí.

—Oh, Eddie… —Nina lo abrazó cariñosamente—. No puedes culparte por lo que le pasó. Por nada.

Otro momento de silencio. Chase la miró.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó, feliz por cambiar de tema.

Ahora fue el turno de Nina de relatar todo lo ocurrido.

—Un momento, ¿me han despedido? —preguntó Chase cuando Nina terminó.

—No te han despedido, te han suspendido —lo corrigió Nina—. Aunque tengo la sensación de que Rothschild pretende que sea la misma cosa. Zorra asquerosa.

—Que le den. ¿Qué hay del tío que intentó mataros a ti y a Lola? ¿Han averiguado quién era?

—No. Nadie lo ha identificado todavía. Ni siquiera sé de dónde era. No reconocí su acento.

—Yo sí reconocí el del mío —dijo Chase—. El tío que contrató a los piratas era suizo.

—¿Suizo?

—Sí. Se llamaba Vogler. Y formaba parte de algo llamado la Alianza del Génesis. —Reparó en la reacción de Nina—. ¿Sabes lo que es?

—Solo en un contexto bíblico —dijo ella, y se envaró un tanto en su asiento, pensativa—. En el libro del Génesis, Dios hizo un pacto, una alianza, con Abraham. A cambio de reconocer a Dios… Yahvé, o Jehová, dependiendo de cómo traduzcas el Tetragrámaton hebreo antiguo, como el único dios supremo, los descendientes de Abraham recibirían la propiedad y gobierno perpetuos de la tierra en la que vivían.

—Supongo que ese tal Abraham no es el mismo que cantaba con los Pitufos.

—Me temo que no. ¿No ibas a catequesis de pequeño?

—Mi abuela intentó llevarme un par de veces. Esperaba hasta que se marchaba y luego me iba a jugar con mis amigos.

—Sabes, eso explica muchas cosas… En fin, Abraham es una figura clave en las tres grandes religiones que surgieron de la Tierra Santa: el judaísmo, el cristianismo, y el islam. De hecho, se denominan colectivamente las religiones abrahámicas, en su honor.

—Eso es lo que me gusta de ti —dijo Chase—. Contigo se aprende de todo.

—Hago lo que puedo. Aunque sea una lucha perdida.

—*Touché!*

Nina sonrió, y siguió hablando.

—Las tres religiones abrahámicas, de hecho, comparten muchos elementos comunes. La Torah judía es en esencia lo mismo que los cinco primeros libros del Viejo Testamento, y el Corán considera la Torah y la Biblia como libros sagrados. En lo que se refiere al Génesis, el Corán tiene muchas diferencias en los detalles, pero la historia fundamental es la misma: Adán y Eva, la expulsión del Paraíso, el Diluvio universal, Abraham… está todo ahí, solo que las tres religiones lo interpretan de manera distinta.

—Y que lo digas. Menudo jaleo han montado a lo largo de la historia.

—Mi prometido, maestro del eufemismo. Pero en cuanto a qué tiene que ver el pacto de Abraham con un artefacto que encontramos en la otra punta del mundo, no tengo ni idea. —Contempló la tarjeta de memoria, que descansaba en el interior de la cigarrera en forma de Castro, medio escondida entre monedas—. El lenguaje de la tablilla no guardaba relación con ninguno que hubieran usado las tres religiones, ni siquiera con las formas más antiguas del hebreo. Y además, la profundidad a la que la encontramos demuestra que es anterior a todo eso por mucho. Así que, ¿por qué la Alianza del Génesis?

—Puede que fueran fans de Phil Collins —sugirió Chase.

Nina se las arregló para soltar una risilla, pero después sacudió la cabeza, confundida.

—No lo entiendo. ¿Qué ponía en la tablilla que fuera tan peligroso para ellos que quisieran matarnos?

—Dijiste que era una especie de mapa —le recordó Chase—. Quizá podamos averiguar adónde lleva.

—Pero no sé cómo medían las distancias. Los números podrían ser pies, millas, estadios, unidades lunares… ¡cualquier cosa!

—No lo sabremos si no lo intentamos, ¿no? —Chase se puso en pie, tomó la mano de Nina y la condujo a la pequeña sala que usaban a modo de estudio, después de coger la tarjeta de memoria.

Cuando el iMac de Nina estuvo encendido, copió las fotografías a su disco duro.

—Quizá deberíamos ponerla en una caja fuerte o algo así —dijo, refiriéndose a la tarjeta, solo medio en broma.

—¿Por qué le dijiste a Rothschild que se borró?

—Porque no me fío de ella. Y no solo porque no me caiga bien. Es amiga de Ribbsley, e hizo todo lo posible para restar importancia a la posibilidad de que él le hubiera dicho a alguien que yo tenía el texto. No me extrañaría que se lo hubiera contado, si supiera que aún la tenía en mi poder. Ah, y escucha esto —añadió entusiasmada—, intenté llamar a Ribbsley yo misma. ¿Y sabes qué? De repente no hay manera de localizarlo. Ni siquiera la universidad sabe cuándo volverá. Qué coincidencia, ¿no?

—Seguramente tenga miedo de que vayas a Cambridge a darle una paliza.

—Lo pensé, créeme. Vale, veamos… —Abrió el primer plano de la tablilla y señaló los distintos elementos en los que ya había reparado—. Estos son los números atlantes, con las marcas de brújula encima, y creo que estas secciones de texto describen cada destino sucesivo. El único problema es que no tengo ni la menor idea de cómo traducirlo.

Chase inspeccionó la imagen.

—¿Tienes aquí ese programa del nivel del mar?

—¿GLUG? Sí.

—Ábrelo, y pon el nivel del mar de hace ciento treinta y cinco mil años. Si son direcciones, quizá ayude que miremos el mapa correcto.

Nina lo miró con admiración.

—Muy listo.

—Te recordaré que has dicho eso la próxima vez que me eches la bronca por ver solo pelis de acción.

Nina ejecutó el programa e introdujo las cifras. El nivel del mar en Indonesia cayó unos treinta metros, provocando que varias islas emergieran y crecieran en tamaño. Después, colocó un marcador en las coordenadas en las que habían descubierto la tablilla.

—Vale —dijo Nina, cambiando a la imagen digital—. Si suponemos por ahora que el yacimiento es el punto de origen, la primera dirección indica sur suroeste. —Una mirada a las marcas de la tablilla estrechó la búsqueda—. Estos puntos aparecen en grupos de un máximo de ocho, justo como el sistema atlante. Así que, si hay ocho submarcas en cada octante de la brújula, eso hace ocho grupos de seis, más los ocho puntos cardinales…

—Setenta y dos —dijo Chase—. Por si necesitabas ayuda.

—Creo que puedo yo sola, gracias. Así que su sistema de navegación tenía una exactitud de setenta y dos «grados» en relación a un círculo, de modo que cada punto equivale a cinco grados. En ese caso —dijo, volviendo al mapa—, el primer número nos lleva en un rumbo de doscientos diez grados, lo que nos lleva a…

—Aquí. —Chase señaló un punto—. Este es el primer lugar en el que llegarías a tierra. —Tomó un enorme atlas de un estante y buscó las páginas que hacían referencia a Indonesia—. La ciudad actual más próxima sería este lugar, Merak. —Estaba al oeste de Yakarta, un cabo que marcaba la frontera entre el mar de Java y el estrecho de la Sonda y que separaba las islas indonesias de Sumatra y Java. Comparó el papel con la imagen del ordenador —. El estrecho era mucho menor en esa época.

—Muchísimo menor —dijo Nina—. Solo hay un lugar por el que se podría navegar, este canal de aquí. —Comparó los dos mapas—. ¡Y va hacia la derecha en un rumbo de doscientos diez grados desde el punto en que encontramos la tablilla!

—Es un buen comienzo. ¿Y luego adónde?

Nina estudió el siguiente rumbo.

—En esta dirección, hacia ese triángulo.

—¿Qué triángulo? —preguntó Chase.

Nina movió el cursor del ratón hacia el lugar al que se refería.

—Esta cosa con forma de triángulo. Con una flor, o un árbol, o lo que sea, encima.

—¿Quieres decir el volcán?

Nina lo miró, atónita.

—¿Qué?

—Está claro que es un volcán, ¿no? Es un dibujo de una montaña con humo saliendo de ella. ¿Qué iba a ser?

Nina se dio con la palma en la frente.

—¡Soy idiota! ¿Cómo es posible que no lo viera? —Amplió la imagen—. Estaba tan obsesionada con la idea de que fuera un carácter simbólico que ni se me ocurrió que pudiera ser un simple pictograma. —Comparó de nuevo ambos mapas—. Si es un volcán, ¿cuál…?

—¿El más famoso? —sugirió Chase con una sonrisa—. Krakatoa. —Lo señaló en el atlas. Lo poco que quedaba de la isla volcánica estaba en el centro de la mitad sur del estrecho de la Sonda.

—Por mí estupendo. —Nina buscó rápidamente otro libro y lo hojeó hasta encontrar una ilustración de un grabado del siglo diecinueve: un cono volcánico de exagerada simetría, con humo elevándose de la cumbre—. El mayor volcán de Krakatoa solía ser gigantesco. Sería imposible no verlo si viajara uno por mar.

—Si realmente es Krakatoa —dijo Chase—, podrías averiguar las distancias, ¿no? Si dice que Krakatoa está a cien rodillas o lo que sea de donde comenzamos, debería ser fácil convertirlo a kilómetros. Dado que ya tienes las direcciones, podrás averiguar adónde lleva.

—Pero qué listo eres. Ya sabía yo que había un motivo para casarme contigo.

—Pensaba que era por los orgasmos salvajes.

—Muy gracioso. Pero vamos a ver si lo averiguamos…

Tras varios minutos de trabajo con bolígrafo, papel y un transportador, lograron un resultado. El rumbo que describía la tablilla viajaba a través del estrecho de la Sonda y rodeaba la costa en la parte más al oeste de Java, antes de cruzar el Océano Índico en dirección a…

—Australia —dijo Nina, tocando el cabo noroeste del país justo por encima del trópico de Capricornio—. Ahí es donde lleva la tablilla. Fuera quien fuera esa gente, llegaron hasta Australia. Mucho antes que nadie. Las señales más tempranas de presencia humana datan tan solo de hace cincuenta mil años. Esa gente estuvo allí más de ochenta mil años antes.

Chase contempló el mapa en el ordenador.

—Tomaron muchos riesgos, atravesando el océano así. Podrían haber seguido rodeando la costa de Indonesia. —El nivel más bajo del mar significaba que las islas al este de Indonesia llegaban prácticamente hasta Australia, que a su vez había emergido junto a Nueva Guinea para ampliar el continente hacia el norte, hacia el ecuador.

—No les hizo falta —respondió Nina—. ¿Por qué iban a hacer eso? Tenían los conocimientos de navegación y la experiencia para cruzar el océano directamente. Así ahorrarían días, quizá incluso semanas. Y siguieron adelante. —Había más marcas en la tablilla. Pocos minutos después, el resto del itinerario fue revelado: hacia el sur rodeando la costa oeste de Australia, usando la accidentada costa de bahía Shark y las islas Houtman como puntos de referencia antes de poner fin al trayecto en algún lugar situado a más de ciento cincuenta kilómetros al norte de la ciudad de Perth. En el mapa moderno, no había nada de interés en aquel punto; incluso la ciudad pequeña más cercana estaba a más de treinta kilómetros de distancia.

—¿Es ahí? —dijo Chase, con cierta indiferencia—. No hay gran cosa.

—Debió haber algo en el pasado —dijo Nina, con más entusiasmo—. Un asentamiento, quizá, o un puerto. Algo por lo que mereciera la pena viajar durante tanto tiempo. —Amplió el mapa del nivel del mar; la posición actual de la costa apareció en color amarillo—. Debió de estar en esta bahía. Les permitiría refugiarse del mar, y tendrían agua fresca gracias a este río. —Una nueva ampliación reveló líneas de contorno individuales—. Fíjate lo escarpada que es la costa por aquí. No podrían haber construido un asentamiento en la misma orilla, necesitarían un sitio más plano…

Desplazó la imagen hacia el interior.

—Como ahí, por ejemplo. —Sobre el extremo este de la pequeña bahía aparecía una llanura de suave pendiente—. Si fueras a construir un poblado, ahí tienes todo lo necesario: agua, terrenos de siembra, amparado del océano… —Su voz se llenó de entusiasmo—. Por aquel entonces estaba por encima del nivel del mar, y sigue estándolo… así que, si hubo un asentamiento, ¡quizá aún podamos encontrarlo!

—¿Crees que está enterrado allí?

—¡Claro! ¡Seguro! Si vamos allí, ¡podremos excavarlo! —Se inclinó hacia delante, ya ocupada en preparar una lista mental de todo lo que iba a necesitar.

—No quiero aguarte la fiesta —dijo Chase—, pero no creo que a la API le vaya a hacer mucha gracia.

Nina resopló.

—¿Quién necesita a la API? Esto es arqueología de verdad. Solo hace falta un mapa, una pala y un cepillo. No necesitamos ordenadores, ni sumergibles, ni millones de dólares de material. Yo le enseñaré a esa vieja asquerosa lo que significa realmente ser arqueólogo —añadió, más para sí misma que para Chase.

—Cálmate, Lara —dijo él—. ¿Así que quieres coger un avión a Australia para desenterrar la ciudad perdida de… de esos tíos, sean quien sean?

—¿Por qué no? No tenemos nada mejor que hacer. Los dos estamos suspendidos, ¿te acuerdas?

—Sí, pero la API venía bastante bien para una cosa… ¡para pagar todo el cotarro!

—Para eso están las tarjetas de crédito —dijo Nina. Chase decidió no decirle cuánto habían costado todos sus vuelos—. Vamos, ¡podemos hacerlo! Volamos a Australia, inspeccionamos el lugar, excavamos un poco… Lo peor que puede pasar es que no encontremos nada, e incluso si es así tendremos unas bonitas vacaciones para dejar de pensar en nuestros problemas. —Se puso en pie y unió las manos en un gesto de entusiasmo—. ¿Qué me dices?

Chase sabía perfectamente, por el brillo casi maníaco en los ojos de Nina, que no iba a aceptar un no por respuesta.

—¿Recuerdas que hay alguien más buscando lo mismo que tú, no?

—¿La Alianza del Génesis? Puede, pero antes tendrán que averiguar dónde buscar.

—Nosotros lo hemos hecho en media hora —apuntó Chase—. Tienen la tablilla original para trabajar con ella, y le hablaste a ese tal Ribbsley de los números. ¿Y si era lo único que les faltaba?

—Más razón para encontrarlo antes que ellos. ¡Vamos, Eddie! Solo unos días, es lo único que necesito. Si no hay nada allí, entonces, de acuerdo, punto y final a todo esto. Pero si hay algo…

—Fantástico. Más aviones —protestó Chase. Pero Nina tenía razón en algo: si realmente había algo allí y la Alianza lo encontraba antes, seguramente lo destruirían, y de ese modo todas las muertes que hubo en la *Pianosa* serían en vano—. Oh, qué diablos… Nos vamos a Australia.

Nina lo besó.

—Gracias, Eddie.

—Pero te aviso… ¡no pienso cavar yo solo!

13

Australia

Chase bajó del Land Rover Defender protegiéndose los ojos del sol. Inspeccionó los alrededores.

—¡Menudo desierto!

Nina se apeó tras él del vehículo y bajó la visera de su gorra de béisbol casi hasta la altura de sus gafas de sol para evitar que el sol le diera en la cara.

—Y que lo digas.

Habían pasado tres días desde que tomaron la decisión de cruzar el Pacífico en dirección a Australia, tres días de intensos y costosos preparativos para el largo viaje. Pero por fin estaban aquí, tras haber conducido en dirección norte desde Perth, girando hacia el oeste en la autopista principal para tomar un camino de tierra… y terminar en un paisaje desértico de postal. Las dunas de arena eran de un intenso amarillo, casi como si las hubiera dibujado un niño con lápices de colores. De las dunas emergían docenas de pilares angulares de piedra caliza; algunos llegaban a la altura de las rodillas, mientras que otros eran incluso más altos que Chase.

—Parece el decorado de una película —dijo Chase, mientras tocaba uno de los pilares para asegurarse de que no estaba hecho de poliestireno y yeso.

Nina consultó su guía de viaje.

—Estamos bastante cerca del desierto de los Pináculos. Aquí dice que hay muchas formaciones como esas. Algunas de ellas miden más de cuatro metros de altura. Suena interesante.

—Podríamos desviarnos y echar un vistazo —sugirió Chase.

Nina contempló las extrañas rocas durante unos segundos y después negó con la cabeza.

—Primero encontremos el lugar que estamos buscando. Además, es un parque nacional. No creo que les haga gracia que lo atravesemos en coche.

—Claro, cuando tú quieres mirar viejos pedazos de roca es una emergencia nacional, pero si soy yo… —Sonrió a Nina mientras subían de nuevo al Land Rover—. Bueno, ¿cuánto nos queda?

—Según el mapa… unos siete kilómetros.

Chase contempló la carretera; a pesar de estar repleta de baches y del fuerte viento, no les había costado demasiado esfuerzo recorrerla con el 4 × 4.

—No deberíamos tardar mucho. ¿Cómo se llamaba el sitio?

—Trouble Cove —dijo Nina, mirando de nuevo el mapa—. ¡Los nombres aquí son una pasada! Hangover Bay, Useless Loop, Billabong Roadhouse… —Miró con gesto insolente a Chase—. Mira este, Bald Head…[1]

—Ey —replicó él, señalándole con un dedo mientras encendía el motor. Nina se rio—. Bueno, ¿y qué quieres hacer cuando lleguemos allí?

—Deberíamos tener bastante tiempo antes de que anochezca para echar un vistazo antes de poner la tienda. —Nina inspeccionó sus notas, con gesto ahora serio—. Si nos concentramos en la zona cerca de la bahía, seguramente sea la ubicación más probable.

Continuaron avanzando por la carretera de tierra. Pronto, la arena del desierto dio paso a brotes de vegetación aquí y allá a medida que se acercaban a la costa. Comenzaron a aparecer, entre los páramos desérticos, brillantes flores y árboles bajos esculpidos por el viento. La fauna hizo también acto de presencia; varios canguros cesaron sus saltos para contemplar el vehículo, y un emú sacó la cabeza sospechosamente tras un arbusto antes de escabullirse. Aunque hacía mucho calor, sin duda era una de las tierras más pintorescas por las que habían viajado nunca.

Finalmente, ascendieron un risco y vieron el reluciente océano turquesa.

—Mira eso —dijo Nina, quitándose las gafas de sol para mirarlo mejor—. Es precio… ¡Eh! —Dio un respingo en su asiento cuando Chase pisó el freno bruscamente y detuvo el Defender de golpe—. ¡Eddie! ¿Qué pasa?

Chase dio marcha atrás apresuradamente colina abajo y se detuvo de golpe.

—¿Recuerdas que te dije que la Alianza también trataría de encontrar este lugar?

—¿Y qué?

—Creo que ya lo han hecho. —Se apeó del vehículo de un salto y corrió hacia la puerta trasera. La abrió y sacó unos prismáticos de gran alcance—. Vamos. Pero quédate agachada.

Nina lo siguió nerviosamente colina arriba. Cerca de la cima, Chase se tendió bocabajo en el suelo y se arrastró tras un frondoso arbusto. Nina hizo

lo mismo. Con una mano tapando el reflejo del sol, Chase miró más de cerca Trouble Cove.

—¿Qué? —preguntó Nina—. ¿Qué ves?

—Veo que no voy a tener que excavar. —Le entregó los prismáticos.

Nina los usó. Para su sorpresa, la zona estaba rebosante de actividad. Mugrientas excavadoras amarillas cavaban enormes trincheras, y tras ellas, hombres armados con palas apartaban más arena y piedras. Cerca había aparcados varios 4 × 4 y pesados camiones de carga, supuestamente para transportar las excavadoras a través del desierto. Había además una autocaravana Winnebago, un vehículo recreacional francamente incongruente. También vio varias tiendas a un lado de la excavación.

—Joder.

—Parece una operación bastante importante —dijo Chase.

—No me digas.

—Tenemos que acercarnos más.

—¿Perdón?

—Quiero verlos más de cerca —clarificó Chase—. Para ver si ese tal Vogler está allí, si son realmente los tíos esos de la Alianza.

—No creo que hayan venido a construir apartamentos —murmuró Nina. Resultaba difícil asegurarlo desde ese ángulo, pero parecía haber algo en las trincheras.

—Vamos. —Chase cogió los prismáticos y se arrastró por la ladera opuesta de la colina; Nina fue tras él. Con cuidado, se acercaron un poco más, siempre ocultos entre la maleza. El terreno era cada vez más rocoso, y la carretera se adentraba en un barranco serpenteante que marcaba el sendero de un río seco desde hace tiempo. Nina esperaba que Chase fuera hacia el río para aprovechar la cobertura que proporcionaba, pero en lugar de eso se adentró entre las rocas que rodeaban lo que fue la orilla, siguiendo una hilera desigual de pequeños arbustos.

Se detuvo de repente y se tumbó en el suelo. Le hizo gestos a Nina para que hiciera lo mismo. Nina oyó el estrépito de un motor.

—Un quad —dijo Chase, alzando la cabeza con recelo. Nina miró a través de los arbustos. A unos noventa metros de distancia, vio a un hombre con uniforme de camuflaje del desierto rodeando las dunas en una pequeña Kawasaki 4 × 4 de gruesos neumáticos. Llevaba un rifle colgado al hombro —. Está de patrulla. Hay más marcas de neumáticos. Debe ser su perímetro.

Nina miró más lejos, hacia la excavación. Se encontraban a algo menos de un kilómetro de su centro, lo bastante cerca como para oír los traqueteos y

rugidos de las máquinas.

—Eddie, dame los prismáticos.

Nina miró en primer lugar hacia las trincheras; vio restos de edificios al fondo. A pesar de la incrustación debida a la arena y el polvo, las similitudes con las ruinas submarinas del mar de Java eran evidentes: los mismos muros curvados, los mismos ladrillos grandes, cuidadosamente elegidos.

El entusiasmo por el descubrimiento, sin embargo, quedó de inmediato eclipsado por su horror al contemplar lo que le estaban haciendo a las ruinas. Las excavadoras no se limitaban a apartar arena, sino que estaban demoliendo los edificios. Mientras miraba por los prismáticos, el brazo de dientes metálicos de una de las excavadoras derruía uno de los muros. Cuando la máquina se retiró, hombres a pie se aproximaron para terminar el trabajo a mano.

—Cielos —susurró—. Lo están destrozando todo. Deben estar buscando algo en concreto… y les da igual si tienen que arrasarlo todo para encontrarlo. —Movió los prismáticos lateralmente y se detuvo de repente al ver a una figura inconfundible de pie junto al borde de la trinchera—. ¡Hijo de puta!

—¿Qué? —preguntó Chase.

—¡Ribbsley! —Vestido con un traje blanco y un sombrero panamá, el profesor de Cambridge daba sorbos de una botella de agua mientras contemplaba la aniquilación que estaba teniendo lugar a sus pies—. El tío de blanco… ¡El muy cabrón lo está supervisando todo! Y yo lo traje aquí, cuando le hablé de los números atlantes de la tablilla. —Soltó un gruñido de frustración.

—No es culpa tuya —dijo Chase—. No sabías que trabajaba para esos cabrones.

—Pero no debería haberme fiado de nadie, no después de lo que pasó. ¡Mierda! —Le devolvió los prismáticos—. Eso sí que es hacer arqueología con excavadoras, y no lo que yo hago.

—Mira eso —dijo Chase, tras dar con la figura de blanco y pasar después a los que lo rodeaban—. También está Vogler. Echa un vistazo. —Nina miró de nuevo a través de los prismáticos—. El tío rubio, el que está a la derecha de tu amigo. Es él.

Nina vio a un hombre con uniforme de camuflaje del desierto, con gafas de sol. Parecía tener la misma edad que Chase, unos treinta y tantos. Había otros dos hombres, vestidos de manera similar. Los dos eran mayores que Vogler. Uno era de piel oscura, con el pelo negro, corto y ondulado, y un puro

en los labios; el otro tenía barba y parecía proceder de Oriente Próximo. Lucía una boina negra de corte militar.

—¿Quiénes son los otros?

—Ni idea, pero supongo que están al mando. No se están ensuciando las manos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Nina—. Han llegado antes que nosotros. Y por la manera en que están trabajando, no quedará nada en pie para cuando se marchen.

—Entonces tendremos que entrar ahí antes de que acaben.

—Creo que los de las metralletas igual tienen algo que decir al respecto.

—Si nos cogen. Creo que puedo lograr que entremos sin que nos vean.

—¿Y luego qué?

Chase sonrió.

—¿Tú qué crees? Encontramos lo que están buscando. Antes que ellos.

Nina esperaba que las excavaciones cesaran al atardecer. Sin embargo, continuaron, con ayuda de enormes focos que proyectaban una luz cegadora sobre las excavadoras mientras estas continuaban arrasándolo todo. A juzgar por la cantidad de tierra que habían retirado desde que Chase y ella habían llegado, supuso que la excavación debía de haber durado al menos un par de días. Ribbsley y la Alianza habían puesto en marcha la operación antes incluso que Nina y Chase, y contaban con muchos más recursos que ellos.

Ocultos tras los arbustos, Nina y Chase contemplaron el *modus operandi* de la Alianza. Siempre había dos hombres en quads rodeando el perímetro, acercándose a su posición en un extremo y ascendiendo hasta el borde de los riscos en el otro. Cada uno tardaba algo menos de dos minutos en completar media órbita; dos minutos para encontrar la manera de entrar en la excavación sin ser vistos.

El estrépito de las máquinas cesó de repente. Nina vio algunas de ellas retirándose. Cogió los prismáticos. Otra estructura había quedado parcialmente expuesta al final de la trinchera; una de las palas había descubierto una abertura en el muro curvado. Un hombre la iluminó con una linterna, y después la atravesó.

—Han encontrado algo —dijo Nina.

—Debe ser importante —dijo Chase, al ver que el resto de excavadoras se detenían—. Se han parado todos.

Nina siguió observando. Un minuto después, el hombre reapareció y subió una escalerilla para salir de la trinchera. Corrió a reunirse con Vogler y los otros dos. Siguió una discusión de lo más animada, y a continuación el trío se dirigió hacia la autocaravana. Nina había visto ya a Ribbsley ir hacia ella; salió de nuevo… pero no estaba solo.

—Parece que Ribbsley se ha traído a su novia.

Una mujer de cabello rubio y puntiagudo había salido también del vehículo. Estaba junto al profesor, y le daba la espalda a Nina. Un instante después, alguien más entró en su campo de visión: un hombre del pelo blanco y rostro severo. Al contrario que el resto de miembros de la Alianza, vestía con ropa civil de color caqui.

—Y hay alguien más, un tío de pelo blanco.

Había algo extrañamente familiar en él, pero Nina no sabía exactamente qué era.

—Déjame ver. —Chase miró por los prismáticos—. Bonito culo, sea quien sea.

—¡Eddie!

—¿Qué? Es verdad. Pero parece que el del pelo blanco no opina lo mismo. Le está diciendo que vuelva adentro, y está cabreado.

Nina miró a Chase con sorpresa.

—¿Puedes leer los labios?

—Un poco. Viene bien cuando alguien está intentando decirte algo mientras te disparan. —Trató de descifrar la respuesta de Ribbsley, pero el ala de su sombrero ocultaba la mayor parte de su rostro—. Parece que Ribbsley está discutiendo con él. —Contempló brevemente a Vogler y sus dos compañeros—. Vogler está diciendo… algo sobre no perder tiempo, tienen que… Creo que ha dicho «traducir el hallazgo».

Nina contuvo el aliento.

—Han encontrado otra tablilla. —Miró a Ribbsley—. Ese hijo de puta me mintió. Sabía en qué idioma estaba escrita nuestra tablilla. Y seguramente ya estaba traduciéndola cuando hablé con él. Lo único que necesitaba para encontrar este sitio era el sistema numérico.

Chase siguió mirando mientras el hombre del pelo blanco sacaba unas esposas. La mujer alzó las manos a modo de protesta. El otro frunció el ceño… y después se aproximó y la golpeó con fuerza en el estómago. La mujer cayó de rodillas. Antes de que pudiera recuperarse, el hombre le alzó bruscamente los brazos para esposárselos a la espalda.

Las manos de Chase aferraron con mayor fuerza los prismáticos.

—Ese cabrón acaba de pegarle —gruñó mientras ponían a la mujer en pie a la fuerza. Ribbsley también estaba enfadado, pero no tanto como para intervenir. Chase miró de nuevo al trío. Vogler parecía ligeramente disgustado, mientras que el rostro del que fumaba el puro conservaba una cuidada neutralidad. El árabe barbudo, por su parte, no se molestó en ocultar una sonrisa cruel—. Y ninguno de los otros intenta detenerlo. Gentuza. —El del pelo blanco arrastró a la mujer de vuelta a la autocaravana mientras ella se resistía tanto como podía. Cuando estuvieron junto al vehículo, el hombre la estampó contra el lateral antes de entrar y arrastrarla consigo al interior.

Ribbsley le dijo algo a Vogler; obviamente, se quejaba del tratamiento recibido por su amiga. Sus protestas no generaron simpatía alguna. El suizo hizo una seña hacia la estructura recién descubierta. Intentando recuperar un mínimo de autoridad, Ribbsley caminó junto a Vogler e hizo gestos impacientes a los demás para que lo siguieran.

Nina vio al del pelo blanco salir de la caravana y acompañar a los otros. La mujer rubia permaneció dentro.

—Tengo que ver qué han encontrado. Cuando Ribbsley lo haya traducido, no creo que lo dejen intacto.

Chase buscó con la vista a los pilotos de los quads. Uno de ellos apareció a la derecha.

—En cuanto ese tío pase de largo, sígueme hasta esa roca de ahí abajo. Y permanece agachada. —Esperaron a que el motorista completara su circuito —. ¡Vale, ahora!

Chase salió rápidamente de detrás del arbusto. Nina lo siguió, aunque más despacio y torpemente. Se cobijaron tras una zanja polvorienta y poco profunda; Chase se incorporó hasta quedar de rodillas y caminó de cuclillas hasta llegar a una nueva hilera de arbustos. Comprobó que no había nadie cerca y avanzó, rompiendo una rama para facilitar la llegada de Nina.

—Vale, sigue gateando —dijo mientras se echaba al suelo y se encaminaba hacia la roca, con Nina tras él—. Si siseo, échate en el suelo y no te muevas hasta que te lo diga. O hasta que alguien empiece a dispararnos.

A Nina no le gustó cómo sonó eso, pero le gustó aún menos el sonido del segundo quad, que se aproximaba ya. La roca estaba algo más adelante, una media luna afilada iluminada de refilón por los rayos laterales de los focos de la excavación.

Miró a la derecha. Apareció el faro del quad, saltando de arriba abajo en el terreno accidentado. Se acercaban.

Chase estaba ya casi a la altura de la roca. Nina corrió tras él. La maleza le golpeó el rostro cuando la atravesó. El faro estaba cada vez más cerca.

Lo vería en cualquier momento…

—¡Shhhh…!

Nina se echó al suelo. El faro se dirigía directamente hacia ella. Se acercaba, cada vez más, y el rugido del motor era más y más estridente…

La Kawasaki viró y pasó junto al otro lado de la roca.

—¡Rueda! —ordenó Chase.

Nina así lo hizo, y las plantas crujieron bajo su cuerpo. Chase hizo lo mismo, y rodó hacia la roca tras ella. Los faros traseros del quad proyectaban una luz casi irreal en el terreno; Chase se detuvo bajo la sombra de la roca y esperó a que la luz roja se desvaneciera antes de moverse.

—¡Vale, ahora! —susurró, señalando una zanja al otro lado de las marcas de neumáticos. Nina se incorporó y corrió hacia allí. Chase la siguió más despacio, siguiendo las huellas de neumáticos y borrando con la rama sus propias pisadas. Aunque intentaba imitar lo más fielmente posible las marcas borradas de los neumáticos, si los pilotos frenaban un poco repararían de inmediato en la diferencia, y verían las huellas a medio borrar que apuntaban directamente a los intrusos.

Su única esperanza era que no frenaran.

Otro faro, el del segundo quad que regresaba.

—¡Eddie, vamos! —gritó Nina. Casi había llegado, solo le quedaban las últimas huellas que borrar…

El sonido del motor se aproximaba…

—¡Vamos!

Hecho. Chase soltó la rama y saltó junto a Nina. El quad estaba casi encima de ellos. Su luz peinaba el surco de sus pisadas; las huellas apresuradas eran claramente visibles a su luz…

El quad pasó de largo salpicando arena y borrando las huellas de los intrusos, sustituyéndolas por nuevas marcas producto de sus anchos neumáticos.

Nina se quitó la arena del rostro.

—¡Madre mía! ¿Podrías haber ajustado un poquito más?

—Ni idea. ¿Quieres que vuelva a intentarlo? Volveré atrás…

Nina bufó.

—Vamos.

Descendieron la mitad en sombra de la zanja, en dirección al rugido de un generador diésel situado más adelante. Chase le hizo señas a Nina para que se

quedara quieta y trepó el costado rocoso para echar un vistazo. Después, volvió con ella.

—Parece que están tomándose un descanso. La mayoría están en las tiendas. Pero todavía quedan algunos rezagados, así que tendremos que ir con cuidado.

—¿Sabes por dónde ir?

—Sí. Hay una trinchera. Si nos metemos en ella, podremos dar toda la vuelta.

Se arrastraron hasta el generador, que los ocultó mientras comprobaban que no había nadie merodeando antes de seguir avanzando tras una fila de vehículos aparcados. Uno de ellos era la caravana de Ribbsley, un modelo lujoso del tamaño de un autobús pequeño. Chase vaciló cuando estuvieron junto a ella.

—¿Qué? —preguntó Nina.

—Deberíamos ayudar a esa mujer. Aunque sea la novia de Ribbsley, los demás no parecían tenerle mucho aprecio.

—Eddie, sé que te encanta rescatar a damiselas en apuros —dijo Nina—, pero no es el momento. Si la ayudamos a escapar, ¿qué pasará cuando se den cuenta de que ha desaparecido? No podemos hacer nada, al menos de momento. Quizá cuando hayamos encontrado lo que buscamos…

—Eres todo corazón —dijo Chase, imperturbable. Nina lo miró con gesto burlón. Siguieron avanzando.

Llegaron a la trinchera. Chase echó otro vistazo a la zona circundante. Dos hombres trabajaban en el motor de una excavadora, pero les daban la espalda. Chase miró hacia las tiendas. Los demás comían; era de esperar que aquello los tuviera ocupados un buen rato. También se fijó en que parecían dividirse en tres grupos, por lo visto siguiendo criterios étnicos. Además, cada grupo prefería un tipo distinto de rifle de asalto: FN SCAR belgas, TAR-21 israelíes y SIG SG-551 suizos, aunque todos usaban la misma munición de 5,6 mm.

Antes de que pudiera reflexionar acerca de aquello, Nina le dio un codazo.

—¿Es seguro?

—Sí, parece que es la hora del té. ¿Crees que les importaría si cojo un sándwich?

—Mejor no averiguarlo. —Nina trepó a la trinchera. Chase comprobó que los mecánicos seguían ocupados y la siguió.

Avanzaron pegados al muro. Los restos destrozados de los edificios sobresalían del lecho de la trinchera. A su alrededor había decenas de marcas

de las bandas de rodaduras de las excavadoras entrecruzándose.

—No puedo creerlo —dijo Nina, cada vez más furiosa, cuando pasaron junto a otro muro derruido—. Esto no es arqueología, es vandalismo. Si no es lo que estoy buscando, lo destruyo.

Llegaron al final de la trinchera. Chase trepó afuera primero, y Nina lo siguió. Estaban cerca del lugar en el que había sido realizado el descubrimiento. Ocultos tras una montaña de arena, se arrastraron hasta el borde de la siguiente trinchera y miraron hacia abajo.

Había un hombre de pie junto al muro curvado que señalizaba el término de la trinchera. Otros dos cargaban con un rollo de cable eléctrico, que iban depositando en su camino hasta llegar al orificio practicado en el muro. Entraron por él, desenrollando más cable a medida que se perdían de vista. Había más luces en el interior de la estructura enterrada: antorchas.

Nina podía distinguir voces, pero no con la suficiente claridad para entender lo que decían. Estaba segura, sin embargo, de que una de ellas pertenecía a Ribbsley: ese acento inglés, forzado y arrogante, era inconfundible.

—Parece que Ribbsley está dando una conferencia —le susurró a Chase.

—¿Sobre qué?

—La traducción, supongo. Espero que no la haya terminado ya.

Se retiraron un tanto cuando los dos hombres salieron del hueco en el muro y retrocedieron trinchera arriba. Poco después regresaron; uno llevaba un par de postes metálicos, y el otro dos pesadas lámparas eléctricas. Pasado otro minuto, el fulgor vacilante de las antorchas fue sustituido por un brillo más poderoso y constante. Los hombres reaparecieron y regresaron una vez más trinchera arriba, esta vez seguidos del tercer hombre.

Chase y Nina se miraron. Si los ocupantes de las ruinas también las abandonaban, tendrían el camino despejado para ir adentro.

La voz ahogada de Ribbsley seguía hablando, deteniéndose ocasionalmente cuando alguno de los otros hacía una pregunta. Varios minutos después, hubo movimiento. Vogler salió de la abertura, seguido de los otros dos líderes de la Alianza, y por último Ribbsley, que se quitó el polvo del traje con un ademán exagerado antes de que el hombre del pelo blanco saliera tras él.

—¿Así que puede traducirlo todo? —le preguntó a Ribbsley. Su acento era americano.

—Por supuesto que puedo —respondió Ribbsley con aires de grandeza, mientras se ajustaba el sombrero—. He reconocido la mayoría de los

símbolos a primera vista, y cuando repase las notas de mi portátil podré identificar los otros enseguida. Los números darán bastante trabajo, pero ahora que sé que siguen el sistema atlante solo tengo que convertirlos a base diez.

—¿Podría esto conducirnos al origen de los veteres? —preguntó Vogler. Nina frunció el ceño al oír esa palabra.

—Es posible. Pero no será tan sencillo como encontrar este lugar. No hay indicaciones. No es un mapa, como el objeto que conseguisteis en Indonesia. Parece más bien una especie de registro, un relato histórico dejado por los veteres. —Ya libre de todo rastro de polvo, Ribbsley ajustó ampulosamente las solapas de su chaqueta—. Pero lo conseguiré, no os preocupéis. Bien, sugiero tomarnos un descanso para la cena. Después, iré a por mi portátil a la caravana y seguiré trabajando.

—¿Por qué perder el tiempo? —exigió el árabe barbudo—. Vaya a por él ahora.

Ribbsley lo miró con gesto altivo. Una expresión que Nina recordaba perfectamente. Al parecer el profesor se creía superior a la mayor parte de la gente, no solo a ella.

—Puede que a usted le apetezca trabajar toda la noche con el estómago vacío, señor Zamal, pero a mí, desde luego, no. —Echó a caminar trinchera abajo, flanqueado por Vogler y el segundo de los miembros de la Alianza. Zamal y el hombre del pelo blanco se miraron de un modo que dejaba claro que compartían una opinión muy poco positiva del profesor. Después, también ellos se pusieron en camino.

—El tío del pelo blanco —dijo Chase cuando se alejaron—, lo conozco de algún sitio.

—¿Tú también? —preguntó Nina—. ¿De qué?

—No lo sé. Pero lo he visto antes, seguro. —Negó con la cabeza—. No importa. En cuanto los perdamos de vista, bajaremos.

—¿Cuánto tiempo crees que tendremos?

—Puede que media hora, o puede que cinco minutos. Depende de lo rápido que coman.

—Tengo la impresión de que Ribbsley no es la clase de persona que come con prisas —dijo Nina. Miró al quinteto, confundida—. Veteres… ¿por qué usar un nombre como ese?

—¿Sabes qué significa?

—Sí. Es latín… «Antiguos» probablemente sería la traducción más exacta. Pero en el contexto en que se emplea habitualmente, se refiere a la

familia, como los ancestros lejanos. Nunca lo había oído en un contexto arqueológico.

El grupo se perdió de vista finalmente tras la trinchera. Chase se puso en pie.

—Puede que lo descubras cuando entremos. Vamos.

La hizo agacharse, y después saltó al lecho de la trinchera. Nina se aproximó al orificio en el muro y miró adentro con cautela. Parecía vacío… desde luego no parecía haber nada vivo ahí dentro.

Pero en el interior aguardaban las respuestas a muchas preguntas. Entró.

14

El interior de la estructura enterrada tenía forma de cúpula. Tanto el diseño como la construcción eran prácticamente idénticos a los de las ruinas en el fondo del mar de Java, con la diferencia de que esta estaba intacta: dejando a un lado la sección arrasada por la excavadora, los únicos daños que había sufrido se concentraban en un extremo de la estancia, donde una alta puerta había quedado bloqueada por los escombros.

Al mobiliario del interior, sin embargo, le había ido algo peor. Nina supo, por la capa de polvo que lo cubría todo, que no había sido cosa de la Alianza. Fuera lo que fuera lo que causó que todo se derrumbara y desperdigara por el suelo, ocurrió hace siglos, quizá milenios. Parecía más el resultado de un terremoto que un destrozo deliberado.

La cámara parecía haber sido una zona de almacenaje en otro tiempo; había estantes de ladrillos y madera podrida y rota por todos lados; sus contenidos descansaban desde hacía ya tiempo en el suelo. Afiladas sombras radiaban de los dos focos situados en el centro de la estancia, alumbrado con luz áspera los escombros. Mientras Chase vigilaba la entrada, Nina se arrodilló para inspeccionar los polvorientos objetos.

—Este es como el que encontramos bajo el mar —dijo, sosteniendo un pedazo roto de arcilla en forma de cilindro. También este tenía un surco que rodeaba en espiral toda su longitud. Había otros objetos cerca de aquel, la mayor parte también dañados, pero vio uno que estaba intacto y lo cogió. En un extremo había un agujero en el centro, y en el otro una inscripción en aquel idioma desconocido.

—¿Qué es? —preguntó Chase.

—Ni idea. —Tras inspeccionar otros cilindros, comprobó que cada inscripción era distinta. Dejó el artefacto en el suelo y fue hacia los focos… y comprendió para qué los habían colocado allí.

—Dios mío. Eddie, mira esto.

Chase cruzó la sala, pisoteando escombros.

—Vale, ya sabemos qué han venido a buscar.

Una parte del muro estaba cubierta de una capa uniforme de yeso. Había secciones agrietadas, y otras se habían caído… pero la mayor parte seguía en pie, y revelaba una línea tras otra de una escritura antigua.

Nina reconoció los números del texto, y un puñado de caracteres, pero el resto era tan críptico como las palabras de la tablilla de barro. Entusiasmada, sacó su cámara.

—Cuidado con el *flash* —lo advirtió Chase—. No queremos que nadie nos vea.

Nina apagó el *flash* y comenzó a tomar fotografías.

—Esto es increíble —dijo—. Un registro de una raza desconocida…

—Si hay por ahí un dibujo de un ovni —dijo Chase, acercándose para contemplar el mural—, entonces tengo razón yo, y fueron los aliens.

—No son aliens. —Nina usó el *zoom* para capturar imágenes con mayor detalle—. Eddie, tu sombra aparece en la foto.

—Perdón. —Se apartó, y los escombros que cubrían la puerta atrajeron su atención—. Oye, mira esto. Esto no se derrumbó. Alguien lo bloqueó deliberadamente.

Nina comprendió que Chase tenía razón; los enormes ladrillos de la abertura estaban alineados con demasiada regularidad para haber quedado dispuestos de ese modo naturalmente.

—No hay rastro de cuerpos. Debieron sellarlo desde fuera. —Se le ocurrió algo; fue hacia la inscripción en el muro—. Puede que esto sea un registro final, una especie de cápsula del tiempo. Algo que dejaron para que otros lo encontraran cuando se hubieran marchado.

—La pregunta es, ¿dice adónde fueron? —Algo llamó la atención de Chase, un brillo metálico al otro lado de la sala. Fue a cogerlo—. Vaya, vaya. ¿Esto te resulta familiar?

—Sí. —Era un cono de lámina de cobre, arañado y abollado. Sin embargo, al contrario que el que encontraron en Indonesia, que estaba aplanado, este conservaba su forma—. ¿Alguna idea de para qué podía utilizarse?

Chase inspeccionó el resto de objetos desperdigados por el suelo.

—No. Todo está destrozado.

—Mira a ver si hay más. —Nina recorrió con el dedo la superficie de yeso; le sorprendió lo lisa y uniforme que era. Al igual que el edificio mismo,

se había construido con una precisión poco común entre las civilizaciones antiguas, y que desde luego era totalmente inédita en la prehistoria de la que parecía originaria. ¿Quién la puso en pie? ¿Quién era esa gente… y por qué estaba la misteriosa Alianza del Génesis tan decidida a ocultarlos?

—No veo nada —dijo Chase desde el otro extremo de la estancia—. Hay más cilindros de esos, y algunas tablillas de barro, pero está todo roto. —Se dirigió de nuevo hacia la abertura, y miró afuera, a la trinchera… y de repente, retrocedió de un salto—. ¡Mierda! ¡Están volviendo! ¡Escóndete, rápido!

—¿Dónde? —jadeó Nina, mirando a su alrededor nerviosamente mientras Chase se ocultaba tras una pila de ladrillos. Con los focos encendidos, era imposible que Nina pudiera reunirse con él sin ser vista, y ninguno de los estantes caídos parecía ofrecer la cobertura suficiente para ocultarla.

No tenía elección.

Saltó por encima del estante más próximo y se tendió en el suelo, tratando de aprovechar al máximo la sombra que proyectaba… y se llevó ambas manos a la boca para no gritar de dolor; algo acababa de clavársele en la nalga izquierda.

Vogler entró el primero, seguido de Ribbsley, entre quejas.

—Esto es ridículo. Para ser los supuestos guardianes de la civilización, esto no me parece nada civilizado. ¿Cómo voy a trabajar en condiciones sin haber cenado como es debido?

Los otros entraron tras él.

—El Triunvirato votó continuar con los trabajos lo antes posible —dijo Zamal.

—Dos de tres —replicó Ribbsley con irritación—. Al menos Vogler ha mostrado un mínimo de educación. No como usted y Hammerstein. Y ni siquiera habrían votado si él no hubiera abierto la boca. —Miró al americano del pelo blanco—. Ni siquiera forma parte de la Alianza, así que no sé por qué motivo tiene voz y voto. No hay razón para que esté aquí.

—Ya sabe que eso formaba parte del trato, profesor —dijo Vogler—. Pero por favor, cuanto antes empecemos, antes terminaremos.

—Oh, de acuerdo. —Aún molesto, Ribbsley cruzó la estancia y se detuvo para recoger un par de cilindros de arcilla, incluido el que Nina acababa de inspeccionar—. «Mar del viento». No… «mar de viento, estaciones, viento» —leyó en la primera—. «Vientos de las estaciones del mar del viento», supongo. —Miró la otra—. Y «pez del mar del viento». Las típicas idioteces. ¿Por qué harían tantas de estas cosas solo para que cada una tuviera una línea

de texto sin ningún sentido? —Las dejó en el suelo y cruzó la estancia hasta llegar al texto del muro, apenas a metro y medio de Nina. Otro paso, y la vería…

En lugar de eso, abrió la tapa de su portátil, lo acunó en un brazo y contempló el texto del muro. Después, abrió una lista de palabras escritas en el mismo idioma antiguo.

—Veamos… ah, yo tenía razón… la primera línea es una especie de encabezado. Solo me faltaban un par de palabras. Viene a decir algo así como «El relato de los días finales de la gente del gran único árbol», aunque la estructura sintáctica es diferente. Es un lenguaje con una construcción muy lógica, la verdad… me recuerda al esperanto…

—¿Es así como los veteres se llamaban a sí mismos? —interrumpió Zamal. Se aproximó para contemplar el mural más de cerca. Nina contuvo el aliento, con los ojos llenos de lágrimas por el punzante dolor, mientras las pisadas del otro se acercaban cada vez más…

—No tape la luz —dijo Ribbsley, apartándolo. Zamal frunció el ceño, pero obedeció—. Parecían tener una especial reverencia hacia los árboles. Es una palabra que aparece mucho en los textos que me habéis traído a lo largo de los años. Quizá los adoraban.

—Paganos —dijo con desprecio Zamal.

—Puede, pero sus creencias duraron bastante más de lo que ha durado hasta ahora el Islam. —Con una sonrisa burlona al enojado árabe, se concentró de nuevo en la traducción—. ¡Ah! Esto sí es interesante. Dice que se marcharon hace mucho tiempo para… «escapar de las bestias».

—¿Bestias? —preguntó Hammerstein, al tiempo que miraba a su alrededor y se llevaba la mano a su arma enfundada, como si esperara que saltara algún animal de repente. Chase, que los observaba a través de un pequeño hueco en el montón de escombros, se envaró.

—Es la traducción más aproximada. Aunque no puedo imaginar qué tipo de bestias les iban a aterrorizar en Australia. ¡Tejones gigantes, quizá! —Soltó una carcajada, y después miró de nuevo el muro—. Pero esas bestias, fueran lo que fueran, eran lo bastante peligrosas como para alejarlos de este asentamiento. Navegaron durante muchos días, puede que semanas, hasta… «la tierra del viento y la arena». —Todos se miraron entre sí, confusos.

—¿Está seguro de que eso es lo que dice? —preguntó el del pelo blanco.

—Sí, sin duda —dijo Ribbsley, irritado. Señaló con un dedo la inscripción, y Nina acertó a ver cómo indicaba algunos símbolos en concreto

desde su incómoda postura—. Viento, arena, tierra. No hay posibilidad de error.

Zamal se rascó la coronilla, pensativo.

—Viento y arena. Un desierto.

—Pero eso podría ser en cualquier sitio —dijo Vogler—. Un viaje de semanas por mar los habría llevado a Asia, a Arabia, incluso a África.

—Esperemos que el resto del texto sea más clarificador. —Ribbsley siguió leyendo—. Construyeron un nuevo hogar, una «gran ciudad» en un valle cerca del mar con «pequeñas montañas de fuego»… Bueno, ese es el símbolo de volcán, aunque no me imagino cómo un volcán puede ser pequeño. —Siguió leyendo—. Creo que encontrarán esta parte fascinante. Dice que vivieron en paz en su ciudad durante muchos años… hasta que su dios los obligó a marchar.

—¿Su dios? —preguntó Hammerstein.

—Es más bien una concatenación de varias palabras y varios símbolos… literalmente, dice «el único gran árbol». Malinterpreté el contexto en el título, pero aquí no puede ser otra cosa. Un ser supremo, que los castigó por… «entregar el regalo de dios a las bestias».

Como Ribbsley esperaba, aquello suscitó un considerable interés en los otros.

—¿Qué regalo? —preguntó Zamal.

Ribbsley lo miró con condescendencia y suspiró.

—Quizá si me dejara terminar, podría decírselo. Bien, dice que su dios les castigó «quitándoles el mar», lo que imagino que se refiere a una bajada del nivel del mar, así que deberíamos ser capaces de hacer coincidir la fecha con la del comienzo de la edad de hielo, y mandando viento y arena para matar a los árboles… y tuvieron que abandonar la ciudad antes de que el viento y la arena los mataran a ellos también. —Hizo una pausa mientras comprobaba algo en su portátil—. Intentaron… «preservar», imagino, preservar la ciudad cerrando… no, «sellando» el valle para que el río creciera y quedara cubierto por… oh, qué sorpresa. Viento y arena. Debo decir que tenían una prosa francamente banal y repetitiva.

—Suena como si hubieran inundado la ciudad —sugirió Hammerstein—. Bloquear un valle para que el río crezca… construyeron una presa. ¿Qué más dice?

—Parece que, después de abandonar la ciudad —prosiguió el profesor—, regresaron aquí. Pero no todos lo consiguieron… muchos murieron, y

también… señor Zamal, creo que le gustará esta parte. Dice que durante el viaje, perdieron muchas de «las voces de los profetas».

El árabe pareció dolido.

—¿Profetas?

—Eso es lo que dice. Vaya, vaya. ¡Parece que tienen algo en común con el islam después de todo!

—Blasfemia —gruñó Zamal—. Puede que los llamaran profetas, pero no eran servidores de Alá.

—Puede —dijo Ribbsley, que parecía estar disfrutando enormemente de todo aquello—. Pero aun así, es una idea intrigante, ¿no cree? —Se giró de nuevo hacia el texto—. Cuando regresaron aquí, las bestias atacaron al poco tiempo. Intentaron, em… algo sobre una «muralla segura»… oh, claro. Trataron de fortificar el asentamiento. Pero había demasiadas bestias, así que… mmm, interesante.

—¿Qué les pasó? —preguntó Vogler—. ¿Dice adónde fueron después?

—No sé adónde pretendían ir, pero no fueron muy lejos. —Ribbsley alzó la mano que tenía libre, girándola teatralmente para abarcar toda la estancia. Nina se acurrucó entre los escombros; la herida cada vez le dolía más—. Parece que fue aquí donde fueron vencidos por última vez. La cámara está asociada con algo llamado «el árbol del regalo»… Al parecer no pudieron llevárselo consigo, de modo que lo enterraron y dejaron un mensaje con la esperanza de que su gente pudiera encontrarlo en el futuro.

Hammerstein señaló el texto.

—¿Ese es el mensaje?

—Eso parece. Pero desde luego aquí no hay ningún árbol. En cuanto a qué le pasó a los veteres… bueno, la historia termina ahí. Nunca regresaron, así que o bien se asentaron en otro lugar… o murieron todos tratando de escapar de esas bestias.

—Pero sabemos que definitivamente hay otro asentamiento —dijo Vogler —. Su ciudad. Si la localizamos, podremos destruirla.

—Después de que haya tenido oportunidad de explorarla —dijo Ribbsley, cerrando su portátil—. Ese fue nuestro trato. Quizá no pueda compartirlo con el mundo, pero al menos habré descubierto algo que nadie más ha visto nunca. Ni siquiera Nina Wilde.

Nina contuvo el aliento ante aquella mención inesperada. Le aterrorizaba que Ribbsley la hubiera descubierto, pero el profesor siguió hablando:

—Naturalmente, antes tenemos que encontrarla, lo que implica averiguar dónde se encuentra exactamente esa «tierra de viento y arena». —Hizo una

pausa, y a continuación el *flash* de una cámara iluminó la sala, seguido de otro cuando Ribbsley fotografió secciones de la inscripción. Tras él, Vogler y Hammerstein intercambiaron sugerencias en cuanto a la posible ubicación de la ciudad.

Chase, entretanto, oyó otra conversación entre Zamal y el americano, que estaban juntos cerca de la abertura en el muro y conversaban en voz baja.

—Cuando el profesor averigüe dónde está la ciudad —dijo Zamal—, su trabajo habrá terminado. Y después… podrá usted matar a la mujer.

—Eso hará muy feliz a mi jefe —respondió el del pelo blanco.

—¿Y a usted también?

—No diría tanto. Pero sentiré una cierta… satisfacción profesional.

Zamal esbozó una sonrisa, y después miró a Ribbsley, que seguía tomando fotografías.

—Esto debería bastar para seguir trabajando por ahora —anunció el profesor—. Ahora, caballeros, quizá me permitan cenar de una vez.

—No tengo ninguna objeción —dijo Vogler—. Y no creo que sea necesario que el Triunvirato vote. —Hammerstein negó con la cabeza; Zamal solo se encogió de hombros.

—Espléndido. En ese caso, si no les importa, iré a averiguar qué me han preparado Fortnum & Mason para esta noche. —Con el portátil bajo el brazo, Ribbsley cruzó la estancia y salió por la abertura. Los otros lo siguieron.

Nina esperó tanto como le fue posible, y después se puso en pie de un salto, buscando el objeto que le había atravesado la nalga.

—¡Mi culo, mi culo! —siseó entre dientes mientras saltaba de dolor—. ¡Tengo algo clavado en el culo!

—Y eso que nunca quieres probar cosas nuevas —susurró de buen humor Chase mientras miraba hacia la abertura para asegurarse de que todos se habían marchado.

—Sácamelo, joder. —Nina soltó un profundo gemido—. ¿Qué es?

—Una aguja. —Chase extendió el brazo—. A ver, no te muevas, deja que…

Nina contuvo un chillido cuando Chase la extrajo. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Joder, me cago en todo, auuu!

—Es grande —dijo Chase, sosteniendo la aguja ensangrentada para mostrársela; tenía al menos diez centímetros de largo.

—¡Y lleva aquí miles de años! Seguramente me ha infectado alguna enfermedad ya extinta.

Chase le acarició el brazo.

—Te pondré una inyección cuando volvamos al coche. Pero ahora tenemos que irnos. Les oí decir que en cuanto Ribbsley encuentre esa ciudad, van a matar a su novia. Tenemos que rescatarla.

—¿Cómo? ¡Estará con él ahora mismo!

—Ya se me ocurrirá algo. —Fue hacia la abertura. Nina se dispuso a seguirlo, pero se detuvo para recoger los dos cilindros de arcilla que Ribbsley había examinado—. ¿Qué estás haciendo? —preguntó Chase con impaciencia.

—Ribbsley tradujo el texto.

—¿Y?

—Pues que tendré algo con lo que trabajar. ¡Tengo que intentar traducir el resto de la inscripción antes que él! —Se metió los dos cilindros en un bolsillo y siguió a Chase. No había nadie fuera; el camino estaba despejado.

Desandaron sus pasos a través del campamento. Los dos mecánicos se habían unido a sus compañeros para la cena, al igual los tres líderes de la Alianza, el del pelo blanco… y también Ribbsley, como comprobó Chase cuando treparon sigilosamente la trinchera.

—Vamos, date prisa —dijo cuando alcanzaron los vehículos aparcados—. Cogemos a su novia y salimos corriendo antes de que vuelva.

A Nina no le parecía que aquella misión de rescate fuese prudente ni necesaria, pero no dijo nada. Llegaron a la Winnebago, que estaba iluminada en el interior. Chase trató de mirar a través de una ventana, pero las cortinas estaban echadas.

—Vale, espera aquí —le dijo a Nina—. Voy a entrar a por ella. Si alguien viene hacia aquí, toca a la puerta.

—¿Y después qué?

—Cada cosa a su tiempo. Enseguida vuelvo. —Abrió la puerta lateral y entró.

El interior de la caravana era lo bastante grande como para quedar dividido en estancias individuales. Chase se encontraba en una salita bien amueblada, con una lujosa cesta abierta sobre una mesa. Había un hueco del tamaño de una botella de vino entre los contenidos, de modo que supuso que Ribbsley había ido a por un sacacorchos, o a por hielo.

Lo que significaba que volvería muy pronto.

No había nadie en la parte delantera del vehículo, y el aseo estaba vacío, lo que dejaba tan solo una puerta en la parte trasera de la salita: el dormitorio. Fue hacia allí, giró el picaporte, entró…

Y quedó paralizado por el *shock*.

La mujer rubia sentada en la cama lo miró con el mismo gesto de sorpresa en su rostro, pero recuperó la compostura antes que él.

—Hola, Eddie —dijo Sophia Blackwood.

15

—Sophia —dijo Chase—, ¿qué cojones estás haciendo aquí?

—Yo podría preguntarte lo mismo —respondió ella. Su rostro inmaculado, con la salvedad de una cicatriz en una mejilla, cortesía de Nina, y su voz aristocrática, eran exactamente tal y como Chase las recordaba, a pesar del nuevo peinado—. Aunque yo te lo preguntaría con más delicadeza.

—Me refiero a qué haces aquí, vivita y coleando.

—Es una larga historia. —Cambió de postura, revelando que sus manos seguían esposadas a su espalda, unidas a una corta cadena atada a la cama—. Te la contaría, pero no estoy muy cómoda que digamos.

—No sabía que te iba el *bondage*.

Sophia lo miró con un gesto de fastidio que le resultaba muy familiar.

—No ha sido cosa mía. Mis, eh… socios tienen la ridícula idea de que, si me dejan la menor oportunidad, intentaré escapar.

—O matarlos.

—Para eso la oportunidad tendría que ser más clara. —Agitó la cadena—. Supongo que has venido a rescatar a alguien. No quiero interrumpirte.

Chase soltó una carcajada burlona para ocultar sus emociones encontradas.

—Ya, claro. ¡La última vez que te vi me disparaste con un dardo envenenado!

—Me imaginaba que ibas a sacar el tema. ¿Ayudaría si te digo que lo siento muchísimo?

Un ruido. Nina tocó a la puerta.

—Mierda, viene alguien.

Sophia agitó la cadena de nuevo, esta vez con una sonrisa astuta en su rostro.

—Sería terrible que alertara de tu presencia aquí a base de gritos.

—Podría matarte y punto.

—¿Asesinato a sangre fría de una mujer indefensa? Creo que no es tu estilo.

Ahora fue el turno de Chase para esbozar una fría sonrisa.

—Tengo un papelito que dice que estás muerta. Me estaría limitando a hacerlo oficial.

Otro golpeteo en la puerta, más frenético. A continuación, la puerta de la caravana se abrió, y Nina entró a toda prisa.

—Eddie, ¿qué estás haciendo? —dijo, y al verlo en el dormitorio corrió hacia allí—. Ribbsley… ¿qué diablos?

—¿Nina también? —dijo Sophia, arqueando una ceja—. Ahora nuestra pequeña reunión sí está completa.

—¡Me dijiste que había muerto! —le dijo Nina a Chase.

—Ya, pues parece que se apresuraron un poco con el certificado de defunción. ¿Dónde está Ribbsley?

—¡De camino! —Nina le tiró de la manga—. ¡Vamos, tenemos que irnos!

Sophia sacudió la cadena una vez más.

—Ejem.

Nina la miró.

—¿Me tomas el pelo?

—Si no lo hacéis, daré la voz de alarma.

—Ya da igual —dijo Chase, al oír movimiento fuera. Metió a Nina en el dormitorio y cerró la puerta. Un instante después, notaron cómo la suspensión de la Winnebago oscilaba cuando alguien entró en el recibidor.

—Sophiaaa… —llamó Ribbsley musicalmente—. ¡He vueltooo! Perdona la tardanza, pero necesitaba un poco más de hielo. Pero, como suele decirse, lo bueno se hace esperar. —Abrió la puerta del dormitorio…

Chase tiró de él con fuerza. El cubo de hielo que llevaba cayó al suelo, y los cubitos se desparramaron mientras la botella de champán rebotaba por toda la estancia. Chase se preparó para darle un puñetazo con la mano que tenía libre.

—¡No le hagas daño! —ordenó Sophia, con preocupación en su voz. Chase la miró con gesto de sorpresa, pero bajó el puño.

Ribbsley miró a Chase atemorizado, y después vio a Nina tras él. Sus ojos se abrieron como platos.

—¿Doctora Wilde?

Nina rodeó a Chase y le dio un puñetazo a Ribbsley en el rostro.

—¡Eso por contarle a la Alianza lo de las fotos de la tablilla, hijo de puta! Una amiga mía casi muere por tu culpa. —Dio un paso atrás, mirando a Sophia—. Ahora, ¿va a contarme alguien qué cojones está pasando aquí? Para empezar, ¿cómo puedes estar viva?

—Eso tengo que agradecérselo a Gabriel —dijo Sophia, mirando a Ribbsley, que se llevó las manos a la nariz—. La Alianza lo necesitaba para traducir el texto y guiar a la expedición hasta este lugar. Tenía una condición: que me liberaran de Guantánamo. Dado que la Alianza tiene influencia sobre gente muy poderosa, ellos se encargaron de todo. —Miró a Chase—. ¿Cómo lo hicieron?

—Me enseñaron un cadáver al que le faltaba media cara, y me dijeron que eras tú —dijo en tono lúgubre—. Supongo que buscaron a alguien que se te pareciera… y después la mataron para que ocupara tu lugar.

—¿De verdad? Debía de parecerse mucho si logró engañarte. —La expresión de Sophia revelaba únicamente un leve interés ante la revelación.

Nina estaba algo más alterada.

—¿No te importa que una mujer inocente muriera para sacarte de la cárcel? No, claro que no. No te importa nadie salvo tú misma.

—Y él, por lo visto —dijo Chase, empujando a Ribbsley a un rincón—. ¿Qué le hace tan especial, Sophia?

—¿Tú qué crees, Eddie? —preguntó Sophia—. Me quiere. Me quiere desde hace años, cuando era su alumna en Cambridge.

—¿Eddie? —dijo Ribbsley, mirando a Chase con un gesto que ya no reflejaba miedo, sino más bien desprecio—. ¿Eddie Chase?

Chase le sonrió y asintió.

—¿Qué tal?

—¿Es este? —dijo Ribbsley, y su acento rodesiano se intensificó a medida que perdía la calma—. ¿Este es el hombre por el que me dejaste? ¿Este… matón?

—Me gusta más «aventurero» —dijo Chase.

Ribbsley no le prestó atención.

—¡No puedo creerlo, Sophia! ¿Qué pudiste ver en él? ¡Solo es un *neanderthal* sin modales ni educación!

—¡Oye! —replicó Nina—. ¡Estás hablando de mi prometido, gilipollas!

Ribbsley la miró.

—Ah, ese encanto tan neoyorquino… Supongo que eso explica lo que tú has visto en él. Estáis a la par en términos de clase.

—Oh, cállate, Gabriel —le reprendió Sophia. Ribbsley pareció dolido—. Nina, supongo que habéis venido aquí buscando lo mismo que Gabriel y la Alianza: la civilización perdida de los veteres. —Suspiró—. Qué nombre tan pretencioso. Pero la cosa es que Gabriel os ha tomado una considerable ventaja. Conoce su idioma, y tú no. Pero si me liberáis… Os proporcionaré una manera de anular esa ventaja de inmediato. Porque yo también lo conozco.

—¡Sophia! —dijo Ribbsley, horrorizado—. ¿Qué estás haciendo?

—Lo siento, cielo, pero mis intereses son lo primero. —Miró a Nina y a Chase—. Hay otro motivo por el que preferiría que lo encontrarais vosotros antes que la Alianza. Cuando el trabajo de Gabriel haya terminado… me matarán.

—Tiene razón —dijo Chase—. Oí a ese tío del pelo blanco decirlo.

—Sería una verdadera lástima —murmuró Nina.

—No lo harán —dijo Ribbsley, envalentonándose—. No se lo permitiré.

Sophia suspiró.

—Por favor, Gabriel. ¿Realmente eres tan engreído? Si llega a saberse que salí de Guantánamo y que sigo con vida, eso provocaría la mayor caza de brujas de toda la historia de los Estados Unidos. Y ya sabes cómo terminaría. —Lo miró arqueando las cejas—. Así que cuando encontréis lo que está buscando la Alianza, Callum me matará.

—¡Callum! —exclamó Nina, recordando por fin—. Sabía que lo había visto antes. Eddie, ¿no te acuerdas? En la embajada de Estados Unidos en Londres. ¡Era uno de los que trabajaba con Jack Mitchell!

Nombre y rostro se unieron al fin en la memoria de Chase.

—Pero creía que trabajaba para la DARPA…

—Jack mintió cuando dijo que trabajaba para ellos, así que quizá él también.

—¿Lo conocéis? El mundo es un pañuelo, desde luego —dijo Sophia sarcásticamente—. Pero no, no trabaja para la DARPA. Se llama Michael Callum, y está al cargo de operaciones muy muy secretas para ciertas secciones del gobierno norteamericano. Ahora comprenderéis por qué tengo tanto interés en ayudaros. Ya estoy oficialmente muerta, preferiría no estarlo de verdad.

Nina casi se echó a reír.

—¿Realmente crees que voy a ayudarte? ¡Intentaste matarnos y bombardear Nueva York!

—Vamos, ¿no irás a decirme que sigues guardándome rencor por eso? —suspiró Sophia—. Además, me necesitáis. ¿Queréis pasaros los próximos quince años intentando descifrar el idioma de los veteres, como ha hecho Gabriel, o preferís empezar con el curso ya avanzado?

—Sophia, no lo hagas —le advirtió Ribbsley. Chase le dio un nuevo empujón contra la pared—. ¡Puedo protegerte!

—Lo siento, Gabriel, pero Eddie podrá protegerme mejor que tú. —Se dirigió de nuevo a Nina—. También puedo contarte todo lo que sé sobre la Alianza. Puedo ayudarte… si tú me ayudas.

—Y una mierda —dijo Chase—. No podemos fiarnos de ti. Además, Nina será capaz de descifrar todo eso sin ayuda. —Miró por encima de su hombro a su prometida—. ¿Nina?

Nina guardaba silencio y contemplaba a Sophia con expresión pensativa.

—¡Nina! —repitió Chase—. Espera, ¿no estarás pensando en decir que sí?

—Tiene… tiene razón —admitió de mala gana Nina—. No puedo traducir el idioma.

—Fuiste capaz de traernos aquí.

—Eran números, Eddie. Lo único que hice fue seguir un mapa. Pero la inscripción de esa cámara es mucho más… y no seré capaz de descifrarla sin ayuda.

—Ya, pero ¿tiene que ser su ayuda? —dijo Chase—. ¡A la primera oportunidad que tenga, nos acuchillará por la espalda!

—Entonces, mejor no darle la oportunidad.

—¿Qué?

—La necesitamos, Eddie. —Nina se acercó a la cama y miró a Sophia a los ojos—. Vale, te llevaremos con nosotros. Pero voy a dejar una cosa bien clara: harás exactamente lo que te digamos, y si intentas jodernos siquiera un poquito, te dejaremos tirada en la puerta de la embajada de Estados Unidos para que te manden de vuelta a Guantánamo… eso, o quizá te mate yo misma.

Sophia arqueó una ceja.

—¿Me matarías?

—Te sorprendería lo que soy capaz de hacer cuando estoy cabreada.

—Ah, sí. Ese temperamento tan de pelirroja…

Nina esbozó una sonrisa desprovista de todo humor.

—Más te vale creerlo. ¿Tenemos un trato?

—Lo tenemos —dijo Sophia, asintiendo—. Te estrecharía la mano, pero…

Sacudió la cadena que la mantenía esposada.

—Bien, profesor Ribbsley —dijo Nina, girándose hacia él—, imagino que tienes una llave. A menos que esto sea una perversión personal de la que preferiría no oír hablar.

—No sabéis lo que estáis haciendo —dijo Ribbsley—. No tenéis ni idea de lo poderosa que es la Alianza en realidad.

—Pero lo averiguaré pronto, ¿verdad? ¿Me das la llave? A menos que quieras que Eddie la encuentre por mí.

Ribbsley rebuscó apresuradamente en el bolsillo de su pantalón y sacó una llave en un aro. Nina la cogió y fue hacia la cama. Sophia se giró para que pudiera alcanzar la cadena. El primer cerrojo se abrió, y la cadena cayó sobre la almohada; un instante después, una de las ruedas dentadas se soltó, lo que permitió a Sophia mover los brazos.

—Qué alivio —dijo, masajeando su muñeca—. Ahora, si no te importa abrir la otra… —Extendió ambos brazos.

Pero Nina tenía otro plan.

—A decir verdad…

—Espera, ¿qué estás…? ¡Ey! —protestó Sophia mientras la esposa abierta se cerraba de nuevo alrededor de su muñeca.

—¿De verdad crees que voy a dejarte libre? —Fue hacia la puerta—. Y por cierto, la Alianza perderá un tiempo precioso si Ribbsley no tiene sus notas. ¿Dónde está su portátil?

—¡No podemos perder tiempo, tenemos que salir de aquí! —dijo Sophia —. La Alianza tiene un enfoque de la vida muy marcial. No estarán comiendo mucho tiempo.

—¿Y qué hacemos con este tortolito? —preguntó Chase, señalando a Ribbsley—. No podemos llevárnoslo.

—Noquéalo —sugirió Sophia. Los ojos de Ribbsley se abrieron como platos.

—¿No quieres matarlo? —preguntó Nina en tono burlón—. Qué amable por tu parte.

—Él me sacó de Guantánamo, le debo eso. Como he dicho, no quiero que resulte herido. —Miró a Chase—. Seguro que puedes hacer algo que sea relativamente indoloro.

—¡No! —gritó Ribbsley, al borde del pánico—. ¡Sophia, por favor, no lo hagas!

Chase lo estampó de nuevo contra el muro, agarrándolo del cuello. Ribbsley jadeó.

—¡Baja la voz, joder!

—El portátil —insistió Nina—. ¿Dónde está?

—Oh, está bien —dijo Sophia—. Está…

Llegó un ruido de fuera: botas pisoteando arena y piedra. Junto a la puerta del vehículo.

—¿Profesor Ribbsley? —dijo una voz. Zamal. Siguió un largo y tenso silencio…

Ribbsley dio una patada de repente al cubo caído, que voló hasta golpear ruidosamente la pared en una lluvia de rocas heladas e hizo caer un frasco de loción Bulgari del armarito del aseo. Chase le propinó un fuerte puñetazo en la mandíbula, y el profesor se derrumbó inconsciente sobre la cama. El daño, sin embargo, ya estaba hecho.

—¡Ribbsley! —gritó Zamal—. ¿Qué está pasando?

Chase corrió hacia la salita, en dirección a la puerta. Antes de que pudiera alcanzarla, se abrió, y Zamal entró… solo para recibir un golpe en la cabeza que le hizo tambalearse hacia un mueble.

Pero se recuperó rápidamente, y aferró su arma enfundada. Chase saltó hacia él, agarrándolo de la muñeca en el preciso instante en que esta sacaba el arma, y golpeándole la mano contra el borde del mueble. Zamal gruñó y trató de darle un rodillazo en la ingle a Chase, pero el inglés se retorció de costado justo a tiempo para evitar un golpe que sin duda hubiera puesto fin al combate.

Zamal usó la inercia de Chase para apartarse del mueble. Los dos hombres cruzaron la salita en su esfuerzo por aferrar el arma, y llegaron a la cocina de la caravana. La mano que sostenía el arma de Zamal se había elevado, y la pistola tembló mientras trataba de liberarla. Chase lo hizo girar sobre sí mismo… y sin darse cuenta hizo que el arma apuntara a las dos mujeres, que justo entonces hacían acto de presencia en la salita. Nina gritó y se echó al suelo justo bajo la línea de fuego; Sophia se ocultó rápidamente tras un sillón.

Chase empujó a Zamal y lo hizo retroceder. El arma oscilaba de un lado a otro. Nina se puso de rodillas cuando el cañón la apuntó en su balanceo.

Zamal golpeó a Chase en un costado. Este se encogió un tanto sobre sí mismo, dándole al árabe la oportunidad de girarse y situarse encima de él sobre el fregadero, con su mano rodeando el cuello del inglés. Un estante de cubiertos se venció, y sus contenidos se derramaron estrepitosamente por el fregadero de acero inoxidable. Zamal torció su muñeca, intentando apuntar el arma hacia la cabeza de Chase…

Que lo golpeó de nuevo, pero Zamal bloqueó el puñetazo con su brazo al tiempo que intensificaba la presión sobre Chase. La cubertería estaba

desparramada junto a su cabeza. Lanzó otro puñetazo, de nuevo sin éxito, y después buscó entre la cubertería un cuchillo con ambas manos, mientras la presa de Zamal se intensificaba.

Sus dedos se cerraron alrededor de un objeto metálico y frío. Lo cogió, y golpeó con él el rostro de Zamal…

No era un cuchillo.

Ni siquiera era un tenedor. Solo era una cuchara; la parte trasera curvada golpeó el ceño de Zamal con un sonido casi cómico que dibujó una sonrisa burlona en el rostro del árabe.

Esa expresión se transformó de inmediato en una de dolor y furia cuando Chase giró la cuchara en su mano y estiró el brazo como si quisiera arrancarle el ojo de cuajo al árabe con ella. Zamal rugió y retrocedió de un salto. Chase se incorporó, y los dos hombres giraron uno en torno al otro. El arma apuntó de nuevo a Nina, que chilló y se echó al suelo junto al asiento del conductor de la caravana.

Ribbsley apareció en el umbral del dormitorio, sosteniendo la botella de champán. Vio a Chase y Zamal combatiendo por el arma y corrió hacia ellos, alzando la botella como si fuera una porra.

Sophia saltó desde detrás del sillón, sosteniendo un maletín de cuero negro con sus manos esposadas.

—¡Gabriel! —El profesor se quedó inmóvil, con la botella en alto, y miró a Sophia con gesto de sorpresa—. ¡Coge esto! —Balanceó el maletín y le golpeó con él en el pecho. Ribbsley se tambaleó, soltando la botella, y cayó por la puerta abierta de espaldas en la arena. El maletín cayó junto a él—. ¡Nina! ¡Tienes las llaves! ¡Enciende el motor!

Nina comprendió que todavía tenía en su poder el juego de llaves de Ribbsley, que incluía una llave con cabeza de plástico oscura, la de un sistema de cierre remoto. Con una mirada de inquietud hacia los dos combatientes, se sentó en el asiento del conductor y arrancó.

Chase apoyó un pie en la neverita para equilibrarse y lanzó a Zamal contra la pared. Golpeó al árabe en la mejilla con el codo derecho, y después logró aferrar el arma. Zamal respondió golpeándolo en las costillas. Chase gruñó de dolor. Le dio un codazo a Zamal en el rostro de nuevo, tratando de apartar el arma…

Zamal comprendió que corría el riesgo de perder el arma, y apretó el gatillo.

El disparo atravesó el techo de la caravana. Chase gritó de dolor al sentir un intenso calor en su mano; con la palma había estado cubriendo

parcialmente la cámara de expulsión de cartuchos. Soltó el arma, y Zamal giró de nuevo la muñeca para apuntarla a su cabeza. Apretó el gatillo de nuevo…

Clic.

No hubo ningún disparo. La mano de Chase sobre el sistema de expulsión había evitado que el arma realizara el ciclo como es debido, y ahora era necesaria una operación manual para recargarla.

Chase aprovechó el momento para dar un fuerte puñetazo a Zamal en el estómago. El árabe se encogió sobre sí mismo al quedar sin aliento, y encajó a continuación un puñetazo en el rostro.

El motor se puso en marcha.

—¡Vamos! —gritó Sophia. Nina soltó el freno de mano, metió la marcha y pisó el acelerador…

Y el vehículo de diecisiete toneladas de peso se sacudió en el sitio cuando sus neumáticos giraron en la arena.

El movimiento lanzó a Chase y a Zamal al otro lado de la salita. Sophia cogió la botella de champán y aguardó al momento idóneo para golpear.

Nina lo intentó de nuevo. Esta vez pisó el pedal con más delicadeza. La Winnebago se meció, pero logró ganar tracción y comenzó a avanzar. Nina giró el volante para que el enorme vehículo encarara la carretera de tierra que se alejaba de la costa.

El disparo había atraído el interés. A través del parabrisas, vio a varios hombres corriendo hacia ellos. Con una mueca, pisó el acelerador con fuerza.

Zamal y Chase intercambiaron más golpes; ninguno parecía dispuesto a ceder ni a soltar al otro. Ambos, entrelazados en uno solo, iban de un lado a otro. Sophia seguía esperando su oportunidad para golpear.

—¡Eddie! —dijo, impaciente, alzando la botella—. ¡Dale la vuelta!

Chase comprendió lo que se proponía, y con un tremendo esfuerzo obligó a Zamal a retroceder hacia Sophia. La botella se rompió en el cráneo del árabe, y bañó a Chase en espumoso champán. Las rodillas de Zamal cedieron.

—Qué manera de echar a perder un Cuvée Winston —dijo Sophia, casi con tristeza, antes de ir hacia la puerta y abrirla—. ¡Tíralo fuera!

Chase llevó a rastras a Zamal hacia el umbral.

—Bueno, chavalote —gruñó—, se acabaron las vacaciones.

La carretera se curvaba más adelante, y bancadas bajas de piedra caliza se elevaban a ambos lados. Nina pasó la curva sin frenar, y el parachoques delantero golpeó uno de los montículos.

Chase tropezó, Zamal lo agarró… y ambos cayeron por la puerta abierta.

16

Chase cayó encima de Zamal; los dos se quedaron sin aliento por el golpe mientras rodaban hasta detenerse en la polvorienta estela de la Winnebago. Chase fue el primero en recuperarse, entre toses. El árabe quedó tendido en el suelo a un par de metros de distancia.

Aún tenía el arma.

Zamal fue consciente de ello al mismo tiempo que Chase. Golpeó el lateral de la pistola para desatascarla y la giró…

Chase lo golpeó con tanta fuerza que su boina salió despedida. Esta vez, Zamal no se levantó.

—Me parece que se te ha subido el champán a la cabeza —dijo Chase. Miró a su espalda, hacia la caravana, que se adentraba en el desierto. Uno de los quads había abandonado su patrulla para ir en su busca.

Y no era el único vehículo perseguidor. Oyó al segundo quad atravesar la zona de excavación a su espalda, y también el motor de una tercera Kawasaki arrancando. A eso se sumaban los gritos procedentes del campamento; el resto de fuerzas de la Alianza comenzaban a movilizarse. Tenía que esfumarse cuanto antes.

Cogió el arma de manos de Zamal y se tambaleó trabajosamente en dirección a la caravana.

Nina encontró el interruptor de los faros. El accidentado paisaje desértico se iluminó ante sus ojos.

Un ruido a un costado, un motor. Por el espejo retrovisor vio uno de los quads acercándose. Había algo sobre el manillar, un brillo metálico y oscuro en la mano del piloto, iluminado intermitentemente por las luces delanteras…

—¡Mierda! —jadeó Nina, y se agachó al mismo tiempo que el cañón del arma se incendiaba. Las balas golpearon el costado de la caravana—. ¡Eddie, agáchate! —No hubo respuesta—. ¡Eddie!

Sophia se puso a cubierto tras Nina.

—¡Se ha caído!

—¿Qué? —Estaba a punto de pisar el freno cuando una nueva ráfaga de disparos se lo impidió. En lugar de frenar, aceleró; cada vez que cogía un bache, la Winnebago se sacudía como un buque en alta mar—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Eddie puede cuidar de sí mismo.

—¡A ver si podemos nosotras! —Se aproximaba a toda velocidad a otra curva a la derecha, flanqueada por un montículo de arena. Sophia se agarró al asiento de cuero para no caer; Nina viró bruscamente, y notó cómo el pesado y alto vehículo comenzaba a inclinarse—. ¡Joder! —Tuvo que levantar el pie del acelerador…

—Ayudaría que mantuvieras las cuatro ruedas en el suelo —dijo Sophia en tono seco mientras la caravana se asentaba de nuevo horizontalmente, con un estrépito de objetos desparramándose por el suelo.

—¡Ayudaría todavía más que tuvieras la puta boca cerrada! —La carretera se curvaba de nuevo hacia la izquierda, y se elevaba desde una pequeña zanja. Viró el volante de nuevo, y la Winnebago se tambaleó una vez más.

Un ruido de motor, cerca, muy cerca…

No estaba detrás de ellas, sino a la misma altura. Había tomado el montículo por la parte superior en línea recta, en tanto que Nina se vio obligada a adentrarse en la zanja. Miró a los lados y vio al vehículo apenas a unos metros; el piloto sostenía el rifle en una mano, apuntando…

Nina se agachó al tiempo que daba un volantazo para tratar de echar al quad de la carretera. El piloto disparó una ráfaga antes de verse obligado a virar para evitar el golpe. Las balas hicieron añicos una ventana y dibujaron dos agujeros de bala en el parabrisas panorámico; una tela de araña de grietas plateadas oscureció la visión de Nina.

—¡Sophia! —gritó, y la caravana se internó en unos arbustos antes de que Nina la devolviera al sendero—. ¡No puedo ver! ¡Necesito que…!

Un cilindro rojo pasó junto a su cabeza y atravesó el parabrisas con un estallido de cristal: uno de los extintores de incendios.

—¿Mejor ahora? —preguntó Sophia, dejándose caer en el asiento del copiloto.

—Mucho mejor —gruñó Nina; un áspero viento rugía ahora a través del hueco dejado por el parabrisas. Pero al menos podía ver. Buscó el quad. Vio su faro en el espejo retrovisor: se había visto obligado a quedarse atrás para evitar un bosquecillo de árboles bajos.

El estrépito de los impactos de bala resonó por toda la cabina procedente de la parte trasera de la caravana.

—¿A qué diablos está disparando?

—¿A los neumáticos? —sugirió Sophia sarcásticamente—. ¿O a los cilindros de gas? ¿O a los trescientos litros de combustible?

Una nueva ráfaga de disparos, y a continuación el sonido de algo incendiándose en el dormitorio.

—O la loción para después del afeitado con principio activo de napalm de tu novio —replicó Nina. Las dos se giraron, y vieron llamas en el dormitorio.

—Puede que sea un poco fuerte —dijo Sophia.

—Espero que ese que has tirado por la ventana no fuera el único extintor.

—Creo que hay otro. —Sophia se encaminó con pasos tambaleantes hacia la parte trasera del vehículo.

Nina miró de nuevo por el retrovisor. El quad seguía tras ellas, y, más lejos, vio más luces atravesando el desierto.

—Eddie, ¿dónde diablos estás?

Chase tenía sus propios problemas relacionados con quads. El vehículo más próximo se acercaba rápidamente, y el fulgor ciclópeo del faro proyectaba una larga sombra en la noche. Sin dejar de correr, dio media vuelta y disparó una vez. La bala golpeó el frontal del quad con un crujido metálico.

Pero no provocó daños. El quad seguía aproximándose. Se giró para disparar de nuevo…

Demasiado lento. El Kawasaki pasó de largo, y el piloto le dio una patada en la espalda, derribándolo. Chase cayó bocabajo, y la pistola salió disparada de su mano. La espalda le quemaba; se puso de rodillas trabajosamente mientras el quad daba un giro de ciento ochenta grados para comenzar un nuevo ataque.

¿Dónde estaba el arma? No podía haber caído muy lejos…

El quad cargó directamente hacia Chase. Se arrastró a gatas, buscando el arma entre la arena, sin encontrar nada más que piedras.

La luz era cegadora. Desde su perspectiva, casi a ras de suelo, parecía como si una locomotora fuera directo hacia él.

Arena, piedras…

¡Metal!

Chase aferró el arma y disparó justo por encima del faro. Hubo un grito alarmado, y el piloto cayó de espaldas. Después, el quad viró de manera brusca, golpeando una roca y dando una vuelta de campana sobre la arena…

Caería encima de Chase.

Saltó a un lado y rodó sobre la arena mientras el quad golpeaba el suelo junto a él, cubriéndolo de piezas rotas y polvo. El pequeño vehículo rebotó un par de veces en el suelo antes de descansar por fin de costado.

La espalda le ardía, pero hizo caso omiso al dolor y se puso de pie. Miró hacia el campamento. El otro quad seguía acercándose, y podía ver más faros ascendiendo el sendero de tierra.

Cojeó hasta el vehículo caído y lo puso en pie. El motor se había calado; aferró el manillar y probó con el encendido eléctrico. El motor silbó en protesta, y se encendió de mala gana al tercer intento.

Podía ver las luces de la Winnebago a lo lejos… y algo más, un parpadeo a través de su ventanilla trasera que se parecía demasiado a un incendio.

—Mierda… —gimió mientras aceleraba y el motor subía de revoluciones —. ¿Qué ha hecho esta mujer ahora?

—¿Has encontrado el extintor? —gritó Nina.

—¡Sí! —llegó la respuesta desde el dormitorio.

—¿Y?

—¡Está en llamas!

—No me jo… —Nina no encontraba las palabras adecuadas—. Qué mierda —fue lo único que se le ocurrió. Miró atrás; Sophia se alejaba a toda prisa del dormitorio al tiempo que una cortina se incendiaba a su espalda—. Hay una cocina y un lavabo… ¡échale agua!

—¿Con qué? —replicó Sophia, levantando una taza de té.

—¿Qué tal unas sartenes? ¿No sabes cocinar?

—¡Claro que no! ¿Qué crees que soy, una criada?

La mordaz réplica de Nina fue interrumpida cuando vio que el quad trataba de adelantarlas de nuevo. Dio un volantazo para sacarlo de la carretera. El piloto frenó un tanto, pero apenas le costó esfuerzo sortear la bancada baja que flanqueaba el camino, al contrario que la Winnebago, que se sacudió con violencia.

Y en el otro espejo vio otros dos quads acercándose…

Chase le estaba ganando terreno a la caravana, abandonando la carretera para acortar por el desierto. El primer quad se había apartado bastante en su intento por adelantar; Chase supuso que el piloto planeaba adelantarse lo suficiente para dar media vuelta para poder disparar de frente.

No pensaba dejar que eso ocurriera.

El tercer quad estaba unos cincuenta metros más atrás, siguiendo a Chase. Aunque sabía que su piloto iba armado con un rifle, no creía que se atreviera a disparar… de momento. A cierta velocidad, sobre un terreno accidentado, y con solo una mano libre, tendría las mismas posibilidades de acertarle que si disparaba hacia arriba y esperaba que la bala fuese a parar justamente a su cabeza.

Pero a medida que se acercara, sus probabilidades aumentarían.

Apareció una roca en el haz de su faro; la esquivó, y viró en línea recta hacia la Winnebago. Era ya evidente que la caravana estaba en llamas; las cortinas incendiadas se asomaban por la ventanilla trasera rota, ondeando al viento.

Chase agachó la cabeza y aceleró hasta el límite.

Nina golpeó el volante cuando la Winnebago chocó con un bache y se sacudió bruscamente. Sophia cayó en el sofá de cuero de la salita, y se aferró a su brazo acolchado.

El aterrizaje no le había sentado bien al vehículo: algo arrastraba por el suelo. El volante parecía ahora más duro a las manos de Nina. O la dirección asistida estaba fallando, o el volante había resultado dañado.

—¿Qué tal va el fuego? —gritó.

Sophia miró hacia el dormitorio. Las llamas se habían extendido ya a la cabina principal.

—¡Creciendo! ¿Dónde está el quad?

—¡Acercándose! —El quad había llegado de nuevo a su altura. Después, pasó de largo y se detuvo más adelante, en el camino de la caravana. Nina gritó, tratando de evitarlo, y comprendió un segundo demasiado tarde que lo mejor hubiera sido no tratar de evitarlo. Para cuando enderezó el rumbo, la Kawasaki se alejaba ya. El rifle del piloto relució ante las luces de la caravana, colgado a su espalda—. ¡Mierda!

Más adelante, el terreno descendía a una nueva zanja. El quad mantuvo la velocidad mientras pasaba una curva, pero Nina se vio obligada a frenar para

evitar que la Winnebago se fuera larga y chocara con la pared de la zanja. El silbido de los frenos se intensificó a medida que giraba el volante, pero cualquier preocupación de índole mecánica se esfumó de un plumazo: el piloto se estaba adelantando para preparar una emboscada, en tanto que los otros dos quads que las perseguían comenzaban a darles caza.

Chase vio la Winnebago más adelante, iluminada por las llamas y el rastro de humo que dejaba en su camino, coloreado de rojo por las luces traseras del vehículo. Estaba casi junto a ella, pero comprendió que no tenía ningún plan para cuando la alcanzara. Si Nina y Sophia se detenían para escapar del vehículo en llamas, el piloto del quad que iba tras él se detendría para dispararles, y era imposible que el pequeño quad llevase a tres personas.

El que lo perseguía redujo aún más sus opciones cuando abrió fuego a su espalda. Chase miró atrás. El Kawasaki le había comido terreno, y el piloto estaba ya lo bastante cerca como para hacer diana. Reposaba el cañón del rifle en el manillar, y lo sostenía en la cadera. No era una postura demasiado precisa, pero si se acercaba un poco más, poco importaría.

La Winnebago estaba ya muy cerca, y su techo estaba casi al mismo nivel que la cima de la zanja. Se colocó en paralelo.

Un segundo disparo, que pasó más cerca.

Estaba al lado de la caravana ya…

Chase exprimió al máximo el motor y viró bruscamente, saltando por el borde de la zanja.

El quad voló hasta aterrizar en el techo de la Winnebago…

Y lo atravesó; acero y aluminio se vencieron de inmediato bajo el peso del pequeño vehículo.

La parte trasera de la caravana se colapsó, y los paneles laterales fueron expulsados hacia fuera cuando el muro trasero entero se soltó y cayó en llamas al sendero. El quad cayó sobre la cama del dormitorio, y Chase salió disparado por encima del manillar. Atravesó la pared de separación chamuscada en una lluvia de chispas y cayó de espaldas en la salita de estar.

Sophia lo miró con sorpresa.

—Qué tal… —dijo Chase con un aturdido ademán.

—¿Qué diablos ha sido eso? —gritó Nina.

—Solo mi exmarido haciendo una de sus entradas teatrales —le dijo Sophia.

Nina miró atrás.

—¡Eddie!

—Hola, cielo. Estoy contigo en un minuto —dijo él, quitándose de encima escombros en llamas antes de dirigirse hacia el dormitorio.

Tras él, Sophia vio el arma caída entre los escombros. Fue a toda prisa a cogerla, y miró hacia donde se encontraba Chase.

Chase entró en el dormitorio arrasado y miró a través del orificio donde había estado la pared para ver al piloto que los perseguía; el quad retomó el sendero principal al tiempo que la caravana emergía de la zanja. Fue a coger el arma… pero no la encontró.

—Me cago en…

El piloto preparó el rifle…

Chase se lanzó al suelo entre los restos del destrozo, y se ocultó tras el quad, que descansaba sobre la cama; una ráfaga de tres disparos asoló lo que quedaba de la parte trasera de la Winnebago. Pocos segundos después, una nueva ráfaga, esta vez más abajo.

Chase sabía por qué. Estaba apuntando a los neumáticos.

Levantó la cabeza y vio al piloto del quad virando hacia el lateral de la Winnebago para tener un mejor ángulo de disparo… y comprendió alarmado que su propia Kawasaki estaba en llamas. Y peor aún, una barra metálica había perforado el depósito de combustible, y una hilera de gasolina se derramaba sobre el colchón… que ya ardía por varios sitios.

—¡En todo! —concluyó.

No había modo de sofocar las llamas. Tenía que librarse del quad antes de que el depósito estallara.

El motor seguía en marcha. Chase se incorporó de un salto y aferró el manillar, girando el vehículo al tiempo que daba golpes de gas. El piloto del otro quad lo vio y dio la vuelta; el inglés era ahora un blanco mucho más apetecible que los neumáticos.

Chase aceleró.

El quad salió disparado al mismo tiempo que Chase soltaba el manillar; el quad se convirtió en un proyectil incendiado expulsado por la parte trasera de la caravana hacia el otro quad. La hilera de combustible chisporroteó y se incendió. Un arco de fuego siguió al quad convertido en proyectil, que cayó sobre el piloto…

Ambos aparatos colisionaron, seguidos una fracción de segundo después por el reguero de llamas. El quad de Chase estalló en pedazos en una bola de fuego que iluminó el desierto, y la explosión del segundo vehículo se produjo casi de inmediato.

Escombros en llamas cayeron sobre Chase. No prestó atención al dolor, sino que aguardó hasta que la bola de fuego se hubo extinguido antes de abrir los ojos… para ver un neumático, engullido por las llamas, rebotando directamente hacia él…

—¡Mierda! —jadeó, rodando a un lado en el preciso instante en que el neumático incendiado pasaba de largo y rebotaba en el muro de partición, girando de nuevo hacia él. Gritó y se lanzó sobre el colchón en llamas, y el neumático salió despedido hacia el desierto.

Mientras se frotaba frenéticamente los brazos allí donde su vello se había chamuscado, Chase saltó a través del orificio en el muro, y corrió junto a Sophia en dirección a la cocina.

—¡Ay, ay, joder! ¡Agua, necesito agua! —Llegó al fregadero y abrió los grifos, salpicándose por todo el cuerpo.

Nina miró atrás.

—Eddie, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado?

—La rueda —jadeó él—, en llamas…

—¿No tenías mechero o qué?

Chase la miró con un gesto que daba a entender que no le veía ninguna gracia. Sus antebrazos estaban cubiertos de marcas rojizas, pero ninguna de las quemaduras parecía grave.

—Me he librado del tío de atrás.

—Hay otro delante —le dijo Nina.

—Ya lo sé. —Chase se giró y buscó algo con la mirada en el suelo—. Tenía una pistola…

—¿Esta? —preguntó Sophia. Chase se quedó inmóvil cuando vio el arma automática en las manos esposadas de Sophia, apuntando a su pecho. Sophia lo miró a los ojos, sonrió ligeramente… y después giró el arma en su mano y se la ofreció por la empuñadura.

Chase la cogió.

—De nada —dijo ella sarcásticamente—. Solo quería demostrarte que puedes fiarte de mí.

—Antes me fiaría de un tigre de bengala.

Ella resopló.

—Tan encantador como siempre.

Chase no dijo nada; comprobó cuántas balas le quedaban y se reunió con Nina.

—¿Está muy lejos?

Nina señaló hacia la carretera. El último quad se había adelantado unos noventa metros, y una estela de polvo se coloreaba de rojo, casi como una nebulosa, al ser iluminada por los faros traseros del vehículo.

Chase miró el indicador de velocidad. A pesar del ruido que producía la transmisión de la caravana, apenas llegaba a los cincuenta kilómetros por hora sobre el accidentado terreno del desierto. El piloto tendría el tiempo justo para detener el quad, apuntar al conductor de la Winnebago y disparar antes de que lo alcanzaran…

—Sigue adelante —le dijo Chase a Nina mientras se agachaba en el hueco del reposapiés del copiloto—. Cuando se pare, avísame.

—¿Qué vas a hacer?

Chase meneó el arma.

—¿Tú qué crees? No frenes.

Sophia regresó al sofá y se preparó para la confrontación.

—¿Me permitís recordaros que estamos en un vehículo incendiado?

—Si prefieres salir corriendo, adelante —replicó Nina. El quad seguía alejándose, pero comenzaba a vencerse a un costado…

Las luces de freno resplandecieron.

—¡Se está parando, se está parando! —gritó Nina.

—¡Conduce directamente hacia él! —ordenó Chase.

Nina pisó con mayor fuerza el acelerador; cada pequeño bache hacía que la Winnebago se tambaleara. El quad se detuvo del todo, y el piloto sostuvo el rifle que llevaba colgado al hombro.

—Eddie, tiene un arma…

—¡Ya lo sé! ¡No te pares!

El rifle se alzó…

Chase se incorporó de un salto y disparó tan rápidamente como pudo. Las balas golpearon el suelo junto al quad Kawasaki; la Winnebago se movía demasiado para que Chase pudiera apuntar con precisión, pero ese no era el motivo por el que estaba disparando.

Disparaba para distraer al otro, obligándolo a centrarse en un blanco mucho más peligroso.

Chase.

Clic. Cargador vacío.

El otro cambió de blanco…

Chase se echó al suelo cuando una ráfaga de disparos despedazó lo que quedaba del parabrisas.

—¡Atropéllalo! —gritó.

El artillero comprendió que había errado el tiro, y cambió a su objetivo original. Y reparó entonces en que su objetivo original iba a pasarle por encima con la pesada caravana.

Nina se estremeció en su asiento, cerró los ojos…

El piloto saltó a un lado cuando la Winnebago aplastó el quad como si fuera un tren de mercancías, despedazándolo. La cabina se sacudió violentamente cuando las ruedas delanteras pasaron por encima de algo, y de nuevo cuando le llegó el turno a las ruedas traseras.

—¡Oh, dios, oh dios! —gritó Nina, agitando las manos, al borde del pánico—. ¡Le he pasado por encima!

—No, se ha apartado —dijo Sophia, mirando atrás—. Aunque no sé por qué te preocupas. Estaba intentando matarte.

—¡Quizá porque no soy una psicópata! —Nina aferró de nuevo el volante y miró por los espejos retrovisores. Había más luces, algo más lejos, pero se acercaban. Varios *jeeps* 4 × 4 los perseguían—. ¡Eddie! ¿Cuánto queda hasta nuestro Land Rover?

Chase miró adelante.

—No mucho. —Se incorporó—. Nina, ¡déjame conducir!

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella mientras cambiaban de sitio.

—Averiguar si se puede derrapar con una caravana. —Más adelante el terreno estaba sembrado de enormes rocas, y el sendero descendía a una hondonada—. ¡Agarraos! —Nina pareció aterrorizada, pero se aferró al asiento del copiloto, cubierto de agujeros de bala.

Chase no levantó ni un centímetro el pie del acelerador. Cuando la Winnebago estaba a punto de descender la zanja, lo levantó de golpe. El frontal de la caravana se inclinó bruscamente a causa de la repentina pérdida de potencia. En ese preciso instante, Chase viró el volante y tiró del freno de mano.

Con un estallido de gravilla y arena bajo los neumáticos, la Winnebago comenzó a derrapar, desplazándose prácticamente de lado al tiempo que descendía a la zanja. La parte trasera incendiada de la caravana golpeó el inclinado muro. Se detuvo bruscamente, y a punto estuvo de hacer saltar a Chase y Nina de sus asientos. Chase contempló el otro lado de la zanja, apenas a treinta centímetros del parabrisas.

—¡De puta madre! —gritó—. ¡Gracias, películas de acción!

Abrió la puerta del conductor de una patada y aguardó a que Nina y Sophia lo siguieran.

—Vale, eres un loco de Cannonball —dijo Nina, aturdida, mientras recorrían a pie la zanja—. ¿Pero de qué nos va a servir eso?

—Porque va a estallar…

Hubo un cegador destello naranja y un estrépito de combustible incendiado, seguido un segundo después por una explosión mucho más violenta cuando los depósitos de propano de la Winnebago estallaron. Los tres fueron derribados por la onda expansiva.

—En cualquier momento —terminó Chase. Tras ellos, la caravana estaba envuelta en llamas, y obstaculizaba por completo la zanja—. Tardarán un buen rato en rodearla, y además tendrán que rodear esas rocas.

—¿Dónde está vuestro coche? —preguntó Sophia.

—Ahí mismo. —El Land Rover estaba aparcado a un lado de la carretera. Corrieron hacia él y subieron. Chase maniobró el 4 × 4 para llevarlo de vuelta a la lejana autopista. Miró por el retrovisor. Los vehículos perseguidores, como esperaba, se habían dado de bruces con la Winnebago, y tardarían unos cuantos minutos rodear las rocas—. No creo que puedan alcanzarnos.

Sophia alzó sus manos esposadas.

—En ese caso, ¿os importaría quitármelas?

Nina jugueteó con la llave.

—Cuando estemos lejos de aquí. Y cuando averigüemos qué diablos está pasando.

—Os diré todo lo que sé. Cuando estemos a salvo.

—Eso no ocurre muy a menudo —dijo Chase, mientras el Land Rover se perdía en la noche.

La furia ciega de Zamal alcanzó su cénit cuando regresó cojeando al campamento, con la mandíbula dolorida por el puñetazo de Chase. Había estado en contra de que Sophia Blackwood los acompañase desde el principio, pero había tenido que tolerar que Vogler y Hammerstein accedieran a las exigencias lujuriosas de Ribbsley, aduciendo que sin él serían incapaces de sacar provecho de la carta de navegación que Nina Wilde había descubierto.

¡Patético! Teniendo en cuenta la cantidad de dinero que Ribbsley le había sacado a la Alianza a lo largo de los años que había estado traduciendo textos de los veteres para ellos, debería darse por satisfecho de que no lo hubieran sacado de su casa de Cambridge a la fuerza y lo hubieran obligado a realizar el trabajo a punta de pistola.

Y ahora esa decisión había demostrado ser una idiotez: Blackwood había escapado. ¡Y con Nina Wilde!

Zamal culpaba a Vogler; puede que no estuviera siempre de acuerdo con su predecesor, Jonas di Bonaventura, pero al menos lo respetaba, y sabía que no hubiera cedido a las pretensiones de Ribbsley. El protegido no estaba a la altura del mentor.

Cuando llegó al campamento, los otros lo estaban esperando.

—Me da igual lo que acordaran —le dijo a Ribbsley—. Cuando coja a la mujer, la mataré.

—Tenemos que encontrarla —dijo Callum—. Si alguien llega a saber que sigue viva…

—Blackwood es tu problema —dijo Vogler despreciativamente—, no el nuestro. Nuestra mayor amenaza es la doctora Wilde. Debemos dar por hecho que vio la inscripción.

—En ese caso, hay que eliminarla antes de que la traduzca. —Hammerstein lanzó una mirada gélida a Vogler—. Si esos piratas que contrataste hubieran hecho su trabajo como es debido y hubieran matado a todos los ocupantes de la *Pianosa*…

—Echarnos las culpas no va a ayudarnos a encontrarlos —dijo Callum, colocándose en el centro del grupo—. Tenemos que organizarnos, y ahora mismo…

Zamal lo cogió de las solapas.

—No nos digas lo que tenemos que hacer, yanqui —gruñó, antes de darle un empujón—. Solo estás aquí porque te lo permitimos. No te olvides de quién está al mando. —Callum no dijo nada; se limitó a mirar al otro con ojos inexpresivos, casi hieráticos.

—Pero tiene razón —dijo Vogler—. Tenemos que encontrarlos. Y tendremos que destruir esta excavación, esta misma noche. Profesor, ¿tiene toda la información que necesita de la cámara? —Ribbsley asintió—. Bien. Entonces, siga trabajando. Y, profesor… —Una mirada casi pesarosa—. Me temo que la señora Blackwood es ahora una amenaza para la Alianza. No podemos fiarnos de ella.

—Me alegro de que estemos de acuerdo en algo —dijo Zamal. Los tres líderes de la Alianza se marcharon; Callum los siguió.

Ribbsley permaneció inmóvil, sin embargo, contemplando el objeto que tenía entre las manos: el maletín.

—Bueno, yo no diría que no es de fiar —dijo para sí mismo con una leve sonrisa, mientras abría el maletín. Dentro estaba su portátil.

Que contenía todas sus investigaciones.

Sophia sabía perfectamente qué había en el maletín, y lo había mantenido alejado de Nina y Chase deliberadamente. La sonrisa solo esbozada se extendió.

—No lo diría en absoluto…

17

—Vale —le dijo Nina a Sophia—, ¿qué tienes que contarnos?

—Sí —añadió Chase—. ¿Y qué carajo te has hecho en el pelo?

Tras alcanzar la autopista, habían conducido hacia Perth un buen rato hasta apartarse de la carretera principal camino a la costa. Era una manera más lenta y menos directa de dirigirse hacia el sur, pero de ese modo reducirían las probabilidades de toparse con alguien que fuera en su busca.

Ahora, poco después del amanecer, eran los primeros clientes de un pequeño restaurante de carretera. La única persona aparte de ellos que albergaba el desvencijado local era la camarera de mediana edad, que después de servir café a los recién llegados, se sentó junto a la caja registradora a leer una novela romántica con el acompañamiento musical de una vieja máquina de discos en un rincón.

—No fue idea mía, te lo aseguro —dijo Sophia, mientras recorría su cabello con las manos. Las dos esposas rodeaban ahora una sola de sus muñecas, con objeto de no llamar en exceso la atención—. El rubio no es mi color, pero podría haber sido peor. —Contempló el cabello pelirrojo de Nina —. Pero Callum insistió, para evitar que algún transeúnte me viera con mi peinado habitual y pensara «Joder, ¡esa es la que intentó volar Nueva York! ¡Creía que estaba muerta!».

—Pero no lo estás, por desgracia —dijo Nina.

—Oooh, buena réplica —dijo Sophia, mirando a Nina con desdén. Se fijó en su anillo de compromiso. Por un instante pareció al mismo tiempo sorprendida y enojada, antes de recuperar su máscara habitual de desprecio—. No me digáis que os vais a casar.

—Nos vamos a casar —le dijo Nina con una sonrisa gélida.

—Pensamos en invitarte —añadió Chase—, pero estabas muerta.

—Y hablando de eso —dijo Nina—, ¿qué tal si nos cuentas por qué la Alianza preparó tu salida de Guantánamo?

Sophia se recostó en su asiento.

—En parte tiene que ver con el motivo por el que me enviaron allí en primer lugar.

—Eso fue porque te habrían asesinado antes de llegar a juicio en una cárcel normal —dijo Chase.

Sophia resopló.

—No lo creo. ¿De verdad piensas que a alguien le hubiera importado que una presa de dos metros me apuñalara en las duchas? Así se habrían ahorrado el increíblemente costoso, largo y complejo juicio que habría expuesto las deficiencias de la seguridad fronteriza estadounidense. Después de todo, tras gastarse tantísimos millones de dólares en seguridad interna, lo único que evitó una explosión nuclear fue que un tío de Yorkshire con alopecia metiera la mano en el mecanismo. —Contempló el antebrazo izquierdo de Chase, y la cicatriz en forma de X que lo recorría de un extremo a otro.

—Y todavía me duele —gruñó Chase.

Nina resopló.

—No puedo creerlo. Intentaste convertirte en la mayor asesina en masa de la historia, y hablas de ello como si… como si hubiera sido una tontería.

Sophia se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que haga, que me eche a reír histéricamente y anuncie que el mundo aún no se ha librado de Sophia Blackwood? Tenía un plan. Falló. Me cogieron. Me cogisteis vosotros. Claro que estuve… cabreada durante mucho tiempo. —Los contempló a ambos con una mirada ominosa que dejó bien claro que seguía albergando resentimiento en su interior—. Pero eso ya pasó, y desde entonces he tenido motivos para estar más cabreada con otros. Concretamente… con Victor Dalton.

—¿El presidente? —preguntó Nina, confusa—. ¿Por qué?

—Fue él quien me mandó a Guantánamo, a pesar de que llevaba meses en una prisión de alta seguridad normal y corriente. No era un lugar muy agradable… pero era el Ritz comparado con el Campamento 7. Y fue prácticamente lo primero que hizo tras ser elegido. ¿Sabéis por qué?

—¿Creyó que te vendría bien que te diera un poco el sol? —sugirió Chase.

—Muy ingenioso, como de costumbre. Veo que hay algo que tú y Nina tenéis en común —dijo Sophia—. No, Eddie. El motivo por el que me mandó

a Guantánamo es porque yo era una amenaza para él. Podía arruinar su mandato en un segundo.

Nina la miró dubitativamente.

—¿Ah sí? ¿Cómo?

—¿Recuerdas la noche en que nos conocimos?

—Claro. En el yate de René Corvus.

—Eso es. Yo estaba con Richard Yuen. Y Victor… el senador Dalton, que es lo que era entonces, también estaba allí.

Nina asintió; se acordaba perfectamente.

—Sí, ¿y qué?

—Más tarde, él y yo tuvimos una… reunión privada en uno de los camarotes.

Chase tosió en su café.

—¿Te tiraste al presidente? —escupió. La camarera alzó la vista de su libro.

—¡Eddie! —gritó Nina, golpeándole en el brazo.

—No podría haberlo expresado mejor —dijo Sophia—. Sí, eso fue lo que pasó.

Chase negó con la cabeza.

—Joder. Y lo hiciste con tu exmarido, tu marido en ese momento y tu futuro marido los tres en el mismo barco. ¿Nunca tienes bastante o qué?

—Oh, Richard lo sabía. Y René también. Pero ambos pensaban que eran los únicos en saberlo.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste?

—Negocios, por supuesto. Aún no había ganado las primarias de su partido, pero tenía mucha ventaja en los sondeos. Así que tanto Richard como René pensaron, una vez que les metí la idea en la cabeza, que sería fantástico tener una cierta influencia sobre el próximo presidente de los Estados Unidos de América.

—Lo grabaste todo —comprendió Chase—. Escondiste una cámara en algún sitio y lo grabaste. —Hizo una mueca—. Eso es… joder, es asqueroso. Es decir, el presidente… No es precisamente George Clooney.

Sophia esbozó una sonrisa.

—Tiene gracia, Eddie… muchos de mis amigos pensaron lo mismo cuando me casé contigo.

Nina negó con la cabeza.

—No, es una locura. No es posible que consiguieras llevarte a Victor Dalton a la cama y encima lo grabaras todo. ¡Tenía al Servicio Secreto de su

lado, por todos los cielos!

—El Servicio Secreto no solo protege a los candidatos presidenciales —dijo Sophia—. También protege sus secretos. ¿Por qué crees que se llama así? Todos los hombres poderosos tienen caprichos sexuales, adicciones… son rasgos habituales en los que buscan el poder por encima de todo.

—Entonces, era el hombre perfecto para ti —dijo Chase.

—¿Podemos dejar de hablar de… de pervertidos adictos al sexo? —exigió Nina—. Así que lo grabaste todo. ¿Y luego qué?

—Puse la grabación a buen recaudo —continuó Sophia—. ¿Te acuerdas, Eddie, de Shanghái, cuando fuimos al despacho de Richard para abrir su caja fuerte?

—Guardaba tu pasaporte en esa caja —recordó Chase.

—Sí, pero podría haberlo conseguido en otro momento. En realidad fui a por un *pendrive* con una lista de las contribuciones de Richard, digamos poco legales, a varias campañas políticas, no solo a Dalton, sino también a otros políticos. Y también a por la grabación. La llevaba conmigo en Nueva York y en Botswana, y cuando fui a Suiza con Richard la guardé en una caja fuerte en un banco.

—Y apuesto a que sigue allí —dijo Nina.

—Sí. Y por eso Dalton quería perderme de vista cuanto antes. Si estuviera en el sistema penitenciario habitual, tendría visitas, acceso a abogados… gente a la que podría hablarle de la grabación y usarlos para filtrarla a los medios.

—Lo que pondría fin a la carrera política de Dalton. El presidente teniendo una aventura con la terrorista que intentó detonar una bomba en Nueva York…

—Exacto. Pero dado que Dalton me declaró enemiga del Estado en cuanto llegó al cargo, pudo enviarme a Cuba, donde no podría recurrir a todas esas cosas. Y por eso Gabriel le pidió a la Alianza que consiguiera mi liberación. Cuando llegaron, Callum les acompañaba… como mi ejecutor. Sé cosas que pueden derrocar al presidente, así que no pueden permitirme vivir. —Esbozó una amplia y burlona sonrisa—. Ah, y por cierto, ahora que sabéis lo de la grabación, lo mismo vale para vosotros. Os habéis convertido en enemigos del hombre más poderoso del mundo. ¡Felicidades! —Contempló sus rostros estupefactos con autosuficiencia—. Aunque, por lo que le oí decir a Callum, creo que ya lo erais.

—¿Qué? —dijo Nina.

—No conozco los detalles. No confiaba en mí. Tenía algo que ver con el hecho de que sabotearais una operación encubierta.

Nina y Chase se miraron con gesto preocupado, y recordaron lo ocurrido cuatro meses atrás.

—¿Dalton lo sabía? —preguntó Chase.

—Claro que lo sabía —dijo Sophia con cierta impaciencia—. Los presidentes siembre saben esas cosas. Si no, ¿de qué sirven? El tío de arriba del todo es quien tiene que dar las órdenes.

—Salvo si lo hace la Alianza —dijo Nina, y miró a Sophia con ojos inquisidores—. Has dicho que nos hablarías de ellos. ¿Quiénes son? ¿Y por qué tienen poder para decirle al presidente lo que debe hacer?

Sophia dio un largo trago a su café; el silencio solo era interrumpido por el traqueteo de la máquina de discos.

—Obviamente, no lo sé todo —dijo por fin—. No me consideraban exactamente una confidente. Incluso Gabriel se resistía a contarme demasiado. Pero —continuó, inclinándose hacia delante—, tengo mis propios métodos.

—Sí, ya lo sabemos —murmuró Nina—. Limítate a los hechos, ¿vale?

—Muy bien —dijo Sophia amargamente—. La Alianza del Génesis es una unidad de operaciones secretas, pero no pertenece a ningún país. Se estableció para proteger los intereses comunes de tres… organizaciones, aunque esa no es la palabra idónea, muy antiguas, poderosas y ricas.

—¿Como la mafia o algo así? —preguntó Chase.

Sophia se echó a reír.

—Supongo que hay quien diría eso. Pero no, la palabra adecuada sería más bien… credos.

Nina tardó unos instantes en comprender a qué se refería.

—Un momento, ¿quieres decir como religiones?

Sophia asintió.

—Tres religiones. Todas distintas, pero con un origen común. Tres líderes, uno de cada religión, que comparten el control. Vogler representa al cristianismo, en concreto a la Iglesia católica. Hammerstein es israelí, y representa al judaísmo. Y Zamal, un saudí, representa al islam. Tienen la misma misión, eliminar todo conocimiento de cualquier cosa que amenace aquello en lo que creen.

Chase se inclinó hacia ella, intrigado.

—¿Y en qué creen?

—Yo, eh… —vaciló Sophia—. En realidad no lo sé.

—¿No lo sabes? —replicó Nina.

—Gabriel no quiso decírmelo —dijo Sophia, cruzando los brazos malhumoradamente—. No conseguí que me lo contara. Solo lo ayudaba con las traducciones. Sé que es algo muy antiguo, que implica a una gente a la que llaman veteres, y que la Alianza lo está utilizando para localizar cualquier rastro de ellos, para que puedan ser destruidos.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para ellos?

—Mucho, desde antes de que yo lo conociera. Al menos quince años. Pero la Alianza existe desde hace mucho más tiempo, alrededor de cincuenta años.

—Eso quiere decir que sea lo que sea lo que intentan ocultar, se les está dando muy bien —comprendió Nina.

—Y son implacables. Matarán a cualquiera que encuentre pruebas de la existencia de los veteres. Hace ocho años, acompañé a Gabriel a una excavación… Por aquel entonces no sabía qué estaba ocurriendo, pero ahora entiendo que la Alianza debió destruirlo todo, y sin duda mató a la gente que la descubrió.

—No suena muy piadoso —dijo Chase—. ¿Qué pasó con eso de «No matarás»?

—Supongo que le hacen tanto caso como nosotros.

—¡Ey! —protestó Nina—. ¡Yo no he matado a nadie! —Chase y Sophia la miraron—. Bueno, no deliberadamente… ¡y ellos intentaban matarme!

—Seguro que San Pedro acepta eso como excusa —dijo Sophia.

Chase acarició con una mano reconfortante el hombro de Nina.

—¿Y ahora qué hacemos? Si tres representantes de religiones realmente poderosas nos quieren muertos, y ahora resulta que también el presidente de los putos Estados Unidos nos quiere muertos, creo que estamos metidos en un lío bien gordo.

—Es muy sencillo detener a Dalton —dijo Sophia—. Solo hay que ir a Suiza, coger la grabación, y enviársela a la prensa. Estará fuera de la Casa Blanca en una semana.

—Hay una manera más sencilla —dijo Chase—. Solo hay que ir a un estudio de televisión y decir «¡Hola, estoy viva! ¿A qué no adiviná is quién me ha sacado de Guantánamo…?».

Sophia frunció el ceño.

—Ese plan solo tiene un pequeño problema, Eddie. Me arrestarían. Y después me matarían. Librarse de Dalton no sirve de nada si estoy muerta.

—No sé qué decirte —dijo Nina—. Yo no le veo inconvenientes.

Sophia la miró como si fuera a estrangularla; Chase se echó a reír.

—Aunque consigamos la grabación —dijo Chase— y nos deshagamos de Dalton, aún queda la Alianza. ¿Cómo nos libramos de ellos?

—Del mismo modo que de Dalton —dijo Nina, con decisión, irguiéndose en su asiento—. Averiguamos qué es eso que quieren ocultar y lo exponemos al mundo entero.

—¿Así de fácil, eh? —dijo Sophia, levantando una ceja.

—Así de fácil —repitió Nina—. Tenemos las fotografías que hice de la inscripción; tenemos todo lo que tú sabes del lenguaje; tenemos… lo que sea esto —añadió, sacando uno de los cilindros de arcilla con surcos y alzándolo a la luz—. La Alianza no tiene mucho más.

—Gabriel podrá traducir el texto —dijo Sophia—. Yo solo lo ayudaba. Sabe mucho más que yo.

—¿Quieres decir que admites no saber lo suficiente? —preguntó Nina, recostándose en su asiento… solo para dar un respingo—. ¡Ay!

—¿Qué? —preguntó Chase.

—Joder… ¡Me acabo de sentar donde me clavé la aguja!

—¿Así que no fue una picadura de tarántula? —preguntó Sophia—. Qué lástima.

La máquina de discos cambió el vinilo de nuevo.

—¿Una tarántula? —gruñó Nina, frotándose el trasero—. Pensaba que te gustarían más las viudas negras… —Guardó silencio, con el cilindro en la mano, y se giró en el asiento para mirar hacia la máquina de discos—. ¡Joder!

Chase siguió su mirada cuando empezó la siguiente canción.

—¿Es *The Safety Dance*, no? Hacía siglos que no la oía…

—¡La canción no! —exclamó Nina, contemplando con creciente excitación el cilindro—. ¡Sé lo que es esto!

—¿Lo sabes? —preguntó Sophia.

—¡Sí! Pero necesito un lugar en el que trabajar. Necesitamos un hotel, un motel, lo que sea.

—¿Con cama triple? —sugirió Chase.

—¡Eddie! Y necesitamos algo más. —Llamó a la camarera—. Perdone, ¿puede decirme dónde hay una ferretería?

Se dirigieron al sur, hacia Perth, hasta llegar a un pueblecito donde encontraron un motel y una ferretería.

Nina se puso a trabajar en la pequeña mesa de la habitación del motel, que pronto se asemejó a un cruce entre un puesto de feria de artesanía arrasado por un tornado y el laboratorio de un científico demente. El viaje a la ferretería había dado como resultado la compra de varias cartulinas, cinta adhesiva, una clavija de madera, un soporte de lámpara, un destornillador eléctrico… y un juego de afiladas agujas habitualmente usadas para reparar tejidos gruesos como la lona.

—¿Crees que funcionará? —preguntó Chase.

—Enseguida lo sabremos. Casi he terminado. —Arrancó un trozo de cinta adhesiva y lo utilizó para pegar el destornillador al lateral de la mesa con el mandril vacío apuntando hacia arriba, y a continuación unió la clavija de madera a una de las puntas del destornillador, después de haber perforado un agujero en su extremo. Cuando quedó bien encajado, insertó la punta en el mandril. Conectó el destornillador a la corriente y pulsó el gatillo a modo de prueba en su ajuste de potencia más bajo. La clavija giró con un leve zumbido.

—Vale —dijo Nina—, hasta ahí funciona. Ahora vamos con el resto…

Cogió un cono hecho de una de las cartulinas y lo pegó con cinta al pie metálico del soporte de lámpara por su extremo más estrecho. Cuando estuvo fijo, cogió una de las agujas y con cuidado la insertó de punta en el extremo del cono antes de usar más cinta para sostenerla en el sitio. Después, deslizó el soporte de lámpara por la mesa, inclinando la aguja sobre la clavija de madera…

—Ya solo nos hacen falta unos vinilos antiguos —dijo Chase, orgulloso del trabajo de Nina—, y podemos montarnos un guateque.

Sophia contempló la construcción atónita.

—¿Has construido un gramófono?

—Exacto —dijo Nina, cogiendo el cilindro—. Esto es lo que es esta cosa… ¡una grabación sonora! Los surcos son como los de un disco, o más bien un viejo cilindro de cera, supongo. Se han dado casos de piezas de cerámica que accidentalmente han grabado sonidos ambiente mientras se inscribía en su superficie con una aguja en un torno de alfarero. Al parecer los que crearon este objeto depuraron la técnica y la convirtieron en algo con aplicaciones prácticas. —Señaló el cono—. Usaron cobre en lugar de cartón, pero el principio es el mismo; se supone que el cono debe recoger las vibraciones de los sonidos y transmitirlas a través de la aguja hacia la arcilla blanda cuando se está realizando la grabación, y después las amplifica como un altavoz cuando el cilindro, ya endurecido al fuego, se reproduce de nuevo.

Y sé qué tamaño de aguja utilizaron porque, bueno, porque me la clavé en el trasero.

Chase contempló el segundo cilindro sobre la mesa.

—¿Y qué grabaron en ellos?

—Voces, supuestamente. Sermones religiosos, discursos de sus líderes… quizá incluso canciones. —Nina bajó con cuidado el cilindro al tocadiscos improvisado y deslizó la clavija de madera en el agujero de su base—. Ahora lo descubriremos.

Por una vez, Sophia parecía inquieta.

—¿Me estás diciendo que, si esto funciona, podríamos oír una voz de hace cien mil años?

—Ciento treinta mil, si he calculado bien las fechas. Es más de la mitad del tiempo que llevan existiendo los seres humanos.

Chase sonrió.

—¿Quién dice que sea humano? Puede que sean extraterrestres hablando.

—No son extraterrestres —dijo Nina en tono de exasperación profesional. Movió la base de la lámpara hasta que la punta de la aguja rozó el comienzo del surco cerca de la parte superior del cilindro—. Vale, empezamos…

Contuvo el aliento y encendió el mecanismo.

El cilindro giró; el motor del destornillador silbó, protestando por el peso extra… pero incluso por encima del ruido, pudieron oír con claridad un sonido proyectado por el altavoz improvisado.

Una voz. Pero no se parecía a nada que hubieran oído antes.

—Joder —dijo Chase, a punto de estremecerse—, ¿estás segura de que eso no es un alien?

Nina reaccionó de manera muy similar a ese sonido antinatural, a ese gemido casi siniestro. La sensación que recorrió su espina dorsal, sin embargo, fue más bien de entusiasmo y no tanto de miedo a lo desconocido.

—No va a la velocidad correcta —comprendió; detuvo el motor y ajustó la velocidad antes de colocar de nuevo la aguja en la posición de origen—. Probemos de nuevo.

Esta vez, la voz sonó como algo que hubiera producido una laringe humana, aunque la articulación seguía siendo un tanto deficiente. Formó cuatro sonidos claramente autónomos, palabras, supuso Nina, antes de detenerse y hablar de nuevo.

—Sigue sin ir a la velocidad correcta —dijo Sophia, completamente fascinada—. Tiene que ir más rápido.

Nina aumentó la velocidad del destornillador y reinició el motor. La voz habló de nuevo; era claramente masculina, aunque tenía una extraña reverberación. Trató de distinguir las palabras, y escuchó otro sonido bajo la voz, un gemido o un crujido levísimo, casi mecánico.

La voz habló durante un minuto antes de que la aguja alcanzara finalmente el extremo del surco y cayera a la base del cilindro. Nina apagó a toda prisa el destornillador.

—¿Qué estaba diciendo? —preguntó Chase.

—Espero poder averiguarlo. Y espero que sea algo útil —le dijo Nina mientras levantaba con delicadeza el cilindro del huso improvisado—. Dame el otro.

La grabación del segundo cilindro duraba algo más que la primera, y reproducía la voz de un segundo hombre que hablaba más rápidamente, aunque con el mismo eco gutural y extraño. Comenzaba con tres palabras en lugar de cuatro, seguidas de una pausa antes de que la voz prosiguiera su discurso.

Nina reprodujo de nuevo el comienzo, y después contempló el cilindro con gesto pensativo. En su parte superior había inscritas tres palabras en aquel idioma antiguo.

—¿Y si…? ¿Y si las primeras palabras de cada grabación son una especie de título? —pensó en voz alta, retirando el cilindro del destornillador y dejándolo junto al primero—. Para que el que escuche sepa que tiene el cilindro adecuado. —Trató de recordar la excavación—. Ribbsley sabía qué eran estos símbolos; los tradujo. ¿Qué dijo?

Chase trató de recordar.

—Algo sobre el mar. Y el viento.

—Mar de viento —dijo Nina, recordando las palabras de Ribbsley. Inspeccionó el primer cilindro de cerca—. ¡Viento! Mierda, debería haberme dado cuenta antes. ¡Fijaos! —Señaló—. Este símbolo, las tres líneas horizontales con la de encima curvándose sobre sí misma… ¡representa el viento!

Sophia no parecía convencida.

—No es muy realista —dijo.

—Puede, pero esa simbología se basa en la realidad, es cómo se ven la arena o el polvo si el viento los hace volar por una llanura. O por una playa, y sabemos que esa gente vivía en la costa. Lo que significa que esta línea ondulada de aquí… ¡son olas! Es su símbolo para el mar. Viento y mar, juntos… mar de viento. —Inspeccionó los caracteres restantes—. El último

también es viento, y el tercero no es simbólico, es una palabra. —Trató de recordar lo que Ribbsley había dicho—. ¡Estaciones! «Mar de viento, estaciones, viento». Signifique lo que signifique eso.

—Puede que sea el parte meteorológico —sugirió Chase—. Los vientos serán distintos dependiendo de la época del año. Muy útil si vas a embarcarte para cruzar el océano Índico. —Las dos mujeres lo miraron, impresionadas—. ¿Qué pasa? ¿Creíais que solo soy una máquina sexual? —Ahora intercambiaron sonrisas—. ¿Qué?

—¿Qué dice el otro cilindro? —preguntó Sophia.

—Algo parecido. «Pez del mar del viento», creo. Aunque la estructura de la frase está invertida. Literalmente es «mar de viento, pez». Parece que el primer cilindro usa una estructura jerárquica, casi como un catálogo. El tema principal es «mar de viento», categoría «estaciones», subcategoría «viento». Para ser un lenguaje tan antiguo es muy eficiente.

—No son iguales —apuntó Chase.

—¿Qué?

—Las palabras para «viento». No son iguales. No del modo en que las pronunció el Capitán Cavernícola.

Nina reprodujo de nuevo el comienzo de la grabación. Chase tenía razón. Aunque la primera y la última palabra se escribían de manera idéntica, la entonación de cada una era diferente. Reprodujo la segunda grabación de nuevo. La pronunciación de la palabra que coincidía con el símbolo para «viento» era la misma que en su primer uso en el otro cilindro.

—¿Eso tiene importancia? —preguntó Sophia.

—Podría tenerla —dijo Nina—. Algunos idiomas como el mandarín dan mucha importancia a la entonación. —Giró el primer cilindro en sus manos, comparando el primer y el último símbolo—. Parecen idénticos, pero tienen pronunciaciones distintas… —Su rostro se iluminó—. ¡Claro! ¡Son heterófonos!

Chase arqueó una ceja.

—¿Qué es eso, fonemas que solo usan los heterosexuales?

—No, Eddie. Viene del griego. Literalmente significa «sonido distinto». Como por ejemplo «camino» y «caminó», se escriben igual pero la tilde hace que cambie la pronunciación y por tanto el significado. Esto es algo parecido, pero sin las tildes. Las palabras se escriben igual, pero el significado cambia dependiendo de la pronunciación. De modo que uno de estos símbolos significa «viento» en el sentido meteorológico, pero el otro significa algo completamente distinto. —Nina sostuvo ambos cilindros el uno junto al otro,

de modo que los dos símbolos de viento casi se tocaban—. Quizá la palabra que aparece con «mar» sea un modificador. No significa literalmente «mar de viento», sino algo que los veteres sabrían por el contexto.

—¿Un mar embravecido? —sugirió Sophia.

Nina pensó en ello, y finalmente negó con la cabeza.

—Demasiado transitorio. No sé, parece como un nombre, algo descriptivo, como el mar Amarillo o algo así.

—Tiene que ser algo relacionado con el viento —apuntó Chase—. Si no, no usarían el mismo símbolo.

Nina asintió.

—Entonces, ¿qué otra cosa podía significar el viento para una civilización antigua? Aparte de permitirles navegar, ¿qué más les hace el viento?

—Lo mismo que a nosotros —dijo Chase—. Nos da frío.

—Frío —dijo Nina, reflexionando—. El mar del Frío, un mar frío.

—Pero todos los mares son fríos si estás en mitad del océano y sopla el viento, incluso en el trópico —dijo Sophia—. Debe de haber algo más.

—Lo hay. —Nina se irguió en su asiento cuando lo comprendió—. Vivían en el trópico. Allí nunca hace frío. Incluso durante la era glacial, la temperatura en el ecuador estaría sobre los quince grados. Pero cuando los veteres se marcharon de Indonesia, se dirigieron al sur, hacia Australia, y, según la inscripción, fueron a algún otro lugar a construir su ciudad. «La tierra de viento y arena», dijo Ribbsley. Pero dado que no sabía nada acerca de los heterófonos, lo interpretó mal. Si la pronunciación alternativa quiere decir «frío», entonces fueron a una tierra de frío y arena. Una tierra fría. —Sonrió—. Estamos en el hemisferio sur. ¿Cuál es la tierra más fría que se os ocurre?

—La Antártida —dijeron al mismo tiempo Sophia y Chase.

—¡Exacto! Y si nos remontamos ciento treinta mil años atrás en el tiempo, las temperaturas serían más altas que hoy en día. La Antártida seguiría siendo fría, pero habitable en las costas. Sería como vivir en Alaska, o en Siberia. Duro, pero posible.

—¿Y de dónde sale lo de la arena? —preguntó Chase—. Es decir, La Antártida no es famosa precisamente por sus playas.

—Es otra traducción errónea —dijo Sophia—. O más bien una interpretación errónea. No por nuestra parte, sino por parte de los veteres.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nina.

—Piénsalo. Si hubieras vivido toda tu vida en un clima cálido de costa, y después vas a la Antártida, vas a experimentar un cierto choque cultural. Todo

es diferente. Y una de las cosas que seguro que no habrás visto nunca antes es nieve. Está hecha de granos pequeños, cubre el suelo, el viento la hace volar… así que lo lógico es que la compares con algo que te resulta familiar.

—¡Arena! —dijo Chase—. La tierra de la arena fría… así llamaban a la nieve. ¡Arena fría!

—Así que fueron a la Antártida —dijo Nina, entusiasmada—. Se marcharon de Australia y fueron hacia el sur, atravesando lo que ellos llamaban el mar Frío… y construyeron una nueva ciudad allí, lejos de las «bestias».

Sophia pareció sorprendida.

—¿Qué bestias?

—Ni idea —dijo Chase—. Y tu novio tampoco lo sabía. Pero parecían bastante horribles.

—Una especie de depredadores —añadió Nina—. Ribbsley creía que eliminaron a los veteres que volvieron a Australia tras abandonar su ciudad… lo que concordaría con la posibilidad de que la ubicación fuera la Antártida —comprendió—. Las temperaturas más altas de hace ciento treinta mil años fueron una anécdota, en términos históricos. Solo duraron un par de miles de años, y después comenzó la era glacial. Y si la temperatura cayó en el ecuador, imaginaros cuánto más bajaría en los polos. Tuvieron que marcharse, o habrían muerto congelados.

—Y entonces se los comieron los canguros asesinos —dijo Chase lúgubremente.

Nina dejó los dos cilindros en la mesa.

—Pero podemos averiguar dónde vivieron. La traducción de Ribbsley dice que construyeron la ciudad en un valle cerca del mar, y que cuando se marcharon hicieron presas alrededor de la ciudad y la inundaron. Así que debe seguir allí, en un lago congelado bajo el hielo.

—¿Y cómo se supone que vamos a encontrarla? —dijo Sophia, escéptica.

Nina sonrió.

—Sé a quién podríamos preguntarle…

18

Sídney

—¡Nina! —exclamó Matt Trulli—. ¿Cómo va todo?

—Pues… regular, la verdad —respondió Nina. Se abrazaron, y Nina lo besó en la mejilla—. Me alegro de verte, Matt.

—No podías haber elegido un momento mejor —dijo el australiano rechoncho y con el pelo de punta—. Un días más y me habría marchado. ¡Me voy a la Antártida tres semanas! Mañana mismo cojo un vuelo que me llevará al buque. ¿Es la primera vez que vienes a Australia?

—Sí. No tiene mala pinta. —Contempló la arquitectura victoriana del hospital de Sídney.

—¿Mala pinta? —rio Trulli con fingida ofensa—. ¿No se te ocurre nada mejor?

—¿Qué esperabas? —dijo Nina, sonriendo—. Soy de Nueva York. ¡Las comparaciones son odiosas! —Inclinó la cabeza en dirección a una estatua cercana: un enorme jabalí, teñido de suciedad por entero a excepción del hocico, que conservaba aún el bronce natural de la escultura—. Pero eso es bonito.

—¿*Il Porcellino*? —dijo él con cierto orgullo—. Gran tipo, todo el mundo le tiene mucho cariño. Si le frotas el hocico te dará buena suerte.

—No me vendría nada mal. —Nina frotó el hocico del jabalí, y a continuación su colgante, para lograr un poco de buena suerte extra—. Pero ¿*Il Porcellino*? No suena muy australiano.

—Nah, el original es italiano… ¡igual que mi abuelo! —Trulli acarició a su vez el hocico de la criatura, y después se giró hacia Nina—. Bueno, ¿y qué te trae por aquí?

—Es una larga historia.

—Tengo tiempo. Venga, vamos a dar un paseo. La Casa de la Ópera está aquí al lado. ¿Te apetece un café?

Echaron a caminar, dirección norte, hacia el puerto. Durante el paseo, Nina le esbozó una semblanza de sus últimos descubrimientos y correrías, aunque omitió, por el momento, cualquier mención a Sophia o Dalton.

—Vaya —murmuró Trulli cuando hubo terminado—. Esos tipos de la Alianza no parecen muy agradables. —De repente pareció turbado—. No vendrán a por mí ahora, ¿no?

—No sabrán que nos hemos reunido contigo —lo tranquilizó Nina—. Espero que ni siquiera sepan que estamos en Sídney. Mientras atravesábamos el desierto, tuvimos mucho cuidado de que nadie nos siguiera. No vimos a nadie sospechoso.

Trulli miró nerviosamente por encima de su hombro, como si esperara ver asesinos tras cada esquina.

—Espero que tengas razón. Teniendo en cuenta que eres un imán para los líos, te hará falta toda la suerte posible.

—Suerte, y la ayuda de los buenos amigos —añadió—. Por cierto, ¿qué tal el champán?

—¡De primera, gracias! Dijiste que me enviarías un regalo de agradecimiento, y no era broma. Dos cajas de espumoso añejo de primera calidad en la puerta de mi casa. Menuda sorpresa.

—Bueno, nos salvaste la vida.

—¡Y por teléfono! —dijo Trulli—. Ni siquiera tuve que mojarme los pies, por una vez.

—Espero que esta vez tampoco tengas que hacerlo —dijo Nina; habían llegado al muelle. Más adelante, sobre el mar reluciente, se erigía el impresionante arco del puente de la bahía de Sídney.

—Vale —admitió Nina—, quizá, y solo quizá, ese puente esté a la altura del puente de Brooklyn.

—Bah, déjalo estar, Nina. Ya te he vencido, y lo sabes. Y ni siquiera has visto la Casa de la Ópera todavía.

—Tiene gracia la rapidez con la que te olvidas de los malos cuando el orgullo de Australia está en juego —apuntó Nina con una sonrisa.

—Bueno, ¡hay que tener prioridades en la vida! —Trulli sonrió; su gesto se tornó algo más serio a continuación—. Así que esos tíos de la Alianza están buscando una especie de ciudad perdida, pero crees que puedes encontrarla antes que ellos. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Necesito mapas, para empezar —le dijo Nina—. UNARA realizó un estudio completo con radar de la Antártida hace no mucho, ¿no? —La Agencia de Investigación de la Antártida de las Naciones Unidas era una organización hermana de la API, y Trulli trabajaba para ellos.

—Pues sí. Lo usé para elegir la ubicación del proyecto. La capa de hielo tiene cuatro kilómetros de espesor en algunos puntos, pero las exploraciones por satélite lograron alcanzar el lecho marino. Cualquier lago subterráneo debería aparecer en el mapa.

—¿Tienes una copia de GLUG en tu ordenador? —Trulli asintió—. Estupendo. Eso me ayudará bastante. —Trató de visualizar el continente helado—. ¿Hay algún territorio que esté por encima del círculo polar antártico?

—Sí. De hecho, el lugar que he elegido está justo encima. La Tierra de Wilkes. Lo elegí porque no es más frío que otro lugar y además está en territorio australiano.

—¿Para sentirte como en casa, eh?

Rodearon un edificio de apartamentos y por primera vez pudieron contemplar la silueta inmediatamente reconocible en forma de conchas marinas amontonadas de la ópera de Sídney. Nina la había visto cientos de veces en fotografías y en televisión, pero en persona resultaba mucho más impresionante.

—¿Lo ves? No me irás a decir que tenéis algo parecido en Nueva York —dijo Trulli, henchido de orgullo, al ver la expresión en el rostro de Nina.

—¿El Guggenheim? —sugirió Nina. Trulli resopló despectivamente—. Oh, de acuerdo. Esto te lo concedo. Pero que no se te suba a la cabeza. —Ambos esbozaron una sonrisa.

—Me alegra oírlo. Pero sí, creo que podré ayudarte a encontrar ese lago. ¿Y luego qué?

—De momento solo me preocupa encontrarlo. Después Eddie y yo podremos empezar a preocuparnos por lo que vamos a hacer cuando estemos allí.

—¿Dónde está Eddie, por cierto? —preguntó Trulli.

—Ha ido a visitar a un viejo amigo…

Chase contempló los dos cañones recortados que apuntaban a su pecho.

—¿Te parece una manera de saludar a un viejo amigo? —preguntó, con las manos en alto.

Una figura emergió de la oscuridad tras el arma, y lo miró con ojos recelosos.

—¿Eddie? —dijo el hombre de cabeza afeitada y poderoso cuello—. ¿Eddie Chase?

—El mismo.

Los cañones descendieron, y el ceño fruncido del otro fue reemplazado por una sonrisa bienhumorada.

—¿Por qué no lo habías dicho, inglesito de mierda? ¡Pasa, hombre! ¡No me jodas, Eddie Chase!

—No te preocupes, no eres mi tipo —dijo Chase, devolviéndole la sonrisa y bajando los brazos—. Viene alguien conmigo… ¿te importa que pase?

—¡Sin problemas! —El hombre dio un paso adelante, mostrando numerosos tatuajes. Entrecerró los ojos al enfrentarlos a la brillante luz del día, y después arqueó una poblada ceja cuando el inglés abrió las esposas con las que había mantenido presa a una fastidiada Sophia al desvencijado porche de la cabaña—. ¿*Bondage* en público, macho? ¡Guarda eso para *Mardi Gras*!

—No quería que saliera corriendo —explicó Chase.

Sophia apartó su brazo libre de él, y la esposa vacía quedó colgando de su muñeca.

—Claro, porque este encantador barrio es el lugar perfecto para empezar una nueva vida —dijo.

El hombre la miró de arriba abajo, impresionado.

—Joder, Eddie. ¿Es una criminal o una supermodelo?

—Lo primero, sin duda —le dijo Chase, mientras la conducía adentro—. Sophia, este es un viejo amigo de las SAS australianas, Bob «Bluey» Jackson. Bluey, esta es… mi exesposa, Sophia.

—¿Exesposa? —dijo Bluey—. ¡Tienes que tener la puta cabeza llena de serrín para dejar escapar a una mujer así!

—Oh, Bluey Jackson —dijo Sophia con tono gélido—. Sabes, creo que Eddie te ha mencionado alguna vez.

—¿Ah sí? —Bluey resopló—. ¿Y qué dijo?

—Nada especialmente memorable. —El australiano pareció decepcionado —. Aunque creo recordar algo sobre, ¿qué era, Eddie? Ah sí, unas flatulencias inaguantables.

Bluey miró a Chase con gesto dolido.

—¿Le has contado lo de mis escapes de gas? ¡Joder, macho, se supone que eso tenía que quedar entre nosotros!

Chase esbozó una sonrisa.

—Y da gracias que no le hablara de las…

—¡Vale, vale! Jodeeer. —Bluey los invitó a pasar. Inspeccionó el descuidado jardín y la calle con recelo, y después cerró la puerta, sumiendo el interior en la penumbra.

—¿Por qué está tan oscuro? —preguntó Chase.

—Tenemos que tener las ventanas tapadas. Para que ningún entrometido meta las narices en nuestros asuntos.

—¿Y cuáles son tus asuntos?

—Sigo trabajando en el mismo sector —dijo Bluey mientras los conducía a través de una puerta—. Solo que ahora tengo más ayuda tecnológica.

—Y que lo digas —dijo Chase mientras contemplaba la estancia en la que se encontraban. Había varios ordenadores dispuestos en una hilera de mesas a lo largo de una pared, conectados a varios escáneres e impresoras láser a color. Una enorme máquina laminadora zumbaba en un rincón, y había otros objetos que ni siquiera pudo identificar.

Sobre un taburete junto a la laminadora se sentaba una diminuta mujer asiática. A juzgar por sus rasgos, Chase supuso que era vietnamita, y que tenía treinta y pocos. Aunque era bien parecida, su enjuto rostro y expresión de amargura no la favorecían en absoluto. Miró a los recién llegados.

—¡Bluey! ¿Quiénes son?

Bluey dejó la recortada sobre una mesa y se acercó a ella. Sophia miró el arma, y se aproximó casi imperceptiblemente a ella.

—No pasa nada, es un viejo amigo —dijo Bluey, en tono conciliador—. Eddie Chase.

—¿Eddie Chase? —La mujer pareció espabilarse—. ¡Ah, Eddie Chase! ¿El que te ayudó?

—Justo. Si no hubiera sido por él, nunca nos hubiéramos conocido. Eddie, esta es mi mujer, Hien.

—Encantado de conocerte —dijo Chase. Hien saltó del taburete y le estrechó la mano con fuerza.

—¡Encantada! —dijo—. Bluey habla mucho de ti. Dice que eres… —Torció el gesto, tratando de recordar—. ¡Ah sí! Que no eres mal tipo para ser un inglés apestoso.

Chase miró a Bluey.

—Gracias, colega.

—¿A que es encantadora? —dijo el australiano con una tímida sonrisa.

—Aunque, debo decir, Eddie —intervino Sophia—, que más de una vez te vendría bien darte una buena ducha.

—Debería haberme hecho con una mordaza además de las esposas —murmuró Chase.

Bluey se echó a reír.

—Ahora comprendo por qué os divorciasteis, macho. Bueno… ¿qué puedo hacer por ti? Supongo que no has venido a tomar el té.

—Me temo que no. Alguien nos persigue, y necesitamos ayuda.

Bluey entrecerró los ojos, y se acercó a la recortada.

—¿Quién? ¿La policía?

—No, más bien mercenarios. Pero mercenarios con amigos poderosos.

Bluey puso una mano sobre el arma y miró a la puerta.

—No os han seguido, ¿verdad?

Chase negó con la cabeza.

—No, me aseguré. Pero no van a rendirse.

—¿Así que necesitáis documentación nueva, no? —Miró a Hien, que ahora contemplaba a Sophia con un gesto de curiosidad en su rostro—. ¿Qué pasa?

Hien no respondió. En lugar de eso, levantó una mano para quitar el cabello rubio de Sophia de su campo de visión… y sus ojos se abrieron como platos. Gritó en vietnamita; Bluey, confuso, cogió la recortada, y después Hien corrió hacia un ordenador. Una apresurada búsqueda en Google dio como resultado una página llena de imágenes de Sophia con el pelo negro y largo, tomadas en el momento de su arresto en Nueva York.

—¡Terrorista! ¡Es esa terrorista! ¡Con una bomba nuclear!

—¡Joder! —exclamó Bluey, al tiempo que la reconocía. Apuntó con la recortada a Sophia, que suspiró y levantó las manos—. ¡Ya ves! Eddie, ¿para qué cojones la has traído aquí? Ya estaríamos con la mierda hasta el cuello si nos pillaran falsificando documentación para refugiados… ¿pero terroristas, hostia?

—Oye, a mí tampoco me hace ni puta gracia —le dijo Chase—. Si hubiera dependido de mí, la habría dejado con los malos.

—Muchas gracias, Eddie —dijo Sophia fríamente—. Me alegra saberlo.

—Pero la necesitamos, lo que significa que necesitamos conseguirle documentación para que pueda viajar. Y probablemente nosotros también necesitemos pasaportes nuevos y documentación para ir sobre seguro.

—¿A quién te refieres cuando dices «nosotros»? —preguntó Hien.

—Yo mismo y Nina Wilde, mi prometida. —Chase se fijó en que los dos reaccionaron al oír aquel nombre—. Sí, esa Nina Wilde. ¿El descubrimiento de la Atlántida? ¿La que encontró la tumba del rey Arturo? Esa misma.

—Hostia puta —dijo Bluey con un silbido entre la incredulidad y la admiración—. ¿Y es tu prometida? Joder, tronco, con lo feo que eres no se te dan mal las mujeres. —Hien frunció el ceño—. ¡Pero no son nada comparadas contigo, cielo! —añadió rápidamente con una amplia sonrisa.

—¿Por qué necesitáis ayuda de una terrorista? —preguntó Hien, que no parecía apaciguada.

—Los malos la necesitaban. Nosotros estamos intentando detenerlos —dijo Chase, que había decidido simplificar la explicación al máximo—. Están buscando algo, y tenemos que encontrarlo antes que ellos. Si no… bueno, moriremos, en pocas palabras. Y por eso necesitamos vuestra ayuda.

—¿Y qué pasará después? ¿Qué le pasará a ella? —Hien señaló con un dedo a Sophia, enojada.

—No lo había pensado, la verdad —admitió Chase.

—¡Pues deberías! —La mujer señaló las esposas—. Crees que va a intentar escapar… ¿y si lo consigue? ¡Nosotros la habremos ayudado! No quiero participar en esto. Ayudar a alguien a empezar una nueva vida es una cosa, ¿pero esto? ¡No!

—No habría venido aquí si tuviera elección. Pero sois los únicos que podéis ayudarnos. —Chase miró a Bluey—. Te lo pido como un favor personal.

—Joder, macho… eso no es justo —dijo Bluey lastimosamente—. Si fueras solo tú, no habría problema, pero…

—Me debes una, Bluey —insistió Chase—. Tú mismo lo has dicho, no habrías conocido a Hien de no ser por mí.

Bluey se mordió el labio inferior, y después se giró hacia su esposa.

—Hien…

—¡No! —La mujer se dio media vuelta y salió a toda prisa.

—Ahora mismo vuelvo —le dijo Bluey a Chase y Sophia, antes de ir tras Hien y cerrar la puerta a su espalda. A través de la madera se oyeron gritos.

—Qué recuerdos —dijo Sophia, escuchando atentamente—. Sabes, echo de menos la vida de casada.

—Sí, pero tus discusiones siempre terminaban con un disparo —le recordó Chase.

—Oh, solo un par de veces. La verdad es que grita mucho para ser tan pequeña. No me extraña que tu amigo vaya armado con una recortada dentro de casa. ¿Cómo lo ayudaste, por cierto?

—Le saqué de un lío legal —dijo Chase, sin dar más detalles.

—¿De qué tipo?

—Del que se encuentra uno cuando dispara a quien no debe.

—¿De verdad? —Sophia parecía casi impresionada—. Y yo que creía conocer todos tus secretos más oscuros. ¿Así que lo ayudaste a encubrir un asesinato?

—No exactamente —dijo Chase, incómodo al recordar el episodio—. El tío era un hijo de puta, se lo merecía. Era un señor de la guerra afgano. Robaba a todos los refugiados que atravesaban su territorio, y violaba y asesinaba a los que no pagaban. El problema es que se salía con la suya porque era uno de nuestros señores de la guerra afganos, y se suponía que debía ayudarnos a luchar contra los talibanes.

—Y supongo que tu amigo Bluey se tomó la justicia por su mano.

—Sí. Volvíamos de una operación cuando nos topamos con ese cabronazo y sus hombres dando una paliza a unos refugiados. Bluey le dijo que parara, él nos dijo que nos fuéramos a la mierda y que lo dejáramos en paz… así que Bluey le pegó un tiro. Después, sus hombres intentaron matarnos, así que también acabamos con ellos.

—Y luego mentiste sobre lo que ocurrió en el informe oficial, ¿no?

—Dije que el tipo apuntó con un arma a Bluey, así que fue en defensa propia. A los políticos no les hizo mucha gracia que su «aliado» —pronunció la palabra sarcásticamente— fuera abatido por uno de nuestros chicos, pero los refugiados nos apoyaban, porque acabábamos de salvarles la vida, así que ahí se acabó todo. Si no, Bluey aún estaría pudriéndose en una prisión afgana.

—Muy noble por tu parte —dijo Sophia, tan sarcásticamente como él.

—¿Qué coño sabes tú de nobleza? —replicó Chase—. ¿Matar a un cabrón para proteger a un inocente? Lo volvería a hacer ahora mismo. Recuérdalo. —Pronunció la última frase con un evidente trasfondo de amenaza. Sophia no lo pasó por alto, y guardó silencio.

Los gritos cesaron, y la puerta se abrió de nuevo. Por ella entró Bluey con el rostro colorado. Tras él, Hien, furiosa, cruzaba los brazos ante su pecho.

—Bueno, tronco —dijo Bluey con excesiva cordialidad—, hemos, eh, hemos llegado a un acuerdo. Os ayudaremos. —Hien murmuró algo entre dientes—. Siempre que después de esto estemos en paz. Lo siento, Eddie, pero, bueno…

—No pasa nada. Lo entiendo. —Chase extendió la mano, y Bluey la estrechó. Hien frunció el ceño aún más, pero no dijo nada.

—Bueno, ¿qué necesitáis? —preguntó Bluey. Señaló las máquinas que les rodeaban—. Sea lo que sea, podremos hacerlo.

—¿Pasaportes?

—¡Del país que quieras! Tengo de Australia, Estados Unidos, Inglaterra, Canadá, Rusia… incluso podría sacarme de la manga uno de Corea del Norte si te hace falta.

—Inglaterra nos vale —dijo Chase—. ¿Qué pasa con los datos biométricos?

Hien resopló despreciativamente; por un segundo, el orgullo profesional eclipsó su desagrado.

—¿Datos biométricos? ¡Bah! Los pirateamos antes de que empezaran a usarlos.

—Las maravillas de internet, macho —dijo Bluey—. Tenemos amigos por todo el mundo que comparten este tipo de cosas. Los gobiernos tardan años en cambiar estos sistemas, pero cuando lo hacen alguien va y lo *hackea* en menos de veinticuatro horas.

—¿Y cuánto tardaréis en hacer pasaportes nuevos?

—Menos de veinticuatro horas —le dijo Bluey con una sonrisa un tanto desganada—. Solo necesito tomar unas cuantas fotos, elegir un nombre, conseguir vuestros datos biométricos, todo eso. ¿Algo más?

—Nos vendrían bien tarjetas de crédito.

—Hecho. —Abrió un cajón y sacó una pila de tarjetas. Después las dispuso sobre la mesa como si fueran una mano de póquer.

—Estupendo. —Esta vez fue Chase el que sonrió—. No son robadas, ¿verdad? No quisiera cargarle una millonada a una abuelita.

—Nah. He abierto un montón de cuentas falsas, así que solo tienes que elegir el nombre que más te guste. Pero no la uses mucho. A la primera factura impagada saltarán todas las alarmas.

—Espero que no nos haga falta. O encontramos lo que estamos buscando, o… —Prefirió no verbalizar la segunda alternativa.

—Ya —dijo Bluey, algo apesadumbrado—. Oye, ¿y tu prometida? ¿Necesita también un pasaporte?

—Seguramente, pero antes tiene que ocuparse de unos asuntos.

—Sin problema. Tráela y listo. Bueno… ¡vamos a hacer esas fotos!

19

—Vale —dijo Trulli—, ¿por dónde quieres empezar?

—Buena pregunta —respondió Nina. Ya en el apartamento del ingeniero, Nina había abierto el programa GLUG en el ordenador de Trulli, y alternaba entre aquel y el estudio de la UNARA de la Antártida, la masa rocosa oculta bajo el manto de hielo que habían desnudado las sondas del radar—. Debe de estar en algún sitio en el este de la Antártida. Es el lugar más cercano para un asentamiento si llegas desde Australia.

Trulli amplió la sección apropiada del mapa de radar, el borde del mar de Ross en el lado izquierdo de la pantalla, la barrera de hielo Shackleton en la derecha.

—Sigue siendo un área enorme. ¡La costa tiene más de dos mil kilómetros de largo!

—A ver si podemos reducirla un poco. ¿Tienes los datos del nivel del mar de hace ciento treinta mil años?

—Un segundo —dijo Trulli, al tiempo que los mostraba en la pantalla. Un par de clics, y sobre el mapa apareció una línea amarilla, en tierra firme con respecto a la costa helada actual—. Ahí.

—Vale, así que necesitamos encontrar cualquier lago subterráneo ahí dentro… hemos traducido la inscripción simplemente como «cerca» del mar, así que digamos ocho kilómetros.

Trulli amplió aún más la imagen, ajustando los parámetros del programa para que los lagos subterráneos aparecieran en un falso y vívido magenta, que resultara imposible pasar por alto entre los tonos de gris de la roca enterrada.

—¿Eres consciente de que es posible que ese lago ni siquiera esté allí ya? —preguntó Trulli mientras desplazaba el encuadre por la costa—. Si un glaciar se hubiera desarrollado por encima, habría aniquilado todo lo que hubiera debajo.

—Si es así, entonces estoy perdiendo el tiempo, y la Alianza ya ha ganado —dijo Nina—. Pero si sigue allí, tenemos que encontrarlo.

—Y cuando lo encuentres, ¿qué? Estará enterrado bajo Dios sabe cuántos metros de hielo.

—Tendremos que perforar hasta alcanzarlo de algún modo. A lo mejor puedes dejarnos tu equipo cuando acabes.

Trulli soltó una risilla.

—Sí, claro, seguro que Bandra estará encantado.

—¿Bandra?

—El doctor Bandra, el jefe de la expedición.

—Creía que el jefe de la expedición eras tú.

—Yo soy el jefe técnico —explicó Trulli—. Bandra es el científico jefe. Mientras el proyecto siga oficialmente en fase de pruebas, yo seguiré al cargo. En cuanto Cambot esté listo, Bandra tomará el mando.

—¿Cambot?

Trulli sonrió.

—Mi último invento. Es un tercio perforador de hielo, un tercio mini submarino y otro tercio un robot semiautónomo. Perfecto para explorar bajo kilómetros y kilómetros de hielo. Y además es respetuoso con el medio ambiente. No hay que llenar el hueco de la perforadora con miles de litros de freón y avgas para evitar que se congele. Más ecológico que Greenpeace. —Centró su atención de nuevo en la pantalla—. Mira. Hay un lago ahí, a unos cuatro kilómetros de la costa antigua. —Cambió de una vista aérea a un mapa topográfico tridimensional; la mancha magenta del lago parecía ahora estar suspendida a cierta distancia por encima de la roca.

—Ese no es —dijo Nina mientras Trulli rotaba el mapa para verlo desde otros ángulos—. La ciudad estaba en un valle, el que inundaron. Así que el lago tiene que estar sobre roca, no sobre hielo. Buscamos algo que esté rodeado al menos por tres de sus lados por tierra firme.

—Entonces no puede ser ese. —Trulli recuperó la vista aérea y siguió buscando—. Pero en fin, Cambot necesita una última prueba antes de que podamos utilizarlo en una investigación científica como Dios manda, así que vamos a perforar un lago que no tiene ningún interés científico. Así, si algo va mal, no arrasaremos sin querer un ecosistema de millones de años de antigüedad. Si sale bien, iremos al lago Vostok. Cuatro kilómetros de hielo para perforar… ¡será una buena prueba para Cambot!

—El único inconveniente es que tendrás que vivir en la Antártida durante semanas para hacerlo.

—Bueno, una experiencia, más, ¿no? Y al menos allí no estaré picando entre horas todo el tiempo. —Se acarició el estómago—. Me vendría bien perder unos kilos, ¿no?

Nina sonrió.

—Eso es cosa tuya. ¿Eso es otro lago?

Trulli cambió de nueva la vista tridimensional.

—Sí. A menos de medio kilómetro de la vieja costa, y sobre roca, además. De momento tiene buena pinta. —Rotó la imagen—. Está en un valle, eso seguro… y el extremo que da al mar parece un poco encorvado, ¿no?

—¿Podría ser una presa?

—Puede, pero no podría asegurarlo, al menos no a esta resolución.

—¿Qué profundidad tiene el lago?

Trulli lo comprobó.

—No mucha. Puede que veinte metros en el punto más profundo. —Ajustó otro parámetro que reveló la forma del hielo sobre el lago de forma traslúcida, casi como un cristal—. Hay formas bastante extrañas. El hielo que cubre el lago es plano en su mayor parte, pero están esas protuberancias. Me pregunto… ¡Ah, ya lo sé! —Chasqueó los dedos—. ¡Chimeneas volcánicas, eso es! Calientan el agua, que se eleva y funde el hielo por encima de ellas. No lo bastante para alcanzar la superficie, eso sí. El lago está a unos cuarenta metros por debajo.

—¿Chimeneas volcánicas? —repitió Nina, al recordar algo. Examinó rápidamente sus anotaciones sobre la inscripción—. «Pequeñas montañas de fuego», ¡claro! ¿Puedes acercarte más?

—Sí, pero la resolución es demasiado baja para mostrar más detalles. —Acercó la cámara virtual al lago, y después cambió el color del agua para que también fuera traslúcida, revelando la forma del terreno con mayor detalle.

—Hay algo en el lago —comprendió Nina, y casi apartó a Trulli de un codazo para mirar de cerca la pantalla—. Lo ves, ahí… hay algo en el suelo. Podría ser un edificio.

—O una roca —señaló Trulli—. La resolución es solo de unos cinco metros por polígono; cualquier cosa que sea más pequeña se promedia y desaparece. Y aún nos queda mucha costa por estudiar; podría haber muchos otros lagos. Deberías comprobar el resto antes de emocionarte demasiado con este.

Nina tuvo que darle la razón.

—Vale, vale. Pero marca la ubicación de este para que podamos volver. Tengo un presentimiento.

Trulli la miró de soslayo.

—¿El mismo que se tiene cuando se está a punto de descubrir algo increíble?

Nina sonrió.

—El mismo.

—¿El tipo de presentimiento que suele significar que alguien va a intentar matarte?

Nina hizo un mohín.

—Vale, listillo. Tú marca el lugar, ¿quieres?

Efectivamente, había más lagos subterráneos bajo la costa de la Antártida. Pero ninguno de ellos se ajustaba a las deducciones de Nina con tanta exactitud.

Amplió la imagen. Si realmente era la ubicación de la ciudad perdida, estaba en el lugar correcto. La costa de esa época dibujaba una enorme bahía que proporcionaría cobijo a los barcos de las feroces condiciones atmosféricas del mar abierto, y el valle en el que se había formado el lago protegería a sus habitantes de los vientos que asolaban el continente. Dada su latitud, fuera del círculo polar antártico a sesenta y seis grados al sur, era incluso posible que el clima considerablemente más cálido de hace ciento treinta milenios hubiera permitido que creciera vegetación. La inscripción, desde luego, hacía referencia a árboles.

Era el lugar correcto. Nina estaba convencida de ello, de algún modo. Y sin conocer el contenido de las grabaciones de los cilindros, era imposible que la Alianza lograra dar con él. Era su descubrimiento, de nadie más.

El problema era, ¿cómo iba a llegar hasta allí? Seguía suspendida de su cargo en la API, de modo que no podía hacer uso de los recursos de la organización. Y además, si le hablaba a la API de su hallazgo, estaba segura de que la información caería en manos de la Alianza de inmediato. Y la Antártida no era el tipo de sitio que uno podía visitar por capricho. Las expediciones eran largas y costosas, tanto de realizar como de organizar.

El único modo en que lograría llegar allí sería…

Sonó su móvil.

—¿Hola?

—Hola, cielo. —Chase.

—¿Dónde estás? ¿Ya has visto a tu amigo?

—Sí, acabo de salir de su casa. Lo hemos solucionado todo, de momento. ¿Todavía estás en casa de Matt?

—Sí. Escucha, Eddie, ya sé dónde está la ciudad. He encontrado el lugar en la Antártida. Estoy segura. Tenemos que ir allí y echar un vistazo.

De la otra línea llegó un resoplido sarcástico.

—Vale. Ahora mismo voy a la agencia de viajes y saco dos billetes al Polo Sur.

—Yo me encargo de eso. Tú solo ven aquí. ¿Tienes la dirección?

—Sí. ¿Qué quiere decir que tú te encargas?

—Creo que sé cómo hacerlo. O lo sabré en unos cinco minutos. —Miró por encima de su hombro cuando oyó a Trulli entrar en el apartamento—. ¡Luego te veo, adiós!

—Nina, espera…

Nina cortó la conexión y fue a la habitación de al lado mientras Trulli dejaba varias bolsas de la compra en la cocina. A juzgar por los coloridos envases, Nina supuso que no había estado comprando frutas y verduras precisamente.

—Creía que ibas a dejar las guarrerías mientras estuvieras en la Antártida.

—Ya, pero todavía no estoy allí —dijo él con una sonrisa—. Son tentempiés para el viaje.

—Hablando del viaje —comenzó Nina, mientras se preguntaba cómo respondería él—, ¿podrías enseñarme la ubicación de tu proyecto en el mapa?

—Claro. —Acompañó a Nina ante el ordenador. La pantalla seguía mostrando el lago que Nina había estado estudiando; Trulli cambió a la vista aérea y alejó la imagen, desplazándose hacia el interior—. Ahí es.

Nina contempló la escala. El lugar de la investigación estaba a unos setenta kilómetros de su hallazgo. Dada la enormidad el continente helado, era una distancia minúscula.

—¿Qué criterios utilizaste para elegir ese lago en concreto? Dijiste que no tenía ningún interés científico.

—Ninguno —dijo Trulli, asintiendo—. El lago Vostok es enorme, y tiene más de medio millón de años, así que si hay algún tipo de vida ahí abajo podría haber evolucionado de manera completamente distinta, que es lo que la expedición intenta averiguar. Pero el lugar para realizar las pruebas tenía que ser mucho más reciente y pequeño, un lugar que no pudiera tener un ecosistema propio. Así, si algo sale mal, no lo echaremos a perder.

—¿Cuánto más reciente?

—El doctor Bandra estableció un límite de unos ciento cincuenta mil años. Encontramos varios lagos que cumplían ese límite, y yo elegí uno que parecía un buen lugar para probar el Cambot.

—¿Lo elegiste tú?

—Sí.

Nina rodeó con el brazo los hombros de Trulli.

—Matt… ¿qué te parecería probar en un lago distinto?

—¿Qué, con tan poco tiempo? Yo… —De repente comprendió adónde quería ir a parar Nina—. ¡Estarás de broma!

—Ojalá. Pero, la verdad, ¿qué más da un lago subterráneo que otro? —Desplazó el mapa de vuelta al primer lago—. Es decir, este tiene menos de ciento cincuenta mil años, es pequeño, está bastante cerca del lugar al que pensabais ir… y puede que haya algo totalmente increíble en su fondo. Mataríamos dos pingüinos de un tiro.

—¡No quiero matar ningún pingüino! —protestó Trulli—. ¡Por todos los cielos, Nina, mañana vuelo hacia allí con un robot de cinco millones de dólares, no puedo decir, «por cierto, gente, he decidido cambiar de lago»!

—¿Por qué no? Estás al mando. Y la expedición no está aún en el emplazamiento, ¿no?

—No, están en el mar, pero…

—Así que no cambia nada en absoluto, ¿no? Solo di que has estado revisando los datos del mapa y que has encontrado un lugar mejor.

—El doctor Bandra se va a cabrear —dijo Trulli lúgubremente—. ¿Y si algo va mal? Si Cambot la caga porque las condiciones no son exactamente las mismas para las que fue diseñado, eso implicaría tirar cinco millones de dólares a la basura, ¡y seguramente irán acompañados de mis pelotas!

Nina insistió.

—Pero si tengo razón, no solo podrás probar tu robot, además descubrirás el hallazgo arqueológico más importante desde la Atlántida. ¿Y cómo preferirías probar tus cámaras? ¿Mirando cachos de roca y hielo, o las ruinas de una civilización desconocida?

—Ya —resopló Trulli—, una que hará que me maten si le hablo a alguien de ella.

—Y por eso necesito que lo mantengamos en secreto hasta que pueda revelarlo a todo el mundo, cuando sea algo demasiado grande para que la Alianza pueda silenciarlo. Cuando sea de dominio público, no habrá nada que puedan hacer. Matt —dijo, girándose para encararse con él—, esto podría ser el descubrimiento más importante de la historia. Más que la Atlántida,

incluso. Pero, si no lo encontramos antes que la Alianza, se perderá para siempre, porque querrán destruirlo. Tenemos que encontrarlo.

—Pero ¿y si te equivocas y allí no hay nada?

—Entonces, solo le habrás tocado un poco las narices al doctor Bandra al cambiar el lugar de las pruebas. Pero podréis hacer vuestro ensayo igualmente, así que no habrás perdido nada. Y —continuó, cada vez más decidida—, creo que no me equivoco. Y tengo un historial bastante bueno con esta clase de cosas, ¿no?

Trulli echó la cabeza hacia atrás y contempló el techo con resignación.

—Joder. Vale. Lo pensaré.

—Piensa rápido. Tu vuelo sale mañana. Ah, y nosotros también vamos. Eddie, yo y… alguien más.

—¿Qué? —preguntó Trulli, envarándose de repente—. ¡No jodas! ¡No puedo hacer eso!

Nina lo miró intensamente, con ojos llenos de determinación.

—Si te preocupan los suministros, llevaremos todo lo que necesitemos. Incluso pagaré el combustible extra de mi bolsillo si es necesario. Pero tengo que ir allí como sea. Tengo que verlo por mí misma. Ya lo sabes.

Trulli se llevó una mano a la frente.

—Vale, veré qué puedo hacer. Queda algo de espacio en el barco. No irá tanta gente a la prueba como a Vostok. Pero tú te las verás con Bandra cuando empiece a quejarse. Y lo hará, te lo aseguro.

—Yo me ocupo de él —le dijo Nina, antes de besarle la mejilla—. Gracias, Matt. Sabía que podía contar contigo.

—Supongo que no puedo decirle que no a una pelirroja —suspiró él.

Chase y Sophia llegaron al apartamento de Trulli media hora después. El científico saludó efusivamente a Chase y contempló después a su acompañante con interés… y un brillo de reconocimiento en sus ojos.

—Me llamo Matt —dijo—. Matt Trulli.

—Sí —replicó Sophia, con cierto desdén—. Sé quién eres.

—¿Ah sí?

—Claro. Solías trabajar para mi marido. Mi difunto marido, quiero decir.

Nina la miró con gesto exasperado cuando Trulli comprendió al fin y dio un paso atrás de la impresión.

—¿Te acuerdas de cuando acordamos mantener la boca cerrada? —dijo Nina.

Trulli se giró hacia ella, y apuntó a Sophia nerviosamente con el dedo por encima del hombro.

—Es… ¡es Sophia Blackwood!

—Lo sé —respondió Nina.

—¡Intentó matarte!

—¡Lo sé!

—¡En las noticias dijeron que había muerto!

—Se precipitaron —dijo Sophia, con una sonrisa malévola. Trulli retrocedió aún más.

—Por desgracia, así fue —dijo Nina—. Pero da igual. Mañana nos vamos.

—¿Adónde? —preguntó Chase.

—A la Antártida.

Chase pareció sorprendido.

—¿Y cómo lo has conseguido?

—Matt nos ayudará. Mañana sale su vuelo, y vamos a acompañarlo.

—¿Así de fácil?

Nina sonrió.

—No eres el único que puede ser encantador y convincente.

—Ya —dijo él, con recelo.

A Nina no le hizo mucha gracia su tono.

—¿Qué?

Chase se giró hacia Trulli.

—Matt, ¿te importa echarle un ojo a Sophia mientras hablo con Nina en privado? No dejes que coja nada afilado.

—Eh… vale —dijo Trulli dubitativamente, mientras guiaba a Sophia a la habitación de al lado.

—¿Así que Matt va a llevarnos a la Antártida, no? —preguntó Chase cuando los otros se hubieron marchado.

—Sí. Mira. —Nina señaló el lago en el ordenador de Trulli—. Creo que es ahí donde está la ciudad perdida. Concuerda con todo lo que averiguamos de la inscripción.

—¿Y le parece bien cambiar sus planes para que tú puedas echar un vistazo?

—Por lo visto sí, puesto que ha aceptado. —Nina cruzó los brazos—. ¿Qué narices te pasa?

—Estoy un poco preocupado, nada más.

—¿Por qué?

—Por ti.

—¿Por mí? —dijo Nina con un gesto de sorpresa—. ¿Por qué?

—¿No crees que estás forzando demasiado las cosas?

—¿Qué quieres decir?

—Pues que obligues a Matt a llevarnos a la Antártida y tenga que cambiar sus planes. ¿Qué pasa con el resto de la gente que habrá allí? No van a estar tan dispuestos como él a ayudar cuando aparezcan tres recién llegados y empiecen a entrometerse en su expedición… ¡sobre todo teniendo en cuenta que una de ellas es una puta terrorista!

—Matt está al mando, y dice que no será un problema —insistió Nina—. Y no lo he obligado a nada. Solo se lo pedí, y él aceptó. Como siempre.

—¿Y qué pasará cuando el resto de gente de la expedición se queje? ¡Lo despedirán!

—Matt es un tío inteligente. Encontrará otro trabajo enseguida.

Chase hizo una mueca de incredulidad.

—¡No se trata de eso! ¿Te estás oyendo? Estás tan decidida a encontrar ese sitio que ni siquiera te paras a pensar en nadie más. Sí, a Matt podrían despedirlo, o algo mucho peor. ¿Se te había ocurrido eso?

—Claro que sí —dijo Nina, herida, y por un momento dudó si realmente había sido así. Eso esperaba. Porque, en caso contrario, no sería mucho mejor que Sophia…

—¿Y qué me dices del hecho de que tú y Sophia trabajéis juntas? —continuó Chase, como si le hubiera leído la mente—. Joder, si os odiáis a muerte.

—A mí tampoco me gusta. Pero la necesitamos, y le di mi palabra.

—¿Crees que eso le importa?

—Seguramente no. Pero a mí sí. Tenemos más posibilidades de averiguar qué está tramando la Alianza con su ayuda, y si lo conseguimos, les sacaremos ventaja. Podremos anunciar su existencia al mundo y recuperar nuestras vidas.

—Por lo que dijo Sophia, son básicamente fundamentalistas religiosos —dijo Chase lúgubremente—. He luchado contra muchos de ellos, y no son lo que se dice buenos perdedores. ¿Y tres de ellos trabajando juntos? Aunque los ganemos y encontremos esa ciudad perdida antes que ellos, no creo que lo dejen estar sin más.

—¿Entonces qué sugieres? —replicó Nina, un poco enfadada—. ¿Que no hagamos nada? No podemos escondernos de ellos el resto de nuestra vida. Y aunque pudiéramos, yo no quiero hacerlo.

—No digo que hagamos eso. Solo digo que quizá te estás apresurando con todo esto, que no estás pensando en las consecuencias. Para otros, no solo para nosotros.

El gesto de Nina se suavizó un tanto.

—¿Estás pensando en Mitzi, verdad?

—Sí —dijo Chase, y apretó los dientes al recordar a su amiga—. Murió porque no me paré a pensar dos veces las cosas. No quiero que vuelva a ocurrir. Y no quiero que tú aprendas del mismo modo que tuve que hacerlo yo.

Nina cogió su mano.

—Eddie, sabes que no quiero que nadie salga herido. Ni Matt ni nadie. De hecho, preferiría que no le pasase nada malo a Sophia, al menos nada muy malo. —La pequeña broma dibujó un principio de sonrisa en los labios de Chase—. Pero si no hacemos algo con respecto a la Alianza, solo quedarán tres cosas que podamos hacer: huir, escondernos… o morir. Y no me gusta ninguna de esas tres. Sobre todo la tercera. La tercera es un asco.

De nuevo, la boca de Chase se torció en una leve sonrisa.

—Ahí tienes razón. —Acarició con fuerza los dedos de ella—. Pero quiero asegurarme de que sabes qué tipo de riesgos estás tomando. Esta vez no nos respalda nadie; ni la API, ni ningún millonario. Si algo va mal, estaremos solos. —Contempló el mapa de la Antártida en el ordenador—. Y en el peor lugar posible de todo el planeta para meterse en un lío.

—Entonces, tendremos que asegurarnos de que nada sale mal.

—Ya, como si eso nos hubiera funcionado alguna vez.

—Hay una primera vez para todo —dijo Nina. Sonrió, y después cogió la otra mano de Chase—. Podemos hacerlo, Eddie. La ciudad está allí, estoy segura.

—Espero que tengas razón.

—Estoy segura, te lo prometo.

—¿Puedes poner eso por escrito? —La sonrisa anunciada eclosionó al fin —. Vale, si crees que congelarnos el culo es la única manera de ganar a esos capullos, tendremos que hacerlo. Pero habrá que tener mucho cuidado.

—Lo tendré. Por suerte ahí estarás tú para sacarme de las fisuras en el hielo.

—Hablaba de Sophia. —Chase adoptó de nuevo un gesto serio—. Si tiene la más mínima oportunidad, intentará escapar. O matarnos.

—Entonces mejor no darle la oportunidad.

Chase asintió, y después contempló su chaqueta de cuero negro.

—Creo que me va a hacer falta algo que abrigue más.

20

La Antártida

El mar bajo el convertiplano Bell BA609 era de un azul sereno e intenso a la cegadora luz del sol. La calidez de ese brillo, sin embargo, era engañosa; incluso en el apogeo del verano de la Antártida, la temperatura estaba solo ligeramente por encima de la de congelación.

Refugiada bajo una gruesa parka, Nina miró por encima del hombro del piloto y contempló con un gesto de asombro la costa a la que se aproximaban. El terreno más allá era deslumbrante: un muro de hielo que se elevaba casi verticalmente del océano centelleante. Témpanos de hielo pasaron de largo; en uno de ellos se distinguían puntos negros.

—¡Eddie, mira! —dijo—. ¡Acabo de ver mis primeros pingüinos!

Chase sonrió.

—Igual podemos llevarnos uno a casa.

—Esto no es un vuelo turístico —gruñó el hombre sentado junto al piloto. El doctor Rohir Bandra, como descubrió Nina poco después de aterrizar en el Southern Sun tras un largo vuelo en el convertiplano desde Tasmania el día anterior, no era alguien que reaccionara demasiado bien ante los imprevistos. De inmediato se había enzarzado en una discusión con Trulli relativa a la inesperada llegada de sus «ayudantes», y Nina tuvo que hacer uso de toda su capacidad de persuasión, y también su fama, para apaciguarlo siquiera levemente. Al parecer, las noticias de su suspensión de empleo no habían llegado al Polo Sur.

El doctor, sin embargo, seguía estando furioso, y había dejado claro que en el preciso instante en que las pruebas de Trulli finalizaran con éxito, y la expedición pasara de ser un ejercicio técnico a uno científico, los inoportunos huéspedes serían enviados de vuelta, acompañados por una queja formal a la API. Aunque Trulli había querido quitarle hierro al asunto como en él era

costumbre, Nina pudo adivinar que estaba preocupado de veras por lo que este asunto implicaría para su carrera, y se sentía terriblemente culpable por haberlo metido en todo aquello.

Sus inquietudes, sin embargo, se desvanecieron de un plumazo cuando se aproximaron a la costa. El mar estaba lleno de placas de hielo a la deriva; la Southern Sun estaba anclada a más de ciento veinte kilómetros de la costa para evitar los témpanos de hielo que se desprendían del manto que se perdía en el horizonte, una lámina de blanco cegador entre los azules profundos del océano y el cielo. Pasaron sobre más témpanos de hielo, amontonados irregularmente, y después el risco se perdió de vista y lo único que quedó ante sus ojos fue una interminable llanura blanca.

Habían llegado a la Antártida.

—En tierra a las ocho dieciséis —dijo el piloto, un noruego llamado Larsson—. Ráfagas fuertes de viento por delante. Nos vamos a menear un poco.

—No me digas —dijo Chase mientras el artefacto se sacudía, golpeado por los vientos que soplaban por las eternas llanuras. Se apretó el cinturón de seguridad. Los demás ocupantes de la cabina, Nina, Sophia, Trulli, Bandra y un par de ayudantes de Trulli, David Baker y Rachel Tamm, hicieron lo mismo.

Larsson comprobó el rumbo del GPS. La nueva ubicación de las pruebas estaba a once kilómetros de la costa; la capa de hielo se había expandido enormemente a lo largo de los milenios. El terreno era cada vez más irregular, y la llanura plana se elevaba en montañas de puro hielo y caía en desfiladeros que partían en dos el páramo helado. Los muros de las gargantas cambiaban de color a medida que se perdían en las profundidades, pasando de un puro blanco a sombras casi irreales de cian y turquesa.

—Es precioso —dijo Nina, asombrada—. ¿Por qué es de ese color?

—Por la compresión, doctora Wilde —dijo Bandra, con la voz repleta de una condescendencia casi insultante—. El peso de la nieve y el hielo que hay por encima comprime el aire atrapado y lo solidifica, de modo que absorbe longitudes infrarrojas de luz. De ahí el hielo azul.

—¿Ah sí? —dijo Chase—. Y yo que pensaba que el hielo azul era lo que caía de los retretes de los aviones. Gracias, doc, nunca te acostarás… — Bandra pareció más irritado que nunca, aunque tanto Nina como Trulli esbozaron una sonrisa ante su reacción.

Algo más llamó la atención de Nina: una columna de algo que parecía humo elevándose en el viento. Encontró su origen, un cono de hielo

extrañamente alargado y anguloso que sobresalía de la superficie helada como una estalagmita.

—Chimeneas volcánicas, debemos de estar en el lugar correcto —dijo Nina, al ver más de aquellas formaciones a lo lejos.

—¿Cuánto queda hasta llegar al lugar? —preguntó Trulli.

Larsson comprobó de nuevo el GPS.

—Un par de kilómetros. —Señaló adelante—. Pasada esa grieta.

Nina se inclinó hacia delante para mirar de cerca. Se trataba de una extensión de pura nieve, sin siquiera una sola de aquellas chimeneas; un profundo desfiladero se alejaba hacia la costa partiendo desde ese punto. Al no haber apenas accidentes geográficos, resultaba complicado juzgar las distancias, pero la llanura parecía tener al menos tres kilómetros de largo. El lago oculto bajo ella, según el estudio del radar, era considerablemente más pequeño.

—Quiero dejar bien claro que me opongo radicalmente a cambiar el lugar de las pruebas —dijo Bandra mientras la aeronave comenzaba a descender—. Me quejaré ante la ONU por la apropiación por parte de la API de los recursos de la UNARA.

—Sí, ya lo sabemos, doctor Bandra —dijo Nina con desgana.

—Pero, doctor Bandra, después de todo —dijo Sophia con malévola inocencia—, no importa demasiado dónde tengan lugar las pruebas, ¿no? Es decir, allí hay hielo, aquí hay hielo…

—¡No es solo hielo! —bufó el doctor—. ¿Tiene usted alguna clase de formación científica, señora Fox, o es tan solo otra turista gorrona como el señor Chase?

Sophia sonrió.

—De hecho, tengo experiencia en el campo de la energía nuclear.

Trulli tosió al oír aquello, y tanto Nina como Chase miraron con gesto severo a la «señora Fox», el nombre de su pasaporte falso. Por fortuna, ninguno de los otros pareció reparar en el trasfondo de su macabra broma.

El convertiplano descendió sobre el centro de la llanura de hielo; Larsson siguió al milímetro las coordenadas GPS precisas que Trulli le había proporcionado, y pasó del modo de vuelo a flotar inmóvil sobre la superficie. Para ello, los ejes de las hélices sobre las alas pivotaron para convertir los enormes propulsores en rotores semejantes a los de un helicóptero. La aeronave flotó vacilante sobre el centro del vórtice de la nube de nieve y cristales de hielo hasta tomar tierra con una sacudida.

Larsson miró hacia fuera, dejando los motores encendidos justo por debajo de la velocidad de despegue.

—Vale, el hielo parece estable. Pero tomad una lectura del grosor antes de descargar nada. Tiene que haber al menos diez metros para que sea seguro.

—Voy —dijo Trulli. Baker y él salieron con un dispositivo de lectura por radar y rodearon la aeronave, ocultos tras sus parkas. Finalmente, Trulli le hizo a Larsson una señal para indicarle que todo estaba en orden. Larsson le devolvió el gesto y apagó los motores.

—Estamos encima del lago —le dijo Trulli a Nina al regresar a la cabina —. El hielo tiene unos cuarenta metros de espesor, como pensábamos.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en perforarlo?

—¡No te adelantes! Antes tenemos que preparar a Cambot; eso nos llevará un par de horas. Pero cuarenta metros… —Se frotó la barbilla, pensativo—. No quiero forzarlo demasiado, no en la primera prueba, así que quizá media hora. A menos que quieras buscar una zona de hielo menos espesa, una que esté sobre una chimenea volcánica.

—¿Qué grosor tendría?

—Veinte, veinticinco metros.

—O sea, la mitad de tiempo pasando frío. Suena bien.

Bandra frunció el ceño al oírlos.

—¿Y realmente creen que eso servirá como prueba para la perforadora? ¡Tiene que atravesar cuatro kilómetros de hielo, no veinte metros!

—Hay que aprender a gatear antes de aprender a andar —dijo Trulli, mientras sacaba más artefactos—. Muy bien, chicos, ¡vamos a romper el hielo! —Incluso Chase esbozó una sonrisa.

Nina bajó del vehículo, y de inmediato se alegró de haberse puesto tantas capas de ropa. Los crampones puntiagudos de sus botas se clavaron en la superficie helada. Se puso unas gafas de sol reflectantes para proteger sus ojos del brillo de la luz del sol reflejada en la nieve. Salvo por el convertiplano, no había otro refugio del constante viento. El paisaje parecía completamente plano, y no una roca emergiendo de la espesa nieve. A pesar de que ya había visitado otros yermos estériles antes, nunca había contemplado algo tan vacío y desprovisto de toda vida.

Trulli y Baker tardaron unos veinte minutos en encontrar con el radar una zona en la que la capa de hielo fuera más fina, de solo veintiún metros. Tras marcar la posición con un banderín rojo atado a un poste, comenzaron los preparativos para el test.

Cambot, el robot submarino de Trulli, era un cilindro segmentado metálico de unos tres metros de largo y uno de diámetro; uno de sus extremos terminaba en un conjunto amenazante de cabezas perforadoras engranadas, y el otro en boquillas de inyección y alerones doblados que rodeaban un complejo mecanismo de bobina. Con la ayuda de Rachel, Trulli y Baker situaron con cuidado el artefacto sobre un trineo. Chase, Nina y Larsson los ayudaron a empujar la pesada máquina hasta el banderín. Sophia prefirió observarlo todo desde la cabina, mientras que Bandra fingía estar supervisándolo todo sin hacer ni el menor esfuerzo físico.

Los ingenieros dejaron a Cambot junto al banderín y regresaron al helicóptero para recoger un generador. Después, se pusieron a erigir un sistema cabestrante para elevar a Cambot por su cola, suspendiendo las cabezas perforadoras justo por encima del hielo. Esta operación llevó un buen rato, y los otros volvieron a la aeronave a tomar un poco de café caliente. Para sorpresa de Nina, el sol apenas se movió en el cielo durante todo ese tiempo: en este punto del verano, tan cerca del círculo polar antártico, el día parecía durar casi veintitrés horas.

Cuando el submarino estuvo colgando como una especie de pez cibernético que hubieran sacado del mar y mostraran ahora como botín de pesca, todos lo inspeccionaron, e incluso atrajo el interés de Sophia.

—Bueno, ¿y cómo funciona? —preguntó Chase.

Trulli estaba de pie sobre una escalera, que conectaba un extremo de lo que parecía una larga extensión de conducto de goma a la popa del robot.

—Es bastante sencillo. Lo bajamos, y perfora el hielo. Pero además está calentado, de modo que descenderá más rápido. Las perforadoras alcanzan alrededor de sesenta o setenta grados Celsius cuando están a su máxima velocidad, y el cuerpo está a treinta grados, de modo que el agua de deshielo lo mantiene lubricado mientras desciende.

—¿Y cuándo entra en juego el toque Trulli? —preguntó Nina.

Trulli sonrió.

—¿Toque Trulli? Me gusta cómo suena. Lo bueno de verdad está aquí atrás. —Acarició la bobina—. Veréis, normalmente, cuando se perfora el hielo a grandes profundidades, se llena el hueco de la perforadora con líquido anticongelante, porque si no se cubre de hielo enseguida. Pero eso no es posible en este caso, porque en cuanto llegáramos al lago, contaminaría el ecosistema y mataría todo lo que el doctor Bandra está intentando encontrar. —Alzó la boquilla—. Aquí viene lo bueno. Es básicamente un conducto flexible, pero doblado sobre sí mismo, como cuando le das la vuelta a unos

pantalones metiendo la mano por la pernera. Solo que aquí los pantalones pueden ser todo lo largos que queramos. De varios kilómetros, incluso.

—Qué pedazo de pantalones —dijo Chase.

—Metemos todos los cables de alimentación y control por ambas capas de la manga. Tienen una superficie no adhesiva, para poder deslizarse por dentro del cordón umbilical. De ese modo, da igual si la parte superior del hueco de la perforadora se congela. A medida que Cambot va bajando, desenrolla más y más de la manga que tiene a su espalda en este depósito de aquí. —Trulli lo señaló con un asentimiento de cabeza—. Cuando llegue al lago, lo desconectaremos del cordón umbilical para que pueda nadar libremente. Pero, como seguimos dándole electricidad por el cable de alimentación, puede explorar tanto como desee, y después podemos recuperarlo perforando en sentido inverso a través del hielo. En teoría.

—Esperemos que funcione —dijo Bandra, en tono tan gélido como el paisaje que los rodeaba—. Sería una lamentable pérdida de tiempo y dinero si algo saliera mal.

—Solo hay una manera de averiguarlo —dijo Nina—. ¿Cuánto falta hasta estar listos, Matt?

—No mucho. Solo verificar los enganches, hacer todas las comprobaciones del sistema, y estaremos listos.

Tardó otros veinte minutos en realizar las últimas comprobaciones, con la ayuda de un portátil metido en una bolsa calentada por una batería eléctrica.

—¡Vale! —anunció por fin el australiano, sentándose en una silla de tela plegable—. Podemos empezar.

Además de un portátil, la bolsa contenía un mando de control con dos palancas y varios diales.

—Echaos hacia atrás —advirtió mientras giraba uno de los diales. Las cabezas perforadoras giraron de mala gana al principio, antes de calentarse y comenzar a rotar con mayor suavidad. Trulli incrementó las revoluciones, y comprobó unas cifras en la pantalla del portátil; parecía satisfecho.

—Todo correcto. ¿Nina? ¿Quieres dar tú la orden?

—Creo que será mejor que sea el doctor Bandra el que tenga ese honor —dijo ella—. ¿Doctor Bandra?

El doctor aceptó de mala gana.

—Vamos. Trulli, venga, adelante —dijo.

Trulli se encogió de hombros y operó los mandos. La bobina bajó el submarino hasta que las cabezas perforadoras giratorias tocaron el hielo. Siguió un sonoro chirrido, y el morro del submarino quedó oscurecido de

inmediato por las salpicaduras que levantó al hundirse en la dura superficie. Nina contempló el marco de la bobina. La capa exterior del cordón umbilical permanecía, en efecto, inmóvil, mientras que la capa reluciente y lisa del interior lentamente reptaba hacia su extremo abierto. Era una escena levemente inquietante, y por algún motivo le recordó a Nina a un intestino.

Cambot no parecía tener demasiada prisa por descender; el cuerpo cilíndrico del robot tardó más de dos minutos en desaparecer por completo. Cuando lo hizo, fue acompañado de un chorro de agua. El pozo, sin embargo, comenzaba ya a congelarse, y la superficie expuesta estaba adquiriendo un matiz azulado con sorprendente velocidad.

—Vale —dijo Trulli, comprobando las lecturas—. Cambot está atravesando el hielo a ciento veinte centímetros por minuto. Así que tardará unos…

—Quince minutos en llegar al lago —dijo Nina—. Dado que ya ha cubierto la profundidad de su propia longitud.

—Gracias. Ojalá yo fuera así de rápido con el cálculo mental. ¡Me ahorraría una fortuna en pilas para la calculadora!

Siguió otra ronda de cafés en el convertiplano. Apenas quince minutos después, Trulli los animaba a salir de nuevo.

—Vale, se está acercando —anunció—. El hielo es un poco más delgado de lo que creía, debe de ser irregular. Ah, y yo no me quedaría ahí de pie, tío —le dijo a Chase, que estaba investigando la abertura ya congelada—. Todo el peso del hielo que tiene encima hará que el lago esté bajo mucha presión. ¡En cuanto Cambot lo alcance, saldrá un chorro disparado hacia arriba como si fuera una lata de refresco en una montaña rusa!

Chase retrocedió, y Trulli hizo lo mismo. Todos permanecieron en línea, cada vez más inquietos. Incluso Bandra parecía nervioso.

—Menos de un metro —dijo Trulli, contemplando la pantalla intensamente—. Pero el hielo podría romperse en cualquier momento, así que cuidado. Medio metro… ¡ahí está!

Los miembros de la expedición contuvieron el aliento, pero nada sucedió durante unos segundos. Y entonces, la capa de hielo por encima de la perforadora explotó repentinamente hacia arriba, expulsada por un géiser que atravesó la superficie. Subió a más de diez metros, y cayó de nuevo en una nube de humedad. La fuente siguió manando durante varios segundos antes de detenerse por completo.

—¡Y lo ha conseguido! —dijo Trulli entusiasmado. Comprobó más lecturas—. Vale, pasamos a la fase dos. Cortar el cordón umbilical, desplegar

las aletas y dar completa libertad a Cambot… ahora.

Manipuló algunos controles, y pareció satisfecho.

—Vale, vamos a ver qué hay ahí abajo.

Nina contempló la pantalla mientras el australiano operaba los mandos. Trulli había configurado una ventana para que mostrara una emisión de vídeo en directo, en la que actualmente no se veía nada más que una niebla cian, pero la pantalla situada junto a aquella resultaba mucho más reveladora. Era una pantalla LIDAR, similar al sistema de escaneado utilizado en otros de los submarinos en los que Trulli había trabajado, que proyectaba un haz de láser móvil entre azul y verde de una longitud de onda capaz de penetrar fácilmente el agua. La imagen resultante era monocromática, pero Nina pudo adivinar perfectamente el «techo» de hielo que cubría el viejo lago.

Trulli giró el submarino para poder ver la parte inferior del hueco de la perforadora. El extremo del cordón umbilical colgaba de ella, y se mecía lánguidamente mientras los movimientos del robot tiraban del resto de cables que lo atravesaban. El hielo que rodeaba el orificio parecía casi relucir en tonos azules y turquesas, al filtrarse la luz del día por la masa traslúcida.

—Vale —dijo Trulli, girándose hacia Nina—. ¿Por dónde quieres empezar?

—¿Por dónde ha salido el submarino?

Trulli comprobó las coordenadas.

—Cerca del extremo situado junto al mar de lo que fue el valle.

—¿Junto a la presa?

—Si es lo que es.

—Compruébalo primero —dijo Nina. Trulli asintió y guio el submarino hacia abajo. Tal y como había pensado, había una enorme hendidura en el techo de hielo, una cúpula irregular formada por agua caliente elevada desde una chimenea volcánica más abajo. Cambot tardó un par de minutos en emerger a un espacio abierto mayor.

El fulgor azul seguía presente incluso a través del mayor grosor del hielo, pero Nina no quitaba ojo de la imagen LIDAR mientras Trulli maniobraba el submarino en dirección al final del valle. A un lado, el terreno era inclinado y rocoso… pero, adelante, la colina que ascendía hasta el techo de hielo era mucho más suave.

—¿Es una presa? —preguntó Sophia.

Bandra resopló sarcásticamente.

—¿Cómo iba a ser una presa? ¿La construyeron los castores de la Antártida quizá?

Nina centró su atención en la emisión de vídeo mientras el submarino se acercaba. Bajo los focos, la superficie de la colina daba la impresión de estar compuesta de tierra suelta.

—¿Cómo es de grande?

—Haré una lectura de sonar… Tiene un poco más de trescientos metros de largo —dijo Trulli—. Puede que veintiún metros en su punto más alto. Recorre todo el valle.

—Y lo bloquea por completo —comprendió Nina—. Es una presa. La construyeron para inundar el valle y ocultarlo todo bajo el hielo, justo como decía la inscripción.

Bandra parecía estar perdiendo la paciencia por momentos.

—¿Qué inscripción? ¿De quién está hablando? Doctora Wilde, ¿qué está pasando? —Se encaró con Nina—. Exijo una respuesta, ¡ahora mismo!

Chase le puso una mano en el hombro. Bandra trató de librarse, y una cierta inquietud se asomó a su rostro cuando la presa del inglés se intensificó.

—Tranquilo, doc —le dijo Chase—. No querrá perder los nervios en un lugar tan peligroso como este, ¿no? Así es como pasan los accidentes.

—Esto es… ¡intolerable! —gritó Bandra—. ¡Suélteme!

—Eddie —dijo Nina. Chase se encogió de hombros y después levantó la mano. El doctor estaba tan furioso que de las aletas de su nariz salían nubecillas de aliento caliente—. Doctor Bandra, le prometo que le explicaré todo lo antes posible. Pero por ahora, me ayudaría muchísimo si pudiera ser paciente. Y si guardara silencio.

—¡Esta es mi expedición! —siseó Bandra con impotencia. Echó a caminar hacia el convertiplano.

Trulli hizo una mueca.

—Parece que la conversación durante la cena de esta noche va a ser un poco tensa.

—No te preocupes, Matt —dijo Nina. Miró de nuevo la pantalla—. Gira el submarino, vamos a ver el suelo del valle.

Trulli obedeció. Cambot giró y descendió. Aparecieron objetos en el límite del alcance del láser. Bloques grandes, posiblemente rocas… pero de formas sospechosamente regulares. Nina miró la pantalla de vídeo mientras el submarino se aproximaba. Resultaba difícil juzgar la escala, pero los bloques parecían al menos tan altos como una persona.

Eran rectangulares. De lados planos y bordes afilados.

No eran naturales.

—Sigue adelante —jadeó Nina. Los otros reaccionaron con la misma sorpresa cuando Cambot pasó de largo junto a los bloques y se dirigió hacia un nuevo obstáculo visible en la pantalla LIDAR. Un muro, curvado, que se elevaba para formar un edificio en forma de cúpula de piedra cuidadosamente tallada…

—Es la ciudad —susurró Nina—. La ciudad perdida de los veteres. La hemos encontrado.

21

—¡Usted sabía que estaba ahí desde el principio! —dijo Bandra furiosamente, señalando con un dedo acusador las imágenes que aparecían en el portátil de Trulli mientras Cambot proseguía su exploración—. ¡Lo sabía, y secuestró mi expedición para encontrarla! ¿Por qué?

—No tuve elección —dijo Nina—. Hubo… una brecha de seguridad en la API. Se perdieron vidas.

—¿Qué? —El rostro enojado de Bandra pasó ahora a mostrarse horrorizado—. ¿De modo que decidió poner las vidas de una misión de la UNARA en peligro?

—No, porque, por lo que sabemos, la UNARA no ha sufrido ningún ataque. Nadie sabe que estamos aquí —explicó Nina, exasperada—. Y no sabía a ciencia cierta que la ciudad estaba aquí, solo que había muchas posibilidades.

—Y ahora que lo sabe, ¿qué va a pasar? ¡No puede llegar hasta ella! No tenemos el equipo necesario para realizar una inmersión. —Bandra frunció el ceño—. Puede que haya hecho un descubrimiento arqueológico, doctora Wilde, pero lo ha hecho a costa de otra misión científica, la mía. En cuanto volvamos a la Southern Sun, transmitiré una queja formal a la ONU por sus acciones.

—Tiene derecho a hacerlo si lo desea, por supuesto —dijo Nina, conteniendo su propia furia, cada vez mayor—. Pero le pido que espere hasta que hayamos explorado la ciudad. Lo hagamos como lo hagamos.

—No pienso esperar a nada —dijo él, rabioso—. ¿Cree que un par de descubrimientos interesantes y unas cuantas apariciones en televisión le dan derecho a decirnos a los demás qué debemos hacer?

—No, no lo creo —dijo ella, con voz gélida—. Pero creo que mi cargo como directora de la API me concede ese derecho.

—¿Qué?

—La API tiene tanto que ver con seguridad global como con preservación arqueológica. Este asunto se ha convertido en una cuestión de seguridad. —Puso las manos en las caderas y lo miró impertérrita—. Lo siento, doctor Bandra, pero no me deja otra opción que invocar mi autoridad y colocar este lugar, y la expedición entera, bajo la jurisdicción de la API.

Bandra estaba tan furioso que parecía capaz de fundir el hielo él solito.

—¡No… no puede hacer eso!

—Acabo de hacerlo. Y sabe perfectamente que tengo la autoridad para hacerlo, de modo que le estoy dando una orden. No debe ponerse en contacto con la API, ni nadie más, hasta que yo lo autorice. ¿Me he explicado con claridad?

Por un segundo, Nina creyó que iba a darle un puñetazo. Chase dio un pequeño paso adelante. Con los labios tensos, Bandra giró sobre sí mismo, y casi resbaló sobre el hielo antes de dirigirse de nuevo hacia el convertiplano.

—Joder, Nina —dijo Trulli en voz baja—, sé que es un poco imbécil, pero has sido muy dura…

Sophia, por otro lado, sonreía.

—Nina, tengo que admitirlo, estoy casi impresionada. No pensé que fueras capaz de algo así. Claro que habría resultado aún mejor si realmente tuvieras la autoridad…

—No sigas —dijo Nina, encarándose con ella hasta que sus narices casi se tocaron. Tras un largo instante aguantando su mirada sin parpadear, Sophia se giró y se alejó, aunque no sin soltar antes un resoplido desdeñoso.

Chase se acercó por detrás a su prometida.

—Oye —dijo en voz baja—, ¿estás bien?

Nina lo miró; temblaba con una mezcla de furia y adrenalina generada por las confrontaciones.

—No… la verdad es que no.

—Ven aquí. —Chase la abrazó—. ¿Sabes qué? Que le den por culo a Sophia, a mí me has impresionado. Deberías haber estado en el ejército, habrías sido una gran sargento con esa actitud. Habrías acojonado a los nuevos reclutas.

Nina dejó que una risilla desganada escapase al aire frío.

—Pero tenía razón. ¿Qué vamos a hacer con la ciudad? No podemos bajar ahí, y la única manera en que podríamos conseguir el equipo y los recursos necesarios sería contactando con la UNARA o la API. Y en cuanto hagamos eso, todo habrá terminado.

—¿Te preocupa la Alianza?

—Sí, y también Bandra. Creo que cuando descubra que lo he engañado, querrá matarme.

—Yo te protegeré. De Bandra, de la Alianza, y de quien sea.

—Gracias. —Nina logró esbozar una pequeña sonrisa—. Pero eso no cambia el hecho de que no podemos llegar a la ciudad. Lo único que podemos hacer es mirarla en una pantalla, y eso no será suficiente. Necesitamos entrar.

Trulli alzó la vista de su portátil.

—Yo, eh… tengo una idea. —Miró hacia el convertiplano, que Bandra rodeaba en círculos mientras daba patadas a la nieve—. Solo que no creo que le guste. Pero bueno, de perdidos al río…

—¿En qué estás pensando, Matt? —preguntó Nina.

—Bueno, esa presa que bloquea el valle, está hecha de tierra y puede que piedras, ¿no?

—Probablemente. Si la construyeron con prisa, lo harían de la manera más simple posible. Es decir, amontonando tanta tierra como pudieran.

—Así que seguramente no será muy densa, ¿no? Aunque esté muy apelmazada, la tierra no es tan dura como el hielo…

Nina comprendió adónde quería ir a parar.

—¡Matt! ¡Madre mía, eres un genio!

—Sí, lo sé.

—Espera, ¿por qué es un genio? —preguntó Chase.

—¡Porque puede usar el submarino para perforar la presa y drenar el lago! —anunció—. Pero ¿funcionará?

Trulli gesticuló en dirección a la costa.

—Vimos una grieta en esa dirección, así que si puedo meter a Cambot en el agua podré drenar el lago, pero quiero asegurarme de que la cueva resultante sea lo bastante grande para meter el avión dentro, para que podamos recoger a Cambot después. Después de todo, cuesta cinco millones de dólares.

—Si funciona, ¿cuánto tiempo tardará en vaciarse el lago?

—Ni idea. Quiero decir que no conocemos las dimensiones exactas. Pero en función del tamaño del lago en el mapa del radar, serán… —Abrió una calculadora en el portátil y se quitó un guante para teclear las cifras—. Por lo menos veinticuatro horas. Pero podría ser mucho más.

—¿Y qué pasa con el hielo? —preguntó Chase. Golpeó con el tacón la superficie helada—. Si secas el lago desde abajo, todo el techo podría venirse abajo.

Trulli reflexionó.

—Existe la posibilidad… pero tiene un mínimo de veinte metros de grosor, así que no debería haber problema. Un metro de hielo aguantaría un camión grande. Pero puede que haya puntos más finos. Sobre todo si esas chimeneas volcánicas siguen activas. Si sale vapor, podría fundir parte del hielo.

—¿Pero crees que podrías atravesar la presa con el robot? —preguntó Nina.

—En teoría, sí. El cable es lo bastante largo, y tenemos potencia de sobra. —Pareció preocupado—. Solo que, si la presa no está solo hecha de tierra, si tiene rocas, puede que Cambot no pueda atravesarlas, y no podremos volver a sacarlo.

Nina le puso una mano en el brazo.

—Ya has hecho mucho por nosotros, Matt. Si no quieres arriesgarte…

Trulli señaló las estructuras de la pantalla, sepultadas bajo ellos.

—Nah, creo que merecerá la pena. Joder, esto podría ser tan importante como la Atlántida, puede que más. ¡Y puede que esta vez me saquen a tu lado en la portada del *Time*, o al menos en la de *Mecánica Popular*!

—¿Así que lo harás?

Trulli sonrió.

—Tráeme un café, y veré lo que puedo hacer.

Tal como Trulli pensaba, la tierra compactada de la presa resultaba mucho más sencilla de perforar que el hielo endurecido por encima del lago, y Cambot avanzaba a metro y medio por minuto. Así y todo, tardó casi dos horas en atravesar la base de la presa y alcanzar el hielo que había al otro lado. Para entonces, Bandra ya había averiguado qué estaba ocurriendo y estaba más enojado que nunca, pero parecía también resignado al hecho de que se trataba de una operación de todo o nada: la única manera de recuperar el costoso submarino sería alcanzar la grieta.

Trulli, Baker y Rachel se turnaron para supervisar el avance de Cambot, mientras que los otros daban paseos constantes hasta el convertiplano para refugiarse en su cabina del cortante viento. Nina se preguntaba ociosamente cuánto tiempo duraría el suministro de café de la expedición cuando Rachel, desde los mandos, hizo gestos frenéticos. Todos corrieron hacia ella, y Trulli se llevó consigo el portátil para comprobar las lecturas.

—¡Estamos a punto! —dijo Trulli entusiasmado. Nina miró la pantalla. Dado que no había nada que ver mientras el robot perforaba, Trulli había apagado las cámaras, pero ahora volvió a encenderlas. Aunque la imagen estaba oscurecida por el hielo fundido que recorría el cuerpo cilíndrico de Cambot, el brillo de la luz del día a través del hielo era evidente.

Y no era el azul del hielo grueso y profundo. Este era un blanco puro, separado tan solo por unos pocos metros…

Un ruido como el de un disparo con silenciador recorrió la llanura proveniente de la grieta. La imagen relampagueó repentinamente cuando Cambot salió disparado a la superficie. La ladera blancoazulada de un risco apareció en la pantalla antes de quedar oscurecida por el agua agitada. Otro crujido de hielo resonó desde el borde de la llanura, seguido por un silbante y ensordecedor rugido.

El cabestrante tembló, y los cabes se enrollaron rápidamente alrededor del cordón umbilical cuando Baker presionó a toda prisa una palanca para dejarlo correr. Rachel contempló la bobina girando nerviosamente, con la mano sobre un mando del generador para cortar la alimentación si llegaba a ser necesario, pero de repente se detuvo con sorprendente brusquedad. La imagen de la cámara de vídeo se sacudió violentamente.

Chase hizo una mueca.

—Joder. Aunque sea un robot, he sentido eso.

Señales de advertencia brillaron en rojo en la pantalla del portátil.

—Creo que ha golpeado algo —dijo Trulli, consternado—. ¿Qué longitud tenía la grieta?

—Veinticinco, veintisiete metros.

Ahora fue Trulli el que torció el gesto.

—Claro. Ha salido disparado hacia el muro del otro lado. Madre mía, la fuerza del agua debe de ser brutal. —Se giró para mirar. Una nube de humedad se elevaba sobre el borde de la llanura, y la luz del sol se reflejó en billones de cristales de hielo cuando el agua comenzó a congelarse en el aire.

—¿Qué daños ha sufrido? —preguntó Bandra.

—El casco sigue intacto, y lo de dentro está lo bastante bien como para seguir dándonos datos de telemetría —le dijo Trulli, cambiando entre distintas pantallas para saber más—. Pero parece que hemos perdido la torreta LIDAR y algunas de las aletas.

Bandra miró a Nina.

—La consideraré personalmente responsable de los daños, doctora Wilde.

—Mándele la factura a la API —replicó ella secamente. El estruendo del agua era atronador e incesante, y cada segundo miles de litros eran expulsados por la grieta. Pero ¿cuánto tiempo tardaría en vaciarse el lago entero?

No había manera de saberlo. Lo único que podían hacer era esperar a que la naturaleza siguiera su curso.

—Creo que por hoy hemos terminado —anunció Nina.

Chase entró en la pequeña cabina a bordo del Southern Sun y encontró a Nina y a Sophia examinando fotos impresas de la inscripción encontrada en la cámara enterrada en Australia.

—Buenas.

—¿Dónde has estado? —preguntó Nina.

—Viendo cómo Bandra le gritaba a Matt. Me sorprende que no lo hayas oído desde aquí, estaba cabreadísimo. —Cogió una página de las notas de Nina—. ¿Qué hacéis?

—Intentar traducir la inscripción —le dijo Sophia.

—¿Hay suerte?

—Más o menos —dijo Nina—. Nos hemos estado concentrando en las partes que hablan de la ciudad, para ver si podemos hacernos una idea de qué hay ahí abajo. Para empezar, ese «árbol del regalo» que Ribbsley mencionó… fuera lo que fuera, no era el único. En la ciudad hay otro.

—Y no es el único árbol acerca del cual escribían canciones. Mira. —Sophia señaló una sección concreta del texto.

Nina miró con más atención.

—Algo sobre… «descender», como si descendieran hacia su dios para alcanzar el árbol del regalo. ¿Quizá se arrodillaban para suplicar? —Sophia asintió—. Y luego dice cosas sobre profetas, y una puerta al árbol de… —Señaló la palabra—. No sé lo que significa eso.

—Es «vida» —le dijo Sophia—. El árbol de la vida.

—¿El árbol de la vida? —repitió Nina, sorprendida—. ¿Cómo el del libro del Génesis? No me extraña que la Alianza esté buscándolo.

—Desde luego, era muy importante para los veteres, una especie de vínculo con su dios. —Sophia frunció los labios—. Es interesante que fueran monoteístas. Las culturas primitivas solían ser politeístas.

—No necesariamente. El zoroastrismo data de al menos el siglo noveno antes de Cristo.

—¿Veneraban al Zorro? —dijo Chase, imitando los movimientos de una espada trazando una gran Z—. ¡Así me gustan a mí las religiones!

Nina y Sophia intercambiaron miradas de impaciencia.

—Y tú quieres casarte con él —dijo Sophia.

—Tú te casaste con él.

—La vida es una serie de elecciones buenas y malas.

—¡Eh! —protestó Chase—. El caso es que no parecen muy primitivos. Es decir, mirad las cosas que construían. —Señaló un documento impreso de LIDAR que mostraba varios edificios en forma de cúpula, y a continuación añadió con una tos—: *lohicieronlosaliens*.

—Oh, deja ya lo de los aliens —replicó Nina. Se giró hacia Sophia—. ¿Dice algo más sobre qué es realmente el árbol de la vida?

—No tiene pinta. Al menos, yo no sé traducirlo.

—Lo estás haciendo muy bien —le dijo Chase a Nina.

—Aprendo rápido —respondió ella.

—Sí, ya lo sé. Si sigues así no necesitarás a Sophia.

Nina arqueó una ceja.

—¿No sería una lástima? —Su expresión se tornó más recelosa mientras miraba a Sophia—. ¿No te estarás guardando nada para seguir siendo útil, no?

Sophia suspiró con cierto fastidio.

—¿De qué me iba a servir eso? Lo que más me conviene es ayudaros.

—Y a nosotros lo que más nos habría convenido es que nos hubieras dado las notas de Ribbsley cuando te las pedí —dijo Nina—. Por lo menos él tampoco las tiene. A menos que la Winnebago tuviera una caja fuerte a prueba de incendios.

—Ese Ribbsley —le dijo Chase a Sophia—, ¿qué has visto en él? No es rico, ni un tío increíblemente atractivo como yo.

Sophia pareció irritada.

—Es mi igual intelectual. Es algo que nunca entenderías.

—También está a tu mismo nivel moral —dijo Nina. Miró de nuevo las fotografías—. Si no dice nada más del árbol de la vida, ¿qué hay del árbol del regalo? ¿O el regalo mismo? Ribbsley dijo que su dios los castigó por dárselo a las bestias, pero ¿qué era?

La irritación de Sophia se desvaneció cuando se concentró en el texto de nuevo.

—No estoy segura. Tenía algo que ver con hacer uso de «diminutas montañas de fuego…».

—Las chimeneas volcánicas. Eso ya lo sabemos.

—Literalmente, aunque no sea muy poético. También hay lo que parece ser un «fuego celeste de la tierra», signifique lo que signifique eso.

—Fuego celeste… ¿truenos? —sugirió Chase—. O una aurora. Suele verse en el Polo Sur, ¿no?

—Sí —dijo Nina—. Pero «tierra» parece ser un modificador. ¿Cómo puede haber una aurora en la tierra?

—Ni idea. —Sophia le dio un golpecito a la fotografía—. Pero aquí dice más cosas de esas misteriosas «bestias». Al parecer, los veteres se las llevaron con ellos a la Antártida.

Chase resopló.

—Vaya cagada.

La respuesta de Nina fue algo más mesurada:

—Esas bestias eran una amenaza de la que estaban intentando huir… ¿y aun así se las llevaron consigo? ¿Y después les dieron el regalo de su dios?

—Creía que el regalo de dios era yo —dijo Chase, sonriendo. Ninguna de las mujeres le hizo el menor caso.

—No tiene ningún sentido —admitió Sophia—. ¿Qué tipo de regalo puede dársele a un animal que pudiera provocar la ira de dios?

Nina negó con la cabeza.

—A menos que fuera un muñeco articulado de Jesús, a mí tampoco se me ocurre nada. —Cogió la imagen del LIDAR—. Solo espero que, sea lo que sea, lo encontremos ahí abajo mañana.

—En tierra a las siete diecisiete —anunció Larsson.

El BA609 estaba desandando el trayecto del día anterior, y, para fastidio de Nina, con los mismos pasajeros. Baker y Rachel iban con Trulli para localizar y recuperar a Cambot, pero el motivo por el que Bandra había decidido acompañarlos, salvo que deseara aumentar su lista de ofensas, se le escapaba por completo.

Aun así, mientras no hiciera nada para interferir, Nina podía tolerar su presencia. Y el hecho de que le hubiera cedido el asiento delantero era una pequeña señal que indicaba que había aceptado la autoridad de Nina, por muy de mala gana que lo hubiera hecho.

Se puso las gafas de sol y miró adelante. La ubicación del campo de hielo y de la llanura resultaba inmediatamente obvia; una nube de humedad seguía elevándose de la grieta, y se perdía hacia el oeste en una larga humareda.

—Vale —dijo Trulli, detrás de Nina—, lo primero es comprobar si Cambot sigue en el mismo sitio. Pehr, sobrevuela en círculo la grieta y echa un vistazo.

Larsson pasó al modo de planeo y descendió sobre la grieta. El orificio por el que seguía manando el agua era algo mayor que el día anterior, puesto que una parte del risco de hielo que gobernaba la hendidura se había desprendido al ser consumida esta por la fuerza del chorro. Nina podía ver pedazos de hielo desperdigados por todas partes, además del agua que seguía su camino hacia una llanura más baja en la distancia.

—¡Estupendo! —exclamó Trulli—. Cambot sigue donde estaba ayer. —Señaló; Nina vio al robot junto al otro lado del cañón, incrustado en hielo y nieve.

—Parece que se ha quedado congelado —dijo Chase—. ¿Hemos traído piquetas?

—Tenemos algo mucho mejor, macho. ¡Gas! —Acarició un cilindro de metal rojo colocado en uno de los bastidores de carga—. Podremos fundir el hielo directamente.

Larsson ascendió y rodeó el lugar de aterrizaje del día anterior para buscar señales de que el hielo hubiera quedado debilitado por el drenaje del lago. No había nuevas grietas que resultaran evidentes a simple vista, pero aun así tomó tierra con cuidado, dejando los rotores encendidos hasta que estuvo seguro de que la llanura no iba a desprenderse bajo sus pies.

El equipo se dirigió a la ubicación de la perforación. Trulli y sus asistentes habían soltado los cables del submarino por control remoto y los habían recuperado el día anterior, de modo que la abertura en forma de tapa de alcantarilla se había congelado por completo. Sin embargo, resultaba evidente que el nivel del agua había descendido por debajo; el hielo que cubría el hueco de la perforadora era semitraslúcido, y revelaba un círculo de oscuridad por debajo.

—No debería tardar mucho en atravesarlo —decidió Chase.

—¿Cómo vamos a ver a qué nivel está el agua? —preguntó Nina—. Imagino que no habrás traído dos robots, Matt.

Trulli dejó en el suelo una mochila fuertemente aislada y la desabrochó.

—Me temo que no, pero tengo algo que servirá. Un poco tosco, pero funcionará. —Sacó una cámara portátil digital de un envoltorio de plástico diseñado para protegerla del frío y la humedad—. Solo tenemos que bajar esto con un cable. Y si la ajusto para condiciones de poca luz, nos dará una idea además del tamaño de la caverna.

—Eres todo un *bricoleur* —dijo Sophia.

Trulli miró a Nina con duda en sus ojos.

—¿Eso es bueno?

—Sorprendentemente, sí —le dijo ella, arqueando una ceja—. Increíble, pero sí, era un cumplido. No sé si deberías sentirte honrado o preocupado.

—Yo no dejaría que te diera una palmadita en la espalda, digámoslo así —añadió Chase.

Baker usó uno de los cilindros de gas para fundir la capa de hielo del hueco de la perforadora. Bloques de hielo cayeron a la oscuridad, más abajo. Siguieron salpicaduras, pero solo tras unos segundos, y muy lejanas.

Trulli preparó su sonda improvisada de modo que estuviera grabando ya antes de descenderla con un cable marcado en rojo a intervalos de un metro. Nina contó las marcas: la cámara descendió veinte metros sin problemas, pasada la parte inferior del pozo. Treinta, cuarenta metros, y se encontraba ya por debajo del techo de la estancia propiamente dicha. Trulli dejó bajar el cable ahora más lentamente. La carcasa de la cámara flotaría; en cuanto alcanzara la superficie, el cable se destensaría. Cuarenta y cinco metros, cuarenta y seis, cuarenta y siete…

—¿Qué profundidad tenía el lago? —preguntó Chase—. Ya debe de estar cerca del fondo.

—Unos veinte metros —dijo Nina—. Así que a unos sesenta metros por debajo de nosotros, más o menos. —Comprobó de nuevo el cable. Cincuenta y un metros, cincuenta y dos…

—Ahí —dijo Trulli. Descendió con cuidado las manos, y después las levantó de nuevo hasta que el cable quedó tenso—. Ya está, hemos llegado al agua. Justo a los cincuenta y tres metros.

—¿Así que solo quedan siete metros por drenar? —preguntó Nina—. Estará vacío antes de lo que pensábamos.

—El túnel de drenaje debe de haber crecido. —Trulli alzó las manos aún más—. Vale, ahora si balanceo un poco el cable, espero que la cámara gire lo bastante como para captar la imagen en trescientos sesenta grados de la caverna. Después la subiré y echaremos un vistazo. —Giró lentamente el cable entre las manos, y después comenzó el laborioso proceso de recuperar el aparato.

Cuando terminó, sacó la cámara de la carcasa y abrió su pantalla LCD. Después, rebobinó la grabación hasta el punto en que la cámara alcanzó la base de la cúpula de hielo. Ya sin agua, la cantidad de luz que atravesaba el hielo era francamente sorprendente. En la parte inferior de la pantalla, Nina

pudo ver la superficie del lago, con la corriente claramente visible mientras el agua manaba hacia el orificio perforado en la base de la presa. Conocer la profundidad del agua restante le permitió tener una cierta noción de la escala que las cámaras del submarino no habían logrado plasmar. La presa era, desde luego, una estructura verdaderamente impresionante, y compensaba en tamaño lo que le faltaba en complejidad.

¿Y la ciudad?

La cámara siguió descendiendo, aún balanceándose, pero para su creciente irritación la imagen se limitó a desplazarse sobre la presa y los laterales del valle. Nina quería mirar por encima del valle, para ver qué había al otro lado.

—Vale, avanza, avanza —dijo con impaciencia. La superficie del lago se aproximó, y la cámara de repente se inclinó en un ángulo—. ¡Vale, mantenla ahí! La cámara ha llegado al agua. Reprodúcelo.

La imagen se sacudió por unos instantes antes de equilibrarse al fin cuando Trulli tensó la cuerda. Nina contuvo el aliento mientras giraba. Aunque estaba solo levemente por encima del nivel del agua, debería mostrar algo…

El movimiento se frenó. Nina casi gimió. La cámara iba a girar de nuevo antes de que pudiera ver algo…

—¡Para! —jadeó. Trulli congeló la imagen.

La cámara había captado algo. Apenas adivinada, en un lateral de la imagen había una forma granulosa iluminada por el fulgor azulado del hielo procedente de arriba.

Era un edificio, tan alto que su cima se perdía en el hielo que lo coronaba, tanto que empequeñecía todo lo que lo rodeaba.

Un templo.

Nina se puso en pie, con los ojos como platos, y miró a los otros.

—Tenemos que bajar ahí. Lo antes posible.

22

Nina tuvo que esperar mucho más de lo que se creía capaz. El agua que quedaba tardó varias horas en drenarse, horas en las que no pudo hacer nada más que pasear con impaciencia por el hielo bajo la mirada desaprobatoria del doctor Bandra. Trulli y su equipo, entretanto, tenían algo de lo que ocuparse; Cambot había sido sacado por fin de la grieta para que se secase, de modo que Larsson pudo llevarlos hasta allí para sacar al robot del hielo. Lo único que pudo hacer Nina fue pedir a Chase que descendiera la cámara de nuevo al pozo con la esperanza de poder echarle un nuevo vistazo a la ciudad enterrada. Pero, aunque posteriores grabaciones revelaron más detalles, seguían estando demasiado faltas de definición y sobradas de movimiento como para ofrecer algo más que un apunte irregular de lo que podía encontrarse ahí abajo.

Nina tenía que verlo con sus propios ojos.

Mientras Trulli y Baker trabajaban con el cabestrante, Chase montó algunos artefactos de su propia cosecha, que fijó al trineo encargado de transportar el submarino.

—No tenemos ni idea de qué puede haber ahí abajo, así que debemos estar preparados para cualquier cosa —les dijo a Nina y a Sophia mientras fijaba algunos objetos más pequeños con cinta adhesiva.

—¿Una tienda de campaña? —preguntó Sophia—. ¿Piensas quedarte mucho tiempo?

—Espero que no, pero si algo va mal podríamos necesitarla. Tengo sacos de dormir, comida, un hornillo de gas, equipo de escalada, un kit de primeros auxilios… cosas útiles. Por si acaso.

—Al menos no nos quedaremos sin gas para el hornillo —dijo Nina, golpeando con el pie una de las botellas de gas.

—Nah, eso es por si encontramos algo valioso atrapado en el hielo y necesitamos sacarlo sin destrozarlo. ¿Lo veis? Le estoy cogiendo el truquillo a este rollo de la arqueología. —Sonrió—. Y si os estáis preguntando por qué lo estoy poniendo todo en un trineo, es porque no pienso cargar con toda esta mierda a la espalda.

Apareció Bandra.

—Todo este material pertenece a la UNARA, sabe —dijo, señalando un telémetro láser que Nina pretendía usar para medir la caverna—. Si hay algún daño o alguna pérdida, será usted responsable.

Nina suspiró con irritación.

—Vamos a dejar una cosa clara, doctor Bandra. Ha visto usted el vídeo, sabe que hay algo increíble ahí abajo… ¿y lo que más le preocupa es que se pierdan unas cajas de tiritas?

—Ha secuestrado usted mi expedición y me ha tratado con desprecio, doctora Wilde —dijo él—. Lo considero un insulto profesional y personal. Así que discúlpeme si mi actitud no es la que usted espera.

—Pues muy bien. —Nina inclinó la cabeza a un lado—. Estoy segura de que me perdonará si cuando le comunique este sorprendente descubrimiento al mundo no lo menciono a usted en absoluto. Después de todo, es evidente que no desea que lo asocien conmigo en modo alguno.

Bandra pareció preocupado.

—No quería decir eso exactamente…

—No, no, lo entiendo perfectamente —continuó Nina—, y respeto su postura. Nadie sabrá que usted tuvo algo que ver con todo esto.

—Demuestra una integridad admirable —añadió Sophia.

—Ni siquiera se mencionará su nombre.

Bandra contempló el orificio en el hielo.

—Ya hablaremos de esto… cuando sepamos qué hay ahí abajo realmente —dijo, y se giró hacia el convertiplano.

—Lo has disfrutado —le dijo Chase a Nina cuando el doctor no podía ya oírlos.

—Mucho —respondió ella con satisfacción, antes de dirigirse hacia el orificio. El pozo se perdía en un círculo de oscuridad veinte metros por debajo.

Allí, algo increíble le esperaba. Nina ya sentía mariposas en el estómago. Estaba muy cerca de averiguar la verdad…

Para cuando Trulli y Baker prepararon el cabestrante, Chase ya había arrastrado el trineo hacia ellos.

—Todo listo —anunció, mientras le daba a Trulli un *walkie-talkie*.

—¿Quién va a bajar primero? —preguntó Trulli.

Chase miró a Nina.

—Debería ser yo, para asegurarme de que todo está en orden, pero…

—Voy yo primero —insistió Nina.

—Sí, eso pensaba.

—Tengo que hacerlo, Eddie. —Nina señaló el arnés de seguridad que Baker estaba fijando al cable del cabestrante—. Prepárame.

Chase le entregó a Nina el otro *walkie-talkie*. Con el arnés ya rodeando su cuerpo, Nina se aproximó al borde del pozo mientras Trulli se preparaba para operar los mandos del cabestrante.

—Nos vemos abajo —le dijo Nina a Chase.

—Ten cuidado —respondió él.

—¡No vayas a tener una muerte horrible! —dijo Sophia bienhumorada. Nina resopló, y después se dejó caer en el arnés, que soportó su peso.

—Adelante —le dijo a Trulli.

De apenas un metro de ancho, el túnel era verdaderamente claustrofóbico, y mucho más con las pesadas vestimentas que llevaba Nina. El hielo cambiaba de consistencia y color a medida que descendía, de una blancura lechosa cerca de la superficie a un azul traslúcido y cristalino más abajo. A sus pies veía la abertura, cada vez más cerca, y nada más que una completa oscuridad más allá. La temperatura ya era notablemente más baja, lo notaba en las mejillas.

El *walkie-talkie* crepitó.

—¿Estás bien? —preguntó Chase.

—Sí. ¿A qué profundidad estoy?

—Quince metros. Deberías salir a un claro pronto. Si empiezas a balancearte, hazlo saber y te frenaremos.

—Vale. —Su entusiasmo, sin embargo, había logrado ya eclipsar cualquier tipo de malestar físico. El fondo del pozo se acercaba cada vez más…

Lo atravesó.

La caverna se abrió a su alrededor mientras sus ojos trataban de ajustarse a las extrañas condiciones lumínicas. El techo de hielo en forma de cúpula relucía, y las irregularidades habían sido erosionadas por el agua caliente ascendente que procedía de las chimeneas volcánicas. Miró abajo y vio una nube de vapor desigual. Por un instante pensó, con inquietud, que quizá

estaba descendiendo hacia la chimenea, hasta que comprobó que quedaba a un costado.

Su entusiasmo se incrementó cuando distinguió estructuras más abajo, en la media luz. El lago se había secado casi por completo. Seguían quedando charcos de agua bajo el nivel del pozo practicado a través de la presa, ya secándose, pero la mayor parte de la caverna estaba despejada.

Giró el cable, dándose la vuelta…

Lo que vio le hizo contener el aliento.

La ciudad parecía irreal, iluminada por el brillo de color cian suave e imposiblemente puro que se filtraba por el hielo del techo. Casi justo debajo de ella había una especie de construcción a varios niveles, pequeños edificios y puentes que recorrían un laberinto de catacumbas talladas en el mismo suelo. Un camino pavimentado la cruzaba, dirigiéndose colina arriba desde la presa hacia el corazón del asentamiento. Caminos más pequeños se perdían a ambos lados de aquel, y esos mismos se dividían a su vez para formar una pauta semejante a la de un árbol. Las «ramas» estaban rodeadas por racimos de edificios de piedra en forma de iglú, parecidos a los que vio en Indonesia y Australia.

Excepto que estos estaban intactos.

No eran las únicas estructuras que habían sobrevivido al agua. Siguiendo el sendero del camino principal, que parecía estar rodeado de estatuas, los ojos de Nina descansaron sobre el templo que ya había visto en vídeo. Visto de cerca, parecía todavía más espectacular. Al igual que el resto de los edificios, era circular, pero mucho más alto, y requería contrafuertes elegantemente curvados que soportaban los muros. Su techo era tan alto que llegaba a desaparecer en el hielo que quedaba por encima, de modo que debía de tener al menos dieciocho metros de alto, quizá más…, Lo único que podía distinguir a través del hielo era una trémula sombra.

Había ventanas altas y estilizadas espaciadas en dos niveles alrededor de su circunferencia; la puerta principal estaba igualmente alongada, y tenía alrededor de seis metros de alto. Más allá aguardaba la oscuridad, ominosa y tentadora. El corazón de la ciudad, el secreto de los veteres, se encontraba en algún lugar, perdido en ella.

Había algo más en el templo, algo que desestimó como una mera decoración en principio, hasta que reparó en su complejidad y su escala. Lo que parecían largas líneas de tiras de cobre ascendían los muros del templo desde las ventanas superiores, y, al igual que los senderos, se extendían en

una pauta arbolada, no solo a lo largo del muro, sino más allá, hacia fuera. Nina no tenía ni la menor idea de cuál podía ser su propósito.

Lo que sí supo era que debía de haber algo más tras el templo. Partes del edificio parecían haber sido talladas en la ladera de un risco, y su cima quedaba justo por debajo del hielo. Miró hacia atrás, hacia la presa. ¿La habrían construido a una cierta altura precisamente para cubrir lo que quedaba tras el templo?

El suelo, que se aproximaba, la sacó de tales reflexiones.

—Vale, ya casi estoy —dijo al *walkie-talkie*—. Frenad… vale, ya estoy. —Sus botas golpearon el suelo, que crujió bajo sus crampones. Todo estaba cubierto por una capa de reluciente hielo y escarcha, puesto que la superficie del agua se había congelado rápidamente a medida que el lago se secaba. Desabrochó el arnés. Su respiración fue visible en nubes de vapor—. Vale, ya estoy abajo y a salvo.

—¿Cómo es? —preguntó Chase.

—Es… es como… increíble.

Chase soltó una risilla sarcástica.

—Vale, muy útil. Si después de todo esto tienes que buscar curro, ni se te ocurra meterte a guía turística.

Descendieron después a Sophia, que quedó tan atónita ante la ciudad perdida como Nina. Después bajaron el trineo, y a continuación a Chase.

—¿Estás segura de que esto no lo construyeron los aliens? —le preguntó a Nina, señalando los edificios relucientes e iluminados en azul—. Porque estas cosas enterradas en medio de la Antártida suelen ser obra suya. Pregúntale a Kurt Russell.

—No sé —dijo Sophia—. Tiene un cierto aire lovecraftiano, la verdad. Igual nos topamos con un shoggoth. —Un silencio—. Tú primero, Nina.

Chase soltó una risilla, aunque a Nina no le hizo mucha gracia.

—Ni aliens, ni primordiales, ni espaguetis voladores —dijo con impaciencia, mientras se dirigía al trineo—. Esto lo construyó gente como nosotros. Solo que lo hicieron mucho antes de lo que cualquiera pudiera pensar. Y ahora, si no os importa, eso es lo que vamos a intentar demostrar. —Desabrochó las correas y comenzó a sacar cosas del trineo.

Chase cogió el pesado trípode de puntas afiladas que Nina acababa de descargar.

—No vamos a llevar esto de un lado a otro, ¿no? Por eso he traído el trineo, para que no fuera necesario.

—Ah, sí. Je, je —dijo Nina, mientras volvía a colocar el telémetro que debía soportar el trípode—. Haremos una exploración láser como es debido cuando volvamos. No creo que necesitemos conocer las dimensiones exactas de la caverna ahora mismo. «Grande que te cagas» bastará de momento.

—¡Tienes razón! —gritó Chase mientras recolocaba el trípode en el trineo. Oyeron tenues ecos procedentes de las profundidades—. Bueno, ¿adónde vamos?

—Por ahí. —Nina señaló la nube de vapor que se elevaba del laberinto cercano—. Empezaremos por lo que está más cerca e iremos ascendiendo hacia el templo. —Encendió una potente linterna para comprobar si funcionaba correctamente. El cegador haz quebró el fulgor azul zafiro de la caverna como un láser. Satisfecha, la apagó de nuevo; ahora que sus ojos se habían adaptado a la penumbra, la luz que permeaba el hielo por encima de sus cabezas era más que suficiente.

—Vale, Matt —dijo Chase a la radio—, empezamos.

—Recibido. ¿Qué tal por ahí abajo?

Chase contempló el costado del templo recubierto de hielo que gobernaba la ciudad.

—Como dijo Nina… es… acojonante.

Trulli resopló.

—Eso no me sirve de mucho. A ver si hacéis unas cuantas fotos acojonantes, ¿vale?

—Vale. Hasta ahora.

Cruzaron la corta distancia que los separaba del muro que rodeaba el laberinto; Chase tiraba del trineo. Nina miró hacia la presa, y distinguió el punto oscuro que la perforadora había creado para drenar el lago. Aunque había pasado menos de una hora desde que el nivel del agua cayera por debajo de su límite inferior, la superficie ya estaba congelada, y relucía con un brillo sólido. Una hora más y sería lo bastante gruesa para poder caminar sobre ella.

El vapor que se elevaba desde detrás del muro indicaba que más adelante, sin embargo, las condiciones eran algo más cálidas. Encontraron una apertura y la atravesaron.

—¿Qué coño es esto? —preguntó Chase. El muro externo rodeaba una zona excavada, dentro de la cual se habían construido una serie de muros de ángulos rectos, en claro contraste con las curvas que podían verse por doquier. El pozo había permanecido lleno de agua mientras el lago se secaba, y ahora se había congelado… pero resultaba evidente, a juzgar por las barras

de metal que cubrían cada estancia, que fuera lo que fuera lo que hubo allí dentro una vez, la idea era que no saliera—. ¿Una prisión?

—No lo sé —dijo Sophia, pensativa—. Se parece más al hipogeo del Coliseo de Roma. ¿Te acuerdas? La zona bajo la arena donde estaban los gladiadores y los animales antes de los combates. —Chase asintió.

—¿Has estado en Roma? —le preguntó Nina—. ¿Con ella? Nunca lo habías mencionado.

—He estado en muchos sitios de los que nunca te he hablado, ¿podemos dejarlo estar? Pero sí, se parece bastante. —La zona subterránea en el centro del coliseo estaba formada por pequeñas estancias de altos muros conectadas por estrechos corredores, y la estructura que tenían ante sí seguía una pauta que parecía funcionalmente muy similar—. ¿Y qué tenían aquí? ¿A los gladiadores?

—O a los animales —dijo Sophia—. Las bestias.

Nina apuntó con la linterna a la estancia más próxima, pero no pudo distinguir nada a través del hielo, de modo que prefirió orientar el haz hacia el pozo. Pasarelas y puentes de piedra lo cruzaban, y se intersectaban en lo que parecían ser garitas. El vapor se elevaba más allá.

—Aquí debe de ser donde está la chimenea volcánica. Vamos a echar un vistazo, y luego iremos a la ciudad.

Cruzaron un puente que llevaba a una de las garitas chatas, la primera edificación completamente intacta de los veteres en la que Nina había entrado. Sin embargo, estaba vacía, a excepción de lo que parecía ser un látigo enrollado que colgaba congelado de un muro, aunque su diseño permitía al menos sacar algunas conclusiones; las ventanas, semejantes a hendiduras, que rodeaban la estancia, habrían permitido a los guardias ver las cámaras que había debajo, en tanto que los mantenían ocultos de sus ocupantes, una especie de panóptico primitivo.

¿Pero quién, o qué, era lo que observaban?

Chase fue a la otra entrada del pequeño edificio; a cada paso que daba, el hielo crujía bajo sus pies.

—Si usaban la chimenea volcánica para conseguir agua caliente, aún les queda bastante.

Nina y Sophia se unieron a él y miraron al pozo. El diseño de los muros cambiaba, y las estancias semejantes a celdas eran cada vez mayores. Algunas tenían techo, en lugar de quedar abiertas a la intemperie. Pero aquello en lo que Chase había reparado era un constructo natural más que artificial. En algún lugar más abajo, el calor de la chimenea seguía calentando el agua… y

había seguido emanando de su fuente incluso mientras el resto del lago atrapado se congelaba a su alrededor, trazando ondulantes grietas en el hielo nuevo.

—Es como un laberinto —apuntó Chase. Una parte del pozo estaba más abierta que las otras, y los cálidos flujos habían terminado por abrirse paso a través de ella, creando humeantes túneles en el hielo.

Nina estaba más interesada en los muros que rodeaban el pozo.

—Si esto era un hipogeo, quizá esa zona fuera la arena. —Cruzó un puente sobre un corredor y contempló las estrechas celdas que había debajo, con la esperanza de descubrir algún detalle revelador, pero no vio nada más que hielo y piedra—. Puede que haya un camino para bajar donde el agua caliente haya derretido el hielo.

—¿Es realmente necesario? —suspiró Sophia—. Hipogeo, prisión, celdas para esclavos, zoo… sea lo que sea, no creo que haya nada más interesante que el templo. Y empezamos a quedarnos sin tiempo. —Señaló el techo de la caverna—. ¿No te habías fijado?

—¿En qué? —preguntó Nina, y entonces lo comprendió. Una gota de agua le cayó en el hombro. Otras empezaban a caer a su alrededor, con creciente frecuencia.

—¡Mierda! —dijo Chase, al comprender lo que estaba sucediendo. Alzó el *walkie-talkie*—. Matt, vamos a tener problemas. El vapor de la chimenea volcánica está empezando a fundir el hielo. No sé cuándo empezará a ser peligroso, pero quizá sea oportuno apartar el avión del orificio. Y yo no me quedaría muy cerca de él.

—Eso podría inutilizar la radio —respondió Trulli, con la voz ya distorsionada.

—Tendremos que arriesgarnos.

—¿Puede derrumbarse realmente? —preguntó Nina nerviosamente.

—No lo sé. El hielo es bastante grueso. Pero puede que caigan algunos bloques, y si te caen cinco kilos de hielo encima desde esa altura, te parecerán cinco toneladas. Sophia tiene razón. Tenemos que darnos prisa.

Nina aceptó de mala gana el consejo, y cruzó otro puente que los condujo a través del muro exterior junto al resto de la ciudad. Lejos del vapor emanante, las fugas cesaron. Atravesaron una extensión abierta, donde Nina pudo ver restos de vegetación bajo el hielo.

—Dios los castigó enviando el frío para matar sus árboles… —dijo, recordando la inscripción que encontraron en Australia.

—¿Sabes a qué me recuerda eso, Eddie? —preguntó Sophia, sonriendo—. A los páramos de Yorkshire.

—Bah —dijo Chase, bienhumorado—. Por lo menos los de Yorkshire no huimos a otro continente cuando hace un poco de frío. ¡Estos eran unas nenazas!

Alcanzaron la primera estructura. Nina supuso que el «iglú» debía de tener unos tres metros de alto, y unos seis de diámetro. Los edificios circundantes, que apuntalaban su base, parecían idénticos.

—Ni ventanas ni puertas… ¿Cómo se entra?

Rodearon el grupo de estructuras, y encontraron que estaban dispuestas en un círculo. Otras cúpulas cercanas estaban agrupadas del mismo modo, y cada racimo incluía entre siete y diez edificios. Por fin llegaron a un sendero pavimentado, una de las pequeñas ramas que Nina había visto saliendo del camino principal que cruzaba el centro de la ciudad: un hueco entre dos de los edificios conducía a una especie de patio. Cúpulas más pequeñas, supuestamente con fines de almacenaje, llenaban los huecos entre los racimos de edificios mayores, y las entradas les fueron al fin reveladas: umbrales en arco, altos y estilizados, que daban al centro del patio.

Fue Chase el que comprendió la lógica subyacente a aquel diseño.

—Es para refugiarse —dijo—. En un valle como este, cerca de la costa, debe de hacer mucho viento. Si amontonas todos los edificios en un círculo consigues protegerte del viento.

—Son casas —dijo Nina—. Quizá cada grupo sea para una familia. —Fue a uno de los arcos y encendió su linterna. Después, entró cautelosamente. La abertura tenía más de dos metros de alto, pero de algún modo seguía dando sensación de estrechez.

—¿Hay algo dentro? —preguntó Chase desde fuera.

—Nada. —El interior, al igual que el de la garita, estaba vacío; había charcos congelados en el suelo de piedra. Al parecer los veteres se lo habían llevado todo consigo cuando hicieron el largo viaje de regreso a Australia—. No parece que vayamos a encontrar nada aquí —admitió Nina, dándose media vuelta—. Probemos con el camino principal.

Se dirigieron hacia allí por el sendero lateral, pasando junto a más grupos de cúpulas antes de salir a la ruta central que partía en dos la ciudad. Lo primero que atrajo su atención fueron las estatuas que adornaban sus costados. Eran figuras enormes, extrañamente estilizadas, altas y delgadas, con grandes frentes y cuellos y pequeñas bocas.

—Parece como arte tribal africano —dijo Nina.

Chase asintió.

—Como esa mierda feísima que tenías en casa.

—Era mucho más bonito que tu estúpido Fidel Castro —dijo Nina a la defensiva, apuntando con su linterna a otra estatua. La primera era masculina, pero esta era femenina, una mujer que sostenía en la mano lo que parecía ser uno de los cilindros de cerámica que encontraron en Australia. Estaba de pie sobre un pequeño pedestal en el que había algo escrito—. ¿Qué pone ahí? —preguntó, y cruzó el camino para mirar de cerca.

Sophia la acompañó.

—Esa palabra quiere decir «profetas» —dijo, señalándola—. La otra palabra es «guardián» o «poseedor».

—¿El guardián de los profetas? ¿Un sacerdote? —Nina se giró. Colina arriba, el templo se erigía imponente, coronado en su cima por la luz fría que se reflejaba en las tiras de cobre.

Siguieron adelante, pasando junto a más estatuas de hombres y mujeres. Algunas sostenían objetos que al parecer denotaban su estatus en aquella sociedad antigua, mientras que otras simplemente habían sido representadas en poses de autoridad; todas, en cualquier caso, habían sido figuras de gran importancia. La hilera de estatuas llegó a su fin junto a un arco alto y solitario, una especie de puerta ceremonial, supuso Nina. Más allá, siguieron el camino hasta el templo. Más estatuas lo flanqueaban, al parecer representando a las mismas personas que las que vieron colina abajo, aunque esta vez no estaban representadas en poses de autoridad, sino todo lo contrario.

—¿Y a estos qué les pasa? —preguntó Chase. Dejó el trineo para inspeccionar las figuras arrodilladas en posturas de veneración—. ¿Han perdido las lentillas?

—Están rezando —dijo Nina. Miró a ambos lados del camino y vio solo terreno abierto—. No hay más casas. Toda esta sección de la ciudad está dedicada a su religión. Las estatuas son personas que los veteres consideraban importantes en su sociedad… pero incluso ellos se arrodillan ante su dios.

Echó la cabeza hacia atrás para contemplar el templo en toda su magnitud. Incluso con la luz de la linterna, no fue capaz de determinar qué cantidad del templo seguía enterrada bajo el hielo. Acercó la linterna a las gigantescas puertas abiertas. El haz desapareció, engullido por la oscuridad que reinaba adentro.

—Puede que aún esté dentro —dijo Chase—. Su dios, quiero decir. Congelado.

—Dudo mucho que esta gente se llevara hasta la última silla, plato y cuchara de sus casas y dejaran aquí a su dios —dijo Sophia.

Nina caminó hacia la entrada.

—Solo hay una manera de averiguarlo.

Chase y Sophia encendieron sus propias linternas mientras la seguían adentro. El sonido del hielo crujiendo bajo sus botas cambió cuando entraron, pues reflejó los ecos de los muros interiores de un espacio amplio y alto.

Nina se detuvo de repente, apuntando con la linterna hacia arriba.

—¿Eddie?

—¿Sí?

—¿Recuerdas eso que dijiste de que quizá su dios siguiera aquí?

—Sí.

—Tenías razón.

23

Las otras dos linternas se desplazaron verticalmente para unirse a la de Nina.

—Madre mía —dijo Chase, atónito—. Qué pedazo de estatua.

La figura de piedra que tenían ante sí se elevaba al menos veinte metros, un gigante recortado contra la parte posterior de la alta cámara circular que casi llegaba a tocar el techo curvado. Era una figura masculina, tallada con el mismo estilo afilado y anguloso de las estatuas de fuera, pero a una escala mucho mayor. Su brazo derecho colgaba junto a su costado, sosteniendo lo que parecía una hoz; el izquierdo estaba extendido, dominando toda la estancia, con la palma hacia arriba como si repartiera semillas. Llevaba un colgante de cobre, o puede que de oro, de un estilo que le recordó a Nina a un collar *menat* egipcio del tipo que solían llevar los faraones, aunque con una serie de largos contrapesos metálicos que se extendían por el torso de la estatua. Rodeaba su cadera un cinto decorado de manera similar, del que descendía un largo taparrabos de cobre.

Y, entre sus pies, al nivel de los tobillos, había una abertura baja, de menos de un metro de altura, que conducía a otra cámara. El resto de la estancia que gobernaba la poderosa figura estaba vacío, un claro en el que los fieles podían entregarse a la veneración.

Nina dirigió su haz de luz a la cabeza de la estatua. Tenía la misma frente alta y mandíbula estrecha que las figuras más pequeñas de fuera. Estaba a punto de inspeccionar el colgante cuando algo más llamó su atención, algo que no era la estatua propiamente dicha, sino que se encontraba justo detrás de ella.

—¿Os recuerda a algo? —preguntó.

—Es una vidriera —dijo Sophia con entusiasmo, aunque le interesaban más los adornos de oro que engalanaban la estatua.

—No, no me refiero a la ventana en sí, sino a su forma.

Chase comprendió a qué se refería.

—Nuestro amigo tiene un halo. —La ventana era circular, con líneas de cristal coloreado radiando hacia fuera. Era claramente la representación de una luz o un aro de fuego que rodeaba la cabeza de la figura.

—Pues sí. Qué curioso.

—Ah, ¿y el tío de veinte metros de alto metido dentro de un templo enterrado en la Antártida no lo es?

—Ya sabes lo que quiero decir. Los halos son imaginería religiosa a nivel casi universal; aparecen en el antiguo Egipto, en el arte griego y romano, y también en el budista. Pero suelen asociarse con más frecuencia a las fes abrahámicas, incluso al islam. Los musulmanes modernos no reproducen a Mahoma en obras de arte, pero los musulmanes antiguos sí lo hacían, y casi siempre lo plasmaban con un halo o fuego celestial alrededor de su cabeza.

—Pero esto es anterior a cualquiera de esas religiones —señaló Sophia—. Por mucho.

—Lo sé. Por eso es tan interesante. —Nina fue hacia el orificio situado entre los pies de la estatua—. El camino al árbol del regalo… vamos a echar un vistazo. —Pequeños carámbanos de hielo colgaban de la parte superior de la abertura. Los apartó con la mano, haciéndolos caer al suelo con un tintineo, y después entró, inclinándose, por el orificio—. Es una forma de súplica —dijo—. Si quieres seguir el camino, tienes que arrodillarte a los pies de tu dios.

El pasaje era corto, y daba a una sala circular de unos cinco metros de largo. Nina se puso en pie al comprender que la estancia misma era en realidad un pozo que se extendía hacia arriba. Al contrario que el templo, el pozo abierto estaba bloqueado por un techo de hielo. Podía distinguir el otro lado de la vidriera, pero resultaban más interesantes una serie de peldaños, bloques de piedra que sobresalían del muro a intervalos de aproximadamente medio metro. De ellos colgaban témpanos, más gruesos y pesados que los que había apartado antes con facilidad.

—Cruzad —gritó. Chase y Sophia pronto se reunieron con ella—. Creo que sé para qué es esto. Aparte de ser una escalera, obviamente. Estaba abierta por la parte superior, así que, si estabas dentro del templo, la luz del sol entraría e iluminaría el halo tras la cabeza de la estatua.

—Fascinante —dijo Sophia con gesto de aburrimiento. Inspeccionó uno de los bloques de piedra—. ¿Se supone que tenemos que treparlos? Parecen bastante resbaladizos. Quizá deberíamos volver al trineo y coger el material de escalada.

—Creía que tenías cierta prisa —replicó Nina.

—Eso era cuando estábamos en tierra firme. Me parece estupendo ir más despacio si eso significa que no voy a precipitarme a mi muerte.

—¿Eddie? ¿Tú qué opinas?

—Podríamos ir a por las cuerdas —dijo Chase—, pero nos llevaría un buen rato, y nos frenaría mucho. —Subió los primeros peldaños; los crampones de sus botas rechinaron sonoramente—. Si estáis preocupadas, puedo ir a por algo, pero si os parece que es lo bastante firme…

—No me preocupa —anunció Nina—. ¿Crees que no serás capaz, Sophia? ¿Se está arrugando nuestra rosa inglesa? —Sophia pareció molesta, pero subió al primer peldaño.

Con Chase en cabeza y Nina cerrando el grupo, comenzaron el ascenso, con las espaldas pegadas al muro. Tres metros, seis. Nina se detuvo para iluminar con la linterna la cima del pozo, y vio un pasaje oscurecido situado enfrente de la gran ventana.

—Bueno, al menos podremos salir.

—Hubiera sido una pasada que te hubieses dado cuenta de eso antes de que empezáramos a subir —dijo Chase. Puso el pie en el siguiente peldaño y siguió subiendo. El hielo se quebró, y después, con un sonoro crujido, un pedazo en la cara exterior del bloque se rompió y se soltó; con él cayó un carámbano situado justo por debajo. Ambos, roca y hielo, se despedazaron en mil fragmentos en el suelo de piedra, más abajo. Chase gruñó y comprobó repetidas veces su próximo punto de apoyo.

—Menos mal que no ha caído desde arriba —dijo Nina. El hielo que recubría los bloques de piedra superiores era más grueso, y los carámbanos mayores y más afilados.

Siguieron ascendiendo, ya habían recorrido alrededor de la mitad del camino hasta llegar al techo de hielo. Tras ascender un par de metros más, Chase se detuvo. Un enorme trozo de hielo se había quedado congelado junto al muro, y sobresalía tanto que rodearlo no era sencillo. Miró hacia arriba. La capa de hielo era más gruesa a cuanto más se ascendía. Supuso que varios pedazos se habían soltado del techo a medida que el nivel del agua bajaba, meciéndose en la superficie solo para quedar adheridos al muro cuando se congeló.

—Quietas —dijo, sacando un pequeño pico de su cinto—. Tendré que desconchar este trozo del muro. —El tintineo del metal en el hielo resonó por todo el pozo.

Nina empleó la espera en echar un vistazo a la ventana que quedaba justo encima. El metal utilizado para mantener las diversas partes de la vidriera unidas no era plomo, sino oro.

—Fijaos en eso —dijo, sorprendida—. Creo que acabamos de encontrar una de las ventanas más caras del mundo.

—Desde luego no les faltaba oro —apuntó Sophia—. ¿Lo trajeron consigo, o lo encontraron aquí?

—La Antártida tiene muchos depósitos minerales, el problema es acceder a ellos. Al menos para nosotros. No tener que cavar a través de centenares de metros de hielo haría que todo fuera mucho más fácil. —Nina miró a Chase —. ¿Qué tal vas, Eddie?

—Bien —dijo él, sin dejar de trabajar. El hielo se quebró, y su mismo peso hizo que se soltara. Un último golpe, y el bloque amorfo se partió con un crujido seco, cayendo para despedazarse en uno de los peldaños de abajo. Fragmentos destrozados cayeron como una lluvia sobre la base del pozo.

—¿Alguien quiere hielo? —dijo Chase con una sonrisa—. Vale, vamos a…

Otro crujido, esta vez más profundo, y más ominoso. La capa de hielo que recubría el muro por encima de ellos se fracturó, y una grieta irregular se dibujó sobre sus cabezas en dirección a un pedazo mucho mayor que colgaba más precariamente.

Una grieta más pequeña se encaminó hacia los carámbanos que colgaban de un peldaño superior…

Las púas congeladas cayeron con un sonido como de huesos rompiéndose.

Chase trató de apartarse, pero no tenía adónde ir. Un proyectil de hielo le golpeó el brazo, atravesando la manga de su abrigo. Otro golpeó el peldaño, haciéndole tambalearse.

Chase perdió el equilibrio…

Sophia estiró el brazo para empujarlo hacia atrás de modo que no cayera. Chase se meció, con la espalda arqueada y los brazos agitándose…

Sophia lo empujó con más fuerza, y las púas de su bota rayaron el peldaño de piedra. Chase estaba a un milímetro de caer… hasta que recuperó el equilibrio de nuevo con un jadeo de alivio.

Pero el peligro no había pasado.

Más hielo cayó sobre el trío cuando la hendidura sobre sus cabezas se expandió. El pedazo mayor, que estaba más arriba, se quebró y soltó, desprendiendo bloques en todas direcciones. Nina gritó cuando cayó justo a su lado, sin golpearla por milímetros, pero impactando en el peldaño anterior.

Esta vez no fue el hielo lo que se rompió, sino la piedra: el peso del trozo más grande la arrancó de cuajo del muro. El peldaño precedente estuvo a punto de seguir sus pasos, pero quedó colgando de una esquina mientras el resto de los escombros impactaban en otros peldaños más abajo antes de golpear el suelo con estrépito.

—Mierda —jadeó Chase, y miró el muro dañado justo por detrás de Nina —. Creo que vamos a tener que encontrar otra manera de bajar. —Con un peldaño menos y otro a punto de ceder, el siguiente punto de apoyo seguro estaba a casi dos metros de distancia y casi tres peldaños por debajo, lo que implicaba un salto francamente peligroso a causa del traicionero hielo.

El brazo de Sophia seguía aferrando con fuerza el pecho de Chase.

—Gracias —le dijo.

Ella asintió.

—De nada.

—Aunque… estoy un poco sorprendido.

—¿De que no te dejara caer?

—Sí. Parece que no puedes vivir sin mí después de todo.

Ella sonrió.

—Qué más quisieras. Pero, por el momento, tengo más posibilidades de sobrevivir contigo cerca. Salvarte era una cuestión de supervivencia.

—¿Y si hubiera sido yo la que estuviera a punto de caer? —preguntó Nina, mirándola severamente. La sonrisa se desvaneció; el desprecio en los ojos oscuros de Sophia le proporcionó la respuesta a su pregunta.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Chase, recuperando la compostura.

—Seguimos adelante —le dijo Nina—. No tenemos muchas alternativas. ¿Estás bien?

Chase comprobó el estado de la herida de su brazo a través de la manga rota, y torció el gesto al notar una punzada de dolor.

—Tengo un corte en el brazo. No parece muy profundo, pero tendré que vendarlo. Pero puede esperar a que lleguemos a la cima. —Se apoyó contra el muro y saltó de un paso hacia el siguiente peldaño.

Con más cuidado que antes, continuaron el ascenso en espiral hasta que llegaron a la altura de la ventana. Una estrecha cornisa rodeaba el pozo hasta llegar a ella. La vidriera tenía casi cinco metros de diámetro, y más allá se adivinaba vagamente la forma de la cabeza de la estatua.

Pero fue el pasaje situado frente a la ventana lo que llamó la atención de los tres. La entrada estaba arqueada, y un techo en forma de cúpula se perdía

en la oscuridad. El suelo estaba recubierto de una gruesa capa de hielo. A ambos lados había pilares con inscripciones en un idioma desconocido…

Y relucían en oro.

Sophia se apresuró a adelantarse, pero Nina la detuvo con el brazo.

—Por lo menos espera a que Chase se vende la herida.

—No hay por qué esperar —dijo con impaciencia Sophia—. Sea lo que sea lo que busca la Alianza, les hemos ganado. Y está ahí abajo.

—Y ahí seguirá dentro de cinco minutos. Eddie, ¿necesitas ayuda?

Chase se había quitado el abrigo y había sacado un kit de primeros auxilios de su mochila.

—Nah, voy a sentarme aquí a trabajar mientras vosotras dos seguís discutiendo.

—Ah, no empieces. Ya es bastante malo tener que escuchar sus idioteces como para tener que oír además las tuyas.

Chase resopló.

—Traerla aquí fue idea tuya. Si por mí fuera la habría dejado en la caravana de Ribbsley.

—Pues eso no te ha impedido hacerte de nuevo amiguito suyo —replicó Nina.

Chase la miró, incrédulo.

—¿A qué cojones viene eso? ¿Un par de coñas y ya te piensas que nos escabullimos entre los icebergs para echar un polvo?

El gesto asqueado de Nina rivalizó con el de Sophia.

—Te lo aseguro, Nina, eso ni ha pasado ni pasará.

—Mejor que no —murmuró Nina.

Chase la miró fijamente.

—¿Vas a ayudarme o qué?

Ella resopló.

—¿Qué hago?

—Levántame la manga un poco para que alcance la herida —le dijo él, inspeccionando su brazo.

Nina sostuvo la manga subida mientras Chase aplicaba un antiséptico al corte.

—¿Duele?

—¿Tú qué crees? —dijo Chase, gruñendo mientras unía los bordes de la herida y la cubría con una tirita esterilizada, a la que siguió una venda—. Esto debería bastar, a menos que tengamos que seguir trepando o algo parecido.

—Esperemos que haya una manera más fácil de bajar. —Nina miró a su alrededor mientras Chase se ponía el abrigo, y vio a Sophia arrodillada junto a uno de los pilares—. ¡Ey! Te dije que esperaras.

—Lo dijiste, es verdad —fue la desdeñosa réplica—. Puedo leer parte de este texto, habla del árbol de la vida. —Se puso en pie con un evidente gesto de anticipación en su rostro—. Sea lo que sea, está aquí. —La linterna de Sophia iluminó el pasaje, descubriendo una estancia a lo lejos—. Vamos.

Echó a correr por el pasaje. Exasperada, Nina la alcanzó, y Chase las siguió a ambas.

Los tres haces de luz artificial recorrieron la entrada de la cámara y revelaron el interior. Por debajo del omnipresente hielo, Nina pudo distinguir estantes de piedra, muy parecidos a los que vio dentro de la estructura en ruinas de Australia… pero estos estaban intactos.

Y lo que albergaban seguía allí.

—Oh… —dijo Nina, maravillada, cuando entró en la estancia, mientras desplazaba la luz a lo largo de uno de los estantes. Estaba lleno de tablillas de barro, un largo bastidor que contenía docenas y docenas de aquellos rectángulos planos, colocados de costado como si fueran libros. Siguió inspeccionando el estante, descubriendo más tablillas… y más… y más.

Y a lo lejos, más estantes. Y más. La cámara se extendía más allá del alcance del haz de la linterna, un vasto laberinto de sabiduría milenaria. Chase y Sophia inspeccionaron también la sala, y encontraron más filas de tablillas que se perdían en la distancia.

—Necesitamos más luz —jadeó Nina; sacó de su mochila unas cuantas barras luminosas. Las dobló por la mitad para romper los tubos de cristal internos, con tanta prisa que estuvieron a punto de caérsele; los elementos químicos de su interior se mezclaron y despidieron una luz naranja, el primer color cálido que Nina había visto desde que entraron en la caverna congelada —. ¡Mirad esto! ¡Fijaos! —gritó, y por poco cayó al suelo de bruces por la emoción cuando dejó las barras luminosas sobre los estantes—. ¡Es una biblioteca! ¡Aquí está contenida toda la sabiduría de los veteres!

Chase rebuscó en su mochila un faro, y lo encendió. Reparó gracias a la luz en un gran hueco en un estante.

—No es para tanto. Alguien se ha llevado muchas cosas de este estante. Da miedo pensar que las bibliotecas puedan guardarte las multas durante tanto tiempo.

—Aquí también faltan —añadió Sophia, inspeccionando otro pasillo—. Y aquí también. —Faltaban secciones enteras; algunos estantes estaban

completamente vacíos.

Nina se quitó los guantes y cogió una tablilla al azar. El hielo crujió antes de ceder su premio. Nina reconoció un puñado de palabras; se mencionaba el viento, el frío y tormentas. ¿Sería un registro meteorológico?

Otro crujido del hielo a unos pasillos de distancia.

—Esta parece narrar una especie de disputa entre familias —dijo Sophia momentos después.

Nina sacó más barras luminosas y se adentró en el laberinto de estantes. Se detuvo ante uno vacío. Lo inspeccionó y distinguió palabras talladas en la misma piedra.

—Sophia, mira esto —dijo. La rubia y Chase se unieron a ella—. Creo que es un índice. Nos dirá qué es lo que falta, en lugar de lo que permanece.

Sophia apartó el hielo.

—Creo que dice «grano». Una especie de cosecha. Y eso es «agua». No del mar, sino agua fresca.

—¿Algo sobre agricultura? —sugirió Chase—. ¿Cómo sembrar, o algo así?

—Cómo irrigar la siembra —comprendió Nina. El motivo por el que varias secciones de la biblioteca estaban vacías mientras que otras habían quedado completamente intactas empezaba a resultar evidente—. Eso sería útil si tuvieras que hacer las maletas y empezar de cero. Pero los registros históricos, las disputas legales… eso no tanto.

—¿Crees que se llevaron consigo las tablillas que faltan? —preguntó Sophia.

—Se lo llevaron casi todo cuando se marcharon, así que no hay razón para que no se llevaran consigo también valiosos conocimientos… al menos los que les ayudarían a sobrevivir. Pero esto… —Liberó una nueva tablilla—. Sigue siendo un descubrimiento increíble. Nos dirá muchas cosas sobre cómo vivían los veteres. Pero cuando volvieron a Australia para escapar del clima cada vez más frío, lo abandonaron todo, porque no sería nada más que peso inútil. Y cuando tienes que navegar miles de kilómetros en barcos primitivos, lo último que quieres es tener un montón de peso inútil a bordo.

Sophia pareció casi ofendida.

—¿Así que todo esto no vale nada? ¿Se llevaron las tablillas más importantes y dejaron la basura aquí?

—No es basura —dijo Nina con irritación, herida en su orgullo profesional—. Solo he dicho…

—Ahora mismo no nos sirve absolutamente de nada. Y no nos ayudará con la Alianza. Ya sabían que los veteres se marcharon de aquí y que volvieron a Australia. No hemos ganado nada viniendo aquí. Solo hemos conseguido pasar mucho frío.

—Hay muchas más cosas de interés —dijo Chase, colocándose tras Nina —. Puede que ese árbol del que siempre hablaban esté a la vuelta de la esquina.

Sophia meció su linterna de un lado a otro, pero no vio más que estante tras estante.

—Lo dudo mucho, Eddie —dijo con desdén.

—No quería decir a la vuelta de la esquina literalmente, joder. Madre mía, esto me recuerda cuando…

—No es literal —lo interrumpió Nina. Chase y Sophia la miraron—. El árbol, quiero decir —continuó, jugando con una idea que se le acababa de venir a la mente—. No es literal: ¡la traducción no significa literalmente árbol! Ribbsley se equivocó, como con el viento y la arena. Es algo simbólico, algo con muchos significados dependiendo del contexto. —Caminó rápidamente de un lado a otro del pasillo en el que se encontraba—. ¿Qué más puede representar un árbol? ¿Qué simbolismo oculta?

Sophia se sobrepuso rápidamente a su furia y se centró en el problema.

—Crecimiento y cambio —dijo—. O ciclos, ciclos de la naturaleza.

Chase había pensado en algo más práctico:

—Los árboles dan leña. O fruta.

—El árbol del regalo —dijo Nina—. El árbol de la vida. Si no es un árbol real, ¿qué es? El «algo» de la vida, el «algo» del regalo.

—Ayudaría si supiéramos qué es el regalo —dijo Chase.

Nina trató de recordar la inscripción australiana.

—Los veteres creían que su dios los estaba castigando. Y su término para «dios» incluía «árbol». «El gran único árbol», ¿no? —Sophia asintió—. Así que para ellos el dios y el árbol estaban relacionados entre sí. ¿En qué estaban pensando? ¿Cómo funcionaban sus mentes? —Las palabras resonaron en su cerebro, que consideró varios significados como posibles soluciones al trabalenguas—. ¿Qué es dios? Dios, el creador, el que proporciona, el que da la vida, el que da el regalo, la única y gran fuente de vida. Y el árbol proporciona algo, o muchas cosas. Te da refugio, comida, leña…

—Concuerda —comprendió Sophia—. Usaron la palabra árbol como una representación simbólica de fuente, de origen. De algo.

—Lo que quiere decir —dijo Nina, mirando los estantes—, que estamos en el origen del regalo. La biblioteca es el origen del regalo.

—¿Y cuál es el regalo? —preguntó Chase.

—¡Es el conocimiento! —dijo Nina, riendo—. ¡El regalo de su dios era el conocimiento! La capacidad de registrar y comunicar todo lo que habían aprendido a sus descendientes, que a su vez lo pasaron a sus descendientes, y así sucesivamente. Y todo esto en un momento en el que pensábamos que los humanos ni siquiera habían empezado a hacer pinturas rupestres. ¡Madre mía, es increíble!

—Su dios no estaba tan impresionado como tú —dijo Sophia—. Intentó destruirlos, ¿recuerdas? Por «darle el regalo de dios a las bestias».

Chase pareció confundido.

—¿Cómo se le da conocimiento a los animales?

Nina comprendió la respuesta.

—Se les enseña. Eso debía de ser el hipogeo. Una zona de aprendizaje. Empiezas en condiciones muy duras y con muy poco espacio, y con una supervisión constante para domarlos, y después los trasladas a lugares más agradables cuando ya los controlas. Primero les das palos, y luego los premias. Supongo que la PETA no lo aprobaría, pero funcionaba.

—¿Así que su dios decidió congelarlos hasta la muerte por enseñarles a sus perros a darles la patita? Se pasó tres pueblos.

—Así son las religiones primitivas. Si las cosas salen mal, la única explicación concebible es que has enojado a los dioses de algún modo.

—Así que si el «árbol del regalo» es en realidad la fuente de conocimiento —dijo Sophia—, ¿qué hay del «árbol de la vida»? ¿La fuente de la vida?

—No lo sé —respondió Nina—, pero suena como algo que podría interesarle a la Alianza, ¿no? —Recogió las barras—. Vamos a buscarlo.

La biblioteca era mayor de lo que parecía. Nina supuso que aproximadamente una quinta parte de todo el espacio de almacenaje disponible estaba vacío, lo que significaba que en su huida a climas más cálidos, los veteres se habían visto obligados a abandonar cuatro quintos de todo el conocimiento que habían llegado a acumular: una pérdida increíble para cualquier sociedad. ¿Habían sacrificado a fin de cuentas demasiadas cosas, y llegaron a arrepentirse después, cuando las necesitaron?

Recorrieron el laberinto hasta llegar al muro opuesto, donde descubrieron la entrada a otra estancia.

—No es una biblioteca —dijo Chase mientras entraba—. La verdad es que no sé lo que es.

—Es… es… es… —resonó su voz. Intercambió miradas confusas con las dos mujeres y después alzó su linterna. El techo de la nueva estancia estaba abovedado. Nina desplazó su linterna por la habitación. Era una sala circular, con lo que parecían artefactos mecánicos espaciados cerca de las paredes. Había otra máquina, mayor, en el centro, un tubo de cobre cónico que se extendía hacia arriba hasta llegar casi al techo.

—Esto es cada vez más raro —dijo Sophia, acercándose a la máquina más próxima—. Parece una especie de rueda de alfarero.

—Debían de hacer unas vasijas rarísimas —opinó Chase mientras se aproximaba a un artefacto similar situado en el extremo opuesto. Había, efectivamente, una gran rueda de madera que le llegaba aproximadamente a la altura de la cintura, y una vara de metal se elevaba en su centro, pero tras ella, sobre un gozne, había un gran cono de cobre, de cuyo extremo sobresalía una aguja…—. ¡Son gramófonos! —exclamó—. Como el que montaste en Australia, Nina.

—Aquí debe de ser donde reproducían las grabaciones de los cilindros —dijo Sophia.

Nina fue al centro de la estancia y sostuvo en alto una barra luminosa para poder estudiar la máquina que allí reposaba.

—No —comprendió, mirando el tubo de cobre—. No es donde las reproducían. Es donde las hacían. Esta sala… es un estudio de grabación. Fijaos. —Siguió el tubo hasta el techo, donde la superficie interior de la cúpula estaba marcada con extrañas hendiduras que radiaban hacia cada gramófono. Incluso a través del hielo, resultaba sencillo adivinar que habían sido talladas siguiendo pautas muy estudiadas—. El sonido del original sube por el tubo hasta el techo, y después se distribuye a cada uno de los conos. ¡Es una galería de los suspiros!

—¿Cómo la cúpula de la catedral de Saint Paul, en Londres? —preguntó Sophia.

—Sí, solo que esta está diseñada para enviar el sonido en varias direcciones en lugar de solo hacia un punto diametralmente opuesto. Es bastante sofisticado, incluso para los estándares de hoy en día. Parece que los veteres estaban muy avanzados. —Inspeccionó de cerca el artefacto. Como los demás, tenía una rueda y un cono a modo de altavoz, en este caso inclinado en cierto punto de la boca del tubo que había encima. Bajo la rueda, reparó en que el eje vertical estaba cubierto de finas bandas de cobre—. Creo

que este lo diseñaron para realizar copias de los cilindros existentes, y de las voces que hacían las grabaciones. Eso explicaría por qué había ecos en los cilindros que reprodujimos en Australia; los conos de grabación estaban recogiendo sonidos de otras partes de la sala.

—¿Así que esto es como un iTunes prehistórico? —preguntó Chase—. Eliges tu tema favorito y te hacen una copia.

Nina sonrió ante la comparación.

—Sí, en cierto modo. Aunque supongo que lo utilizaban más con fines religiosos. Imagina tener una grabación real de, por ejemplo, el sermón de la Montaña. No tendrías que interpretar las palabras escritas de otro, podrías oír las palabras de Jesús tal y como él las pronunció. —Se arrodilló y se quitó un guante para rascar con el dedo el hielo de algo que parecía una inscripción en una de las bandas de cobre—. Aunque si eso fuera posible, muchos estudiosos de la Biblia se irían al paro… ¡Ay!

Dio un respingo, aferrándose el dedo. En el mismo instante, un clic metálico resonó por toda la estancia. La rueda de la máquina central se estremeció y pareció querer zafarse por un momento del hielo antes de quedar inmóvil de nuevo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Chase, corriendo hacia ella—. ¿Estás bien?

—¡Me ha dado un calambre! —gritó Nina, más sorprendida que dolorida —. Como de electricidad estática. —Se frotó el dedo—. ¡Qué cabrón!

Chase dio un suave golpecito al artefacto.

—Ya no hace nada.

—Qué bien —murmuró Nina—. Una carga estática está revoloteando durante miles de años, ¿y a que no sabes quién se la lleva?

—Eddie, gira la rueda —le gritó Sophia desde la máquina que había estado inspeccionando. Chase aferró la rueda de madera y tiró de ella. Se movió solo un poco, pues seguía pegada por el hielo, pero la rueda de la máquina de Sophia crujió al unísono. Las otras hicieron lo mismo—. Están todas conectadas.

Nina estudió la sala.

—Tiene sentido. Si vas a hacer copias, querrás que sean idénticas. Si cada rueda se girara manualmente, irían a velocidades distintas. —Miró de nuevo el eje—. ¿Y qué la hacía funcionar?

—No puede ser eléctrica, ¿verdad? —preguntó Chase—. No podían estar tan avanzados.

Nina miró en dirección a la estatua, con un gesto de franca confusión en su rostro.

—No se me ocurre cómo, a menos que… ¿podrían haber usado la energía terrestre de algún modo? Esas cosas de cobre de fuera del templo… podrían ser antenas.

—¿Energía terrestre? —preguntó Sophia.

—¿Recuerdas el proyecto secreto por el que Callum se cabreó tanto con nosotros? ¿Cuándo lo echamos a perder? —dijo Chase—. Usaba ese tipo de energía.

—Era una manera de canalizar los campos magnéticos de la Tierra para crear un arma, usando Excálibur como un superconductor —explicó Nina.

Sophia arqueó una ceja.

—¿Excálibur? No me digas que también la encontrasteis.

—Sí, más o menos. Es una larga historia.

—Puede esperar —dijo Sophia, apuntando con su linterna una abertura en la estancia—. Sea como sea, parece que todo esto ha dejado de funcionar. Y ahora mismo es más importante encontrar el árbol de la vida.

Nina no tuvo más remedio que admitir de mala gana que necesitaban seguir buscando. El convertiplano debía regresar al barco antes de caer la noche, y todavía tenían que encontrar la manera de salir a la superficie.

—A ver qué encontramos por aquí —dijo.

En la superficie, Trulli comprobó una y otra vez que el *walkie-talkie* seguía funcionando. Había pasado un buen rato desde que supo algo de los de abajo. Pero el LED verde estaba encendido, y la radio funcionaba sin problemas a pesar del frío. Estuvo tentado de pedir un informe de estado, pero resistió el impulso. Conociendo a Nina, probablemente estaba tan absorta en la exploración que había olvidado que existía un mundo exterior.

Él, sin embargo, lo tenía muy presente, al igual que los demás. Se encogió de hombros para que circulara el calor en el interior de su grueso abrigo y se giró lentamente para contemplar la escena que le rodeaba. El BA609 estaba ahora detenido algo más lejos; Larsson había atendido a la advertencia acerca del hielo que se fundía sobre la fumarola. Bandra caminaba por el hielo junto al vehículo; sin duda venía a quejarse de cualquier cosa. Rachel y Baker estaban sentados en sillas plegables junto al cabestrante, acurrucados como pingüinos anidando. Se fijó en que compartían los auriculares del iPod de

Rachel, y sonrió. Era una manera como cualquier otra de empezar una relación.

Un leve ruido, algo distinto del constante zumbido del viento por la llanura. Un murmullo. Poderoso, mecánico…

Y se acercaba.

Se giró de nuevo, e inspeccionó el cielo. Había una neblina blanca en el horizonte, y el sol seguía levitando infinitesimalmente sobre la cúpula azulada…

Y había algo más, que se movía con mayor rapidez. Un avión. Estaba lejos, pero se dirigía hacia ellos. Reconoció la clase de inmediato: dos Hércules C-130, grandes, de cuatro motores. Uno de ellos pintado de rojo y blanco para distinguirlo desde lejos, y el otro de un gris militar.

La expedición no esperaba visitas. Y en los páramos de la Antártida, las probabilidades de toparse con alguien de casualidad eran prácticamente inexistentes. Fuera quien fuera a bordo, sabían de su presencia allí.

A Trulli solo se le ocurría una posibilidad.

—¡Nina! ¡Eddie! —gritó a la radio, y la urgencia de su voz llamó de inmediato la atención de Baker y Rachel, que lo miraron con inquietud. No hubo respuesta—. Eddie, ¿puedes oírme? ¡La Alianza está aquí!

La radio permaneció en silencio; la advertencia no fue oída.

24

—Veo la luz del día de nuevo —dijo Chase, que marchaba en cabeza.

—Sí, pero ¿podremos salir? —se preguntó Nina. La corteza de hielo que lo cubría todo en aquella ciudad congelada parecía cada vez más gruesa, y los carámbanos que de ella colgaban cada vez más largos y bajos.

—Me parece que no… —dijo Sophia, apuntando con su linterna hacia delante. Habían alcanzado el final del pasaje, y una luz fría y celeste iluminaba la salida… y revelaba además que estaba bloqueada. Una capa de reluciente hielo cubría la abertura arqueada, y se cernía sobre el suelo de piedra aumentando su sensación de claustrofobia.

Y aunque el hielo no hubiera estado allí, salir seguiría siendo francamente complicado. Nina podía distinguir la silueta de lo que parecía ser una puerta de metal cerrada incrustada en el arco.

—Mierda —murmuró Chase—. Hasta aquí hemos llegado.

—Deberíamos haber traído uno de esos cilindros de gas —dijo Sophia—. Podríamos fundir el hielo.

—No habría cambiado nada. Mira lo grueso que es. Tardaríamos días en atravesarlo, aunque pudiéramos cruzar la puerta.

Nina estaba más interesada en lo que había a un lado de la puerta.

—Hay algo aquí, en el hielo. —Apuntó con su linterna hacia aquel punto, tratando de distinguir algo—. Creo que son cuencos, cuencos metálicos. —En el costado del mayor parecía haber algo escrito en el idioma de los veteres.

—Aquí también hay algo —dijo Chase desde el otro lado del umbral—. Es otro gramófono.

—Qué raro. ¿Por qué iban a tener uno aquí?

—Puede que sea el iPod del centinela. —Chase centró su atención en la puerta enterrada—. ¿Se irá por aquí al árbol de la vida?

—Bueno, ya hemos visto el árbol del conocimiento, así que… —Nina no acabó la frase—. Hmm. Acabo de darme cuenta de lo bíblico que es todo esto. En el libro del Génesis, en el Jardín del Edén estaban el Árbol de la Vida y el Árbol del Conocimiento.

—El Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, en realidad —la corrigió Sophia, regresando hacia el interior del pasaje.

—Eso último es tu especialidad —replicó Nina, antes de girarse hacia Chase—. Pero es mucha coincidencia. Si es que es una coincidencia.

—¿Así que quizá esta gente tenía algo que ver con la Biblia? —preguntó Chase.

—No es posible; hay demasiada distancia temporal entre ambas cosas. Incluso las partes más antiguas de la Torah datan tan solo de alrededor del siglo décimo antes de Cristo. Pero… —Frunció el ceño, pensativa—. ¿Una especie de memoria racial, quizá? Una idea que sobrevivió al paso de los milenios…

La voz urgente de Sophia la sacó de su ensimismamiento.

—¡Aquí! ¡Hay otra sala!

Nina y Chase corrieron hacia ella. Tras uno de los pilares había una estrecha abertura en el muro, un pasaje bajo.

—¿Ves lo que hay dentro? —preguntó Nina.

—Lo único que veo es que no es muy grande. Puedo ver la pared del otro lado.

—Vamos a echar un vistazo —dijo Chase. Comenzó a retirar los carámbanos que bloqueaban la entrada.

—¡Eddie, vamos! —gritó Trulli a la radio. Seguía sin haber respuesta.

Alzó la vista. Los dos aviones habían pasado de largo, y estaban dando media vuelta.

—Será un vuelo de repostaje de camino a Vostok o Dome Charlie —dijo Bandra con condescendencia—. No esperaban ver a nadie por aquí, así que están sobrevolando la zona para asegurarse de que estamos bien.

—Si no sabían que estábamos aquí, ¿por qué venían directos hacia nosotros? —replicó Trulli.

—¿Acaso importa? ¿Esperas problemas? —La sonrisa burlona del doctor se desvaneció cuando reparó en el gesto serio de Trulli—. ¿Los esperas?

—¿Por qué crees que estoy intentando comunicarme con Nina y Eddie a toda costa?

—Pero ¿por qué iba a dar problemas una investigación arqueológica?

El australiano lo miró con gesto de incredulidad.

—¿No has leído nada sobre Nina? ¡La gente siempre está intentando matarla! —Probó una vez más con el *walkie-talkie*, y después lo miró disgustado—. La radio del avión tiene más potencia. Intentaré conectarle esto a ver si así funciona. —Miró de nuevo al cielo. Los C-130 viraban de nuevo. Pasarían a un par de centenares de metros de ellos—. Pero no sé cómo han podido encontrarnos. —Bandra pareció inquieto de repente—. ¿Qué?

—Eso… eh, puede que sea culpa mía —admitió Bandra—. Anoche, cuando volvimos al avión… me puse en contacto con la UNARA.

—¿Qué? —gritó Trulli.

—¡Yo soy el líder de esta expedición, no la doctora Wilde! Envié un *email* detallado a Nueva York para quejarme por la manera en que había sido tratado.

—¿Y les hablaste del descubrimiento? —El gesto de culpabilidad de Bandra era respuesta más que suficiente—. ¡Pues estupendo! ¡Has traído a los malos hasta aquí!

—¿Los malos? —resopló Bandra—. ¡Esto no es una película de Hollywood!

—Puede que no —dijo Trulli, señalando los aviones que se aproximaban —, pero ¿cómo le llamas tú a eso?

Las rampas de carga traseras de ambos aviones habían descendido. Hombres y máquinas salieron de ellas, acompañados de paracaídas blancos desplegándose en su caída hacia la llanura helada, como si fueran una nube de semillas de diente de león.

—Id al avión —les dijo Trulli a todos, y echó a correr hacia el convertiplano, con la radio en la mano.

Los últimos carámbanos se despedazaron sobre el suelo helado. Chase los pisoteó y salió a la estancia que había al otro lado. Encendió la linterna cuando Nina atravesaba la baja abertura, seguida de Sophia.

—¿Otro? —preguntó Nina al ver uno más de aquellos gramófonos en un rincón.

—Pues sí. Estaban locos por la música. Aunque no sé si esta habitación servía para eso. —Alzó la linterna e iluminó con el haz un muro.

Nina abrió los ojos como platos.

—¡Dios mío!

Era otra inscripción, bloques de texto grabado en una capa de yeso. Pero esta tenía algo de lo que carecía la que encontraron en Australia.

Un mapa.

No era una representación cartográfica exacta, sino más bien un recuento visual de los distintos lugares visitados a lo largo de un viaje entre puntos ubicados en lugares costeros junto a los que se podían ver más inscripciones. Nina reconoció números e instrucciones orientativas: ¿la dirección y el número de los días de navegación desde cada punto, quizá?

—La tierra de la arena fría —dijo Sophia, señalando los símbolos en un extremo del mapa—. Es donde estamos ahora, la Antártida.

Nina trazó el camino de vuelta. Al parecer era un largo viaje por mar hasta llegar a tierra firme. ¿Australia, quizá? Después tierra adentro hasta…

—Aquello de allí puede ser la ubicación al norte de Perth. Si lo es… —Su entusiasmo aumentó a medida que hablaba—. Esto podría demostrar cómo se diseminó la cultura de los veteres por el mundo… Si estos sitios de aquí son la Antártida y Australia, estas otras costas deben de ser las de Indonesia, el Sudeste Asiático, la India…

—Lo que significa —dijo Sophia, mirando al otro extremo del mapa— que este era su origen. El punto desde el que se expandieron. Donde comenzó todo.

—Madre mía, es verdad —dijo Nina. El corazón le latía a toda velocidad; recorrió con el dedo el muro helado. Al oeste, desde la India, siguiendo la costa de lo que ahora era Pakistán, Irán, el nacimiento del Golfo Pérsico… que en tiempos de los veteres habría estado bloqueado por el menor nivel del mar, y de hecho el Golfo mismo no sería más que un lago. Siguiendo la costa de la Península Arábica, otro asentamiento más allá…

—¡Omán! —gritó Sophia, golpeando aquel punto con el dedo—. Es el lugar que visité con Gabriel hace ocho años, tiene que serlo. La Alianza lo destruyó.

—Por lo visto se dejaron unos cuantos —dijo Chase. Había al menos una docena de lugares tan prominentes como Omán, y muchos otros de menor tamaño.

—Todos esos aún están por encontrarse —dijo Nina.

—A menos que la Alianza ya lo haya hecho —señaló Sophia.

El dedo de Nina se desplazó con mayor rapidez por el mapa.

—No pueden haberlos encontrado todos. Arabia, por la entrada al mar Rojo, hasta su costa… y después fueron al interior. —Miró a los otros—. Hacia África. De ahí provenían. ¡De África! —El rastro de los veteres camino

a la costa cruzaba un río, y se adentraba hacia su nacimiento: tres símbolos trapezoidales, uno de los cuales, el que estaba más arriba, tenía cuatro líneas serpenteantes, ríos quizá, que se extendían hacia fuera desde aquel punto.

—Por eso sus estatuas se parecen a esa que tenías en casa —comprendió Chase—. Las hicieron los mismos.

—En momentos distintos —respondió Nina—. Esa gente ya había salido de África en un momento en el que pensábamos que los primeros humanos solo estaban empezando a formar las sociedades más primitivas, en lugares como Etiopía o Sudán.

—Eso concordaría con el mapa. —Sophia se puso en pie, contemplando el texto que había encima del mapa—. Las primeras palabras son algo así como «El viaje de la gente de dios, desde…». Supongo que eso es un nombre. El nombre de su tierra natal, quizá. Pero la primera línea termina con «a la tierra de la arena fría».

Nina leyó las palabras.

—Lo dejaron por si su gente regresaba algún día. Como un recordatorio de quién eran y de dónde venían. Es toda su historia.

Sophia siguió leyendo.

—Otra vez mencionan a las bestias. Esa palabra aparece mucho. Parecían tener muchos problemas con sus animales.

—Sophi —dijo Chase, a su espalda—. Esa palabra que no reconocías, crees que es un nombre, ¿verdad?

—Sí.

—Pues aquí también aparece.

Nina y Sophia se giraron y lo vieron sosteniendo su linterna por encima del gramófono congelado. Junto a él había dos cilindros de arcilla.

—Es verdad —dijo Sophia, y contempló con mayor detalle el que Chase le había indicado—. Los otros caracteres dicen… creo que es «el camino desde».

—¿Ese es el título de la grabación? —preguntó Nina—. «El camino desde…» desde su tierra natal, se llamara como se llamara. Si pudiéramos traducir eso junto con el resto de la inscripción… —Contempló el segundo cilindro—. ¿Qué dice este? ¿Pone ahí «profeta»?

Sophia lo confirmó.

—No puedo leer los demás caracteres. —Arrancó la tablilla del hielo.

—¿Qué dice? —preguntó Chase mientras Sophia giraba el cilindro en sus manos.

Ella parecía confusa.

—Creo que es «la canción del profeta».

Nina la inspeccionó.

—¿Esa es la palabra para «canción»? Porque era lo mismo que estaba pintado en esos cuencos en el hielo. —Se giró hacia el gramófono, y puso sus manos sobre la rueda. El hielo se aplastó y después se rompió, permitiendo que la rueda girara más o menos libremente—. Dejaron estas cosas aquí por un motivo. Creo que deberíamos reproducirlas.

Para cuando Trulli llegó al convertiplano, los recién llegados habían comenzado a aterrizar, y plegaban sus paracaídas con la desenvoltura que da la experiencia. El Hércules de aspecto militar lucía emblemas de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, pero los hombres que salieron de él no vestían uniformes americanos. Los vehículos que aterrizaron sobre palés, acompañando a los soldados, tampoco parecían pertenecer al ejército estadounidense: se asemejaban a pequeños hovercraft cuyos armazones, de un reluciente color negro, disponían de lo que parecían ser pequeñas alas recortadas.

Eran cinco hovercraft en total, y unos veinte hombres. Hombres armados.

Buscó al resto de miembros de la expedición. Rachel había vacilado un tanto antes de seguir a Trulli hacia el BA6009, y corría aún a través del hielo. Baker permaneció de guardia junto al cabestrante. Bandra, sin embargo, se dirigía al encuentro de las tropas.

—Gilipollas —murmuró Trulli, antes de darle el *walkie-talkie* a Larsson —. ¡Necesito que conectes esto a la radio… y que pongas en marcha este cacharro!

Chase rebuscó en su mochila, sacó una bengala y la encendió. Sostuvo ambos cilindros junto a la chisporroteante llama rojiza para fundir el hielo que los recubría. En la pequeña estancia la luz era cegadora, y el olor a sulfuro quemado resultaba casi insoportable, pero funcionó. Cuando no quedaba ya hielo sobre los cilindros, usó el mismo truco para quitarle el hielo a la aguja y al altavoz cónico antes de tirar la bengala al pasaje de afuera.

Nina giró la rueda de nuevo.

—Tendremos que manejarla manualmente. Espero que logremos darle la velocidad adecuada.

—La que improvisaste no iba tan rápido —dijo Sophia, secando los cilindros y entregándoselos.

Nina colocó el primero, el titulado «canción del profeta», en el perno, y ajustó la aguja sobre el surco del cilindro.

—Empecemos.

Giró la rueda, tratando de dar con la velocidad correcta. El cono de cobre emitió un desagradable arañazo. Chase hizo una mueca.

—Suena como mi profesora de lengua arañando la pizarra con las uñas.

—Espera. —Nina ajustó la aguja y giró la rueda de nuevo. Esta vez logró resultados. Se oyó una voz lejana e irregular.

—Eso debe de ser el título —le dijo Sophia—. Pero tienes que ir más rápido.

—Vale, vale. —Nina giró la rueda más rápidamente, esperando que se oyeran las siguientes palabras.

No se oyó ninguna. Lo que emitía el cono de cobre era un cántico.

—¿La canción del profeta, eh? Literalmente —dijo Chase.

Nina siguió girando la rueda. La música era una única nota, larga y sostenida, distorsionada por las inevitables variaciones en la velocidad del giro, pero Nina supuso que, de reproducirse tal y como se había pretendido, el cantante habría mantenido una entonación perfecta. La nota se elevó una octava, y después cayó dos antes de elevarse de nuevo. Después se detuvo. El resultado era hermoso, aunque algo inquietante.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Nina. Chase tarareó la melodía de cinco notas de *Encuentros en la tercera fase*—. Eso no.

—Un cántico ritual, quizá —sugirió Sophia.

—Sobre su profeta. Incluso puede que fuera el mismo profeta el que cantaba —comprendió Nina—. Dame el otro cilindro.

Bien erguido, y con la cabeza alta para enarbolar una confianza que perdía a marchas forzadas, el doctor Bandra fue hacia los paracaidistas. Los dos aviones, tras haber liberado su cargamento, regresaban hacia la costa. La mayoría de los soldados recién llegados estaban ocupados sacando los hovercraft de sus palés, pero había un grupo de cinco hombres que parecían estar al cargo, un tanto alejados de los otros.

Se frenó un poco a medida que se aproximaba a los que parecían al mando. Todos salvo uno tenían rifles colgados de los hombros, además de pistolas enfundadas. Cada vez más nervioso, se detuvo ante ellos.

—Buenas tardes —comenzó, y se le atragantaron las palabras. Se aclaró la garganta y continuó en un tono de voz más autoritario—. Soy el doctor Rohit Bandra de la Agencia de Investigación de la Antártida de las Naciones Unidas, y estoy al mando de esta expedición. No se me ha informado de ninguna actividad paralela. ¿Podrían decirme qué están haciendo aquí?

Ni siquiera repararon en su presencia, lo que lo enojó enormemente. La mayoría de ellos giraron la cabeza hacia otro lado cuando un soldado se aproximó para informarles. Solo un hombre de cabello blanco pareció estar mínimamente interesado en su presencia, y Bandra empezaba a desear que no hubiera sido así, puesto que su intensa mirada estaba comenzando a ponerlo nervioso.

—Escuchen —dijo, tratando de llamar la atención de los otros—, tengo la autoridad aquí, la que me han concedido las Naciones Unidas. De modo que insisto en que me digan qué está pasando. Después de todo, estoy seguro de que saben perfectamente que el Tratado de la Antártida prohíbe las operaciones militares.

El hombre del pelo blanco siguió mirándolo sin parpadear.

—No somos militares —le dijo a Bandra… y desenfundó su pistola y le disparó en la cabeza.

El disparo resonó por toda la llanura, y fue audible incluso por encima del creciente rugido de los motores del convertiplano.

—¡Mierda! —gritó Trulli, abriendo de golpe la puerta de la cabina—. ¡David! ¡Vamos! ¡Rápido!

Baker contempló a Bandra derrumbarse inerte, y una mancha escarlata derramarse sobre la impoluta nieve. Su instinto de supervivencia tardó unos segundos en entrar en acción, y para entonces otros soldados comenzaban a reaccionar ante el inesperado disparo, y preparaban sus armas.

Echó a correr con dificultad a causa de su ropa de abrigo. Los soldados estaban a unos doscientos metros de él, pero el avión estaba casi a la misma distancia en la dirección opuesta. Se oyeron disparos de rifle.

—¡David! —gritó Rachel. Trulli solo pudo mirar, consternado, a medida que diminutos géiseres de hielo se elevaban alrededor de su compañero, trazando una hilera irregular de impactos de bala.

La hilera se estrechó rápidamente.

Baker se tambaleó. Por un instante Trulli pensó que simplemente había perdido el equilibrio, hasta que una mancha escarlata se hizo visible en su abrigo acolchado. Y después otra. La sangre manaba a borbotones cuando

cayó de bruces al suelo, deteniéndose por fin en un rastro de rojo sobre blanco.

Rachel gritó.

—¡Despega! —gritó Trulli—. ¡Vamos, vamos, vamos! —Los soldados buscaban ya nuevos objetivos, y apuntaban con sus armas al convertiplano. Larsson se apresuró a despegar.

Un disparo impactó en el costado del vehículo. Rachel chilló de nuevo.

—¡Agáchate! —le dijo Trulli, al tiempo que se encogía en su asiento. Otra bala impactó en algún punto a su espalda. No veía bien a los soldados, puesto que se interponía entre ellos un torbellino de cristales de hielo generado cuando el convertiplano consiguió por fin elevarse del suelo. Larsson giró la dirección de inmediato para alejar el vehículo de los soldados, y lo viró a medida que ganaba altura.

Hubo más disparos; esta vez de un arma automática. Trulli miró atrás. Uno de los hovercraft se deslizaba sobre el hielo seguido de una nube de nieve y hielo. Sobre él había dos soldados de la Alianza; uno conducía, y el otro disparaba sin cesar con un rifle…

Las balas despedazaron el fuselaje de aluminio y penetraron en la cabina. Larsson aulló cuando una impactó en la parte de atrás de su asiento, pero sin llegar a atravesar el metal. Más disparos impactaron a su alrededor, y cesaron de repente cuando el convertiplano pasó a modo de vuelo y se alejó a toda velocidad.

—¿Tenemos daños? —preguntó Trulli—. ¿Todavía podemos volar?

Larsson comprobó a toda prisa los instrumentos.

—Creo que sí. ¿Pero quiénes eran? ¿Qué coño está pasando?

—Enseguida te lo cuento. —Trulli se concentró de nuevo en el *walkie-talkie*—. ¡Antes tengo que lograr que este cacharro funcione!

Zamal miró al convertiplano perderse en la distancia.

—¡Se están escapando! —gritó.

—No importa —le dijo Callum, impertérrito. Miró el agujero en el hielo —. Tenemos a Wilde y Chase atrapados. Y a Blackwood.

—Quiero a Sophia viva —dijo con firmeza Ribbsley—. Si queréis mi ayuda, ese es el trato.

Vogler sonrió sardónicamente.

—Profesor Ribbsley, ¿sabe cuánta distancia hay hasta la estación más cercana?

El profesor lo miró sin comprender.

—No.

—Unos doscientos kilómetros —dijo Hammerstein, encendiéndose un puro.

—Un buen paseo —continuó Vogler—. Y dado que tenemos asientos limitados para llevarnos de vuelta —gesticuló en dirección a uno de los vehículos de cuatro plazas—, si decidiéramos llevarnos a la señora Blackwood con nosotros, alguien tendría que cederle su asiento y volver a pie. Y le aseguro que ninguno de mis hombres lo hará.

—Los míos tampoco —dijo Hammerstein.

—Ni los míos. —Zamal sonrió.

—Y dudo que el señor Callum se presente voluntario. Así que, profesor, puede que quiera reconsiderar su posición. —Vogler miró a lo lejos—. Realmente tendría que caminar mucho.

Ribbsley se dio media vuelta con un gruñido enojado y resignado. Vogler lo miró sonriente por un instante antes de llamar a uno de los soldados.

—¡Informe de la situación!

—Los vehículos están listos, señor —respondió el soldado.

—¿Y los quemadores de hielo?

El soldado señaló un par de pesados objetos del tamaño y forma de unos barriles de combustible que en ese mismo instante estaban siendo elevados verticalmente junto a dos de los hovercraft.

—Listos para colocarse en posición.

—Entonces, comencemos. —Vogler se dirigió a los demás líderes de la Alianza—. Hammerstein, llévate tu equipo hacia aquel pozo de allí —dijo, asintiendo en dirección al cabestrante—. Zamal, llévate a los tuyos y montad el primer quemador sobre el centro del lago, y comenzad desde allí. Mi equipo se llevará el segundo al extremo sur. Señor Callum, profesor Ribbsley, vengan conmigo. —Se quitó el rifle del hombro y sacó el cargador para rellenarlo—. La búsqueda de la doctora Wilde ha terminado.

El segundo cilindro estaba sobre el perno.

—Vale —dijo Nina—, a ver qué nos dice este.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Chase.

—«El camino desde»… cómo se llamara ese sitio —dijo Sophia, señalando la palabra desconocida en la inscripción, y desplazando a

continuación su dedo hacia el punto inicial del mapa—. Supuestamente, este lugar de África.

Nina giró la rueda. Una antiquísima voz sonó por el cono, recitando el título del cilindro.

—Echaremos un vistazo cuando hayamos… —Guardó silencio cuando oyó lo que decía la voz.

Chase y Sophia estaban tan atónitos como ella. Aunque el idioma les resultaba extraño, una palabra destacaba claramente de las demás. Un nombre.

Un nombre que conocían perfectamente.

Nina detuvo la rueda. Chase señaló el cono con un dedo acusador.

—¿Acaba de decir lo que me ha parecido?

—¡Ponlo otra vez! —ordenó Sophia, pero Nina no necesitaba que le metieran ninguna prisa; ya estaba recolocando la aguja en la posición inicial. Giró la rueda otra vez.

De nuevo, surgieron palabras irreconocibles del altavoz… seguidas de una que resultaba inconfundible.

El Edén.

—«¿El camino desde el Edén?» —prácticamente gritó Chase—. ¿Me estás diciendo que esa gente venía del puto Jardín del Edén?

—No es posible —protestó Sophia, mientras Nina recolocaba la aguja una vez más—. ¡El Jardín del Edén es solo un mito!

—Igual que la Atlántida —le recordó Nina mientras la grabación sonaba de nuevo.

El Edén. La misma palabra. Inconfundible. Incontestable.

—Así que ese es el secreto de la Alianza —dijo Nina, atónita—. La Alianza del Génesis… tomaron el nombre del acuerdo, de la alianza, entre las tres religiones para proteger el Génesis, para proteger el Edén, y asegurarse de que nadie lo encontrara nunca.

—¿Por qué? —preguntó Chase, desconcertado—. Si alguien encuentra el verdadero Jardín del Edén, ¿no demostraría eso que tenían razón desde el principio?

—No si un análisis científico confirma que lo que pone en el Génesis está equivocado. La historia que se cuenta en el Génesis es la piedra fundacional de las tres religiones; si se derrumba, las tres se verían debilitadas. No pueden permitir que eso ocurra.

Sophia estudió el mapa.

—¿Así que saben dónde está el Jardín del Edén?

—No pueden saberlo; si no, ya habrían hecho algo al respecto. —Alzó las manos, abarcando la estancia entera y todo lo que contenía—. Pero no tenían nada de esto. Nosotros sí, y la Alianza no sabe dónde estamos, ¡así que podremos encontrar el Jardín del Edén antes que ellos!

Chase estaba a punto de decir algo cuando su *walkie-talkie* crepitó.

—¿Matt? ¿Eres tú? —La única respuesta fue un balbuceante crujido electrónico—. Los muros deben de ser demasiado gruesos para que la señal pueda atravesarlos —dijo, agachándose junto al pasaje—. Lo intentaré ahí fuera.

Salió al vestíbulo bloqueado por el hielo, donde el resplandor rojizo de la bengala aún centelleaba. La voz de Trulli sonó ahora algo más clara, aunque seguía estando fuertemente distorsionada.

—¡Nina! ¡Eddie! ¡Si podéis oírme, contestad!

—Estoy aquí, Matt —dijo Chase—. ¿Qué pasa?

—¡Eddie! ¡Gracias a Dios! ¡Escucha, están aquí, la Alianza! ¡Han matado a David y al doctor Bandra!

Chase guardó silencio por unos segundos.

—Mierda —dijo por fin.

—¡Eddie! ¿Me has oído?

—Sí, te he oído. ¿Dónde estás?

—Estamos en el avión. Escucha, ¡tenéis que salir de ahí!

—No me digas —murmuró Chase mientras Nina y Sophia iban a reunirse con él. Nina sostenía el cilindro que contenía la canción—. Nina, ¿recuerdas lo que acabas de decir de que la Alianza no sabe dónde estamos?

—Sí, ¿y qué?

—¡Imagínate!

Nina torció el gesto.

—¡Estarás de coña!

—Matt —dijo Chase a través de la radio—, necesitamos encontrar otra manera de regresar al pozo. —Hizo una pausa—. Están allí, ¿verdad?

—Sí —crepitó el *walkie*.

—¡Me cago en todo lo que se mueve! —Otro momento de reflexión—. Vale, entonces la única otra manera de salir es por el pozo de drenaje, si es que no se ha congelado ya. Si salimos, te avisaré para que podáis recogernos. Pero si no tienes noticias nuestras en… —miró su reloj— en una hora, salid echando hostias de aquí, porque ya no creo que vayamos a salir.

—Aterrizaremos y os esperaremos —le dijo Trulli—. Buena suerte.

—Gracias. —Chase cortó la comunicación—. Vale, necesitamos encontrar otra manera de salir a la superficie. Pero lo primero es lo primero —dijo; se le había ocurrido una idea. Se agachó y regresó pasaje arriba.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Nina, mientras guardaba el cilindro. Lo siguió.

—Dame tu cámara. Rápido. —Nina la sacó de su bolsa y se la entregó. Chase tomó varias fotografías de la sección africana del mapa.

Sophia los alcanzó.

—¿Qué pasa?

—Somos los únicos que hemos visto esto, ¿verdad? —dijo Chase, tapando el objetivo de la cámara y guardándola en uno de sus bolsillos.

—Sí —dijo Nina.

—Pues nadie más va a verlo. —Alzó la piqueta y la estampó repetidas veces contra el muro, borrando las inscripciones.

—¡Eddie! —gritó Nina, horrorizada—. ¿Qué estás haciendo? —Trató de arrebatarle la piqueta.

—No —dijo Sophia—, tiene razón. No podemos dejar que la Alianza encuentre esto.

Chase siguió despedazando el muro hasta que el extremo africano del mapa no fue más que unos pocos pedazos destrozados sobre el suelo, que después aplastó hasta reducirlos a polvo.

—No creo que saquen mucho en claro de esto. —Volvió hacia la compuerta de metal por el pasaje—. Vale, ahora tenemos que encontrar otra manera de alcanzar el pozo, ¡y tenemos cincuenta y ocho minutos para hacerlo!

25

Incluso a través de sus gafas oscuras, Vogler tuvo que entrecerrar los ojos para contrarrestar el brillo de la luz del sol reflejada en la nieve. A lo lejos podía ver a Hammerstein y su equipo bajando el cable del cabestrante; doscientos metros más cerca los hombres de Zamal estaban colocando uno de los barriles negros en posición.

Sus propios soldados habían hecho lo mismo con el segundo.

—El quemador de hielo está listo, señor —lo informó uno de ellos.

—Pues encendedlo. Todos, atrás.

El resto del equipo, incluidos Ribbsley y Callum, se retiraron mientras el soldado introducía un largo tubo metálico que contenía un líquido ámbar en una abertura situada en la parte superior del barril. Cuando estuvo colocado en su lugar, el soldado pulsó un botón y se alejó rápidamente. Sonó un tenue crujido procedente del interior del artefacto cuando una pequeña carga explosiva rompió el cristal.

—¿Eso es todo? —preguntó Ribbsley con indiferencia—. Esperaba más llamas de algo llamado quemador de hielo.

—Eso viene ahora —le dijo Vogler. Pasaron unos segundos… y de repente el barril osciló, hundiéndose unos centímetros en la nieve. Alrededor de su base se creó un charco de agua.

Y esa agua burbujeó, e hirvió.

Comenzó a elevarse vapor del suelo cuando el barril se hundió en el hielo. Del orificio surgió agua caliente, desplazada por el peso del quemador de hielo, y el silbido del vapor se convirtió en un rugido cuando el metal comenzó a calentarse al rojo. Un géiser de vapor saltó por los aires al otro lado de la llanura cuando el quemador de Zamal desapareció en la superficie helada.

—Reacción exotérmica —le dijo Vogler a Ribbsley, que ahora parecía claramente más impresionado—. Dos elementos químicos que producen una enorme cantidad de calor al mezclarse. Es una especie de derivado térmico, no sé exactamente cuál, no soy químico, pero me han asegurado que la reacción durará lo bastante para fundir hasta cincuenta metros de hielo. —El barril se hundió en la nieve y se perdió de vista, rodeado de una nube de vapor.

—¿Cuánto tardará? —preguntó Ribbsley.

—Cinco minutos, puede que menos. En cuanto lo atraviese, ataremos cuerdas para bajar. ¿Se ve capaz?

El profesor lo miró con gesto burlón.

—Si he podido tirarme en paracaídas, creo que me las arreglaré.

—Bien. Pues prepárese.

Nina, Chase y Sophia se separaron a toda prisa para buscar más salidas en las zonas inexploradas de la biblioteca. Nina inspeccionó el lado oeste de la sala, y al cabo de un rato hizo un descubrimiento prometedor.

—¡Eddie! —gritó—. ¡He encontrado otra salida!

Sophia fue la primera en llegar.

—Hay una puerta —le dijo Nina—. Está congelada, pero veo luz al otro lado. —El fulgor azulado de la luz del sol filtrada por el hielo era visible en los rebordes de la puerta de madera y metal.

Chase se unió a ellas.

—¿Qué tenemos?

—Una puerta —dijo Sophia—. Cerrada, para ser más exactos.

—No creo que esté tan congelada como la otra —dijo Nina—, pero no consigo abrirla. —Tiró del picaporte cubierto de hielo. La puerta traqueteó, pero no se movió.

—Vamos a probar —dijo Chase. Sostuvo el picaporte con ambas manos y tiró hacia atrás con tanta fuerza como pudo. El hielo se quebró al otro lado de la puerta. Chase gruñó y después dio un paso atrás antes de cargar con el hombro. Sonó un crujido, y mientras Chase se recuperaba del impacto, la puerta se abrió—. Estaba chupado.

Nina lo abrazó.

—Bien hecho.

—Sí, cuando lo único que hace falta es pura fuerza bruta, siempre puede contarse con Eddie —dijo Sophia.

Chase la miró lascivamente.

—Antes te gustaba la fuerza bruta. ¡Ay! —añadió cuando Nina lo golpeó en el hombro dolorido—. ¿A qué ha venido eso? —La mirada severa de ella le dio la respuesta—. Ah, ya.

—Por muy divertido que sea rememorar nuestra vida sexual —suspiró Sophia mientras cruzaba el umbral—, creo que deberíamos ponernos en marcha.

—Estoy de acuerdo —gruñó Nina, y miró de nuevo a Chase con gesto desaprobatorio antes de seguir a Sophia.

Emergieron a una colina que descendía hacia las grietas. Más abajo, podían ver la ciudad congelada ante ellos y, demasiado cerca para su gusto, el techo helado. Mientras el lago se secaba, millones de pequeños carámbanos se habían ido formando allí donde el agua goteaba desde arriba, creando la desagradable sensación de encontrarse justo debajo de un amplio campo de púas que se extendía sobre sus cabezas. No muy lejos, colina arriba, el hielo se arqueaba hacia abajo para reunirse con el suelo, justo por encima del extremo de la biblioteca y el misterioso «origen de la vida» que aquella albergaba.

Chase fue hacia el borde del acantilado y miró hacia abajo.

—Mierda. Es demasiado inclinado. —Parte de la ladera rocosa había sido excavada para acomodar el enorme templo, y la caída era casi vertical.

—¿Y si seguimos adelante? —preguntó Sophia—. Si llegamos al extremo del valle…

Chase miró hacia allí.

—Sigue siendo bastante inclinado, pero quizá podamos bajar. Nina, ¿qué te parece? —Ella no respondió—. ¿Nina?

Nina trataba de ubicar, sin éxito, un sonido, un leve zumbido que parecía rodearlos por todos lados.

—¿Habéis oído eso? —preguntó—. ¿De dónde viene?

—Y lo más importante —dijo Sophia—, ¿qué es?

—Nada bueno —supuso Chase. Se giró para localizar su origen cuando algo le hizo levantar la vista—. Joder.

Nina siguió su mirada. Había algo en el hielo, casi exactamente sobre ellos, dibujando una silueta en el fulgor azul de la superficie. Mientras lo miraba, comprendió que se estaba moviendo.

Descendía a través del hielo, y rápido.

El rumor se acrecentó, y lo acompañó un silbido. Cayeron carámbanos de hielo a su alrededor como una lluvia de dagas de cristal.

—¡Volved adentro! —gritó Chase. Corrieron hacia la puerta.

—¿Qué diablos es eso? —jadeó Nina. El techo de la caverna se fracturó con una explosión, y el rumor se convirtió en un rugido…

Se abrió un orificio, y una gigantesca nube de vapor estalló cuando miles de litros de agua hirviendo cayeron en cascada. La masa oscura del quemador de hielo golpeó el suelo con estrépito. El barril rodó ladera abajo, volando sobre el borde de la grieta acompañado de una cascada hirviente que impactó en el suelo a la entrada del templo con un estruendo que resonó por toda la caverna.

En cuanto aquel sonido se desvaneció, uno nuevo los alcanzó; un segundo barril oscuro cayó del techo que se levantaba sobre las casas abovedadas en otra gigantesca columna de vapor y hielo fundido.

Chase empujó a Nina y a Sophia hacia el interior del umbral al mismo tiempo que la nube de vapor los rodeaba; el inesperado e intenso calor resultaba especialmente traumático tras el incesante frío previo.

—Lo último que me esperaba encontrar aquí era una sauna —dijo mientras cerraba la puerta tras de sí. Esperó a que el vapor se dispersara y después abrió la puerta ligeramente para mirar fuera. Una niebla había descendido sobre la ladera, pero permitía ver una cuerda que alguien había soltado por el pozo recién creado. Cerró la puerta apresuradamente de nuevo —. ¿Adiviná is quién más quiere sudar un poco?

—¿La Alianza? —preguntó Nina, aunque ya conocía la respuesta—. ¡Joder! ¡Eso significa que ya han intentado matarme en todos los continentes del planeta!

—¿Quieres que llame al libro Guinness de los Récords? —replicó Sophia.

—Tendremos que intentar descender por la estatua —dijo Chase—. Vamos, les llevará un rato bajar y familiarizarse con el lugar.

—Pero hay más en la ciudad —señaló Sophia.

—Primero salgamos de esta maldita Fortaleza de la Soledad, ya nos preocuparemos por eso después —dijo Chase. Les quedaban menos de cincuenta minutos, y no estaban más cerca de encontrar una salida que antes. Echaron a correr y aparecieron en la parte superior del pozo, tras el templo—. Lo siento, cielo —le dijo a Nina—, pero vamos a tener que cargarnos el ventanal…

Nina lo miró con tristeza.

—Tiene un valor incalculable… pero hazlo. Prefiero no verlo.

Chase sacó la piqueta y se apresuró a alcanzar el borde de la cornisa que daba al ventanal. Miró atrás. Nina hizo una mueca y apartó la vista. Chase

aprovechó el momento para golpear el cristal con la piqueta. El cristal tintado estaba ya quebradizo a causa del tiempo y el frío, y se rompió fácilmente; el armazón de oro le costó algo más, y necesitó varios golpes para poder doblarlo lo suficiente.

Trepó hacia la abertura y fue a aparecer sobre los amplios hombros de ángulos rectos de la estatua. El hielo cubría la piedra y los adornos dorados.

—¿Podemos ir ya? —le gritó Nina.

—Sí, adelante. Pero no resbaléis. —Ahora que estaba allí arriba, Chase reparó en que el brazo izquierdo de la estatua, alzado como si estuviera ofreciendo algo, no estaba inclinado en un ángulo tan pronunciado como supuso en un primer momento. Quizá fuera posible bajar por él… aunque seguirían teniendo que decidir qué hacer luego. La mano de la estatua estaba al menos diez metros por encima del suelo.

Nina rodeó la cornisa. Chase regresó hacia la ventana para ayudarla a cruzar, y después esperó mientras Sophia transitaba por la estrecha vía.

—Vale —dijo cuando llegó hasta él—, todavía estamos a veinte metros de altura, y sin cuerdas. Agradecería sugerencias. Aunque sean absurdas.

Nina se arrodilló para mirar sobre los hombros de la estatua el colgante dorado que llegaba hasta la mitad de su torso.

—¿Bastaría esto para sostenernos? Si pudiéramos bajar por uno de los contrapesos, quizá podamos dejarnos caer. Parece que hay una cornisa alrededor de la cintura, donde está el cinturón.

Chase se asomó.

—Tendríamos que saltar casi tres metros, y la cornisa no parece demasiado ancha. Y aún nos quedaría bastante camino.

Sophia proyectó el haz de su linterna por la espalda de la estatua.

—Eddie, por aquí la estatua está bastante cerca del muro. Quizá podamos bajar como si fuera una chimenea.

Chase fue hacia allí y lo comprobó. Efectivamente, parecía que sería posible descender pegando la espalda contra la estatua y estirando las piernas para controlar el descenso, pero había un problema.

—Sí, quizá nosotros podamos —dijo—, pero Nina no.

—¿Qué? —protestó Nina—. ¿Así que ella de repente es una escaladora profesional y yo no?

—No es eso, pero te dispararon en la pierna hace cuatro meses —replicó Chase—. Puede que pienses que ya estás bien porque no te duele, pero si intentas descender de esa manera, forzarás mucho la pierna, y si el músculo falla, se acabó, te caerás. Necesitamos encontrar otra manera. —Centró su

atención de nuevo en el brazo izquierdo estirado. La palma de la mano, vuelta hacia arriba, era casi plana, y no estaba demasiado lejos del muro del templo, donde había una de aquellas altas y estrechas ventanas… además de una cornisa justo debajo de ella.

Nina también la había visto.

—¿Cuánto hay que saltar?

—Dos metros, puede que algo más. —Chase trató de visualizar el exterior del templo. Había cornisas similares que rodeaban el edificio por fuera, bajo cada hilera de ventanas, y al mismo nivel que las partes superiores de los contrafuertes—. Si logramos saltar hacia la ventana, ¡podremos deslizarnos por esos apoyos hacia fuera!

—Si es que llegamos hasta la mano —dijo Sophia, mientras contemplaba la ruta con incertidumbre. El hombro tenía una gruesa capa de hielo, y a excepción de un par de bandas metálicas que rodeaban el brazo y la muñeca, la estatua apenas ofrecía asideros de ningún tipo.

—Iré yo primero —dijo Chase. Caminó con cuidado sobre el hombro de la estatua. El hielo crujió bajo su peso. Se puso a gatas y giró para bajar por el brazo con los pies por delante.

La primera banda dorada estaba apenas un metro y medio más abajo. La utilizó para apoyar los pies y descendió hasta que fue capaz de aferrar el borde metálico y continuar bajando. Había una hendidura en el codo de la estatua, que se había llenado de hielo; tanteó con los crampones de las botas sobre ella hasta que logró encontrar asidero.

Aunque le aterrorizaba que pudiera caer, Nina no podía apartar la vista; de repente oyó un sonido a su espalda.

—¡Eddie —gritó, consternada—, están en la biblioteca!

Chase asintió y continuó el descenso. El antebrazo ofrecía menos superficie de agarre; no solo era más estrecho que la parte anterior, sino también más largo, puesto que las proporciones estilizadas no eran las mismas que las de un cuerpo humano. La banda que rodeaba la muñeca estaba casi tres metros por encima del codo, y no había ninguna protrusión a la que pudiera sujetarse.

Puso las manos sobre la fría roca, con los dedos extendidos para maximizar la superficie de agarre, y se dejó caer con cuidado. Tanteó con las botas para ver si notaba la banda dorada. Sin suerte. Miró abajo y vio que queda algo menos de medio metro.

No tenía elección; había que seguir adelante. Bajó una mano, después la otra, y las movió lentamente, cada vez un poquito más…

Su mano izquierda resbaló.

Se deslizó por el brazo de la estatua sobre su estómago, tratando de aferrarse a algo, pero no encontró más que hielo. En lugar de eso, extendió los brazos e intentó rodear con ellos la piedra, mientras sus botas trataban de clavarse en algo. Notó cómo rodaba más allá del borde…

Sus pies golpearon la parte superior del enorme brazalete. Rodeó con los brazos la estatua y detuvo su caída; el corazón le latía a toda velocidad. Se sacudió de costado hasta que estuvo de nuevo sobre el brazo, y después descendió hacia la mano de piedra.

—¡Eddie! —gritó Nina—. ¿Cielos, estás bien? ¡Eddie!

—Estoy bien, estoy bien —jadeó Chase, poniéndose en pie lentamente—. Solo hay que tener cuidado en la última parte. —Miró hacia la ventana más próxima, una hendidura vertical de azul retroiluminado. Estaba más lejos de lo que le pareció en un primer momento, pero era factible alcanzarla.

Alzó la piqueta.

—Vale, voy a probar. Si lo consigo, romperé la ventana para poder atravesarla y recogeros desde el otro lado. Si no… —Echó un vistazo al suelo perdido en la penumbra—, espero caer de cabeza, porque desde esta altura me partiría las dos piernas.

—Gracias por tranquilizarnos de una manera tan gráfica, Eddie —dijo Sophia.

Nina se llevó la mano inconscientemente al colgante mientras Chase se preparaba para realizar el salto, y solo reparó en lo que estaba haciendo cuando no pudo tocarlo, puesto que estaba oculto bajo varias capas de ropa. Esperando que el pensamiento fuera suficiente, contuvo el aliento y observó mientras Chase se disponía a saltar, con la piqueta en alto, dando un paso atrás…

Y saltando por encima del hueco.

Chase balanceó la piqueta justo antes de aterrizar sobre la estrecha cornisa, y rompió el cristal. Meneó la herramienta, tratando de engancharla a algo seguro. El plomo se dobló y el cristal se rompió; uno de sus pies resbaló de la cornisa cuando perdió el equilibrio y cayó hacia atrás…

Un áspero crujido de metal sobre piedra. La piqueta encontró el marco de la ventana. Con el brazo tenso por el esfuerzo, Chase se enderezó, recobró el equilibrio y atravesó el ventanal roto con la mano, que aferró el marco. Usó la piqueta para apartar más trozos de cristal, y dobló el armazón hasta que el hueco fue lo bastante grande como para atravesarlo.

Asomó la cabeza para asegurarse de que realmente había una cornisa fuera. Respiró aliviado cuando la vio. Uno de los contrafuertes se curvaba al alejarse hacia el suelo unos pocos metros a su derecha.

Consternado, reparó también en unas figuras que descendían rápidamente por el pozo que había creado el segundo quemador. La Alianza estaba llegando desde dos direcciones, puede que incluso tres si también estaban usando el pozo que Trulli había excavado; Nina, Sophia y él mismo estaban rodeados.

Espoleado por lo que acababa de ver, regresó y se asomó al templo por el alféizar.

—¡Vamos! —gritó, cuando vio que Sophia ya estaba descendiendo—. ¡Salta y te cogeré!

Sophia alcanzó la mano sin demasiados problemas. Mirando a los ojos de Chase fijamente, efectuó el salto, y aterrizó sobre la cornisa; un salto casi perfecto. Chase la sostuvo por los brazos y no la soltó hasta que recuperó por completo el equilibrio. Después se hizo a un lado para que Sophia pudiera salir.

—Espérame ahí arriba —dijo, señalando el contrafuerte. Regresó al ventanal mientras Sophia rodeaba la cornisa—. Vale, Nina. Haz lo que yo he hecho. No, espera, haz lo mismo que ha hecho Sophia, y baja por el brazo. Yo tuve que improvisar un poco.

Nina esbozó una débil sonrisa y caminó sobre los hombros de la estatua.

No llegó a alcanzar siquiera el brazo.

El hielo que rodeaba la piedra, debilitado por las pisadas de Chase y Sophia, se despedazó. Nina se tambaleó, tratando de recuperar el equilibrio, y en ese mismo instante sintió un punzante dolor en el músculo de su muslo derecho por el sobreesfuerzo. Su rodilla se dobló. Cayó fuertemente de costado, jadeando aterrorizada en busca de cualquier cosa que pudiera evitar que cayera por el borde…

No había nada.

Se deslizó por el torso de la estatua y se precipitó a una caída letal.

26

—¡Nina! —gritó Chase.

Nina golpeó uno de los largos contrafuertes rectangulares del colgante.

Y logró aferrarse a él.

Pero no detuvo su caída. El metal era demasiado delgado para soportar su peso, y se dobló a lo largo del frontal de la estatua. Nina se detuvo al golpear una protrusión tallada.

El contrafuerte se partió. Nina cayó…

Sus pies golpearon el cinturón bañado en oro. A pesar del intenso dolor que sentía en las piernas, tuvo la serenidad suficiente para lanzarse de espaldas sobre el amplio estómago de la figura, y se derrumbó en la pequeña cornisa de su cintura. El pedazo de contrafuerte roto cayó junto a ella, golpeando el suelo del templo con estrépito.

Chase contempló toda la escena horrorizado, y vio que Nina torcía el gesto a causa del dolor.

—¡Espera ahí! —gritó—. ¡Ya voy!

Comenzó a trepar por la ventana, pero Sophia le agarró del brazo.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Tú qué crees?

—Aunque logres trepar por el brazo, ¿cómo piensas llegar hasta ella?

—¡Ya se me ocurrirá algo! —Trató de atravesar de nuevo el ventanal.

Sophia puso el brazo ante el marco, impidiéndole el paso. Chase torció el gesto, enojado.

—Si no te apartas, te tiro por la cornisa.

Sophia sabía que lo decía en serio, pero no se movió.

—Eddie, la Alianza estará aquí en cualquier momento. Deben de haberlo oído. Si nos cogen, nos matarán a todos.

—¡No puedo dejarla ahí!

—Tampoco puedes llegar hasta ella. Eddie, ¡tenemos que irnos!

Furioso, impotente, miró a Nina, que había logrado incorporarse hasta quedar sentada y se llevaba las manos a la pierna.

—¡Nina! —gritó—. Si puedes…

Un ruido por encima de sus cabezas: cristal rompiéndose. Un hombre con uniforme de camuflaje para la nieve estaba usando la culata de su rifle para ensanchar el orificio del ventanal que quedaba tras la estatua.

Se agachó, miró a ambos lados y vio a Chase, más abajo…

Chase apartó a Sophia de un empujón y saltó de costado cuando el soldado de la Alianza abrió fuego. Las balas fueron a impactar en la piedra que les rodeaba e hicieron estallar lo que quedaba del ventanal. Después los disparos cesaron; Chase se arriesgó a echar un vistazo, y vio a otro hombre trepando a la estatua antes de verse obligado a refugiarse de nuevo de una segunda ráfaga de disparos.

—¡Eddie, vamos! —ordenó Sophia, dirigiéndose hacia el contrafuerte—. Si no nos vamos ahora mismo, ¡no podremos salir de aquí!

—¡Joder! —rugió Chase, golpeando con el puño cerrado el muro. Sabía que Sophia estaba en lo cierto, pero eso no le servía de consuelo. Y si intentaba gritarle algo a Nina, aunque fuera para asegurarle que regresaría a por ella, los soldados de la Alianza descubrirían dónde se encontraba.

Y la matarían.

Consternado, siguió a Sophia hacia el contrafuerte. La rubia estaba sacando ya los pies por el borde. Se dejó caer.

El contrafuerte era lo bastante ancho como para que Sophia no cayera por un costado, pero así y todo no pudo reprimir un chillido al caer y resbalar sus botas en la piedra congelada. La pendiente era menos pronunciada a medida que descendía, pero Sophia aún se desplazaba a gran velocidad cuando llegó a la base; salió disparada por el borde y cayó de bruces en el duro suelo. Se detuvo y quedó inmóvil por unos segundos, antes de hacerle una seña un tanto aturdida a Chase.

Con un último vistazo hacia el ventanal, Chase saltó tras ella.

Escarpados bloques de hielo rasgaron sus ropas cuando se precipitó contrafuerte abajo como si estuviera descendiendo en *bobsleigh*, aunque sin trineo. Trató de frenar su caída con los pies, pero no logró encontrar asidero, y seguía ganando velocidad cuando alcanzó la base…

Pero cuando sobrepasó el extremo del contrafuerte, se convirtió en un proyectil volador por unos instantes, antes de golpear el suelo de culo y llevarse un buen golpe en la espalda. Rebotó sobre la superficie helada en una

nube de cristales de hielo y se deslizó de espaldas unos metros antes de detenerse.

—¿Estás bien? —preguntó Sophia, dirigiéndose no sin dificultad hacia él.

—Sí —gruñó Chase mientras se ponía en pie. Le dolían los músculos y sentía alfileres al rojo en muchas partes de su cuerpo, pero no parecía tener nada seriamente dañado. Vio el trineo cerca—. Vamos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Sophia—. ¡Si vuelves ahí dentro, te dispararán antes de que des un paso!

—Ya lo sé. Por eso no voy a volver, hasta que consiga un arma. Si Nina guarda silencio, puede que no la vean y se marchen. —Alcanzó el trineo y cogió una cuerda—. Luego podré volver y subiré a por ella.

—No tendremos tiempo —insistió ella—. ¿Y de dónde vas a sacar un arma?

Oyeron un grito procedente de la ciudad, donde otro hombre de blanco había aparecido tras un edificio. Los había visto.

—Esta bastará.

—¡Me parece que todavía está usándola! —le advirtió Sophia mientras el soldado apuntaba. Aparecieron otros tras él. Chase reconoció el rostro barbudo de Zamal entre ellos.

—Vale, cambio de planes. —No había ninguna cobertura decente cerca, y regresar al interior del templo los dejaría a merced de los soldados que ya estaban allí. De modo que Chase agarró a Sophia del brazo y saltó con ella al trineo—. ¡Agárrate!

Dio una patada al suelo y el trineo comenzó a descender colina abajo por el camino que dividía en dos la ciudad.

Los hombres de Zamal abrieron fuego, y las balas hicieron saltar trozos de hielo alrededor de Chase y Sophia, pero tendidos sobre el trineo no presentaban un blanco fácil, y la cosa no mejoró cuando comenzaron a ganar velocidad.

—¡Cogedlos! ¡Cogedlos! —gritó Zamal, al tiempo que fijaba su fusil de asalto en fuego automático y trataba de no perder de vista el trineo en su vertiginosa huida.

Fragmentos de hielo afilados golpearon el rostro de Chase cuando una hilera de impactos de bala se dibujó en el hielo a su lado. Las balas se aproximaban cada vez más a medida que el árabe mejoraba su puntería, y de hecho un disparo fue a impactar justo por debajo de él al atravesar el espacio entre el trineo y su piloto.

Cruzaron el arco y dejaron atrás los primeros edificios, que bloqueaban la línea de fuego de Zamal. Chase miró adelante. La senda llegaba hasta el otro extremo de la ciudad, y hacia el pozo de drenaje practicado en la presa. Su ruta de escape.

Pero eso significaría abandonar a Nina, y no estaba preparado para hacer eso.

—¡Eddie! —gritó Sophia. Había otro grupo de soldados de la Alianza delante de ellos. Debían de haber llegado por el pozo original, y atravesaban ahora la ciudad para reunirse con sus camaradas.

Una de dos; o habían visto el trineo, o Zamal los había avisado por radio. En cualquier caso, se estaban colocando en línea a lo largo del camino, preparándose para disparar…

Chase sacó una pierna por el borde del trineo y hundió la bota en el hielo. El trineo dio un bandazo y estuvo a punto de volcar. Levantó el pie y el trineo cambió de rumbo, esta vez de camino a uno de los senderos laterales.

Hubo más disparos, y nuevos impactos estallaron a su alrededor cuando los soldados comprendieron que estaban a punto de perder de vista a su presa.

Algo se rompió con un crujido de plástico desmenuzado. Una pieza del equipo que llevaba consigo el trineo recibió un balazo que iba dirigido a Chase. El telémetro láser le había salvado la vida.

Pero no tuvo tiempo para recrearse en su buena fortuna. Alcanzaron la carretera lateral; un muro abovedado la bloqueaba más adelante. Sacó ambos pies, tratando de frenar el trineo, y después levanto una pierna para hacerles rodear el obstáculo.

Demasiado rápido…

El trineo golpeó la base del muro abovedado en una lluvia de cachos de hielo, se venció y se inclinó peligrosamente hacia un lado antes de caer de nuevo al suelo con violencia. El cilindro de gas se llevó un buen impacto y golpeó la pierna de Chase, aunque estaba bien atado.

Con ambos pies sobre el hielo, Chase logró frenar un tanto el trineo. Más allá de los edificios que había delante, podía ver una neblina turbia elevándose hacia el techo: el vapor de la chimenea volcánica del hipogeo.

Vio un camino que se internaba entre los grupos de casas y se dirigió hacia allí. El sendero era estrecho, pero se ensanchaba más adelante…

Sobre una grieta.

—¡Mierda! —jadeó Chase. Hundió los pies con tanta fuerza como pudo en el hielo, y Sophia hizo lo mismo. El trineo se sacudió, y se frenó, pero no lo bastante—. ¡Rueda!

Se tiró a la izquierda y Sophia a la derecha al mismo tiempo que el vehículo salía disparado sobre el risco, estampándose en el suelo helado tres metros más abajo. Chase golpeó un montón de madera rota; giró sobre sí mismo y dobló las piernas para absorber el impacto. La madera se despedazó junto con su prisión de hielo, y volaron pedazos por todos lados al mismo tiempo que Chase se detenía por fin en el mismísimo borde de la grieta.

Sophia no tuvo tanta suerte.

Nada podía frenar su caída; chilló mientras se precipitaba por el borde…

Una mano aferró un bloque grueso de hielo. Logró detener su inercia… y el hielo se partió. Buscando desesperadamente un asidero que no existía, cayó, desprendiéndose por una rocosa ladera.

Chase apartó la madera de una patada y miró hacia abajo. Sophia yacía en el fondo de la grieta, y se llevaba las manos a un costado. Descendió a toda prisa el pequeño risco y saltó el último metro para aterrizar junto a ella.

—¿Sophia? ¿Estás bien? —preguntó. Habían dado a parar bastante cerca del hipogeo; miró hacia el sendero en busca de cualquier miembro de la Alianza. No había nadie aún, pero no les llevaría mucho tiempo encontrarlos…

—No lo sé. —Sophia trató de incorporarse—. ¡Joder, cómo duele!

A menos que le abriera el abrigo en busca de huesos rotos, Chase no tenía manera de saber si estaba realmente herida o solo muy dolorida, y la verdad es que tampoco tenía tiempo para detenerse a hacerlo.

—Tienes que levantarte. No tardarán.

—No creo que pueda. —Chase se puso en pie; el rostro de Sophia pareció genuinamente asustado a causa del dolor—. ¡Eddie, no me dejes, por favor!

—No iba a hacerlo. —Extendió ambas manos—. Solo voy a tirar de ti. Te dolerá, pero… bueno, más dolería una bala. ¿Lista?

Sophia torció el gesto cuando puso sus manos en las de Chase.

—Lista.

La puso en pie. Sophia dejó escapar un pequeño gemido ahogado, y se llevó de nuevo las manos al costado derecho. Chase se colocó a su izquierda y soportó su peso.

—Te tengo. Vamos.

—¿Adónde?

—Buena pregunta. —Un haz de luz procedente del pozo que tenían encima recortaba el aire, y el cable del cabestrante seguía colgando del techo, pero aunque Sophia estuviese en condiciones de trepar, nunca alcanzarían el techo congelado antes de que les dispararan. Tendrían que usar el pozo de

drenaje, por tanto, pero eso planteaba otro problema: era recto, y serían un blanco perfecto. ¿Había alguna manera más rápida de atravesarlo?

Miró el trineo volcado, pero la idea que comenzaba a formarse en su mente fue ahuyentada por un grito. Los habían visto. Un hombre hacía señas a sus camaradas desde la vía principal; después corrió hacia Chase y Sophia.

Chase no podía regresar colina arriba cargando con Sophia. De modo que se dirigieron tan rápido como pudieron hacia el hipogeo.

Nina se encogió aún más sobre sí misma, tratando de acurrucarse entre las sombras tanto como le fuera posible. Los disparos habían cesado fuera, y había oído fragmentos de mensajes procedentes del *walkie-talkie* de uno de los soldados de arriba; la frustración en la voz de Zamal sugería que Chase y Sophia habían huido, al menos por el momento.

Pero eso no le servía de ayuda. No podía pensar siquiera en tratar de bajar hasta que los soldados de la Alianza se marcharan; y, muy al contrario, parecía que cada vez llegaban más. Oyó un tenue crujido de cristal sobre su cabeza: alguien más acudía a través del ventanal. Hablaba en alemán, y Nina reconoció su voz: Vogler. Estaba lo bastante familiarizada con el idioma para comprender que no habían encontrado nada… y después sintió cómo se le helaba la sangre al oír su propio nombre.

Estaban buscándola a ella.

La voz de Ribbsley resonó por todo el pozo.

—¿Qué está haciendo ahí? Tenemos que buscar en la biblioteca. ¡Que les persigan Zamal y Hammerstein!

—Solo Chase y Blackwood lograron salir del templo —dijo Vogler, pasando al inglés para dirigirse al profesor—. Pero aquí veo tres pisadas. O la doctora Wilde regresó a la biblioteca… o todavía está aquí.

Nina contuvo el aliento cuando el haz de una linterna iluminó el suelo junto a ella, apenas a centímetros.

—No ha caído al suelo —continuó Vogler, desplazando el haz de la linterna por el contrapeso roto—. Pero parte de la estatua sí cayó. Me pregunto si…

Nina oyó un crujido de hielo cuando Vogler caminó sobre los hombros de la estatua; varios pedazos de hielo cayeron a su lado. El haz exploró lentamente el gigantesco torso de la estatua, hasta llegar a su cintura, acercándose cada vez más a ella a medida que Vogler se asomaba despacio…

Tocó su pierna.

Trató de apartarla, pero no tenía más espacio.

—Ahí está.

Dejó escapar un suspiro aterrorizado cuando más bloques de hielo cayeron a su lado; Vogler recorría el brazo estirado de la estatua. Por un instante se aferró a la posibilidad de que tropezara y cayera igual que le había ocurrido a ella, pero no perdió el equilibrio, sino que se deslizó y aferró al ángulo del codo. Miró a Nina.

—No parece estar muy cómoda, doctora Wilde.

—¿Le apetece cambiarme el sitio? —dijo ella, tratando de ocultar su miedo.

Resonaron pisadas en el templo, más abajo: Zamal y sus hombres habían llegado. Zamal contempló la estatua, impresionado muy a su pesar, antes de reparar en Vogler. ¿Qué estás haciendo ahí arriba?

—Creía que ibas a ir tras Chase y Blackwood —dijo Vogler.

—El judío y sus hombres están más cerca… —Zamal guardó silencio cuando comprendió que Vogler no era la única persona sobre la estatua—. ¡La has encontrado!

—Sí. Y puede que hubiéramos encontrado también a Chase y Blackwood si hubieras ido a ayudar a Hammerstein.

Zamal pasó por alto el comentario.

—¿A qué estás esperando? ¡Mátala!

—Sí —dijo Ribbsley, al tiempo que atravesaba el ventanal—. Ya la ha encontrado, ¿a qué vienen tantos escrúpulos? —Continuó, mordaz—: Estaba dispuesto a matar a Sophia sin dudarlo un segundo.

Vogler lo miró severamente.

—Puede que no tenga prisa por asesinar a una mujer desarmada e indefensa.

—En ese caso —replicó Zamal—, has elegido la profesión equivocada. —Alzó su rifle—. Lo lamento, doctora Wilde. Al contrario que ciertos miembros de la Alianza, yo no disfruto con esto. Pero debe hacerse.

—Asesináis a inocentes solo para proteger vuestro secreto —dijo Nina—. No creo que Dios lo apruebe.

—Somos un mal necesario —respondió Vogler, casi lastimeramente—. Aceptamos la carga de nuestros pecados, y nos responsabilizaremos por ellos cuando llegue el momento. —Alzó su arma.

—Y no un secreto cualquiera. —Nina hablaba con mayor rapidez a medida que su temor se incrementaba, pero se negó a dejarse dominar por él —. ¡El secreto del Jardín del Edén!

Vogler se quedó inmóvil. Zamal, desde abajo, la contempló atónito.

—¡Sí! —gritó Nina, comprendiendo que algo había cambiado—. Sí, conozco vuestro secreto. ¿Qué os parece eso? ¡Sé que estáis buscando el Jardín del Edén!

Siguió un silencio. Ribbsley fue el primero en romperlo, con voz repleta de burlón sarcasmo:

—Doctora, doctora. No podía haber dicho nada peor que eso. Ahora tendrán que matarla a la fuerza.

—Oh. —La falsa esperanza de Nina se desvaneció cuando vio la expresión en el rostro de Vogler, que confirmaba las palabras de Ribbsley—. Pues… vaya mierda.

Apuntó…

—¡Pero sé cómo encontrar el Jardín del Edén! —gritó Nina al tiempo que cerraba los ojos fuertemente, esperando que la única respuesta fuera un disparo, un dolor cegador, y después nada en absoluto…

Silencio.

Abrió con cuidado un ojo y vio a Vogler aún apuntándola con su arma. Parecía pensativo.

—¡Dispárale! —gritó Zamal.

—Espera —ordenó Vogler. Miró a Nina fijamente, tratando de descubrir si mentía—. Explíquese.

Se le había secado la boca.

—Hay… hay un mapa —dijo Nina—. Allí arriba, pasada la biblioteca. Muestra la historia de los veteres, cómo se expandieron por todo el mundo. Pero no os ayudará a encontrar el Edén. Destruimos esa parte.

—En ese caso, está perdiendo el tiempo —dijo Ribbsley—. Vogler, acabe con esto.

—Lo he memorizado. Sé dónde está. —Nina observó a Vogler, esperando que su mirada desafiante sirviera para camuflar su miedo—. Eddie y Sophia también lo saben. Si escapan, y lo harán, lo encontrarán. Se lo mostrarán al mundo entero.

—No tienen ninguna posibilidad de escapar —dijo otra voz. Callum. El hombre del pelo blanco estaba también sobre la estatua.

—No es la primera vez que alguien dice eso de Eddie. ¿Y sabe qué? Siempre se equivocaron.

—Esta vez no.

Vogler, por su parte, no parecía tan convencido.

—¿Podemos correr ese riesgo? Deberíamos averiguar qué sabe ella.

—No —dijo Zamal—, ¡deberíamos matarla y punto! —Alzó su rifle.

Vogler levantó una mano.

—Esta es una decisión que debe tomar el Triunvirato.

Zamal se puso rojo de rabia.

—¿Qué?

—Chase y Blackwood no pueden escapar —añadió Callum—. Puede matarla.

—He solicitado una decisión del Triunvirato —dijo con firmeza Vogler —. El procedimiento exige que se realice un voto. Aceptaré la decisión, pero hasta que se haya tomado, seguirá con vida.

Zamal resopló enojado.

—Está perdiendo el tiempo —dijo Callum.

—Es mi tiempo y puedo perderlo si quiero. —Vogler sacó su radio—. Hammerstein, aquí Vogler. He solicitado un voto del Triunvirato. Necesito que te reúnas con nosotros.

—Ahora estoy ocupado —fue la sarcástica respuesta; el israelita parecía estar corriendo—. Blackwood y Chase acaban de entrar en un edificio. Vamos a ir tras ellos.

—Entonces llámame cuando hayan muerto. Corto. —Vogler se giró hacia los hombres de arriba—. Bajad una cuerda.

Nina no podía hacer más que esperar a que la capturaran.

27

Chase y Sophia cruzaron a todo correr un puente sobre el hipogeo congelado. Sophia seguía sintiendo fuertes dolores, pero la adrenalina la había obligado a no bajar el ritmo, puesto que el soldado de la Alianza los seguía de cerca. Echó una mirada atrás.

—No lo veo —dijo.

—Él sí que nos verá —dijo Chase lúgubremente. Las pasarelas elevadas y las garitas de guardia les proporcionarían cierta cobertura, pero sus pisadas los delatarían, puesto que aplastaban y deformaban la uniforme capa de hielo a cada paso que daban.

A menos que lograran encontrar algún lugar que no estuviera cubierto por el hielo. Cuanto más profundamente descendían al hipogeo, más agua se derramaba sobre sus cabezas allí donde el vapor humeante derretía el techo de la caverna. Había empeorado desde que estuvieron allí la primera vez, y la llovizna se convertía en algunos puntos en un verdadero chaparrón. De vez en cuando, además, una sacudida les indicaba que no solo caía agua, sino también pedazos de hielo. Eran aún pequeños, pero crecerían en tamaño a medida que la capa de agua helada se consumiera.

Llegaron a una intersección. Chase vio pisadas. Tres pares: las suyas, las de Sophia y las de Nina.

—Ya hemos venido por aquí.

—¿Eso es bueno?

—Eso espero. —Trató de orientarse y fue hacia la izquierda, mirando atrás.

Hubo un destello blanquecino entre el gris y el azul. El soldado había entrado al hipogeo.

—¡Abajo! —dijo Chase, tirando de Sophia al mismo tiempo que se echaba al suelo. Una bala impactó en el muro a su lado; otra silbó por encima

de su cabeza. Sin embargo, las paredes eran lo bastante altas para protegerlos. Un tercer disparo impactó en la piedra, y después Chase oyó el lejano crujido del hielo cuando el soldado echó a correr hacia ellos.

Alcanzaron la garita; el interior en penumbra seguía estando tal y como Chase lo recordaba, incluyendo el objeto que colgaba del muro.

—Vale, tú agáchate ahí y mantén la cabeza baja —dijo, señalando la otra salida y soltando a Sophia.

Ella contuvo un gruñido, sin dejar de aferrarse el costado.

—¿Qué vas a hacer?

Chase tiró del látigo enrollado; la capa de hielo se quebró al soltarse.

—Convertirme en Indiana Jones, como siempre soñé.

—¿Quieres ser un pensionista gruñón?

—Tú haz lo que te digo —dijo Chase, sosteniendo el mango del látigo con una mano mientras con la otra retiraba el hielo restante. Con suerte, el frío del lago habría evitado que el cuero se deteriorara en exceso.

Regresó a la salida mientras Sophia se acurrucaba en el umbral. Las pisadas se aproximaban… y después se frenaron; el soldado caminaba ahora con cautela al acercarse a la garita. Una luz se encendió, una mirilla láser pequeña pero potente colocada sobre el cañón de su ultramoderno y ligero rifle de asalto Tavor, o TAR-21, que exploraba las sombras.

Chase se enderezó cuando el soldado se acercó. El círculo de luz cayó al suelo, mezclándose con las pisadas de botas en el hielo. Se movió a un lado, reveló que no había más pisadas en esa dirección, y regresó. Chase retiró lentamente el brazo; el látigo crujió. El soldado se estaba alejando hacia el otro extremo de la puerta para tener una mejor perspectiva y poder apuntar mejor.

Chase solo tendría un instante para reaccionar cuando entrara en su campo de visión…

Otra pisada; el hielo crujió bajo las botas del soldado. Estaba justo afuera. El haz de la mirilla se deslizó al interior, acercándose a Chase. Otro paso. Más cerca…

El arma fue visible al fin, y la intensa luz cegó los ojos de Chase…

El látigo restalló, y su punta rodeó el cañón del rifle. Chase pareció casi tan sorprendido como el soldado de que hubiera funcionado, pero él tardó menos en reaccionar, y tiró del látigo tan rápido como pudo para arrebatarle el arma de las manos. El rifle voló por los aires, librándose del látigo y deslizándose sobre el suelo helado hasta terminar lejos de ambos.

Chase retiró el brazo para atacar de nuevo, pero el soldado buscaba ya su arma corta. El inglés soltó el látigo y cargó.

El hombre desenfundó el revólver al mismo tiempo que Chase lo derribaba de un placaje y lo estampaba con fuerza contra el muro. La pistola salió disparada. Chase le propinó un fuerte puñetazo en el estómago, pero las múltiples capas de acolchado de su ropa absorbieron el impacto.

Trató de golpear la cabeza desnuda del soldado, pero en lugar de eso encajó una patada de karate en el hombro. Dio un paso atrás…

Y resbaló. Antes de que pudiera recuperar el equilibrio, el soldado de la Alianza lo golpeó en el pecho. El abrigo amortiguó el impacto, pero fue suficiente para hacerlo caer de espaldas al suelo.

El soldado levantó el pie para aplastar con su bota de púas el rostro de Chase…

Una luz repentina recorrió la estancia y se detuvo en la entrepierna del soldado.

Que estalló, salpicando a Chase de sangre; Sophia había disparado con el TAR-21 a la ingle del hombre, que retrocedió aullando horriblemente. Sophia hizo una mueca de disgusto, no por la sangre, sino por el ruido, antes de dispararle de nuevo entre los ojos. A tan corta distancia, la fuerza del impacto bastó para volarle la parte trasera del cráneo entera, y su capucha albergó por un instante media cabeza antes de que se derrumbara.

Chase miró a Sophia mientras se limpiaba la sangre del rostro. El rifle seguía en sus manos, y la expresión en su rostro era indescifrable. Contuvo el aliento. Y después…

Sophia giró el arma, ofreciéndosela.

—Como ya te he dicho, tengo más posibilidades de sobrevivir contigo que sin ti. Levántate, Eddie. Los compañeros de este no tardarán en llegar.

Chase se incorporó y le arrebató el TAR-21 de las manos.

—¡Joder, Sophia! ¡Le has disparado en las pelotas!

—¿Por qué te quejas? Funcionó.

—¡Dispararle en el pecho habría sido más rápido! ¿Por qué no lo hiciste?

Sophia sonrió maliciosamente.

—Curiosidad.

—Sadismo, más bien. —Chase reparó en la pistola que yacía a la entrada de la garita y la recogió. Luego se la guardó en el bolsillo.

Y vio algo más: más hombres de blanco corrían por el hipogeo; habían oído los disparos.

Chase alzó el rifle y apuntó el punto rojo del centro de la mirilla circular hacia el soldado más próximo. Apretó el gatillo dos veces; usó el primer disparo para calibrar el retroceso de esa arma desconocida antes de compensar instintivamente y mejorar su puntería con el segundo. Otro punto rojo, este más oscuro, se abrió en el torso de su blanco. El soldado cayó. El que iba detrás de él comprendió que su presa ya no estaba indefensa y trató de parapetarse tras las estructuras del hipogeo, pero Chase descargó otros tres disparos rápidos, el último de los cuales le impactó en la cabeza.

Sin embargo, tras aquellos acudían más soldados, que rápidamente se cubrieron tras los pedazos de piedra.

Chase regresó al interior de la garita.

—Ve por ahí —dijo, señalando la puerta del otro extremo—. ¡Vamos, vamos! —Mientras Sophia echaba a correr, Chase se detuvo junto al cadáver en busca de munición extra, pero no vio nada. Probablemente la guardaba en la mochila, y no tenía tiempo para pararse a buscarla. En lugar de eso, corrió tras Sophia y, sobre su cabeza, mientras salía, cayeron gotas de agua.

Hammerstein contempló a los dos soldados caídos, y la furia hizo retroceder por un instante las comisuras de sus labios. Los conocía desde hace tiempo, los había entrenado, habían estado a sus órdenes en muchas operaciones para la Alianza… y ahora estaban muertos, cazados en una emboscada sorpresa. Lo que significaba que el tercero de sus hombres también estaba muerto; nunca habría permitido que le arrebataran su arma mientras le quedase aliento.

Asomó la cabeza un instante por encima del parapeto, y al ver que Chase había huido, se giró hacia los dos miembros restantes de su equipo; al igual que sus difuntos camaradas, eran antiguos miembros de las Fuerzas Armadas israelíes del Mosad, fieles creyentes en la causa de la Alianza. Y, al igual que Hammerstein, buscarían venganza. Ojo por ojo.

Pero con cautela. Habían subestimado a Chase; puede que hubiera dejado el servicio militar activo unos años atrás, pero era evidente que no había perdido práctica.

Hammerstein escupió la colilla de su puro y alzó el rifle, un Tavor negro de aspecto francamente amenazante igual que los de sus hombres… aunque este tenía un añadido extra. Bajo el cañón descansaba el ancho tubo de un lanzagranadas M203 de 40 mm. Lo cargó y tiró del cañón deslizante hasta oír un clic.

—Los quiero muertos —siseó.

Chase alcanzó rápidamente a Sophia.

—¿Acabaste con ellos? —preguntó ella.

—Me encargué de dos, pero hay al menos tres más. ¿Qué tal tu herida?

—Todavía duele, pero creo que no tengo nada roto.

—Mejor, porque vas a tener que mantener el ritmo. No puedo cargar contigo y disparar al mismo tiempo.

—Tan compasivo como siempre. —Sophia incrementó el ritmo, apretando los dientes. El vapor humeante era cada vez más espeso, y riachuelos de agua caliente creaban canales a través del hielo en el pozo, más abajo—. ¿Tienes algún plan?

Chase señaló la nube de vapor.

—Si logramos despistarlos ahí dentro, podremos volver a por Nina. Después iremos al agujero de la presa y saldremos echando hostias.

—Eso no es un plan —protestó Sophia mientras cruzaban un puente—. Es un objetivo. Los planes suelen explicar cómo hacer las cosas, no solo esas mismas cosas.

—¡Dios, tan pedante como siempre! No has cambiado nada. Vale, el cómo es que vamos a matar a esos cabronazos de la Alianza y no vamos a dejar que nos maten. ¿Te gusta más así?

—Supongo que tendré que contentarme con eso. —Dejó escapar una débil risilla—. Esto me recuerda bastante al día en que nos conocimos, ¿no te parece?

—No empieces con eso… ¡mierda! —Chase apartó a Sophia de un empujón cuando un bloque de hielo del tamaño de su cabeza cayó del techo ante ellos. Otro pedazo mayor aterrizó en el canal de agua humeante que se había formado entre el hielo bajo el puente—. ¡Joder, por qué poco!

Sophia alzó la vista y se estremeció cuando gotas de agua fría cayeron sobre su rostro.

—¡Esto se está convirtiendo en un monzón!

—Espero que el techo aguante —dijo Chase. Comprobó a qué distancia estaban sus perseguidores—. ¡Mierda, ya vienen! ¡A correr!

Se refugiaron en otra garita. Chase miró por una de las altas ventanas. Los perseguían tres hombres, que avanzaban en una formación defensiva: dos de ellos tomaban posiciones para cubrir al tercero mientras aquel los adelantaba, y después el que había quedado más atrás repetía el ciclo.

Chase fue hacia la puerta situada a la derecha de aquella por la que habían entrado. A la izquierda estaba la zona semejante a la de un circo romano en la que había reparado antes, la extensión de hielo cubierta de trincheras entrelazadas de agua caliente. Sobre ella se elevaban nubes de vapor, lo bastante espesas para no permitir ver nada. Un puente sobre sus cabezas cruzaba un ancho pasaje dividido por dos profundos y serpenteantes canales de reluciente hielo, y por allí se elevaba más vapor. En el extremo más alejado del puente había un edificio algo más grande, colindante con el muro exterior del hipogeo.

—Si llegamos hasta allí, podremos salir y volver al templo.

Sophia negó con la cabeza.

—Si no han matado a Nina ya, la habrán capturado.

—Puede que no la hayan encontrado. Tengo que buscarla, y no quiero oír ni una puta palabra más sobre este tema —dijo cuando ella se disponía a protestar de nuevo—. Vamos a hacerlo y punto. —Retrocedió por el interior de la garita para ver a qué distancia los seguían, y después señaló el puente—. Vale, tú primero. Mantente agachada junto al muro, yo iré detrás de ti.

Sophia se arrodilló, pisando charcos. Chase miró a través de la estrecha ventana, pero no vio ni rastro de los soldados.

—Mierda —susurró; fue hacia la puerta y miró fuera. Ahora podía verlos: eran dos, y a ellos se sumaba un cañón oscuro que apuntaba hacia la garita por detrás de un muro; sobre él se inclinaba la capucha de uno de ellos, que estaba agachado.

Si el último soldado estaba avanzando, ¿dónde diablos estaba el que marchaba en cabeza?

Se inclinó algo más, tratando de encontrarlo…

El cañón del arma estalló. Chase dio un respingo hacia atrás cuando las balas impactaron en el muro de piedra que estaba tras él. Ya había visto lo bastante para saber que el tercer hombre no venía por la pasarela, lo que significaba que había cruzado la intersección hacia otro puente paralelo al que Sophia estaba atravesando.

Corrió hacia el otro umbral, al ver que Sophia había sobrepasado ya la mitad de la plataforma. Asomó la cabeza y vio por fin al tercer hombre. Estaba en el otro puente, arrodillándose tras el parapeto con su rifle en posición de disparo.

No estaba disparando balas. Chase reconoció el añadido bajo el cañón, y vio a Hammerstein inclinando el arma hacia arriba para trazar el arco perfecto.

—¡Sophia! —gritó—. ¡Granada! ¡Corre!

De un salto salió de su parapeto mientras giraba el rifle para apuntar a Hammerstein; Sophia saltó al mismo tiempo alejándose de las rocas…

Hammerstein disparó.

La granada salió disparada del cañón y fue a explotar contra el soporte central del puente.

Los veteres habían construido todo aquello para que resistiese la acometida de los elementos… pero no era a prueba de explosivos de gran capacidad. Escombros pulverizados salieron despedidos en todas direcciones, desperdigándose por el hielo.

El puente cayó.

Chase comenzó a disparar al mismo tiempo que el suelo se desplomaba bajo sus pies. Sintió el impacto de cientos de rocas que salieron despedidas a modo de metralla. Vio a Sophia de soslayo caer a uno de los canales, en el hielo, antes de que él mismo fuera a dar a otro de ellos, deslizándose impotente por su costado curvado y zambulléndose en el fondo.

Los restos del puente se derribaron tras él, bloqueando el canal. Se puso en pie trabajosamente. Hammerstein lo miraba desde el otro puente.

Su arma se movió…

Chase disparó primero. Hammerstein se agachó, sin dejar de gritar órdenes a sus camaradas. El inglés trató de trepar fuera del canal, pero los muros del hielo recientemente fundido eran demasiado resbaladizos.

No había manera de huir, ni de volver atrás. Estaba atrapado.

Hammerstein reapareció; otro soldado corría hacia él, con el rifle en alto…

Chase golpeó el hielo con los crampones de sus botas y se sumergió de cabeza en el canal, deslizándose casi sin fricción alguna, como si estuviera en un tobogán.

Multitud de balas atravesaron el hielo, levantando nubes de agua, pero no llegaron a alcanzarlo; estaba ya bajo el puente.

Con los brazos extendidos, y casi ciego por el agua que desplazaba en su descenso, Chase se deslizó canal abajo. Más adelante había una curva; la rodeó elevándose sobre el muro como un *bobsleigh* humano antes de amerizar de nuevo y seguir adelante. Nuevos soldados de la Alianza abrieron fuego desde el otro lado del puente; iban tras él, pero los disparos cesaron rápidamente cuando se perdió de vista tras el muro de hielo.

Otro canal cruzaba allí donde un afluente cálido había trazado su propio rumbo. Estaba llegando a un laberinto. Lo rodeaba el vapor por encima de su

cabeza, y las sombras; el pasaje lo había llevado por debajo de una de las secciones cubiertas del hipogeo.

El hielo se desvaneció de repente; el agua caliente había fundido todo hasta llegar a la piedra. Chase se detuvo en un charco de unos treinta centímetros de profundidad con una aparatosa salpicadura. Meneó el rifle para sacar el agua atrapada en su interior y se puso en pie. Se encontraba en una especie de cuenco circular en el hielo, cuya superficie se encontraba a unos tres metros de altura, inalcanzable sin ayuda. Además del canal que lo había traído hasta allí, había otros; el más amplio, que tenía piedra en su fondo en lugar de hielo, se llevaba el caudal de agua, mientras que la mayoría de los otros se encargaban de traerla hasta allí.

Uno de ellos, sin embargo, se había secado, y se distinguían reflejos cristalinos en su lecho. Parecía conducir de vuelta en la dirección aproximada del puente derribado, y por tanto de Sophia.

Salió chapoteando del estanque y echó a correr por el canal congelado.

Uno de los hombres de Hammerstein corrió hacia él.

—Malas noticias, señor. Le he perdido de vista.

Hammerstein contempló enojado el puente desplomado. Había visto a Sophia Blackwood tratando de saltar al mismo tiempo que se derrumbaba, pero había ido a caer en el extremo más alejado de los escombros, fuera de su alcance. Por el momento, era inalcanzable.

Pero no por mucho tiempo.

—Sígueme —dijo, trepando el muro y saltando al hielo que había más abajo. Después, descendió al canal más próximo—. Vamos a ir tras ellos.

A pesar del frío, Chase estaba sudando; el vapor llenaba por completo el oscuro canal de hielo. Supuso que el edificio grande era el lugar en el que emergía la chimenea volcánica; probablemente los veteres lo usaban para suministrar agua caliente a parte de la ciudad, una primitiva forma de calefacción central. A Nina le fascinaría aquello, pero Chase tenía preocupaciones más prosaicas.

Para empezar: ¿cómo diablos iba a salir de ese laberinto?

El canal se retorcía sin cesar, y nuevos canales se escindían de él para formar un confuso laberinto. Incapaz de orientarse ya por el techo de la caverna, no estaba seguro de si iba en la dirección adecuada para encontrar a

Sophia, ni siquiera de si el pasaje que estaba siguiendo llegaría a reunirse con el de ella. Chase había tratado de salir de allí trepando, pero una vez más las resbaladizas paredes le habían vencido.

Siguió adelante. En ciertos puntos los muros entre canales eran lo bastante delgados como para ser prácticamente transparentes: en otros, eran más como espejos, y repetían su imagen de manera inquietante a su alrededor. El haz luminoso de su arma rebotaba en los relucientes muros, creando la extraña sensación de que había varios Chase caminando por el hielo junto a él…

Se detuvo y se quedó inmóvil.

Apagó la luz del arma. El pasaje se precipitaba a una oscuridad casi absoluta, y el azul omnipresente de la caverna atravesaba tenuemente el hielo que lo rodeaba. La luz móvil se detuvo, creando discretos ecos de sí misma a su alrededor.

Chase trató de adivinar la posición del soldado, y después se internó en la penumbra.

El soldado miró cautelosamente a su alrededor. Estaba seguro de haber visto una luz, que después había desaparecido, pero la distorsión de los muros de hielo que lo rodeaban hacía que le resultara imposible ubicarla. Con el arma en alto, alzó la radio.

—Aquí Reiss —susurró—. Estoy en la parte este de la sección cubierta. ¿Estáis alguno cerca de mí?

Hammerstein respondió en voz queda.

—No. Estoy en la parte sur, y Munk está al norte de mí.

—Acabo de ver una luz apagarse. Está aquí, muy cerca.

—Iremos a tu posición. Ten cuidado. Corto.

Reiss abrochó de nuevo el terminal de radio a su cinto, y después caminó paso a paso por el pasaje, iluminando el sendero con el foco de su arma. El vapor se levantaba en nubes a su alrededor mientras tomaba un recodo y entraba en una intersección; más canales se retorcían desde allí en distintas direcciones.

Avanzó, apuntando con la luz cada pasaje por el que se internaba. Había movimiento en uno de ellos; apuntó su arma directamente hacia allí, antes de comprender que era tan solo el reflejo de su propio foco. Se envaró y continuó barriendo la oscuridad con el haz, avanzando para comprobar un segundo canal, y un tercero…

Una silueta tras un muro traslúcido…

Reiss disparó, y el delgado muro se deshizo en mil pedazos que cayeron para revelar…

Nada.

Apuntó con la luz del arma al orificio recién creado, y vio otro reluciente muro de hielo tras él. Su radio crepitó.

—¡Reiss! —gritó Hammerstein—. ¡Lo tienes!

Reiss desabrochó la radio.

—No. Era solo un reflejo…

Chase se colocó tras él y le rompió el cuello con un violento crujido.

El soldado se derrumbó, con la cabeza torcida en un gesto antinatural.

—Te has quedado helado, ¿eh? —dijo Chase con una sonrisa, e inmediatamente deseó que se le hubiera ocurrido algo más ingenioso. Recogió el cargador del difunto y siguió adentrándose en el laberinto.

—¡Reiss! —gritó Hammerstein—. ¡Reiss, contesta!

No hubo respuesta. Sin embargo, la brusquedad con que se cortó la comunicación bastaba para suponer que había muerto.

—Reiss ha caído —advirtió a su otro subordinado—. Munk, ten mucho cuidado. Estos túneles son un maldito laberinto de espejos. No dispares a menos que estés seguro de que es él.

—Recibido —respondió Munk. Había incrementado el ritmo al oír disparos, pero la repentina interrupción del mensaje de Reiss lo había hecho detenerse bruscamente. Los ecos hacían que fuera muy difícil juzgarlo con exactitud, pero el volumen de los disparos sugería que Chase y el otro se encontraban como mucho a veinte metros de distancia hacia el este.

El canal que estaba atravesando se curvaba en esa dirección. Se asomó al recodo. No había ni rastro de nadie. Rodeó la esquina y avanzó cautelosamente por el pasaje congelado; a su alrededor, los muros relucientes le devolvían su propio reflejo. El foco del arma parpadeó; había destellos atrapados en el hielo. Se detuvo y escuchó.

Un leve crujido. Botas sobre hielo. Muy cerca.

No podía ser Hammerstein, puesto que el ruido provenía de la dirección equivocada. Y no había ni rastro de ningún otro foco.

Chase.

Munk alzó su arma a la altura del hombro; el punto luminoso de la mirilla flotó en la penumbra. Más adelante, el canal en el que se encontraba se entrecruzaba con otro. Otro crujido amortiguado, un paso más de su presa. Se estaba acercando…

Apagó la luz; no quería dar a Chase ventaja. Los reflejos se convirtieron en sombras retorcidas a medida que avanzaba lentamente. Llegó a la intersección y se asomó para mirar por el primer recodo.

Movimiento. Contuvo el aliento. Una silueta se deslizaba por el pasaje. Pero se ondulaba a medida que se movía; solo era un reflejo. El canal viraba bruscamente; Chase estaba al otro lado…

Munk salió de un salto, encarando el lugar en el que aparecería el otro, apuntando con la mirilla láser roja a la altura de la cabeza…

Varios disparos atravesaron el hielo, impactando en la cabeza y el torso de Munk. Se tambaleó y cayó; lo último en lo que pensó fue que el reflejo no era un reflejo en absoluto, sino la silueta de Chase. El inglés se encontraba al otro lado del delgado muro de hielo…

Hammerstein oyó los disparos. No muy lejos. ¿Fue Munk quien disparó, o…?

—Munk —dijo por radio—. Munk, responde. —Silencio—. ¡Munk!

Había sido Chase. Hammerstein escupió una maldición hebrea y recargó el lanzagranadas. Si lo que hacía falta para cazar a Chase era artillería pesada, no andaba corto de ella.

28

Dos menos; solo quedaba uno, pero a pesar de cuánto había mejorado la situación, Chase no se sentía con ánimo de celebrar nada. El líder, Hammerstein, era el más peligroso de los tres, y el único que seguía vivo.

Avanzó por los túneles de hielo. El vapor era cada vez más espeso; los muros helados comenzaron a gotear, y el agua se acumulaba en el suelo. Más adelante, Chase vio la esquina de un muro de piedra que sobresalía a través del hielo; había llegado a la entrada del edificio. Del interior llegaba una especie de irregular siseo que le recordó a una locomotora de vapor. Fuera lo que fuera, era violento, y estrepitoso.

Gotas de agua cayeron sobre su cabeza al cruzar el umbral, y sus botas pisaron charcos. El calor estaba aumentando hasta acercarse a niveles más propios de una sauna.

Al parecer solo había otra salida. La siguió, y el vapor se intensificó a medida que aquel ruido se hacía más presente. Notó un olor a azufre, y de inmediato comprendió el motivo: el calor de la chimenea volcánica estaba fundiendo el hielo, que a su vez estaba drenándose sobre la fumarola, convirtiéndose en vapor y despidiendo furiosos chorros.

Oyó un segundo silbido a un lado. Por lo visto los constructores habían canalizado el calor en distintas direcciones; más vapor era expulsado a borbotones desde un conducto en el suelo. Trepó a un montículo y vio desde allí dos nuevas salidas. Ambas parecían albergar una nube de vapor igualmente densa.

—Pito, pito, gorgorito…

Eligió una al azar; la de la derecha. Alzó el arma y se adentró en la nube de agua.

Hammerstein se limpió el sudor de la frente. Lo último que había esperado era asfixiarse de calor en la Antártida, pero el vapor era cada vez más espeso, y llenaba hasta el último centímetro del laberinto en el que se encontraba. Reparó en que se estaba acercando a un muro; el húmedo pasillo helado conducía a algún tipo de estructura.

Apagó el foco de su arma para no poner sobre aviso a Chase y entró.

La estancia en la que Chase había entrado era ya de por sí lo bastante oscura sin necesidad de que el vapor entorpeciera su visión aún más, pero fue capaz de ver un difuso fulgor azul que le indicó que había una abertura en lo alto. ¿Una chimenea para la fumarola, quizá?

El ruido venía de abajo, y era lo bastante fuerte para hacer que la estancia temblara con cada enojado estallido. Evidentemente, había una especie de conducto mayor en el suelo a través del cual escapaba el vapor; prefirió mantener las distancias entre sí mismo y aquel, y con su mano libre extendida tanteó en busca del muro.

A pesar del calor, quedaba bastante hielo en la sala; sus manos tocaron carámbanos, que humedecieron las puntas de sus dedos. Algo sobresalía de entre la niebla, una bancada que se elevaba a la altura de la cintura, y de cuya parte superior colgaban más témpanos de hielo. La rodeó y siguió adelante.

Algo le hizo detenerse, pero no estaba seguro de qué era. Una especie de sexto sentido, quizá: se le erizó el vello de la nuca y tuvo la impresión de haber pasado peligrosamente cerca de algo invisible. Miró a su alrededor, y un nuevo chorro de vapor se disipó para revelar…

A Hammerstein, apenas a medio metro de distancia, mirando a Chase con la misma expresión de total alerta, dispuesto para el combate.

Ambos giraron…

Sus rifles chocaron como espadas, demasiado cerca para que ninguno de los dos pudiera apuntar en condiciones. Dispararon igualmente, y al hacerlo se vieron obligados a dar un paso atrás.

Chase alzó su arma, tratando de ese modo de arrebatarle la suya de las manos a Hammerstein, usando el cargador como una especie de gancho improvisado. Lo logró, pero la correa del rifle quedó atrapada en la mirilla del de Chase.

Y al alzar los brazos, además, había quedado expuesto a una clase diferente de ataque.

Hammerstein le propinó un puñetazo en el estómago con tanta fuerza que notó el impacto a pesar de sus gruesas ropas. Chase dio un paso atrás, tratando de no aflojar su presa sobre la TAR-21, pero chocó contra la bancada, y el arma se le soltó. Ambos rifles cayeron al suelo con estrépito.

Hammerstein se agachó para recogerlos. Chase movió rápidamente un pie, y de una patada apartó las armas, que se perdieron en la húmeda niebla. Gruñendo, el israelí echó la mano a la funda de su arma corta. Chase fue a coger la suya, pero estaba metida en un bolsillo, y tardaría demasiado en sacarla y disparar.

En lugar de eso, retiró la mano, arrancó un témpano de la bancada y se lo lanzó a Hammerstein al rostro como si fuera un cuchillo de hielo. El extremo afilado le punzó el ojo, pero la punta había quedado roma, redondeada por el goteo de agua fundida.

De algo sirvió, puesto que el líder de la Alianza rugió de dolor y se llevó una mano instintivamente al rostro para proteger sus ojos. El arma solo había salido a medias de su funda. Chase vio su oportunidad y cargó contra Hammerstein. Sostuvo su mano derecha, tratando de arrebatarle el arma mientras forcejeaban. La superficie metálica estaba ya resbaladiza a causa de la condensación, y sus dedos no lograron aferrarla. Le dio un puñetazo al otro en la mandíbula para obligarlo a aflojar la presa…

Funcionó. Chase logró aferrar la pistola, y volvió a perderla enseguida cuando se le cayó de la mano.

—¡Mierda!

La pistola rebotó en el suelo con un ruido de metal sobre piedra, y después de metal sobre metal cuando cayó por la rejilla que había encima del conducto que daba a la fumarola, más abajo.

Hammerstein se recuperó, y Chase encajó dos fuertes puñetazos en el estómago. Chase respondió, y oyó un agradable sonido de dientes partiéndose. Hammerstein escupió sangre, pero así y todo logró darle una patada con la bota en la espinilla. Chase se tambaleó, y recibió una segunda patada más fuerte en la rodilla; las púas de las botas desgarraron ropa y piel.

Chase cayó de espaldas; sentía un intenso dolor en la pierna. El impacto ahuyentó la nube de vapor por un segundo, revelando que se encontraba muy cerca del borde del conducto. Un nuevo chorro de furioso vapor salió despedido a su lado.

Trató de rodar para alejarse de la chimenea volcánica, pero Hammerstein desenvainó un cuchillo y cargó contra él.

Chase aferró su mano justo antes de que el filo se hundiera en su garganta, pero el miembro de la Alianza estaba encima de él, y lo oprimía con todo su peso. El cuchillo osciló, y después descendió; el reluciente filo estaba apenas a unos centímetros del cuello de Chase, y se acercaba cada vez más. Hammerstein lo miró con ojos inyectados en sangre, notando que el triunfo estaba cerca…

Chase le escupió en el ojo arañado.

El israelí se encogió involuntariamente sobre sí mismo, apenas unos centímetros, pero lo suficiente para que Chase aprovechara la distracción y soltara su presa; el cuchillo cayó de punta en el suelo de piedra. Se encajó entre dos baldosas, sobresaliendo del suelo como un Excálibur en miniatura. No era el resultado que Chase había esperado; hubiera preferido arrebatarle el arma o al menos romper el filo, pero bastaría. Le dio un cabezazo al otro, haciéndolo retroceder, y después lo agarró de la mandíbula y el cuello para arrastrar su rostro hacia el conducto.

De las profundidades salió disparado otro chorro furioso…

Hammerstein chilló cuando el vapor hirviente le golpeó el rostro; su piel enrojeció de inmediato, quemada. Sin embargo, Chase no pudo inmovilizarlo; el calor hería también sus propias manos, y tuvo que soltarlo. Aullando y sacudiéndose como un animal, Hammerstein rodó sobre sí mismo; la mitad de su rostro era una gigantesca cicatriz roja y blanquecina, y uno de sus ojos se había cerrado por la hinchazón.

El otro, sin embargo, seguía abierto, y rebosaba de rabia cuando miró a Chase.

Hammerstein lanzó una patada; la bota de afiladas púas acertó el blanco. Chase fue despedido hacia atrás, llevándose las manos al torso dolorido. Aterrizó con fuerza junto al muro, y vio de soslayo otra salida entre la niebla ondulante.

Hammerstein vio algo más: uno de los rifles caídos. Se arrastró hacia él mientras Chase trataba de sacar su pistola del bolsillo.

El israelí alcanzó el rifle. Su propio rifle. Mientras lo blandía y apuntaba con él a su enemigo, su mano fue derecha al lanzagranadas; al diablo las balas.

Chase vio el cañón tubular que lo apuntaba y saltó desesperadamente hacia la salida medio intuida al mismo tiempo que Hammerstein disparaba. Cruzó el umbral en el mismo instante en que la granada impactaba contra el muro que quedaba a su espalda. A tan corta distancia, el explosivo ni siquiera

había tenido tiempo de armarse, así que rebotó en la pared de piedra antes de detonar algo más lejos.

La explosión despedazó un pilar de soporte, y una de las secciones del piso superior se derrumbó sobre la cámara de ventilación, bloqueando la abertura bajo toneladas de piedra y hielo quebrado. Aunque estaba escudado de los efectos directos de la detonación, Chase sintió como si un gigante lo hubiera lanzado contra una pared. Se protegió la cabeza con las manos mientras pedazos de piedra caían sobre él.

Los ecos de la explosión se desvanecieron. Con los oídos pitándole, Chase miró a su alrededor. Estaba en el extremo de otro canal congelado, en el que los muros de piedra daban paso a un reluciente hielo blanco. El canal conducía fuera del edificio; podía ver la fría luz azulada de la caverna.

No le preocupaba que Hammerstein lo siguiera; el techo derrumbado había sellado la entrada. Sin embargo, tras las heridas sufridas en el rostro, el líder de la Alianza querría verlo muerto ahora más que nunca. Y Chase aún tenía que encontrar a Sophia, y rescatar a Nina.

Se incorporó trabajosamente y, arma en mano, avanzó en la única dirección que podía: de vuelta hacia el interior del laberinto.

Sophia recuperó la conciencia lentamente, y cuando lo hizo se incorporó de un respingo al comprender que yacía en un charco de agua templada.

Miró a su alrededor aturdida, y vio que se encontraba en uno de los canales de hielo. Los restos del puente lo bloqueaban en una dirección, mientras que la otra serpenteaba hacia el edificio grande. Recordaba vagamente a Chase gritar algo sobre una granada…

Chase. Tenía que encontrarlo, aunque solo fuera para arrebatarle el arma a su cadáver.

Pero sospechaba que seguía con vida. El hecho de que aún no hubieran dado con ella sugería que las tropas de la Alianza habían encontrado más resistencia de la que esperaban en el inglés; sabía de primera mano lo letal y eficiente que podía llegar a ser su exmarido.

Con la cabeza dándole vueltas, echó a andar por el pasaje helado.

—¿Eddie? —gritó—. ¿Puedes oírme?

Sí, podía oírla, y también podía oír la radio de Hammerstein, transmitiendo un mensaje que le heló la sangre.

La Alianza había capturado a Nina.

Hammerstein había pedido refuerzos, y Zamal había atendido a su petición; sus hombres estaban en camino, y Vogler había añadido que habían capturado a Nina. Había dejado claro que su destino dependía de Hammerstein, puesto que los otros dos líderes de la Alianza no se ponían de acuerdo respecto a si Nina debía vivir o morir.

El israelí no parecía estar de un humor demasiado piadoso.

—Acabo de oír a Blackwood llamando a Chase —ladró. Puesto que había salido de la cámara de ventilación por una puerta distinta, se encontraba al otro lado de un muro de hielo que lo separaba de Chase, y estaba lo bastante cerca para que este último pudiera oírlo todo—. Voy a matarla a ella, después lo mataré a él, y después decidiré qué hacer con Wilde.

—Espera a que se reúnan contigo los hombres de Zamal —dijo Vogler—. No podemos permitirnos perderte a ti también.

—No voy a esperar nada. Quiero a ese hijo de perra muerto.

Chase estuvo a punto de gritar algo en respuesta, pero decidió no hacerlo; si Hammerstein tenía granadas de mano, podía lanzarlas por encima del muro. En lugar de eso, corrió por el canal en la dirección en la que esperaba que se encontrara Sophia, de nuevo bajo la luz azulada de la caverna. Sus botas salpicaban en el agua, y del techo caía una gélida lluvia.

—¡Lo oigo! —gritó Hammerstein—. Está cerca… ¡voy a ir tras él!

—Hammerstein, espera —comenzó Vogler, pero el israelí cortó la comunicación y echó a correr.

Chase comprendió de inmediato que seguían el mismo camino; los canales que recorrían transcurrían en paralelo.

—¡Sophia! —gritó.

—¿Eddie? ¿Dónde estás?

No estaba lejos de allí, pero ¿se encontraba en el mismo canal que él?

—¡Solo queda uno de ellos, pero no sé si podré llegar a ti antes que él!

El canal se curvaba, alejándole de Sophia. Podía oír a Hammerstein chapoteando por el canal de al lado, que proseguía en línea recta.

—¡Mierda! ¡Sophia, va a encontrarte él primero! ¡Vuelve atrás, intenta esconderte!

—¡No hay donde esconderse!

—¡No tenías por qué decirle eso! —Otra curva lo orientó hacia Sophia, pero no lo bastante rápido. Más adelante, el muro de hielo era más delgado, y se hacía traslúcido. Una forma corría tras él. Sophia. Estaba en el otro canal.

Y Hammerstein estaba detrás de ella.

Chase llegó al punto en que el muro de hielo se estrechaba al mismo tiempo que el líder de la Alianza lo atravesaba por el otro lado. Miró adelante. Los dos canales no se unían; muy al contrario, parecían separarse de nuevo, alejando a Chase de Sophia.

Se oyó un ruido metálico. Sophia había perdido uno de los crampones de sus botas. La oyó jadear de dolor cuando cayó al charco con una salpicadura.

Hammerstein se frenó y se detuvo. Chase podía prácticamente verlo a través del hielo, una sombra borrosa… que elevaba un rifle.

Chase alzó su arma, pero el hielo era demasiado grueso para que lo atravesara una bala. Miró la parte superior del muro. Demasiado alto, imposible de trepar.

Miró aún más alto.

Del techo seguía goteando agua. Casi justamente encima de él un largo témpano de hielo dejaba caer un constante goteo…

Que caía al otro lado del muro.

Alzó la pistola y disparó.

Hammerstein estaba a punto de abrir fuego cuando oyó el disparo. Se giró y vio una forma a través del hielo que disparaba al techo. Confundido, tardó un instante en reaccionar antes de apuntar con el TAR-21 a su nuevo blanco.

La demora le costó la vida.

El témpano de hielo al que había disparado Chase se partió con un crujido del techo. Hammerstein alzó la cabeza al oírlo… y quedó inmovilizado por el miedo cuando una tonelada de denso hielo le cayó encima. Logró reaccionar al fin, saltando a un lado…

Demasiado tarde.

El témpano impactó como un explosivo, escindiéndose en una lluvia de blanco cristalino mezclado con rojo líquido. La fuerza del choque arrasó el muro, y derribó a Chase, que fue golpeado por una tormenta de trozos de hielo roto.

Sophia recuperó su crampón y fue hacia él; sus botas aplastaron un billón de cubos de hielo y los ensangrentados restos de Hammerstein, que yacían bajo ellos.

—¿Eddie?

—¿Sí?

—Creo que has acabado con él.

Chase señaló con un dedo el montón de hielo ensangrentado.

—¡*Stop*! ¡*Hammer time*!

Sophia gruñó.

—Veo que tu pasión por M. C. Hammer no ha menguado. Vaya por dios. —Contempló el orificio de afilados bordes en el muro. Un costado estaba algo inclinado, y conducía hacia la superficie del hielo que llenaba la grieta —. ¿Crees que podremos trepar por ahí?

—Claro. Pero hay más soldados de camino. Tenemos que alcanzar el pozo.

Sophia arqueó una ceja.

—¿No pensarás ir a por Nina?

—La han capturado —dijo Chase, con gesto inexpresivo—. Pero esto no ha terminado. Sea como sea, voy a darles por culo.

—La mejor manera de hacer eso es encontrar el Edén antes que ellos. Vamos. —Sophia comenzó a trepar por el hielo.

Chase recogió su arma y soltó el cargador. Estaba vacío, salvo por una bala. Tendría que bastar. Lo volvió a colocar en su lugar y siguió a Sophia hacia la superficie.

—Vamos, Hammerstein. —Vogler aguardó varios segundos, pero recibió la misma respuesta que en los anteriores intentos.

—Me temo —dijo Nina— que Chase ha dado buena cuenta de vuestro amigo.

—¡Silencio! —ladró Zamal. Los hombres de Vogler habían bajado una cuerda para que pudiera subir a la biblioteca. Desenfundó su pistola y la apuntó a la cabeza de Nina—. ¿Dónde está el Edén? ¡Dímelo!

—Y una mierda —dijo ella—. Me mataréis de todos modos. Pero al menos así no encontraréis lo que estáis buscando.

El árabe colocó el frío cañón del arma bajo la mandíbula de Nina.

—Hablarás, mujer. Y después, me rogarás que te mate.

—Nadie va a matarla —dijo Vogler, colocándose junto a Nina y mirando severamente a Zamal. Unos segundos después, el árabe dio un paso atrás—. Aún no. El Triunvirato todavía tiene que votar.

—Eso va a ser un poco difícil, ¿no cree? —dijo Ribbsley, caminando entre los interminables estantes de la biblioteca en dirección a ellos. Callum lo seguía—. Obviamente, Hammerstein ha muerto. De modo que están uno contra uno, en tablas.

—Aunque —dijo Callum con ostensible recelo—, mantenerla con vida quizá sea lo mejor. Por ahora.

—¿Por qué? —preguntó Vogler—. ¿Qué han encontrado?

Ribbsley miró a Nina con expresión dolida.

—Hemos encontrado el mapa. Por desgracia, parte de él, la más importante, ha sido destruida. Lo que quedaba me ha permitido deducir que el Edén se encuentra en algún lugar de África Oriental… pero creo que eso ya lo suponíamos.

—¿Qué hay del resto de la biblioteca? —preguntó Zamal, gesticulando en dirección a los estantes—. ¡Debe de haber algo aquí que pueda ayudarnos!

—Puede, pero llevaría meses de estudio. Y, por desgracia, temo que la doctora Wilde esté en lo cierto: los veteres se llevaron consigo las tablillas más valiosas. Quizá podamos localizar algunos de los demás puntos del mapa, pero eso llevará tiempo.

—Y no tenemos tiempo —dijo Vogler—. Si Chase y Blackwood escapan…

—No escaparán —insistió Zamal—. Mis hombres los detendrán.

—Si escapan —continuó Vogler—, tenemos que capturarlos. —Sostuvo en alto la bolsa vacía de la cámara de Nina—. Tienen fotografías del mapa. —Se giró hacia sus hombres, y les hizo señas a cuatro de los cinco—. Volved a la superficie, coged dos de los *paracraft* y averiguad adónde conduce ese pozo. Si Chase y Blackwood logran salir de la caverna… quiero que estéis esperándolos.

—El pozo está por allí —dijo Sophia, señalando la presa. Acababan de salir del hipogeo.

—Sí, pero el trineo está en esa dirección —respondió Chase.

—Y también la Alianza.

—Todavía no han llegado hasta ahí —dijo Chase, y miró sendero abajo. Llegó al trineo y lo enderezó. La mayor parte del equipo estaba desperdigada por el suelo, pero algunos objetos, incluida la botella de gas, seguían bien atados. Recogió el pesado trípode del telémetro láser y lo puso encima. Después, corrió colina abajo, tirando del trineo tras él como un perro recalcitrante—. ¡Date prisa!

Sophia corrió tras él.

—¡Mierda! ¡Ya vienen! —Cinco hombres con uniformes de camuflaje para la nieve rodearon un edificio en dirección a ellos—. ¡Irías más rápido si soltaras esa cosa!

—¡Lo necesitamos! —Alcanzaron el borde del «lago» en la base de la presa, donde el agua se había acumulado bajo el pozo. Chase estaba casi

seguro de que se habría congelado lo bastante rápido para soportar su peso, pero el hielo crujió de manera alarmante cuando corrieron sobre él.

Los soldados estaban alcanzándolos. Más adelante, la ladera inclinada de la presa se elevaba para unirse al techo plano de hielo, con el círculo oscuro del pozo de drenaje en su base.

Sophia corrió hacia allí.

—¡Eddie, date prisa!

—¿Qué crees que estoy haciendo? —Mientras tiraba del trineo sobre el hielo, avanzó a pesados pasos hasta llegar a la entrada del pozo; el corazón le latía con fuerza. Miró atrás. Los soldados de la Alianza se habían dividido; tres de ellos seguían corriendo, desperdigándose, mientras que los dos restantes se detuvieron, se agacharon y apuntaron…

—¡Que vienen! —advirtió al mismo tiempo que Sophia llegaba al orificio y se metía dentro de un salto. Chase se zambulló tras ella cuando los soldados abrieron fuego, y los impactos de bala hicieron caer sobre él una lluvia de tierra fría y piedras. La base del pozo estaba cubierta de hielo que se había congelado cuando el agua del lago se secó. Un diminuto punto de luz brillaba a lo lejos.

El trineo se detuvo de golpe al chocar contra sus piernas.

—¡Vale, sube! —le dijo a Sophia mientras desenfundaba la pistola.

Ella lo miró con gesto dubitativo, pero obedeció.

—¿Cuántas balas te quedan?

—Una.

—¿Una?

—Será suficiente. —Prefirió no añadir «espero»; Sophia subió a bordo del trineo—. Esto no significa que nos hayamos reconciliado, por cierto.

—Me alegra oírlo —suspiró ella—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Cogiendo impulso! —Sosteniendo el asa con la mano izquierda, y con los pies encajados rodeando el listón trasero, apuntó el arma, no hacia la entrada del pozo, sino hacia el cilindro de gas pegado con cinta al trineo—. ¡Tresdosunocero!

Dos soldados se aproximaron con los rifles en alto…

Chase disparó, volando la válvula metálica del extremo del cilindro.

El gas altamente presurizado e inflamable salió disparado, y se incendió con la chispa del cañón de la pistola.

Una lanza de fuego de tres metros de largo emergió del depósito de gas, engullendo a los dos hombres como la llama de un soplete y generando el impulso necesario para que el trineo saliera disparado a través del pozo.

Chase dejó caer el arma mientras se esforzaba por no soltar los agarres del trineo. El techo del pozo estaba apenas a unos centímetros de su cabeza, y sus ropas lo golpeaban cada vez que cogía un bache. Sophia gritaba, y Chase podía comprenderla perfectamente: el cilindro le presionaba las piernas, puesto que se meneaba tratando de soltarse de sus amarres.

Si se soltaba sería el fin para ambos: el trineo los aplastaría al volcar, o la llama del cilindro los abrasaría al salir aquel disparado.

Les rodeaba una luz azul; habían atravesado la presa, y alcanzado el glaciar al otro lado. La iluminación, sin embargo, solo hacía que el viaje resultara aún más terrorífico: ahora podían ver lo rápido que iban.

Y ya no marchaban en línea recta; el trineo se venció a un lado y ascendió por uno de los costados del pozo…

Chase se sumó a los chillidos de Sophia cuando el trineo realizó un tirabuzón sobre el muro en dirección al techo, y terminó cayendo de nuevo al otro costado, tras completar una circunferencia completa. Llegó a la base del pozo de nuevo, meneándose de un lado a otro antes de enderezarse.

El rugido de las llamas vaciló y murió. El trineo comenzó a frenar.

—¡Madre mía! —dijo Sophia con voz vacilante—. ¡Eres un puto maníaco!

La única respuesta de Chase fue un aullido entre alegre y aterrorizado. Dejó que la intensísima descarga de adrenalina se sosegara y después alzó la vista para ver cuánto pozo les quedaba por delante.

No mucho.

—¿Sophia?

—¿Qué?

—¿A qué altura hemos salido?

—¡Joder! —gritó ella al tiempo que salían disparados hacia el cielo.

29

Chase abrió los ojos y no reconoció el lugar en el que se encontraba.

Su mente tardó unos segundos en procesar lo que estaba viendo: extrañas columnas, nudosas y retorcidas, se elevaban a su alrededor como los huesos de una especie de criatura hecha de cristal gigante. Comprendió por fin dónde se encontraba; el chorro de agua del pozo de drenaje, al salir despedido con tantísima presión, había cavado una gigantesca cueva en el otro lado de la grieta, y al salir el agua había creado una colección de extrañas formas cuando el hielo volvió a congelarse.

Y Sophia y él mismo habían ido a parar precisamente allí, aterrizando en el hielo y deslizándose por el onírico paisaje antes de detenerse por fin.

Chase se puso en pie trabajosamente. El viaje en trineo había tocado a su fin; uno de los patines había sido arrancado, y la estructura se había roto al chocar contra el montón de hielo que había detenido bruscamente su trayecto y catapultado a sus pasajeros hacia aquella bizarra cueva. Dio un paso adelante, torciendo el gesto de inmediato al sentir dolor en su espinilla. Los contenidos del trineo estaban desperdigados por doquier; recogió un trípode para usarlo como muleta improvisada, y hundió su punta metálica en el hielo antes de darse media vuelta.

—¡Sophia!

Su compañera yacía a unos seis metros de distancia sobre un montón de hielo quebrado. Cojeó hacia ella. Seguía respirando, puesto que salían de su nariz pequeñas nubes de aire. Sangraba por un profundo corte en su barbilla.

—¿Sophia? Vamos, despierta.

—Eddie, ahora no —murmuró en protesta, antes de que sus ojos se abrieran. Se llevó la mano a la mandíbula, y al apartarla en su guante quedó impresa una sangrienta forma de Rorschach—. ¡Ay… joder! ¡Eddie, me has partido la puta cara!

—Si eso es lo único que te preocupa, no es para tanto —gruñó Chase—. Deberías ponerte algo de hielo. —Miró a su alrededor y encogió los hombros exageradamente—. Aunque no sé de dónde vas a sacarlo. —Sonrió al tiempo que le daba la espalda y alzaba el *walkie-talkie*, esperando que hubiera sobrevivido al viaje—. ¡Matt! ¡Matt, aquí Eddie! ¿Sigues ahí?

Un largo silencio, y después:

—¡Eddie! ¡Madre mía, sí que apuras! ¡Ha pasado casi una hora! ¿Dónde estáis? ¿Estáis bien?

—Estamos en la grieta, por donde salió el agua del drenaje. ¿Cuánto tardaréis en llegar hasta aquí?

—Estamos a unos ocho kilómetros de distancia, así que… —Una pausa mientras consultaba a Larsson—. Unos cinco minutos.

—Aquí estaremos.

—Vale, vamos para allá.

—Que sea rápido. Corto. —Se giró hacia Sophia, que presionaba un pedazo de hielo contra su rostro—. ¿Crees que puedes ponerte en pie?

Ella movió los dos pies hacia él.

—Si estuvieras un poco más cerca te daría una patada en los huevos.

—Madre mía, deja de quejarte —dijo, mientras la ayudaba a levantarse—. Me han partido la cara cientos de veces, y nunca me preocupó que eso arruinara mi atractivo.

—Sí, pero lo tuyo es muy difícil de estropear.

—Joder, ¿a qué viene eso? —Comenzaron a caminar por la cueva, usando el trípode como soporte—. No te molestaba cuando estábamos casados.

—Esa parte de mi vida solo puedo achacarla a una locura temporal.

—¿Y en qué se diferencia de tu locura de ahora? Lo tuyo no es atracción fatal, es atracción letal.

—Si tanto te molesta… —Sophia calló cuando oyeron un leve zumbido —. ¿Eso es el avión? Ha sido rápido.

Salieron a la grieta helada; los altos muros proyectaban frías sombras alargadas a su alrededor.

—No es el avión —dijo Chase, mirando hacia el sur. El sonido se intensificó, rebotando en los muros y revelando dos ruidos de motor bien diferenciados—. ¡Mierda! ¡Nos han encontrado!

Un par de relucientes siluetas oscuras cruzaron la grieta por los aires y giraron bajo sus paracaídas rectangulares rojo sangre, dirigiéndose directamente hacia Chase y Sophia.

Chase ya había visto artefactos parecidos antes. Los habían inventado en Nueva Zelanda, cuna de extrañas y peligrosas actividades de ocio; el *paracraft* era una especie de mezcla entre parapente y hovercraft que empleaba la hélice principal de este último para inflar el ala al despegar y proporcionar impulso. La diferencia entre un *paracraft* y un ultraligero era que el primero era mayor, y las alas recortadas que sobresalían de sus costados le permitían elevarse mucho más a bajas altitudes gracias al efecto suelo. Además, el hecho de que fuera hovercraft en parte significaba que podía no solo despegar y aterrizar en casi cualquier terreno, sino también planear a cierta velocidad soltando el paracaídas.

Lo que los convertía en vehículos de persecución idóneos para los páramos de la Antártida.

Vio a dos hombres en cada *paracraft*; un piloto y un artillero. El artillero del artilugio que marchaba en cabeza llevaba un rifle de francotirador, mientras que el del segundo contaba con un rifle de asalto suizo SIG.

Sophia se dispuso a echar a correr hacia la cueva, pero Chase la detuvo.

—No, escóndete ahí. —Señaló varios peñascos helados de gran tamaño que se habían desprendido de los muros de la grieta.

—No creo que nos vaya a servir de mucho —dijo ella mientras corrían colina abajo.

—Si aterrizan y nos atrapan en la cueva, estamos jodidos. Al menos de este modo tendremos sitio para maniobrar. —Los *paracraft* estaban a unos cien metros de distancia, y se acercaban rápidamente. El que iba en cabeza bajó el morro, descendiendo hacia el cañón. *Bien*, pensó Chase. Entre los muros no tendrían espacio para girar, lo que los obligaría a tomarse su tiempo para dar la vuelta y atacar de nuevo.

Suponiendo, claro, que fallaran en el primer intento.

—¡Abajo! —gritó Chase, soltando el trípode y empujando a Sophia tras los peñascos caídos. El fuego de artillería del SIG restalló entre los muros de la grieta; una ráfaga de tres disparos levantó astillas congeladas de las estructuras que les servían de cobertura. Sin embargo, las balas no lograron penetrar el milenario hielo azul, comprimido hasta alcanzar prácticamente la densidad de la roca.

—¡Vamos! —Chase se adentró en una estrecha abertura entre dos bloques más grandes. Otra ráfaga de disparos despedazó el hielo a su alrededor. Empujó a Sophia bajo el saliente y alzó la vista cuando el rugido del motor del primer *paracraft* se intensificó, y parte del hielo que había sobre sus cabezas estalló, impactado por una bala de alto calibre procedente del rifle de

francotirador. Trozos de hielo del tamaño de un puño cayeron sobre él. El *paracraft* pasó de largo por encima, un borrón oscuro. El segundo lo siguió instantes después, descargando una nueva ráfaga de disparos.

—Espera ahí —le dijo Chase a Sophia, sacudiéndose los pedazos de hielo y recorriendo el estrecho pasaje hasta llegar a un punto en el que podía ver grieta abajo. Se mantuvo agachado por si el francotirador seguía apuntándole y se asomó. El segundo *paracraft*, más elevado, ascendía aún más para alcanzar la cima de la grieta y virar para atacar de nuevo, mientras que el primero se había visto obligado a continuar volando a lo largo de la hendidura.

Pero no estaba tratando de ganar altura, sino que descendía con rapidez.

—¡Uno está aterrizando! —le gritó a Sophia.

—No entiendo por qué te alegra eso tanto.

—Porque mientras estén en el aire, no podemos hacer nada contra ellos. Si están en tierra, al menos tendremos una oportunidad de contraatacar.

—¿Con qué? ¿Bolas de nieve?

El vehículo que marchaba en cabeza tomó tierra en una nube de nieve, tras inflar su base de caucho. El paracaídas se colapsó, una enorme bandera roja que cayó al suelo cuando se soltaron sus agarres. El segundo *paracraft*, entretanto, había alcanzado la cima de la grieta, desapareciendo brevemente de su vista antes de dar media vuelta.

Chase desabrochó rápidamente su abrigo y se lo quitó, sin hacer caso a las numerosas punzadas de dolor que sentía por todo el cuerpo. Sophia lo miraba sin comprender. Chase encontró un bloque de hielo del tamaño de un balón de fútbol y lo metió en la capucha del abrigo; dobló un par de veces la prenda y la sostuvo por debajo del cuello.

Otra mirada grieta abajo. El primer *paracraft* estaba realizando un amplio viraje deslizante; su hélice levantaba una enorme nube de cristales de hielo en su estela. El segundo descendió hacia él.

Se agachó para cubrirse.

—¡Vale, quédate ahí hasta que pase de largo! —gritó—. ¡En cuanto pase, lánzame el trípode!

—¿El trípode? —preguntó Sophia, mirando hacia el soporte metálico que estaba tirado cerca de allí—. ¿Para qué?

—¡Tú hazlo! Sin soltar el abrigo, y notando ya el frío a través de sus húmedas ropas, Chase se giró hacia la abertura. El ruido del motor se intensificó. Manteniéndose tras el peñasco congelado, alzó el abrigo y lo asomó lentamente.

La capucha estalló en una erupción de hielo pulverizado y tejido despedazado. Chase apartó la prenda, desprendiendo el hielo y poniéndosela de nuevo.

El *paracraft* rugió por encima de sus cabezas, de regreso grieta abajo.

—¡Ahora! —gritó Chase, pero Sophia ya estaba lanzándole el trípode. Lo cogió y miró hacia el valle. El primer *paracraft* se deslizaba a toda velocidad por la superficie helada. Llegaría en treinta segundos, o menos…

Dio un salto, clavando uno de los crampones de sus botas en el peñasco de hielo que tenía enfrente y trepando por la estrecha abertura en un rápido ascenso de chimenea hasta alcanzar una irregular cornisa. Saltó sobre un segundo saliente y estuvo enseguida en la cima.

Se oían ruidos de motor procedentes de dos direcciones. El segundo *paracraft* también había aterrizado y soltado su paracaídas. Su artillero creyó que había abatido a su presa, y estaba impaciente por contemplar de cerca el resultado de su puntería. Más adelante, el primero se acercaba cada vez más. Chase alzó el trípode. Solo tendría una oportunidad, y no sería fácil. Si fracasaba, entonces efectivamente solo le quedarían las bolas de nieve como armas.

Más cerca, y más… el francotirador apuntaba hacia la base de los peñascos, más cerca…

¡Ahora!

Chase dio un salto y lanzó el trípode como si fuera una jabalina.

El proyectil describió un arco en el cielo, cayó sobre la parte superior del parabrisas del *paracraft*… y atravesó con su punta metálica el rostro del piloto.

Este chilló, aferrando el trípode con las manos. Ya sin control, el *paracraft* cargó contra el peñasco más grande a toda velocidad. El artillero trató de aferrar la palanca del acelerador, pero para cuando lo hizo ya era demasiado tarde.

El *paracraft* se estampó contra el muro de hielo. El trípode había ido a parar entre el panel de mandos y el torso del piloto, quien fue ensartado de inmediato cuando la fuerza del repentino choque lo impulsó hacia delante. Al artillero no le fue mucho mejor; se estampó de cara contra el espejo. El motor siguió en marcha a pesar del choque, y siguió impulsando ciegamente el vehículo contra el hielo.

Chase se dejó caer de su parapeto. Aterrizó junto al *paracraft* y tiró de la palanca del acelerador. El motor se apagó hasta que su rugido se convirtió en

un gemido, pero mantuvo la potencia suficiente para que la base de caucho quedara hinchada.

—¡Vamos, Sophia! —gritó mientras sacaba los dos cadáveres del vehículo—. ¡He conseguido un vehículo!

Sophia salió de entre los peñascos.

—El otro todavía viene hacia aquí.

—Sí, pero ahora tenemos armas. La cosa estará más igualada. —La mirilla del rifle de francotirador había resultado dañada en la caída, pero el arma del piloto, un rifle de asalto SIG SG-551, parecía intacta—. No es como cazar faisanes, pero recuerdas cómo se dispara, ¿no?

—Sí, aunque he perdido algo de práctica. Por algún motivo que no acierto a comprender, nunca me dejaron usar la galería de tiro de Guantánamo. —Chase giró el *paracraft* para que enfilara la grieta—. ¿Sabes pilotar esta cosa? —preguntó Sophia.

—Pues no. ¿Y tú?

—Qué va.

—En ese caso, yo conduzco y tú disparas. —Chase subió al asiento del piloto, y el *paracraft* se meció bajo el peso extra. La columna de dirección se inclinó cuando la sostuvo; estaba diseñada para actuar como control de vuelo. Sophia se sentó a su lado y alzó el SIG. Por encima del rumor del motor, podían oír el zumbido del otro *paracraft*—. ¿Lista?

—No mucho, pero…

Chase empujó el acelerador hacia delante.

El motor rugió, levantando una nube de hielo tras ellos procedente del muro congelado. El *paracraft* dio un respingo hacia delante, y torció casi de lado antes de que Chase lograra redirigir las aspas de dirección tras la hélice para enderezarlo.

—… no creo que cambie las cosas —concluyó Sophia.

Chase miró atrás, aunque su visión quedaba parcialmente oscurecida por la nube de partículas de hielo que el *paracraft* levantaba en su estela. Estaban dejando los peñascos atrás con sorprendente velocidad, pero el vehículo ya empezaba a mostrar algunas deficiencias. Los hovercraft tenían muy poco agarre por lo general, únicamente la fricción del grueso caucho sobre el suelo, y sobre hielo recién congelado era prácticamente nulo.

—¡Joder! —dijo Chase—. Es como intentar guiar una barra de jabón por una bañera.

—A ellos no parece estar costándoles mucho trabajo —dijo Sophia. El segundo *paracraft* había rodeado la barricada y los perseguía en un largo y

controlado derrape.

—¡Qué presumidos!

Salieron a la luz del sol; los muros de la grieta desaparecieron cuando alcanzaron una llanura de hielo. A lo lejos, Chase vio el convertiplano dirigiéndose a su encuentro. Mientras sostenía el volante con una mano, alzó la radio.

—¡Matt! ¡Vamos en un hovercraft!

—¿Un hovercraft? —respondió la voz de Trulli—. La verdad es que a estas alturas ya no me sorprende nada. Os veo.

—Pero tenemos compañía. ¡Aguantad hasta que nos libremos de ellos!

—¿Y cómo vais a hacer eso?

Chase miró a Sophia.

—Dispararles sería un buen comienzo.

—Estaba esperando a tener un buen blanco —replicó ella—. Pero puedo disparar al azar si quieres. No es que me quede solo un cargador o algo parecido.

—¡Tú dispárales!

Sophia disparó con el SIG en modo de fuego único para apuntar mejor y no desperdiciar munición. No cambió mucho las cosas; el movimiento del *paracraft* hizo que fallara sus dos disparos por mucho margen.

Sin embargo, la nueva amenaza dio alas a sus enemigos. El artillero devolvió los disparos en modo de fuego automático, y las balas impactaron en la carcasa de fibra de vidrio de la hélice. Sophia jadeó y se agachó.

—¡Joder! —gritó Chase cuando un pedazo desprendido voló junto a él. Miró por encima de su hombro y vio cómo el otro *paracraft* cambiaba de rumbo y se colocaba justo detrás de ellos, de modo que la línea de fuego de Sophia quedó bloqueada por la hélice.

Chase trató de maniobrar para que Sophia tuviera una buena línea de fuego de nuevo. El *paracraft* viró, demasiado rápido, girando alrededor de su centro de gravedad sin dejar de desplazarse sobre el hielo en línea recta. Trató de compensar el movimiento, pero ya habían completado medio giro, de modo que estaban mirando de frente a sus perseguidores… y con la hélice apuntando en sentido opuesto, se estaban frenando a marchas forzadas.

—¡Menudo piloto estás hecho! —dijo Sophia en tono burlón mientras disparaba un par de ráfagas de tres disparos hacia el otro vehículo. Chase y ella se agacharon cuando el artillero devolvió el fuego. El parabrisas se despedazó, y las balas atravesaron el casco. Se oyó un estallido y después un silbido al escapar el aire de la base hinchable. El morro del *paracraft* se

inclinó hacia abajo cuando el orificio de la bala se ensanchó y el caucho cedió.

Chase viró a un costado, y el piloto de la Alianza hacia otro; los dos vehículos pasaron el uno junto al otro. Sophia no perdió de vista el otro *paracraft*, y siguió disparando, aunque solo acertó al artilugio mismo, no a sus ocupantes. Miró el cargador del SIG, que estaba hecho de plástico traslúcido y mostraba cuántas balas le quedaban. Estaba medio vacío.

—¡Empiezo a quedarme sin munición!

—Pues usa bien la que te queda —fue el único consejo que Chase pudo ofrecerle mientras se peleaba con los mandos. El daño sufrido en la base había hecho que el *paracraft* fuera aún más difícil de conducir, y el morro se vencía hacia abajo—. Ve a la parte de atrás. ¡Tengo que compensar esta cosa!

El otro *paracraft* viró con mucha más elegancia, describiendo un barrido casi de *ballet* comparado con las maniobras de Chase, semejantes a las de un pato en un lago helado. Buscó cualquier cosa que pudiera ayudarlo. El BA609 estaba trazando círculos, manteniéndose alejado del alcance de los rifles. Había algunos riscos de hielo que podrían proporcionar una cierta cobertura, pero todo lo demás era plano y reluciente, el lago congelado el día anterior.

Sin embargo, antes parecía haber mucha más agua. La llanura no era tan grande. Parte debía de haberse secado en otro sitio…

Sophia fue a los asientos de atrás, y el cambio de peso elevó ligeramente el morro del vehículo. Apuntó de nuevo y disparó otra ráfaga; esta vez solo le dio al hielo. Chase cogió la radio.

—¡Matt! ¡Necesito un observador! ¿Ves alguna grieta o algún risco?

—Sí, más o menos a las diez respecto a ti —fue la respuesta—. Hay un risco, bastante grande.

—¡Gracias! —Chase cambió de rumbo, virando noventa grados hacia la izquierda hasta ver el borde del risco a lo lejos, una dentada irregularidad en el horizonte que se acercaba rápidamente.

Ajustó el rumbo, y el segundo *paracraft* desapareció tras la hélice. La estela de hielo oscurecería su visión de lo que había más adelante, con suerte hasta que fuera demasiado tarde. Contempló el resto de controles del *paracraft* y encontró una palanca que le podría resultar útil…

—Nos están alcanzando —advirtió Sophia.

—Agáchate —le dijo Chase, desacelerando. El motor del *paracraft*, montado tras la hélice, les proporcionaría a ambos cierta protección. Pero no mucha.

—¿Por qué estás frenando?

—Quiero que se acerquen.

—¿Que se acerquen?

—Voy a girar para que se acerquen por nuestra izquierda. —El risco resultaba ya perfectamente visible más adelante, y la ausencia de paisaje tras él indicaba que había una buena caída—. Dispara si tienes oportunidad. Si no, ¡agárrate!

Sophia se agarró a los asientos traseros mientras Chase seguía conduciendo. Con una mano en el volante y la otra en la palanca de control, se preparó para el inevitable tiroteo. Los hombres de la Alianza se estaban aproximando rápidamente, preparándose para atacar…

Varios disparos impactaron en la parte trasera del *paracraft*, levantando astillas de la carcasa y penetrando en el compartimento del motor. Chase se estremeció cuando una bala pasó a su lado e impactó en el panel de mandos. El ruido del motor se agudizó, irregular.

Más disparos…

—¡Ahora! —gritó Chase, girando bruscamente el volante.

El *paracraft* giró y Sophia disparó a ciegas las balas restantes del SIG en fuego automático mientras viraban. El artillero recibió un disparo en el hombro, y el impacto hizo estallar una nube de sangre y hueso astillado. Cayó hacia atrás, gritando.

El *paracraft* de Chase seguía girando, describiendo piruetas en un medio viraje…

Tiró de la palanca.

El *paracraft* pasó de modo terrestre a modo aéreo, y toda la potencia fue transferida al propulsor principal cuando las hélices más pequeñas a ras de suelo fueron desconectadas. La base de caucho se desinfló repentinamente, soltando el paracaídas con fuerza sobre el hielo de modo que se deslizó por el suelo; la combinación de la fricción y el impulso de la hélice trasera lo frenaron rápidamente. El otro *paracraft* pasó de largo, emergiendo de la nube de nieve justo antes de ver el risco que había al otro lado…

El vehículo de Chase se detuvo a menos de medio metro del borde. El otro no tuvo tanta suerte, y salió disparado sobre una gigantesca catarata helada y se despeñó hacia el suelo, un centenar de metros más abajo.

Chase lo miró mientras caía, y Sophia se sentó junto a él.

—Qué detalle por su parte dejarse caer, ¿eh?

Sophia soltó un bufido.

—Eddie, el mismísimo Roger Moore consideraría que ese chiste ha sido… —Sus ojos se abrieron como platos cuando del *paracraft* despeñado

surgió un segundo paracaídas, una mancha escarlata que se desplegó para detener su caída. Con el motor aún rugiendo, dio media vuelta hacia ellos— … ¡prematuro!

Chase revolucionó el motor de su vehículo y tiró de la palanca para que la base se volviera a hinchar. El *paracraft* se alejó del risco.

—¡Matt! —dijo por radio, al ver que el convertiplano cambiaba de rumbo —. No ha salido como yo esperaba. ¿Cuánto tiempo tardaréis en aterrizar y recogernos?

—Un minuto —dijo Trulli. Demasiado tiempo, comprendió Chase. Puede que el artillero estuviera herido, pero lo más probable era que al piloto tampoco se le diera mal disparar, y si dañaba el convertiplano estarían perdidos.

—Tendréis que recogernos en marcha —decidió—. Soltad una cuerda del cabestrante. La cogeremos y podréis subirnos.

—¿Crees que es una buena idea?

—¡No, pero es la única que tengo!

El convertiplano descendía ya, con los motores en modo de aterrizaje. Chase distinguió un cable negro que caía de un costado. Miró atrás. Un destello rojizo se elevaba sobre el risco, y el *paracraft* lo siguió un instante después. Se zambulló en una enorme nube de nieve, y el paracaídas cayó tras él. Sin embargo, el vehículo oscuro no tocó el suelo, sino que se deslizó apenas a medio metro por encima de él; las cortas alas atrapaban el aire bajo sí y proporcionaban la elevación suficiente para sostener el vehículo en un efecto semejante al de un planeo a ras de suelo.

Sin el paracaídas, además, el *paracraft* podía ir mucho más rápido.

—No tenemos tiempo. —El vehículo de la Alianza reducía la distancia a pasos forzados, y Chase no sabía cómo hacer que su propio *paracraft* se elevara del suelo e hiciera lo mismo—. ¡Matt! ¡Vamos hacia vosotros… volad en línea recta y trataré de alcanzar el cable!

El BA609 descendió a unos treinta metros de altura y frenó; el cable tocó el suelo. Chase dirigió el *paracraft* hacia allí, buscando entre los controles algo que pudiera ayudarlos. Un botón negro resultó ser el mando para soltar el paracaídas de apoyo, pero eso no le servía de nada ahora mismo, puesto que actuaría como una especie de gigantesco freno de mano y los ralentizaría aún más.

Todo o nada. Alineó el morro abollado del *paracraft* con el convertiplano y vio a Trulli asomar por la puerta.

—¿A qué distancia están? —le preguntó a Sophia.

—Ciento cincuenta metros, o menos. Se están acercando muy rápido.

—Ve a la parte delantera —le dijo Chase—. Cuando te lo diga, coge el cable. En cuanto lo tengas, les diré que lo icen, y te subirán con él.

—¿Y qué pasa contigo?

—¡Todavía no lo he pensado!

Sophia subió al asiento delantero. Se estaban acercando rápidamente al convertiplano, que inclinó el morro levemente para adecuarse a su velocidad. El extremo del cable era un gancho, parte del sistema de cabestrante que habían usado para recuperar el artefacto sumergible de Trulli. Rebotaba sobre el suelo, levantando astillas de hielo a cada impacto.

—Subid —le dijo Chase a Trulli—. Medio metro más o menos.

El vehículo ascendió ligeramente, y el pesado gancho se elevó con él hasta que osciló justo por encima del suelo. Chase ajustó el rumbo para seguirlo, y la nube de hielo que levantaba el convertiplano en su vuelo le golpeó el rostro.

—¿Dónde están?

—A cincuenta metros.

El cable bailaba justo por delante del *paracraft*.

—¡Prepárate para cogerlo!

El ruido del motor del segundo *paracraft* cambió abruptamente. Un momento después se oyó un golpe extrañamente amortiguado tras ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Chase, sin atreverse a apartar la mirada del cable.

—Acaban de tomar tierra. —El vehículo de la Alianza se había dejado caer sobre el hielo; la base inflable absorbió la mayor parte del impacto. El artillero, con el rostro compungido por el dolor, se las había arreglado a pesar de todo para apoyar su SIG en el cristal delantero, y lo apuntaba ya hacia su blanco—. ¡Eddie, va a disparar al convertiplano!

Chase no dijo nada; elevó el *paracraft* un poco más…

El gancho golpeó la estructura de fibra de vidrio. Sophia aferró el cable y lo atrajo hacia sí. Después, encajó un pie en el gancho.

Una ráfaga de disparos. Dos tiros fallaron, y el tercero impactó en el fuselaje del convertiplano. El artillero apuntó de nuevo…

—¡Subid! —rugió Chase.

Larsson respondió de inmediato; los motores del Bell gimieron cuando incrementó la potencia. El cable se tensó y elevó a Sophia del *paracraft*.

El dedo del artillero presionó el gatillo…

Chase apretó el botón negro y saltó de su asiento, al tiempo que daba una patada a la columna de dirección y aferraba con la mano extendida el tobillo de Sophia mientras esta ascendía a toda prisa.

El paracaídas de reserva del *paracraft* salió despedido de la parte trasera del casco. El rebufo de la hélice lo desplegó inmediatamente de modo que salió despedido hacia arriba, llevándose consigo el *paracraft* ya vacío.

La última patada de Chase a los controles había desplazado los *flaps* de las alas a su límite, inclinando el *paracraft* de manera muy pronunciada, demasiado, de hecho. Dio una sacudida y se detuvo, cayendo de nuevo hacia tierra.

Justamente encima del otro *paracraft*.

La fibra de vidrio se despedazó, y las esquirlas atravesaron la carne de los hombres; después, los depósitos de combustible de ambos vehículos se rompieron y estallaron, desperdigando montones de escombros en llamas por el prístino hielo.

Chase sintió el calor de la explosión. Alzó la vista y vio a Sophia aferrada al cable; por encima de ella volaba el convertiplano. Trató de sostener con su otra mano el cable, pero le resultó imposible a causa del impulso vertical generado por los rotores. Su otra mano comenzaba a resbalar, y poco a poco se desprendía del pie de Sophia. La miró con gesto de súplica…

Ella lo miró a su vez, pero la expresión en su rostro era de fastidio. Señaló el suelo. Chase bajó la vista, y reparó en que estaba apenas a medio metro por encima del suelo, puesto que Larsson había frenado y descendido. Tímidamente, Chase soltó su pie y se dejó caer. Sophia saltó a su lado. El convertiplano se apartó, y Trulli les hizo una seña de que todo estaba en orden mientras el vehículo daba la vuelta para tomar tierra cerca de allí.

—Vale —dijo Sophia—, ¿podemos irnos ya?

—Sí —respondió Chase—. Tenemos que regresar a Australia… y después ir a África.

—Hemos encontrado los *paracraft* —dijo uno de los miembros restantes de la Alianza por la radio de Vogler—. Los dos han sido destruidos.

—¿Y Chase y Blackwood? —preguntó Vogler.

—Ni rastro de ellos. Pero hay restos de un aterrizaje cerca. Deben de haber huido en avión.

El rostro habitualmente impasible de Vogler reflejó frustración.

—Entendido. Volved aquí. Corto.

—¿No es vuestro día, eh? —dijo Nina—. ¿Cuántos han sido, once hombres y dos hovercraft?

—Por suerte para usted, doctora Wilde, nos queda bastante sitio en el otro *paracraft* para usted. De otro modo, esto —señaló la biblioteca que les rodeaba— sería su residencia definitiva. Al menos durante el tiempo que permanezca en pie.

Nina lo miró amargamente.

—¿De verdad vais a destruirlo?

—Cuando tengamos lo que necesitamos, sí. —Contempló la enorme estancia. Habían establecido una especie de línea de producción improvisada; dos de los soldados de la Alianza traían montones de tablillas de barro que Ribbsley había considerado de interés, para que un tercero tomara imágenes en alta resolución de ellas.

—No deberíamos llevárnosla con nosotros —gruñó Zamal, que andaba cerca de allí—. Deberíamos matarla ahora mismo.

—Otra vez no —suspiró Vogler—. Ya conoces el procedimiento.

—El procedimiento ya no cuenta, Hammerstein está muerto. Y él habría votado matarla.

—Eso no lo sabes —replicó el otro. Nina estaba segura de que Zamal tenía razón, pero prefirió guardárselo para sí misma—. Y no permitiré que nadie tome medidas contra ella hasta que el Triunvirato haya alcanzado un veredicto mayoritario.

Zamal soltó una risilla sarcástica.

—Eso será difícil, ya que solo quedamos dos. ¿O estabas pensando en ascender a alguien? —Contempló a los tres hombres que trabajaban con las tablillas; todos eran árabes—. ¿A alguno de mis hombres, quizá? Tengo tres y tú solo uno. Tengo las de ganar.

Vogler negó con la cabeza.

—Estaba pensando en alguien en quien podamos confiar, cuya opinión respetemos.

Otra áspera carcajada.

—¿No estarás hablando de Ribbsley, no? ¿O de Callum?

—El cardenal.

Zamal lo miró sorprendido.

—¿El cardenal? Ya no forma parte de la Alianza.

—Nadie deja la Alianza, Zamal. No del todo. Y sé que valoras su opinión, y que confías en él.

—Es verdad —dijo Zamal de mala gana—. Pero dado que fue tu mentor, creo que su opinión no sería objetiva.

—Decidirá en función de los hechos. Y creo que es tan posible que vote a tu favor como al mío. Hasta que nuestros camaradas judíos nombren a un nuevo miembro para el Triunvirato, esa será la manera más rápida de llegar a una decisión. Y dado que Chase y Blackwood saben dónde está Edén, tendremos que actuar con rapidez. —Miró a Nina—. Usted vendrá con nosotros.

—¿Así que vais a mantenerme con vida?

La tensa sonrisa del otro no la tranquilizó en exceso.

—Por ahora.

30

Ciudad del Vaticano

Es el Estado independiente más pequeño del mundo, con un área de menos de medio kilómetro cuadrado. Una ciudad dentro de una ciudad, completamente rodeada por la capital de Italia, Roma. Y sin embargo, es también uno de los estados más poderosos del mundo, uno que trasciende las fronteras de nacionalidad, raza y tendencias políticas y que tiene influencia sobre más de mil millones de personas a lo largo del globo: los seguidores de la Iglesia católica.

Tanto Roma como la Ciudad del Vaticano eran lugares que Nina llevaba mucho tiempo queriendo visitar, aunque había planeado hacerlo como turista, no como prisionera. Y desde luego no con la amenaza de su propia muerte sobrevolando su cabeza.

Esa amenaza se llevaría a cabo, o se desestimaría, en función del dictamen de un hombre. Un hombre al que estaba a punto de conocer.

Cuando Ribbsley tuvo todas las fotografías que quería, la Alianza comenzó el largo y frío vuelo en *paracraft* de regreso. Su destino era la inhóspita barrera de hielo Wilkins, que se encontraba a unos sesenta y cinco kilómetros de la estación Casey australiana, el único lugar en centenares de kilómetros que podía dar cobijo a aeronaves capaces de cruzar el océano Antártico. Dos transportadores Hércules los aguardaban allí; uno de ellos llevaría a Nina y a los dos líderes de la Alianza que quedaban con vida, Ribbsley y Callum, a Hobart, en la isla australiana de Tasmania, desde donde un *jet* los transportaría en el largo viaje hacia Europa. Era ya de noche cuando, agotada y con *jetlag*, llegaron por fin al Vaticano en un Audi Q7 con ventanas ahumadas. Zamal y Callum la flanqueaban, y cada uno sostenía un arma. El Audi atravesó una entrada lateral, y Nina pudo admirar de refilón la

majestad de la basílica de San Pedro antes de ser conducida a un anodino edificio cerca de la estación ferroviaria del diminuto estado.

Sus dos escoltas guardaron las armas, pero Nina no dejó de sentir esa perenne amenaza mientras la conducían adentro, con Vogler en cabeza. Hombres vestidos con trajes oscuros hacían guardia en el interior, en sus rostros los mismos gestos fríos e hieráticos que los que adornaban a los integrantes del equipo de Vogler en la ciudad congelada. Eran antiguos guardias suizos, ahora encargados de una misión mucho más secreta. ¿Sería este lugar la sede de la Alianza, dentro del mismísimo Vaticano?

El interior del edificio era elegante a la vez que austero. Este era un lugar de trabajo, no de oración. Aunque era silencioso, las pisadas del grupo resonaron en ecos por los pasillos de suelos pulidos. Nina tuvo la sensación de que tras cada una de las puertas cerradas que veía pasaban muchas cosas. Había un aroma a poder, comedido pero innegable.

Vogler la condujo por unas escaleras hacia el piso de arriba, y después hacia una puerta que se encontraba al término de un largo pasillo. La abrió.

—Entre. —Nina vaciló, pero finalmente tragó saliva y obedeció. Vogler entró tras ella, y los demás se quedaron fuera.

La estancia era una mezcla de despacho y estudio; dos de las paredes estaban cubiertas de libros en estantes y altos archivadores; en una tercera, altas ventanas daban a la cúpula de San Pedro. La cuarta estaba dominada por una fabulosa chimenea de mármol, encendida en ese preciso instante. Ante ella había dos sillones de cuero rojo gastado por el paso del tiempo.

Un anciano vestido de negro se sentaba en uno de ellos, y contemplaba las llamas. Vogler se colocó a su lado e inclinó respetuosamente la cabeza.

—Cardenal —dijo. El otro alzó la vista y respondió en italiano. Nina no conocía el idioma lo bastante para comprender lo que estaban diciendo, pero a juzgar por su tono parecían conocerse muy bien.

Vogler le entregó al anciano el cilindro que contenía la grabación de la canción. El otro lo inspeccionó, lo dejó con cuidado en una pequeña mesa y se puso en pie para encararse con Nina, revelando al hacerlo que sus ropas eran las de un cardenal. Había, sin embargo, algo extraño en ellas, y Nina tardó unos segundos en comprender de qué se trataba: estaban desprovistas de cualquier tipo de color o elemento decorativo, ni siquiera un crucifijo.

—Doctora Wilde —dijo, gesticulando hacia el sillón vacío—. Siéntese, por favor.

Ella miró el sofá con recelo.

—No hasta que sepa qué está pasando.

El anciano se encogió de hombros.

—Como desee. Pensé que tras su largo viaje preferiría estar cómoda. Espero que no le importe que yo sí me siente. —Se sentó de nuevo, y el cuero crujió bajo su peso—. Me llamo Jonas di Bonaventura, y estoy seguro de que tendrá muchas preguntas. Pero la pregunta que la ha traído hasta aquí es una muy sencilla: ¿merece seguir viviendo? —La miró intensamente con sus ojos claros y penetrantes, propios de un hombre mucho más joven.

—¿Quiere que responda yo a eso? —replicó Nina—. Porque, en ese caso: ¡sí, joder, claro que sí!

Di Bonaventura sonrió.

—Hace honor a su reputación, doctora Wilde. Por favor, siéntese. Si tengo que seguir mirándola de este modo, terminará por dolerme el cuello. —Su sonrisa se oscureció—. Y no creo que le interese que eso afecte a mi decisión.

Nina vaciló y después se sentó en el brazo del sillón. Vogler se puso a su lado, en una posición, comprendió Nina, en la que le resultaría muy sencillo abatirla si se veía obligado a desenfundar su arma.

—Así que —dijo Nina, tratando de no dejar que la situación la intimidara —, esta es la sede de la Alianza del Génesis, ¿eh?

—La Alianza no tiene ninguna sede —dijo Di Bonaventura—. Ni siquiera existe. Oficialmente, al menos. Es una sombra, un fantasma, un secreto que muy pocos conocen.

Nina miró por la ventana hacia la enorme cúpula iluminada de San Pedro.

—Incluyéndolo, ya sabe… ¿a él? ¿El de blanco?

Vogler resopló ligeramente, lo bastante como para dejar patente su desagrado por la falta de respeto de Nina. Di Bonaventura, sin embargo, se limitó a recostarse en su sillón.

—Claro que no. Esa es una de nuestras normas más firmes. Él nunca debe saberlo. Eso convertiría a su santidad en un hipócrita, y eso no puede suceder, no podemos permitir que suceda. Lo que hacemos, lo hacemos en secreto. Yo soy un *cardinale in pectore*, un cardenal secreto, pero no en el sentido en el que la mayoría de la gente emplearía el término, incluida su santidad. Los papas son elegidos entre las filas de los cardenales, pero el mero hecho de conocer la existencia de la Alianza me descalifica como candidato. Soy, en cierto modo, un agente de la Iglesia, del mismo modo que los gobiernos y las empresas tienen agentes que trabajan para protegerlos. Y para conservar sus secretos.

—Como el secreto de los veteres. Sí, lo sé todo sobre ellos —dijo Nina, y se fijó en que el cardenal arqueó levemente una de sus pobladas cejas de pelo

blanco.

Sonrió de nuevo.

—¿Lo sabe? No lo creo.

—Pues vamos a comprobarlo —dijo Nina—. Su existencia data de alrededor de hace ciento treinta mil años, se expandieron por todo el mundo desde África hasta la Antártida, construyeron ciudades que no tendrían parangón a nivel arquitectónico en decenas de miles de años, tenían un complejo lenguaje escrito, un sistema numérico que adoptarían más tarde los atlantes, veneraban a un único dios… y algo más, ¿qué era? —Fingió estar tratando de acordarse—. Ah sí, venían de un lugar llamado el Jardín del Edén, sí, eso era —concluyó—. Creo que eso es todo.

Di Bonaventura la contempló el silencio… y después, para fastidio de Nina, rio con ganas durante un buen rato. No era una carcajada sarcástica, o burlona; le hacía gracia de verdad, y se reía del mismo modo que lo haría un padre ante las hazañas de un niño algo precoz.

—Es cierto que sabe mucho de los veteres, incluyendo algunas cosas que, efectivamente, la Alianza no conocía. La felicito por eso. Pero a pesar de todo lo que ha averiguado, le queda una cosa por conocer… ¡el secreto mismo de los veteres!

—¿Qué? —preguntó Nina, y comprendió que el viejo la había manipulado para que revelara en parte lo que sabía, para saber hasta dónde llegaba su conocimiento de los veteres—. ¿Qué secreto?

Di Bonaventura se limitó a sonreír de nuevo, lo que la enfureció.

—Nada de lo que ha descubierto usted le importa a la Alianza. Si eso fuera todo, la Alianza ni siquiera tendría necesidad de existir.

—Entonces, ¿cuál es el secreto? —El anciano no dijo nada—. Vale, así que es algo que creéis que es tan peligroso para las religiones abrahámicas que debe ser suprimido y todas las pruebas eliminadas. ¿Estoy en lo cierto?

El cardenal asintió.

—Siga.

Nina comprendió que, si deducía ese secreto, estaría firmando su sentencia de muerte. Pero algo la impulsaba a continuar: tenía que saberlo.

—Pero no se trata solo de que esa civilización fuera muy anterior a la época de Abraham. Hay algo en ella que contradice el Génesis, que puede demostrarse que contradice el Génesis —comprendió—. Esa es la amenaza, ¿verdad? Y usted sabe lo que es.

—Pero ¿lo sabe usted, doctora Wilde? ¿Lo ha averiguado?

—¿Por qué? —Nina miró a Vogler—. Si digo que sí, ¿va a decirle que me dispare?

Di Bonaventura soltó una risilla.

—Aquí no, desde luego. La alfombra quedaría hecha un desastre. —La miró de nuevo, intensamente—. Y quizá no sea necesario en absoluto. Pero eso depende de usted.

—Así que, ¿si le doy la respuesta correcta, quizá no me mate?

—No importa la respuesta, sino las creencias que conducen a ella.

—Muchas gracias, maestro Yoda —resopló Nina, antes de fruncir el ceño, pensativa—. ¿Qué podría contradecir el Génesis tanto que la Alianza llegaría a matar para evitar que se supiera? La ciencia ha contradicho el Génesis muchas veces ya, desde la geología hasta la astrofísica, la zoología… pero no han enviado comandos a asesinar a Stephen Hawking. Así que debe de ser algo muy gordo… —Reflexionó en silencio—. ¿No serán los aliens, no?

Un largo silencio, roto solo por el crepitar del fuego. Y después:

—¡Claro que no son los aliens! —dijo Di Bonaventura, debatiéndose entre la risa y la incredulidad ante el hecho de que Nina pudiera albergar una noción tan ridícula como aquella—. ¡Y yo que pensaba que era una científica seria! ¡Aliens!

—¡Ey! —protestó Nina—. ¡Claro que soy una científica seria! He averiguado más sobre los veteres en dos semanas que ese imbécil de Ribbsley en quince años, o el tiempo que lleve trabajando para vosotros. ¿Desde cuándo existe la Alianza, por cierto?

Di Bonaventura seguía sonriendo.

—La sutileza no es uno de sus fuertes, ¿verdad?

—Ni tampoco uno de los métodos de la Alianza. ¿Cuánto tiempo? Si van a matarme de todos modos, da igual que me lo diga.

—¿Y si decido dejarla con vida?

—Entonces es porque me necesita para algo, y puede que tenga más ganas de cooperar si me da algo a cambio.

—¿Me está diciendo que estaría dispuesta a colaborar con la Alianza?

—He dicho puede. Pero es un puede muy pequeñito. Diminuto.

—Quizá se sorprenda a sí misma, doctora Wilde. Pero, para responder a su pregunta, la Alianza, en su actual forma, ha existido desde los años cincuenta del siglo pasado. Aunque una organización secreta similar ha existido dentro de la Iglesia durante cientos de años, desde el primer descubrimiento de los veteres.

—¿Así que el judaísmo y el islam no han formado siempre parte de ella?

—No, aunque tenían sus propias organizaciones equivalentes.

—Debe de haber sido algo enorme para unirlas. Es decir, el cristianismo, el judaísmo y el islam no son conocidos precisamente por su cooperación mutua.

—Ha habido algunos ejemplos —dijo Di Bonaventura—. ¿Ha oído hablar de la Declaración de Alejandría? —Nina negó con la cabeza—. Fue un acuerdo entre las fes firmado en 2002, para poner fin a las hostilidades mutuas en un intento por llevar la paz a la Tierra Santa.

—Pues no ha tenido mucho éxito que digamos, ¿no?

Por primera vez, Di Bonaventura se mostró levemente a la defensiva.

—Puede burlarse si quiere, doctora Wilde, pero las intenciones de los firmantes eran sinceras. Eran todos hombres de Dios, trabajando por un fin común. Igual que la Alianza.

—¿La Alianza hombres de Dios? —dijo Nina—. Después de toda la gente que han asesinado, ¿se atreve a decir que lo hacían en nombre de Dios? Y sin embargo ni siquiera osa contarle a su propio líder que la Alianza existe. Eso sí que lo convierte a usted en un hipócrita.

—Es cierto —concedió el otro, y en su rostro se reflejó un viejo remordimiento—. Y cuando llegue el momento, todos seremos juzgados. Puede que incluso seamos condenados. Pero por ahora, proteger la fe parece ser el camino correcto.

—¿Proteger la fe? ¿O proteger a la Iglesia? —Nina lo miró con sus ojos verdes, tan intensamente como antes lo miraba él a ella—. ¿Se trata de eso? ¿Teme que lo que he descubierto destruya a la Iglesia? ¿Y no solo la suya, sino también la judaica y la islámica?

—Se da usted mucha importancia —dijo Di Bonaventura—. La Iglesia ha sobrevivido a Copérnico, a Galileo y a Darwin. También sobrevivirá a Nina Wilde. Y también las otras fes. Su descubrimiento del Edén, de hecho, las reforzará, al convertir el relato del Génesis en una alegoría de hechos históricos.

—¿Mi descubrimiento? —dijo Nina, con cierto orgullo—. ¿Así que la Alianza no lo sabía a ciencia cierta?

—Lo… sospechábamos —dijo Vogler—. Otros yacimientos, las traducciones de Ribbsley, apuntaban a esa posibilidad. Pero no fue hasta que encontró usted el cilindro en la Antártida que tuvimos pruebas de su existencia.

—Pero no saben dónde está —dijo Nina—. Y Eddie y Sophia sí. Y probablemente ya estén de camino. Es decir, no he oído a nadie decir que

hayan muerto. —Miró a Vogler—. ¿Me equivoco?

El otro negó con la cabeza.

—Parece que han escapado de la Antártida.

—Me alegro por ellos. Bueno, por Eddie. Me da igual lo que le pase a Sophia.

—Quizá sí debería importarle —dijo Di Bonaventura—. ¿De verdad quiere que ella encuentre el Jardín del Edén? Una asesina, una terrorista, una chantajista… sí, sé por qué su presidente le tiene tanto miedo —continuó, al ver el gesto de sorpresa de Nina—. Es mi trabajo saber ese tipo de cosas.

—Para proteger a la Iglesia, supongo.

—Sí. Raramente usamos esa influencia directamente, pero debido a la lujuria de Gabriel Ribbsley nos vimos obligados a… pedirle al presidente Dalton que le diera lo que deseaba a cambio de ayudarnos.

—¿Libera a Sophia o ponemos fin a tu presidencia con el escándalo de la década?

—Algo así. Pero Gabriel era ya avaricioso, y esto ha demostrado que no podemos seguir confiando en él. Así que necesitamos a otra persona que descubra los secretos de los veteres. —Retomó su intensa mirada de antes—. Quizá usted.

—¿Yo? —replicó Nina—. ¿Está loco? Primero intentan matarme, ¿y ahora me ofrecen trabajo?

—No es un trabajo exactamente. Más bien un trato.

—Encuentro el Edén para vosotros y no me matáis, ¿no? —Di Bonaventura asintió—. ¿Y si rechazo su generosa oferta?

Di Bonaventura contempló las llamas.

—Ahora que sabemos que existe, debemos encontrar el Edén. De un modo u otro, averiguaremos lo que usted sabe. Puede decírnoslo voluntariamente… o podemos entregarla al señor Callum. —Se giró de nuevo hacia Nina y la miró fijamente—. Hay una celda vacía en Guantánamo, anteriormente ocupada por Sophia Blackwood. Él podría encargarse de que vuelva a estar habitada.

Nina contuvo el aliento ante aquella amenaza, pero intentó que la aprensión no se reflejara en su rostro.

—Pero para cuando yo confiese, puede que Eddie ya haya encontrado el Edén.

—Y por eso preferiría que cooperase voluntariamente, doctora Wilde. Ya he tomado mi decisión, que los miembros supervivientes de la Alianza han

acordado aceptar. Considero que es lo mejor para los intereses de la Alianza que usted —hizo una pausa—… viva.

—Genial —dijo Nina, visiblemente aliviada—. Qué lástima que Zamal no esté aquí para oír eso. Me habría encantado ver su cara.

—No sea tan engreída —dijo Vogler—. Puede que Zamal encuentre otro motivo para poner fin a su vida. Y puede que la próxima vez yo esté de acuerdo con él.

Di Bonaventura le hizo una señal para que se calmase.

—Creo que ha comprendido la amenaza. Y espero que también comprenda la oportunidad que le estamos dando. —Se puso en pie y se encaró con Nina—. Si acepta ayudarnos a encontrar el Edén, usted también podrá verlo. Será una de las personas que lo descubra. Imagíneselo, doctora Wilde. Sería el descubrimiento arqueológico más importante de la historia. Ni siquiera la Atlántida se le puede comparar.

—Puede que tenga razón —respondió Nina—. Pero descubrir el Edén no me servirá de mucho si estoy muerta cinco minutos después.

—Quizá no haya necesidad de matarla. Si encuentra el Edén, y si contiene lo que sospechamos, puede que entienda por qué se creó la Alianza. Incluso puede que esté de acuerdo con su propósito.

—Lo dudo mucho. Pero ¿por qué no me dice cuál es ese gran secreto ahora mismo?

El cardenal sonrió.

—Porque entonces no tendría ningún incentivo para averiguarlo usted misma. Sé qué clase de persona es usted, doctora Wilde. La comprendo muy bien. La guía el ansia de conocer, de descubrir lo que está oculto. Siente la necesidad de ampliar las fronteras de su conocimiento, del conocimiento de todos. La entiendo, porque yo soy igual que usted.

—No somos iguales —intervino Nina con vehemencia—. Yo soy una científica, manejo hechos, cosas tangibles, demostrables, cosas que puedo sostener en mi mano y mostrarle al mundo. Usted hace lo contrario, intenta suprimir el conocimiento. Para proteger su fe.

—Mi fe es fuerte y no necesita ser protegida.

—¿Entonces por qué está intentando borrar todo rastro de los veteres?

—Porque no todo el mundo tiene una fe tan fuerte como la mía. —Mientras Nina asimilaba aquellas palabras, el cardenal prosiguió—: Doctora Wilde, la ciencia y la fe no son mutuamente exclusivas. La Iglesia no se opone a la ciencia, ni mucho menos. Astronomía, cosmología, genética, biología evolutiva… la Iglesia las ha acogido a todas.

—Tras largas disputas —apuntó Nina.

—En algunos casos, cierto. Las teorías controvertidas no pueden aceptarse de la noche a la mañana. Pero al final, solo un necio niega lo innegable. Y es entonces cuando la ciencia y la fe se unen. Son dos caras de la misma moneda, la búsqueda de la verdad. A través de la ciencia, es posible responder a la pregunta: ¿qué es esto? Y a través de la fe, puede responderse a la otra: ¿qué significa esto? Solo cuando se conocen ambas respuestas puede encontrarse la verdad última.

—Y la verdad última es…

—El propósito de la Alianza. El secreto de los veteres. Y la esperanza… —apartó la mirada, hacia el techo, o quizá hacia algo situado más allá—, la esperanza de que, algún día, entenderemos de qué modo encajamos en los planes de Dios.

—Cardenal —dijo Vogler, y esta vez había un tono de advertencia en su voz. El equilibrio de poderes en la sala había oscilado sutilmente y pasado del antiguo líder de la Alianza a su protegido. ¿Había hablado demasiado Di Bonaventura? ¿O quizá expresaba otro remordimiento largamente oculto?

Sus palabras, al menos, le confirmaron a Nina que fuera el que fuera el secreto de aquella civilización hace tanto tiempo desaparecida, ciertamente entraba en claro conflicto con las palabras del Génesis, tanto que la Alianza temía el daño que pudiera causarle a las tres religiones abrahámicas. Pero ¿qué secreto podía ser ese?

Una cosa estaba clara. Por ahora, su única posibilidad de sobrevivir pasaba por aceptar la oferta de Di Bonaventura, y tratar de sacarle a los escasos datos que recordaba del mapa destruido el partido suficiente y durante el tiempo suficiente para permitirle escapar.

Y había algo más. ¿Y si…? ¿Y si realmente descubría el Jardín del Edén? El cardenal tenía razón: sería el descubrimiento más importante de la historia. Y si fuera ella quien lo lograra…

—De acuerdo —dijo, poniéndose en pie—. ¿Cardenal? Acepto su oferta. —Extendió su mano derecha.

Por unos segundos Di Bonaventura pareció casi sorprendido. Pero después tomó su mano y la estrechó.

—Bien. Killian —dijo, volviéndose hacia Vogler—, ha sido agradable verte de nuevo, y espero haberle sido de ayuda a la Alianza.

Vogler inclinó la cabeza.

—Lo ha sido, cardenal. Gracias. Aunque dudo que a Zamal le haga feliz su decisión.

—Zamal comprenderá que es lo mejor. Con el tiempo. Siempre lo hace.

—Sí, siempre lo hace. Con el tiempo. —Los dos hombres compartieron una sonrisa privada, y se dieron la mano—. Cardenal —dijo de nuevo Vogler; después, llevó a Nina hacia la puerta.

—¿Doctora Wilde? —dijo Di Bonaventura.

—¿Sí?

—Buena suerte.

Nina quedó tan sorprendida por su aparente sinceridad que lo único que acertó a decir fue:

—Gracias.

Tal como Vogler había pronosticado, Zamal no recibió con alegría la decisión del cardenal.

—¡Se equivoca! —gritó, golpeando con el puño la mesa. El grupo había abandonado el Vaticano y marchado a una casa grande en Roma, desde cuyas ventanas aún podía verse la cúpula de San Pedro a lo lejos—. ¡Sabía que se pondría de tu parte!

—Prometiste aceptar su decisión —dijo Vogler—. Y ahora que hemos deshecho el empate, tenemos un nuevo objetivo. La doctora Wilde nos guiará al Edén.

Ribbsley resopló.

—Lo dudo mucho. Aunque conozca la ubicación, lo cual es poco probable, solo intentará demorarnos para dar a Chase la oportunidad de llegar allí antes que nosotros.

—Conoce los riesgos de hacernos perder el tiempo —dijo Vogler, mirando a Nina, que estaba sentada apartada de los otros con rostro inexpresivo—. Y sin duda —continuó, girándose hacia Callum—, los servicios de inteligencia de los Estados Unidos ya habrán logrado localizar a Chase y Blackwood. ¿Me equivoco?

El hombre del pelo blanco se envaró en su asiento, dispuesto a recoger el guante, pero incapaz de hacerlo debidamente.

—Por desgracia, aún no.

—¿Aún no? —repitió Zamal—. Satélites, ordenadores, espías, trillones de dólares… ¿y no tenéis nada?

—Nada no —dijo Callum entre dientes—. El Southern Sun llegó a la base francesa de Dumont d'Urville hace unas cinco horas. Los miembros supervivientes de la expedición de la UNARA van a volar de vuelta a

Australia desde allí. Pero Chase y Blackwood no iban a bordo, y faltaba el convertiplano del barco. No pudo llegar a tierra desde la costa de la Antártida, así que una de dos: o se dirigieron hacia el norte hasta alcanzar los límites de su autonomía y después giraron hacia Dumont, o desmontaron el vehículo y lo convirtieron en un montón de chatarra volante. Aun así, el único lugar al que podrían haber llegado es Tasmania, pero de momento no los hemos encontrado.

—Puede que se estrellaran en el mar —murmuró Zamal.

—No creo que tengamos tanta suerte —dijo Vogler—. Pero ¿no ha habido ni rastro de ellos? ¿Nada de nada?

Callum negó con la cabeza.

—O siguen en Australia o han usado documentación falsa para salir del país. —Miró con enojo a Nina—. Supongo que no sabes nada de eso.

Nina se recostó en su silla y se puso las manos tras la cabeza.

—A mí no me mires, yo pago mis impuestos.

Zamal golpeó la mesa con ambos puños.

—Puedo obligarla a hablar.

—No tiene importancia —dijo Vogler—. Tenemos muchos más recursos que ellos, podemos vencerlos.

—Si ella coopera —dijo Callum.

—Creo que lo hará.

—Tienes mucha fe —murmuró Zamal.

—¿No es ese el motivo por el que estamos aquí?

—No es el motivo por el que yo estoy aquí —dijo Ribbsley, mientras se acercaba a una ventana para contemplar Roma—. Y si creen que voy a atravesar el desierto de Sudán, están muy equivocados. Jartum es un lugar horrible, pero al menos los hoteles tienen aire acondicionado y servicio de habitaciones, aunque no pueda uno pedir una copa. Volaré por mi cuenta hacia el lugar cuando ella lo encuentre. —Se dio media vuelta, mirando a Nina con desdén—. Si es que lo encuentra.

—Lo haré —replicó ella, en parte para mantener en pie la ficción de que había memorizado y traducido el mapa, pero también al creer herido su orgullo profesional—. Hasta ahora lo he hecho bastante mejor que usted, ¿no le parece? —Ribbsley resopló y le dio la espalda—. ¡Ja!

—En ese caso —dijo Vogler—, puede empezar por darnos un punto de partida. Ha hablado de Sudán, pero tendrá que ser más específica. Teniendo en cuenta que es el país más grande de África. —Le pasó un mapa sobre la mesa—. Bueno. ¿Empezamos, doctora Wilde?

31

Sudán

—¿Seguro que sabéis adónde vais? —preguntó Tamara Defendé, también llamada T. D., a sus amigos mientras tomaba tierra con su maltrecha avioneta Piper Twin Comanche en la polvorienta pista.

—Más o menos —dijo Chase, contemplando el paisaje. El desierto que rodeaba El Obeid, en el centro de Sudán, parecía tan desolado como la superficie de Marte—. Bueno, puede que más menos que más.

El aeroplano tocó el suelo y las ruedas chirriaron. Chase dio un respingo en su asiento.

—Perdón —dijo T. D., frenando—. No me apasiona estar aquí. Estado islamista fundamentalista radical por un lado, empresaria independiente africana por el otro… no es la mejor combinación.

—¿Tienes algún problema con los sudaneses? —preguntó Sophia desde la última fila de asientos del aeroplano.

—Si están pagando a los yanyauid para violar y asesinar mujeres africanas, sí —dijo T. D. con enojado sarcasmo—. Puede que las noticias no llegaran a tu celda, pero aquí ha habido jaleo. En un lugar llamado Darfur.

—No vamos a Darfur —dijo Chase, tratando de aliviar la tensión entre ellas. T. D. era una vieja amiga, y en un primer momento no puso pegas a volar hasta Nairobi para reunirse con Chase, pero las ganas se le fueron quitando cuando se enteró de adónde pretendía ir este, y la cosa empeoró cuando conoció la identidad de su acompañante. Chase tenía la sensación de que T. D. le reprochaba a Sophia que lo hubiera traicionado a él personalmente más que cualquiera de sus crímenes.

—Pero sí muy cerca. Esa parte del desierto que me enseñaste en el mapa, puede que parezca estar vacía, pero sigue siendo territorio de los yanyauid. —T. D. fingió escupir—. No deberíais acercaros a ese sitio.

—Por desgracia, no tenemos elección. —T. D. abandonó la pista central. Había varios aviones detenidos en la arena, y cerca de allí había camiones pintados de blanco y Land Rovers aparcados—. Eso son camiones de la ONU. ¿Qué pasa?

—Ayuda humanitaria —le dijo T. D.—. Se supone que tiene que ir a Darfur, pero, sorpresa, sorpresa, aquí se ha quedado. —Su atractivo rostro adoptó una atípica dureza—. Odio este país.

—No es más que uno más de los casos perdidos de este continente —dijo Sophia con desdén—. A África entera le iba mucho mejor en la época colonial. —T. D. la miró de una manera que daba a entender que, de no estar ocupada con los mandos, le hubiera dado un puñetazo.

—Sophia, cállate —dijo Chase, agotado. Los últimos días viajando con pasaportes falsos y usando tarjetas de crédito falsas habían sido muy largos y tensos, con la posibilidad siempre presente de ser identificados, capturados e incluso asesinados. Y dado que Sudán era un país gobernado por fundamentalistas islámicos, existía el peligro de que la Alianza, o al menos la rama perteneciente a Zamal, tuviera alguna clase de influencia allí. Golpeó cariñosamente el hombro de T. D.—. Gracias por todo lo que estás haciendo por nosotros.

—Lo estoy haciendo por ti, Eddie —respondió ella—. Y por Nina. Espero que esté bien.

Chase trató de mostrarse estoico.

—Y yo. Pero se la llevaron prisionera cuando podrían simplemente haberla matado, así que con suerte estará guiándolos por los distintos puntos del mapa. Cuanto más lejos les diga que está el Edén, más tiempo tendremos para encontrarlo.

—¿De verdad te crees esa historia? —preguntó T. D.—. ¿El Jardín del Edén, el mismo de la Biblia? ¿Aquí, en Sudán?

—Eso es lo que Nina pensaba, así que sí. Pero no tengo ni idea de qué es lo que vamos a encontrarnos. Si hay una especie de oasis mágico en medio del desierto, seguro que ya habría aparecido en Google Earth a estas alturas.

—Solo hay dos cosas que encontrarás allí seguro —dijo T. D., deteniendo el avión por fin—. Arena y muerte.

—La primera no me asusta, aunque sea un coñazo cuando se te mete en la raja del culo —dijo Chase, y la deliberada vulgaridad del comentario dibujó un esbozo de sonrisa en el rostro de la piloto—. En cuanto a la segunda, preferiría ser yo el que la cause. ¿Podrá encargarse tu amigo de conseguirnos algo?

T. D. apagó los motores, y siguió un silencio algo inquietante tras el continuo zumbido del aeroplano.

—Hablé con él antes de reunirme contigo en Nairobi. Os ha conseguido un coche y algunas armas. Pero no sé en qué estado estarán.

—Mientras las ruedas giren y las balas salgan cuando apriete al gatillo, servirán. Gracias. —Lo besó en la mejilla—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Personalmente, me gustaría llenar el depósito y volar tan lejos de aquí como pueda. Pero… —Inclinó la visera de su gorra de béisbol—. Puede que me quede unos días. Por si me necesitáis.

Chase sonrió.

—Te lo agradezco.

—Intenta que no te maten, Eddie. Espero que encuentres lo que estás buscando. Y a Nina.

Bajaron del aeroplano y se dirigieron al destartalado edificio de la terminal.

Doscientos cuarenta kilómetros al norte, un convoy de cinco Humvees se detuvo junto a una carretera de tierra. Los enormes 4 × 4, pintados de negro y no de camuflaje, parecían ser vehículos civiles. Sin embargo, bajo la pintura, cuyo lustre había quedado atenuado por el polvo del viaje en dirección oeste desde la capital sudanesa de Jartum, se escondían modelos M1114 que habían pertenecido a los militares, armados y poderosos.

A pesar de su tamaño, cada Humvee tenía únicamente cuatro asientos. Nina viajaba en el que iba en cabeza, acompañada de Vogler y dos de sus hombres, más exmiembros de la guardia suiza que sustituían a los que murieron en la Antártida. Nina se había fijado, no obstante, en que el contingente de Vogler constaba tan solo de cuatro hombres, en lugar de los cinco que tenía antes a su mando. ¿Se le agotaban acaso a la Alianza los recursos? La ausencia de un nuevo líder que reemplazara a Hammerstein, a pesar de la presencia de otro grupo de seis soldados israelíes de agrios rostros, sugería que así era; en ese caso, la Alianza tenía sus limitaciones, y distaba mucho de ser la omnipotente organización que una vez le pareció.

El escuadrón de Zamal, sin embargo, no se había visto mermado. Salieron de sus Humvees, formando un cordón armado mientras el árabe caminaba sobre la arena para reunirse con los cuatro jinetes que lo aguardaban.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Nina—. ¿Los cuatros jinetes del Apocalipsis?

—Nuestros guías —dijo Vogler—. Los yanyauid.

Nina conocía ese nombre: el gobierno de los Estados Unidos había declarado a aquel grupo de milicianos culpable de genocidio en Darfur.

—La Alianza hace amistades muy raras, eso está claro —dijo, sin ocultar su disgusto.

—No habrían sido mi primera opción. Pero este es su territorio; necesitaremos su ayuda. Salga. Querrán echarle un vistazo.

—Pues yo no quiero verlos a ellos —dijo Nina. Pero Vogler ya se había apeado, y rodeaba el Humvee para abrir su puerta. Bajó del vehículo de mala gana.

El interior del Humvee disponía de aire acondicionado; abrir la puerta fue como abrir la de un horno. Se puso enseguida un gorro de tela de ala ancha para proteger su pálido rostro y su cuello de la intensidad del sol, y se bajó las mangas tanto como pudo. Los ocupantes de los otros Humvees descendieron a su vez, todos ellos ataviados con uniformes de camuflaje para el desierto salvo Callum, que lucía colores caqui civiles. La miró desde detrás de sus gafas de sol plateadas.

Zamal estaba hablando con los jinetes en árabe. Todos ellos llevaban pesados turbantes y varias capas de ropa para protegerse del sol; de aquellas, la capa superior, la visible, estaba formada por prendas militares verdes y marrones, pautas de camuflaje. Sus armas eran AK-47, el rifle omnipresente del Tercer Mundo. Uno de los jinetes llevaba un lanzagranadas colgado al hombro; material militar último modelo en manos de una milicia supuestamente civil. A pesar del calor, había algo tremendamente frío en el paisaje: los ojos de aquellos hombres, la mirada fija y recelosa de personas que esperaban provocar temor, y que habían hecho mucho para justificar esa expectativa.

Y los cuatro pares de ojos se centraron en Nina.

Uno de los jinetes le dijo algo a Zamal. El otro respondió con una sonrisa burlona dirigida a Nina. Los cuatro rieron malévolamente.

—Estos son los yanyauid —dijo Zamal, dándose media vuelta y encarándose imperiosamente a ella—. Deduzco por su expresión que ha oído hablar de ellos.

—Sí, algo he oído. En las Naciones Unidas. Por lo general, en conexión con expresiones como «asesinato en masa», «violaciones en grupo», «genocidio»… Bonitas compañías para alguien que dice ser un hombre de Dios.

—Cumplen un propósito. Nos ayudarán a cruzar el desierto hasta el lugar en que según usted encontraremos el Edén. —Sus labios se torcieron, descubriendo sus dientes en una sonrisa sádica—. Y si no está allí… será usted su premio.

—No me asusta —dijo Nina, aunque su ademán desafiante no ocultó del todo su consternación. Los jinetes seguían mirándola, esbozando crueles sonrisas—. Y allí estará.

—Quizá debería indicarles adónde vamos —dijo Zamal, y sacó un mapa —. Antes de que nos reunamos con el resto de su grupo.

—¿Hay más? —preguntó Nina nerviosamente. Cuatro yanyauid (el nombre significaba literalmente «demonio a caballo») ya resultaban bastante intimidantes, pero toda una milicia…

—Oh, sí, muchos más. —Zamal dejó el mapa sobre el capó del Humvee, y Vogler y Callum se acercaron para echar un vistazo—. Bien. Cruzamos el Nilo en Jartum…

—Cruzaron el Nilo —dijo Chase, sosteniendo una impresión digital del mapa de la ciudad congelada—. Así que si retrocedemos hacia el oeste, tuvieron que venir de un oasis entre tres mesetas. —Contempló una de las imágenes del satélite, que Sophia sostenía—. No veo ningún oasis, pero aparecen y desaparecen cada par de años, por no hablar de cien mil. Pero las mesetas… tiene que ser esto. —Tocó con el dedo un trío de formaciones en el papel.

Sophia contempló el desierto en dirección noroeste.

—Entonces, hemos llegado al final del camino. Literalmente.

—Si es que se puede llamar a esto camino. —Chase contempló el bacheado sendero que habían seguido tras dirigirse hacia el norte desde El Obeid—. Ir campo a través no va a suponer mucha diferencia para el camión. —Golpeó el capó del clásico Toyota Land Cruiser de los años ochenta, oxidado y cubierto de arena, que el contacto de T. D. les había conseguido.

—O para nuestras columnas vertebrales. ¿Cuánto nos queda?

Chase cambió el mapa de los veteres por una representación considerablemente más reciente de la zona.

—Unos ciento sesenta kilómetros.

—¿Cuánto tardaremos?

—¿En este terreno? Es imposible que lleguemos hoy. Tendremos que hacer noche.

—Y solo tenemos una tienda —dijo Sophia con una sonrisa juguetona—. Vamos a estar muy juntitos.

—Una tienda y un camión —le recordó Chase—. No pienso decirle a Nina que dormí con mi exesposa.

—Tú te lo pierdes. ¿Tienes alguna preferencia, o lo echamos a suertes?

—Quédate con la tienda si quieres.

—Entonces, móntala tú. ¿Qué? —dijo cuando Chase negó con la cabeza, exasperado—. Tú has elegido dónde dormir. Es lo justo. —Miró hacia el camión—. ¿Y qué pasa con las armas?

—Dormirán conmigo —dijo él con firmeza. Además del camión y del material de supervivencia, les habían facilitado un par de armas: una vieja automática Browning High Power que Chase supuso que debía de tener un par de décadas más que él mismo, y un rifle Lee-Enfield todavía más antiguo, cuyas piezas de madera estaban arañadas y desgastadas; probablemente databa de la segunda guerra mundial.

—Sí, ya me lo imaginaba. —Sophia sonrió con astucia—. Dormir con algo frío, duro, inflexible, con extrañas protuberancias por todos lados… será como si hubieras recuperado a Nina.

—Muy graciosa. Solo por eso, tendrás que montar la tienda tú sola. —Sin prestar atención al gesto de disgusto en el rostro de Sophia, reunió los papeles y regresó al Land Cruiser—. ¿Vienes?

—¿Un largo viaje por un asfixiante desierto sobre un terreno horrible y en un camión con la suspensión hecha polvo para luego pasar la noche en una tienda? Estoy impaciente. —Subió al vehículo y cerró de un portazo.

Viajaron hacia el noroeste durante horas, recorriendo las ásperas y rocosas llanuras cubiertas de afiladas piedras que amenazaban con pinchar los neumáticos del Land Cruiser, y después aceleraron para evitar quedar atrapados en las arenas de las dunas. A pesar de los esfuerzos de Chase, tuvieron que detenerse para liberar los neumáticos atrapados en la arena un par de veces, lo que frenó su avance aún más. Para cuando el sol se aproximaba al horizonte, el cuentakilómetros del Land Cruiser indicaba que apenas habían cubierto dos tercios de la distancia que los separaba de su destino.

La puesta de sol, sin embargo, era algo digno de verse. El polvo y la arena del ambiente coloreaban el cielo occidental de un rojo sangrante y estridente, entrecruzado por sombras de naranja, como si el cielo mismo se estuviera incendiando.

—Mira eso —dijo Chase—. Menuda puesta de sol. Ojalá hubiera traído la cámara.

—¿No irás a repetir lo de «el cielo nocturno en Argelia», no? —Sophia bostezó. Chase vio una roca que sobresalía de la arena y viró el Land Rover de modo que las ruedas del lado de Sophia pasaran por encima, dándole una buena sacudida—. ¡Au! ¿Lo has hecho a propósito?

—No digas tonterías —dijo Chase, conteniendo una sonrisa mientras miraba atrás y admiraba de nuevo el esplendor de la puesta de sol.

Sin embargo, vio algo más: una columna de humo negro que se elevaba hasta el cielo a unos tres o cuatro kilómetros de distancia.

—Sophia, mira el mapa, el bueno. ¿Había algún poblado cerca de la ruta que hemos seguido?

Sophia también había visto el humo, y consultó el mapa.

—No durante un buen rato. ¿Te has salido del rumbo?

—No puede ser, he estado siguiendo la brújula. —Golpeó la esfera de la brújula en el salpicadero, que mostraba que se dirigían hacia el noroeste. Miró hacia la nube de humo y vio una segunda columna que comenzaba a levantarse junto a aquella—. Será mejor que echemos un vistazo.

—¿Crees que es buena idea? —preguntó Sophia, dejando bien claro con su tono de voz que ella no lo creía.

—Se supone que no debería haber nadie por allí. Alguien podría necesitar ayuda.

—Pero eso no es nuestro problema. ¿Y si son los yanyauid?

—Entonces quiero saber dónde están antes de que ellos sepan dónde estamos nosotros. —Condujo el Land Cruiser hacia el humo.

Quince minutos después, Chase detuvo el camión. Estaban cerca de la base de una rocosa colina. El humo provenía del otro lado, y nuevas columnas habían surgido durante el trayecto. Bajó la ventanilla, escuchó por unos instantes y después cogió las dos armas del asiento trasero.

—Vamos.

—¿Qué pasa? —preguntó Sophia cuando Chase se apeó.

—He oído gritos. Baja la voz, y quédate agachada. —Chase ascendió la ladera sombreada de la duna. Sophia lo siguió.

Los gritos comenzaron a distinguirse mejor cuando se aproximaron a la cima. Eran hombres, los gritos de una muchedumbre. Y otros gritos entrecruzados con aquellos, más agudos: gritos de mujeres.

Y niños.

Chase trepó los últimos metros y se asomó por la cima.

—Mierda —susurró cuando vio lo que había al otro lado.

Había visto escenas similares en otros países: Afganistán, Irak, y media docena de lugares más en los que las reglas de la civilización habían quedado anuladas por la guerra. En la parte baja de la duna había un valle rocoso con una pequeña charca de agua estancada en su centro, alrededor de la cual se había erigido una colección lamentable de chamizos. Era un poblado improvisado, un campamento de refugiados que huían de la violencia en Darfur, al oeste. Unas pocas docenas de personas como mucho, la mayor parte mujeres y niños que iban en busca de un lugar seguro.

Y que habían fracasado.

Los refugios estaban incendiados, y a su alrededor había cadáveres desperdigados. Algunos habían recibido disparos, pero la mayoría habían sido masacrados con machetes, o simplemente apaleados hasta morir con palos y culatas de rifles. Algunos de sus atacantes iban a caballo, y rodeaban el desafortunado campamento, obligando a retroceder al pequeño grupo de supervivientes que trataba de escapar, riendo y gritando insultos mientras cabalgaban para bloquearles el camino y golpearlos de vez en cuando.

Los que habían desmontado iban en grupos de tres o cuatro hombres por cada mujer refugiada. Esos también se reían, y se animaban los unos a los otros.

Chase contempló la escena cada vez más enojado; una de las mujeres fue arrojada al suelo, y los hombres la inmovilizaron y le arrancaron la ropa. Ella chilló, pidiendo una clemencia que nunca recibiría mientras el líder de los yanyauid, un hombre con un turbante blanco y gafas de sol de aviador, se soltaba sus propias ropas y desabrochaba su cinto. Más risas, y un vítor de los otros cuando los gritos se convirtieron en histeria.

Chase apuntó con la mirilla del rifle a la nuca del hombre…

Sophia empujó el cañón con la mano.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Le estoy haciendo un favor al mundo —respondió él con furia—. Suelta el arma.

—Deben de ser quince por lo menos, y todos tienen AK-47. Si se enteran de que estamos aquí, nos matarán.

—Antes veremos a cuántos me llevo por delante.

—Esta no es tu guerra, Eddie. Tenemos que encontrar el Edén antes que la Alianza. Y no podremos hacerlo si los yanyauid saben que estamos aquí. —Lo miró a los ojos—. ¿Quieres salvar a Nina? Entonces necesitamos una baza

que usar a nuestro favor contra la Alianza. Hacerte el caballero andante solo hará que nos maten, a nosotros y a Nina.

El rostro de Chase se tensó de pura furia… pero bajó el arma.

—¡Me cago en la puta!

Abajo, la mujer, entre gritos, logró soltar uno de sus brazos, y lo agitó aterrorizada ante sí, de modo que hizo caer las gafas de sol de su atacante. Los que la inmovilizaban se rieron entre burlas, pero el otro le dio un brutal puñetazo en la cara, y luego otro. La mujer sangró por boca y nariz, y el hombre dio un paso atrás, desenfundó una pistola y le disparó dos veces en el pecho. Se ajustó las ropas, recogió sus gafas y escupió al cadáver.

Después, el grupo se concentró en otra mujer.

Sophia ya estaba descendiendo la ladera.

—Deberíamos irnos —dijo—. Esperaremos a que se marchen… y ojalá no vayan en la misma dirección que nosotros.

—Más les vale a esos hijos de perra… —gruñó Chase mientras la seguía.

A su espalda, los gritos cesaron, uno a uno.

Los jinetes lideraban el convoy de vehículos que atravesaba el desierto. El sol era un pesado y reluciente semicírculo en el horizonte para cuando se detuvieron. Nina vio en el GPS del Humvee que aún estaban al menos a cincuenta kilómetros de la posible ubicación del Edén, pero la interrupción del trayecto había sido idea de sus escoltas.

Habían llegado al campamento de los yanyauid.

Nina los miró nerviosamente a través del cristal tintado y reforzado mientras los cinco vehículos formaban un círculo como si fueran una caravana de carretas. Había al menos cincuenta hombres en el campamento, la mayoría jóvenes, y todos contemplaron con la misma mirada de depredadores que lucían los jinetes a los 4 × 4. Los yanyauid tenían camiones, aunque eran la antítesis de estos vehículos militares en términos de sofisticación: media docena de camionetas viejas y destartaladas con ametralladoras fijadas sobre trípodes colocados en las partes traseras.

Zamal fue el primero en apearse de los vehículo; a los jinetes se había sumado un hombre que Nina supuso era el líder del grupo. Llevaba un turbante blanco, gafas de sol ahumadas, una AK-47 al hombro y un machete a la espalda. Su rostro era severo, despiadado e inexpresivo. Tras un minuto de diálogo, Zamal hizo señas para que los ocupantes de los demás vehículos se bajaran.

Nina lo hizo aún más de mala gana que la primera vez, pero no tenía elección.

—Este es Hamed —dijo Zamal del líder yanyauid—. Él y sus hombres nos escoltarán mañana hasta nuestro destino. Pero esta noche seremos sus huéspedes. Estamos invitados a compartir su techo.

—Dale las gracias por su generosidad —dijo Callum, con cierto tono sarcástico. Nina entendía perfectamente por qué; aquella colección de harapientas tiendas no resultaba demasiado atractiva—. Pero hemos traído nuestras propias tiendas. Gracias a Dios —añadió en voz baja.

—También nos invita a unirnos a ellos en la cena. Hamed acaba de regresar de una misión que ha terminado con éxito, y quiere que nos unamos a las celebraciones. Sobre todo usted, doctora Wilde. Está especialmente interesado en que usted los acompañe. —El rostro de Hamed, tras Zamal, mostró por primera vez una emoción: una sádica lujuria.

—Prefiero quedarme en el maletero del *jeep* y comer comida para perros —dijo ella.

Zamal sonrió.

—Podemos arreglarlo.

Para sorpresa de Nina, Vogler salió en su defensa:

—Lo mejor será que la doctora Wilde guarde las distancias con nuestros… anfitriones. Para evitar incidentes desafortunados. —Los dos líderes de la Alianza se miraron por unos segundos en un desafío silencioso.

—Es una lástima —dijo Zamal instantes después—. Los yanyauid estarán muy decepcionados por no poder disfrutar de su presencia.

—No quiero formar parte de ningún tipo de disfrute que pueda tener esa gente —dijo Nina asqueada.

—Ni yo tampoco —le dijo Vogler. Dio órdenes a sus hombres. Desenrollaron varias tiendas de gran tamaño y rápido montaje, y apartaron piedras y hierbas secas en el amplio círculo que formaban los Humvees aparcados para hacer hueco para aquellas tiendas de forma abovedada.

Zamal se giró hacia Hamed, y pareció estar explicándole que tendrían un comensal menos a la cena. El líder de los yanyauid frunció el ceño antes de enzarzarse en un debate sobre alguna otra cosa… pero sus ojos no se apartaron ni un segundo de la mujer pelirroja.

A pesar del calor, Nina sintió un escalofrío.

—Vaya mierda —murmuró Chase mientras exploraba el campamento iluminado por fogatas a través de la mirilla del rifle.

—¿Qué pasa? —le preguntó Sophia, a su lado. Era ya de noche, y se encontraban justo por debajo de la cima de una baja duna, observando la actividad desde la distancia.

—No son solo los yanyauid. No creo que puedan permitirse Humvees nuevecitos.

Tras regresar al Land Cruiser y alejarse a una distancia prudente del campamento arrasado, habían aguardado para ver en qué dirección se marchaban los yanyauid. Con una cierta inevitabilidad, habían marchado hacia el noroeste, la misma dirección que debían tomar Chase y Sophia.

Chase había esperado un poco más para dar tiempo a los jinetes de abrir hueco entre ellos, y después había seguido un curso paralelo, esperando poder rodearlos antes de que cayera la noche. Pero entonces vio más humo silueteado contra la mortecina luz del atardecer por delante de ellos. Un campamento yanyauid. Tendrían patrullas vigilando el desierto, de modo que distinguirían los faros del Land Cruiser a kilómetros de distancia si trataban de rodearlo, y conducir sin luces en este tipo de terreno era un suicidio.

—¿La Alianza?

—No son turistas, eso está claro. —Desplazó la mirilla por todo el campamento; había caballos, camionetas, tiendas, demasiados hombres armados para su gusto… y un rostro familiar—. Pues sí —murmuró—. Es la Alianza. Ahí está Zamal, y está hablando con ese violador de mierda del campo de refugiados.

—Pues qué bien —dijo Sophia—. ¿Sabes lo que Nina ha hecho, verdad? ¡Le ha dicho a la puta Alianza cómo llegar hasta el Edén!

—No puede ser —dijo Chase a la defensiva—. No conocía el lugar con exactitud.

—No le hacía falta. Vio la ubicación general en la Antártida. Si nosotros hemos podido deducirla con mapas modernos, ellos también.

—No los habría ayudado —insistió Chase.

—Pues entonces le sacaron la información bajo tortura, si eso te hace sentirte mejor. Pero no cambia el hecho de que están aquí. Aunque no conozcan la ubicación exacta, tienen bastantes hombres para peinar el desierto hasta que la encuentren. ¡Joder!

—Todavía podemos ganar —dijo Chase, sin dejar de estudiar el campamento. Más integrantes de los yanyauid, hasta alcanzar un total de más de cincuenta, sentados en grupos alrededor de las hogueras; soldados de la

Alianza uniformados de camuflaje para el desierto; tiendas abovedadas dentro del círculo que formaban los Humvees…

—Me cago en todo lo que se mueve —susurró.

—¿Qué?

Chase ajustó la mirilla, y distinguió una mata muy familiar de pelo rojizo a través de la entrada ondeante medio abierta de una tienda.

—Tienen a Nina.

—¿Está ahí? —preguntó Sophia, sin dar crédito—. ¿De verdad se la han traído con ellos?

—Deben de necesitarla para averiguar dónde está el Edén. —Chase moduló la mirilla para obtener la ubicación exacta de Nina.

—O puede que hiciera un trato con ellos —replicó Sophia—. Su vida por la ubicación del Edén.

Chase la miró, enojado.

—Nunca haría algo así.

—¿Estás seguro? Por lo que sabe ella, tú podrías estar muerto. Quizá haya pensado que ya no le queda nada en la vida.

—Y una mierda —replicó Chase, y miró de nuevo por la mirilla. Había un par de soldados de la Alianza patrullando en el interior del círculo de Humvees… y más yanyauid en el exterior; ambos bandos se contemplaban con evidente y mutuo recelo. Inspeccionó el perímetro del campamento. Lejos de las fogatas, todo quedaba sumido en una oscilante penumbra.

Se incorporó y le entregó el rifle a una sorprendida Sophia.

—Toma.

—¿Vas a darme un arma? —preguntó ella, como si esperara que fuera un truco.

—Sí, necesito que me cubras. —Se había puesto su chaqueta de cuero negra cuando la temperatura se desplomó tras anochecer; ahora se la quitó y se la dio también a Sophia. Para lo que estaba planeando, no podía permitir que el crujido del cuero lo descubriese.

—¿Por qué?

—Porque voy a rescatar a Nina.

—¿Desde aquí? ¡Debe de haber al menos sesenta hombres!

—No por mucho tiempo. —Desenfundó la Browning—. Voy a coger un cuchillo del camión, y después voy a entrar ahí.

Sophia negó con la cabeza.

—¿Realmente crees que puedes pasearte tranquilamente por ahí, sacar a Nina y volver aquí sin que nadie se entere?

—No. —Quitó el seguro del arma—. Es la hora de las tortas.

32

Chase caminó a hurtadillas sobre la arena, bien agachado. Había estado observando el campamento desde la duna el tiempo suficiente para hacerse una idea de los itinerarios de las patrullas, y también de la profesionalidad de los patrulleros.

En ambos casos, dejaban mucho que desear. Solo había dos hombres rodeando el perímetro, ostensiblemente aburridos y molestos por estar perdiéndose la escandalosa y rebosante de testosterona camaradería de las celebraciones. No esperaban que hubiera nadie cerca de allí. Ni siquiera prestaban atención a lugares perfectos para un escondite, como rocas, o entre los arbustos.

Peor para ellos.

Chase se dejó caer en una hendidura cuando oyó pisadas. Alzó la cabeza y vio a uno de los guardias alejándose; pasaba más tiempo mirando atrás, hacia las hogueras, que vigilando el desierto en penumbra. No había nadie en la dirección por la que aquel había venido. Chase reptó por el estrecho dique hasta que llegó a un arbusto seco desde hace mucho tiempo, y se colocó tras él. La tienda más próxima estaba a unos quince metros de distancia, y junto a ella había dos caballos amarrados.

Uno de los yanyauid rodeó la tienda y fue directamente hacia Chase.

Este alzó muy despacio su arma. Incluso en la escasa luz, el otro sería capaz de distinguir un movimiento repentino.

Seguía avanzando, con una mano sobre la pistola enfundada. ¿Lo había visto? Chase no comprendía cómo, pero el caso es que iba directo al arbusto. Chase alzó la Browning, listo para disparar.

El hombre se detuvo a menos de dos metros de él; ya solo les separaban las retorcidas ramas del arbusto. Miró hacia abajo…

Y se desabrochó la bragueta.

Chase se obligó a sí mismo a no apartar la mirada del chorro mientras el otro orinaba sobre el arbusto. Y seguía orinando. ¿Cuánto había bebido el muy capullo?

Por fin, el torrente cesó… y después comenzó de nuevo, una segunda ráfaga antes de cesar por completo. El hombre dejó escapar un suspiro de satisfacción, se volvió a abrochar y se alejó. Para entonces, el otro centinela ya había rodeado el campamento; los dos intercambiaron breves palabras antes de que el de la larga meada fuera a reunirse con sus compañeros; el patrullero siguió a lo suyo.

Chase se limpió el rostro, asqueado, y después se asomó por el arbusto. Esa poco higiénica e inesperada urgencia quizá lo beneficiara: ahora podría seguir las huellas del otro en dirección al campamento sin que los guardias se preguntaran de dónde habían salido.

Aguardó a que los dos hombres se perdieran de vista y cruzó rápidamente la arena en dirección a la tienda más próxima. Era plenamente consciente de que Sophia estaría sin duda rastreando su avance con la mirilla del rifle; si en algún momento llegaba a la conclusión de que Chase había dejado de resultarle útil, puede que no llegara ni a oír el disparo del rifle antes de morir.

Sin embargo, alcanzó su objetivo. Miró desde detrás de la tienda y vio la circunferencia de Humvees no lejos de allí. También vio reflejos de llamas en sus ventanas; estaban cerca de una de las fogatas de los yanyauid.

Sin acercarse mucho a los caballos por si su presencia los asustaba, corrió hacia otra tienda, y después se ocultó tras dos de los camiones aparcados. A uno de ellos, una camioneta Toyota Hilux, le faltaba la parte superior de la cabina. Las barras dobladas de metal que sobresalían tras los huecos donde una vez estuvieron las puertas sugerían que en algún momento debió de volcar, y en lugar de desechar un motor en perfecto estado, los yanyauid simplemente habían serrado el techo aplastado. Miró adentro, y vio que la llave seguía en el contacto, colgando de un llavero de plástico de Hello Kitty. Casi sonrió ante la incongruencia, y después fue hacia la parte delantera de la camioneta.

El Humvee más cercano no estaba lejos de allí. Los hombres situados alrededor del fuego le daban en su mayor parte la espalda. No había nadie a la vista en la otra dirección. Se incorporó, buscando signos de movimiento en el interior del círculo de vehículos de la Alianza…

Uno de los yanyauid salió de una tienda y lo vio.

Por un segundo, ninguno de los dos hombres movió un músculo. La mano de Chase que sostenía el arma estaba oculta tras el Hilux. La alzó

lentamente…

El otro lo miró con desdén, y después se dio media vuelta y se alejó hacia uno de los grupos de sus escandalosos camaradas. Chase comprendió lo que acababa de ocurrir. El miliciano había supuesto que Chase era uno de los soldados de la Alianza; en la media luz anaranjada, sus ropas pálidas y llenas de polvo no resultaban muy distintas de los uniformes de camuflaje que lucían las tropas de sus enemigos.

Se quedó en el sitio hasta que el otro se alejó, y después fue hacia el Humvee. Se aseguró de que nadie pudiera verlo, se tendió en el suelo y rodó bajo el vehículo. Los hombres de la Alianza que estaban dentro del círculo no serían tan crédulos como aquel.

Podía ver a uno de ellos acercándose. Aguardó a que pasara de largo, rodó saliendo de debajo del Humvee y se escabulló entre dos de las tiendas. Sabía cuál era la tienda de Nina, y mantuvo la cabeza agachada mientras se encaminaba hacia ella.

Se detuvo al ver a otro soldado de la Alianza apostado en una silla plegable fuera de la tienda iluminada de Nina. Tenía un rifle TAR-21 en el regazo.

—Mierda —susurró Chase. Había suficiente espacio abierto entre las tiendas para que el soldado lo viera y alzara el arma antes de que Chase pudiera acercarse lo bastante para intentar un ataque con cuchillo, y si disparaba un solo tiro alertaría a todo el campamento.

Necesitaba otro plan…

Retrocedió entre las tiendas siguiendo una tortuosa ruta que rodeaba la de Nina, atento en todo momento a los hombres de patrulla. Pasó uno; Chase corrió hacia la tienda y desenfundó el cuchillo. No tendría mucho tiempo antes de que llegara otro; si no lograba entrar a tiempo, lo descubrirían. Hundió el cuchillo en la tela, en la base de la tienda curvada, y trazó rápidamente una hendidura. Cuando fue lo bastante ancha para permitirle pasar, se agachó y entró…

La pesada base de una lámpara conectada a una batería estuvo a punto de golpearlo en la cabeza.

—¡Eddie! —susurró Nina, deteniendo el golpe justo a tiempo.

—¡Shhh! —replicó Chase frenético, llevándose el dedo a los labios. Miró atrás a través del orificio y vio cómo el patrullero pasaba de largo.

Nina dejó la lámpara junto a la hendidura y lo abrazó.

—¡Menos mal! —susurró—. ¡Me has encontrado, no puedo creer que me hayas encontrado!

—Yo tampoco me lo creo. No esperábamos que la Alianza nos llevara ventaja.

—¿Esperábamos? —Nina hizo una mueca—. ¿Así que Sophia también está viva?

—Eso me temo. ¿Y qué ha pasado contigo? No es que me queje, pero ¿por qué te han traído hasta aquí?

—Me necesitaban para encontrar el Edén, dado que soy la única que vio el mapa.

Chase frunció el ceño y reparó en que había un mapa, varias páginas de notas y el cilindro que Nina se había llevado de la ciudad congelada sobre una mesa plegable.

—¿Y se lo has dicho?

—No exactamente… —respondió ella, vacilante. Chase la miró fijamente —. ¿Qué? No sé dónde está. ¡Les estaba siguiendo la corriente!

—¡Sí, y se la has seguido hasta aquí, a menos de cincuenta kilómetros del Edén!

—¡Es un desierto muy grande!

—¡Y ellos son una organización muy grande!

—La verdad es que no creo que sea para tanto, han empezado a quedarse sin hombres… oye, ¿podemos hablar de esto luego? ¿Cuando haya salido de aquí, por ejemplo?

—Sí, será lo mejor —replicó Chase mientras iba hacia la entrada de la tienda. La cremallera estaba a medio bajar, de modo que podía ver la nuca del guardia que estaba sentado fuera. No había oído nada, aún.

Fue de nuevo hacia Nina mientras ella reunía sus cosas, incluido el cilindro, y las metía en una mochila.

—Vale, cuando pase la patrulla, sal y escóndete bajo uno de los Humvees. —Reparó en que Nina no lo miraba a él, sino a la abertura—. ¿Qué? —Giró la cabeza y vio…

—¡Sombras! —susurró Nina, en el preciso instante en que Chase comprendía qué era lo que iba mal. La lámpara estaba proyectando sus siluetas como sombras chinas en la tela de la tienda.

Dos siluetas.

Se oyó el crujido de la silla cuando el hombre de fuera se puso en pie y comenzó a bajar la cremallera de la entrada…

Chase lanzó el cuchillo cuando el hombre se asomó al interior. El filo le atravesó el cuello con un ruido húmedo. El soldado dejó escapar un jadeo

ahogado y se derrumbó en el suelo, haciendo que la tienda entera se tambaleara.

—Prepárate para irnos —le dijo Chase a Nina mientras metía al soldado dentro y cogía su rifle de asalto.

Nina se puso a gatas, levantó la parte rasgada de la tienda y miró afuera.

Vio un par de botas.

—Oh-oh.

—El guardia de fuera levantó la hendidura y descubrió a Nina tras ella. Nina lo miró mientras el otro lo apuntaba al rostro…

Chase disparó el TAR-21, y una ráfaga de proyectiles sobrevoló a Nina. El soldado de la Alianza gritó y cayó de espaldas.

—¡Métete debajo del Humvee! —gritó Chase, corriendo hacia la entrada para ubicar al otro guardia de patrulla. Nina salió por la hendidura pasando por encima del soldado caído y se metió bajo el 4 × 4 más cercano. Se oyeron gritos por todos lados; yanyauid y soldados de la Alianza comenzaban a reaccionar al tiroteo.

Chase vio al guardia que quedaba agachado tras una tienda. Otra ráfaga de disparos del TAR-21 robado, y el tirante nailon se llenó de orificios de bala; el soldado se derrumbó con varias heridas en su torso.

Más movimiento, tras los Humvees. Un grupo de yanyauid se acercaba a investigar, con los AK-47 en alto.

Chase disparó de nuevo. La cabeza de uno de los perseguidores estalló salpicando sangre, y él cayó al suelo. Los otros se separaron, cubriéndose tras los vehículos blindados. Un miliciano se asomó tras uno de los Humvees y reconoció a Chase: era el hombre que lo había mirado con desprecio antes, creyendo que era un miembro de la Alianza.

Ahora sí que le hacía caso; se agachó y gritó. Venían más hombres. Chase disparó un par de veces, y otro yanyauid cayó; después, se metió en la tienda y salió por la hendidura.

Sophia oyó disparos desde su posición ventajosa en la cima de la duna. Había estado siguiendo los movimientos de Chase por la mirilla del Lee-Enfield hasta perderlo de vista entre las tiendas; ahora desplazaba la mirilla de un lado a otro, buscando blancos.

Encontró uno.

—Vaya, vaya —dijo mientras centraba la mirilla en unos cabellos blancos —. Adiós, señor Callum…

Callum estaba junto a Vogler y Zamal; el último se había enzarzado en un concurso de gritos con Hamed. Las tropas de la Alianza habían acudido a proteger a sus líderes, encarándose con los milicianos.

—¡Uno de vuestros hombres nos ha disparado! —gritó el líder de los yanyauid en árabe.

—No sé qué está pasando —respondió Zamal—, pero no hemos sido nosotros.

Uno de los lugartenientes de Hamed, el que había visto a Chase, corrió hacia ellos.

—¡Lo he visto! ¡Era un hombre blanco, como él! —Empujó a Callum, que retrocedió un tanto…

Y la mitad de su cabeza estalló a continuación en una lluvia de sangre que salpicó a la multitud de yanyauid.

Por unos segundos, nadie se movió; todos estaban en estado de *shock*.

Y después se alzaron las armas de ambos bandos.

Las fuerzas de la Alianza, mejor entrenadas, dispararon primero, derribando a ocho hombres de una tacada.

Pero se enfrentaban a más que ocho hombres. Los yanyauid abrieron fuego con sus AK-47 en modo automático. Tres soldados de la Alianza se derrumbaron, derramando sangre a borbotones.

Vogler, Zamal y Callum echaron a correr; sus soldados los cubrieron, abriendo fuego hacia la multitud. Hamed, por su parte, tomó el camino opuesto, usando a sus hombres como escudos.

—¡Defended las posiciones! —gritó Vogler—. ¡A los Humvees!

Sophia resopló enojada al contemplar el resultado de su disparo. Trató de localizar a Callum, pero la situación era ya demasiado caótica.

—Joder —murmuró, mientras buscaba otros blancos.

Chase se reunió con Nina bajo el Humvee.

—No es lo que había planeado, pero servirá —dijo, al oír los disparos estrepitosos de las AK-47 enfrentadas a las armas más modernas y menos escandalosas de la Alianza.

—¡Genial, se están matando entre ellos! —dijo Nina—, ¡pero seguimos estando en medio! ¿Cómo vamos a salir de aquí?

Chase miró hacia las camionetas aparcadas.

—Robaremos una de esas.

Se oyeron más gritos y disparos a su espalda. Los supervivientes de la Alianza estaban formando un círculo protector, usando los Humvees como cobertura.

—Si es que podemos alcanzarlas.

Chase vio a otro yanyauid saliendo a todo correr de una tienda con un lanzagranadas.

—¡Ahora es buen momento para intentarlo! —Salieron a rastras de su escondite y corrieron hacia las camionetas.

Varias balas silbaron sobre sus cabezas cuando uno de los yanyauid los vio. Chase agarró a Nina y se escondió junto a ella tras una tienda en la que fueron a impactar más balas.

—¡Quédate agachada! —le dijo, mientras ponía el rifle de asalto en modo automático y se giraba para devolver los disparos. La ráfaga despedazó el vientre del otro hombre.

Un sonido, muy cerca, el clic de un rifle siendo cargado. Chase dio media vuelta y vio a otro yanyauid salir corriendo desde detrás de una de las camionetas. Cuando vio al inglés, el miedo y la confusión de su rostro se convirtieron en furia.

Chase alzó su arma, apretó el gatillo…

Sonó un clic.

El cargador estaba vacío.

El yanyauid esbozó una sonrisa sádica… y el torso le estalló de repente, bajo el impacto de una bala de rifle del calibre .303 que lo derribó.

El chasquido del Lee-Enfield llegó a sus oídos una décima de segundo después.

—Gracias, Soph —dijo Chase, mientras dejaba caer el TAR-21 vacío y desenfundaba la Browning—. Vale, Nina, vamos a… —vio a uno de los yanyauid enderezando un lanzagranadas sobre el hombro y apuntándolo hacia los Humvees— ¡…tener que tirarnos al puto suelo!

Saltó sobre ella en el mismo momento en que la granada salió disparada del cañón tubular.

Fue a impactar en uno de los Humvees, y la explosión le arrancó los neumáticos y lo hizo saltar por los aires, volcándolo. Cayó entre las tiendas de la Alianza. Un soldado fue masacrado por la metralla, y otro aplastado por el enorme 4 × 4, que cayó con su humeante vientre sobresaliendo del suelo en ángulo, con el morro medio enterrado en la arena.

Se oyeron silbidos y vítores de los yanyauid.

—¡Cielos! —jadeó Nina—. ¡Menos mal que no elegiste ese!

—No me gustaba el color —dijo Chase. La ayudó a ponerse en pie y se dirigieron hacia las camionetas aparcadas. Los disparos estallaban a su alrededor mientras los yanyauid cercaban a la Alianza, y las balas rebotaban en la coraza de los Humvees. Se oían gritos de cuando en cuando.

Chase se agachó aún más mientras rodeaba una tienda medio desmontada de camino a los vehículos. Señaló el que tenía la llave en el contacto.

—Esa es la nuestra.

—Está mirando al sitio equivocado. —La Hilux estaba orientada hacia el campamento, y los Humvees.

—Para eso se inventaron los volantes. Vamos.

La atención de los milicianos estaba centrada en la Alianza, y nadie vigilaba los alrededores del campamento. Llegaron a la primera camioneta, una vieja y oxidada Ford. Chase rodeó la parte trasera del vehículo al ver una de las fogatas, ahora abandonada, no lejos de allí. Le hizo una seña a Nina para que siguiera avanzando y se dirigió hacia la Hilux decapitada.

Un yanyauid saltó desde detrás de otra camioneta cerca de la hoguera, con una caja de munición para el lanzagranadas en las manos. Vio a Chase y gritó una advertencia, soltando la caja y aferrando su AK-47.

Chase alzó la Browning y disparó; le acertó en el brazo, y la fuerza del impacto le hizo golpear una de las latas de gasolina atada con cinta al costado de la camioneta. Retrocedió, gritando, antes de caer sobre el fuego en una explosión de rescoldos. Sus chillidos ganaron decibelios cuando se puso en pie de nuevo de un salto, con las ropas y el cabello en llamas.

Seis yanyauid corrieron hacia la primera camioneta, con las armas en alto.

Chase disparó de nuevo, pero esta vez no a los milicianos, sino a la lata de gasolina.

Un chorro de combustible salió disparado del orificio, y se derramó sobre el hombre en llamas que se tambaleaba en una ciega agonía. Las llamas incendiaron el chorro de gasolina…

Y la lata explotó, derramando fuego líquido por doquier. El hombre engullido por las llamas fue consumido del todo, al igual que una segunda lata, algo más grande, que estalló e hizo volcar la camioneta en dirección a los pistoleros que se aproximaban, engulléndolos en una bola de fuego.

Chase alcanzó la Hilux, protegiéndose el rostro del calor, y miró a su alrededor en busca de más yanyauid que pudieran suponer una amenaza inmediata.

Y los encontró. Un hombre se separó de un grupo cerca de los Humvees y le quitó la anilla a una granada, a punto de lanzarla hacia la Hilux…

Su muñeca saltó por los aires, despedazada por uno de los disparos de Sophia. La mano seccionada cayó al suelo a sus pies, aún sosteniendo la granada… que explotó, desperdigando pedacitos de yanyauid en todas direcciones.

Pero todavía quedaban muchos más, y también tendrían que ocuparse, antes o después, de las tropas de la Alianza. Chase miró el arma que sostenía en la mano y después la que yacía en la parte trasera de la camioneta. Era una vieja Kalashnikov PK, un arma ligera antiaérea que se usaba por aquí como ametralladora de gran calibre; tenía una cinta de munición ya cargada.

Sin duda, tenía mucha más potencia de disparo que la Browning.

—Conduce tú —le dijo a Nina mientras subía a la parte trasera de la Hilux —. Yo disparo.

Nina entró en la cabina abierta y buscó la llave.

—Qué monada —dijo, al encontrarse con Hello Kitty—. ¿Adónde vamos?

—¡Te lo diré cuando haya abierto un agujero lo bastante grande a base de balas! —Chase giró el arma hacia los Humvees y apretó el gatillo.

La ametralladora rugió, y el retroceso amenazó con arrancar la montura improvisada del suelo de la camioneta. Chase la sostuvo y disparó de un lado a otro sin cesar. Cada quinta ronda de la munición rusa era de rastreo, delgadas líneas verdes que se desplazaban por todo el campamento como rayos láser, pero Chase apenas podía verlas a través de las llamas inconexas que salían del cañón. Los flancos de los Humvees se llenaron de agujeros de bala, y sus neumáticos estallaron dejando caer los vehículos pesadamente sobre las llantas de acero. La arremetida bastó para despedazar incluso las ventanillas blindadas.

Un soldado de la Alianza apuntó a Chase, que asomaba tras el capó de uno de los Humvees; Chase giró el arma en su dirección y lo llenó de plomo. Más movimiento, fuera del círculo de Humvees: otro grupo de yanyauid, que habían comprendido que el artillero no era un miliciano. Chase orientó el aluvión de balas en su dirección antes de que pudieran hacer algo al respecto, y sus cuerpos despedazados se derrumbaron.

La cinta de munición llegó a su fin, y el estruendo de los disparos cesó de repente. Había más cajas de munición en el suelo de la camioneta, pero no tenía tiempo de recargar. Nina estaba sentada en el asiento del conductor con el cuerpo encogido y las manos tapando sus orejas para protegerse de las ensordecedoras ráfagas.

—¡Enciende el motor! —dijo Chase.

—¿Qué?

—¡Que enciendas… da igual! —Saltó a la cabina y giró el contacto—. ¡Vámonos!

Nina alzó la cabeza.

—¿Hacia dónde?

—Izquierda.

Nina soltó el freno de mano, y el vehículo levantó nubes de arena al ponerse en movimiento. Viró a la izquierda y vio a un grupo de yanyauid que corría hacia ellos desde esa dirección.

—Mejor no —dijo, y giró el volante hacia la derecha.

—¡He dicho a la izquierda! —gritó Chase.

—¡Sí, pero hay un montón de tíos armados en esa dirección!

—¿Has visto lo que hay en la otra?

Nina miró.

—¡Joder!

El hombre que había destruido el Humvee había recargado su lanzagranadas, y apuntaba una segunda ronda, no hacia los vehículos de la Alianza, sino hacia la Hilux.

Nina trató de virar, pero no tenía adónde ir ya, puesto que había hombres armados a ambos lados y tenían el Humvee volcado en llamas justamente delante…

—¡Ve en línea recta! —gritó Chase. Pisó con su pie el de Nina, apretando el acelerador al máximo.

—¿Eddie, qué…?

—¡Recto! —dijo él, señalando hacia delante. El enorme vientre del Humvee sobresalía de la arena como una rampa.

—¡Será una…!

La granada salió disparada, sobrevolando el campamento.

—¡… puta…!

La camioneta golpeó el Humvee volcado, ascendió la brusca pendiente…

—¡… broma!

Y la granada impactó en el Humvee volcado en el mismo instante en el que la camioneta salía disparada de la cima de la rampa improvisada. Explotó, haciendo saltar el 4 × 4 por los aires; el Humvee fue escupido, impulsado por la bola de fuego de la explosión, y terminó cayendo sobre uno de los otros 4 × 4, partiéndolo por la mitad junto con el soldado de la Alianza que se ocultaba tras él.

La Hilux aterrizó en un estallido de arena, demoliendo las tiendas abovedadas al tiempo que las atravesaba. Con cada hueso de su cuerpo sacudido por el impacto, Nina alzó la vista… y vio otro Humvee delante de ellos. Gritó y giró el volante, y no chocó con Vogler por centímetros. Escombros en llamas cayeron como una lluvia de fuego tras la camioneta.

Nina condujo hacia el límite del campamento y encendió los faros.

—¿Y ahora adónde?

—Al noroeste —dijo Chase, apuntando—. Hacia el Edén.

Sophia no perdió de vista la Hilux por la mirilla del rifle, y vio quién conducía. Nina.

Apuntó el arma en su dirección, su dedo vaciló sobre el gatillo… y después bajó el arma.

—Todavía no.

Había movimiento, y mucho más cerca que el campamento. Giró la cabeza y vio a uno de los yanyauid corriendo hacia ella. Había oído los disparos de rifle y averiguado la posición de Sophia, y venía ahora a por ella.

El Lee-Enfield se alzó de nuevo.

—Esta noche no, cariño —dijo Sophia, mirando de nuevo a través de la mirilla. El hombre estaba tan cerca que su rostro llenaba por entero su campo magnificado de visión… hasta que desapareció de golpe—. Te duele la cabeza.

Expulsó el cartucho y corrió de regreso al Land Cruiser.

Hamed se puso en pie trabajosamente. Una explosión lo había derribado, y se dio un buen golpe en la cabeza con una roca, pero le había ido bastante mejor que a sus hombres. Muchos habían sido masacrados, y el resto había huido hacia el desierto para escapar de la mayor potencia de fuego que poseía la Alianza.

Miró a su alrededor. Una de las camionetas se alejaba hacia el desierto. La mujer, recordó… la había visto al volante justo antes de que la explosión lo noqueara.

La furia lo invadió.

Recogió una AK de manos de uno de los milicianos caídos y corrió hacia donde estaba atado su caballo. El animal trataba de liberarse, asustado por el

ruido, pero Hamed lo dominó rápidamente y lo montó, girando para perseguir los faros que se perdían en la oscuridad del desierto.

Vogler se agachó y se desplazó junto al costado de uno de los Humvees que quedaban en pie en dirección a Zamal. El árabe disparó una ráfaga de fuego automático, y después se agachó de nuevo, cubriéndose.

—¿Cuál es nuestra situación? —preguntó.

—Los yanyauid están huyendo —le dijo Vogler—. Pero hemos perdido al menos a la mitad de nuestros hombres.

Zamal resopló furiosamente.

—¿Por qué se han vuelto contra nosotros?

—No fueron ellos. Fue Chase.

—¿Qué?

—Iba en esa camioneta, y Wilde la conducía.

Zamal maldijo en voz alta, en árabe.

—Si Chase está aquí, Blackwood no debe de andar lejos. ¡El francotirador! —comprendió, mirando hacia las dunas—. Debe de haber sido ella.

Los dos se giraron mientras Callum corría hacia ellos, disparando una ráfaga de un rifle SCAR y abatiendo a un miliciano que sostenía un lanzagranadas.

—¡Wilde ha escapado!

—Ya nos hemos dado cuenta —dijo Vogler con mordacidad—. Con la ayuda de Chase… y tu antigua prisionera.

—No intentes cargarme a mí la responsabilidad —gruñó Callum—. No he sido yo el que ha convertido este puto campamento en una carnicería. Fueron los psicópatas de tus amigos, Zamal.

El rostro de Zamal se tensó, pero Vogler lo interrumpió antes de que pudiera replicar:

—Tenemos que poner fin a esto. ¿Cuántos yanyauid quedan?

—Olvida a los yanyauid, tenemos que ir tras Wilde —dijo Callum—. ¿Siguen funcionando los Humvees?

Vogler contempló el vehículo tras el que se refugiaban. El armazón estaba repleto de agujeros de bala, las ventanillas estaban rotas y tenía un neumático pinchado.

—Dos destruidos, y los demás todos dañados. Pueden repararse, pero dudo que podamos ponernos en marcha antes del amanecer.

—Para entonces podrían estar ya a cincuenta kilómetros de aquí —dijo Zamal—. Nunca los encontraremos.

—Yo me ocuparé de eso —dijo Callum—. Conseguidme un teléfono por satélite.

—¡Frena, frena! —gritó Chase mientras la Hilux tomaba un saliente rocoso y despegaba brevemente del suelo, cayendo de nuevo con un estampido que no le debió de hacer ningún bien a la suspensión.

—¿Estás loco? —dijo Nina, bajando de marcha para mantener la velocidad del vehículo—. ¡Quiero alejarme todo lo que pueda de ellos!

—Tenemos que esperar a Sophia. —Chase miró atrás. Se veían un par de faros rebotando en su dirección a través del desierto; las luces no provenían del campamento de los yanyauid, sino de las dunas circundantes. Era Sophia, con el Land Cruiser.

—¿Es necesario?

—Sí, lo es. Aunque solo sea porque ella también tiene un arma.

—Ya, ¿y cuánto tiempo pasará antes de que decida usarla contra nosotros?

—Más de lo que tardará ese —dijo Chase alarmado, al ver que alguien los perseguía, silueteado contra las fogatas. Era un hombre a caballo, con una AK-47 a la espalda.

Y se acercaba rápidamente.

Chase fue hacia la parte trasera de la camioneta.

—Vale, no frenes, ¡acelera! —Chase encontró una de las cajas de munición y sacó la pesada cinta de balas. Miró atrás rápidamente: el jinete seguía aproximándose, pero se había echado a un lado, desplazándose para interceptar al Land Cruiser.

Sophia se dio un buen golpe contra el volante cuando el Land Cruiser cogió otro bache. Era un vehículo ya viejo, y el cinturón de seguridad, únicamente de cintura, apenas la protegía de las irregularidades del suelo, y por lo demás no estaba en muy buen estado. Giró el volante para enderezar el vehículo, en dirección a los faros traseros que marchaban delante de ella. Nina atravesaba el desierto como una maníaca, demasiado rápido para aquel terreno.

Pero no era la única.

Movimiento en su visión periférica: un hombre a caballo galopaba en paralelo al Land Cruiser, a unos treinta metros de distancia y acercándose mientras balanceaba un AK-47 que llevaba a la espalda y lo apuntaba hacia Sophia.

Trató de virar a un lado, pero demasiado tarde.

Solo unas pocas balas de la ráfaga de disparos impactaron en el vehículo, pero una de ellas acertó en un punto crucial. La rueda delantera estalló, y la llanta se hundió en la arena. El Land Cruiser derrapó hasta detenerse en el medio de una gigantesca nube de humo, y estuvo a punto de volcar antes de recaer de nuevo pesadamente sobre sus tres neumáticos restantes.

Aturdida, Sophia se incorporó… y vio al jinete pasar de largo ante los faros del coche, aún persiguiendo al otro vehículo.

—¡Mierda! —dijo Chase cuando vio el 4 × 4 de Sophia detenerse. El yanyauid a caballo seguía ganando terreno, y ahora además alzaba su arma.

Chase intentó cargar la ametralladora; tuvo que apañárselas como pudo, usando el tacto para familiarizarse con aquel mecanismo extraño en la oscuridad. Logró abrir la tapa de la munición, y cuando estaba a punto de terminar de cargarla…

La AK-47 comenzó a disparar. Una bala silbó junto a la cabeza de Chase, que se echó al suelo; la cinta de munición cayó a su lado con estrépito cuando más balas impactaron en la parte trasera de la Hilux. Nina se agachó en el asiento del conductor.

Los disparos cesaron. Chase se arriesgó a asomarse por la compuerta de cola. El jinete era un demonio pintado de rojo, iluminado por los faros traseros de la camioneta. Alzó la metralleta… que estaba sin munición.

Pero tenía otra arma.

Un machete. Alzó el brutal y largo filo como si fuera una espada.

Chase recogió la cinta de munición y se incorporó de un salto para tratar de seguir cargando la ametralladora. Miró a Nina para comprobar que no le habían dado. Justo entonces Nina se incorporaba…

Y no había visto aquello a lo que se aproximaban a toda velocidad a la luz de los faros delanteros.

—¡Cuidado! —comenzó a gritar Chase, pero la Hilux ya había llegado al borde del dique.

El lecho fluvial vacío no era demasiado profundo, un banco de no más de cincuenta centímetros de alto, pero fue suficiente para que la camioneta se

inclinara de costado cuando las ruedas del lado derecho se hundieron en la depresión. Nina frenó con fuerza y trató de evitar que el vehículo volcara…

Demasiado tarde.

Chase saltó de la parte trasera cuando el vehículo comenzó a girar, y aterrizó con fuerza en el lecho seco del río. La camioneta golpeó el banco opuesto y se detuvo bruscamente, volcada de costado.

Chase se arrastró hacia ella. Solo uno de los faros seguía funcionando. Ni rastro de Nina. Se puso en pie…

Y se derrumbó de nuevo cuando algo grande y pesado lo golpeó en la espalda.

Hamed tiró de las riendas para frenar a su caballo, y lo giró, preparando un nuevo ataque, dispuesto a aplastar a Chase en el suelo.

Este rodó hacia el dique cuando el caballo cargó contra él, y después se puso en pie torpemente. El jinete giró de nuevo, y el caballo saltó al lecho seco del río, iluminado en rojo.

Se encararon por unos segundos. Después, el líder de los yanyauid extendió la mano, apuntando con su machete a Chase, y espoleó al animal.

Chase se llevó la mano a la Browning, pero no estaba allí; la había perdido al saltar del vehículo. Se giró y corrió hacia la camioneta, mientras las pesadas pezuñas trataban de aplastarlo.

Un golpe.

Por puro instinto logró hacerse a un lado y girar en el suelo, evitando el filo del machete. Hamed tiró de las riendas. El caballo giró alrededor de Chase y le golpeó con las patas delanteras. Se protegió la cabeza con las manos, pero el golpe lo derribó de espaldas.

Hamed bajó del caballo de un salto, y atacó con el machete. Chase rodó en el suelo al mismo tiempo que el filo atravesaba el suelo allí donde había estado su hombro un segundo antes. Rodó de nuevo, encogiendo las piernas esta vez para evitar el machete.

Detrás de Hamed vio a Nina arrastrándose por el suelo junto a la cabina abierta de la Hilux. La ametralladora apuntaba en dirección a Chase. Si Nina pudiera alcanzarla…

No hubiera servido de nada, puesto que estaba descargada; la cinta de munición yacía retorcida sobre sí misma en el dique.

Hamed avanzó, lanzando un ataque con el machete. Chase se agachó, y los dos hombres comenzaron a describir círculos el uno en torno al otro.

Nina gimió, y llamó la atención del líder de los yanyauid, que esbozó una sádica sonrisa. Chase sabía muy bien cuáles eran sus intenciones: primero

matarlo a él, y luego…

—Mis cojones —gruñó. Puede que Hamed no hubiera entendido las palabras, pero sabía perfectamente lo que quería decir Chase, y sonrió malévolo, atacando de nuevo. Chase evitó el filo del machete y trató de golpear la mano que lo blandía, pero Hamed adivinó sus intenciones y giró el arma para que desgarrara su manga y también la piel de su brazo. Chase retrocedió, y solo cuando fue demasiado tarde comprendió que el caballo estaba justo detrás de él.

Hamed gritó una orden. El caballo golpeó de nuevo con las pezuñas delanteras, derribando a Chase.

El líder de los yanyauid se aproximó para dar el golpe de gracia, alzando el machete para atravesar la espalda de Chase…

La punta de la cinta de munición, usada como si fuera una especie de honda por Nina, golpeó el rostro de Hamed, hiriéndolo y haciéndolo retroceder.

Chase se incorporó de un salto.

—¡Toma! —Nina le tiró la cinta. Chase atrapó un extremo con la mano izquierda, lo retorció y rodeó con la cinta de munición la mano de Hamed que sostenía el machete. Tiró después de la cinta, como si fuera un látigo, obligando a Hamed a soltar el arma.

Chase tiró de nuevo de la cinta hacia sí, atrayendo al otro justo antes de propinarle un puñetazo que le partió la nariz.

El líder de los yanyauid se tambaleó, pero no cayó, pues lo sostenía todavía la cinta de munición; Chase cogió el machete en su caída con la mano derecha…

Y lo giró, describiendo un amplio arco.

El cuerpo de Hamed cayó, y del muñón que era ahora su cuello chorreó un géiser de sangre. La cabeza rebotó por el lecho fluvial, hasta detenerse a los pies de Sophia, que la contempló.

—No es momento para jugar al fútbol, Eddie.

Chase no respondió; se acercó a Nina.

—¿Estás bien?

—Creo que sí… —Vio el corte en el brazo de Chase—. ¿Y tú?

—Parece peor de lo que es. Pero espero que lavara el machete antes de usarlo. —Se arrodilló y desenrolló la cinta de munición del brazo de Hamed.

Sophia se reunió con ellos, con el rifle al hombro y una mochila en el otro. Tras intercambiar miradas de mutuo desprecio con Nina, fue hacia el caballo,

que se había tomado la muerte de su dueño con mucha filosofía, y acarició el cuello del animal.

—Parece que hemos encontrado otro vehículo. Aunque vamos a ir muy apretados los tres…

—No estaba pensando en el caballo precisamente. Echadme una mano. —Chase encontró y recogió la Browning, y después fue hacia la camioneta para tratar de darle la vuelta. Las dos mujeres lo ayudaron, y al cabo de unos segundos de esfuerzo, el vehículo descansaba de nuevo sus ruedas sobre el suelo. Chase dejó la cinta de munición en la parte trasera de la camioneta, junto con otros objetos caídos, y después subió y giró el contacto. Para su sorpresa, el motor se encendió a la primera—. ¡Pues va a resultar que estas cosas son indestructibles!

Sophia sostenía la brújula del Land Cruiser; tanto ella como Nina subieron a bordo.

—Y yo tengo un accesorio ideal para el viaje. —Miró hacia el noroeste—. Por allí.

—Otra vez juntos —dijo Nina sarcásticamente, mirando a Chase con gesto interrogante al reparar en que Sophia llevaba puesta su chaqueta de cuero. Chase se la quitó, para fastidio de Sophia, y se la puso.

—Vale —dijo Chase—. Próxima parada… el Jardín del Edén.

33

Condujeron toda la noche por el desierto. No había ni rastro de perseguidores, ya fueran de la Alianza o de los yanyauid. A pesar de todo, avanzaban lentamente, sobre un terreno traicionero y con solo un faro para alumbrar el camino. Más de una vez tuvieron que desenterrar las ruedas cuando la camioneta quedó atrapada en la arena.

Pasaron las horas, y Nina logró echar una cabezada a pesar del accidentado viaje. Para cuando Chase se vio obligado a detenerse a repostar con una de las abolladas latas de la parte trasera, el cielo al este había comenzado ya a clarear. A esta latitud tan baja, el amanecer era muy madrugador.

—Bueno —dijo Chase, lanzando la lata vacía de nuevo a la parte trasera y despertando a Nina, que se sobresaltó—, ahora que tenemos luz, vamos a intentar averiguar dónde estamos. —Inspeccionó el desierto en busca de cualquier cosa que sirviera para orientarlos—. Dame el rifle.

Sophia le entregó el Lee-Enfield. Chase oteó a través de la mirilla, explorando el horizonte. Algunas formas lejanas resultaron ser chatas islas de piedra que se elevaban sobre la arena.

—Vale, veo una, dos, tres mesetas.

—Déjame verlas —dijo Nina, y le arrebató a Sophia las ampliaciones fotográficas del mapa de la Antártida. La palabra que había sido pronunciada como «Edén» en el cilindro aparecía al comienzo del largo trayecto de los veteres… entre tres símbolos trapezoidales. Montañas truncadas—. ¿Crees que…?

Sophia inspeccionó el mapa actual.

—Concuerda con el terreno. Tres peñascos… y esos lechos de río secos. Cuatro.

Nina inspeccionó la fotografía con más detalle. Del centro salían cuatro tenues líneas.

—¿Eddie, a qué distancia están?

—Ocho o nueve kilómetros —dijo Chase—. No deberíamos tardar mucho en llegar. —Bajó el rifle, contempló la ametralladora por unos segundos, y comenzó a recargarla—. Por si acaso —le dijo a Nina—. Seguro que la Alianza arregla algunos de esos Humvees.

—Pero no podrán seguirnos, ¿no? —Nina miró atrás. El viento del desierto ya estaba borrando las huellas de su vehículo.

El gesto del rostro de Chase no la reconfortó.

—Repito, por si acaso. —Introdujo la primera carga, y después subió de nuevo al asiento del conductor y encendió el motor.

—Naturalmente, Nina —dijo Sophia mientras se ponían en camino—, no tendríamos que preocuparnos por la Alianza si no te hubieras unido a ellos.

—No me «uní a ellos» —protestó Nina—. Era su prisionera, no es que tuviera elección.

—Aun así, no tenían el mapa. —Sophia alzó una de las fotografías—. Sin esto, les podías haber dicho que el Edén estaba en Etiopía, o en Egipto, o en Tombuctú, y no te podrían haber llevado la contraria. Pero no solo los traes a Sudán, ¡encima los traes a la parte correcta de Sudán! ¿Hiciste un trato con ellos o qué?

—Vale, ya basta —dijo Chase, mirando a Sophia a modo de advertencia. Ella resopló y le dio la espalda. Chase miró después a Nina, y su mirada descansó en ella un buen rato antes de concentrarse de nuevo en el desierto.

—¿Qué? —dijo ella, a la defensiva, adivinando en qué estaba pensando Chase—. No hice un trato, claro que no. «Dinos lo que sabes o te mataremos» no es exactamente un trato.

—Pero los trajiste hasta aquí.

—Te lo dije anoche, no tenía elección. ¿Qué iba a hacer, decirles que no y morir?

—Pero ¿por qué no les diste una ubicación equivocada? —preguntó Chase.

—Porque… yo… oye, estaban a punto de matarme, ¿vale? —Nina rodeó su cuerpo con los brazos—. Pensé que cuando estuviéramos allí, podría escapar.

—Y luego encontrar el Edén por tu cuenta —dijo Sophia—. Puesto que los guiaste hasta el punto exacto. Primero usaste a tus amigos, y después a tus

enemigos para llegar hasta aquí. ¿No crees que te ciega un poco la gloria, querida?

—¡Vale ya, joder! —estalló Chase—. ¡Siempre sacándole punta a todo, es como estar casado contigo otra vez!

Sophia frunció el ceño, pero guardó silencio. Nadie habló durante varios segundos.

—Aunque no le falta razón —dijo Chase en voz baja.

Nina alzó bastante más la voz para responder:

—¿Qué?

—Sé que te obsesiona la arqueología, pero joder, ¡esto es demasiado! Nunca antes habías colaborado con gente que quiere matarte —miró de soslayo a Sophia— para encontrar algo. Y ya sé que Matt es un blando, pero aun así te aprovechaste de él para ir a la Antártida. Tuvo suerte de salir de ahí con vida… no como Bandra y el otro tío, David.

—¿Me estás culpando de sus muertes? —preguntó Nina con furia.

—No, los mató la Alianza.

—¿Pero crees que fue culpa mía, verdad?

—Creo que todo esto es una faceta tuya que no conocía, nada más —replicó Chase—. ¿Recuerdas cuando, en la *Pianosa*, te pregunté hasta dónde estabas dispuesta a llegar por todo esto? —La miró—. Creo que ahora ya lo sé. —Nina no podía mirarlo a los ojos.

No había hecho un trato con la Alianza, se recordó a sí misma. Solo había hecho lo necesario para seguir con vida.

¿O no?

No hablaron durante el resto del viaje. Los peñascos estaban cada vez más cerca, pero seguía sin haber ni rastro de sus perseguidores. La Hilux se tambaleó sobre las últimas dunas que rodeaban las mesetas y logró algo más de tracción al llegar a un terreno rocoso; el horizonte titilaba ya, calentado por el sol.

Nina alzó la vista. Las pronunciadas laderas de la primera meseta se elevaban unos sesenta metros por encima del desierto, y las de las otras algo más. La llanura que se encontraba entre ellas, sin embargo, estaba desprovista de todo salvo unas cuantas rocas.

—¿Esto es? —preguntó Chase, conduciendo la Hilux hacia el centro de la llanura—. No parece un jardín.

—Ahora no, pero hace cien mil años seguramente sí —dijo Nina—. Hasta el Sáhara fue un vergel en el pasado. —La zona, sin embargo, estaba tan

desolada que resultaba difícil creer que algo pudiera haber crecido allí en absoluto, mucho menos un jardín digno del mismísimo Dios.

Nina miró la fotografía de nuevo. Se fijó en que el símbolo que representaba «Edén» estaba más cerca del saliente rocoso situado más al norte.

—Ve hacia ese de allí —dijo, señalándolo.

Atravesaron la llanura bajo un sol de justicia. Todo aquel lugar parecía completamente desprovisto de vida… hasta que Nina reparó en un solitario pájaro sobre la meseta que tenían delante. Describió una lenta circunferencia, y después se perdió de vista tras la cumbre plana. Nina esperó a que reapareciera, pero no lo hizo.

La camioneta cogió un bache.

—Perdón —dijo Chase, frenando mientras la camioneta descendía una ladera—. Pero creo que hemos encontrado uno de los lechos del río.

—Es muy estrecho —dijo Sophia, hablando por primera vez desde que Chase la reprendió—. Debemos de estar cerca de su origen.

—Sí, pero ¿dónde está? —se preguntó Nina—. El estrecho canal conducía hacia los altos y empinados costados del peñasco… y se detenía abruptamente en su base.

—Allí debió de haber un manantial en otro tiempo —dijo Chase, deteniendo la camioneta cerca del acantilado y bajándose. Nina y Sophia lo imitaron, contemplando los altos muros de piedra gris y naranja.

—Puede que el Jardín del Edén estuviera encima de la meseta —sugirió Sophia—. Habría sido una buena posición de defensa, sobre todo si les preocupaban los ataques de animales.

—Puede —respondió Nina, pero la idea no terminaba de convencerla. Protegiendo sus ojos del sol, contempló lentamente la llanura, las otras mesetas, el desierto circundante…

Había algo en el cielo, un punto pálido.

—¿Eso es un avión?

Chase se giró.

—¿Dónde?

—Allí. —Nina señaló.

Chase corrió hacia la camioneta y sacó el rifle.

—¿Qué es? —preguntó Sophia mientras Chase observaba a través de la mirilla telescópica.

Cuando Chase habló por fin, lo hizo en un susurro horrorizado:

—Me cago en…

Nina hizo una mueca.

—Si lo próximo que oigo es «todo lo que se mueve», voy a enfadarme mucho.

—… todo lo que se mueve —concluyó Chase—. ¡Es un puto Reaper!

—Eso no suena nada bien…

—Pues no. ¿No os habéis fijado, en las noticias, cuando la Casa Blanca o el Pentágono sacan imágenes de misiles acercándose a toda leche a un terrorista y metiéndose en su garganta antes de explotar?

—Sí, ¿y qué?

Chase señaló con un dedo el punto gris.

—¡Que eso es lo que dispara los misiles!

Nina lo miró atónita.

—¿Es un avión norteamericano? ¿De dónde ha salido?

—Hay una base estadounidense cerca de la frontera con Uganda, en Entebbe. O eso, o viene de un portaaviones del mar Rojo. —Chase se echó el rifle al hombro, cogió la mochila y se la lanzó a Nina—. Da igual. El caso es que aquí está, y dentro de unos cinco segundos un friki en Las Vegas va a intentar borrarnos del mapa.

—¿Cómo que en Las Vegas…? —comenzó Nina, pero Chase la interrumpió, alejándola de la camioneta. Sophia corrió tras ellos. Un punto se separó del Reaper y cayó… y después voló hacia ellos describiendo una línea de humo en el cielo.

Era un misil Hellfire AGM-114, que se movía a una velocidad de unos mil seiscientos kilómetros por hora.

—¡Corred! —gritó Chase, pero Nina y Sophia ya se alejaban a todo correr de la camioneta mientras el misil sobrevolaba la meseta y describía un arco descendente hacia su blanco…

El misil impactó, nueve kilos de explosivo de alta capacidad detonando y cavando un cráter de seis metros de largo en la roca y la arena. La parte delantera de la Hilux se desintegró en una borrasca de metal doblado, y el resto del vehículo salió disparado por los aires y terminó chocando contra el muro del acantilado. Una onda sísmica de polvo y piedras los engulló a los tres justo cuando se tiraban al suelo.

Nina levantó la cabeza. Lo que quedaba de la camioneta se deslizó ladera abajo sobre la rueda que le quedaba, con la metralleta balanceándose sobre el trípode torcido.

—¡Madre mía!

—Levantaos —dijo Chase, ya en pie—. No tardará en disparar otro de esos.

—¿Cuántos misiles lleva encima? —preguntó Sophia.

—Catorce.

—¿Catorce? —repitió Nina, mientras miraba nerviosamente el Reaper. Seguía dirigiéndose hacia ellos, a menos de tres kilómetros de distancia.

—Sí, y ahora que ha desintegrado la camioneta, probablemente cambiará a cabezas antipersona para acabar con nosotros. —No tenían dónde refugiarse en la meseta, y si buscaban el amparo de la inclinada ladera, serían un blanco fácil para el láser de rastreo del Reaper, como mariposas inmovilizadas con una chincheta en un tablero.

—Dividámonos —dijo Chase—. Nina, ve por ahí. Soph, por el otro lado.

—¿Y tú? —preguntó Nina.

Chase señaló los restos destrozados de la camioneta.

—Por ahí. ¡Venga, a correr!

Nina estuvo a punto de protestar, pero Sophia se fue a toda prisa sin pensárselo dos veces. Chase miró a Nina con ojos que decían «¡Vamos!» y después echó a correr él mismo hacia lo que quedaba de la camioneta. Ya sin opciones, Nina obedeció.

Chase atravesó los ennegrecidos restos, sin perder de vista el Reaper, que seguía acercándose. La aeronave era un dron controlado remotamente, y su operador se encontraba en el otro lado del mundo, en Nevada, mirando una pantalla. Como si la guerra fuera un videojuego.

Pero, al contrario que en un juego, los blancos podían contraatacar.

Chase alcanzó la parte trasera del humeante vehículo y cogió la Kalashnikov. El operador le habría visto ya hacerlo, lo que lo convertía en una amenaza inmediata. En cualquier momento dispararía otro Hellfire…

Chase apuntó… y apretó el gatillo.

El rifle seguía funcionando, demostración palpable de su sólido diseño. Las balas salieron escupidas del cañón, trazando líneas verdes de rastreo que se encogieron hasta convertirse en puntos luminosos mientras dibujaban un arco en el cielo. Apuntó de nuevo, tratando de «guiar» a los rastreadores hacia el Reaper.

¡Hellfire!

El misil cayó desde una de las largas y esbeltas alas, y una llama lo impulsó de inmediato horizontal y no solo verticalmente.

Los rastreadores se aproximaron a la aeronave. Chase siguió disparando, sabiendo que tenía apenas unos segundos antes de que el misil impactara.

Casi sin munición, con el último tramo de la cinta atravesando ya el arma…

Humo en el fuselaje del Reaper.

¡Diana!

Chase no sabía qué clase de daños había causado, y no pensaba quedarse parado a ver qué pasaba. Dio un salto y echó a correr por la base del acantilado; vio una roca medio enterrada en la ladera.

Saltó sobre ella.

El misil impactó en lo que quedaba de la camioneta, con tanta fuerza que atravesó los restos y la superficie de la ladera antes de explotar. Una gigantesca erupción de arena y rocas salió despedida, llenando de escombros el lecho seco del río.

La roca había protegido a Chase de lo peor de la explosión, pero la onda expansiva lo golpeó con tanta fuerza como si le atropellara un autobús. Gruñó, mirando con ojos entrecerrados al cielo. El rastro de humo del misil conducía a su punto de origen, el Reaper…

Que ya no estaba allí.

—¡Toma! —jadeó, triunfante, al ver la aeronave robótica incapacitada descendiendo en una espiral incontrolada hacia las dunas. El parpadeo naranja de una explosión de combustible, una columna de humo negro… y, segundos después, un golpe seco cuando lo alcanzó por fin el sonido de la detonación.

Nina y Sophia regresaron a reunirse con él; Nina cojeaba.

—¿Estás bien? —preguntó.

—De milagro —gruñó él, al descubrir nuevas fuentes de dolor en su maltrecho cuerpo—. Pero parece que los Blue Oyster Cult tenían razón.

—A ver si lo adivino —dijo Sophia fastidiosamente—. *Don’t fear the Reaper*…

—¡Bah! ¡Me has pisado el chiste! —Se giró hacia Nina—. ¿Qué tal la pierna?

—Duele. Pero puedo caminar.

—Mejor —dijo Sophia, contemplando con gesto lúgubre los neumáticos incendiados de la Hilux—. Porque vas a tener que hacerlo.

—Le robaremos otro camión a la Alianza —dijo Chase.

—¿Qué quieres decir?

—Callum debió de ordenar que ese Reaper nos localizara. Supongo que le dijo al piloto que éramos terroristas peligrosos, o algo parecido. Algo que justificara sobrevolar el espacio aéreo sudanés. Pero nos encontró, lo que quiere decir que le habrán dicho a Callum dónde estamos. La Alianza no tardará en llegar.

Sophia se pasó una mano por su cabello rubio.

—Fantástico. Pero al menos no podrán encontrar el Edén, puesto que nosotros no hemos podido.

—No estoy tan segura de eso —dijo Nina en voz queda. Chase y Sophia se giraron para ver qué estaba mirando.

—Jo-der —dijeron al unísono.

El misil no solo había creado un cráter en la ladera de la meseta, había cavado un agujero entero. A través del humeante polvo, podía verse la entrada de una cueva.

—Así que sí hubo un manantial aquí —comprendió Chase. El lecho seco del río iniciaba su viaje a través del desierto justo debajo de la abertura—. Venía de aquí. Pero…

—Alguien lo tapó. —Nina terminó la frase por él. Un simple corrimiento de tierra habría amontonado escombros en el exterior del risco, pero las rocas restantes que cubrían la entrada estaban dentro de la caverna. Las habían colocado allí deliberadamente para sellarla.

—¿Desde fuera… o desde dentro? —se preguntó Sophia.

Nina echó a andar hacia la entrada, olvidado ya el dolor de su pierna.

—Averigüémoslo.

—Si no hay otra salida, estaremos atrapados ahí dentro cuando llegue la Alianza —dijo Chase.

—¿Prefieres esperarlos aquí fuera? —Nina trepó algunas rocas en dirección a la abertura. Tenía unos dos metros de ancho y metro y medio de alto más o menos, y más allá solo se veía una completa oscuridad—. ¿Hay alguna linterna en esa mochila?

Sophia sacó una y se la tiró a Nina, que la cogió al vuelo y la encendió, inclinándose para asomarse por el orificio. El polvo humeante dificultaba la visión, pero más allá de los escombros la caverna se adentraba en la roca una notable distancia.

No era una cueva. La forma era demasiado regular. Un túnel…

—Esto no es natural —anunció Nina, entusiasmada. Se agachó para mirar adentro—. ¡Vamos, hay un pasadizo!

—Espera —gritó Chase, pero Nina ya estaba dentro—. No me jodas…

Para cuando alcanzaron la abertura, Nina se abría paso ya entre los escombros desperdigados al otro lado.

—Mirad esto —dijo, iluminando con la linterna el túnel. Era de forma oval, más alto que largo, de casi cuatro metros en su punto más ancho. Aunque resultaba evidente que los muros habían sido tallados a mano, lo

habían hecho para ensanchar un canal existente, y en el suelo se veían marcas donde en otro tiempo fluyó el agua. Nina apuntó el haz de luz al túnel, que se curvaba y perdía en la oscuridad más adelante—. Debe de atravesar la meseta entera.

Chase cruzó la abertura, y Sophia fue tras él. Chase echó a correr tras Nina, que se adentraba túnel abajo.

—No tan rápido, ¿quieres? No sabes lo que hay ahí dentro.

—Ni lo sabré hasta que no lo vea por mí misma, ¿no?

—No verás nada de nada si te cae una piedra en la cabeza —la reprendió Chase—. Tienes tantas ganas de encontrar el Jardín del Edén que te estás apresurando.

Nina agitó los brazos en una mezcla de entusiasmo y exasperación.

—Pero es que… ¡es el puto Jardín del Edén, Eddie! Si es real, si está ahí delante, ¡lo cambiará todo! ¡Y lo he encontrado!

—Lo hemos encontrado —dijo Sophia, mirando a Chase con cierta mordacidad.

—Vale, lo que sea, ¡lo hemos encontrado! Pero esta es nuestra única oportunidad de verlo antes que la Alianza. A menos que queráis sellar ese agujero de entrada. —Nina miró a Chase—. Ya, eso pensaba. ¡Así que vamos! —Echó a andar de nuevo.

Chase dejó escapar un largo y frustrado suspiro.

—A mí no me mires —dijo Sophia al pasar junto a él—. Eres tú el que quiere casarse con ella.

La nube de polvo pronto se asentó; el túnel se curvaba de un lado a otro a medida que lo atravesaban. La luz del día procedente de la entrada se desvaneció. Pero la luz de la linterna no era la única…

Nina se detuvo, y Chase y Sophia la flanquearon. Nina apagó la linterna. Ahora podían ver claramente otra fuente de iluminación, más adelante.

—Es la luz del sol —susurró Nina—. Y, escuchad… ¿oís algo?

Chase trató de oír algo por encima del zumbido residual en sus oídos tras dos explosiones de misiles, pero Sophia inclinó la cabeza con curiosidad.

—Suena como agua corriente.

—¿En medio del desierto? —dijo Chase, aunque ahora también él podía oírlo.

Nina encendió de nuevo la linterna.

—No está lejos. —Echó a caminar de nuevo, cada vez más rápido, hasta casi correr, ansiosa por ver lo que había más adelante. A Chase no le quedó más remedio que igualar su paso.

Rodearon otra curva del túnel… y salieron a un amplio claro, deteniéndose incrédulos, maravillados, ante lo que veían sus ojos.

—Dios mío —susurró Nina—. Lo hemos encontrado.

34

El Jardín del Edén

—Madre mía —dijo Chase—. Esto no puede ser real.

—Sí lo es —replicó Nina, pasmada—. Es muy real.

La caverna era un gigantesco claro dentro de la meseta cuyos muros se curvaban hacia dentro para formar una bóveda casi perfecta de roca sobre sus cabezas. Sin embargo, no estaba completa: había agujeros en el techo de piedra a través de los cuales entraba la luz del sol, anchos haces que se derramaban en escorzo para iluminar el interior.

Para darle vida, mejor dicho. El túnel desembocaba tras una ligera elevación en el rincón suroeste, de modo que tenían una vista casi perfecta de la colosal estancia, y de la frondosa jungla que albergaba. Se elevaba vapor de los árboles allí donde la luz del sol tocaba las hojas, dibujando virutas en espiral… que se condensaban en el rocoso techo y goteaban de nuevo sobre la vegetación. La fuente de toda aquella agua era un gran lago que ocupaba la mayor parte de la esquina sureste de la caverna, y del que fluían riachuelos. El sonido de agua corriente provenía de una pequeña catarata que se derramaba en un gigantesco desfiladero que al parecer dividía el espacio en dos, justo al este desde su punto de vista.

Sophia se unió a ellos, y por unos segundos se quedó muda ante la impresionante escena.

—Es… es increíble.

—Y que lo digas —dijo Chase. Caminó hacia el borde del desfiladero y miró abajo. El fondo ni siquiera se veía, perdido en la oscuridad. Solo el lejano rumor del agua indicaba que el abismo no era eterno. Su mirada siguió el borde opuesto del rocoso cañón, una enorme grieta en el suelo que incluso había provocado la aparición de una hendidura en el muro sur de la estancia.

Se estrechaba a medida que atravesaba la jungla hacia el norte, pero el techo arbolado hacía que le resultara imposible ver con detalle el muro opuesto.

Nina, por su parte, se había fijado en otra cosa, algo que se elevaba de los árboles en el lado este de la caverna.

—Oh, Dios mío… Eddie, dame el rifle.

—¿Te vas a poner a disparar ahora?

—Quiero ver eso. —Nina cogió el Lee-Enfield y miró a través de la mirilla la forma que se distinguía apenas entre las sombras.

Un rostro la estaba mirando.

Nina se envaró, estupefacta, hasta que el objeto que veía en la mirilla mostró su verdadera naturaleza. Era otra estatua, una representación del dios de los veteres, como la que habían visto en la Antártida. Aunque resultaba obvio que era la misma figura, el diseño de la enorme escultura era distinto, de un modo extraño; a la vez más primitivo y más refinado. Más naturalista, en suma, aunque el diseño del cráneo y los rasgos faciales era tan alargado y estilizado como el de las estatuas de la ciudad congelada.

Más allá de la estatua había una llanura, y sobre ella se veía la cima de una estructura abovedada. Nina desplazó la mirilla hacia abajo, y vio que la estatua tenía una mano extendida, con la palma hacia arriba, como si repartiera semillas, exactamente igual que su compañera del Polo Sur. Esta, sin embargo, no estaba dentro de un templo; más bien un muro circular, que llegaba casi hasta la orilla del lago, rodeaba sus pies.

—Es otra estatua de su dios —les dijo a Chase y Sophia, entregándole el rifle al primero para que pudiera verlo por sí mismo—. Parece incluso más grande que la de la Antártida.

—¿La original? —sugirió Sophia.

—Podría ser. Y si se parece a la otra, quizá aquí también haya una biblioteca… otro Árbol del Conocimiento.

—Del Bien y del Mal —añadió Sophia—. Estamos en el lugar correcto, a fin de cuentas. Cuidado con las serpientes.

Nina contempló la colosal estatua.

—Tenemos que llegar hasta allí.

Chase bajó el rifle, y señaló con un ademán el abismo.

—Tendremos que dar un buen salto.

—Puede que más adelante sea lo bastante estrecho para cruzarlo. Vamos. —Nina echó a andar por la leve cuesta que conducía al lecho seco del río, que quedaba abruptamente truncado por el desfiladero, casi directamente enfrente

de la cascada—. Debió de haber un terremoto brutal para crear una grieta tan grande.

Más adelante, varios peñascos de gran tamaño descansaban en el suelo rocoso, con los costados en los que daba la luz del sol cubiertos de musgo. Chase alzó la vista. Justamente encima de ellos había un orificio en el techo.

—Supongo que también hizo eso. —El resto de agujeros variaba en tamaño: había uno por el que hubiera entrado un coche, y otro por el que habría pasado sin problemas un helicóptero; algunas secciones del techo estaban llenas de agujeros, como si fuera un queso suizo—. Un terremoto más y el techo entero se derrumbará.

—Ha sobrevivido durante más de cien mil años —dijo Nina—. ¿Por qué iba a derrumbarse ahora?

—¿Porque estamos aquí? Las cosas tienen tendencia a quedar arrasadas cuando tú estás cerca.

—Eso no es cierto —dijo Nina, molesta—. Solo pasa cuando hay idiotas que tratan deliberadamente de destruirlas.

Sophia se aclaró la garganta.

—Nada más lejos de mi intención que recordar quién fue la responsable de que se colapsara el techo de la tumba de Hércules…

—Oh, cállate. —Siguieron el borde del desfiladero, acercándose al extremo de la jungla. La condensación cayó sobre ellos en pequeñas gotas cuando se adentraron en ella.

—Es increíble —dijo Nina, sustituyendo rápidamente la irritación por curiosidad científica—. Un ecosistema perfectamente equilibrado. —Se detuvo, girándose hacia los haces de luz del sol—. Fijaos, la vegetación es más densa bajo el curso del sol durante el día. Entra suficiente luz como para mantener activa la fotosíntesis. —Atravesaron una zona de vegetación menos densa junto al borde del desfiladero.

La grieta se ensanchó a medida que avanzaban. En el extremo más alejado, otro enorme peñasco había caído del techo, una gigantesca cuña de piedra medio enterrada en la arena que sobresalía más allá del borde del desfiladero.

—Eso podría sernos útil —dijo Chase, señalando adelante. Había caído un árbol, y su tronco cruzaba el desfiladero.

—Parece un poco resbaladizo —dijo Nina con gesto dubitativo cuando lo alcanzaron. La madera relucía por la humedad, y estaba cubierta de enredaderas.

Chase inspeccionó el extremo arrancado del tronco, y después el suelo bajo aquel, antes de comprobar la resistencia de la madera con el pie.

—Parece sólido.

—Entonces ve tú primero —dijo Sophia.

Chase la miró con una mueca sarcástica, y después subió al tronco. Comenzó a caminar sobre él, con los brazos extendidos para equilibrarse, pero después se lo pensó mejor y se puso a gatas, progresando algo más despacio, aunque con mayor seguridad.

—Tenías razón —gritó desde el otro lado—. Está un poco resbaladizo. Venid.

A Nina seguía sin convencerle el plan.

—Creo que voy a ir a ver si hay otro camino más adelante.

—No pasará nada. Confía en mí.

Nina subió de mala gana al tronco. La madera estaba húmeda, y la corteza era suave al tacto. Pero había soportado el peso de Chase, de modo que…

—Vale —se dijo a sí misma, con los ojos clavados en el tronco, más adelante, en lugar de en la vertiginosa caída que la aguardaba a ambos lados —. Es seguro. Es como un puente. —Comenzó a caminar—. Un puente podrido, húmedo y estrecho, pero…

Siguió adelante, desconchando cachos de musgo mientras avanzaba, y tratando de no mirar cómo caían al abismo. Prefirió concentrarse en el tronco, y en el rostro de Chase, que la animaba desde el otro lado. Podía sentir la madera cediendo bajo sus pies, pero siguió adelante, avanzando centímetro a centímetro, hasta alcanzar el otro lado.

—Gracias a Dios —dijo, saltando de nuevo a tierra firme con un suspiro de alivio.

Chase le dio un golpe cariñoso en el hombro.

—Te dije que todo iría bien. ¿Lista, Soph?

Nina miró atrás cuando Sophia comenzó a cruzar el tronco. Además del constante rumor de la cascada, podía oír otro sonido, un cierto susurro entre las copas de los árboles. Pájaros, sin duda, revoloteando por el follaje. Vio a uno describiendo un círculo cerca del techo y adentrándose en un orificio hacia la luz del sol antes de descender de nuevo atravesando otro.

—Mira los pájaros —le dijo a Chase—. Me pregunto si son autóctonos, o si encontraron este lugar en sus migraciones.

—Mientras no me caguen encima, me da lo mismo —respondió Chase—. ¿Qué tal vas, Soph?

—Bien —replicó Sophia—. No entiendo por qué Nina tenía tanto miedo.

Puso una mano en una rama saliente para apoyarse… y la rama se partió con un crujido húmedo.

Cayó a un lado. Su pierna resbaló sobre la madera en una lluvia de corteza podrida, y con la otra mano trató de agarrarse a algo mientras caía…

Chase corrió hacia el borde del desfiladero, aferró una de las raíces expuestas del árbol y extendió el brazo hacia ella. Sophia trató de estirar su mano libre, pero no llegaba a coger la de Chase.

—¡Eddie! —gritó—. ¡Me resbalo!

—¡Aguanta! —Chase subió al tronco. La cogió de la muñeca y trató de subirla, pero estando de rodillas no lograba hacer la fuerza suficiente—. ¡Nina, ayúdame!

Nina vaciló, y después corrió hacia él.

—¿Qué quieres que haga?

—Sostén esa raíz —dijo Chase—. ¡Después cógeme del brazo para que pueda tirar de ella!

Nina así lo hizo. La raíz crujió peligrosamente cuando la cogió. Estaba podrida.

—¡No creo que aguante!

—¡No hay más remedio! ¡Vamos!

Nina sostuvo la raíz, y extendió el otro brazo hacia Chase. Las manos de ambos se entrelazaron con fuerza. Chase aguantó el peso de Sophia y Nina el de él mientras trataba de subirla. Más enredaderas se partieron, y la mano de Sophia comenzaba a resbalar…

Nina tiró con fuerza, gimiendo de dolor por el esfuerzo de los músculos de su hombro. La raíz gimió a su vez, pero resistió. Chase se puso en pie, levantando a Sophia consigo. Esta logró apoyar el pie en la madera y saltó a la seguridad del borde del risco; Chase saltó tras ella.

—¡Oh, Dios! —jadeó Sophia, abrazándose a él con fuerza mientras trataba de recuperar el aliento—. Gracias, gracias, gracias…

—Ejem —dijo Nina, decidiendo que el achuchón ya había durado bastante. Chase captó la indirecta y se apartó de Sophia.

—Y gracias a ti también, supongo —le dijo a Nina, aunque las palabras dejaron un regusto desagradable en su boca.

—De nada —replicó Nina—. Venga, sigamos.

Echó a caminar en dirección a la estatua. Chase la alcanzó.

—No puedo creer que acabe de salvarle la vida —murmuró Nina.

—Yo sí —dijo Chase—. No eres como ella.

—Sabes, creo que eso es lo más bonito que me has dicho en tu vida.

Chase soltó una risa ahogada; después cogió un palo y siguió caminando, apartando la vegetación a medida que se iban adentrando en aquella pequeña y extraña jungla. Tras caminar durante unos minutos, atravesando en cierto momento un riachuelo, se encontraron justo por debajo de una de las aberturas más grandes del techo. Las variedades y los colores del follaje se multiplicaban a la luz del día, con distintas frutas y bayas madurando en los árboles.

—Es precioso, ¿verdad? —dijo Nina, deteniéndose para oler una flor púrpura desconocida—. Es comprensible que fuera recordado como un paraíso.

—Prefiero los espacios abiertos —dijo Chase—. Ya sabes, con un cielo de verdad en lugar de agujeros aquí y allá en la piedra… —No terminó la frase.

Nina reparó en su repentino silencio.

—¿Qué pasa?

Chase usó el palo para doblar las ramas de un arbusto.

—Hay algo ahí.

Tras el arbusto se veían los restos de un edificio, unas ruinas destartaladas que apenas se tenían en pie bajo capas y capas de enredaderas y liquen.

—Es de ladrillo —dijo Nina—. Como las otras estructuras de los veteres.

—Tiene la forma equivocada —dijo Sophia—. No es circular, sino cuadrada. —Tenía razón; Nina se fijó en que lo que quedaba de los muros apuntaba a una estructura de ángulos rectos—. Y los ladrillos solo están puestos unos encima de otros. Ni siquiera están derechos.

—Qué chapuceros —bromeó Chase.

Nina se desplazó junto a los muros derruidos, y vio más ruinas entre las plantas.

—Pero hay un muro curvado, o lo que queda de él. —De repente comprendió el motivo—. ¡Claro! Es como el lugar que encontramos en Indonesia. Las estructuras originales de los veteres fueron saqueadas por otros pueblos posteriores que buscaban materiales. No tenían la capacidad de construir algo tan complejo como una cúpula, así que usaron los ladrillos para construir algo más sencillo. Eso significa que alguien estuvo aquí después de que los veteres se marcharan. ¿Pero quién?

—¿Quién estuvo en el Jardín del Edén después de Adán y Eva? —preguntó Chase.

—Nadie —le dijo Nina—. Fueron expulsados. Y Dios se aseguró de que no volvieran colocando querubines armados con espadas de fuego para vigilar la entrada.

Chase arqueó una ceja.

—¿Espadas de fuego? Eso suena familiar.

—Mmmm…

—¿Espadas de fuego? —preguntó Sophia—. ¿Me he perdido algo?

—Excálibur brillaba en ciertas condiciones debido a la energía de la Tierra —explicó Nina—. Una cultura primitiva podría haberlo interpretado como una forma de fuego. —Contempló las ruinas—. Esto debió de formar parte del asentamiento de los veteres. Aquí vivían. Aquí empezó su civilización.

—¿Y por qué se marcharon? —preguntó Chase—. No solo se expandieron por todo el mundo. Abandonaron este lugar del todo.

—Les obligaron a marcharse —recordó Nina—. Las «bestias».

Chase negó con la cabeza.

—No lo entiendo. Debían de estar bastante avanzados para construir todo lo que hemos visto. ¿Por qué no fueron capaces de crear armas para matar a esas bestias? Es decir, los leones, los tigres, los osos…

—Madre mía.

—… son depredadores terribles, pero a la larga no tendrían nada que hacer… ya sabéis, los pulgares oponibles y todo eso. —Alzó las manos, con los pulgares en alto.

—Como siempre, muy elocuente —dijo Sophia—. Pero no te falta razón. Las herramientas y las armas igualan bastante las tornas. A menos que las bestias también tuvieran pulgares oponibles, claro.

—Las inscripciones decían que los veteres intentaron enseñar a las bestias —dijo Nina—. Darles el regalo del conocimiento. Puede que no fuera una gran idea enseñar a un gorila a usar una lanza.

—Los gorilas no construyeron esto —dijo Sophia, señalando el muro—. Y tampoco construyeron esa estatua gigante.

—Tienes razón. —Nina miró hacia el muro del este—. Si las respuestas están en algún lugar, es allí.

Los tres Humvees, con sus flancos negros sembrados de agujeros de bala, se detuvieron cerca de la base de la meseta.

Callum, que marchaba en el primer vehículo con Vogler, comprobó el GPS.

—Estamos en la posición en la que impactaron los misiles.

—No hace falta un GPS para saber eso —dijo Vogler. Más adelante, un cráter indicaba el lugar exacto, rodeado de escombros carbonizados. Algo más lejos había un orificio con un halo similar de restos quemados, uno que se adentraba mucho más en la enorme masa de piedra que lo que pudiera haber provocado un misil—. Es aquí. Hemos encontrado el Edén.

—¿Ahí? —dijo Callum, en tono escéptico.

Vogler no respondió, sino que se apeó del vehículo y miró a su alrededor. Lo único que se oía era el viento; la llanura estaba desolada, sin vida. No parecía posible que su búsqueda terminara aquí. Claro que tampoco había llegado a imaginar que las misiones de la Alianza fueran a llevarlo a una ciudad congelada bajo el hielo de la Antártida.

Las puertas de los otros Humvees se abrieron. Zamal bajó el primero, de tan mal humor como siempre.

—¿No hay cadáveres? Para esto sirven los drones no tripulados. —Resopló desdeñoso, mirando a Callum con mordacidad—. ¿Guerra por control remoto, usar robots para que maten por ti? Es una manera cobarde de luchar. Un verdadero guerrero de Alá mira a sus enemigos a los ojos. —Dio algunas órdenes a sus hombres y echó a caminar hacia la entrada de la cueva.

—¿Adónde vas? —gritó Vogler.

Zamal se detuvo mientras sus hombres se dirigían hacia la entrada.

—A mirar a mis enemigos a los ojos.

—Deberíamos esperar a Ribbsley. Estará aquí en menos de una hora.

—A estas alturas ya deberías saberlo, Killian —dijo Zamal con una leve sonrisa—: no soy un hombre paciente.

Uno de sus hombres lo informó de que había un túnel más grande tras la abertura.

—¿Lo bastante para que quepan los Humvees? —preguntó Vogler. El soldado asintió—. Deberíamos despejarlo. No sabemos lo que hay ahí dentro… quizá nos resulten útiles.

—Yo sí sé lo que hay ahí —replicó Zamal—. Wilde, Chase y Blackwood. Es hora de que mueran.

—Teníamos un acuerdo con la doctora Wilde.

—Que dejó de existir cuando nos traicionó. Tú puedes esperar a Ribbsley si quieres —dijo, dándole la espalda—. Yo voy a cumplir la misión de la Alianza: matar a cualquiera que amenace nuestra fe. —Se descolgó el rifle y esbozó una sonrisa gélida en dirección a Vogler mientras se preparaba para cruzar la abertura—. Alá es grande.

Nina, Chase y Sophia salieron de la jungla y se toparon con la cenagosa orilla del lago.

—Ahí está la estatua —dijo Chase al verla, erigiéndose al este.

Nina la miró.

—Es más grande de lo que pensaba. Al menos debe de tener treinta metros de alto. —Llegaba más allá de la pequeña llanura que tenía detrás: la cabeza se elevaba sobre el borde del pronunciado risco. Nina se fijó en que la misma ladera rocosa estaba cubierta de una matriz de «ramas» de cobre similares a las que vieron en el templo de la Antártida. Y desde ese ángulo, además, podía ver algo más tras la estatua, al parecer tallado en la roca—. Eddie, dame el rifle. —Observó a través de la mirilla.

—¿Qué has visto? —preguntó Chase.

—Es un sendero que lleva a la cumbre. Peldaños tallados en la piedra.

—¿Como esa escalera en espiral de la Antártida?

—Esta está abierta por un lado. Traza una especie de zigzag. Un zigzag muy largo. Hay muchísimos peldaños.

Chase suspiró.

—Genial. Todos para nosotros.

—Al menos esta vez no están cubiertos de hielo. —Nina miró al otro lado del lago—. ¿Qué es eso?

—Otro túnel —dijo Sophia mientras Nina lo inspeccionaba a través de la mirilla—. Pero parece inundado.

—Lo está —confirmó Nina—. Casi hasta el techo. Y el agua de dentro no parece estar fluyendo. Debe de estar bloqueada en el otro extremo.

—Como el túnel por el que hemos entrado —dijo Chase.

—Sí… —Nina giró lentamente en el sentido de las agujas del reloj, en dirección al lago, a la altura de la entrada del túnel medio sumergido—. Uno. —Después se desplazó hacia la cascada que caía al abismo, y la abertura que había tras ella—. Dos. —Siguió describiendo un círculo, hasta otro riachuelo que se dirigía aproximadamente hacia el noroeste, adentrándose en la jungla, por donde habían venido—. Tres. —Por último, se giró para encarar el lago y un canal más amplio situado entre ellos y la estatua—. Y cuatro. Cuatro ríos, todos alimentados de la misma fuente. Y apuesto a que en otro tiempo fluían por el desierto.

—Cuatro ríos —repitió Sophia—. Pisón, Gihón, Tigris, Éufrates…

—Los cuatro ríos que según el Génesis fluían del Jardín del Edén. Pero ya no lo hacen, porque los veteres los bloquearon.

—Un momento —dijo Chase—. ¡El Tigris y el Éufrates están en Irak! ¡Ni siquiera es el mismo puto continente!

—Los nombres se reutilizan. París, Texas, no es lo mismo que París, Francia. Podría ser simplemente otro caso de leyendas que pasan de generación en generación. —Miró de nuevo hacia la meseta—. Tenemos que llegar ahí arriba. Si este sitio se parece en algo al templo de la Antártida, entonces sea lo que sea lo que hay en la cima de esas escaleras es el lugar al que no podíamos acceder a causa del hielo. La Fuente de la Vida.

—O el Árbol de la Vida, si usas el significado alternativo —dijo Sophia —. Otra referencia al Génesis.

—Y si hay otra biblioteca, tendremos nuestro Árbol del Conocimiento.

—Si hay un manzano ahí arriba —dijo Chase, contemplando el rostro hierático de la estatua—, igual tengo que pedirle perdón a mi abuela por hacer novillos en catequesis.

Fueron hacia el lago. Cruzaron el cuarto riachuelo a pie y llegaron a la orilla opuesta, junto al muro que rodeaba la estatua. La alta barricada de piedra parecía en un primer momento no tener entrada alguna, pero entonces vieron un enorme bloque de roca que había caído del techo, demoliendo parte de ella.

—Menos mal que pasó eso —dijo Chase mientras se acercaban—. Nos habría costado bastante atravesar ese muro.

—No es solo un templo —dijo Nina, al comprender su propósito—. Es un fuerte. Los veteres lo construyeron para proteger algo, igual que sellaron los túneles que dan a la caverna. Otra línea de defensa.

—¿Pero lo hicieron desde fuera… o desde dentro? —preguntó Chase de nuevo. Señaló la meseta tras la estatua—. ¿Siguen ahí arriba?

—Vamos a averiguarlo. —Nina fue la primera en aproximarse al montón de piedras rotas junto al muro dañado. Se asomó para ver qué había más allá —. Oh…

Era otra biblioteca, estante tras estante de tablillas de barro y cilindros que contenían toda la sabiduría de los veteres. Sin embargo, al contrario que el cuidadosamente ordenado archivo de la Antártida, este lugar era puro caos. Algunas de las tablillas, las que se encontraban más cerca de la base de la estatua, estaban apiladas con cierto orden, pero la mayoría estaban amontonadas de cualquier manera, cada vez más aleatoriamente a medida que se acercaban al muro exterior. Algunas habían caído, o las habían tirado, y había varios pedazos rotos desperdigados por los pasillos de la biblioteca. El

lugar entero estaba cubierto de tierra, humedad y enredaderas que reclamaban ya todas las superficies.

—Madre mía, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó Chase.

Nina sintió una enorme tristeza, pues reconocía la creciente desesperación de la gente que había hecho aquello.

—Esto fue el último reducto —dijo—. Querían preservar todo esto, como hicieron en la Antártida… pero se quedaban sin tiempo. Debían de estar todavía construyendo el muro de fuera, incluso mientras traían todo esto aquí. —Señaló las pilas más próximas a la estatua—. Cuando empezaron, intentaron tenerlo todo organizado, pero al final solo les dio tiempo a tirar las tablillas de cualquier manera y esperar que no se rompieran muchas. Cuando hubieron metido dentro todo lo que pudieron, terminaron de construir el muro. Los conocimientos de toda una civilización, sellados aquí dentro… para siempre.

—Supongo que se llevaron los registros más importantes —dijo Sophia —. Como los cilindros de audio, las voces de sus profetas… Mientras tuvieran eso, sabían que podrían hacer copias antes o después.

—Pero aun así debieron perder tantas cosas… —Nina contempló los restos de la biblioteca durante un largo rato en silencio. Después pasó al otro lado del muro.

A través de los prismáticos, Zamal vio a las tres figuras perderse de vista en el interior del templo. Después de entrar en la gigantesca caverna y vencer el asombro inicial, lo primero que hizo fue familiarizarse con la topografía del que sería su nuevo campo de batalla, y, mientras estudiaba el paisaje desde una elevación cerca de la boca del túnel, había visto a los fugitivos rodeando un lago y dirigiéndose hacia la enorme blasfemia que era la estatua, al otro extremo.

Junto con sus hombres, los persiguió, corriendo por el borde del acantilado que dividía la cueva hasta que encontraron un puente de maderos. Lo cruzaron rápidamente y atravesaron la jungla tan rápidamente como pudieron hacia la orilla del lago. Ahora solo unos minutos los separaban de Wilde y los otros.

—Los tenemos —dijo con una sonrisa maliciosa.

Al igual que su algo más pequeña compañera de la Antártida, la estatua tenía un bajo túnel en su base, que exigía que cualquiera que deseara atravesarlo se postrara a los pies del dios. Sin embargo, al contrario que la entrada cubierta de hielo de la Antártida, esta estaba repleta de vida, y decenas de insectos se apartaron con urgencia cuando Nina atravesó a gatas la capa de tierra que se había acumulado durante miles de siglos.

—Es una lástima que no hayas traído el machete —le dijo a Chase, que iba tras ella, mientras apartaba enredaderas que ocultaban un pasaje algo más alto y ancho. Agujeros en el techo arqueado dejaban entrar una media luz filtrada entre las trepadoras—. Hay un pasaje, y lo que parece una sala más grande al final. Debe de conducir hacia las escaleras sobre el acantilado.

Se incorporó y se apartó el fango con las manos mientras Chase y Sophia se reunían con ella. Después, encendió la linterna e iluminó el pasaje. La capa de cobre y oro reflejó el haz.

—Eso es nuevo. No había nada parecido en el otro sitio.

Siguió avanzando, dirigiendo el haz a los muros de lo que resultó ser una gran estancia circular.

—Pero había algo muy parecido a eso. Idéntico, de hecho. —La luz fue a descansar sobre cuatro cuencos metálicos de distintos tamaños dispuestos en línea ante la entrada, junto al perno y el altavoz de cobre de otro de aquellos primitivos gramófonos.

—¿Eso de al lado es una puerta? —preguntó Chase, pasando junto a Nina, a punto de entrar en la estancia… antes de quedarse helado al ver lo que había al otro lado—. ¿Qué narices es eso?

Nina y Sophia estaban tan asombradas como él. Ante ellos tenían tres estatuas, pero, al contrario que las otras que habían visto hasta ahora, estas no eran de piedra, sino de metal. Tenían casi cinco metros de alto, figuras alargadas con los brazos extendidos; le recordaban a Nina a la pose de la estatua gigante que tenían tras de sí… pero, donde aquella extendía los brazos en un ademán generoso, estas sostenían en cada mano un cuchillo.

Sin embargo, no eran las armas lo que más llamaba la atención, sino sus rostros, en plural. La cabeza de cada figura tenía cuatros rostros, mirando en distintas direcciones. El que miraba al frente tenía rasgos alargados y estilizados, como los del dios de los veteres, aunque sus ojos en forma de almendra se entrecerraban amenazadoramente. A su derecha, lo que parecía ser el rostro de un león, mostrando los dientes en ademán agresivo; enfrente de aquel, la cabeza de un toro con cuernos. Una de las estatuas estaba

dispuesta en cierto ángulo respecto a la entrada, revelando que el rostro restante era el de un águila, con el pico abierto, listo para atacar.

De la espalda de cada figura sobresalía lo que parecían alas, hechas de placa de cobre y filigrana, que se extendían hacia arriba, hasta tocar el techo cubierto de metal. Otras alas, de diseño similar pero más pequeñas, se extendían hacia abajo, desde el torso de la estatua hacia el suelo, entre sus cuatro pies, que se asemejaban a las pezuñas de una vaca. Las piernas mismas estaban rodeadas de estrechas bandas de cobre.

Chase fue el primero en hablar:

—Solo para asegurarme de que no me he vuelto completamente loco… esas alas… ¿se supone que son ángeles, no?

—Son más que ángeles —dijo Nina—. Son querubines. «Y puso al oriente del huerto del Edén querubines…».

—«Y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida» —continuó Sophia—. Si recuerdo correctamente.

—Génesis, capítulo tres. —Nina apuntó el haz al suelo metálico. Había arañazos y hendiduras, como si hubieran desplazado algo muy pesado por encima.

—Vale —dijo Chase, desenfundando la Browning—, ¿por qué tengo de repente la desagradable sensación de que nos hemos metido en una trampa?

—Probablemente porque eso es justo lo que acabamos de hacer. —La luz de la linterna descansó en algo que yacía en el suelo. Era poco más que polvo, restos putrefactos que apuntaban a la forma que tuvo en otro tiempo.

Una forma humana.

—Ahí hay otro —dijo Sophia. Nina iluminó una segunda forma en descomposición. En el pasado alguien entró en esta cámara… y fue víctima de sus guardianes.

—De puta madre —resopló Chase—. Siempre creí que los querubines eran niños gordos con alas que tocaban la trompeta, ¿y ahora resulta que son los seguratas de Dios?

—Esos son *putti* —dijo Sophia—. Aparecían mucho en el arte renacentista. Miguel Ángel y Donatello son los culpables de tu confusión.

—¿Las Tortugas Ninja?

Nina y Sophia suspiraron al unísono.

—Gran parte del arte tradicional, no solo en las fes abrahámicas, sino también en otras anteriores, como la babilonia, plasmaba a los querubines con cuatro rostros y cuatro alas —dijo Nina—. Y a menudo con las piernas de un

animal. —Iluminó los pies de la estatua más cercana—. Aunque he visto ilustraciones medievales que los muestran sobre una rueda, o un eje. —Se arrodilló, al ver que las pezuñas no llegaban a tocar el suelo; se veía la base de una esfera en el pequeño espacio que dejaban.

—¿Se mueven? —exclamó Sophia con incredulidad.

—No te sorprendas tanto. Ya has visto cosas parecidas antes, en la tumba de Hércules. En las trampas que usaban para protegerla de los ladrones.

—No me lo recuerdes —murmuró Chase.

—No comprendo cómo es posible —dijo Sophia—. Esas trampas tenían maquinaria que las movía. Esto solo son esculturas. Aunque esas espadas giren de algún modo, hay espacio de sobra para rodearlas.

—Puede que ese de ahí pensara lo mismo —dijo Chase, señalando una de las formas putrefactas.

—Quizá, hace cien mil años. ¿De veras crees que hay algo aquí que vaya a seguir funcionando después de todo este tiempo?

Nina extendió la mano hacia las estatuas.

—¿Quieres comprobarlo? Adelante.

—Sí, creo que lo haré. —Encogiéndose de hombros desdeñosamente, Sophia atravesó la entrada y pisó el suelo metálico. No ocurrió nada—. ¿Lo veis? —dijo, girándose para mirar a Nina al tiempo que bajaba un pequeño peldaño que rodeaba el perímetro de la estancia—. Nada de na…

La cámara se llenó de luz.

Truenos bailaron por toda la sala, restallando alrededor de las alas de los querubines cuando tocaban las placas de cobre del techo. De las estatuas salieron chispas, y un pronunciado olor a ozono llenó la estancia. Con un espantoso chirrido, las espadas comenzaron a moverse. Las manos esculpidas de las estatuas formaban en realidad parte de las espadas, y giraron por las muñecas, ganando rápidamente velocidad para formar un círculo de muerte, como el propulsor de un caza… y después los brazos de las estatuas se movieron también, girando de atrás adelante y describiendo amplios arcos.

Otro crujido metálico, un enorme pesó osciló…

Una de las estatuas se desplazó sobre los surcos que su propio peso había trazado en el suelo a lo largo de los incontables siglos y avanzó hacia Sophia. Las otras hicieron lo mismo, con las espadas girando.

Sophia gimió, y se dispuso a volver hacia la entrada… cuando vio algo al otro extremo del pasaje.

—¡Eddie!

Chase se giró… y vio a varias siluetas avanzando a gatas por el túnel bajo la colosal estatua.

La Alianza los había encontrado.

35

—¡Adentro! —gritó Chase, empujando a Nina hacia la cámara. Ella se resistió, a pesar de que había visto a los soldados, igual que él.

—¿Y las estatuas?

—¡Son más lentas que las balas! ¡Vamos!

Cruzaron agachados la entrada, mientras Sophia corría hacia el otro extremo. Las estatuas proseguían su avance, y cuando sus alas tocaban el suelo y el techo levantaban chispas, pero se desplazaban razonablemente despacio.

Pero ¿cómo se movían? ¿Qué les impulsaba?

Chase se asomó por el recodo, y disparó la Browning. El primer soldado de la Alianza, cuyos movimientos se veían limitados por las dimensiones del túnel, no tuvo oportunidad de esquivar el disparo, y la bala le impactó en la frente. Se derrumbó, inerte. El que iba tras él retrocedió rápidamente, cuando uno de sus camaradas tiró de él.

—¡Eddie! —gritó Sophia, alzando ambas manos. Chase le lanzó el Lee-Enfield—. ¿Cuántos hay?

Chase vio movimiento a ambos lados del otro extremo del embotellamiento.

—Por lo menos tres. —Bastaría con que cualquiera de ellos lanzase una granada para matarlos.

Y había otros peligros, que se acercaban sin prisa pero sin pausa.

—Eh, creo que deberíamos irnos —dijo Nina, tirando a Chase del brazo. Dos de las estatuas se aproximaban a ellos, y la tercera se cernía sobre Sophia.

Chase disparó a la cabeza de la estatua más cercana. El disparo impactó con un estrépito metálico, produciendo una leve hendidura entre los ojos enojados del artilugio. Pero eso fue todo.

—¿Eddie, te importaría no gastar balas intentando matar a objetos inanimados? —lo reprendió Sophia.

—¡A mí me parecen muy animados! —Chase siguió a Nina; rodearon el borde exterior de la estancia. El querubín cambió de dirección, persiguiéndolos, pero lo hizo sin girarse, de modo que ahora eran los cuernos del toro los que parecían ir tras ellos.

—Son como coches de choque —dijo Nina, mirando al techo. Chase la miró como si se hubiera vuelto loca—. Me refiero a cómo funcionan. El suelo y el techo deben de tener polaridades distintas. Las alas completan el circuito y hacen que se muevan.

—¿Cómo? ¿Y de dónde sacan la energía?

—«Tierra-cielo-fuego». Eso es lo que significaba la inscripción. ¡Debe de tratarse de energía de la tierra! Todas esas cosas de cobre encima de la estatua son antenas, recolectores de energía, como los que vimos en Rusia. —Los veteres habían sido capaces de domar las corrientes de energía que fluyen bajo la misma tierra, usándolas para mover motores eléctricos primitivos pero eficaces, que en la Antártida hacían funcionar los dispositivos de grabación y que aquí movían las estatuas y sus espadas. Las espadas mismas relucían con una fantasmagórica luz azulada; a Nina se le ocurrió que quizá sus filos compartían algunas de las características casi invencibles de Excálibur—. ¡No os acerquéis a las espadas!

—¿Qué haríamos sin tus valiosos consejos? —dijo Sophia con lógico sarcasmo.

Se encontraban ya casi a la altura de las puertas traseras de la estancia, y de los cuencos metálicos. Chase miró hacia la entrada. La Alianza seguía agazapada al otro lado del túnel, pero no le quedaba duda de que estarían intentando buscar posiciones de disparo adecuadas.

Vio a Sophia agacharse y rodear la esquina mientras buscaba objetivos por la mirilla del rifle. La espada del tercer querubín estaba peligrosamente cerca de ella.

—¡Soph! ¡Cuidado!

Cuando reparó en la amenaza, Sophia salió de la cámara de un salto y cayó en el suelo de piedra al otro lado de la entrada. El querubín vaciló, y después cambió de dirección; se encaminaba ahora hacia la persona que tenía más cerca: Nina.

Pero Sophia seguía estando en peligro. Sonaron disparos por el pasaje, balas que impactaron en el suelo junto a ella, aunque logró rodar sobre las baldosas de piedra y evitarlas. Llegó al muro opuesto y se lanzó de nuevo

hacia el interior de la estancia. Una vez más, el querubín cambió de objetivo y fue hacia ella.

—¡Nos están rodeando! —gritó Chase—. ¿Cómo coño están haciéndolo?

—No lo sé —dijo Nina, al ver símbolos familiares en los cuencos—, ¡pero sé qué hacer con eso! —Sacó de su mochila el cilindro de arcilla que había cogido en la sala del mapa de la Antártida y señaló la inscripción que podía verse en la parte superior—. Son las mismas palabras: «La canción del profeta». Tenemos que reproducirla.

—No creo que vaya a amansar a estas fieras. ¡Y si te quedas cerca de ese gramófono, estarás en la línea de fuego de la Alianza!

Nina memorizó rápidamente las posiciones de los querubines y la velocidad a la que se movían.

—Eddie, vuelve con Sophia.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¡Tú hazlo!

De mala gana, Chase se dio media vuelta y regresó.

—¿Y tú qué?

—Voy… a intentar correr a través de la línea de fuego —dijo Nina, tratando de mentalizarse a sí misma—. ¡No hay de qué preocuparse!

—¿Qué? —Chase se detuvo—. ¡Nina, no…!

Pero ella ya había echado a correr, atravesando la cámara y pasando ante las puertas de metal cerradas. Uno de los soldados de la Alianza abrió fuego; las balas impactaron en las puertas, justo detrás de ella, levantando astillas metálicas. Uno de los trozos golpeó en uno de los cuencos, tocando una nota profunda y sonora. Nina sabía perfectamente para qué servían los cuencos, pero tenía otras cosas más importantes en que pensar, como por ejemplo seguir un metro por delante de la letal ráfaga de disparos…

Que se detuvo. El artillero ya no podía verla.

El querubín, sin embargo, aún la seguía, desplazándose chirriando sobre sus enormes pies rodantes. Lo único en que podía pensar Nina era que estaban cargados eléctricamente, de algún modo al contrario que el cuerpo humano. Los polos iguales se repelen, de modo que los querubines, con cargas similares, no corrían peligro de demolerse los unos a los otros con sus espadas. Los polos opuestos, sin embargo, se atraen. Siempre que hubiera un ser humano en la estancia, las estatuas irían tras él. No era magia, ni maldad: tan solo magnetismo.

Por separado, las pesadas y lentas estatuas no eran difíciles de esquivar. Pero al sumarse las tres, junto con el movimiento giratorio de sus espadas,

resultaba muy sencillo encontrarse atrapado de improviso. Si pasaba demasiado tiempo en un solo lugar, como junto a las puertas, todo habría terminado.

Chase alcanzó a Sophia.

—¿Qué narices estás haciendo? —le gritó a Nina.

—Espera, espera… —respondió ella. Su querubín seguía desplazándose por la sala…

Cruzó frente a la entrada.

Nina corrió de vuelta hacia las puertas. El coloso cambió vacilante de dirección para seguirla con sus fauces animales. Llegaron más disparos procedentes del túnel…

Las balas impactaron en la estatua, rebotando contra sus piernas y su torso.

Nina corrió hacia los cuencos y puso el cilindro en el perno, beneficiándose de su nuevo escondite. Mientras el querubín siguiera moviéndose en línea recta hacia ella, la protegería de los disparos de la Alianza.

Sin embargo, cada segundo que permanecía en esa posición aproximaba más y más las espadas giratorias.

Un grito desde dentro: Zamal dando una orden. Chase y Sophia estaban ya lejos de la entrada de la cueva, de modo que los soldados de la Alianza tenían vía libre a través del túnel.

Chase retrocedió rodeando el perímetro, seguido de Sophia. El propósito del pequeño peldaño resultaba ahora obvio: era lo bastante alto para evitar que los querubines golpearan los muros.

—Tenemos que volver a la entrada.

—Es muy fácil decirlo —replicó Sophia.

—Si no podemos evitar que se muevan… —Sin terminar la frase, Chase miró hacia las alas, allí donde sus bordes levantaban chispas al tocar el techo. Después, apuntó la Browning a una de las alas y disparó. La bala atravesó las bandas de cobre. Saltaron más chispas, y una descarga eléctrica restalló furiosamente, pero el ala permaneció en contacto con el metal.

—¿Qué estás haciendo?

—Nina dijo que eran como coches de choque, así que tenemos que inutilizar sus polos de energía. —Uno de los querubines estaba cerca del peldaño, y otro se acercaba desde el centro de la estancia. Chase observó al que estaba más cerca, calculó el arco que describía su espada, la distancia entre aquella y el muro…

El cilindro estaba en su sitio, y la aguja colocada al comienzo del surco. Nina no tenía muy claro qué hacer a continuación. Limitarse a girar el cilindro a mano no funcionaría: si los cuencos servían para lo que ella pensaba, la grabación debía ser reproducida a la velocidad exacta. Miró atrás; el querubín se estaba acercando.

Y tras él, vio sombras moviéndose en la pared del túnel. Más soldados de la Alianza acudían.

—¡Mierda, mierda! —Trató de recordar cómo había logrado desencadenar un chispazo residual de energía terrestre en la ciudad congelada…

Entre el polvo y las telas de araña relucía una superficie metálica. Un contacto…

Lo tocó.

Con un receloso crujido, el cilindro comenzó a girar, ganando velocidad. El cono de cobre amplificó los chasquidos y susurros, y la extraña voz recitó el nombre de lo que venía a continuación…

Después, comenzó la canción.

La fantasmagórica voz resonó por toda la estancia, sosteniendo una nota en una entonación perfecta durante varios segundos… y entonces uno de los cuencos comenzó a su vez a repetir la misma nota, cada vez más alta, sacudiéndose la capa de polvo que lo cubría. Estaba respondiendo a la voz del cantante, resonando con él. Por unos segundos, Nina se olvidó del peligro, en trance por la pureza del sonido.

Le llegó otro ruido. Un clic.

Parte de un cerrojo. El sonido del cuenco, vibrando a un tono y frecuencia muy concretos, había provocado que algo más resonara, soltándose.

—¡Es una llave! —gritó Nina—. ¡Una llave musical! —La nota del cilindro cambió, y la voz del cantante se elevó una octava… y el siguiente cuenco, algo más pequeño que el primero, resonó a su vez con el mismo asombroso sonido.

Chase, sin embargo, tenía otras cosas en mente que le impedían disfrutar del concierto.

—¡Nina, muévete! —gritó. El querubín estaba casi junto a ella.

Nina chilló y se apartó de un salto de los cuencos, rodeando el exterior de la estancia. En el momento en que apartó el dedo del contacto metálico, el gramófono se frenó, y la canción se apagó y murió. Se oyó otro clic procedente de la puerta, pero quedaban otros dos cuencos, dos cerrojos más que abrir.

—A la mierda —dijo Chase, mirando al querubín más próximo. Había calculado el movimiento de sus brazos, o eso creía—. ¡Dame el rifle! —Sophia y él intercambiaron armas. Sophia no parecía comprender nada—. ¡A la de tres, echa a correr! ¡Uno, dos, tres!

Sophia esquivó a la estatua que se acercaba a ella y echó a correr por la sala, mientras Chase se lanzaba al suelo y rodaba, pegándose al muro curvado.

El filo pasó de largo, a milímetros de Chase, cuando el brazo de la estatua describió su curva. Pero él había logrado evitarlo limpiamente; giró, sostuvo el Lee-Enfield por el cañón y golpeó la estatua con la empuñadura de madera como si fuera un bate de béisbol.

Impactó en la parte inferior de una de las alas. Saltaron chispas, pero el metal quedó doblado a causa del golpe, y ya no tocaba el suelo. Había cortado parte de la corriente.

La otra ala, sin embargo, seguía haciendo contacto, y Chase se vio obligado a saltar para evitar la espada, que regresó en su elipsis.

Se movía ahora más despacio, no obstante, y el mismo querubín parecía desplazarse más torpemente…

Chase corrió hacia la entrada, y vio a uno de los soldados de la Alianza saliendo del túnel, con otro no lejos de él. Giró el rifle y disparó. Le acertó en la cabeza al primero, que se derrumbó con medio rostro desintegrado. Los dos cadáveres bloqueaban ahora más de la mitad del bajo túnel. El tercero disparó una ráfaga de su SCAR en respuesta, y las balas silbaron sobre la cabeza de Chase, que se vio obligado a retroceder.

El querubín de Nina seguía persiguiéndola. Ella no dejaba de moverse, tratando de repetir el truco anterior.

—¡Eddie!¡Necesito correr a través de la entrada! ¿Puedes cubrirme?

Chase tiró del pasador del rifle para recargar, consciente de que el chispeante querubín se estaba acercando mucho a él. Retrocedió.

—¡No con esta cosa viniendo hacia mí! ¿Sophia?

Sophia trataba a su vez de huir de una tercera estatua, con la Browning en alto.

—¡Que sea rápido!

—Vale, prepárate —dijo Nina. El querubín se acercó a un lado de la línea de fuego—. Lista, lista… ¡Ya!

Sophia salió del recodo mientras Nina echaba a correr por delante de la entrada, que quedaba a su espalda. Vio al soldado que se encontraba en el túnel alzar su rifle SCAR, y disparó… pero la bala acertó únicamente al

cadáver tras el que aquel se refugiaba. Sophia retrocedió cuando otra ráfaga de disparos astilló el muro de piedra.

Uno de los querubines estaba casi encima de ella, y la única manera en que lograría evitar su espada sería echar a correr a través de la abertura.

Directa hacia la mirilla del soldado de la Alianza.

Nina aguardó a que el querubín cruzara el centro de la estancia y después echó a correr hacia las puertas. La figura de metal cambió de dirección con una sacudida para seguirla. Nina ya tenía su escudo.

Pero ¿lo tendría el tiempo suficiente para reproducir el resto de la canción?

Puso la mano sobre el contacto metálico. El cilindro comenzó a girar de nuevo, y la voz de otro mundo subió de tono cuando alcanzó la velocidad normal. De nuevo, una nota sostenida llenó la estancia entera, y el tercer cuenco comenzó a resonar…

Chase vio que Sophia estaba a punto de quedar atrapada. El querubín de Chase estaba bloqueando el camino hacia la entrada: no podría cubrirla sin dar un buen rodeo.

—¡Sophia, muévete!

Uno de los brazos de la estatua se balanceó hacia ella; el filo cortaba el aire a la altura de su pecho. Sophia vaciló y después saltó hacia él.

Rodó sobre el suelo, justo por debajo de la espada, y se detuvo a sus pies. Golpeó con la pistola una de las alas de cobre…

¡Crac!

Cuando la tocó, arrancó un destello azul de la estatua. Chase había quedado aislado gracias al armazón de madera del rifle; el cuerpo metálico de la Browning, sin embargo, no protegió a Sophia. Salió disparada varios metros del querubín, cayendo sobre el suelo metálico. Inconsciente. Su arma había resbalado hasta detenerse ante la entrada.

Nina miró a su alrededor, pero no podía moverse, pues no podía dejar de apretar el contacto. Se oyó otro chasquido en el muro cuando las vibraciones armónicas soltaron otro cerrojo. Pero aún quedaba una nota más que reproducir…

El querubín avanzó hacia Sophia. Chase maldijo en silencio: no tenía más remedio que correr al otro lado de la sala para salvarla. Soltó el rifle y cogió a Sophia de un flácido brazo, arrastrándola lejos de los letales remolinos de acero.

El querubín dañado seguía persiguiéndolo, más despacio que la estatua de Sophia. Chase arrastró a su exmujer describiendo una curva, tratando de

hacerlos colisionar.

Los filos estuvieron a punto de chocar, pero después las dos estatuas se separaron, repeliéndose mutuamente.

La estatua dañada iba en cabeza. Su espada partió el Lee-Enfield en dos, haciendo saltar los pedazos por la estancia.

Comenzó la cuarta nota. Nina no apartó los ojos del querubín, que seguía aproximándose a ella.

Tras él, vio dos sombras más en los muros, dos nuevos soldados de la Alianza.

Chase se estaba quedando sin espacio, retrocediendo cada vez más hacia el muro, tirando de Sophia. Fuera a la derecha o a la izquierda, el querubín intacto rodearía a su compañero más lento para formar un muro letal. Con Sophia inconsciente, eran tres contra dos. Tenían que igualar las tornas.

Se le ocurrió algo.

Dejó a Sophia junto al muro, se quitó rápidamente la chaqueta de cuero y la sostuvo como el capote de un torero… y después la tiró al suelo, justo delante del querubín que iba en cabeza.

La chaqueta cayó, y las espadas la despedazaron cuando las estatuas pasaron sobre ella. El ala doblada pasó por encima, y la punta de la otra se quedó enganchada por un momento en el tejido de cuero, arrastrándolo…

Y pasando por encima.

El resultado fue instantáneo. El querubín se detuvo abruptamente, roto el circuito, interrumpido el suministro de energía terrestre que impulsaba los primitivos motores.

Y sin energía, la estatua no contaba ya con carga eléctrica.

Con nada para repelerlo, el segundo querubín cargó hacia delante, dirigiéndose hacia Chase y Sophia, y sus filos impactaron contra la estatua inerte con un terrible chasquido metálico. El retroceso del impacto hizo que el querubín que aún podía moverse saliera disparado hacia atrás, mientras que la estatua inerte cayó al suelo hecha añicos. Uno de los filos penetró treinta centímetros en el muro, junto a Chase. La cabeza rebanada de la estatua fue a parar a sus pies, y el rostro del león lo miró con gesto acusador.

Levantó a Sophia, que comenzaba a recuperarse de la descarga eléctrica.

—¡Nina! ¿Cuánto te queda?

—¡Espero que no mucho! —gritó ella. La cuarta nota todavía estaba siendo reproducida, y el cuenco murmuraba aún, pero la pieza final del cerrojo seguía cerrada, y el querubín estaba casi encima de ella.

Se oyeron pisadas procedentes del túnel. La Alianza lo había atravesado ya…

Un clic.

—¡Eddie! —gritó Nina cuando apareció una rendija entre las puertas, y los paneles de metal comenzaron a separarse lentamente—. ¡Se está abriendo! —Nina mantuvo la mano en el contacto hasta que la rendija fue lo bastante grande para atravesarla. En el momento en el que se apartó, las puertas se detuvieron con una sacudida—. ¡Vamos! —Cogió el cilindro del gramófono y saltó a través del orificio, evitando por centímetros los filos giratorios de la estatua.

Estaba a salvo; pero ahora que estaba fuera de la estancia, la estatua cambió inmediatamente de dirección hacia sus nuevos objetivos.

Chase puso a Sophia en pie.

—¿Puedes correr?

—No lo sé —murmuró ella.

—¡Pues averígualo! —Podían rodear al querubín por ambos lados, en dirección a la puerta, pero una de las opciones los aproximaría en exceso a los filos de la estatua, mientras que la otra los expondría al fuego de la Alianza.

Chase eligió, y tiró de Sophia hacia los filos.

El querubín fue tras ellos. Uno de sus brazos giró en círculo, bloqueándoles el paso.

—¡Agáchate! —Chase esquivó el filo mientras la otra espada, un borrón de luz fría, cortó el aire a su espalda.

Estaban muy cerca…

Uno de los pies del querubín golpeó el pequeño peldaño que rodeaba el exterior de la estancia.

La estatua dio una sacudida, rompiendo la sincronización de sus brazos giratorios. Sophia lo vio venir y se agachó más, pero Chase apenas tuvo tiempo de reaccionar; se pegó al muro, pero la punta de la espada le acertó en el lateral del hombro. De la herida salió un delgado hilillo de sangre que salpicó el muro tras él, pero el dolor del corte no fue nada comparado con la quemadura de una enorme chispa eléctrica que salió escupida del punto de contacto.

El filo reluciente cargó de nuevo…

Sophia empujó a Chase hacia delante, lanzándose a su vez al suelo, allí donde este se unía con el muro. La espada giratoria describió un arco sobre su cabeza, cortándole un mechón de pelo teñido.

—¡Vamos, Eddie! —gritó, empujando las piernas de Chase, que, con una mano en el hombro, se puso en pie trabajosamente mientras Sophia se agachaba bajo el arco descrito por la espada.

La puerta no quedaba lejos. Chase vio el gesto de preocupación en el rostro de Nina, al otro lado. Miró hacia la entrada: las fuerzas de la Alianza no estaban todavía a la vista, pero podía oírlos avanzando con cautela, sin saber que sus presas estaban ahora desarmadas.

Claro que lo averiguarían en cualquier momento…

Sophia estaba ya en pie. El querubín estaba cambiando de rumbo, avanzando guiado por su rostro aguileño. La otra estatua hacía lo mismo, al otro lado de la sala.

—¡Corre hacia la puerta! —le dijo Chase. Sophia no necesitaba que le metieran prisa, y estuvo junto a él antes de que terminara la frase.

Chase la siguió y echó otro vistazo hacia el túnel: tres hombres en uniformes de camuflaje para el desierto, con Zamal a la cabeza, su rostro barbudo invadido por la furia.

Sophia había atravesado ya la abertura. Chase saltó tras ella, y sus ropas quedaron desgarradas al rozar los bordes de la puerta cuando una ráfaga de disparos impactó en los gruesos paneles que quedaban justamente a su espalda. Aterrizó con fuerza en el suelo de piedra y rodó para apartarse de la línea de fuego.

En el instante en que salió de la estancia, los parpadeos de energía terrestre que recorrían el techo cesaron. Los dos querubines se detuvieron, y sus espadas descendieron, inofensivas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Chase, sentándose. Nina miró a través de la abertura y vio a Zamal entrando a todo correr en la cámara, seguido de sus dos hombres.

Los querubines no se movieron.

—Mierda —susurró Nina. Al ponerse a salvo y cruzar la cámara, habían desactivado la trampa, lo que significaba que Zamal y sus hombres podrían ir tras ellos sin dificultad—. ¡Cerrad la puerta, rápido!

Empujó una de las puertas dobles. Chase se apoyó en la otra, y Sophia lo imitó. El mecanismo gimió, protestando: ofrecía una fuerte resistencia por el peso de los paneles metálicos. La abertura se estrechó, lentamente, centímetro a centímetro, mientras Zamal pasaba a todo correr junto a los querubines, gritando algo en árabe, listo para zambullirse a través de las puertas sembradas de balazos…

Las puertas se cerraron. Se oyó un chasquido metálico; una fracción de segundo después, oyeron el golpe al chocar Zamal contra la puerta. El cerrojo había vuelto a cerrarse.

Y al cerrarse el cerrojo… la trampa volvió a la vida.

Los dos soldados alcanzaron a Zamal, flanqueándolo mientras trataban de abrir las puertas a la fuerza… y a continuación los tres contemplaron atónitos cómo destellos de energía bailoteaban por el techo. Salieron chispas de las alas de los dos querubines, cuyas espadas brillaron de nuevo con aquel antinatural fulgor azulado mientras comenzaban una vez más a girar. Las gigantescas figuras avanzaron hacia los soldados, terroríficos ángeles sacados de una vieja mitología, una visión lo bastante pavorosa como para hacer que el mismo Zamal se quedase helado unos segundos, antes de disparar su rifle SCAR hacia el titán más próximo.

Pero no sirvió de nada. Las balas atravesaron la delgada lámina de cobre que cubría las alas, incapaces de penetrar el armazón del grueso metal de sus cuerpos.

Los otros soldados dispararon también, pero con los mismos resultados. Ahora, además, estaban atrapados tras las puertas, mientras los dos querubines les rodeaban, girando sin cesar sus feroces espadas…

Nina oyó los gritos, que quedaron bruscamente interrumpidos por una serie de golpes húmedos al desparramarse los restos mutilados de los soldados por el suelo. Los querubines golpeaban una y otra vez el peldaño, moviéndose de atrás adelante sin cesar en una inanimada confusión mientras sus presas se iban desperdigando por un área cada vez mayor del suelo.

La carga eléctrica generada por los cuerpos vivientes, sin embargo, se disipó rápidamente, y sin ella la trampa cesó de nuevo. La cámara recuperó su ancestral silencio y quietud.

Nina dio un paso atrás, asqueada, al ver un hilillo de sangre filtrándose bajo las puertas.

—No creo que debamos volver por ahí. —A la luz de su linterna, vio el rostro de Chase contorsionado por el dolor, mientras se aferraba el hombro—. ¿Eddie, estás bien?

—No voy a apuntarme a un concurso de juegos malabares. —Con una mueca, abrió sus dedos ligeramente para inspeccionar la herida. Tenía un corte de siete centímetros que le había atravesado el músculo del hombro y sangraba profusamente.

—Cogeré unas vendas —dijo Nina, rebuscando en su mochila.

—Hazlo mientras seguimos adelante —dijo Sophia, pasando junto a ella —. Habrá más en camino. Y creo —anunció, alzando la vista— que tenemos un buen ascenso por delante.

A su alrededor se erigía la pronunciada ladera de la meseta. Parte del risco había sido apartado por los constructores de la estatua; un sendero de peldaños de piedra ascendía en un precario zigzag hasta la cumbre, cambiando de dirección muchas veces antes de alcanzarla por fin.

Por un instante, Nina se olvidó de las vendas mientras contemplaba la cima.

Fuera lo que fuera lo que la Alianza había estado intentando que no encontraran, fuera el que fuera el secreto de los veteres… estaba allí arriba.

36

Dos Humvees salieron del túnel que daba entrada a la gigantesca caverna, y se detuvieron cerca del borde del acantilado. Vogler, al volante del primer vehículo, trató de contener su sorpresa. A pesar de ser un devoto cristiano y de haber sido durante toda su vida un leal soldado de Dios, se había visto obligado a admitir que en una época en la que los descubrimientos científicos expandían los límites del conocimiento humano prácticamente a diario, había ciertos aspectos del libro del Génesis que parecían más producto de las falibles interpretaciones del hombre antiguo que la verdadera e inmutable palabra del Todopoderoso.

Pero esto… esto reafirmó su fe en un instante. El Jardín del Edén era real. Incontestable. Y si las historias del Edén eran ciertas, entonces también debían de serlo el resto de los sucesos narrados en la Biblia.

La pregunta, reflexionó mientras contemplaba el gigantesco ídolo, era la siguiente: ¿qué albergaba el Jardín del Edén que no estuviera en la Biblia?

Callum estaba bastante menos impresionado que él por lo que les rodeaba.

—Bueno, ¿dónde está Zamal?

Vogler cogió el terminal de radio.

—Zamal, aquí Vogler. Vamos, Zamal. —No hubo más respuesta que el tenue susurro de la estática. Repitió la llamada, de nuevo sin resultado.

—Han muerto —dijo el americano abiertamente. Soltó un resoplido desdeñoso—. Musulmanes. Bah. Si pasaran más tiempo entrenando y menos rezando…

—Silencio —ordenó Vogler. Musulmán o no, y por muy arrogante y desagradable que fuera, Zamal había sido un camarada a pesar de todo. Inspeccionó la irreal jungla con los prismáticos. Sin duda, sus adversarios se habrían dirigido hacia la estatua—. Los veo —anunció al distinguir tres

pequeñas figuras que lentamente ascendían un estrecho sendero situado tras aquella—. Chase, la doctora Wilde… y Blackwood.

Callum desenfundó su pistola.

—Ha llegado el momento de celebrar una pequeña reunión, ¿no crees?

—Sí. —Vogler giró el volante y dirigió el 4 × 4 hacia la jungla.

Nina llegó a una nueva curva cerrada y se detuvo, apoyándose exhausta en el muro de piedra.

—Creo que voy a vomitar.

Chase, que marchaba por delante de ella, interrumpió su ascenso.

—Venga, esto no es nada. Subiste más peldaños cuando se estropeó el ascensor en tu viejo piso, ¿no te acuerdas?

—Sí, pero entonces no me perseguían, ni me habían disparado. Y esa vez también estuve a punto de vomitar.

—Si vas a hacerlo —dijo Sophia al alcanzarla—, al menos ten la decencia de dejarme pasar primero.

Nina alzó la mano con irritación, como si estuviera a punto de meterse el dedo en la garganta. Sophia sonrió maliciosamente, pero aceleró el paso hasta adelantarla.

—¿Cuánto queda?

Chase miró arriba.

—Yo diría que otros seis zigzags.

Nina gimió.

—¿Seis?

—Puede que siete.

—¿Siete? Qué bien. Y yo que pensaba… —No terminó la frase; se oyó de repente un sonido lejano por encima del incesante goteo de la condensación.

Sophia también lo había oído.

—Motores. Deben de ser los Humvees.

Chase miró más allá del brazo extendido de la estatua, hacia la jungla, pero no vio signos de movimiento. Podía oír el ruido, sin embargo: poderosos motores revolucionándose.

—¿Están atravesando el puto Jardín del Edén en coche? ¿Quién conduce, el tío de *Top Gear*?

—¿Podrán atravesar el acantilado? —preguntó Nina.

—Aunque no puedan, podrán bajarse y pasar sobre el tronco —dijo Chase —. El caso es que no tardarán mucho en alcanzarnos. Tenemos que darnos

prisa. —Se giró hacia Nina y tomó su mano—. Si vas a echar la pota, por favor, no lo hagas encima de mí.

Se pusieron de nuevo en camino, aumentando el ritmo tanto como les pareció prudente en aquel precario y serpenteante sendero. Tardaron cerca de quince minutos en rodear la última horquilla del trazado, la curva que caracoleaba hasta la cima misma de la meseta. A un lado, un estrecho puente de piedra atravesaba el espacio entre aquella y los hombros de la estatua.

—Por fin —jadeó Nina. Le dolían las dos piernas, y sentía un punzante dolor aguijoneándole la herida de su muslo derecho.

—Espero que lo de ahí arriba merezca la pena —dijo Chase; tenía la venda del hombro empapada en sudor.

Sophia expiró largamente.

—Me vendría bien un trago del manantial de la vida, la verdad.

Nina adelantó a Chase; el dolor palidecía ante sus deseos por descubrir lo que les aguardaba. La Fuente de la Vida, la parte más sagrada y mejor protegida de la civilización de los veteres: sepultada bajo el hielo en la Antártida, vigilada por ángeles aquí. Pero ¿qué era? Casi echó a correr a torpes zancadas, recorriendo a toda prisa los últimos metros para ver…

Una escena de pura belleza.

La cumbre estaba cubierta de espectaculares colores, un campo de flores salvajes: blancos, rojos, amarillos, púrpuras, naranjas atardecer, azules vívidos… todos aquellos colores se mecían suavemente en la brisa que circulaba por el interior de la caverna. La alfombra tejida en flores que era el suelo cubría la mayor parte de la meseta… y guio la mirada de Nina hacia algo en su centro.

Un edificio.

Al igual que gran parte de la arquitectura de los veteres, era una bóveda de piedra, pero parecía más vieja, más sólida, como si la hubieran construido para resistir hasta el fin de los tiempos. Y había algo más, casi oculto bajo los deslumbrantes pétalos. Pequeñas losas de piedra sobresalían del suelo, dispuestas en círculos concéntricos alrededor del edificio.

Se acercó a la más próxima, y apartó las flores para revelar una losa rectangular de unos cincuenta centímetros de alto. Había letras talladas en la superficie. En el idioma de los veteres.

—Son lápidas —comprendió—. Este lugar… es un cementerio.

—¿Qué? —dijo Sophia, casi indignada—. ¿Esto es lo que hemos venido a buscar? ¿Un cementerio? ¿Cómo puede un cementerio ser la fuente de la vida?

—Está claro —dijo Chase—. Mueren, los entierran, vuelven a la tierra… y de ellos surge nueva vida. —Rozó las flores con la mano.

Nina le sonrió.

—Así es. Toda la vida se origina en la muerte, en cierto modo. Las cosas vivas alimentan otras formas de vida. Y cada átomo de nuestros cuerpos se creó en la muerte de una estrella. —Se puso en pie, encarando el edificio—. Es más metafórico. La fuente de la nueva vida… es la muerte de la vieja. Y si creían en un más allá, entonces aquí es donde debían creer que comenzaba, al ser enterrados siguiendo el ritual religioso.

—Si esto es un cementerio —dijo Chase, señalando la bóveda—, ¿qué hay allí?

—O quién —añadió Sophia—. Podría ser un mausoleo, para gobernantes o familias importantes.

Nina contempló la estructura con gesto pensativo.

—Si los veteres enterraban a sus muertos en la tierra, no debe de quedar nada en esas tumbas después de tanto tiempo. Pero si eso es un mausoleo, y usaron piedras en lugar de madera o tela para cubrir los cadáveres… —El corazón comenzó a latirle con mayor fuerza—. Quizá queden restos.

—¿De quién? —preguntó Chase—. ¿De Adán y Eva?

Nina asintió con entusiasmo.

—¡Sí, puede que sí! —Echó a caminar hacia la bóveda de piedra, dejando un rastro entre las flores mientras rodeaba las lápidas. Chase y Sophia se miraron, y después la siguieron.

La claridad se atenuó a medida que Nina se aproximaba: tan cerca del límite de la caverna, sencillamente entraba menos luz del sol a través de los orificios en el techo, pero así y todo la sensación era ligeramente ominosa. Mientras se acercaba, distinguió una entrada, una abertura alta y delgada hacia la oscuridad. Encendió la linterna y entró.

—Nina, espera… Bah, ¿para qué molestarse? —murmuró Chase, y fue tras ella.

El interior estaba dividido en tres estancias. La primera y más grande era una sala de forma triangular con la entrada en el centro del muro exterior curvado, y de los dos lados rectos salían dos salas más pequeñas en diagonal. Había varios bancos de piedra en el interior, sobre los que se habían acumulado tierra y musgo a lo largo de los milenios. Los muros también estaban sucios, pero Nina ya apartaba el polvo con el dedo para descubrir las inscripciones que ocultaban.

—Sophia —dijo—, mira esto.

—Es el mismo idioma —dijo Sophia, examinando el texto—, pero algunos de los caracteres son distintos.

—Si es de aquí de donde procedían los veteres, tendría sentido. Esta es la forma original de su alfabeto. ¿Cuánto puedes leer?

—Lo bastante para saber que probablemente tenías razón al decir que esto era su iniciación a la vida eterna. —Señaló una parte en concreto—. Aquí habla de su dios, «la fuente de todas las cosas». Y aquí lo mencionan otra vez, y aquí… está por todas partes.

—Puede que sea una capilla —sugirió Chase.

—Podría ser. —Nina fue hacia uno de los umbrales y apuntó la linterna hacia el otro lado—. Aquí hay más inscripciones… —Guardó silencio al tiempo que bajaba la linterna.

En la sala había algo más que inscripciones. En el centro de la cámara interior, sumida en la penumbra, había un largo objeto de piedra elevado sobre el suelo por bloques tallados. Un sarcófago.

El lugar donde reposaba uno de los veteres.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Chase, tras un momento de silencio —. Cuando encontramos ese féretro atlante, no te hacía mucha gracia abrirlo…

—Este lo abrimos —lo interrumpió Nina. Chase la miró confuso—. Lo sé, lo sé, normalmente no haría nada parecido sin inspeccionarlo antes como es debido, pero si al menos sabemos lo que hay dentro quizá nos dé una mínima ventaja cuando llegue la Alianza.

—Bien pensado. —Chase rodeó el sarcófago. La tapa tenía bisagras en la parte posterior—. Dame la mochila. —Rodeó de vuelta la tumba y sacó un martillo de orejas de la mochila que le entregó Nina—. Vale, voy a intentar levantar la tapa un poco. Si podéis aguantarla unos segundos, podré hacer más fuerza. Ilumina aquí. —Nina apuntó el haz de luz al costado del sarcófago. Chase recorrió con los dedos la tapa y encontró una leve imperfección; introdujo en ella la punta curva del martillo—. ¿Listas? —Las dos mujeres se colocaron en sus puestos y asintieron—. Vale, vamos allá…

Hizo tanta fuerza como pudo sobre el otro extremo del martillo; la tapa se levantó alrededor de medio centímetro cuando la cabeza del martillo se hundió en la piedra. Nina tiró hacia arriba con toda la fuerza de la que fue capaz, y Sophia hizo lo mismo. El hueco se amplió hasta alcanzar los cinco centímetros; al otro lado se veía ahora una rendija de completa oscuridad. Chase introdujo el martillo más profundamente e hizo fuerza de nuevo.

—¡Empujad, vamos, vamos!

Nina y Sophia se esforzaron por elevar la tapa algo más. Un chirrido en la piedra hizo que Nina se estremeciera, pero logró sacar fuerzas de flaqueza y con un gemido involuntario pudo levantarla un poco más. El martillo resbaló, escupiendo astillas de piedra al rostro de Chase, pero las mujeres sostuvieron la tapa el tiempo suficiente para que este lograra aferrar el borde y levantarla. Osciló más allá de la vertical, y luego se detuvo con un golpe nada más sobrepasar el punto de volcado.

Chase y Sophia dieron un paso atrás mientras Nina alumbraba con la linterna el sarcófago. Dentro reposaba una figura, ceñida en una estrecha y sorprendentemente bien conservada mortaja de tela. El sarcófago debía de ser prácticamente hermético; una vez los procesos de descomposición del cuerpo finalizaron, los restos habían permanecido más o menos intactos, sin efectos meteorológicos u otros organismos que pudieran perturbarlos.

Nina aguardó a que el polvo se asentara antes de mirar más de cerca. La figura bajo la mortaja era alta, muy alta, de más de dos metros.

—Supongo que jugaban de puta madre al baloncesto —dijo Chase.

Sophia se limpió el polvo del rostro.

—Los miembros de algunas tribus africanas son muy altos. Quizá estos eran sus ancestros.

—Lo averiguaremos enseguida —dijo Nina—. Si es que alguien tiene un cuchillo, claro.

Chase sacó una navaja de bolsillo y abrió el filo antes de entregársela a Nina, que, vacilante, se inclinó, y acercó la punta de la navaja a la tela mientras Chase sostenía la linterna.

—Por fin sabremos cuál es ese gran secreto…

Practicó el primer corte.

El filo se deslizó suavemente a través de la mortaja mientras Nina lo desplazaba cuidadosamente en un movimiento circular sobre el torso de la figura. Cuando la hubo abierto al nivel de la cintura, regresó adonde había comenzado y empezó a cortar hacia arriba, desplazándose con mayor delicadeza a lo largo del extenso cuello y rodeando el costado de la cabeza, hasta la coronilla.

Se guardó la navaja en el bolsillo y sostuvo el borde de la mortaja. Lenta, muy lentamente, la levantó, descubriendo gradualmente el rostro del cadáver…

—Dios mío —dijo en voz baja, llevándose la mano libre a la boca al ver los rasgos del rostro.

No eran humanos.

37

—Te lo dije —dijo Chase, entre estupefacto y orgulloso—. ¡Te dije que eran aliens!

El cráneo tenía una forma más o menos humana: dos ojos, una cavidad nasal, una boca aún con unos pocos dientes… y sin embargo era lo bastante distinto como para que resultara evidente que no formaba parte de la especie *Homo Sapiens*… y para provocar una sensación, también, un tanto inquietante. La frente era más alta, y la parte superior del cráneo era bastante mayor que la de los cráneos humanos, mientras que la mandíbula inferior era más delgada y protuberante. La cavidad nasal era más larga y estrecha. Las cuencas de los ojos, vacías salvo por jirones disecados de tejido orgánico, estaban situadas más arriba en el rostro y tenían una forma claramente almendrada, de modo que se inclinaban hacia arriba. A Nina no le quedó más remedio que admitir que se asemejaba bastante a la imagen más popular y arquetípica de los aliens «grises», aquellos rostros de ojos oscuros y desprovistos de expresión típicos de la vida de otros planetas tal como se había representado durante más de medio siglo en la mitología popular.

Pero Nina sabía perfectamente que no se trataba de ningún extraterrestre.

—Por última vez, Eddie, no son aliens —dijo, arrebatándole la linterna y acercándola al cadáver.

—¿Estás de coña, no? —dijo Chase, incrédulo—. ¡Míralo!

—Ya lo estoy mirando. Y lo que estoy viendo evolucionó aquí, en la Tierra. Es solo que… evolucionó antes de que lo hicieran los humanos.

—¿Una especie diferente? —preguntó Sophia.

—Exacto. Una especie relacionada con los humanos, al igual que los humanos están relacionados con el *Homo rhodesiensis* o el *Homo neanderthalensis*. Pero no eran humanos. Establecieron una civilización en un momento en el que los *Homo sapiens* acababan de evolucionar a su forma

actual. Fueron los primeros en colonizar todo el planeta, no nosotros. Por eso se creó la Alianza del Génesis, y por eso estaban tan decididos a borrar todas las pruebas de este lugar. Los veteres eran monoteístas, veneraban a un único dios… lo que significa que, por definición, veneraban al mismo dios de la Torah, la Biblia y el Corán, porque todas esas fes aseguran que hay un único dios. Pero hemos visto al dios de los veteres en sus estatuas gigantes… y se parece a ellos. No a nosotros.

—A la mierda todo eso de que Dios nos creó a su imagen y semejanza —dijo Sophia.

Chase negó con la cabeza.

—Un momento. Los veteres vivían en el Jardín del Edén, ¿no? —Nina asintió—. Entonces, ¿cómo es que no se los menciona en la Biblia?

—Quizá sí se los mencionaba —dijo Nina—. En el Génesis, desde el principio. «Había gigantes en la tierra en aquellos días…». —Desplazó el haz de la linterna a lo largo del cuerpo de más de dos metros—. Puede que fueran el origen de las historias sobre los Nephilim.

—Entonces, ¿qué les pasó? Estaban avanzados, eran inteligentes… ¿por qué desaparecieron?

—Las bestias los mataron —dijo Sophia.

—¿Qué bestias? —preguntó Chase—. ¿Cuáles eran esas bestias?

Nina lo sabía ahora, y se le heló la sangre al caer en la cuenta.

—Nosotros.

Chase no comprendía.

—¿Qué?

—Nosotros somos las bestias. Los humanos. —La mente de Nina se llenó de imágenes, mientras trataba de plasmar en su mente las llanuras africanas de hace doscientos mil años, cuando el *Homo sapiens* como especie daba sus primeros pasos. Una nueva criatura expandiéndose por las tierras que habían sido el hogar de los veteres durante milenios, genéticamente idénticos al hombre moderno en todos los aspectos, pero feroces, primitivos aún en pensamiento y acción, sin idioma ni leyes ni cultura que reprimieran sus instintos. Hasta que…—. Oh, Dios mío.

—¿Qué? —preguntó Sophia.

—Acabo de comprender lo que significaban las inscripciones de la Antártida. Aquello de que su dios los castigó por dar «el regalo» a las bestias. El regalo era el conocimiento. Creyeron que podrían enseñar a los primeros humanos, domesticarlos, convertirlos en sirvientes. Pero se equivocaron. La cagaron. Lo que les dieron en realidad fue la herramienta para destruir a sus

amos. Les enseñaron cómo construir, cómo sembrar alimentos, usar medicinas, y mil cosas más… incluyendo cómo usar armas. Y cuando tuvieron esos conocimientos, los humanos los usaron. Les hicimos huir de sus tierras, los perseguimos por todo el mundo, y en último término los aniquilamos. Por completo.

—Pero debieron de resistirse —dijo Chase—. Fíjate en lo grande que es este.

—El tamaño no implica necesariamente fuerza. Todas las estatuas que hemos visto hasta ahora de los veteres eran altas y delgadas. —Nina acercó la linterna al cráneo—. Tenían la ventaja de la inteligencia, fijaos en lo grande que debía de ser su cerebro comparado con el de los humanos. Pero sus dientes son pequeños, los incisivos chatos. Los veteres probablemente eran omnívoros, como nosotros, pero esos dientes se parecen a los de los herbívoros.

—Así que eran más inteligentes —dijo Sophia—, pero aun así los destruimos.

—Teníamos algo de lo que ellos carecían, al menos en parte —comprendió Nina—. Agresividad. Eran más inteligentes, pero nosotros éramos más crueles. —Miró a Sophia fijamente—. Estábamos más dispuestos a matar.

—No seas tan santurrona —respondió Sophia—. Si no hubiera sido así, ninguno de nosotros estaría aquí. Era la supervivencia del más fuerte, darwinismo en acción.

Nina no podía negarlo. Pero eso no evitó que sintiera tristeza por esa figura amortajada. Nunca sabría si los motivos de los veteres habían sido altruistas o egoístas, pero el caso es que habían comunicado los conocimientos de su civilización a los primeros humanos… y, al hacerlo, habían provocado su propia destrucción con tanta certeza como si le hubieran dado una pistola a un niño enfadado. Obligados a huir, los veteres habían usado la parte de su sabiduría que no habían transmitido a sus agresores, relativa a la construcción de barcos y a la navegación, para cruzar los mares y establecer nuevos hogares, pero en último término los ciclos del cambio climático habían reducido el nivel de las aguas y permitido que los humanos siguieran dándoles caza.

Y que los aniquilaran.

—Un momento —dijo Chase—. Si el Jardín del Edén y los querubines y todo esto lo construyeron ellos, ¿por qué aparecen en la Biblia?

La respuesta estaba ahora clara, pero al mismo tiempo a Nina le costó trabajo siquiera considerarla. Aunque su educación, en Nueva York y con padres científicos, había distado mucho de ser evangélica, la semilla de la religión se había asentado inevitablemente en su psique por un simple proceso de ósmosis cultural. Sin embargo, la evidencia que tenía ante sí era incuestionable.

—Porque… porque los veteres les enseñaron a los humanos sus creencias. Nuestras religiones se basan en la suya: un dios, un creador. Y la historia del Génesis es un recuerdo racial distorsionado de lo que una vez ocurrió aquí. Algunos de los veteres debieron de resistir aquí, tratando de proteger lo que les era más sagrado. Este lugar. —Gesticuló en dirección a los muros que les rodeaban—. Su tierra santa. Y la biblioteca era su «árbol del conocimiento», del que comieron los humanos. Y por eso fueron expulsados del Edén.

—¿Y persiguieron a los veteres hasta Australia? Joder, sí que eran rencorosos.

—Darwinismo otra vez —dijo Sophia—. Si hay dos especies compitiendo por el mismo nicho ecológico, una de ellas tendrá que terminar destruyendo a la otra.

—Puede que no fueran destruidos por completo —dijo Nina—. Al menos sobrevivieron como recuerdos, y quizá lo hicieran también a nivel genético. Puede que hubiera cruces, igual que hubo entre los humanos y los neandertales. Quizá eso explique por qué yo pude afectar los campos de energía terrestre y tú no. Como me pasó con Excálibur.

Sophia resopló.

—¿No me digas que ahora piensas que tu inteligencia superior es el resultado de que seas descendiente de estas criaturas?

—No —respondió Nina, tensa—. Pero es evidente que hay algún tipo de conexión entre los veteres y los atlantes, porque usaban el mismo sistema numérico. Y yo desciendo de los atlantes. Por tanto, para responder a tu pregunta: que te den.

Chase se interpuso entre ellas.

—Vale, ¿y qué hacemos ahora?

—Esto es nuestra prueba —dijo Nina, señalando el cadáver—. Los test de ADN y de datación por carbono demostrarán de manera irrefutable que se trata de una especie inteligente anterior a los humanos. Si podemos sacar esto de aquí y mantenerlo alejado de manos de la Alianza, tendremos una oportunidad de mostrárselo al resto del mundo…

—Suena como si fuera a romper su palabra, doctora Wilde —dijo una voz con acento suizo.

Nina, Chase y Sophia se giraron y vieron a Vogler en el umbral con una pistola en la mano.

—Creía que no habías hecho un trato con ellos —dijo Chase con tono acusador.

—No es ni el momento ni el lugar, Eddie —replicó Nina mientras alzaba las manos.

Vogler entró en la estancia y contempló el sarcófago y su contenido con interés.

—Así que realmente eran de otra especie.

—¿Ya lo sabía? —preguntó Nina.

—Después de que la estructura del ADN fuera descubierta en los años cincuenta, el Vaticano logró analizar en secreto los restos con ayuda de la organización que precedió a la Alianza. Aunque en ese tiempo los test eran primitivos, las pruebas apuntaban a esa posibilidad, lo que condujo a la creación de la Alianza misma. Pero eran solo pequeñas muestras; nunca habíamos encontrado un cuerpo completo, hasta ahora.

—Y ahora que lo tenéis… ¿qué vais a hacer con él?

Vogler contempló el cadáver.

—Buena pregunta. Pero por ahora, vengan conmigo. —Les hizo señas con el arma para que fueran hacia la puerta—. El profesor Ribbsley está a punto de llegar.

Vogler los condujo de vuelta hacia el campo de flores, donde aguardaba Callum junto con dos soldados. Senderos de flores pisoteadas conducían al borde de la llanura, donde Chase vio varios ganchos de fibra de carbono incrustados en la ladera rocosa. En lugar de atravesar el laberíntico templo, el equipo de Vogler había disparado ganchos y escalado las cuerdas que iban unidas a ellos.

—¿Esto es todo lo que os queda? —preguntó Chase en tono burlón—. Os debéis estar quedando sin carne de cañón.

—Otros los sustituirán —dijo Vogler. Miró a Nina—. Pero… puede que no haya necesidad.

Un estrépito atrajo la atención de todos: un helicóptero planeaba sobre el orificio más grande del techo. Había poco espacio, y en cierto punto apenas quedaba un metro entre las aspas del vehículo y el risco de piedra, pero el

piloto logró introducir el helicóptero con destreza. Mientras giraba hacia la llanura, un destello de ropas blancas en la cabina reveló la identidad del piloto: Ribbsley.

Se levantó un torbellino de pétalos cuando el aparato descendió, tomando tierra cerca de la cumbre del sendero tallado en la ladera. Ribbsley se apeó y caminó entre las flores como si estuviera paseándose tras un agradable almuerzo.

—Debo decir —comenzó mientras se aproximaba el grupo— que esto es francamente impresionante. El verdadero Jardín del Edén, un ecosistema autocontenido, en mitad de uno de los más terribles desiertos del planeta. ¡Fascinante! —Miró a Vogler con gesto confuso—. Parece que sus filas se han visto muy mermadas, Killian. ¿Dónde está Zamal?

—Muerto —le dijo Vogler.

—Ah. Una verdadera lástima. —No había ni rastro de sinceridad en la voz de Ribbsley—. Parece que hice bien al decidir quedarme en Jartum hasta que encontraran este lugar. —Se giró hacia Nina—. O más bien, sospecho, hasta que usted lo encontrase, doctora Wilde. La felicito.

La respuesta de Nina fue tan falsa como las palabras de Ribbsley:

—Muchísimas gracias, profesor. Eso hace que todo haya merecido la pena.

Ribbsley sonrió, y miró de pasada a Chase antes de acercarse a Sophia. En este caso, su gesto aliviado pareció genuino.

—Sophia, gracias a Dios. ¿Estás bien?

—Un poco magullada —dijo ella con una sonrisa—, pero vivita y coleando.

—Gracias a Dios —repitió él, tomando las manos de ella entre las suyas y mirándola a los ojos con una mezcla de añoranza y lujuria antes de abrazarla con fuerza y susurrarle algo al oído. Ella respondió con un gesto igualmente cariñoso; Nina no pudo oír lo que habían dicho, pero cuando se separaron reparó en una efímera expresión que se asomó al rostro de Sophia.

¿Anticipación?

Nadie más se había fijado, puesto que Ribbsley les tapaba la visión. Se giró hacia Vogler.

—Bien, tengo entendido que hemos encontrado algo. Enséñemelo.

—Por aquí —dijo Vogler. Hizo una seña a sus hombres para que trajeran a los prisioneros antes de dirigirse hacia el mausoleo. Ribbsley fue tras él, seguido de Callum, que se metió la mano brevemente en el interior de la chaqueta.

Mientras los soldados vigilaban a Nina, Chase y Sophia en la sala principal, los otros fueron al panteón para inspeccionar el cadáver; salieron unos minutos después. Ribbsley se centró entonces en las inscripciones de los muros.

—Así que la historia sobre la expulsión del Paraíso en el Génesis es cierta… de alguna manera. Supongo que nunca sabremos qué porcentaje de la distorsión de los sucesos fue deliberada y qué porcentaje se debió a los chismorreos, pero ahora mismo eso no tiene importancia. Lo que importa —le dijo a Vogler— es qué pretende hacer la Alianza al respecto. Es usted el único miembro del Triunvirato que queda con vida, así que parece que la decisión es tan solo cosa suya.

—Eso parece —dijo Vogler. Miró al otro lado del umbral, hacia el cadáver, antes de girarse, pero no para enfrentarse a Ribbsley, sino a Nina—. En el pasado, las cosas habrían sido muy sencillas. La Alianza tenía un propósito muy claro: localizar y destruir toda evidencia de los veteres y su civilización, cualquier cosa que pudiera debilitar el relato de la creación del Génesis y el resto de libros sagrados. Sencillamente, habríamos borrado de la faz de la tierra este lugar.

—¿Y qué os impide hacerlo ahora? —preguntó Nina, desafiante.

—Creo que ya lo sabe. —Vogler señaló la puerta—. Allí fuera se encuentra el lugar más prodigioso, más sagrado de la historia. ¡El Jardín del Edén, doctora Wilde! ¡El Paraíso en la tierra, donde el mismo Dios caminó una vez! Destruirlo sería… una blasfemia. Un pecado mortal.

—¿Sería peor que el resto de vuestros pecados acaso?

Vogler acusó el ataque, pero no respondió.

—El descubrimiento del Jardín del Edén no perjudica al Génesis —dijo —. Lo confirma. Si revelamos el Edén al mundo, les demostraremos a los creyentes que tenían motivos para tener fe.

—Puede que tenga razón —dijo Nina—. Exceptuando un pequeño detalle. —Señaló el cuerpo bajo la mortaja—. El Jardín del Edén era su paraíso, no el nuestro.

—Y por eso se me plantea un dilema. Y quizá usted pueda ayudarme a resolverlo.

—¿Por qué ella? —preguntó Ribbsley—. De hecho, ¿por qué sigue con vida?

—Buena pregunta —añadió Callum, sin apartar la vista de Sophia—. ¿Por qué siguen los tres con vida, Vogler?

—Porque a ella la creerán —dijo Vogler—. Es la arqueóloga más famosa del mundo, la descubridora de la Atlántida, y de las tumbas del Rey Arturo y Hércules. Si es ella la que anuncia que hemos descubierto el Edén, todos aceptarán su testimonio.

Nina lo miró con una media sonrisa desprovista de buen humor.

—Pero si le hablo al mundo del Edén, les contaré todo, incluido el hecho de que los veteres fueron sus primeros ocupantes. En caso contrario, sería una hipócrita.

—Pero usted ya es una hipócrita experimentada, doctora Wilde —replicó Vogler—. Le mintió al mundo respecto a los verdaderos motivos tras la búsqueda de Kristian Frost de la Atlántida. Y estoy seguro de que mintió en su informe oficial a la ONU acerca de la pérdida de Excálibur en el mar.

—Eso… lo de no contar toda la verdad sobre la Atlántida fue por motivos de seguridad —dijo Nina, sintiéndose un tanto avergonzada, y tratando de evitar la mirada acusadora de Callum—. Si hubiera proclamado que el descubrimiento de la Atlántida dio como resultado que el mundo estuviera a esto —separó el pulgar y el índice apenas un milímetro— de ser asolado por una plaga, ¡habría estallado el caos!

—¿Y qué cree que pasará si le dice a los miles de millones de personas que siguen al cristianismo, al islam o al judaísmo que tiene la demostración incontestable de que sus creencias son erróneas?

—Yo… —comenzó Nina, antes de considerar la pregunta—. ¡Espere, usted ha visto la prueba, y sus creencias no han cambiado! —dijo, cambiando de tema para evitar tener que dar una respuesta.

—Mis creencias son inquebrantables. No podría hacer lo que hago si no lo fueran. Aceptar la existencia de los veteres no implica negar la existencia de Dios. Pero hay muchos que se sentirán enfadados y asustados al ver desafiadas sus creencias. Y cuando la gente está enfadada y asustada… entonces es cuando el orden se desmorona.

—El orden y la obediencia —dijo secamente Sophia—. Que es de lo que se trata la religión al fin y al cabo, ¿no? No sería una buena idea que la gente comenzara a cuestionarse lo que le han dicho que debe creer.

—Señor Callum, si vuelve a hablar sin que le pidan su opinión, puede usted dispararle —dijo Vogler. La expresión en el rostro de Callum dejaba a las claras que le parecía que ya era hora de que alguien lo hiciera. Ribbsley miró al americano fijamente, con el rostro tenso—. Doctora Wilde, ¿se acuerda de lo que el cardenal Di Bonaventura le dijo sobre el modo en que el Vaticano manejaba las teorías científicas más controvertidas?

—Sí. Las aceptaba.

—Con el tiempo. El *Big Bang*, la evolución… la Iglesia acepta ya todas esas cosas como hechos. Pero esa aceptación tardó años, incluso décadas en llegar. No porque el Vaticano se resistiera a esas ideas, sino porque los fieles las negarían si se les imponían de una vez. Pero si se aplican gradualmente…

—… Terminan creyéndolas —terminó Nina.

—Sí. Antes o después forman parte del catecismo, y no pueden negarse. Pero cuando la verdad parece tan controvertida, tan peligrosa, necesita tiempo para ser aceptada. —Miró hacia la entrada—. Usted ha encontrado el Jardín del Edén. No puedo… no puedo permitir que sea destruido. El mundo debe conocer su existencia. Pero los veteres forman parte integral del Edén, y sin embargo no puedo revelarle su existencia al mundo sin arriesgarme a que estalle la anarquía. ¿Comprende mi dilema?

—Sí. Pero empiezo a comprender qué solución tiene en mente.

—¿Y le parece bien?

—No. Pero la alternativa me parece todavía peor.

—¿Os importa contárnoslo a los demás? —preguntó Chase.

—Me está dando dos opciones —le dijo Nina—. La primera es que le cuente al mundo que hemos encontrado el Edén, pero no menciono nada de los veteres durante años. Entretanto, la Alianza va gradualmente introduciendo el concepto de los veteres entre el público, mientras ponen a teólogos a trabajar para encontrar una manera de explicar su existencia sin que eso contradiga al Génesis. Entonces, cuando su existencia llegue a ser conocida públicamente, la idea llevará ya un tiempo presente y no supondrá un impacto tan brusco. ¿Tengo razón? —Vogler asintió.

—¿Y la otra opción?

Nina miró el cañón del arma de Vogler.

—Bang, arghhh.

—Ya me lo suponía.

—Bien, ¿cuál es su decisión, doctora Wilde? —dijo Vogler—. De un modo u otro, el mundo conocerá la existencia del Edén… si lo hará gracias a usted o a otro, eso está en su mano. Elija.

Nina se giró hacia Chase.

—¿Eddie? Esto también te afecta. ¿Qué opinas?

Chase se encogió de hombros.

—¿Ceder ante estos cabrones y mentirle al mundo o morir? Las dos opciones son una mierda, pero la segunda lo es bastante más.

—Lo sé. —Nina cogió su mano con tristeza, y después se giró lentamente hacia Vogler—. No tengo elección, ¿verdad? Acepto… acepto su oferta. Al menos de este modo parte de la verdad saldrá a la luz. Antes o después.

—Sabia decisión —dijo Vogler.

—¡Discrepo! —dijo Ribbsley—. ¿Realmente cree que va a cooperar?

—Creo que será fiel a su palabra, sí.

—Lo que usted crea no importa —dijo Callum—. Es la elección equivocada.

Vogler se encaró con él.

—No está en su mano decidir eso, señor Callum.

—Oh, todo lo contrario. —Callum desenfundó su arma y disparó a Vogler.

38

Nina contuvo el aliento al mismo tiempo que Vogler se derrumbaba con el abdomen ensangrentado. Antes de que nadie pudiera reaccionar, Callum abrió fuego rápidamente sobre los soldados restantes de la Alianza y los abatió.

El rifle de Vogler cayó cerca de Chase. Estaba a punto de agacharse a cogerlo, pero Callum ya había pensado en esa posibilidad y le apuntaba con el arma.

—¡Ni se te ocurra! —Hizo una seña indicando a Chase, Nina y Sophia que fueran hacia la puerta.

Ribbsley retrocedió hacia el otro lado de la sala.

—¿Podría dar alguna explicación para esto, si no es molestia, señor Callum?

—Estoy subsanando el error de juicio de la Alianza. —Se llevó la mano a la chaqueta y pulsó un interruptor de algo que llevaba oculto—. Señor presidente, ¿lo ha oído todo?

—Alto y claro, señor Callum. —La voz tenía un matiz hueco y metálico a causa del pequeño altavoz de la radio, pero seguía resultando inconfundible: Victor Dalton, el presidente de los Estados Unidos de América—. Informe de la situación.

—Los miembros restantes de la Alianza están muertos o —miró a Vogler, que se llevaba las manos a la herida del vientre— incapacitados. Aquí siguen Chase, el profesor Ribbsley, la doctora Wilde… y Sophia Blackwood.

—Hola, Victor —dijo Sophia, casi locuazmente—. Cuánto tiempo.

Siguió una pausa antes de que Dalton hablara de nuevo; prefirió pasar el comentario de Sophia por alto.

—Señor Callum, ¿debo suponer que el Jardín del Edén contiene lo que nos temíamos?

—Sí, señor. La prueba definitiva de una civilización no humana anterior a la humanidad, que influenció la historia relatada en el libro del Génesis.

Otra pausa.

—Ya veo. En ese caso, señor Callum, contraseña: revelación.

—Entendido, señor —dijo Callum. Sin dejar de cubrir a Nina, Chase y Sophia, hizo un ajuste a la radio—. Abaddon, Abaddon, aquí Arcángel. ¿Me recibes?

—Afirmativo, Arcángel —respondió una voz distorsionada con acento tejano—, aquí Abaddon. Te recibo.

—Abaddon, tienes autorización para proceder con la operación, con estas coordenadas. Dame el tiempo estimado para el comienzo.

—Arcángel, calculo quince minutos para el comienzo. ¿Tendrás tiempo suficiente para evacuar la zona?

—Afirmativo, Abaddon. Comienza la operación ahora mismo. Corto.

—Confirmado, Arcángel. Comenzando operación. Corto.

Callum pulsó la clavija de nuevo.

—Señor presidente, la operación ha comenzado.

—¿Qué operación? —preguntó Nina.

Dalton respondió bienhumorado:

—Abaddon, doctora Wilde, es el nombre en código de un bombardero Stealth B-2 que despegó de nuestra base en Uganda hace una hora y que ahora está sobrevolando en círculos el espacio aéreo sudanés a dieciocho kilómetros de altura. El señor Callum acaba de dar la orden para que deje caer dos bombas MOP sobre lo que se ha informado a los pilotos que es un objetivo terrorista de gran valor.

—¿Bombas MOP? —Nina tenía la sensación de que no iba a gustarle nada el significado de esas siglas.

—Penetradoras masivas de artillería, para ser más exactos —dijo Callum —. Armas antibúnker de trece toneladas.

—Bombas terremoto —añadió Chase.

—Ah. Pero ¿por qué? ¿Qué va a ganar destruyendo el Edén?

—Eso ya no le incumbe, doctora Wilde. Señor Callum, puede marcharse. Pero una última cosa: ya conoce sus órdenes. Cúmplalas… empezando por Sophia Blackwood.

—Será un placer, señor. Corto. —Apagó la radio, y después dio un paso adelante, apuntando ahora a Sophia en lugar de a Chase.

—Si me matas, la carrera política de Victor habrá terminado —dijo ella —. La grabación en la que aparecemos juntos saldrá a la luz.

—Ya estás oficialmente muerta —le recordó él con una gélida sonrisa—. No ha pasado absolutamente nada. La posición del presidente está a salvo.

—Qué maravilla de chantaje —murmuró Nina mientras Sophia palidecía —. ¿No se te había ocurrido?

—La verdad es que sí. Pero esperaba que no se le hubiera ocurrido a nadie más…

La sonrisa de Callum se ensanchó cuando apuntó al corazón de Sophia…

¡Bang!

El disparo resonó por toda la estancia, pero no provenía del arma de Callum, que voló de sus manos para caer dentro de la cámara mortuoria. El hombre del pelo blanco gimió de dolor.

—Lo siento, viejo amigo —dijo Ribbsley, sosteniendo una pistola de cañón humeante—. Pero no puedo dejar que lo hagas.

—Buen disparo —dijo Chase en sarcástica alabanza.

—Antes de entrar en el mundo académico, fui oficial en el ejército rodesiano. No es una habilidad de la que tenga que hacer uso muy a menudo, pero puede ser útil.

Sophia lo miró con una sonrisa de alivio.

—Has apurado mucho para mi gusto, Gabriel.

—Supe que podía confiar en ti cuando me devolviste mi portátil en Australia, así que tú también puedes confiar en mí.

—¿Le devolviste el portátil? —preguntó Nina, furiosa.

—Solo trataba de conservar todas mis opciones intactas —dijo Sophia, uniéndose a Ribbsley—. Después de todo, mis perspectivas de supervivencia a largo plazo contigo y Chase no eran mucho mayores que con la Alianza.

—Pues ahora estás a salvo —dijo Ribbsley, mientras Sophia recogía el rifle de un soldado fallecido—. Todo ha salido estupendamente. Hemos encontrado el Edén, tenemos un cadáver de los veteres sorprendentemente bien conservado, e incluso Callum se encargó de la Alianza por nosotros.

—También tenemos un bombardero sobrevolando nuestras cabezas, y menos de quince minutos para salir de aquí. —Sophia miró su reloj—. Menos de catorce, de hecho.

—Cuando lleguemos al helicóptero, solo necesitaremos dos. Vigílalos. —Ribbsley recogió el SIG de Vogler y después entró en la cámara mortuoria, se acercó al sarcófago y tiró de la mortaja.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Nina.

—Conseguir una póliza de seguros. Y una pensión de jubilación —dijo Ribbsley mientras apartaba lo poco que quedaba de la tela y después agarraba

el cuello del cadáver—. Puede que la Alianza haya perdido a sus líderes, pero sigue existiendo. Con esto, o más bien con la amenaza de las pruebas de ADN que esto nos proporcionará, podré renegociar mis condiciones con los nuevos líderes.

—¿Estás dispuesto a cambiar las pruebas por dinero? —dijo Nina, disgustada.

—Algo así.

Todos reaccionaron con momentánea sorpresa cuando Vogler habló. Su voz vacilante revelaba la intensa agonía que estaba soportando:

—No… fue lo que… acordamos. —Se derrumbó de nuevo.

—Lo que acordamos ya no importa —le dijo Ribbsley, mientras tiraba con fuerza del esqueleto—. Porque usted estará muerto muy pronto, igual que la doctora Wilde, y todo este lugar no será más que un agujero humeante. Una lástima, ciertamente, pero hay que adaptarse a las circunstancias. —Una última sacudida, y arrancó el cráneo del cuerpo con un chasquido seco. Miró el rostro putrefacto y lo envolvió con el trozo arrancado de mortaja antes de regresar a la estancia principal—. Hora de irnos.

—Un segundo, Gabriel —dijo Sophia. Sonrió de nuevo, esta vez con malicia felina—. Llevo mucho tiempo esperando para ajustarles las cuentas a algunas personas. ¡Y ahora tengo tantas posibilidades! ¿A quién debería matar primero? —Apuntó con el arma a Callum—. ¿A mi encantadora carabina, quizá? ¡Oh, cómo voy a disfrutar ver a tu jefe sufrir! O… —El arma giró hacia Chase—. ¿Al último, y peor, de mis exmaridos?

—¡Ey! —dijo Chase, ofendido.

El cañón terminó por apuntar a Nina.

—¿O a ti, Nina? —Sophia acarició la cicatriz de su mejilla cuando se acercó a ella—. Ya me has dado tanto por lo que recordarte…

—Me alegra saber que te acordarás de mí —dijo Nina.

—Oh, no perderé el tiempo en pensar en ti. Pero los medios sí lo harán, teniendo en cuenta el final tan ignominioso que tendrá tu espléndida carrera. La descubridora de la Atlántida, despedida de su puesto de manera infame antes de desaparecer y morir en el anonimato. Sin que nadie lamente su muerte. Realmente, es bastante triste.

—Al menos la gente no hará cola para mear en su tumba —dijo Chase.

—Pueden hacer lo que quieran con mi tumba, mientras yo no esté en ella. Al contrario que nuestros devotos amigos —dijo Sophia—, creo firmemente que esta es la única vida que se nos da, y que lo único que importa es ganar. Ya estoy legalmente muerta. Un poco de cirugía plástica, un trato con la

Alianza, y Gabriel y yo seremos libres para hacer lo que nos venga en gana. Dicen que la mejor venganza es vivir a cuerpo de rey… y es justo lo que pretendo hacer.

Ribbsley caminó hacia la puerta principal, mirando atrás con gesto impaciente.

—Ninguno de los dos vivirá ni bien ni mal si no salimos de aquí, Sophia. Mátalos y vámonos.

—Oh, de acuerdo —suspiró Sophia, y por un breve instante lo miró…

Chase dio un golpe con el brazo, tratando de arrebatarle el arma de la mano.

No estaba lo bastante cerca, de modo que solo golpeó la pistola con escasa fuerza. Sophia disparó instintivamente, y la bala pasó junto a Chase, impactando en el muro que había tras él. Sorprendida, y después furiosa, apuntó el arma hacia su pecho, a punto de disparar a quemarropa…

Nina sacó la navaja de su bolsillo y hundió el filo en el dorso de la muñeca de Sophia, que chilló y se apartó de un salto, intentando disparar… pero el filo estaba encajado entre los huesos de su antebrazo, y le paralizaba los tendones.

Chase estaba a punto de echarse sobre ella, hasta que vio a Callum agachándose para recoger el rifle de uno de los soldados abatidos. Ribbsley, además, estaba apuntando ya con su propia pistola. De modo que cambió de táctica inmediatamente: cogió a Nina y saltó con ella hacia la cámara mortuoria. Después, la apartó de un empujón de la entrada mientras buscaba el arma caída de Callum.

Sophia también había visto a Callum recoger el rifle. Saltó sobre uno de los bancos de piedra y se cubrió tras él mientras se arrancaba la navaja de la muñeca.

—¡Zorra! —escupió mientras tiraba al suelo el arma ensangrentada y doblaba con gesto de dolor los dedos.

Callum estaba a punto de dispararle, pero Ribbsley fue el primero en abrir fuego; se había refugiado tras otro banco cerca de la entrada. Callum no tuvo más remedio que saltar tras la segunda cámara mortuoria, aún inexplorada, y desaparecer entre las sombras.

Chase encontró el arma de Callum, una Smith & Wesson Sigma 40P; la cogió antes de ponerse con la espalda contra el muro junto a la entrada. Inspeccionó el arma. El disparo de Ribbsley había abollado el carro, y el acero estaba doblado a la altura de la cámara de expulsión. La agitó a modo de prueba, con la mano sobre la cámara para sacar la bala no disparada. El

proyectil cayó a su mano cuando retiró del todo el carro, pero el mecanismo estaba extremadamente rígido, y no se desplazaba con fluidez. Si disparaba, había muchas posibilidades de que se atascara. Tendría que desplazar el carro manualmente para cada disparo. Expulsó rápidamente el cargador y metió la bala en la parte superior antes de recolocar el mecanismo.

—¡Sophia! —gritó Ribbsley—. ¿Estás bien?

—¡Esa zorra me ha apuñalado! —gritó ella en respuesta.

—¡Ven aquí, te cubriré! —Arrodillándose, el profesor se asomó por encima del banco, con el arma apuntando a la entrada de la segunda cámara mortuoria.

Chase se arriesgó a asomarse tras su refugio. Vio de refilón a Sophia, que se desplazó rápidamente de un banco a otro, pero no tuvo tiempo de hacer fuego. Se asomó un poco más, tratando de encontrar a Callum… y regresó de inmediato cuando Ribbsley cambió de blanco y le disparó; la bala impactó en el muro de piedra junto a su cabeza.

Otro tiro, pero este impactó más cerca. Callum salió de su escondite para disparar a Ribbsley, que se vio obligado a agacharse. El americano estaba a punto de echar a correr tras otro banco cuando Chase le disparó. La bala no le acertó, pero Callum, alarmado, se refugió de nuevo en la sala en penumbra.

Chase miró su arma. El cartucho usado había sido expulsado, pero el carro estaba atascado en la posición de cierre, aunque seguía habiendo balas en el cargador. Maldiciendo entre dientes, lo desplazó hacia delante hasta que el mecanismo encajó la siguiente bala.

Sophia aprovechó la distracción para correr junto a Ribbsley, y recogió otro rifle de asalto SIG de uno de los fallecidos de camino. Ribbsley contempló consternado su muñeca empapada en sangre.

—Dios mío, estás…

—Olvídalo —replicó ella—. Ve al helicóptero y ponlo en marcha. Yo los mantendré aquí hasta que hayas alcanzado velocidad de despegue. —Ribbsley parecía estar a punto de protestar, pero Sophia añadió—: ¡Vamos, rápido! —Guardó silencio; aguardó a que Sophia estuviera lista para disparar y echó a correr hacia la salida mientras ella abría fuego por dos veces hacia la posición de Callum y una vez hacia la de Chase, antes de agacharse de nuevo.

Nina dio un respingo cuando la bala impactó en el muro posterior de la cámara.

—¿Qué está pasando?

—El típico tiroteo —dijo Chase, asomándose con cautela tras el umbral —. Estamos en un punto muerto. Yo tengo a Callum, él nos tiene a nosotros,

y Sophia tiene un buen ángulo para dispararnos a ambos. —Podía ver la sombra de Sophia proyectada en la luz que se filtraba por la entrada del mausoleo, pero Sophia misma estaba bien cubierta.

—¿Cuánto nos queda?

—Doce minutos, más o menos.

—¿Y cómo vamos a salir de esta cueva en doce minutos?

—Primero preocupémonos de cómo vamos a salir de esta habitación. —Chase se asomó de nuevo; el breve vistazo le reveló un rifle que le apuntaba desde el interior de la segunda cámara; se retiró cuando Callum disparó. La bala arrancó una esquirla de piedra del muro. Un momento después, Sophia disparó al americano. Chase echó otra mirada y vio a Callum refugiándose entre las sombras. Le disparó, y el carro de la Sigma se atascó de nuevo—. ¡Esto es ridículo! —gruñó mientras recargaba—. ¡Ninguno de nosotros puede moverse!

—Sophia podrá en un minuto —dijo Nina, al oír el rugido de un motor fuera. El helicóptero.

—¡Estupendo, y no podremos ir tras ella porque Callum nos disparará, y él no podrá ir tras ella porque nosotros le dispararemos!

Callum había llegado a la misma conclusión. Nina y Chase le oyeron hablándole con urgencia a su radio:

—Abaddon, Abaddon, aquí Arcángel, ¡esto es urgente! Esto es una suspensión de código alfa, repito, orden de suspensión de código alfa. —La respuesta fue demasiado ininteligible para que pudieran comprenderla.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Nina.

—Decirle al bombardero que no suelte las bombas —dijo Chase.

—¡Pues eso es genial! ¿No?

—Sí, hasta que les diga que lo hagan otra vez. Siguen estando de camino. —Otra mirada; Sophia había alzado el SIG. Disparó dos veces hacia Callum, y Chase le disparó a ella; la bala desconchó piedra cuando Sophia se agachó.

Agitó el carro una vez más. El helicóptero parecía estar ya prácticamente en velocidad de despegue, lo que significaba que Sophia estaría a punto de marchar. Sin nadie que la cubriera, Chase imaginaba cuál sería su manera de actuar: poner la SIG en fuego automático y disparar ráfagas hacia ambos umbrales mientras retrocedía.

Si pudiera cazarla cuando se levantara para disparar…

Retomó la posición de disparo, vio a Sophia incorporarse de un salto tras el banco, apuntó…

¡Y se vio obligado a cubrirse de nuevo! ¡Callum le estaba apuntando!

El rostro se le llenó de gravilla al impactar otra bala en el muro de piedra.

—¡Gilipollas! —gruñó Chase; una ráfaga de fuego automático y una lluvia de plomo en los muros le indicó que había perdido su única oportunidad.

Los disparos cesaron. Sophia había salido del mausoleo.

Lo que significaba que aún tenían que encargarse de Callum.

Lo único que le impedía escapar al americano era Chase, y viceversa. Tendrían que enfrentarse el uno al otro…

¡Ahora!

Chase se incorporó de un salto en el mismo instante en que Callum se exponía en la otra estancia. El inglés tenía la ventaja de que su Sigma era más rápida de apuntar que el rifle de asalto, pero el otro tenía más potencia de artillería…

Chase disparó primero… pero la mirilla dañada de su pistola le hizo errar el tiro. La bala pasó junto a Callum e impactó en la otra cámara mortuoria. Callum devolvió el disparo mientras Chase se refugiaba de nuevo, tratando de forzar el ciclo de su desesperante arma.

—¡Vamos, cacharro de mierda…!

La siguiente bala estaba en la recámara. Se asomó de nuevo, compensando instintivamente la desviación de la mirilla mientras disparaba, un instante demasiado tarde para cazar a Callum.

El americano reapareció, pero no disparó, sino que echó a correr hacia el espacio abierto. Había comprendido que Chase estaba teniendo problemas con su arma, y usó esos segundos vitales en llegar hasta uno de los soldados muertos y recoger una granada de mano de su cinto mientras Chase luchaba con el Sigma.

El carro se desplazó; la bala estaba cargada.

Demasiado tarde.

Callum había arrancado la horquilla, y lanzado la granada por el umbral.

Chase se olvidó inmediatamente de la pistola. Tenía menos de cuatro segundos para cubrirse antes de que la granada explotara, inundando la estancia de metralla.

Tiró de Nina, atrayéndola hacia sí.

Tres segundos.

Ocultarse tras el sarcófago no bastaría para salvarles.

Dos segundos.

El único refugio era dentro de él.

Uno…

Nina medio saltó medio fue lanzada al interior del féretro de piedra, y Chase saltó encima de ella y corrió el borde de la pesada tapa.

Cero.

Sophia oyó la explosión mientras el helicóptero despegaba; segundos después se elevó una nube de polvo y humo del mausoleo. Uno de los dos, Chase o Callum, se había apoderado de una granada y la había usado contra el otro. ¿Pero quién había sobrevivido?

No es que tuviera demasiada importancia. Puede que Callum hubiera ordenado que se anulara el bombardeo, pero dado que Dalton quería que el Edén fuera destruido, el ataque se realizaría igualmente antes o después, estuviera o no Callum cerca de allí.

Sophia todavía tenía el rifle, y lo apuntaba hacia la entrada mientras Ribbsley maniobraba para sacar el helicóptero por el techo de la caverna. Pasaron unos segundos. No había ni rastro de nadie. Junto a ella, Ribbsley frunció el ceño, concentrado, mientras observaba el estrecho hueco que quedaba entre la roca y las aspas.

Movimiento en la entrada. Pelo blanco. Callum.

Sophia disparó una ráfaga, obligándolo a regresar adentro. Ribbsley torció el gesto ante el estrépito, pero mantuvo el helicóptero estable, guiándolo bajo el agujero. Callum reapareció, tratando de apuntar su rifle, pero las balas de Sophia lo hicieron retroceder una vez más.

Ribbsley aceleró el helicóptero al máximo. La estela de los rotores contra el rocoso techo los rodeó, y a continuación emergieron a la luz del intenso sol del desierto.

Sophia miró por última vez el Jardín del Edén mientras el helicóptero giraba al este, hacia Jartum. Una breve mirada hacia la estatua, la meseta, y el mausoleo en su centro entre las flores… y después todo desapareció cuando se alejaron.

Ribbsley suspiró aliviado.

—Lo conseguimos. ¡Lo conseguimos! —Contempló el cráneo envuelto, colocado a los pies de Sophia—. Creo que eso nos permitirá negociar con la Alianza con cierta ventaja. Te conseguiremos una nueva identidad… y una importante cantidad de dinero, naturalmente.

—¿Te fías de ellos?

—Si Di Bonaventura se convierte en la cabeza visible del contingente católico, que es lo que estoy seguro de que ocurrirá, entonces sí. Si se lo

planteo como una oportunidad de negocios en lugar de un chantaje evidente, creo que conseguiremos lo que queremos.

Sophia sonrió.

—Estupendo. Y después, creo que toca vengarnos de Victor.

—Evidentemente —dijo Ribbsley con una sonrisa—. ¿A quién estabas disparando, por cierto? ¿A Callum o a Chase?

—A Callum.

—Entonces, ¿Chase ha muerto? Y la doctora Wilde también, es de suponer. Ya era hora…

—Lo sé. Aunque hubiera preferido matarlos yo misma… —Miró atrás, hacia la meseta que cada vez se alejaba más.

—¿Qué pasa? —preguntó Ribbsley.

—Es algo que le dije a Eddie una vez. Que no iba a cometer el error de darle por muerto hasta que viera su cadáver.

—Aunque Callum no lo matara, va a volar en pedazos cuando suelten las bombas. No hay manera de que salga de esa cueva a tiempo.

—Eso espero. —A pesar de todo, Sophia no dejó de mirar hacia la meseta hasta que la perdió de vista tras el fuselaje cuando el helicóptero giró—. Adiós, Eddie —dijo en voz baja.

Callum alzó la mirada hacia la abertura y se tragó la rabia por la huida de Sophia; tenía problemas más inmediatos.

Miró hacia el mausoleo. Seguían levantándose remolinos de polvo, pero el aire estaba lo bastante claro para que resultara evidente que no había habido ningún movimiento procedente de la cámara mortuoria, ni rastro alguno de alguien con vida.

Se echó el rifle al hombro y echó a correr a través de la llanura, pisoteando las flores mientras se dirigía hacia las cuerdas por las que antes habían trepado la ladera. Abajo, los dos Humvees estaban aparcados junto al lago, casi inmediatamente debajo de la mano estirada de la gigantesca estatua; sus marcas de neumáticos se internaban en la jungla. Los 4 × 4 habían aplastado la mayor parte de los obstáculos que habían encontrado a su paso cuando rodearon el extremo más alejado del acantilado y atravesaron la jungla; si deshacía ese mismo camino, podría alcanzar el túnel antes de que las bombas cayeran.

Lo tiró todo salvo uno de los rezones por el acantilado, sostuvo la cuerda y descendió en rápel. Cuando estuvo abajo, tiró de la cuerda hasta soltar el

gancho, que cayó golpeando la ladera rocosa. En el improbable caso de que quedara alguien con vida allí arriba, no tendría modo de bajar, salvo por el precario y largo sendero que descendía por detrás de la estatua.

Si vivían, no recorrerían ni la mitad del camino antes de que todo saltase por los aires. Reactivó la radio.

—Abaddon, Abaddon. Aquí Arcángel.

—Arcángel, te recibo —respondió el piloto del B-2.

—Dame tu tiempo estimado para el inicio de la operación.

—Estimación diez minutos, Arcángel, pero seguimos en suspensión, código alfa. ¿Quieres reanudar la operación?

Callum corrió hacia el Humvee más cercano.

—Afirmativo, Abaddon. Reinicia la operación. Aniquila este lugar. —Encendió el motor y se alejó, dejando una estela de polvo tras de sí.

39

—Qué acogedor —dijo Chase.

—Sí, pero tres son multitud —respondió Nina; tenía muy presente, a pesar de la completa oscuridad, que estaba tumbada encima de un cadáver descabezado.

El estallido de la granada y la onda expansiva generada al caer de una sacudida la losa pétrea del sarcófago se habían producido simultáneamente. La caja torácica se había derrumbado bajo su peso con un desagradable crujido; trozos de hueso roto se le clavaban a Nina en el pecho.

—Depende de quién sea el tercero en discordia. Pero seguro que no es este tío. —Chase trató de arquear su espalda contra la losa de piedra—. Vamos a abrir esta cosa.

Hizo fuerza, incorporándose. La tapa crujió ligeramente, pero no llegó a entrar luz alguna en el sarcófago.

—Mierda —murmuró—. Muévete un poco, necesito más espacio.

Nina trató de moverse, pero a un lado no tenía nada más que piedra, y al otro tan solo una colección traqueteante de huesos secos.

—Lo siento… —Optó por tratar de incorporarse bajo Chase, para darle un impulso extra.

—Vale, me estoy poniendo cachondo —dijo Chase, empujando de nuevo —. Pero… ¡ngghhh! Me temo que no sirve de mucho. ¿Puedes ponerte de espaldas?

—Eddie, apenas puedo girar las manos aquí dentro. —Lo intentó de todos modos, pero solo fue capaz de retorcerse un poco.

—Tendrá que bastar. Cuando te lo diga, empuja contra mí tan fuerte como puedas. ¿Lista?

—Un segundo, noto algo duro por aquí.

—Eso es cosa mía.

—¡Eddie, por Dios! —Nina se retorció hasta que el fragmento de hueso que le incordiaba cayó a un lado—. Vale, estoy lista.

—Pues… ¡empuja!

Los dos hicieron fuerza hacia arriba. Esta vez el crujido fue mayor, y la pesada losa se desplazó levemente, pero seguía sin ser suficiente. Chase se inclinó tanto como pudo hacia el costado que quedaba frente a las bisagras y empujó con más fuerza. La tapa crujió de nuevo, y por un segundo apareció una delgada hilera de luz en su borde… antes de que la gravedad la hiciera desaparecer de nuevo. En aquel espacio tan confinado, no lograba hacer la suficiente palanca.

—¡Me cago en todo lo que se menea! —escupió—. Casi lo tenía.

—Antes tuvimos que hacer fuerza entre tres para levantarla —señaló Nina.

—Igual podemos pedirle a Callum que vuelva —respondió Chase, que empujó de nuevo; le dolían las rodillas del esfuerzo. La delgada línea de luz reapareció, y se ensanchó unos milímetros, antes de cerrarse una vez más—. ¡Venga, no me jodas!

La luz se convirtió en una rendija delgada como un cabello, y desapareció otra vez.

Y reapareció de nuevo.

Nina y Chase contuvieron el aliento cuando notaron cómo parte de la presión que soportaban sus cuerpos era aliviada, y la tapa se levantaba varios centímetros. Chase movió una rodilla hacia arriba, tratando de colocarse en una posición que le permitiera empujar con más fuerza. Metió un brazo por el hueco, y después encajó la cabeza y los hombros… y vio a Vogler, que, con el rostro contorsionado y sudoroso, sostenía la losa de piedra.

No tenía tiempo de pedirle explicaciones. Empujó con toda su alma. Vogler aulló agónicamente y se derrumbó contra el sarcófago cuando la tapa sobrepasó el punto de volcado. Pero, en lugar de detenerse como antes, siguió desplazándose. Sonó un terrible crujido cuando las bisagras se rompieron, y la tapa cayó pesadamente al suelo, partiéndose por una esquina.

Chase se dejó caer de nuevo, respirando pesadamente.

—Nina, sal —dijo. Ella salió del sarcófago y miró a Vogler con asombro… y también con recelo. Chase hizo lo mismo.

—Vale, morderé el anzuelo. ¿Por qué nos has ayudado?

Vogler presionó con una mano la herida de su abdomen, y la agonía en su rostro se alivió un tanto.

—Dalton traicionó a la Alianza —dijo, en una voz que era poco más que un susurro ahogado—. Y Ribbsley también. Alguien tiene que contarle al cardenal lo que ha pasado. No creo que yo vaya a salir con vida de aquí.

—Me parece que nosotros tampoco —dijo Nina, y miró su reloj consternada—. ¡Nueve minutos! ¡Tardaremos más solo en bajar!

—Necesitamos encontrar un camino más rápido —dijo Chase, mientras salía del féretro—. Las cuerdas para trepar… no, seguro que Callum las habrá tirado.

—¿Podríamos saltar al lago? —sugirió Nina.

—No podemos saltar tanto. —Chase abrió muchos los ojos—. ¡A menos que tengamos impulso! —Rodeó el sarcófago y fue hacia la losa caída en el suelo—. ¡Vogler! ¿Vas a morirte en cualquier momento, o puedes ayudarnos a darle su merecido a Callum?

Vogler lo miró y esbozó una fatigada sonrisa.

—¿Qué quieres hacer?

—La tapa… ¡tenemos que llevarla a la estatua, enseguida!

Nina miró la losa quebrada.

—¿Para qué?

—Para bajar a toda hostia. Nina, ayúdale.

—Eddie… está sangrando a borbotones por el estómago. ¿No te habías fijado?

—Puedo hacerlo —dijo Vogler, y se aproximó trabajosamente a la losa.

—Vale —dijo Chase—. Yo levantaré este lado. Nina, levanta el otro tanto como puedas para que no tenga que agacharse mucho. En cuanto la tengáis, ¡nos ponemos en marcha y no paramos hasta llegar a la estatua!

Nina, que no sabía aún qué se proponía Chase, se agachó y aferró la esquina rota. Chase levantó la losa con un rugido; las venas del cuello le temblaban. El extremo de Nina era más ligero debido al pedazo que faltaba, y logró hacer lo mismo, pero seguía siendo lo bastante pesado como para hacerle daño.

—¡No… no puedo sostenerlo! —jadeó Nina.

Vogler dio un paso adelante y sostuvo la losa. Y aulló de dolor.

—¡Suéltala, suéltala! —rogó Nina, al ver cómo manaba la sangre con mayor intensidad de la herida de su vientre.

—¡No! —dijo Vogler. Con todo su cuerpo estremeciéndose, se giró para apoyar uno de sus codos contra su abdomen. Dejó escapar un nuevo gemido agónico, pero no soltó la tapa.

—¡Vale, vamos! —gritó Chase. Paso a paso, giraron la losa y cruzaron el umbral hacia la cámara externa.

—¿Aguantas? —gritó Chase. Vogler gimió algo en respuesta que pudo haber sido una afirmación, aunque a Nina le resultaba evidente que estaba llegando a su límite.

Pero ya no podían detenerse. Se estaban quedando sin tiempo.

Alcanzaron la entrada y salieron entre las flores. No tuvieron oportunidad de admirar su belleza por última vez; las pisotearon, sorteando las tumbas. La parte trasera de la estatua estaba más adelante, y también el pequeño puente que conducía a sus hombros.

—Vale, hay que llevarla hasta allí —gruñó Chase.

Nina miró abajo. El serpenteante sendero rocoso descendía vertiginosamente desde ese punto.

—Espero que aguante el peso.

Chase fue primero en pisar el estrecho puente de piedra. Nina cambió de posición al otro extremo de la losa de modo que tanto ella como Vogler cupieran a la vez en el puente. Le quemaban los músculos de los hombros y los brazos, pero aferró con fuerza la losa y caminó paso a paso tras Chase, que estaba ya a mitad de camino.

Dos tercios. La superficie del puente estaba cubierta de tierra y excrementos de pájaro. Caían terrones y trozos de musgo sin cesar por los bordes mientras avanzaban, algunos desplazados por sus propios pies y otros sacudidos por el peso combinado de los tres.

—Mierda —dijo Chase—, ¡vamos, más rápido! ¡No creo que aguante!

Nina trató de caminar más rápidamente, pero Vogler jadeó y escupió sangre. El movimiento de la piedra había apartado momentáneamente su brazo de la herida, empeorando la agonía.

—Oh, Dios, lo siento —dijo Nina, frenando de nuevo.

Vogler esbozó una poco convincente sonrisa, su rostro blanco como el mármol.

—No hay problema… sigue caminando.

Chase alcanzó el otro extremo, y el último bloque del puente se venció un centímetro con un crujido cuando pisó los hombros de la estatua. Giró la losa hacia el brazo izquierdo estirado.

—¡Solo unos metros más, vamos!

Nina y Vogler lo siguieron, y chocaron entre sí cuando la losa giró. Nina apoyó el pie en la estatua. El guardia suizo la seguía de cerca…

Y el bloque de piedra que soportaba su peso cedió.

Se venció a un lado; se soltaron y cayeron algunos pedazos más pequeños. Al perder parte de su soporte, el resto del puente se despedazó y se desmoronó, cayendo por la ladera del risco.

Y Vogler cayó con él. La pesada losa se soltó de manos de Nina, y el lado roto no le golpeó el pie de milagro. El impacto hizo que el otro extremo se sacudiera, y Chase fue empujado hacia atrás, pero aferró la oreja tallada de la estatua y logró de ese modo evitar la caída.

Vogler se balanceaba, agarrándose con los dedos al pedazo arrancado del puente. Nina vio cómo uno de sus dedos se soltaba.

—¡Eddie! ¡Va a caerse! ¡Ayúdame!

—¡No! —gorgoteó Vogler mientras Nina lo cogía de la manga, y al hacerlo escupió sangre—. ¡No hay tiempo! ¡Tenéis que… decírselo al cardenal! —Miró a Nina a los ojos, y el miedo y el dolor de su rostro se convirtieron de repente en la serenidad del que se sacrifica voluntariamente —. Díselo al cardenal —repitió.

Cerró los ojos.

Y se soltó.

Nina no pudo sostenerlo, ya debilitada por el esfuerzo previo. Chase la cogió por detrás para evitar que cayera tras él; Vogler se precipitó sin tan siquiera gritar. Un golpe seco resonó por la ladera del risco cuando chocó con el suelo.

Chase alzó a Nina.

—Cielos —susurró ella cuando vio el cuerpo retorcido de Vogler al pie de la ladera.

—Nos quedan solo seis minutos —dijo Chase, apartándola del borde—. Tenemos que llevar esa piedra a la parte superior del brazo. ¡Ahora! —Fue hacia el extremo intacto de la losa y lo levantó centímetro a centímetro sobre el hombro de la estatua, dibujando un surco en la capa de tierra y polvo.

Nina empujó del otro extremo.

—¿De qué nos va a servir esto?

—¡Podemos usarlo para deslizarnos como si fuera un trineo!

Nina le miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Qué?

—¡Confía en mí! ¡Ya lo he hecho antes!

—¿Qué?

—Bueno, no fue exactamente así, pero una vez bajé por el costado de un rascacielos en Shanghái en una especie de trineo, y eso era mucho más inclinado que esto. —Miró hacia abajo cuando alcanzó el extremo del brazo

de la estatua—. Aunque la caída al final era solo de dos metros, no de quince —añadió, mordiéndose el labio—. ¡Pero el principio es el mismo! —Saltó por encima de la losa y aterrizó junto a Nina. La ayudó a empujar la losa sobre el borde.

El brazo de la estatua estaba cubierto de musgo, y de su palma abierta caían enredaderas y plantas similares. Más allá se extendía el lago. Nina oyó el rugido de un motor; a lo lejos, vio árboles meciéndose; Callum atravesaba con su Humvee la jungla, dando un largo y zigzagueante rodeo que circundaba el acantilado y lo conduciría al muro norte de la caverna.

Miró a Chase y notó cómo la losa se balanceaba en el borde de la estatua.

—Si por algún extraño milagro sobrevivimos a esto, ¡nada de esperar hasta mayo! Nos casamos y punto.

Chase sonrió, y se besaron.

—Lo primero es lo primero —dijo él cuando se separaron—. Arrodíllate en la parte de atrás. —Nina lo hizo, y la losa se balanceó hasta recuperar la posición horizontal. Chase se sentó a horcajadas sobre ella delante de Nina, descendiendo hasta que estuvo casi tocando su superficie—. Ahora, agárrate a mi cintura… y no te sueltes.

—Esto no va a ser nada divertido, ¿verdad? —dijo Nina mientras se agarraba a él.

—No, pero quedará de maravilla en tu autobiografía.

—Si llego a escribirla.

—Podrás empezar después de la luna de miel. Vale… allá… ¡vamos!

Se dejó caer en la losa, aferrando sus laterales, y su peso la hizo oscilar más allá del borde.

La piedra rechinó agriamente contra la piedra, y un horrible chirrido asaltó los oídos de ambos. Sin embargo, el musgo y el polvo actuaron a modo de improvisado lubricante. La losa ganó velocidad enseguida, y su borde frontal levantó una nube de tierra en el descenso. Alcanzaron con un estruendo la ligera curva al llegar al enorme codo, y la losa se sacudió de lado a lado, amenazando con precipitarse más allá del brazo tallado, pero se movían demasiado rápido para que la gravedad los reclamara; ya estaban a la altura de la mano…

Hubo una colosal explosión de tierra y vegetación cuando salieron disparados de la palma abierta de la estatua, precipitándose más allá de los dedos extendidos…

Nina gritó cuando la losa cayó y soltó a Chase. El lago los aguardaba; habían sobrepasado la orilla, hacia aguas más profundas, pero con demasiada

velocidad; la gravedad comenzaba, ahora sí, a reclamar lo que le pertenecía.

Nina vio a Chase en mitad de la caída, tratando de zambullirse con los pies por delante. Hizo lo mismo.

Golpearon el agua.

Para Nina, el impacto fue como si hubieran caído sobre cemento, pero eso no fue nada comparado con el golpe, aún más duro, que recibió al chocar contra el cenagoso lecho del lago. La losa de piedra cayó a su lado, y la onda expansiva le dio una buena sacudida. Se quedó sin aliento en un remolino de burbujas, mientras el lodo se levantaba a su alrededor, oscureciendo su visión.

¿A qué profundidad estaba? Sus pies golpearon el lecho, y notó el impacto en ambas piernas. Trató de nadar hacia arriba, pero parecía estar atrapada en arenas movedizas; sus ropas empapadas frenaban sus movimientos hasta el punto de que parecía estar en una de esas pesadillas en que uno es incapaz de correr.

Un sonido. Una voz, amortiguada, sorda. Chase, gritando su nombre.

Nina seguía sin ver nada, rodeada como estaba de lodo, y Chase no podía verla a ella. Nina estiró los brazos hacia arriba tanto como pudo, pero no llegó a tocar la superficie. Chase quizá estuviera a unos metros de ella, pero dadas las circunstancias podían ser kilómetros.

Con el poco aire que le quedaba, Nina gritó. Escaparon de ella algunas burbujas, aunque se detuvieron de inmediato. El agua llenó su boca. Intentó gritar de nuevo, pero no le quedaban ya fuerzas…

Una mano la agarró del pelo, del rostro, y después del cuello, y tiró; Chase se había sumergido para sacarla. Alcanzaron la superficie al fin; Nina escupió agua marrón y jadeó tratando de coger aire. Para su sorpresa, vio que había estado a punto de ahogarse a menos de cinco metros de la orilla.

Chase siguió nadando hasta que hizo pie, y después arrastró a Nina hasta la tierra firme.

—¿Estás bien?

—Me he hecho daño en las piernas —jadeó ella—. No podía nadar…

Salieron del lago; Chase llevaba a Nina en brazos.

—¿Puedes andar?

Nina trató de mover una pierna, y el resultado le hizo torcer el gesto.

—No lo sé.

—Vale, aguanta. Te llevaré al Humvee. —El 4 × 4 aguardaba al pie del risco; las huellas de los neumáticos del otro se perdían entre los árboles. Chase llevó a Nina al vehículo por uno de los pequeños afluentes. Nina abrió

la puerta del acompañante cuando se acercaron, y Chase la colocó dentro—. Mierda —dijo cuando miró su reloj.

—¿Cuánto?

—Cuatro minutos. —Chase subió al asiento del conductor y encendió el motor, un turbodiésel, que gruñó mientras Chase daba media vuelta para encarar la orilla.

—No lo conseguiremos —dijo Nina, y sintió un estremecimiento—. Callum nos llevaba mucha ventaja, y ni siquiera ha rodeado aún el acantilado del todo.

Chase pisó con fuerza el acelerador. Las ruedas del Humvee rodaron, deslizando sobre el barro antes de encontrar agarre y comenzar a moverse.

—No vamos a rodear el acantilado.

—¿No?

Se adentraron en un arroyo, salpicando a ambos lados del vehículo.

—Vamos a coger un atajo.

Nina se aferró a su asiento cuando el Humvee regresó a tierra firme con una sacudida.

—¡No creo que esta cosa vaya a caber por el tronco!

—No voy al tronco. —Chase rodeó un árbol, y las ruedas se adentraron en el agua antes de que enderezara el 4 × 4 y lo llevara a través de unos arbustos en dirección a una pequeña colina.

—¿Y adónde vas?

A pesar del rocoso terreno, Chase no levantó el pie del acelerador, y acumuló velocidad mientras se aproximaban a la cumbre de la pequeña colina.

—¿Te acuerdas de la peli de *Speed*?

Nina palideció.

—¿Vas a saltar el acantilado?

—¡Si lo rodeamos, no lo conseguiremos!

—¡Y si saltamos tampoco! ¡No estamos en una película de acción, y esta cosa debe de pesar cinco toneladas!

Llegaron a la cima, y el costado oeste del Jardín del Edén se presentó ante ellos. A la derecha, frondosa selva moteada por rayos oblicuos de luz del sol, y el oscuro abismo del acantilado recortando el paisaje más adelante…

—¡Ahí está! —gritó Chase, al ver un destello de luz reflejada al otro extremo del acantilado. El Humvee de Callum avanzaba por el borde de la grieta, emparedado entre los árboles y el abismo. Chase pisó con más fuerza el acelerador, y el motor rugió—. ¿Cuánto nos queda?

—¡Tres minutos!

El tronco del árbol quedaba a su derecha; casi inmediatamente delante tenían la enorme e inclinada roca en la que Chase había reparado antes, sobresaliendo del lateral del acantilado. Callum no había alcanzado aún el tronco, pero lo haría en cuestión de segundos.

—¡En cuanto nos paremos al otro lado, pase lo que pase, tú corre hacia el túnel!

—¿Y si no llegamos al otro lado?

El Humvee ganó velocidad a medida que descendía la elevación, aplastándolo todo a su paso. Chase fue hacia la roca, y después miró a Nina.

—¡Es tu última oportunidad para decirme que me quieres!

—Te quiero —dijo Nina, con una mueca—. ¡Pero conduces de penaaaa!

El Humvee golpeó la roca a más de ochenta kilómetros por hora y salió disparado por la rampa improvisada…

Y sobrevoló el acantilado.

40

Callum vio un destello de movimiento a su izquierda al pasar junto al tronco. Miró hacia allí… y se quedó helado al ver al coloso oscuro describiendo un arco que sobrevolaba el acantilado, dejando tras de sí un rastro de tierra y polvo que se desprendía de sus neumáticos, aún girando.

El miedo lo despertó de su ensimismamiento; comprendió que el otro Humvee no solo iba a lograr atravesar el acantilado, sino que además chocaría con él si no se detenía…

Pisó el freno con fuerza. Su vehículo derrapó en el firme húmedo y el otro se estampó contra el suelo justo delante de él.

Aunque la tierra húmeda absorbió el impacto, la suspensión del Humvee de Chase se quebró, y una rueda fue arrancada de cuajo. En mitad de un remolino de tierra quemada y enredaderas despedazadas, el Humvee atravesó el laberinto de vides que colgaban de los árboles antes de golpear de costado los troncos y rebotar de nuevo en dirección al acantilado…

E impactar de lleno con el vehículo de Callum, que estaba en pleno derrape.

Cristal y metal se despedazaron con un prodigioso chirrido. Los Humvees, tras chocar, salieron impulsados hacia el abismo, balanceándose en el mismo borde antes de comenzar a precipitarse…

Y deteniéndose de una brusca sacudida.

La suspensión destrozada del Humvee de Chase y Nina tenía vides y enredaderas que lo retenían. Colgaba de costado por el borde del acantilado en un ángulo de cuarenta y cinco grados, como comprobó Chase cuando abrió los ojos y descubrió que si el mundo daba vueltas a su alrededor no se debía tan solo a un mareo.

Vio sangre en el volante, allí donde lo había golpeado su cabeza. Nina yacía acurrucada a sus pies en el suelo del vehículo.

Se incorporó y abrió su puerta de un golpe; de inmediato comprendió cuán precaria era su situación. Vio las enredaderas que los sostenían vibrando como las cuerdas de una guitarra al ser tocada; las vides más débiles se retorcieron… y se rompieron. Los leves crujidos sonaban como si alguien caminara sobre papel de embalaje, pero cada ruptura sumaba presión a las enredaderas restantes. Era cuestión de tiempo que el Humvee cayera.

—Nina, levántate —dijo, y se inclinó para coger su mano.

Ella alzó la cabeza y lo miró aturdida.

—¿Lo conseguimos? —preguntó ausente. Él asintió—. Qué bien.

—Aún no estamos a salvo. Nos quedan… mierda, solo dos minutos y medio.

—¿Para qué? No me acuerdo.

Chase le tiró del brazo.

—¿No lo sabes? ¡La bomba!

—¿Qué bomba? —Los ojos de Nina parecieron enfocar por fin a Chase —. ¡La bomba! ¡Mierda, la bomba! —Trató de ponerse en pie, pero el dolor se lo impidió—. ¡Dios, cómo me duele la pierna!

—¿Crees que puedes andar?

—¡Voy a tener que hacerlo! No, espera —añadió mientras se incorporaba trabajosamente—. ¡Voy a tener que correr!

Se oyó un crujido, más intenso que los anteriores, y el vehículo se sacudió en respuesta. Una de las enredaderas más gruesas acababa de ceder.

—¡Esto va a caerse! ¡Vamos! —Chase apoyó ambos pies en el espacio de la palanca de cambios entre los asientos y estiró las piernas, levantando a Nina—. ¡Súbete encima de mí!

—Pero…

—¡Rápido! —La empujó por la puerta hacia fuera. Se oyeron más chasquidos. El Humvee se tambaleó.

Nina salió del vehículo a tiempo. Chase aferró el marco de la puerta y se elevó haciendo fuerza sobre ella, usando la palanca de cambio a modo de escalón mientras salía…

Varias enredaderas se rompieron al mismo tiempo. El Humvee se balanceó, más allá del borde, y se precipitó al acantilado, rebotando en la ladera rocosa y perdiéndose en la oscuridad del abismo.

Nina cojeó hacia Chase, que yacía al borde del acantilado, con ambas piernas colgando sobre el abismo.

—¡Cielos! ¿Estás bien?

Chase apenas podía hablar; el corazón estaba a punto de salírsele del pecho. Logró alzar el pulgar antes de reparar en que no estaban solos.

El Humvee de Callum colgaba casi verticalmente del borde del acantilado, con el morro hacia abajo en lo que parecía un ángulo imposible, hasta que Chase se fijó en que estaba suspendido de una alargada roca cuya punta estaba encajada bajo el eje trasero del 4 × 4. El motor seguía en marcha, y las dos puertas delanteras, abiertas y extendidas como cortas alas, dejaban ver a Callum derrumbado sobre el volante en el interior del vehículo.

Estaba inconsciente.

—¡Ve hacia el túnel! —dijo Chase, poniéndose en pie.

—No sin ti —dijo Nina—. ¿Qué vas a hacer?

—Puedo usar su radio para retrasar el ataque, recuerdo el código. Tú vete, ¿vale? —dijo, consciente de que Nina estaba a punto de protestar—. ¡Solo nos quedan dos minutos! —Aguardó a que Nina se diera media vuelta de mala gana y echara a correr cojeando hacia la salida, y después aferró varios tallos de enredaderas a la vez y los usó para bajar hacia el Humvee.

No sabía a ciencia cierta cuánto peso podría aguantar la puerta del acompañante, de modo que sostuvo firmemente los tallos mientras ponía el pie cautelosamente sobre ella. Las bisagras crujieron. Con una mueca, se metió en el interior. El parabrisas de vidrio reforzado estaba fracturado, y varios objetos habían caído sobre él. No sabía si podría soportar su peso, de modo que prefirió apoyarse en el salpicadero, y se acercó a Callum.

El agente de cabellos blancos parecía seguir inconsciente, y tenía un profundo corte en la mejilla. Su chaqueta estaba desabrochada. No había ni rastro de su radio entre los objetos desperdigados sobre el parabrisas, de modo que debía de seguir en su bolsillo.

Chase se acercó, prestando atención a cualquier ruido o movimiento que le indicara que el Humvee estaba a punto de caer. Se meció cuando Chase cruzó la cabina, pero la roca que lo soportaba parecía sólida, de momento.

Llegó hasta Callum. Aún respiraba. Chase se inclinó sobre él y con cuidado extendió el brazo más allá del volante, hacia el bolsillo interior de su chaqueta. Sus dedos tocaron el tejido; había algo duro y pesado dentro. Movió la mano, notando algo de plástico, interruptores…

Los ojos de Callum se abrieron.

Su mano aferró el brazo extendido de Chase y lo estampó contra el volante, mientras que con la otra mano lanzaba un puñetazo con el dorso dirigido al rostro del inglés. Chase trató de apartarse, pero Callum le retorció

la muñeca hacia el volante hasta que la articulación le crujió, inmovilizándolo mientras le daba otro puñetazo en la mandíbula.

Chase contraatacó con otro golpe, y después le metió el dedo en el ojo. Callum se apartó brúscamente, soltando la muñeca de Chase.

Este retrocedió, y uno de sus pies resbaló sobre el salpicadero y fue a descansar sobre el parabrisas. El cristal quebrado crujió, y las grietas se extendieron bajo su bota como si pisara una delgada capa de hielo. Levantó el pie a toda prisa…

Callum lo golpeó en el pecho. Cogido de improviso, Chase se tambaleó… y cayó hacia atrás.

Aterrizó sobre la puerta abierta, que se venció cuando una de las bisagras saltó por los aires.

—Oh, mierda —dijo Chase, al tiempo que se precipitaba hacia el abismo…

Su mano aferró el marco de la ventanilla.

La sacudida al detener su caída casi le arrancó el brazo de cuajo. Su cuerpo golpeó el abollado costado delantero del Humvee, y se meció indefenso sobre el abismo. Se oyeron más crujidos procedentes de la bisagra, que soportaba una tensión enorme, y se dobló más allá de su límite.

Callum cruzó la cabina. Vio la mano de Chase aferrando el marco, con los nudillos blancos. Una maliciosa sonrisa se dibujó en su rostro cuando se aproximó y pisó con fuerza la puerta. La bisagra gimió. Otro golpe, y después otro. El metal se venció, se dobló…

Y se partió.

La puerta cayó al abismo, al mismo tiempo que Chase aferraba el costado del Humvee con su mano libre. Se estampó de cara contra el volante mientras la puerta caía a su lado, golpeándolo en el hombro y casi haciéndolo caer al abismo. Sus dedos sangraban en el punto en que aferraban el metal doblado; se agitó y sacudió hasta encontrar, al fin, un segundo asidero.

Callum se asomó por la puerta encima de él. Se miraron a los ojos. Por un instante Chase creyó que Callum iba a bajar a golpearle las manos, pero en lugar de eso regresó hacia la cabina.

Sabía el motivo. El Humvee colgaba de una solitaria roca; un par de patadas bastarían para hacer caer el vehículo entero. Si Callum alcanzaba la cima del risco antes que él…

Ese pensamiento lo hizo entrar en acción de inmediato. Se elevó, trepando mano sobre mano hasta que logró apoyar un pie en el parachoques.

Callum lo oyó moverse cuando estaba a punto de salir por la puerta del conductor. Se detuvo cuando vio algo en el suelo. Una pistola.

Chase siguió trepando. Alcanzó el umbral, miró adentro…

Y vio a Callum sosteniendo un arma.

Se agachó cuando Callum disparó. Dos balas silbaron por encima de su cabeza, y una tercera impactó en el marco de la puerta. El Humvee se sacudió cuando Callum trepó por la cabina, acercándose para terminar el trabajo.

Chase no tenía adónde ir.

Salvo hacia abajo.

Chase se soltó… y cayó.

Se agarró a la rueda delantera, y las manos resbalaron sobre la capa de barro antes de encontrar asidero. Sin pausa, giró bajo el mismo Humvee, aferrando el eje delantero y trepando por él como si fuera un chimpancé.

Callum regresó al umbral y miró debajo de nuevo. Ni rastro de Chase. Con una sonrisa satisfecha, miró hacia el risco, comparando las enredaderas que Chase había usado para bajar con las que había al otro lado del vehículo. Decidió que esas últimas parecían más resistentes, y cruzó de nuevo la cabina.

Chase llegó al otro extremo del eje, rodeó la rueda y se elevó bajo la puerta abierta. A través de la ventana vio a Callum pisando el volante, pues no quería apoyar los pies en el parabrisas dañado.

Chase aferró las enredaderas colgantes que había junto a la puerta y trepó rápidamente. Callum, que estaba atravesando la puerta, oyó el ruido; Chase subió ambas piernas y lo empujó con ellas de vuelta hacia la cabina. El arma rebotó en el parabrisas. Chase se dejó caer sobre la puerta, y las bisagras rechinaron. Aferró el marco de la puerta y le propinó un brutal puñetazo en la nariz a Callum.

El americano cayó sobre el salpicadero. Chase entró y sacó la radio del bolsillo de su chaqueta. Después retrocedió, y estiró el brazo hacia las enredaderas que había fuera del coche.

La mano de Callum aferró la pistola. Sus ojos se entrecerraron, alzó el arma, apuntó…

Chase pisó el acelerador.

Las ruedas del Humvee giraron, y encontraron agarre incluso en la ladera vertical del risco; el impulso arrancó el eje trasero de su percha en la puntiaguda roca.

Aferrando las enredaderas con una mano, Chase sacó la pierna de la cabina al mismo tiempo que el Humvee se despeñaba. El grito de Callum

resonó por el cañón cuando el vehículo se perdió en las sombras… y después quedó interrumpido por un estrépito de metal sobre piedra.

—¡Que te den, capullo! —jadeó Chase, mientras se guardaba la radio por debajo de los vaqueros. Aferró luego las enredaderas con ambas manos y trepó. Notaba cómo se tensaban, a punto de ceder a su peso. Solo le quedaban dos metros, uno y medio… el borde del risco estaba cerca, tan cerca y tan lejos…

Un sonoro chasquido. Una de las enredaderas más grandes cedió, y las otras más pequeñas, las que acompañaban a la primera en la presa de Chase, se rompieron al mismo tiempo. Cogió otras, pero habían quedado dañadas por el Humvee cuando se precipitó, y se rompieron enseguida. Se balanceó; las enredaderas de su otra mano se despedazaron…

Dos manos aferraron sus muñecas. Alarmado, miró arriba.

Nina.

—Te tengo —dijo.

Tiró de él. Tratando de encontrar asidero con los pies en las rocas, Chase logró elevarse lo bastante para colocar una mano sobre el borde. Se arrastró hasta suelo firme y miró a Nina mientras jadeaba, aliviado.

—¡Te dije que te marcharas!

—Como siempre dices, nunca te hago ningún caso. —Lo ayudó a sentarse —. No iba a dejarte aquí.

—Gracias. —Chase inspeccionó la radio. No reconocía el terminal. Parecía ser un modelo exclusivo para espías. Esperó que Callum no hubiera cambiado la frecuencia—. Bueno, vamos a probar.

—¿No irás a poner tu voz de John Wayne con daños cerebrales otra vez, no? —dijo Nina mientras Chase encendía la radio.

—Calla. —Puso su mejor acento americano, y trató de recordar los códigos que Callum había usado—. Abaddon, Abaddon, urgente. ¡Suspensión código alfa, repito, esto es una suspensión código alfa!

Silencio. Nina y Chase se miraron consternados. Y después:

—Arcángel, aquí Abaddon. —Chase hizo un silencioso gesto de triunfo con el puño. La tripulación del B-2 creía que era Callum, y detendrían el bombardeo…

—Em… —La voz vacilante del piloto borró su júbilo de un plumazo—. Soltamos las bombas hace cinco segundos.

—¿Qué? —dijo Nina. Miró el techo de la caverna—. ¡Hijos de puta!

—¿Cómo has dicho, Arcángel?

Chase se incorporó de un salto, cogió la mano de Nina y echó a correr.

—¡Vámonos!

—¡Au, au, au! —Nina jadeaba con cada paso de su pierna herida—. ¿Cuánto… aaah, cuánto nos queda?

—¡No mucho! —Desde veinte mil metros de altura, una persona en caída libre tardaría unos cinco minutos en golpear el suelo, pero las penetradoras masivas de artillería, guiadas por GPS, pesaban quince toneladas cada una, y su velocidad terminal sería supersónica. Impactarían en tan solo una fracción de ese tiempo.

Alcanzaron el margen de la jungla y salieron al lecho seco del río. El túnel era un tenebroso arco más adelante. Entraron en él, y sus pisadas apresuradas resonaron por el pasaje curvo. Se veía luz adelante. La Alianza había despejado la entrada para que pudieran acceder los Humvees.

—¡Vamos, lo lograremos! —gritó Chase, corriendo más rápido. Nina aumentó el ritmo a su vez; se aproximaban a la salida, al desierto…

Las bombas golpearon la caverna.

La primera MOP atravesó el techo como si fuera de papel mojado, impactando en el suelo junto a los muros del templo. La combinación de su peso y su velocidad introdujeron la carcasa reforzada de la bomba casi cuarenta metros en la roca.

La segunda bomba penetró aún más profundamente, al atravesar casualmente uno de los orificios del techo y precipitarse en el abismo.

Tenía el cuerpo despedazado y los órganos destrozados, pero Callum seguía a pesar de todo con vida, tendido entre los restos del Humvee. Con ojos doloridos pudo ver un círculo de cielo, muy arriba… en el que apareció un punto negro, acercándose a tanta velocidad que ni siquiera tuvo tiempo de gritar…

El proyectil impactó en el Humvee, desintegrándolo de inmediato, junto con su ocupante, antes de hundirse en las profundidades de la tierra y detonar al fin.

Cada bomba transportaba tres toneladas de explosivo. El poder del estallido, sumado a la brutal fuerza cinética, bastó para pulverizar la roca sólida, generando una gigantesca onda expansiva que actuó como una especie de terremoto local.

La meseta entera se estremeció cuando el suelo estalló, hinchándose bajo los puntos de impacto antes de desmoronarse de nuevo en dos colosales cráteres. Los muros del templo se derrumbaron, y los estantes de la biblioteca se vinieron abajo. El brazo extendido de la estatua se partió y estalló en

fragmentos de piedra al caer al suelo; el resto de la gigantesca figura se derrumbó sobre la jungla.

Pero lo peor estaba por llegar. Una enorme ola nació en el centro del lago y arrasó con todo lo que tocó, provocando que una enorme porción del muro sur se derrumbara. Por un instante, el Jardín del Edén quedó iluminado por la brillante luz del sol, antes de que el resto de la gigantesca cámara se colapsara.

Chase y Nina estaban a punto de alcanzar la salida cuando la onda expansiva los hizo saltar por los aires, un muro vaporoso de aire comprimido que salió disparado por el túnel y los expulsó afuera de un salto. Rodaron sobre la arena, y el suelo tembló repetidas veces con cada nuevo impacto mientras la meseta se derrumbaba sobre sí misma. Nina ni siquiera podía oírse a sí misma gritar; mientras rodaba en el suelo, se encogió sobre sí, tratando de proteger su cabeza del ruido y los escombros.

Por fin, el tumulto cesó.

Nina se arriesgó a abrir los ojos. Una nube de polvo y arena la rodeaba, pero incluso a través de ella vio que la topografía misma de la meseta había cambiado, y los altos muros y la plana cima habían sido sustituidos por desagradables e irregulares riscos y montones desiguales de rocas.

El Jardín del Edén había sido destruido.

Se derrumbó de nuevo, desolada, incapaz de racionalizar la completa insensatez de toda aquella devastación. El hallazgo arqueológico más importante de la historia, junto con los innumerables descubrimientos antropológicos que contenía, capaces de sacudir los cimientos de la ciencia… todo eso se había perdido, había sido borrado de la faz de la tierra. Y no lo había causado la ira de Dios, sino la voluntad de un hombre. Un solo hombre: Victor Dalton.

¿Por qué? Era incapaz de encontrar una explicación. ¿Por qué había traicionado Dalton repentinamente a la Alianza? ¿Qué ganaría él con la destrucción del Edén?

Chase tosía no muy lejos de ella.

—¿Eddie? —gritó—. ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

—De puta madre —gruñó Chase, arrastrándose hacia ella—. ¿Y tú?

—He tenido días mejores. —Nina se derrumbó en sus brazos—. Cielos, Eddie, esto… esto es… no sé cómo describirlo. Todo. Todo se ha perdido. El hallazgo más importante de la historia, y se ha perdido. Y es culpa mía.

—¿Cómo que culpa tuya? Tú no lanzaste la bomba.

—Pero les facilité el objetivo. Nunca lo habrían encontrado sin mí. Si no me hubiera obsesionado tanto, si no hubiera estado tan decidida a demostrar lo fantástica que soy… —Se llevó las manos a la cabeza, y la voz le tembló a causa del agotamiento y la tristeza—. Rothschild tenía razón. Y Sophia también. Y tú. Todo esto lo hacía por mí misma, para alcanzar una especie de gloria…

—Sí —dijo Chase—, eso es verdad.

—Gracias, Eddie —respondió Nina, y su desánimo aumentó.

—Bueno, ¿y qué? ¿Por qué motivo hacen los exploradores lo que hacen? Colón no descubrió América para echarse unas risas, lo hizo para conseguir fama y fortuna. Y apuesto a que Rothschild tampoco aceptó el trabajo en la API por su altruismo y amor a la humanidad. —Rodeó con un brazo los hombros de Nina—. Al menos cuando tú vas buscando estas cosas, lo haces porque quieres enseñárselas al mundo, no porque quieras robar los tesoros o hacerlo saltar todo por los aires.

Nina alzó la cabeza.

—Lo que dijiste cuando veníamos hacia aquí, de que había ido demasiado lejos… ¿todavía lo crees?

Chase miró a lo que quedaba de la meseta antes de mirar de nuevo a Nina a los ojos.

—Sí, creo que a veces te pasas de la raya. Pero otras veces… lo que encuentras merece la pena. Joder, encontraste el puto Jardín del Edén.

—Y lo he vuelto a perder. Ha sido destruido. Y no tenemos nada de nada.

—No todo ha desaparecido —le recordó Chase—. Sophia y Ribbsley todavía tienen esa cabeza.

—Sí, y van a dársela a la Alianza, que la destruirá. Y no hay manera de que los alcancemos a tiempo.

—Ey, ey —dijo Chase, reposando su cabeza contra la de Nina—. Esto aún no ha terminado. Estamos vivos, ¿no? —Señaló con el dedo; el último de los Humvees de la Alianza no estaba lejos de allí—. Tenemos un coche para salir de aquí, y si tiene teléfono por satélite, podemos llamar a T. D. y pedirle que venga a buscarnos.

—¿Y luego qué? —preguntó Nina lúgubremente—. Todavía tenemos que encontrar a Sophia y a Ribbsley. Seguramente ya estén a mitad de camino de Jartum, y después de eso no sabemos adónde irán.

Chase no respondió de inmediato, pero Nina supo por el movimiento de sus músculos faciales contra su mejilla que estaba sonriendo.

—¿Qué?

Chase se apartó, sonriendo.
—Creo que yo sí lo sé…

41

Suiza

La luz de la luna se derramaba sobre los picos nevados que gobernaban el valle, y el constante rumor de una cascada reverberaba en el purísimo aire alpino.

Sophia miró más allá del borde de la plataforma del mirador mientras la cascada se derramaba en un lago varios cientos de metros más abajo. El pintoresco lugar que había elegido para el encuentro estaba a unos cincuenta kilómetros de Zúrich; de día estaba repleto de turistas, pero ahora, de noche, se encontraba completamente desierto. La población más próxima estaba abajo, en el valle, a más de tres kilómetros de distancia por una tortuosa carretera, y más allá de los árboles circundantes tenía una vista clara de la ruta que conducía a la cumbre de la cascada. Nadie podía acercarse sin ser visto.

—Viene alguien —dijo Ribbsley.

Unos faros se aproximaban por la carretera.

—¿Es él?

Ribbsley miró el vehículo a través de los prismáticos.

—Creo que sí.

—¿Está solo?

—Eso parece.

A Sophia le hubiera gustado tener alguna garantía, pero era evidente que no había nadie más a la vista. Únicamente le habían dicho a Di Bonaventura que la reunión tendría lugar en Suiza esa madrugada, y le habían dado la ubicación exacta tan solo cuarenta minutos antes. Existía la posibilidad de que el cardenal quisiera apoderarse por la fuerza de su moneda de cambio, pero con los recursos de la Alianza seriamente mermados, no parecía muy probable.

Además, pensaba Sophia mientras jugueteaba con el revólver en el bolsillo de su abrigo, el arma que había estado a buen recaudo en la misma caja de depósitos que el objeto que había venido a Suiza a recuperar, tanto Ribbsley como ella misma estaban preparados para todo.

Fue junto a Ribbsley cuando el coche se aproximó. A los pies del profesor reposaba una modesta maleta de cuero del tamaño de una bolsa de bolos. En su interior estaba el cráneo: la última prueba de que una civilización inteligente pero no humana había existido en la tierra antes que el hombre. En qué manos iba a terminar, dependía por completo de si Di Bonaventura cumplía su palabra o no.

El coche, un elegante Mercedes plateado, viró en la estribación que conducía al mirador y se detuvo junto al BMW alquilado de Ribbsley. Di Bonaventura se apeó. Estaba solo.

El cardenal se acercó a ellos, y miró a Ribbsley con gesto apenado.

—Gabriel.

—Lamento que esto signifique el término de nuestra amistad, Jonas —dijo Ribbsley—, pero no es la primera vez que una mujer se interpone entre dos hombres.

—Puede ser. Pero esta mujer, Gabriel… sabes muy bien lo que ha hecho.

—Tengo entendido que los pecados se le perdonan a uno cuando muere. Y, al menos oficialmente, Sophia Blackwood está muerta. Con la ayuda de la Alianza, podremos asegurarnos de que nadie llegue a enterarse de que no es así.

Di Bonaventura miró a Sophia amargamente.

—Hay una manera rápida y segura de garantizarlo.

—Nuestra manera es mejor para todos —dijo Sophia, sacando lentamente el arma de su bolsillo y asegurándose de que Di Bonaventura pudiera verla—. Salvo para Victor Dalton, desde luego.

—¿Lo tenéis? —preguntó el cardenal.

Sophia sacó algo de otro bolsillo y lo alzó: un pequeño objeto alargado de plástico blanco. Una memoria *flash*.

—Pruebas en vídeo del presidente de los Estados Unidos no solo cometiendo adulterio, sino además haciéndolo con… bueno, ya conoce mi reputación. Solo dura ocho minutos. Victor es uno de esos políticos de corto recorrido, pero debería bastar para que se vean próximamente camiones de mudanza delante del 1600 de Pennsylvania Avenue.

—¿Y… el otro objeto?

Ribbsley le dio una patadita a la maleta.

—Una prueba física de la verdadera naturaleza de los veteres, lista para someterse a un test de ADN. O para incinerarse. Siempre que aceptes nuestras condiciones, podrás hacer lo que te plazca con ella.

—Vuestras condiciones —dijo Di Bonaventura con desagrado—. Diez millones de euros, una nueva identidad para ella, y la… protección de la Alianza.

—No necesitaremos su protección si usa esto —dijo Sophia, moviendo la memoria *flash* entre los dedos—. Es la única copia, pero estoy dispuesta a dársela. Arruinaré a Dalton, y sus compinches, como Callum, caerán con él.

—Me temo que Callum ha muerto —dijo una nueva voz.

Los tres se giraron y vieron a Nina salir de entre los árboles.

—¡Oh, por todos los santos! —dijo Sophia, exasperada, al tiempo que alzaba su arma—. ¡Es más resistente que las cucarachas!

—Quieta —advirtió Nina, con un ademán—. Si intentas algo, Eddie te volará la cabeza. Está entre los árboles con un rifle de francotirador. —Sophia guardó de mala gana la pistola en su bolsillo, pero su mano permaneció sobre la empuñadura, como si fuera una duelista del viejo oeste. Ribbsley levantó las manos.

—Me sorprende verla de nuevo, doctora Wilde —dijo Di Bonaventura—. Me habían dicho que había muerto.

—Vogler nos salvó. Y también quiso salvar el Edén. Decidió que su valor para los fieles, para el mundo entero, compensaría cualquier daño causado por el secreto de los veteres. Siempre que ese secreto fuera revelado gradualmente.

El cardenal asintió.

—Creo que yo habría llegado a la misma conclusión.

Nina se detuvo a unos metros del trío.

—Fue un caso de elegir la opción menos mala, pero acepté sus condiciones. Hasta que Callum decidió volar el Edén por los aires a órdenes de Dalton. Y después Ribbsley aprovechó la oportunidad para hacer un poco de chantaje. Y aquí estamos todos ahora.

—¿Cómo nos encontraste? —preguntó Ribbsley.

—Porque Eddie conocía a Sophia —respondió ella con una leve sonrisa —. Cuando «murió» y recibió sus papeles, se fijó en que tenía una caja fuerte en Suiza. Después de que nos hablara de la grabación —miró la memoria *flash*—, supusimos que era allí donde la guardaba. Así que salimos de Sudán convenciendo al responsable de la misión de ayuda humanitaria de la ONU en El Obeid para que nos llevara a Egipto, y después vinimos aquí y vigilamos el

banco hasta que aparecierais. Después os seguimos y esperamos a ver qué pasaba. Como diría Eddie, estaba chupado.

—Bueno, ¿y qué pasa ahora? —dijo Di Bonaventura. Señaló la maleta—. Supongo que querrá usted eso.

—Eso depende de usted. Acaba de decir que habría hecho lo mismo que Vogler. ¿Sigue opinando lo mismo ahora que el Edén está destruido? Porque si es así, estoy dispuesta a hacer con usted el mismo trato que hice con Vogler.

—Mercenaria —resopló Sophia.

—No pido dinero —dijo Nina—. Solo quiero que se sepa la verdad… tarde lo que tarde en saberse. Y la verdad es que preferiría estar viva cuando eso ocurra.

—¿Y el presidente Dalton? —preguntó Di Bonaventura.

—Que lo follen —dijo Nina tras unos segundos—. Aunque no literalmente. Eso es cosa de Sophia. Pero nos traicionó a todos, incluida la Alianza, e intentó matarnos. Callum ha muerto, pero apuesto a que hay muchos otros como él. La única manera de que Eddie y yo estemos a salvo es que Dalton abandone el cargo.

El cardenal reflexionó en silencio durante varios segundos antes de hablar de nuevo.

—Hasta ahora, había resultado sencillo para la Alianza ocultar cualquier descubrimiento relacionado con los veteres. Pero ahora que conocemos el alcance de su civilización… antes o después se conocerá todo, y la Alianza no podrá evitarlo. —Miró a la bolsa, y después a Nina—. Vogler tenía razón. Si esto va a divulgarse, debe ser en nuestros términos. Tenemos que preparar al mundo para esto, doctora Wilde… si está de acuerdo en trabajar con nosotros para lograrlo, entonces le daré protección.

—Y a Eddie también —dijo Nina.

—Y al señor Chase, sí. ¿Qué me dice?

—Perdonadme —interrumpió Sophia—, pero nosotros llegamos antes.

—Sophia —dijo Ribbsley lacónicamente—, no estamos discutiendo por un sitio para aparcar. Tu exmarido nos está apuntando con un arma.

Sophia miró a Nina con recelo.

—Pero ¿es cierto?

—¿Quieres averiguarlo por las malas?

—Puede que sí. Gabriel, saca tu arma.

—¡Estarás de broma! —protestó Ribbsley—. Sabes que haría cualquier cosa por ti, pero recibir un disparo es claramente una de las excepciones.

—No te va a disparar nadie. Estoy segura de que Eddie no está lejos de aquí, pero no tiene ningún arma. Y ella tampoco. —Sophia miró a Nina con ojos calculadores—. No podéis haber llegado a Suiza mucho antes que nosotros. No hemos venido directamente desde Jartum, pero tampoco nos hemos parado a hacer turismo de camino. Sé que Eddie tiene amigos por todo el mundo, pero me resulta difícil de creer que pudieran facilitarle un rifle de francotirador, y que a ti no pudieran conseguirte ni una triste pistola.

Nina metió una mano en su bolsillo.

—Te lo aseguro, estoy armada.

—En ese caso Gabriel no tendrá que sentirse culpable por disparar a una mujer desarmada, ¿verdad? —Se giró hacia Ribbsley—. Gabriel, saca tu arma. No pasará nada, te lo prometo. Conozco a Eddie, y a Nina.

—Tú misma —dijo Nina.

—Es un farol —respondió Sophia—. Hazlo, Gabriel, ¡ahora!

Ribbsley miró hacia el bosque en penumbra, vacilando… y después desenfundó su pistola y apuntó a Nina con ella.

No sucedió nada. Nadie disparó entre los árboles, y lo único que se oyó fue el incesante rugido de la cascada.

—Lo ves —dijo Sophia—. Te lo dije.

Ribbsley suspiró aliviado.

—Ojalá hubieras encontrado una manera algo menos estresante de demostrarlo.

Sophia dio una patadita a la maleta.

—Cardenal, nuestra oferta original sigue en pie. Le recomiendo que la acepte. En caso contrario tendremos que retomar el plan B: chantajear al presidente de los Estados Unidos. Y eso sería muy desagradable para todos. En cuanto a ti, Nina… creo que ha llegado el momento de despedirnos de una vez por todas. Gabriel, mátala.

Nina se envaró.

—¿No quieres saber dónde está Eddie?

La pregunta bastó para que Ribbsley vacilara, aunque su arma no dejó de apuntar al corazón de Nina.

—De acuerdo —suspiró con impaciencia Sophia—. ¿Dónde está Eddie?

—Detrás de ti.

Sophia pareció irritada por el intento de distracción, pero Ribbsley giró la cabeza…

Y vio a Chase saltar por encima de la barandilla justo antes de propinarle un puñetazo en el rostro. Ribbsley se derrumbó sobre el suelo, y su pistola se

le cayó de las manos. Chase, empapado por el agua que salpicaba en la fuente, trepó rodeando los soportes del mirador, se giró hacia Sophia…

Y ella le disparó.

—¡Eddie! —gritó Nina mientras Chase se desmoronaba con el pecho ensangrentado. Dejó escapar un gemido ahogado, y se convulsionó antes de quedar inmóvil.

—¡Alto! —dijo Sophia mientras Nina corría hacia él, apuntándola con el humeante cañón de una 38 mm. Nina se detuvo—. ¿Gabriel, estás bien? —Su inquietud no recibió respuesta alguna—. ¡Gabriel!

Nina era incapaz de apartar la vista del cuerpo inmóvil de Chase.

—¡Oh, Dios mío, Eddie! —dijo, derramando lágrimas conmocionadas—. Por favor, levántate, levántate…

Sophia miró a Chase de soslayo, con un gesto desdeñoso.

—Creo que este es su fin —dijo.

Nina se sintió consumida por el odio.

—¡Hija de puta! —gruñó, y la rabia eclipsó todos sus temores—. ¡Voy a matarte, zorra!

—No —dijo Sophia, con una sonrisa de malévolo disfrute—, no vas a hacerlo.

Di Bonaventura dio un paso adelante, con los brazos extendidos en ademán implorante.

—¡No! ¡No es necesario…!

Sophia disparó al mismo tiempo que el cardenal se situaba delante de Nina. La bala le impactó en la parte superior del torso. Sophia se quedó helada cuando el cardenal se derrumbó, al comprender que acababa de disparar a la única persona con la que podía hacer un trato.

Nina saltó sobre ella.

Poseída por la furia, le arrebató el arma de un golpe en la mano antes de propinarle un brutal puñetazo en el rostro. Sophia chilló de dolor, y la memoria *flash* que sostenía en su otra mano cayó al suelo, pero Nina la golpeó una vez más, y otra, con los puños cerrados tan fuertemente como si fueran bloques de piedra. Sus nudillos se mancharon de sangre mientras Sophia se tambaleaba.

Nina se dispuso a golpearla de nuevo, una última vez…

Y Sophia atrapó su mano.

—¡Zorra! —gritó mientras sostenía la mano de Nina entre las suyas y la retorcía. Nina sintió un destello de agonía que le recorrió la muñeca mientras Sophia la acercaba hacia sí, retorciendo su brazo con mayor fuerza mientras

alzaba un codo, lista para golpear con él el dorso del antebrazo de Nina para rompérselo…

Nina golpeó primero. Puso en práctica uno de los movimientos de Chase: tosco y salvaje, pero efectivo. La nariz de Sophia se rompió con un crujido de cartílago cuando Nina le dio un cabezazo, salpicándolas a ambas de sangre.

Trató de liberar su muñeca, pero Sophia no la soltaba ni aflojaba su presa, a pesar del dolor. Jadeante, Nina le arañó los ojos.

Sophia retiró la cabeza y le propinó una patada a Nina en el vientre. Sin aliento, Nina se tambaleó, y el dolor de su pierna herida regresó con más intensidad que nunca. Sophia trató de romperle el brazo de nuevo, pero la patada le había hecho perder el equilibrio, obligándola a soltar a Nina para evitar caer al suelo.

Nina, sin embargo, había sobrepasado ya el punto de no retorno. Cayó pesadamente sobre Di Bonaventura. Por un instante se miraron a los ojos, y los del cardenal estaban llenos de dolor y pesar, antes de que una relajación casi infinitesimal de los diminutos músculos alrededor de sus ojos señalizara el momento en que la vida se convirtió en muerte. Di Bonaventura estaba a punto de averiguar si sus creencias eran ciertas.

Aferrándose el vientre dolorido, Nina se puso de rodillas y alzó la vista.

La pistola le apuntaba a la cabeza.

Tras ella se encontraba el rostro furioso de Sophia; de su nariz caían hilillos de sangre. Su dedo presionó el gatillo…

Un terrible rugido hizo que ambas mujeres se giraran.

Chase se había incorporado, con una mano en el ensangrentado pecho. Se lanzó sobre Sophia, placándola mientras ella disparaba de nuevo y estampando su espalda contra la barandilla del mirador.

Los dos se precipitaron y cayeron por encima de la barandilla.

El estridente aullido de terror de Sophia se desvaneció bajo el rumor de la cascada. Chase se precipitó junto a ella en silencio.

Nina contempló la barandilla con gesto de incredulidad antes de correr hacia ella y mirar abajo. La cascada era una franja plateada a la luz de la luna, y el lago a sus pies un remanso de tinieblas moteadas de espuma. De Chase y Sophia no había ni rastro.

—¡Eddie! —Nina no podía aceptar que hubiera muerto; se asomó para buscarlo bajo la plataforma del mirador. Seguro que había logrado aferrarse a los soportes, o a algún saliente rocoso en su caída, se repitió a sí misma, seguro que estaba colgando del abismo, que se había salvado en el último segundo una vez más…

Pero no era así. No había nadie.

Lo había perdido.

Nina se apartó de la barandilla con un lamento agónico, tropezando y cayendo junto a la maleta de cuero. No sentía el dolor de la caída: un dolor mucho más poderoso lo eclipsaba.

Chase había muerto.

—No —susurró—. No, no, no… —No podía aceptarlo. No estaba dispuesta a aceptarlo. No podía estar muerto. No era posible.

Clic.

Un ruido mecánico: el percutor de un arma. Ribbsley se había recuperado, había encontrado su pistola, y apuntaba con ella a Nina con el rostro ensangrentado desfigurado por la rabia…

Su pecho estalló en una nube de sangre cuando una bala de alta velocidad lo atravesó. La fuerza del impacto hizo que el profesor girara varias veces sobre sí mismo antes de derrumbarse, dejando tras de sí un rastro escarlata como el que deja un niño al meter la mano en un cubo de pintura.

El instinto hizo que Nina aferrara la maleta y la abrazara antes de incorporarse con ayuda de la barandilla. No había nadie a la vista. ¿Quién había disparado?

¿Sería ella su próximo objetivo?

Aterrorizada, miró hacia el valle. Las lejanas luces del pueblo vibraban más abajo, pero no había ni rastro del francotirador…

Un foco de cegadora luz blancoazulada la iluminó desde arriba. Un helicóptero, aunque no oía las hélices, ni veía nada más que el haz cegador a medida que este se aproximaba.

—Doctora Wilde —dijo una voz de hombre, con acento americano, que no le resultaba familiar. No parecía provenir del helicóptero, más bien daba la impresión de rodearla por todos lados, o de estar dentro de su cabeza—. No se mueva. Repito, no se mueva, o morirá.

—No voy a ir a ningún lado —susurró ella, inmovilizada por el miedo. Una parte de su mente racional desenterró una explicación de su memoria: hace unos años, un anunciante había experimentado con un altavoz supersónico en Nueva York; solo las personas que permanecían en una pequeña área eran capaces de oír el anuncio, mientras que otras que se encontraban apenas a unos metros de allí no oían nada en absoluto. Nina incluso había acudido a verlo por sí misma. Esto era algo similar; al parecer los ocupantes del helicóptero no querían alarmar al valle entero.

Pero ¿quiénes eran?

La luz se acercó. Nina podía sentir ahora la corriente de aire provocada por las hélices, pero siguió sin oír nada hasta que un zumbido de baja frecuencia, que parecía ocuparlo todo, estuvo encima de ella. La luz se apagó cuando el helicóptero se desplazó sobre su cabeza y fue a aterrizar junto a los coches, cortando la única ruta de escape que le quedaba.

Claro que no tenía ninguna intención de huir. Un extraño entumecimiento invadió su cuerpo, como si algo dentro de ella se hubiera apagado para escapar del dolor. Miró el helicóptero casi con desinterés, y reparó en que se trataba de un vehículo de aspecto muy raro; no se parecía a ninguno que hubiera visto antes. La estructura principal era plana y de un color negro mate, mientras que el morro era puntiagudo y en apariencia estaba desprovisto de ventanas. La extraña hélice estaba encajada dentro de un anillo que se elevaba del fuselaje como si fuera un halo. ¿Sería una especie de prototipo secreto? En todo caso, le daba igual.

Una escotilla se abrió en el costado del helicóptero, y varios hombres en uniformes de combate completamente negros se apearon de un salto y exploraron rápidamente la zona. Dos hombres más, con los rostros ocultos tras máscaras negras y anteojos de visión nocturna, avanzaron hacia ella, armados de compactos rifles con silenciador que oscilaban entre Nina y los dos cadáveres. Cuando les quedó claro que ni Ribbsley ni Di Bonaventura iban a moverse de nuevo, se detuvieron a tres metros de Nina y la apuntaron con sus armas; dos punteros láser bailaron en su pecho.

Otro hombre salió del helicóptero. No llevaba máscara, ni camuflaje; Nina se fijó en que vestía con traje y corbata cuando pasó bajo uno de los faros que iluminaba la plataforma y la luz desveló sus rasgos.

Era un rostro que conocía muy bien.

Victor Dalton. El presidente de los Estados Unidos.

Se detuvo entre los dos hombres de negro.

—Hola otra vez, doctora Wilde. Supongo que no me creerá, pero me alegro mucho de verla.

—Váyase al carajo —gruñó ella.

—No, en serio. He estado observando lo que ha pasado aquí. No pensé que fuera usted a ser la última persona que quedara en pie, pero todo ha salido bastante bien. —Caminó hacia la barandilla por la que habían caído Chase y Sophia y recogió un pequeño objeto blanco: la memoria *flash* de Sophia—. Incluso oí a Sophia decir que esta era la única copia. —Miró al helicóptero—. Es una maravilla de máquina, por cierto. Uno de los más recientes juguetes de la DARPA. Tiene lo último en tecnología de seguimiento, es casi invisible al

radar, y un noventa por ciento más silencioso que un helicóptero normal. Por suerte para mí estaba en Alemania para que lo evaluara la OTAN, o mi viaje hubiera atraído bastante más atención. Oficialmente, estoy de vacaciones en mis propiedades de Virginia. Quería mantener todo este asunto en secreto. —Dio un paso hacia Nina—. Esto es… personal.

Nina se apartó.

—¡Quieto! ¿Qué es lo que quiere?

—Esto, para empezar —dijo, alzando la memoria *flash*—. Y en segundo lugar, lo que hay en esa maleta de ahí. ¿Puedo verlo? —Nina no respondió inmediatamente; uno de los soldados desplazó el puntero láser por su rostro —. No crea que voy a pedirlo dos veces, doctora Wilde. Ni esto ni nada.

De mala gana, Nina abrió la maleta y sacó una bolsa con cremallera de plástico, dentro de la cual, envuelto en los restos de su vieja mortaja, estaba el cráneo.

—Abra la bolsa —ordenó Dalton—. Quiero verlo.

—¿Para qué lo quiere? —preguntó Nina mientras desabrochaba la cremallera y echaba un vistazo al interior.

Dalton no respondió en un primer momento; la observó mientras Nina retiraba con cuidado la mortaja, descubriendo el rostro esquelético. Lo giró hacia el presidente. Para su sorpresa, Dalton pareció claramente consternado.

—Así que es cierto —dijo—. La Alianza tenía razón.

—Sí, es cierto —dijo Nina. Se puso en pie. Los dos soldados, tensos, no dejaron de apuntarla. Dalton asintió, y los dos se relajaron un tanto—. Entonces, ¿por qué los traicionó? ¿Y por qué destruyó el Edén?

—Porque estaba en Sudán. ¿Realmente cree que iba a dejar que un puñado de bárbaros atrasados se adueñaran de él? Sobre todo teniendo en cuenta que supondría entregarles a los musulmanes la base misma de la fe cristiana. —Resopló, disgustado—. Es preferible que no lo tenga nadie a que lo tengan ellos. En cuanto a la Alianza, todos los políticos tienen esqueletos en el armario, y la Alianza llevaba décadas aprovechándose de su situación. Ya era hora de que eso terminase. Debería darles las gracias, a usted y a Chase, por eso, al menos. Entre los dos han acabado con la organización. —Miró a Di Bonaventura—. Otros lo sustituirán, pero ahora mismo la Alianza está sumida en un completo caos. Tardarán bastante en recuperarse. Y para cuando lo hagan, ya dará igual.

—¿Qué quiere decir?

—Estaba usted haciendo un trato con ellos —dijo Dalton—. Bueno, pues ahora puede hacer ese mismo trato conmigo. Solo que esta vez no nos

andaremos con remilgos; nada de preparar al mundo gradualmente para los veteres. En cuanto el análisis de ADN confirme lo que esa cosa es en realidad, volverá usted a la API anunciando su descubrimiento: una raza no humana que fue la base del libro del Génesis.

Nina lo miró con creciente recelo.

—Bueno… ¿y dónde está el truco?

—El truco número uno es que, si no acepta, muere usted ahora mismo, y tendremos que buscar a alguien que lo haga en su lugar. Pero preferiríamos que fuera usted: tiene la credibilidad necesaria.

—¿«Preferiríamos»? ¿Quién?

—El truco número dos —continuó él, sin hacer caso de su pregunta— es que, al hacer ese anuncio, se convertirá usted en la persona más odiada del planeta.

Nina recuperó parte de su actitud desafiante.

—¿Más que el presidente de los Estados Unidos, quiere decir?

Una breve sonrisa.

—A los presidentes se les odia por motivos políticos. En su caso, será algo personal. Le estará diciendo a millones de personas que sus creencias están equivocadas, que los cimientos de su religión son falsos, y que puede demostrarlo. No creo que se lo tomen muy bien.

—Si es que puedo demostrarlo… —comenzó Nina, antes de comprender adónde quería ir a parar Dalton.

—Hay gente que cree que la tierra fue creada en el año 4004 antes de Cristo, que los fósiles son engaños colocados por Dios para poner a prueba su fe, que había dinosaurios en el Arca de Noé, que pueden hablar con fantasmas, que un ovni aterrizó en Roswell. Da igual que les enseñe usted cien o mil pruebas: ellos tienen sus creencias, y no las cambiarán. Es la clase de gente que se tomará el descubrimiento de los veteres como un ataque personal a su fe. No solo en América, sino en todo el mundo.

—¿Y qué gana usted con eso? —preguntó Nina—. Suena como si quisiera recrear los altercados de Dinamarca por las caricaturas de Mahoma, pero multiplicados por mil.

—Más que eso. Queremos que los altercados ocurran en todo el mundo. Religión contra ciencia. Religión contra religión. Creyentes contra ateos. Los países contra las Naciones Unidas. Y el resto del mundo contra los Estados Unidos. Y usted, como científica, e integrante de la ONU, una americana, será la que encienda la mecha.

—Creo que no me gusta su trato —dijo en voz queda Nina.

—No tiene elección. O hace lo que le decimos, o morirá.

—¿Pero por qué? —exclamó Nina, y su entumecimiento se desvaneció, asaltada como estaba por una oleada de emociones—. ¡Es una locura! ¿Por qué quiere que el mundo entero se vuelva contra los Estados Unidos?

—¡Para proteger el país! —dijo Dalton, con ojos enfervorizados—. Hay demasiada gente tirando de la cuerda en distintas direcciones, y terminarán por desgarrar el país entero. Pero esto desgarrará al resto del mundo… y unirá a los Estados Unidos. La mayoría silenciosa hablará por fin con una sola voz. Una voz cristiana, americana, temerosa de Dios. Ni católica, ni judía, y desde luego no musulmana.

—Que yo sepa, los católicos son cristianos.

—Que son leales a Roma, no a su país. Ha llegado la hora de que América se una contra las amenazas internas y externas. Una voz, un Dios, un pueblo.

—¿En serio es tan arrogante como para hablar en nombre de todos los cristianos de América? —Nina alzó la calavera—. ¿Y cree que todo eso pasará por esto? ¿Cree que los americanos son tan asustadizos y crédulos?

Dalton la miró con engreimiento.

—La gente cree lo que le dicen que tiene que creer, porque tienen fe en algo más: el sistema. Quieren, necesitan creer que funciona, que su fe está justificada. Y de ese modo, lo que digan sus líderes, ellos lo harán.

—Porque es más fácil y más seguro que ver cómo sus creencias son rebatidas, ¿no? —dijo Nina—. ¿Sabe en qué tengo fe yo? En la gente. En que sea mejor que todo eso.

—Va a llevarse una buen chasco, doctora Wilde. —Dio un paso más hacia ella—. Pero ya basta de debates filosóficos. Si no está conmigo, está contra mí. Y créame, no querrá ser mi enemiga.

—Lo que tengo muy claro es que no quiero estar de su lado.

—Como quiera. —Asintió a los soldados. Sus rifles se elevaron de nuevo, y los punteros láser danzaron una vez más sobre el pecho de Nina.

Nina estiró el brazo y sostuvo el cráneo por encima de la barandilla. La mortaja cayó.

—Si lo dejo caer, no tendrá nada. Ninguna prueba de los veteres, ninguna manera de sumir en el caos el mundo entero.

Dalton negó con la cabeza.

—Estaré exactamente en la misma situación que antes. La Alianza está incapacitada, y tengo la grabación de Sophia. Y lo que le he dicho ocurrirá, de un modo u otro. Esto solo era un extra inesperado, algo que nos permitiría acelerar el proceso.

—Otra vez habla en plural —dijo Nina—. ¿De quién habla?

—Como ya he dicho, hay líderes y hay súbditos.

—¿Y usted qué es?

Eso pareció irritarle; su expresión de superioridad se convirtió en enojo.

—Le advertí que no se lo pediría dos veces, doctora Wilde. Afróntelo: lo ha perdido todo. Su trabajo, su prometido… ¿quiere perder también su vida?

Los punteros láser ascendieron al rostro de Nina, que cerró los ojos… y por un segundo vio a Chase ante sí, sonriéndole desde las tinieblas. Todo lo que habían compartido en los últimos tres años pasó ante sus ojos: las aventuras, las risas y las lágrimas, la euforia y los miedos, las cimas y los valles de la montaña rusa que había sido su relación. Y entre todo aquello, el amor, que daba sentido a todo. A pesar de sus diferencias, él siempre había estado allí cuando lo necesitó. Un amigo, un amante…

Un guía.

Nina sabía lo que tenía que hacer. Lo que Chase hubiera hecho.

Abrió los ojos, y su mirada se encontró con la de Dalton. Lo miró con firmeza, sin temor.

Por un breve instante, los ojos de Dalton parpadearon cuando comprendió que había fracasado.

Nina abrió las manos.

El cráneo se precipitó al abismo. Se oyó un tenue crujido cuando golpeó una roca saliente y estalló en pedazos, que se llevó el viento y se perdieron después en el agua.

Nadie se movió. Los soldados seguían apuntando a Nina, que miraba a Dalton sin parpadear. Él la observó a su vez, hasta que se dio media vuelta con un leve gruñido que pareció casi una risilla. Un gesto, y los dos soldados bajaron sus armas.

—¿Y bien? —preguntó Nina, respirando profundamente.

Uno de los soldados se giró hacia Dalton con gesto inquisitivo.

—¿Señor?

—Dejadla —dijo Dalton. Miró a Nina a los ojos, de nuevo—. No tiene nada, Nina. Ninguna prueba concreta, solo unas fotografías que se demostrarán falsas, se lo garantizo. Las cadenas de televisión se echarán a reír antes siquiera de que abra la boca. Solo será usted una excéntrica más, una vieja gloria que tuvo su momento y se apagó como una vela. —La sonrisa desafiante regresó a su rostro—. Vivir con eso será mucho peor que la muerte.

—Esto no ha terminado —insistió Nina.

—Claro que sí. —Dalton le habló al soldado más cercano—. Libraos de esos cadáveres y limpiadlo todo.

—¿Y ella? —preguntó el hombre.

—Dejadla marchar. —Echó a caminar hacia el helicóptero, antes de mirar por encima del hombro a modo de última despedida—. Hay un F-15 de dos asientos esperándome en Alemania. Estaré de vuelta en Virginia para el desayuno. En cuanto a usted… yo no tendría mucha prisa por volver a casa. No le agradará el recibimiento. Adiós, doctora Wilde.

Desapareció en el interior del helicóptero, iluminado en rojo. Los soldados rápidamente guardaron los dos cuerpos en bolsas, y uno de ellos usó un espray de alta presión que contenía algún tipo de sustancia acre para dispersar las manchas de sangre. Luego recogieron las armas, la maleta de cuero y la bolsa con cremallera. Apenas tardaron dos minutos, tras lo cual el último soldado subió al helicóptero, que despegó antes incluso de que la escotilla se hubiera cerrado del todo. El artefacto sobrevoló la cabeza de Nina, generando un fuerte viento cálido antes de ser engullido por el cielo nocturno, y el rugido de las hélices se desvaneció en apenas segundos.

Nina lo miró hasta que se perdió de vista. Estaba sola.

Completamente sola. Dalton tenía razón. No tenía nada. Ni pruebas, ni a Chase.

Se derrumbó, apoyándose en la barandilla, y rompió a llorar.

Epílogo

Nueva York

Nina observaba con la mirada perdida el incesante ajetreo ante la ventana de la cafetería de Manhattan en la que se encontraba. No sentía la menor conexión con toda aquella gente. Aunque la rodeaban multitudes, se sentía aislada. Sola. Hueca.

Habían pasado tres semanas desde que se enfrentó a Dalton en Suiza, dos semanas y seis días desde que tuviera que soportar un hostil interrogatorio en el JFK y una desagradable confrontación mediática con una manada de chacales maleducados cuando salió de la terminal, todos ellos armados con preguntas acerca de su suspensión, ya permanente, las muertes que había causado y sus locas teorías, que suponían un verdadero insulto para todo americano decente. La gente de Dalton había hecho su trabajo a la perfección, una difamación preventiva para dejarla en ridículo, para pintarla como una idiota, una demente peligrosa, un chiste.

A Nina no le importaba. Ni eso ni nada. Ya nada importaba.

El interés de los medios se apagó con rapidez, sencillamente porque ella no tenía nada que decir. Los comentaristas de canales de pago seguían denigrándola de cuando en cuando, pero los principales medios habían pasado página. Los científicos caídos en desgracia generaban mucha menos audiencia que los actores borrachos, las cantantes embarazadas o los participantes en el último concurso de talentos. Habían pasado dos días desde la última vez que alguien la reconoció o insultó en plena calle. La doctora Nina Wilde ya no interesaba. La habían olvidado.

Miró su taza de café, removiendo los últimos posos del fondo. Su rostro reflejado la miró, desprovisto de toda emoción.

Eso, Nina lo sabía muy bien, era solo una fachada, una cáscara. No podía permitirse sentir nada, porque si lo hacía, sabía qué emoción la consumiría.

La desesperanza.

Creyó que su angustia disminuiría con el tiempo. Se equivocó. En lugar de eso, había mutado, un tumor cancerígeno en su psique que envenenaba cada instante. Necesitó de toda su fuerza de voluntad para no rendirse… pero, en los momentos de soledad, no podía evitar que aquellas tinieblas terribles se erigiesen de nuevo.

Dio el último sorbo al café y conjuró la fuerza necesaria para volver a su apartamento. Su apartamento vacío. A veces simplemente caminaba por las calles de Manhattan durante horas para no tener que volver allí, pero antes o después terminaba haciéndolo… porque no tenía otro sitio adonde ir.

Nina iba hacia la puerta cuando algo hizo que se detuviera. El nombre de Dalton.

Desde luego, no era la primera vez que lo oía desde que había vuelto, y cada vez que lo hacía se sentía invadir de nuevo por el desprecio y la sensación de pérdida. Pero esta vez había algo distinto, un matiz novedoso que se extendía entre los clientes de la cafetería. Se dio media vuelta. La gente hablaba por sus móviles, escrutaba páginas web en sus portátiles, y la noticia parecía correr como la pólvora. Trató de captar algunos detalles entre el barullo general.

—… el presidente…

—… se acostó con…

—… una terrorista…

—… igual tiene que dimitir…

—… un vídeo…

—… subido a internet…

—¡… lo encontré, ahí está!

La gente se amontonó tras un cliente que inclinó la pantalla de su portátil de modo que todos pudieran verla. Nina vaciló, pero terminó uniéndose a ellos. Apenas podía ver la pantalla entre el gentío, pero le bastó un pequeño vistazo.

Se apartó, dirigiéndose hacia la salida mientras el vídeo de Sophia Blackwood y Victor Dalton, con sus rostros y cuerpos claramente visibles, se reproducía en el ordenador.

—¿De dónde ha salido?

—No lo sé, pero está en todas partes. YouTube ya ha retirado el original, pero han subido cientos de copias, ¡está en el Torrent, en todos lados!

—¿Es… es ella, verdad? ¿La zorra que intentó bombardearnos?

—¿De verdad es el presidente? No puede ser. ¿Verdad?

—¡Es él, sí que es él!

Las voces se perdieron a su espalda cuando Nina salió a la calle. Allí también se había corrido la voz, un virus verbal que saltaba de persona en persona. Conmoción, risas, incredulidad, intriga… cada cual tenía una reacción distinta.

Pero todos tenían una reacción. Lo sabía todo el mundo.

Nina fue a toda prisa a su apartamento, sintiendo por primera vez en bastante tiempo la diminuta semilla de una emoción enraizándose en su interior.

Esperanza.

Para cuando llegó a casa, todos los televisores de los escaparates, todas las radios de los taxis, todas las conversaciones por móvil, hablaban de lo mismo.

El presidente de los Estados Unidos había sido pillado in fraganti. Que por aquel entonces no fuera el presidente carecía de importancia; que la mujer que lo acompañaba no solo no fuera su mujer, sino que además hubiera estado a punto de detonar una bomba nuclear en Nueva York, desde luego sí que la tenía. El vídeo se había diseminado por la red en cuestión de horas, una hidra digital a la que no dejaban de nacerle cabezas. Una noticia de tanto alcance que, independientemente de las tendencias políticas de las cadenas, nadie podía ignorar.

Nina corrió hacia la televisión. Había evitado los informativos desde su vuelta, pero ahora los buscó. Solo existía una noticia.

Un rótulo en pantalla le indicó que estaba viendo una emisión en directo desde la sala de prensa de la Casa Blanca, con aquellas familiares cortinas azules tras un señor trajeado y muy nervioso: el secretario de prensa de la Casa Blanca. Le estaban gritando preguntas, y todos hablaban unos encima de otros.

—¡De uno en uno, de uno en uno! —gritaba, casi suplicante—. Tú, Pete. De uno en uno.

—¿Va a dimitir el presidente? —gritó alguien.

—El presi… el presidente hará un anuncio respecto a este… a esta invención hoy mismo —balbució el secretario de prensa—. Es todo lo que puedo decir por ahora.

—¿Esa es la postura oficial, que es una invención?

—Sí, lo es.

—¿Sí, es una invención, o sí, es la postura oficial?

Otra voz interrumpió con un aparte que todos oyeron:

—Si el vídeo es falso, se va a llevar un *Oscar* a los mejores efectos especiales. —La sala estalló en risas.

—¿Dimitirá el presidente? —repitió alguien. La pregunta la repitieron, con ligeras variaciones, prácticamente todos los periodistas presentes. El secretario temblaba visiblemente.

Nina se apartó de la televisión.

—Chúpate esa —susurró mientras la apagaba. Si Dalton tenía la grabación de Sophia, entonces la única manera de que se hubiera realizado una copia sería…

Un reflejo en la pantalla apagada le indicó que no estaba sola.

—Buenas —dijo una voz familiar—. ¿No vas a darme un beso de bienvenida?

—¡Eddie! —gritó Nina al girarse y ver a Chase sentado cómodamente en una silla en un rincón; parecía haber vuelto del súper más que de entre los muertos. Corrió hacia él—. ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿Eres tú de verdad?

—¡Pues claro! ¿No te pensarás que soy un zombi? ¡Au, no me abraces ahí, ay! —Hizo una mueca y la apartó de su pecho—. Tengo una costilla rota y un pulmón hecho polvo, ¡así que no me aprietes tanto!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nina, sintiendo una mezcla de emociones —. ¡Pensé que habías muerto! —Derramó un par de lágrimas—. Oh, Dios mío, pensé que habías muerto…

—Ya. Yo también lo pensé, al principio. Cuando Sophia me disparó me dio en la costilla, y todavía tengo un fragmento de bala en el pulmón. No me acuerdo de mucho, solo que intentaba sacar la cabeza del agua, pero creo que acabé un par de kilómetros río abajo, donde alguien me encontró. Me llevaron a un hospital, y me remendaron un poco.

—¿Y qué le ha pasado a Sophia?

—De eso sí me acuerdo. Yo, eh… la usé como airbag. Golpeó un par de rocas en la caída.

—¿Ha muerto? —preguntó Nina, esperanzada.

—No lo sé. Después de caer al agua, la perdí. Pero si no murió, dudo que vaya a participar en maratones en bastante tiempo. Recuerdo perfectamente oír un par de huesos suyos rompiéndose. Lo ves, te dije que ya no había nada entre nosotros.

—Tirar a tu ex por un acantilado es una manera un poco radical de demostrarlo. ¿Y cuándo has vuelto a Nueva York?

—Hace un par de días.

—¿Y no me lo dijiste? —gritó Nina, escandalizada.

—¡Lo primero que hice fue asegurarme de que estabas bien! —dijo él, sujetándole los brazos para que no pudiera pegarle—. Pero antes tenía que ocuparme de una cosa. —Miró a la televisión—. Parece que ha funcionado.

La furia de Nina se atenuó.

—¿Pero cómo conseguiste el vídeo? Dalton tenía la única copia.

Chase sonrió.

—Tenía la única copia de Sophia. ¿Recuerdas cuando fui a ese banco en Suiza a comprobar si Sophia ya había estado allí antes?

Nina asintió.

—Sí, ¿y qué?

—Bueno, se me ocurrió que al estar ella legalmente muerta, y como me había nombrado su familiar más cercano o algo así, eso significaba que tenía derecho a abrir su caja fuerte. Tuve que dar el coñazo un rato, pero al final me dejaron echar un vistazo. Y ahí estaba. Así que…

—Hiciste una copia.

—Sí. Tuve que comprarle un *pendrive* a uno de los empleados, pero hice una copia. Y hasta sobrevivió a una caída por un acantilado a un río de agua helada. —Alzó un pequeño *pendrive* naranja—. A lo mejor lo enmarco.

—Así que subiste una copia del vídeo a internet.

—Subí un huevo de copias a internet. Me puse en contacto con unos amigos… y esta mañana, al mismo tiempo, lo enviaron a todas las agencias de noticias, cadenas de televisión, periódicos, YouTube, todo eso. Un *spam* masivo para que todo el mundo lo viera. Y parece que lo han visto todos. —Otra sonrisa—. Cómo avanza la tecnología, ¿eh?

—¿Por qué no me dijiste que habías hecho una copia?

—No tuve tiempo. Sophia y Ribbsley aparecieron en el banco justo después de que me marchara, ¿recuerdas? Si me hubiera retrasado un par de minutos más, me habrían pillado.

Nina arqueó una ceja.

—¿Y no le dijeron a Sophia que habías estado metiendo mano en su caja fuerte?

—Ya sabes cómo son esos banqueros suizos. Superdiscretos.

Nina se echó a reír, por primera vez en tres semanas, y después lo besó con fuerza.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Podemos quedarnos sentados y ver cómo joden a Dalton a cámara lenta.

—Eddie, eso es asqueroso.

—¡No me refiero a Sophia! —corrigió Chase rápidamente—. Hablo de las noticias. No hay manera de que salga de esta. Tendrá que dimitir, o le presentarán una moción de censura. Siempre me ha hecho gracia eso de vosotros los yanquis. Vuestros políticos pueden mentir, engañar, robar, matar, y seguramente seguirán ocupando el cargo. Pero como se les ocurra echar un polvo cuando no deben, ¡a tomar por culo! Sois unos puritanos de narices.

Nina resopló en fingida ofensa.

—¿Así que crees que soy una puritana, no?

—Bueno, no tanto desde que te compré ese libro…

Los dos rieron. Nina cogió las manos de Chase y las levantó… y después miró su propio anillo de compromiso.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Creo que a ti también te quedaría bien un anillo.

Chase pensó en ello, y después una amplia sonrisa se dibujó en su rostro anguloso.

—Puede que sí. ¿Ahora mismo?

Nina apenas podía contener su entusiasmo.

—¡Sí, ahora mismo! ¡Vamos! —Se incorporó de un salto, ayudándolo a ponerse en pie. Chase hizo una mueca por el dolor, pero no perdió la sonrisa.

Salieron corriendo a la calle.

—¡Taxi! —gritó Nina, deteniendo uno con la mano.

—¿Adónde vamos? —preguntó Chase.

—Mierda, es verdad. Nueva York tiene un periodo de espera de veinticuatro horas para bodas. ¡Ya sé! —El taxi se detuvo y los dos subieron —. ¡A Connecticut!

El taxista, un centroasiático con barba desaliñada, la miró con extrañeza.

—¿Adónde en Connecticut?

—¡Al lugar que quede más cerca de un juzgado!

—Es su dinero —dijo el otro encogiéndose de hombros y mirando el taxímetro—. ¿Se han enterado de lo del presidente?

Nina y Chase se sonrieron.

—Sí, algo hemos oído —dijo Nina entre risas.



ANDY MCDERMOTT nació en Halifax, Inglaterra el 02 de julio de 1974. Es graduado en la Universidad de Keele en Staffordshirey. Actualmente vive en Bournemouth, donde trabaja como escritor a tiempo completo. Es conocido por sus novelas de Nina Wilde y Eddie Chase.

Antes de convertirse en escritor fue periodista y editor de revistas como *Hotdog*; y también ha trabajado como dibujante, diseñador gráfico y revisor de videojuegos.

En Busca de la Atlántida fue su primera novela con la que consiguió un gran éxito, además también es la primera novela de una larga saga de aventuras que continua con: *La Tumba de Hércules*, *El Secreto de Excalibur*, *La alianza del Génesis*, *La pirámide Osiris*, *The Sacred Vault*, *Empire of Gold* y *Temple of the Gods*.

Notas

[1] Cala Problemas, bahía Resaca, bucle Baldío, Restaurante de Carretera del Estanque, Cabeza Calva. <<